

ROSE GATE

EL KARMA
del
HIGHLANDER

¿QUÉ PASARÍA SI EL KARMA LLEVARA
FALDA ESCOCESA?

El Karma del Highlander

¿Y si el Karma llevara falda escocesa?

Rose Gate

Copyright © 2017 by Rose Gate

Todos los derechos reservados, incluidos los de reproducción total o parcial. No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión, copiado o almacenado, utilizando cualquier medio o forma, incluyendo gráfico, electrónico o mecánico, sin la autorización expresa y por escrito de la autora, excepto en el caso de pequeñas citas utilizadas en artículos y comentarios escritos acerca del libro.

Esta es una obra de ficción. Nombres, situaciones, lugares y caracteres son producto de la imaginación de la autora, o son utilizadas ficticiamente. Cualquier similitud con personas, establecimientos comerciales, hechos o situaciones es pura coincidencia.

Diseño de cubierta: Kramer H.

Corrección: Cecilia Pérez

DEDICATORIA

Este libro se lo dedico a tod@s
mis Devorador@s ,
sin vosotr@s mi sueño
no sería posible.

ÍNDICE

SINOPSIS

1 CAPÍTULO (SARAH)

2 CAPÍTULO (SARAH)

3 CAPÍTULO (SARAH)

4 CAPÍTULO (SARAH)

5 CAPÍTULO (SARAH)

6 CAPÍTULO (KENAN)

7 CAPÍTULO (SARAH)

8 CAPÍTULO (KENAN)

9 CAPÍTULO (SARAH)

10 CAPÍTULO (KENAN)

11 CAPÍTULO (SARAH)

12 CAPÍTULO (KENAN)

13 CAPÍTULO (SARAH)

14 CAPÍTULO (KENAN)

15 CAPÍTULO (SARAH)

16 CAPÍTULO (KENAN)

17 CAPÍTULO (SARAH)

18 CAPÍTULO (SARAH)

19 CAPÍTULO (KENAN)

20 CAPÍTULO (SARAH)

21 CAPÍTULO (KENAN)

[22 CAPÍTULO \(SARAH\)](#)

[23 CAPÍTULO \(SARAH\)](#)

[24 CAPÍTULO \(SARAH\)](#)

[25 CAPÍTULO \(SARAH\)](#)

[26 CAPÍTULO \(SARAH\)](#)

[27 CAPÍTULO \(SARAH\)](#)

[28 CAPÍTULO \(SARAH\)](#)

[29 CAPÍTULO \(KENAN Y SARAH\)](#)

[30 CAPÍTULO \(SARAH\)](#)

[31 CAPÍTULO \(KENAN\)](#)

[32 CAPÍTULO \(SARAH\)](#)

[33 CAPÍTULO \(SARAH\)](#)

[34 CAPÍTULO \(SARAH\)](#)

[35 CAPÍTULO \(KENAN Y SARAH\)](#)

[36 CAPÍTULO \(SARAH\)](#)

[EPÍLOGO](#)

[Tu opinión me importa](#)

[La Autora](#)

[¿Dónde puedo comprar los libros?](#)

AGRADECIMIENTOS

L@s que me seguís, sabéis que Gracias, es una palabra que nunca me falta, y es que hay tanto que agradecer.

En primer lugar a mi familia, nunca les olvido, aunque les reste mucho tiempo por transportarme a mi mundo de fantasía, siempre les llevo a todos ellos en mi corazón, pues ellos son quienes dan sentido a mi vida.

A mis lectoras Cero, Laura Duque y mi nuevo fichaje, Nani Mesa. Os adoro porque sois un regalo que los libros han puesto en mi camino y por ello, me siento bendecida por los libros. Contar con dos personas tan maravillosas, tan generosas, con las que no paro de reír, y compartir mis locuras, no tiene precio. Os quiero chicas.

A Kramer H., mi mago de las portadas, por arriesgarse junto a mí en un proyecto nuevo para ambos y lograr esta maravilla.

A Cecilia Pérez, mi correctora, me siento tan agradecida a Iratxe Carreño, porque también te pusiera a ti, en mi camino. Eres una mujer increíble, generosa, maravillosa y a quien admiro muchísimo. Gracias por dejarme contar contigo, con tus incalculables correcciones llenas de cariño. Eres una Genia.

A Tania Lighling Tucker y Anabel García, por ser dos de mis autoras favoritas, hacer un “cameo” en este libro, ser dos compañeras excepcionales, y demostrarme siempre que están ahí cuando las necesito.

¡A vosotras os super adoro chicas! Por cierto, leed sus libros, son la leche.

Y l@s que me seguís en redes sabéis que me chifla hacer locuras, así que para este libro pedí que las Devorador@s que quisieran aparecer en los agradecimientos me lo dijeran y yo las pondría, así que la siguiente página va para tod@s ell@s, y para ti que me estás leyendo en este momento.

Mil Gracias para:

Mireia Loarte, Annie Pagan, Yasmina Sierra, María Garcia, Mila Parrado, Clarissa Vendrell, Montse Mubo, Sonia Martinez, Luz Marina Miguel, Chuchumaria Gs, Beatriz Sierra Ponce, Esther Garcia, Wikeylis Ruiz, Mar Brenes, Patricia Coletto, Elena Perez, Marisol Zaragoza, Nadia Orrego, Leydis Sabala, Victoria Alonso, Maite Sanchez Moreno, Susana (Xavier Mallafre), Yoli Gil, Alicia Capilla, Maria Alberca, Flypink Gomez, Noelia Ssrsl, Salud Lpz, Maria Isabel Sebastian Camarena, Paz Fernandez, Gael Obrayan, Sayo Hernandez Mesa, Maria Jesús Palma Villalobos, LenaWolf Mjh, María Arribas, MariCruz Rios, Asun Ganga, Mariajose Estreder, Anavic Valmuñoz, Mariia Escritoraa, Adriana Eguia, Elvira Gomez Valverde, Remedios Perez Martinez, Ana Farfan Tejero, Cristina Iguiño, Vanessa M. Escapa, Luna Lunera Ana Maria Alanis, Carmen Perez Martin, Paqui Gomez Cardenas, Carmen Rb, Verónica C. Herrero, Gisèle Gillanes, Eva Manera Samper, Montse Elsel Lara, Ara Lenyara, Mercedes Liébana Martinez, Vane Kussy, Remedios Perez Martinez, Eve Romu, Vanessa Luque Morante, Mary Rossenia Arguello Flete, Jess Dharma, Kathy Pantoja Aguilar, Marillac Romero, Roxy Gonzalez, mariosuarez1877, Esther Garcia, Vanessa Alvarez, Isabel Serrate, beatrizlopez28, nellynalaplutorocco, maidelvalle, Gladys Delgado, María

Inmaculada Vacas Campos, Paulina Morant Diaz, Elena Perez, Mar Brenes, Carla Pinto, Lola Aranzueque López, Cinthia Fonseca Leon, Vanessa Alvarez, Darling Torrez Duarte, Isabel García, Noelia Devoralibros, Maria José Devoralibros, Mary Izan, Bella Hayes, Maru Rasia, Flavia Farias, Lupe Berzosa Faura, Ana Cruz Peña, Maria Iñiguez Fernandez, Sra Ward, Maty Encinas Egea.

Si no estás aquí, no te preocupes, Devorador@, tod@s, formais parte de mi vida y de mi corazón. ¡Sois increíbles!

Y ahora sin más preámbulos...

Descubre la apasionante historia de Kenan y Sarah, espero que la disfrutes de todo corazón.

SINOPSIS

Sarah Alcántara, es una arpía consumada. Dueña de una de las principales editoriales de Romántica del país tiene un lema:

“Si no tienes vagina, ni te pases por mi oficina”.

A sus treinta y dos años no tiene pareja. Los hombres en su vida nada más tienen un cometido, darle placer una sola vez, después los expulsa de su vida. No los quiere cerca y por ello, solo trabaja con mujeres, sus autoras son del sexo femenino exclusivamente.

El premio W Romantic Ediciones se acerca, quedan cinco días y no tiene manuscrito ganador. Sus chicas o su aquelarre de brujas, como ella las llama, le insisten en que lea un manuscrito que ha caído en su poder, fuera de plazo y del cual todas están enamoradas.

Sarah jamás ha leído una historia que le haya hecho sentir tantas emociones. Aquel libro que narra la historia de un Highlander atormentado, cala hondo en ella. A partir de ese momento Kenan Mackenzie aparece en sus sueños para llenar de lujuria sus noches y hacer flaquear los cimientos de su perfecta existencia.

En la entrega de premios ocurre un suceso inesperado, algo que cambiará el rumbo de los acontecimientos, que marcará un antes y un después en la calculada vida de la Sarah Alcántara.

Si te gustan las historias de escoceses, los saltos en el tiempo, crees en la magia y disfrutas con el erotismo, no puedes perderte el Karma del Highlander, una historia que te sorprenderá.

1 CAPÍTULO (SARAH)



*S*us manos bajaban recorriendo aquella ardiente piel que era como lava ardiente. Deseaba morir aniquilada por ese ardor antes que dejar de acariciarle. Su sexo, palpitaba arrebolado salpicado por el rocío de su deseo. Bajó los labios por aquellos abruptos abdominales, hasta enterrar su pequeña nariz en el ensortijado y abundante vello masculino. Con un suspiro, introdujo aquel monstruo que se elevaba soberano entre sus labios gruesos.

Le encantaba tomar aquel saco de bolas, que pendía como dos hermosos péndulos gemelos...”

Lancé el manuscrito sobre mi mesa pensando en la cantidad de tiempo que había perdido leyendo aquella basura.

¿Péndulos en serio? ¿Quién llamaba péndulos a los testículos de un hombre?

Giré el reverso del manuscrito, donde rezaba Lady Camilla Dorchester. Oteé mi preciosa papelera destructora que me miraba con ansias de engullir aquel despropósito y sacié su sed de hambre. Otras dos horas de mi tiempo se iban por el retrete. Pulsé el botón de mi teléfono para comunicarme con Mar.

—Dime Sarah —contestó su afable voz.

—Mándale un mail a Lady Camilla Dorchester, agradeciéndole su manuscrito, amablemente dile que era una mierda pinchada en un palo y que para lo único que han servido sus péndulos gemelos, es para alimentar a mi destructora —dije con un tono de fastidio en la voz.

—Entiendo, le daré las gracias a la Señora Dorchester y le diré que su bello manuscrito no encaja con nuestra línea editorial —respondió Mar.

—Perfecto, ¿ves por qué eres mi asistente y yo la bruja de la jefa? Ese manuscrito no servía ni para limpiarse el culo con él —repliqué.

—¿Tan malo era? —preguntó Mar con una sonrisa en la voz.

—¡Terrible! ¿Qué tipo de descerebrada le llama péndulos a las pelotas de un tío? —se escuchó una risilla al otro lado de la línea.

—Anda espera que voy a traerte un café bien cargado y hablamos un rato, se nota que lo necesitas.

—Gracias Mar, eres un cielo.

Dos minutos más tarde mi infatigable morena entró en el despacho.

—Aquí tienes bruja, un expreso muy cargado, espero que no salgas volando con la escoba después de tomártelo —comentó y puse los ojos en blanco. Ella me tendió la preciosa tacita morada, con mi blue mountain recién hecho.

—Eres un cielo, no sé cómo todavía me soportas y no has pedido el finiquito —contesté mientras olisqueaba el intenso café.

—Fácil —dijo acomodándose en la silla que había en frente de mi mesa—. No encontraría otro sitio donde me paguen mejor y lea un montón de novelas románticas gratis. —Aquello me arrancó una sonrisa—. Es lo bueno de trabajar en una editorial especializada en este género.

—Cierto —dijo Jud entrando por la puerta con su pringue verde metido en

un vaso—, es una de las principales ventajas por las que yo también trabajo aquí.

Jud era mi responsable de ilustraciones, portadista, maquetadora, encargada de marketing y redes sociales. Una guindilla que no paraba quieta ni un instante. Congeniábamos muy bien. A parte de compartir la melena pelirroja, ambas gozábamos de un carácter fuerte y endiablado, que sacaba a mis otras compañeras de quicio. Debía ser el mal de las pelirrojas.

—Buenos días a ti también Jud —ocupó el sofá de piel negra, subiendo las botas al reposapiés que compré expresamente para ella. Estaba harta de que las colocara sobre la mesita del café y encontrarme piedrecitas cada vez que ponía la taza en ella. Levantó las cejas y dio un trago al pringue—. No sé cómo puedes beberte eso— dije con cara de repulsa.

—Queen Mary dice que es un antioxidante genial y ya sabes lo guapa que es mi mujer. Estamos en una edad que debemos cuidarnos Sarah, tú deberías empezar que cuando cruzas la barrera de los treinta, ya no eres una niña.

—¿Perdona? —dije levantándome y dando una vuelta para mostrar mi curvilínea silueta—. Si a alguien no le gustan mis curvas que no las miren, no pienso ser un palo de escoba. Me siento bien con mi cuerpo, hago deporte y como lo que me apetece cuando me apetece, si a algún tío no le gusta lo que ve pues que le den morcillas, a mí tampoco me gustan las barrigas cerveceras que veo paseando por la calle y no por eso les voy diciendo que coman lechuga como los conejos.

—¿Quién ha desatado a la fiera? —Marga fue la tercera en entrar. Ella era la encargada de seleccionar las obras que íbamos a publicar, con el consenso de las demás y la correctora de todas las novelas. Era de estatura media, con el pelo rubio oscuro, los ojos de color miel y una deliciosa arruguita en el entrecejo, que fruncía cuando estaba concentrada en la lectura.

—Buenos días Marge. —Aquel era el apelativo cariñoso por el cual la llamábamos todas. Era la mami del grupo, así que nos recordaba a la madre de los Simpson. No por físico, que no se parecían en nada, sino porque era como una gallina clueca—. La culpa es de la Hija de Satán —sentenció Mar dando un sorbo a su cappuccino con extra de espuma.

—¿Siempre tiene que ser culpa mía? —bufó Jud agitando el aro que pendía de su nariz.

—Bueno, está claro que si hay alguien capaz de provocar a la bruja esa eres tú —Marga la miró por encima de sus gafas de pasta.

—Vamos chicas dejadlo ya. Sabéis cómo me pongo cuando se toca el tema del físico y la mujer —arrugué la nariz molesta.

—Será que puedes quejarte, cualquiera mataría por ser como tú y ya no hablamos del físico solamente. Eres guapa, con unos ojos azules que quitan el sentido, unos labios apetecibles, unas curvas de infarto y una estatura que más de una querría para sí. Si a eso le unimos, tu inteligencia, que eres la editora y propietaria de una de las editoriales de romántica de mayor éxito en España, lo tenemos prácticamente todo. —A Mar le encantaba regalarme los oídos y Jud resopló.

—¡Serás pelota! ¿Por qué no dices, que es una maniática del orden y del control, una feminista compulsiva y calza una mala hostia peor que la mía, además de ser una mal follada?

—¡Jud! —la reprendió Mar abochornada. No pensaba meterme en esa batalla, pues ambas tenían razón, tanto en mis virtudes como en mis defectos. Yo era así y a quien no le gustara ya sabía lo que debía hacer.

—En lo único que no tiene razón Jud es en lo de mal follada, en lo demás estoy de acuerdo incluso creo, que se queda corta.

—¿Y lo de mal follada no? ¿Cuánto hace que no te tiras a un tío? Porque creo recordar que llevabas meses consolándote con Fredo. —Fredo era el nombre con el que Jud había bautizado a mi consolador. Las chicas me lo regalaron en mi último cumpleaños, junto con una divertida sesión de tuppersex.

—Pues el último me lo follé el sábado, estaba un poco cansada de nuestro amigo de silicona así que salí de caza rápida. —Eso significaba vestirme para seducir, ir sola a un bar plagado de tíos y entrarle al que más me gustara, después si te follo no me acuerdo. Así funcionaba yo. Sexo sin compromiso y sin ataduras. Nunca me había enamorado y no pensaba hacerlo. Mi vida era muy plena, sin necesidad de un tío que me meara la tapa del váter o me dejara los calzoncillos cagados, tirados por el suelo. Cuando me picaba me rascaba y punto.

—Eres mi heroína —dijo Marge suspirando.

—¿Y piensas dejarnos así? —Jud apuró la bebida y quitó las botas del reposapiés— ¿Quién fue el elegido? —me encogí de hombros.

—No esperes que te diga su nombre, porque no lo sé, era rubio, alto con clase y cara de vicioso. Tenía una morena al lado de esas ensiliconadas, que no dejaba de parlotearle en modo cotorra. Tenía cara de hastiado y no dejaba de enviar señales de socorro, hasta el extremo de la barra donde yo me encontraba, estaba claro que necesitaba que le echara una mano, o tal vez las dos —expliqué moviendo las cejas alternativamente—. Así que le rescaté, fui hasta allí me cogí de su cuello le besé como si no hubiera un mañana y le pregunté si nos marchábamos, frente a una pasmada pescabraguetas, porque os garantizo que esa era del género: “Si tienes llena la cartera te la como entera” —todas estallaron en risas.

—¡Esa es mi chica! —sentenció Jud— ¿Dónde te lo follaste? —Sonreí, cómo me conocía la muy bruja.

—En el parking.

—¿Dentro del coche? —giré el rostro para responder a Mar que me miraba con los ojos oscuros abiertos como platos.

—No soy una quinceañera, odio que se me clave el cambio de marchas o la estrechez de la parte de atrás, ¿por quién me tomas? —suspiró aliviada, para acto seguido mirarme con la mandíbula desencajada ante mi respuesta—. Me lo tiré contra la pared, con la cámara del vigilante de seguridad enfocándonos a ambos, seguro que se lo pasó de lujo en su cabina haciéndose un cinco contra uno a nuestra costa, cuando terminé cogí el coche y me largué. —Jud soltó una carcajada.

—¡Serás zorra! —exclamó.

—Señorita zorra para ti —dije lanzándole un beso y curvando mis labios.

—Eres mi ídola nena, no la mires así Mar —la reprendió Jud—, tú deberías aprender un poco de nuestra bruja y echarle más pimienta a tu vida o ese novio tuyo, se buscará a otra.

—Mi Carlos, está muy satisfecho conmigo, que no me vaya el sado y las chirlas como a ti o los polvos bomba como a Sarah, no significa que mi vida sexual sea una porquería. Yo también disfruto mucho a mi manera —explicó sonrojándose ligeramente, mientras Marge movía la cabeza de lado a lado.

—Cuando llevéis treinta años con un mismo tío como yo, entonces podréis hablar de imaginación, por el momento las tres tiráis de libido y eso es muy fácil —comentó.

—¿Y tú cómo lo haces? —preguntó Mar

—Si pretendes que te cuente cómo me follo a mi marido, lo llevas claro —Mar se atragantó con el café.

—No me refería a eso, sino a cómo lo haces para llevar tanto tiempo con la misma persona y que siga funcionando la química entre vosotros.

—¡Lo sé! —exclamó sonriente—. Te lo he dicho para picarte. Hay que echarle imaginación y de tanto en tanto ponerle cara de alguno de los personajes de nuestras autoras. La otra noche Manuel se convirtió en Dominick, el Devorador de pecados.

—Mmmmm Dominick, me encanta ese libro de Tania Lighling-Tucker, hicimos bien en ficharla, esa chica promete.

—Sí, su serie de Devoradores está arrasando, esa chica escribe como los ángeles —aseveré.

—Unos ángeles muy calientes y muy potentorros —Marge estaba encantada con aquellos libros, había sido un descubrimiento suyo, así que se sentía muy orgullosa de esta autora y por ende yo también. Además Tania era un encanto, ¡incluso teníamos una productora detrás, para hacer de sus libros, una fabulosa serie de televisión! —, y esta mañana me ha poseído con el rostro de Joao, mi profesor de Aquazumba —todas nos echamos a reír.

—¿Pero alguna vez te acuestas con tu marido? —le pregunté con lágrimas en los ojos.

Ella arrugó la nariz toda ofendida.

—Siempre me acuesto con mi marido, lo único que le pasa es que es un cambiante. Vosotras no lo entendéis, tiene poderes mágicos y cada vez adopta una forma distinta a la suya. Su tripita cervecera se convierte en una perfecta tableta de chocolate y su rostro redondo, en el del último protagonista del libro que esté leyendo. ¡Es genial! —volvimos a prorrumpir en carcajadas.

—Bueno después de esta divertida charla creo que deberíamos hablar sobre la gala del sábado. Son los premios y aún no tenemos ganador por

unanimidad —comenté y las tres se miraron entre sí. Mar se mordió el labio, Jud cabeceó a Marge y esta última suspiró. Parecía que me ocultaran algo.

—¿Qué ocurre? ¿Hay algo que se me escape? —Jud y Mar pusieron los ojos sobre mi correctora.

—Está bien lo diré yo, nosotras tres ya tenemos novela ganadora y estamos de acuerdo. —Las miré con sorpresa.

—¿Y cuándo ha ocurrido eso?

—Llegó hace tres semanas, sé que estaba fuera de plazo, pero fue culpa de correos, como eres tan meticulosa con esas cosas nos daba miedo decírtelo pero es que es tan buena, cada finde se la ha llevado una para leerla en casa y nos ha gustado a todas. —Era cierto, no me gustaba saltarme los protocolos, sin embargo sobre la mesa solo teníamos bodrios o noveluchas de poca monta y ninguna era de la calidad que exigíamos, para ganar nuestro premio anual de romántica. Tomé aire y lo saqué despacio, tenía dos opciones o seguir debatiendo y que ganara una novela que no estaba a la altura o leerme aquel portento que parecía tenerlas enloquecidas y de acuerdo—. Está bien lo leeré, traédmelo —dije y Marge salió como una quinceañera correteando por el pasillo, para volver con un tarugo de quinientas páginas en A4 a doble espacio.

Lo soltó de golpe sobre la mesa de mi despacho, a plomo, originando un fuerte estruendo sobre mi mesa.

Era una novela muy extensa y yo solo tenía cinco días y muchísimo trabajo.

—¿Esperas que me lea este mamotreto en cinco días? —la miré escéptica.

—Todas la leímos en dos.

—¿En dos? —les pregunté horrorizada y todas asintieron.

—Te lo hemos dicho es muy buena, ninguna de las tres pudimos despegarnos de ella —aquello sí que era insólito.

—¿Tú tampoco Hija de Satán? —Jud negó con la cabeza.

—Por raro que parezca yo tampoco y eso que no es de mi género.

—Vaya —dije admirada— si incluso te ha gustado a ti, que solo te van las de dominación, tendré que leerlo. —Las tres se pusieron a dar saltos de

alegría.

—Lo hemos logrado chicas. —Marge era la que parecía más feliz de las tres—. Verás como no te arrepientes bruja.

—¡Menudo aquelarre estáis hechas!

—¿Qué os parece si vamos a celebrarlo? —apostilló Mar.

—¡Pero si todavía no lo he leído! —exclamé.

—Eso no importa, vas a pasar unos días encerrada en casa sin querer salir, nosotras pasamos así los tres últimos fines de semana, así que mejor que esta mañana lo dejes todo zanjado y en nuestras manos. Delega el trabajo, enciérrate como nosotras y vuelve el jueves o el viernes, diciéndonos que ya tenemos novela ganadora —su entusiasmo era contagioso.

—Muy segura te veo yo, en fin si no resulta siempre tendré un enorme pisapapeles con el que atizar a vuestras cabezas, si no es una obra maestra. — Las tres se miraron un tanto preocupadas, pero después sacudieron sus bonitas cabezas.

—Imposible —sentenciaron. Aquello sí que era unanimidad.

—Estupendo pues si tan claro lo tenéis dejad que cuadre la agenda, distribuya las tareas, hagamos una mini reunión para que os encarguéis de vuestras nuevos quehaceres y después, nos largamos a comer a Raffaello's y a darnos una sesión antiestrés en David's.

—Mmmm, me encantan los fetuccini de Raffaello's y las manos de Sandro en David's —Mar puso los ojos en blanco, al pensar en ambos placeres juntos.

—¡A ti lo que te gustaría es que Sandro te diera con todo su fetuccini, no seas mentirosa! —. Los mofletes de Mar se tiñeron de rojo.

—¿Pero qué dices? —replicó sofocada.

—Digo, que a ti te gustan tanto las manos de Carlo como a mí las de Patri, a Sarah las de Luca y a Marge las de Antoine —nos miramos con complicidad y no pudimos hacer otra cosa que reír. David's era un salón un tanto peculiar, el dueño ofrecía unos servicios exclusivos para mujeres que iban de lo más soft a lo más hot. Siempre que habíamos ido juntas pedíamos algo intermedio, nos hacían un masaje erótico-festivo, así fue como lo bautizamos. Cada una

tenía su masajista fetiche, que mediante técnicas de tantra daba un masaje cuerpo a cuerpo, con la única barrera que representaba su propia piel. La aventura no iba más allá, pero salías en un estado que era una mezcla de relajación y excitación, más que interesante.

—Está bien brujillas, voy a llamar para reservar y esta noche mucho me temo, que tendré que encender mi Fredo de nuevo.

—Eso porque quieres, ya sabes los ojitos que te pone Luca cada vez que te ve.

—Y tú ya sabes que no repito, lo nuestro ocurrió una vez y no volverá a ocurrir —contesté. Luca era muy guapo y muy joven para mi gusto, tenía cinco años menos que yo, un físico de Dios griego y mucha testosterona por quemar. Una noche nos encontramos en un bar, justo después de uno de sus masajes, yo llevaba un par de copas de más y acabamos como debía terminar, con ambos follando como posesos durante toda la noche. Tenía que reconocer, que el chico tenía aguante y una buena herramienta. Su mástil del amor era de buen tamaño y lo sabía usar más que bien.

—Por cierto, cambiando de tema, os he traído a todas unas bragas comestibles de mi nueva colección —dijo Jud.

—¿Bragas comestibles? —preguntó Mar.

—Exacto, es un producto nuevo, son de diferentes sabores y cuando las chupas, se deshacen en la boca, además cada una tiene un mensaje personalizado. —Jud se levantó del sofá y nos trajo un paquetito a cada una—. Abridlas a ver si os gustan.

Las mías eran de sabor a mora y en su inscripción ponía:

“No seas capullo y amórrate al buyuyu”

Las de Mar eran rosas, sabor fresa y rezaba.

“Rosa, rosita. ¡Cómeme la rajita!”

Las últimas eran las de Marga de color naranja pues eran de mango y su frase era:

“Me encantan los idiomas: Léeme los labios con tu lengua”

La cara de Mar era un poema.

—¿Cómo voy a ponerme esto? ¡Me moriría de la vergüenza!

—Pues yo creo que a Carlos le encantarán y a mi Manuel también, eso de leerme los labios se le da de vicio. —Miré divertida a Jud.

—Gracias nena, seguro que les daré buen uso. Por cierto, ¿cómo te va el negocio de las ventas por internet?

—¡Genial, cada vez tengo más clientes! Además a través de mi amiga Laura, la de Creativity, he conseguido que me ponga en contacto con una prima de su cuñado que es de Tokio, ya sabes lo forofos que son los japoneses con la ropa interior —asentí—. Pues me está ayudando con la web y voy a comenzar a servir en Japón.

—¡Vaya eso es fantástico! —exclamé.

—Sí, además tiene muchos contactos en el sector de la moda, cree que mi ropa interior con frases puede ser todo un bombazo —comentó.

—Me alegro mucho pelirroja, pero ni se te ocurra dejarme por el negocio de las bragas —la amenacé sonriendo.

—¡Jamás! —dijo Jud con convicción—. Tú nos diste trabajo a todas, cuando nadie creía en nosotras y te debemos mucho, Marge estaba en el paro hacía un montón de años, era ama de casa y se tuvo que poner a trabajar, porque su marido se quedó sin empleo de la noche a la mañana. Sin estudios y con sus cincuenta recién cumplidos, era muy difícil que encontrara un buen empleo siendo mujer. Y entonces apareciste tú, la bruja del cuento que le dio una oportunidad.

—Cierto —corroboró Marga— y siempre le estaré eternamente agradecida.

—Mar salió de la carrera —prosiguió Jud—, y nadie la quería contratar por falta de experiencia, aunque hubiera hecho empresariales y tuviera un máster. Pero de nuevo llegaste tú y también confiaste en sus capacidades.

—Eso es verdad, además nos tratas como a hermanas —añadió Mar.

—Basta o me vais a sacar los colores —dije un tanto avergonzada.

—Y después estoy yo, lesbiana, heavy metal y una Ama del BDSM, con numerosos piercings y tatuajes... Pero ya ves, aquí estoy completando el cuarteto. Tú nos has abierto las puertas, has confiado en nosotras cuando nadie

lo hizo y nos has cuidado como nadie —terminó con su alegato.

—También os exijo mucho —estaba emocionada y no me gustaba mostrar en exceso mis sentimientos.

—Es verdad, pero nunca nos exiges más, de lo que podemos dar. Eres una jefa justa y una buena amiga para todas. Además estás dando trabajo a muchas autoras, que de otro modo tampoco tendrían trabajo.

—Y seguiré haciéndolo, ya sabéis que solo hay dos requisitos para trabajar con nosotras. —Las cuatro repetimos al unísono nuestro lema:

“Ser mujer y tener un don”

—Y ahora todas a trabajar, que nuestra comida y los masajes nos esperan.

2 CAPÍTULO (SARAH)



Me sentía como nueva y como era de esperar, muerta de deseo. Luca se había esmerado, llevándome al límite en cada pasada de su fibrado cuerpo. Cuando su erección se deslizó acariciando el vórtice de mis muslos por décima vez, estuve tentada a abrir las piernas y que rematara lo que había empezado. Pero me contuve, por muy bueno que estuviera no iba a alentarle y repetir con él.

Cómo tenía un calentón terrible me metí en la ducha con Fredo, ¡ay mi dulce Fredo! Menos mal que lo tenía a él. Me dejé acariciar por el agua. Estaba a la temperatura perfecta, mis sensibles pezones estaban de punta, pues el vello del pecho de Luca los había activado, por ese punto fue por el que empecé. Mis pechos eran una de las zonas más erógenas que tenía y la zona predilecta de los hombres, siempre alababan mi busto generoso. En eso no había salido a mi madre, que era de pecho modesto y figura estilizada. Yo tenía un pecho grande y unas caderas redondas, precedidas por una estrecha cintura. Mis amigas decían que ese tipo de cuerpos volvían a estar de moda, gracias a las Kardashian. A mí, lo cierto es que no me importaba ser la más curvilínea de las cuatro y el público masculino, se sentía muy atraído por mi físico de reloj de arena, de talla cuarenta y dos.

Pasé la suave vibración por mis enhiestos montículos que se alzaban pidiendo más, gemí apoyando la mano en la pared esperando que mi ducha efecto cascada, golpeará mis cervicales. Mmmmm que gusto. Mi sexo palpitaba celoso, anhelante de que le dispensara las mismas atenciones que a sus vecinos de arriba. Bajé la mano sin prisa por la zona abdominal, hasta llegar a la suave curva donde reposaba mi ombligo. Me humedecí los labios frotando las piernas entre sí, para después separarlas dándome paso.

Los hombres solían preguntarme si era pelirroja natural y para que no hubiera duda, me hacía una depilación brasileña que se me antojaba muy sexy, dejando una pequeña porción de vello rojo en mi pubis. Todavía no me creía, la cantidad de hombres que se sentían atraídos por una pelirroja, para que luego digan que las rubias y delgadas son las que más triunfan. Pues aquí, la pelirroja de curvas peligrosas, los dejaba sin aliento.

Cambié la posición de la salida del agua a una de chorros laterales. Aquella cabina fue la mejor compra que había hecho hasta el momento, pues uno de los chorros impactaba justamente sobre mi centro de placer. Fue un gran hallazgo y un gran descubrimiento.

Separé los pliegues de mi vagina que estaban tensos de necesidad y el chorro impactó justo donde más lo necesitaba. Un fuerte quejido escapó de mi garganta, lo necesitaba tanto...

Bajé a Fredo y sus veintitrés centímetros a la entrada de mi sexo y sin pedir permiso, lo ensarté con fuerza, como a mí me gustaba. Otro gemido, esta vez más fuerte retumbó en las paredes de cristal. No cerré los ojos, me gustaba contemplar mi cuerpo absorbido por el placer, cómo mi piel se sonrosaba, mis pezones parecían a punto de estallar y mi sexo se hinchaba. Era hermoso. El placer en el cuerpo de una mujer, era como una obra de arte dinámica y viva. Empujé una y otra vez el consolador, sintiendo las paredes de mi vagina apretarlo en un amoroso abrazo, mientras mis caderas ejercían un suave vaivén, que me acercaba más y más a la culminación de mi deseo.

Abrí bien las piernas, descorrí el capuchón del clítoris acercándome al nacimiento del chorro, para que me golpeará más intensamente. Así fue, al primer impacto a carne descubierta, comencé a temblar y a correrme sin límites. Esperaba que a mi vecino no le molestara el concierto que estaba dando en la ducha, pues estaba convencida, que mis gritos traspasarían aquellas paredes que parecían hechas de papel.

Una vez saciada y temblorosa, saqué a mi compañero de juerga para asearle cómo se merecía, besando su rosada punta.

—Eres un campeón —le dije frotándole bajo la ducha. Volví a poner el efecto lluvia para terminar de enjabonarme y dar fin a mi desquite.

Una vez envuelta en mi albornoz blanco con el pelo cubierto de mascarilla, salí de la ducha para ir a la terraza. Faltaba poco más de una semana para San Juan, aprovechando que vivía en el último piso del edificio y que tenía una gigantesca terraza, salí para tumbarme y ver el atardecer cómodamente en ella.

Tenía un piso amplio, un loft de noventa metros cuadrados. Para mí sola, más que suficiente. Vivía en uno de esos edificios modernistas, que dotan de tanto encanto a la ciudad de Barcelona. Aunque mis padres insistieron en pagarme el piso, yo no les dejé. Quise pagar mi hipoteca yo sola, no me gustaba deber nada a nadie, aunque fueran mis padres.

Una vez terminé la doble licenciatura en la universidad, en filología hispánica y dirección de empresas, pedí un préstamo para jóvenes empresarios. Tenía muy claro lo que deseaba hacer y lo iba a conseguir. Fue en lo único que me ayudaron mis padres, abalando mi idea de forjar una editorial hecha por y para mujeres.

Era mi manera de contribuir a la sociedad, no quería hombre alguno trabajando para mí, suficientes puestos de trabajo había para ellos. En mi pequeña editorial, las mujeres eran las protagonistas, sobre todo si estaban en riesgo de exclusión social, como era el caso de mis compañeras. No me gustaba llamarlas trabajadoras, porque para mí eran mucho más que eso. Eran mi pequeña familia, trabajábamos como burras y hacíamos más horas que un reloj, no obstante a ninguna nos importaba.

Tomé el manuscrito de encima de la mesa del salón, me serví un buen vaso de gazpacho de la nevera, le coloqué una rama de apio y salí descalza a la terraza, para aprovechar los últimos rayos de sol. Me desprendí del albornoz y me tumbé en la hamaca, dispuesta a relajarme leyendo la obra maestra, que mis amigas decían que tenía entre manos.

Genial, un libro de Highlanders, qué original... ¿Y este libro gordo de Petete era el que iba a ganar mi premio y había enamorado a las chicas? Resoplé un poco molesta, pues aunque era cierto que los Highlanders era un tema que gustaba, dudaba que tuviera la calidad suficiente.

Miré el sol que ya estaba desapareciendo en el horizonte y decidí taparme, con aquella dosis tenía más que suficiente, no me gustaba cubrirme de pecas y mucho menos que se me enrojeara la piel. Me puse de nuevo el albornoz, esperando haber absorbido la suficiente dosis de vitamina D que me pedía el cuerpo.

Solo esperaba que no fuera un libro ñoño o descriptivo en exceso, eran dos cosas que no toleraba en mis lecturas. Aunque habiéndolo leído Jud dudaba de la ñoñería.

«Vamos allá K. Mackenzie, a ver si logras sorprenderme»

“FLORES EN LAS HIGHLANDS”

K. Mackenzie

“Escocia 1306...”

Cerré los ojos y aspiré el intenso aroma a brezo, todavía podía sentir aquel olor en sus cabellos de fuego. Yo Kenan el indomable, un Highlander temido en todo el país, me sentía tan muerto y arrasado por dentro, que era incapaz de pensar en la batalla.

Todo había sido culpa mía, si no me hubiera encabezonado con esa mujer, si no hubiera posado mis ojos en ella, si no la hubiera perseguido hasta tal punto que el único camino posible fuera el de la rendición, nada de esto habría ocurrido y ahora, ya era demasiado tarde. Ciara, mi bella y hermosa Ciara, yacía debajo de aquel campo de brezo, porque era en el único lugar donde creí que su alma reposaría en paz.

Clavé mis rodillas en la tierra y un grito de dolor arrasó mi garganta, rasgando la tranquilidad de la colina. El cielo claro hasta ese momento, se fue cubriendo de espesas nubes, tan grises y tan negras, como mi putrefacto corazón.

Todavía podía escuchar su risa cantarina, el fuego azul de sus ojos cual

día de verano. Ciara tenía un cuerpo hecho para el pecado y yo fui el elegido para empujarla a pecar. Traje la desgracia a su vida una y otra vez, irrevocable e irremediabilmente, la empujé hacia el precipicio del no retorno hasta que apagué su luz y terminé con su vida.

No merecía ser el laird de mi clan, el hombre al que todos admiraban por ser el azote de los perros ingleses, uno de los hombres de máxima confianza de Bruce, uno de sus más fieros guerreros. No merecía ni el honor ni la confianza que habían sido depositadas en mí, pues no había sido capaz de cuidar el regalo más hermoso que me fue entregado, el del amor verdadero. Lo vapuleé, lo pisoteé, lo desterré de mi vida, como si se tratara de algo que careciera de importancia y ahora, que sabía que jamás iba a volver a sentir, me arrepentí de no haber sido el valeroso guerrero del que tan orgulloso se sentía mi pueblo.

Mi mente divagó hasta mil doscientos noventa y seis, un par de años atrás antes de que conociera a Ciara, cuando un trágico destino me unió a la otra mujer de mi vida, Brígida.

Mael MacRae y yo estábamos en una incursión en tierras de los Fraser. Hacía tiempo que las disputas entre los MacRae y los Fraser eran bien conocidas. Todo se inició cuando estos últimos, no aceptaron compartir con los MacRae parte de las tierras del señorío de Lovat. Tras la disputa, John MacRae, el padre de Mael, se vio obligado a que sus tres hijos fueran a otras tierras para asentarse. El mayor se estableció en Brahan, cerca de Dirgwall, el mediano en Agyll y mi amigo Mael en Kintail, tierra que estaba bajo el control de mi clan, los Mackenzie.

Por suerte, mi gran amigo Mael, me juró lealtad. Nuestra conexión fue instantánea, aquel gigante rubio era tan fiero en el campo de batalla, como fiel y leal a mí.

Al poco de establecerse en Kintail, Mael cayó bajo el embrujo de Brígida MacBealen, la hija pequeña del laird MacBealen, quien era conocida por su belleza salvaje. Era morena, con el pelo de un tono que bajo el sol, parecía que tuviera matices azules. Alta para lo que medían el resto de escocesas y con un cuerpo espigado, delgado y apetecible.

MacBealen vio en Kintail una oportunidad para su hija, hacía tiempo que intentaba que yo desposara a Lady Brígida, pero no tenía intención

alguna. Era feliz batallando con Bruce, siendo uno de sus brazos ejecutores. No tenía tiempo para romances, ni para dar protección a una mujer por hermosa que fuera.

El caso de Mael fue distinto, en cuanto la vio quedó prendado ante su belleza y no tardó nada, en proponer a su padre un Handfasting. Aquella unión que les permitiría durante un año y un día yacer como marido y mujer. Tras ese tiempo la pareja decidiría si casarse, separarse o renovar aquellos votos, que se daban con un simple apretón de manos y una ceremonia muy sencilla.

Sabía que Brígida siempre se había sentido atraída por mí, pero no parecía disgustada por las atenciones de Mael. Viendo mi falta de interés, aceptó unirse como mujer de mi amigo.

A los pocos meses Brígida, se quedó embarazada y nueve meses más tarde, dio a luz gemelos. Mael estaba loco de contento y era incapaz de apartar las manos del increíble cuerpo de su esposa, así que no fue extraño que al poco tiempo, volviera a quedarse en estado por segunda vez.

Mael se mostraba nervioso por nuestra incursión en tierras de los Fraser, no quedaba mucho para que Brígida se pusiera de parto y estaba intranquilo. Creo que aquello no jugó en su favor, fue menos precavido y descuidado de lo que debería. Entramos en tierras de los Fraser con intención de robar algo de ganado y darles un toque de atención, pero la cosa se torció.

Debía ser una incursión limpia y rápida, ellos habían hecho lo mismo meses atrás y solo pretendíamos devolvérsela. Nos habían informado que los guerreros estaban en otro ataque, así que debía ser sencillo, pero no fue así. Parecía que nos esperaban, nuestros veinte hombres se vieron rodeados por cincuenta Fraser armados hasta los dientes. Mael parecía tan sorprendido como yo, todos deberían haber estado en tierras de los pocos McRae que quedaban en Lovat, sin embargo aparecieron allí.

La lucha fue encarnizada y pese a que pudimos terminar con los Fraser, cuando fui a buscar a mi amigo, él se encontraba en medio de un charco de sangre atravesado por una espada. Me arrodillé junto a él para darle paz, en sus últimos minutos de vida. Me cogió de las manos y me hizo prometerle una cosa, la única cosa que cambiaría mi vida, que me casara con su mujer

y cuidara de sus hijos como si fueran míos.

No pude negarle a mi amigo su última voluntad. Muerto de dolor, regresé a sus tierras para darle sepultura. Brígida lloraba desconsolada, gritando por no saber qué sería de ella ahora que su marido había fallecido. La abracé y le dije que no se preocupara de nada, que yo me encargaría de todo. Le di consuelo y le revelé la promesa que le había hecho a mi amigo, antes de ser llevado por la muerte. Brígida dejó de gimotear, levantó sus oscuros ojos negros con una trémula sonrisa y me dijo:

—Me casaré contigo Kenan MacKenzie —después besó mis labios con un hambre voraz. No quise apartarla y le correspondí. Imaginé que estaba desesperada por la muerte de su marido, así que no quise que se sintiera despreciada si la apartaba. Estaba tan fuera de sí misma, que bajo aquel árbol dejé que me poseyera, intentando transmitir el calor que necesitaba.

Brígida no quiso esperar, al día siguiente de enterrar a Mael nos casamos. Un par de meses después nació el tercer hijo de Mael, una niña a la que llamó Ailyn.

En cuanto estuvo recuperada retomó el lecho conyugal con mucha alegría y entusiasmo. Si bien no amaba a mi mujer, era cierto que en la cama nos entendíamos, Brígida era hermosa y fogosa. Pero aun así, no dejé de tener amantes.

Brígida era una mujer tan hermosa como fría sentimentalmente. Jamás me dio amor, simplemente sexo y lujuria. Así que me dediqué a buscar en otras mujeres, aquello que ella era incapaz de sentir o de dar. Incluso con los niños se comportaba de aquel modo, como si realmente no le importaran. Ella solo disfrutaba cuando la halagaban, cuando hacía fiestas o se reunía con sus amigas. La educación de nuestros hijos quedó relegada a un segundo plano.

Brígida tenía una facilidad pasmosa para preñarse, así que mi primogénito no tardó en llegar y tras Ewan vino Mael, le puse ese nombre en memoria de mi amigo. Tras dos años de sexo y cinco hijos, dos míos y tres de Mael, Brígida se dio por satisfecha y dejó de reclamarme en su cama. Había logrado su objetivo, ser la esposa del laird más temido de las Highlands y darle descendencia, así que a partir de aquel momento nuestra vida marital concluyó.

A mí no me importó, jamás había tenido problema por encontrar compañeras de cama, había cumplido la promesa con mi amigo y tenía suficiente descendencia como para garantizar la supervivencia de mi clan, pues había reconocido a los hijos de Mael como propios. Ahora podía dedicarme a lo que siempre había deseado, guerrear mientras mi mujer cuidaba del castillo de Eilean Donan.

Los hombres de Mael se habían convertido en la guardia que lo custodiaba, jurándome lealtad y convirtiéndose en hombres de mi clan. Era un hombre poderoso, que no podía pedir nada más en la vida.

Un día recibí una misiva de Bruce, debíamos reunirnos con otros laird, se estaba cociendo algo grande. Bruce quería la libertad del pueblo escocés y ser coronado rey. Quería organizar un gran ejército para echar a los perros ingleses, ya podían irse olvidando de que el rey Eduardo de Inglaterra, apodado el martillo de los escoceses, nos aplastara y lograra conquistar el suelo escocés. El lugar elegido para la reunión fue la isla de Skye, así que reuní a mis hombres de confianza para cruzar a la cercana isla vecina.

El laird MacLeod nos hospedó a todos en el castillo de Dunvegan en la costa oeste de la isla. Allí nos reunimos solamente, los hombres de máxima confianza de Bruce. Aquellos que habíamos sido elegidos para capitanear la revolución que iba a llevar a Escocia a su libertad.

No estuvimos más que cinco días, pero fueron suficientes para que mi corazón comenzara a palpar.”

Cerré por un momento el manuscrito con una sensación extraña en el abdomen, había leído cientos de libros de este género, pero aquel removía algo extraño en mi interior, no estaba segura de qué era, pero estaba instalándose en la zona baja de mi vientre y no se trataban de gases.

Terminé el contenido de mi vaso, dispuesta a retomar la lectura. «Kenan Mackenzie», sentí la necesidad de paladear aquel nombre que se me antojaba sexy, masculino y seductor. El corazón me dio un vuelco y comenzó a palpar a la carrera.

Abrí el manuscrito y leí del tirón cien páginas más, donde relataba la reunión que hubo en el castillo de los MacLeod. Una excepcional descripción

del entorno, sus bosques, la fortificación y sus paisajes, hizo que casi pudiera oler y visualizar aquel lugar. La autora había logrado una fabulosa recreación de la organización de los clanes y cómo pensaban arrebatarle el poder al rey inglés.

Terminadas aquellas páginas estaba que me comía las uñas, Brígida no me había caído bien desde el principio y él había nombrado a otra mujer como amor de su vida, así que estaba convencida que muy pronto aparecería.

Entré un momento al piso para dejar el albornoz. Me puse cómoda con un suave conjunto de raso en color rosa, que usaba para ir a dormir. Estaba compuesto por un pantalón cortito y una camiseta de tirantes, que eran muy finitos. El pelo se me había secado al viento, lo llevaba en un corte muy favorecedor justo a la altura de mis hombros y con la mascarilla se rizaba todavía más. La dejaba nutriendo mi pelo toda la noche, así a la mañana siguiente no estaba tan encrespado. El corte que llevaba, me permitía hacer prácticamente cualquier tipo de peinado sin que tuviera que estar largas horas arreglándomelo, una clara ventaja.

Una vez lista, mi estómago rugió y no pude evitar ir a la cocina, para prepararme una deliciosa crepe con chocolate caliente. Mmmm, los dulces eran mi perdición, gracias a ellos había pasado de una treinta y ocho a una cuarenta y dos. Pero me importaba un carajo, nadie iba a privarme de mi dulce adicción.

Terminado y engullido en diez minutos, salí rechupeteándome los dedos para atrapar de nuevo el manuscrito.

“No podía dormir”

«Pues ya somos dos», pensé volviendo a retomar la lectura. «Céntrate Sarah»

“Así que decidí adentrarme en el bosque a pasear, me habían dicho que había un pequeño lago cercano con agua dulce y me moría por un buen baño bajo la luz de las estrellas.”

El laird MacLeod, había expresado su preocupación por la inusual sequía que sufría la isla, incluso me dijo que había recurrido a una anciana que vivía a las afueras del poblado. Según la gente de los alrededores era una Druidesa de origen irlandés, que se había instalado en la isla hacía unos años con su nieta. Yo era un hombre bastante escéptico y MacLeod tampoco parecía hombre de creer en magias, pero supongo que la desesperación te lleva a intentar cualquier cosa.

Había bebido un poco más de la cuenta, el agua de vida que destilaba MacLeod era excepcional, así que disfruté de ella junto a mis hombres.

El silencio del bosque se vio invadido por una tenue y dulce melodía, que llegaba a mis oídos con voz de mujer. No sabía de dónde procedía, pero era suave y dulce como la miel.

Sin saber muy bien, por qué caminé arrastrado por aquel arrullo, sentía la extraña necesidad de poner rostro aquella música celestial que me llenaba de paz. Seguramente sería alguna de las muchachas del pueblo, que estaría paseando con su prometido bajo la luz de la luna.

Hacía una noche de cielo sereno, ni una nube tapaba la magnificencia de la luna, había tanta claridad que en vez de noche, parecía que fuera de día.

Cada vez estaba más cerca, podía oír la voz con claridad, intenté no hacer ruido para no alertar a la barda que cantaba como los ruiseñores. Al siguiente paso me detuve, sin poder creer lo que mis ojos contemplaban. Estaba escondido tras un robusto árbol, maravillado ante lo que mi vista me mostraba por primera vez. Intenté tragar, pero mi nuez había dejado de funcionar y mi lengua no producía saliva alguna.

¡San Ninian! ¡Aquello era imposible!

Un rayo de luna incidía sobre una bonita muchacha de piel blanca como el nácar y una espesa melena roja, que le cubría las redondas caderas. Cantaba y danzaba despreocupada, completamente desnuda frente a mí.

Su busto y sus caderas eran tan generosos que la boca se me hacía agua, me imaginaba colocando uno de esos tiernos capullos en mis labios. Tenía unas aureolas grandes y claras, del color de las rosas en primavera coronadas por dos capullitos a punto de eclosionar. Un fuerte tirón bajo mi kilt, me indicó que alguien se sentía muy atraído por la ninfa de pelo de

fuego. Cada vez que veía algo que le llamaba su atención, se agachaba y con el dedo meñique de su mano izquierda lo apresaba.

Entrecerré los ojos para focalizarlos en algo que no fuera su curvilíneo cuerpo, quería ver qué recogía aquella muchacha con tanto afán.

¡Flores! ¡Eran flores! Una vez las cogía de aquel modo tan peculiar, se alzaba, volvía a cantar y bailar como si mis oscuros ojos, no la acecharan entre las sombras.

La seguí maravillado, estaba completamente sola y eso hizo que hirviera de preocupación, si cualquier hombre la viera así, no dudaría en tomarla para sí, como yo deseaba hacer.

Tenía unos labios jugosos, las cejas arqueadas y una graciosa nariz, que se alzaba para captar el aroma de las flores.

Era joven no estaba seguro de cuanto, pero por el manto que cubría su entrepierna, era lo suficientemente madura como para albergar un hombre en ella. ¿Lo habría hecho ya? ¿Habría estado con algún hombre? Con total seguridad que una mujer tan desinhibida, debía gozar de una amplia experiencia.

Me sentí molesto por aquel pensamiento, no deseaba que fuera de otro, la quería para mí y estaba convencido que podía tenerla. Las mujeres siempre me habían deseado, pese a mi porte de guerrero y mi mirada intimidatoria, jamás me habían rechazado en el lecho. Alababan mi cuerpo hercúleo, sin un ápice de grasa y mis facciones cuadradas. Mi pelo y ojos negros como el carbón. También ayudaba tener todos los dientes y que fueran blancos. Muchos hombres carecían de ellos o los tenían podridos. Por una vez, esperaba que mi belleza me sirviera para cazar a la ninfa.

Siguiendo sus pasos me di cuenta que tras ella estaba el lago, con menos agua de la que debería, sin embargo lo suficientemente lleno para poder bañarse. Se introdujo en el agua caminando de espaldas, como si así me pudiera premiar observando su físico a voluntad, el agua solo la cubría por los muslos.

¡Por todos los santos! Era la imagen más lujuriosa que había visto nunca. Una vez llegó al centro del lago, soltó las flores y se sumergió. Aquella era mi oportunidad.

Me desnudé como ella y entré en las frías aguas, esperando que emergiera. Y lo hizo, segundos más tarde se elevó con el cuerpo chorreante, abrió los ojos más limpios y azules que había visto alguna vez, para fijarlos en los míos que ardían de anticipación. Mi sexo dio otra sacudida, listo para la batalla.

Estaba frente a ella, en vez de gritar y salir corriendo se dedicó a mirarme con fijeza, recorriendo por completo todos los puntos de mi anatomía. Me miraba con curiosidad y cuando posó sus ojos en mi entrepierna, los agrandó con un destello de admiración. Gracias a San Ninian que estaba bien dotado. Subió lentamente la mirada hasta encontrarse con la mía y sonrió.”

¡Madre mía! Solo con aquella descripción ya me había humedecido y eso solo podía querer decir una cosa, el libro me gustaba. Volví mis ojos hacia las letras y me acomodé sintiendo mi clítoris tensarse de anticipación.

“—Buenas noches nymph —dije y ella sonrió cuando oyó que la llamaba ninfa y se mordió el labio.

—Buenas noches señor —respondió. Me sentía maravillado por su falta de pudor, no se había tapado y se mostraba esplendorosa en su desnudez.

—Disculpad que interrumpiera vuestro baño, pero no pude evitar contemplaros mientras danzabais y cantabais. Yo venía al mismo lugar que vos, así que espero que no os importe compartir el baño conmigo —le expresé. Ella se relamió los labios, pues una gota cayó en ellos.

—No me molesta que disfrutéis del agua como yo, la naturaleza está para compartirla mi señor —contestó con agilidad, cosa que me gustó.

—¿A quién dedicabais esa hermosa canción, preciosa? ¿A vuestro amor tal vez? —inquirí pues necesitaba saber, si el corazón de la chica estaba ocupado. La risa cristalina que escapó de sus labios me enloqueció.

—Yo no tengo amor señor o por lo menos, no del que parece que os interese —sus pestañas se entrecerraron, era joven pero no ingenua.

—¿A quién pertenece vuestro amor entonces nymph? —cuestioné

curioso. Ella extendió los brazos y dio una vuelta completa extasiándome con su giro.

—A la naturaleza, a la vida y a mi abuela.

—Buena respuesta —tomé una de las flores que flotaban en el agua.

—Son flores de beleño, se usan para hacer preparados curativos y en el caso de hoy, para hacer rituales.

—¿Rituales? —ella asintió.

—Mi abuela me ha enviado para que hiciera un ritual para la lluvia, el laird está preocupado por la sequía y hoy el cielo estaba descubierta, así que era buen momento para realizarlo —me explicó y yo me fijé en dos gotitas, que pendían de sus pezones y brillaban bajo la luz de la luna. Me hubiera encantado posar mis labios sobre ellos y calmar mi sed.

—Entonces sí que sois una nymph —aseveré.

—Simplemente una muchacha que obedece a su abuela. ¿Y vos? ¿Quién sois?

—Un hombre que ha enloquecido por una ninfa de pelo de fuego —ella rio audiblemente.

—¿Os vuelvo loco señor? —parecía extrañada de que me gustara.

—No sabéis cuánto.

—¿Puedo preguntaros qué os gusta de mí? —¿Hablaba en serio? ¡Maldición si estaba a punto de abalanzarme sobre ella! Di un paso para acortar todavía más nuestra distancia, pero no se apartó. Me llegaba justo al pecho. Levanté su rostro con la yema de mi dedo y aquellos estanques azules me embebieron.

—Tenéis un precioso cabello del color de las crepitantes hogueras, que calientan mis noches de intemperie. —Pasé los pulgares por sus cejas y no rehuyó el contacto. —El arco de vuestras cejas es perfecto, para dar tejado a vuestros enormes ojos del color del cielo. Vuestras espesas pestañas les dan abrigo, dándole calidez al frío de vuestra mirada. —No era un poeta, era un guerrero, pero ella era pura poesía, auténtica inspiración. Bajé por los pómulos —. Tenéis una piel blanca y muy suave que invita a acariciarla, unos labios gruesos y golosos que incitan a ser besados —abrió mucho los

ojos.

—¿Queréis besar mis labios?

—¿Os gustaría? —asintió. No podía creer mi suerte así que me acerqué un poco más, para sentir como sus pezones arañaban la piel de mi abdomen, arrancándome un gruñido.

—¿Estáis bien? —preguntó con preocupación. Un tanto abochornado por lo que estaba sintiendo, tuve que inventarme una excusa.

—Creo que me clavé algo en el pie.

—Dejadme ver —dijo posando las manos sobre mi pecho y acariciando involuntariamente su sexo con el mío. ¡Maldición! ¡Iba a estallar sin tan siquiera meterme entre sus piernas!

—¡Dejadlo! —le ordené.

—No, puede infectarse, entiendo de plantas. Dejadme que os vea.

—De verdad que no es necesario.

—Insisto —repitió pegándose otra vez a mí, uniendo nuestras zonas más nobles. Fue tan intenso, que sentí una descarga que me hizo trastabillar. La tomé sin querer de la mano, queriendo recuperar el equilibrio y lo único que logré, fue llevarla en mi caída. Estaba tumbado en el agua con aquella mujer estirada encima de mí. Dio un gritito por el susto, pero rápidamente se puso a reír arrastrándome con ella.

—¿Os estáis riendo de mí bella nymph? —pregunté tomándola de la cintura y haciéndole cosquillas.

—Ciara —dijo entre risas—. Me llamo Ciara —clavé los ojos en sus labios.

—Un nombre hermoso para una mujer bella. —Amplió la sonrisa y aproveché para reptar por el lago, hasta llegar a un punto en la orilla donde apenas nos cubría el agua, con su cuerpo sobre el mío. Parecía muy cómoda y eso me calentaba el alma. Miró mis labios con deseo. ¡San Ninian! ¡Quería que la besara!—. Creo que os debo esto. —La tomé de la cintura para darle la vuelta y colocarme encima. Sorprendida me tomó de los hombros y abrió las piernas, no iba a desaprovechar la invitación, así que me instalé entre ellas con mi miembro acariciando su sedosa cueva. Cogí el

rostro entre mis manos y me lancé a por aquella boca que sabía a pecado.

Estaba claro que no tenía demasiada experiencia en besos, pero no importaba, la falta de la misma la cubría con entusiasmo y efusividad. Cuando mi lengua acarició la suya no se apartó, sino que salió a su encuentro gimiendo en mi boca y apretando su sexo contra el mío. ¡Se estaba moviendo debajo de mí! Sus caderas se movían incitantes, dudaba que supiera qué estaba haciendo o lo que aquello suponía para mí. Tal vez me equivocaba, una virgen jamás se comportaría de aquel modo tan lascivo y con ese abandono, seguramente había yacido con más de uno, lo que suponía una ventaja para mí, pues iba a disfrutar muchísimo con ella.”

3 CAPÍTULO (SARAH)



Era inevitable, ya me estaba mordiendo la uña del dedo gordo, a la mierda con las uñas nuevas, Antoine iba a matarme, con lo que le había costado ese diseño y yo ya lo había estropeado.

Me dieron ganas de saltar dentro del libro, coger al tío por la pechera y darle un buen empujón. Estaba claro que ella era virgen, tal vez un poco alielada, pero al fin y al cabo virgen. ¿Cómo podía ser que no se diera cuenta?

«Fácil», me dije a mí misma. A la que ven a una mujer entregada, ya dan por supuesto que se ha pasado por la piedra a todo un pelotón.

Era curioso, cómo me estaba llegando aquel libro, era la primera vez que le ponía mi rostro a una protagonista, pero es que con esa descripción hubiera jurado que era yo con dieciséis años. Con la única diferencia que a esa edad mi madre, ya me había llevado a quitarme el abrigo de oso de la entrepierna. Con esos años, yo había sido igual de entregada que ella en mi primera vez, cuando el mejor amigo de mi padre me sedujo.

No voy a negar que fue consensuado, el señor Montoya, que así se llamaba, tenía cuarenta y cinco años muy bien puestos, una labia exquisita y un cuerpo que ya quisieran algunos de dieciséis.

Además tenía una empresa de moda. Cuando a una le regalan los oídos, le

dicen que es la más bonita, la llevan a sitios exclusivos adulándola hasta el infinito y más allá, va cayendo poco a poco en una red que solo ves con la edad.

Cada vez le veía más guapo, cuando venía a casa me arreglaba solo para él. Los vestidos más sexis, los escotes más profundos. El señor Montoya era soltero y siempre iba rodeado de modelos y mujeres florero preciosas. Cuando me propuso posar para él en una campaña, no lo dudé. Le pedí permiso a mis padres quienes confiaban plenamente en él.

Me encontré en una sesión de fotos de ropa interior en su casa y como fotógrafo, él. Debía ser sugerente, sexy, en cada foto me decía lo bella y bonita que estaba. Fui ganando confianza, hizo que me quitara el sujetador para posar de espaldas y cuando me di cuenta, ya le tenía delante separándome las manos y fotografiándome a pecho descubierto.

Me dijo que no me preocupara que eran fotos artísticas y que las tomaba así, porque necesitaba después hacer montajes.

Le creí y seguí jugando a las modelos con él. En las siguientes fotos me pidió que me desnudara por completo, iban a ser unas fotos al trasluz, tras una sábana. Me explicó que sino las bragas marcarían mi carne y se verían bultos. Yo no quería que se me vieran las mollejas, así que acepté. Al fin y al cabo no se vería nada.

Me quedé completamente desnuda, mientras él me iba animando a que me moviera y me contoneara. Me sugirió que cerrara los ojos, según él, de aquel modo me sentiría más libre. Lo hice, fui moviéndome tras la seguridad de la sábana sin saber que él la había quitado y me fotografiaba completamente desnuda. En un momento, me ordenó que los abriera y le vi tan desnudo como yo, cámara en mano.

Primero me bloqueé, después me dijo otra vez lo bonita que era, lo mucho que me deseaba, me mostró las fotos, yo me veía gorda, mi cuerpo había comenzado a cambiar, veía mis pechos enormes, mi culo demasiado gordo, mis muslos rollizos. Me puse a llorar y él a consolarme, antes de que me diera cuenta el señor Montoya me estaba metiendo toda la polla y yo perdiendo la virginidad.

No estuvimos mucho tiempo juntos, pero si el suficiente para que me diera cuenta, que en lo único en lo que no me había mentado, era en que le gustaba.

Me enseñó a disfrutar, a conocer mi cuerpo y a verme hermosa. Según él todas lo éramos. Destruyó aquellas fotos y se limitó a darme placer y a que yo se lo diera a él.

Un buen día me dijo que se marchaba a París, comenzaba una gira fotográfica con su empresa para captar nuevos talentos. Aquella fue la última vez que le vi. No sufrí, pues no estaba enamorada de él y era obvio que él tampoco de mí, pero sí que me dio pena que se alejara de mi vida, al fin y al cabo era el hombre a quien había entregado mi virginidad y quien me había enseñado a no avergonzarme y gozar del sexo.

Miré el reloj. Era la una de la madrugada, estaba cansada, pero necesitaba leer lo que ya intuía. «Un capítulo más», me dije.

“No podía creer que aquel hombre tan glorioso se hubiera fijado en mí.

Tenía diecisiete años y vivía en una cabaña con mi abuela Morag, en tierras de los MacLeod. Mis padres habían fallecido cuando era pequeña y mi abuela tuvo que hacerse cargo de mí.

Adoraba a aquella mujer tan sabia. Morag era Druidesa o Dryade, como las llamaban los celtas.

Ella me educó explicándome, que las druidesas uníamos a la diosa madre Tierra con el rey o en su defecto, el barón que la mujer determinaría como rey. La diosa madre Tierra era representada siempre por una druidesa, así que nosotras siempre tendríamos el privilegio de elegir como amantes, a los guerreros más fuertes y hermosos. De nuestra unión nacería una descendencia fuerte y poderosa, estábamos hechas para dar y recibir placer de nuestro elegido. Me dijo que algún día, me encontraría de frente con mi hermoso guerrero y que cuando sintiera que era él, que no temiera, que me entregara, pues mi destino era engendrar sus hijos y disfrutar de ello.

Morag era una mujer muy poderosa, conocedora de artes adivinatorias. Practicaba la medicina a través de sus plantas y tenía otros dones que yo, por el momento, desconocía.

Me explicó que las Druidesas podían casarse o no, ellas siempre escogían qué hacer. El matrimonio era una opción, pero no era necesario, pues para ellas ante todo, primaba el vínculo con el compañero, sin

importar que fueran reyes, guerreros o príncipes. Hacían su elección escogiendo a quien quisieran, ofreciendo lo que ellas llamaban “la amistad de sus muslos”. Mi abuela jamás se había casado, pero de una de sus uniones nació mi madre. A ella la educó igual que a mí. Mi madre se enamoró perdidamente de mi padre, con quien contrajo matrimonio. De su unión solo nací yo, pues murieron y no tuvieron más descendencia.

Hacía unos días que mi abuela había echado las conchas, había leído las raíces de los árboles, el agua, los cristales y las runas. En todas salía lo mismo, mi elegido estaba cerca.

Así que cuando emergí del agua, después de realizar mi ritual de la lluvia para tener una próspera cosecha y le vi, supe que era él y que debía entregarme.

Era muy hermoso, tenía cuerpo de aguerrido guerrero, con una cicatriz que surcaba su pecho. Tenía un físico imponente y una mirada feroz, con dos ojos negros como el pecado, que parecían querer devorarme.

Sentí como se endurecían mis pezones, mi vagina se contrajo reconociéndole como mío. Era él y había venido a por mí. No iba a resistirme a sus deseos, puesto que también eran los míos. En cuanto me besó, me abrí como una flor para darle lo mismo que yo ansiaba.

Sus labios sabían a hombre y a agua de vida, metió la lengua en mi boca buscando la mía. Salí a su encuentro degustándolo, saboreándolo de igual a igual. Pasé las manos por su nuca, sintiendo su grueso cabello negro enredándose en mis dedos.

Era delicioso. Intenté abrirme un poco más, tenía un miembro grande y grueso, que nacía en un nido de enortijados rizos oscuros. Mi abuela me había advertido para lo que servía aquella gruesa vara y que la primera vez sería doloroso, aunque de momento solo sentía placer y muchas ganas de restregarme contra él. Así lo hice. Paseé mi vagina a lo largo de su empuñadura una y otra vez. Mi clítoris palpitaba y se endurecía, le quería dentro, le necesitaba dentro y él parecía demasiado entretenido con mis labios.

Deslicé una mano entre nuestros cuerpos para agarrar el grueso tallo y colocarlo en mi entrada.

—Vais muy deprisa nymph —comentó con la voz ronca, me gustaba

aquel apelativo cariñoso.

—Os quiero dentro señor, por favor —dije con urgencia.

—Kenan, me llamo Kenan.

—Os lo ruego Kenan poseedme, hacedme vuestra, os necesito —se lo supliqué con tal vehemencia que no se lo pensó y me arrancó la virginidad de un solo envite. Grité con fuerza. Era más doloroso de lo que había imaginado. Dos gruesas lágrimas se deslizaron por mis mejillas. Kenan se detuvo y me miro extrañado y aterrado a la vez.

—¿Virgen? —preguntó como si me hubieran salido dos cabezas —¿Por qué no me lo dijisteis? Hubiera sido mucho más delicado. ¿Os duele mucho? —negué con la cabeza, el dolor estaba remitiendo y mi cuerpo, se estaba amoldando a su gran tamaño.

—No os detengáis os lo ruego, yo deseo esto y lo deseo mucho, por favor. —Me moví bajando y subiendo por su entrepierna.

—Parad pequeña u os haré más daño del necesario. Lamento haberos causado dolor podría haber sido todo muy distinto, ahora el daño ya está hecho, pero no os preocupéis, voy a resarciros y a premiaros con el placer más absoluto, tras el precioso regalo que me habéis hecho. Ahora dejadme a mí Ciara y os complaceré. Nunca he dejado a una mujer insatisfecha y vos no vais a ser la primera.

Kenan comenzó a deslizarse con mucha suavidad, coló una mano entre mis muslos masajeando el oculto botón que yacía enterrado en ellos. Resollé con fuerza y los músculos de mi vagina le apretaron .

—¡Por todos los santos que estrecha y deliciosa sois podría correrme en un suspiro! Pero no os preocupéis, hasta que vos no hayáis alcanzado el orgasmo no buscaré mi placer. —Siguió masajeándome entre los muslos, a la vez que me investía y con su boca buscaba uno de mis pezones para chuparlo y succionarlo con deleite. Grité presa del más puro éxtasis, mis caderas empujaban una y otra vez envaradas. Aquello era sublime y delicioso, cada vez el goce era más intenso hasta que estallé, mi sexo se rompió en mil fragmentos, sentí mi alma desprenderse de mi cuerpo, elevándose por encima nuestro y observándonos complacida, cuando mi guerrero gruñó y me llenó con su simiente.

Había sido una experiencia mágica, excepcional, algo místico que jamás hubiera creído posible.

Kenan se desplomó sobre mí sin dejarse caer por completo, me gustaba sentir su cuerpo sobre el mío. Una deliciosa languidez me sobrevino y cuando sin salir de mí se puso de lado, yo le acompañé rodeándole con mis piernas. Apoyé la cabeza sobre su pecho escuchando sus fuertes latidos, besé aquel lugar y me incorporé sentada sobre él, para mirarle con deleite.

—Gracias mi señor —le dije agradecida por tan fabuloso presente.

—No me agradezcáis nada, yo debería daros las gracias a vos —replicó y sonreí complacida, de que él se sintiera tan bien como yo. Sus ojos volvieron a oscurecerse más si era posible, al contemplar mis pechos—. Jamás había visto unos tan hermosos como los vuestros, intentó abarcarlos con sus grandes manos, pero era imposible, desbordaban por todas partes—. Sois la fantasía de cualquier hombre hecha realidad. —Tironeó de mis sensibles crestas que rápidamente se pusieron en guardia. Le sentía crecer de nuevo en mi interior.

—¿Podemos repetir? —dije removiéndome nerviosa y excitada a la misma vez.

—Por supuesto preciosa, si lo deseáis repetiréis tantas veces como queráis —contestó y sonreí ampliamente ante la perspectiva de que el goce tan exquisito que había sentido, pudiera repetirse a voluntad.

—Pues voy a darme un atracón de vos señor —aseguré y él gruñó complacido y se dedicó en cuerpo y alma, a saciar mi voraz apetito durante toda la noche”.

Estaba muy sorprendida y excitada a la vez. No había podido imaginar jamás que la desinhibición del sexo de aquella muchacha, fuera producto de su abuela. No había leído historias de Druidesas, así que lo primero que hice fue buscar información en internet y me sorprendió gratamente descubrir, que aquello que aparecía en el libro no era producto de la imaginación de la autora, sino una realidad muy bien documentada.

Aquella muchacha era una feminista en potencia igual que su abuela. Y yo creyendo que era una jovencita a quien iban a engañar. «Bien por ti Ciara», le dije en mi interior «Y por tu abuela más todavía, esa Morag me cae de puta madre, sí señor».

Estaba que me caía del sueño, pero mi entrepierna estaba completamente empapada, así que tuve que echar mano de nuevo de mi amigo a pilas, para calmar la comezón que parecía haberse instaurado entre mis piernas.

Menudo voltaje que tenía aquella novela, no me extrañaba que las tuviera a todas extasiadas.

Una vez saciada gracias al inagotable talento de Fredo, me dispuse a dormir sin poder evitar, que un Highlander llamado Kenan Mackenzie se pasara toda la noche haciéndome el amor de mil maneras distintas.

Al día siguiente me desperté agotada, como si realmente hubiera tenido una maratón sexual durante toda la noche. Juraría que incluso me dolían las zonas que debían doler, después de una sesión intensa de sexo salvaje. ¡Joder con la novela! Si lograba ese efecto en mí que llevaba más tiros pegados que Matusalén, ¿qué haría en una lectora corriente y moliente? Una palabra apareció con un luminoso en mi embotado cerebro, Best Seller.

Necesitaba despejarme. Me enfundé en unos pantalones cortos, me puse mi camiseta para ir a correr y tras tomar mi zumo de naranja, me pegué una carrera de diez kilómetros. Una ducha después y estaba lista para emprender mi nueva sesión de lectura.

Tras la noche que compartieron juntos, Ciara fue a ver a su abuela para explicarle el maravilloso encuentro. La abuela se sintió complacida por ella y le echó las caracolas.

Al parecer Kenan era el elegido de la joven Ciara, pero las caracolas presagiaban mucho sufrimiento a la pareja. Ciara con las hormonas revoloteadas, decidió no hacer demasiado caso y cada noche fue al encuentro de su amante, descubriendo el goce del amor.

La última noche antes de partir, Kenan le pidió a Ciara que se fuera con él, ocultándole su realidad por miedo que la muchacha no aceptara. Se había enamorado de ella y no la quería perder.

«Espero que te separes de la bruja de Brígida», le recriminé a Kenan, «porque de no ser así te cortaré las pelotas».

Kenan les hizo jurar a sus seguidores no nombrar a la joven Ciara a nadie. La instaló en una casita en el bosque y le juró que cada día iría a visitarla y le llevaría todo lo necesario.

Kenan comenzó a tener una doble vida, a Ciara le dijo que era un guerrero y que prefería que ella llevara una vida tranquila antes que instalarla en el pueblo, pues él pasaba mucho tiempo con los soldados. Ella pareció complacida, le gustaba su independencia y la naturaleza, no necesitaba nada más que no fuera su amado guerrero en su vida.

Kenan pasaba todos los ratos que podía con Ciara tras sus quehaceres diarios. Ni Brígida ni Ciara sospechaban de la doble vida que llevaba.

Con el paso de los meses Ciara resultó estar embarazada y dio a luz una preciosa niña pelirroja de ojos negros, en el momento del parto fue ayudada por su abuela. Kenan fue a buscarla una semana antes de salir de cuentas para que la atendiera en el parto. A su manera y en su ignorancia, Ciara era feliz, tenía a Kenan y ahora iba a tener a su hija.

Por su parte Kenan se sentía cómodo, tenía la situación controlada y ninguna de las dos mujeres sospechaba la verdad.

Pasaron dos años más, Ciara no había vuelto a concebir pese a que mantenían relaciones a diario, lo que le hizo sospechar a Kenan que tras el parto ella había quedado estéril.

Así pues prosiguieron con su relación, Ciara había creado su pequeño mundo de felicidad y no necesitaba nada más. Kenan le enseñó a su hija y a Ciara a defenderse, les mostró el manejo de las armas y a montar a caballo. Incluso les regaló uno, pero les puso unos límites que jamás debían franquear por su seguridad.

Por la de ellas y obviamente, por la de él.

Cuanto más leía, más enfadada estaba con Kenan. ¡Aquel tipo era un sinvergüenza! Vale que no se acostaba con Brígida, pero mira que engañar a ambas mujeres... ¿Por qué no le echaba huevos y se divorciaba? ¿Así todo era mucho más fácil no? Si es que los tíos eran un asco.

En Escocia, las cosas cada vez estaban más complicadas para Robert de Bruce y sus seguidores que seguían con la intención, de erigir a Bruce como rey de los escoceses.

Aquello hizo que Kenan comenzara a participar en incursiones contra los ingleses y que tuviera que pasar meses alejado de ambas mujeres.

Cuando la pequeña de Ciara, Kelly, contaba con siete años hubo una fuerte

tormenta, un rayo impactó en la cabaña que ardió en llamas, madre e hija no tuvieron más remedio que coger el caballo y buscar refugio, lo primero que se les ocurrió al encontrarse con unos hombres que lucían el mismo tartán que su compañero, fue preguntar por Kenan Mackenzie. Ciara en la última visita de Kenan y contra todo pronóstico, había quedado embarazada de nuevo así que se presentó frente aquellos hombres luciendo una bonita barriga y el plaid que en una ocasión le había regalado Kenan, que era igual a los suyos.

«La que se va a liar», miré el reloj. ¡Imposible! ¡Eran las dos de la tarde y yo ni había comido[A1] enfrascada en la lectura! ¡OMG! ¿Aquello era posible? Yo que jamás me saltaba una comida. Pues al parecer aquella novela estaba haciendo estragos en todos mis apetitos, pues el sexual lo tenía exclamando ¡Houston, Houston tenemos un problema! Me veía yendo de caza esa misma noche.

Me obligué a cerrar el manuscrito y llamar a Mar, para ver cómo llevaba los preparativos.

Al parecer mis chicas lo tenían todo bajo control, no debía preocuparme. Intentó sonsacarme si me estaba gustando o no, pero no solté prenda. Aunque estaba claro que creía que tenía muchas posibilidades.

Me arreglé y fui a casa de mis padres a comer, por suerte ellos eran de los que no comían hasta las tres. Hacía días que no les veía y se ponían muy pesados. Ambos trabajaban de médicos en un hospital privado. Mi madre era pediatra y él ginecólogo. ¡Menuda combinación! Con lo que les gustaban los niños, me extrañaba que solo me hubieran tenido a mí.

Llegué pronto, tenían una casita en Castelldefels, que era el lugar donde tenían intención de jubilarse. Apenas les quedaban dos años para ello. Me habían tenido mayores para la época, yo ya tenía treinta y dos años y mis padres sesenta y cinco.

Escogí un vestido que me regaló mi madre de color amarillo limón, decía que me favorecía mucho y yo no era quien para contradecirla.

Les llevé una botella de vino y unas lionesas que estaban de toma pan y moja.

Llamé al timbre y me abrió María, la asistenta.

—Señorita Alcántara que gusto verla, está preciosa —exclamó y yo le

sonreí, desde que era pequeña María formaba parte de la familia. Era de origen mexicano y jamás se había casado. Decía que yo había sido la alegría de su vida.

—Hola María, dame un abrazo. —Ella abrió los brazos, aunque yo le sacaba una cabeza y nos fundimos en un amoroso abrazo. Las visitas a casa de mis padres, cada vez eran menos frecuentes. Tenía demasiado trabajo, así que yo les decía que teníamos incompatibilidad horaria.

—¿Están mis padres? —pregunté pues me había presentado de improviso, así que esperaba que no estuvieran de guardia.

—Por supuesto señorita, están en el jardín. ¿Se va a quedar a comer?

—Claro, ¿pero a qué vienen esos formalismos?

—Es que sus padres tienen visita. ¿Recuerda el señor Montoya? ¿El mejor amigo de su padre? —inquirió. Asentí, cómo iba a olvidarlo—. Pues está aquí, se casó con una parisina hace muchos años y han venido con su hijo a pasar unos días.

—¿El señor Montoya tiene un hijo? —cuestioné, eso me causó sorpresa.

—Al parecer esa mujer fue su amor de juventud, se quedó embarazada y crio al hijo sola. Cuando Montoya fue a París, se encontraron de casualidad y descubrió que era padre.

—¡Menudo novelón!

—¡Ay mi virgencita de Guadalupe! El señorito Montoya es muy guapo, tanto como lo era su padre en aquel entonces y es fotógrafo de moda, trabaja para las revistas más importantes del mundo —«¡Genial lo que me faltaba, un guaperas!».

—Pues no sé si quedarme o irme, la verdad es que tengo mucho trabajo acumulado y no sé si...

—¿Madre mía Sarah eres tú? —Miré sobre la cabeza de María para encontrarme con mi primer amante. Los años se habían portado bien con él. Seguía teniendo ese atractivo a lo Sean Connery que mejoraba con la edad.

—Señor Montoya —le saludé un tanto atribulada.

—Ven a mis brazos pequeña —exclamó y vino hacia mí, tomándome de la

mano me dio un abrazo que no supe ni pude catalogar. Seguía teniendo un cuerpo duro y olía a limpio—. Estás fabulosa, te ha sentado muy bien cumplir años. —Besó mi mano y se separó cuando una voz femenina dijo a sus espaldas.

—¿Vienes *ma Chérie*^[1]?

—¡*Viens ici Céline*^[2]! Quiero presentarte a alguien muy especial para mí —dijo y una mujer rubia, alta y de ojos chocolate vino a su encuentro—. Ella es Sarah —Céline abrió los ojos y sonrió con dulzura, como si me conociera de toda la vida.

—Oh Sarah, *ma chérie*, mi marido me ha hablado mucho de ti, eres como de la familia —comentó y me dio un par de besos—. Eres mucho más guapa que en las fotos.

—¿Las fotos? —inquirí sorprendida. El señor Montoya se aclaró la garganta.

—Sí, mi mujer te ha visto en alguna foto, vamos no te quedes aquí, pasa, tus padres están en el jardín con Pierre. Seguro que congeniáis —expuso, pero yo estaba un tanto incómoda, sin embargo Céline me tomó del brazo y ya no me pude negar.

La casa de mis padres era de estilo mediterráneo, un chalet clásico de cuatro habitaciones, salón amplio, cocina completamente equipada, tres baños completos y un bonito jardín con piscina que daba al mar.

—¡Mirad quién tenemos aquí! —exclamó el señor Montoya, seis pares de ojos se clavaron en mí, cuatro procedentes de mis padres, que me miraban encantados y dos que anudaron mis intestinos.

Madre mía, Pierre era como el señor Montoya con treinta años menos y el cabello de su madre. Se levantó y sonrió, mostrando un deseable hoyuelo en su barbilla. Era alto, bien parecido, con el pelo ligeramente despeinado y aire de seductor.

—Hola cariño, pasa, no te esperábamos. ¡Qué alegría verte! —dijo mi madre. Les sonreí recuperando la compostura frente al adonis que tenía delante de mí.

—Hola, papá, mamá —les saludé besando sus mejillas y mi madre me

llevó justo en frente del seductor hijo de Montoya.

—Justo ahora estábamos hablando de ti, Pierre esta es mi hija Sarah. Sarah, este es Pierre —nos presentó, sus ojos avellana chisporrotearon cuando me tomó de la mano y la besó.

—Su madre me dijo que era hermosa, pero realmente no le hacía justicia —comentó. Me removí incómoda ante la intensidad de su mirada.

—Sarah querida, ¿has cogido un par de quilos desde la última vez? —preguntó mi madre con una mirada reprobatoria que me bajó a la tierra. Desde que tenía uso de razón, no había parado de endocrino en endocrino. Para ella una mujer debía estar delgada sí o sí.

—No empieces mamá —la recriminé.

—Está fabulosa tal cual está Sarah, no le haga caso a su madre —Los calientes ojos de Pierre, vagaban de mi busto a mis caderas, para posarse en mis labios con apetito.

—Gracias Pierre —dije soltándome— pero el físico es algo que hace años que dejó de importarme —expliqué y oí el bufido de mi madre.

—Con una figura como la tuya y un rostro tan hermoso, no dudo que no te importe —torcí el gesto, no me gustaba que me adularan.

—¿Te quedas a comer cenar cielo? —inquirió mi padre tomándome por los hombros.

—A eso venía, pero si estáis ocupados...

—No digas tonterías —mi madre sacudió las manos— así podrás charlar con Pierre. ¿Te he dicho que mi hija es dueña de una editorial?

—Mamá por favor —dije resoplando— no soy ninguna yegua de cría para que debas venderme —repliqué. Ella me miró horrorizada, mientras Pierre se aguantaba la risa y Montoya reía sin disimulo.

—Esa es mi chica —dijo el señor Montoya—. Puro fuego, ya te lo dije Pierre, Sarah es mucha mujer.

—Lo veo *mon père*^[3] — aseguró Pierre, que me tendió el brazo y se lo agarré para no ser descortés.

4 CAPÍTULO (SARAH)



La comida fue mejor de lo que pensaba, Pierre resultó ser un hombre interesante, había viajado mucho, su conversación era fluida y tenía unas ideas muy similares a las mías.

No pude evitar ver, cómo nuestros padres nos miraban complacidos y cuando por la noche Pierre sugirió que saliéramos a cenar, no pude negarme.

Era un compañero de mesa exquisito y porqué no decirlo, estaba tremendo. Mi nueva lectura me tenía revolucionada así que cuando terminamos de cenar, me encontré sugiriéndole si quería una copa en mi casa. No se negó, más bien parecía muy complacido, una vez en mi casa preparé un par de gin-tonic y salimos a la terraza.

—¿Te importa si te tomo algunas fotografías?

—¿Ahora? —le pregunté achispada por el vino, el cava y la copa.

—Me encantaría immortalizarte y estás preciosa —respondió y me dejó llevar por el momento.

—¿Y con qué me vas a fotografiar? —pregunté descalzándome.

—Con el móvil, ahora las cámaras son un atraso, yo sigo una tendencia nueva que solo utiliza las cámaras de los teléfonos.

—Qué interesante —dije dando un trago largo a mi copa—. ¿Sabes que tu padre también me fotografió? —sus ojos se encendieron.

—Algo me comentó —contestó, me sentía muy envalentonada y sexy por la manera en que me miraba.

—¿Te dijo que tipo de fotografías me hizo? —le dije acercándome a su boca sin rozarle. Tragó con dificultad y aquel movimiento de su garganta, me pareció de lo más sexy.

—¿Quieres contármelo tú? —inquirió con tono seductor.

—Haremos algo mejor Pierre, ¿qué te parece si te lo muestro? —le solté. Su profunda mirada me desnudaba, yo estaba ya más que excitada.

—Me parecería muy bien —aseguró. Sin más encendí el equipo de música de la terraza y como si fuera la actriz de nueve semanas y media, comencé a bailar mientras me desnudaba—. Eso es ma chérie, estás preciosa, completamente fascinante —me alentó.

Cuando me quedé en bragas y sujetador oí como contenía la respiración.

—¿Te gusta lo que ves Pierre? —pregunté coqueta, él apartó la mirada del teléfono.

—Mucho.

—¿Y qué piensas hacer al respecto? ¿Quieres seguir jugando a las fotos o me vas a follar? —mi directa fue muy bien acogida por la entrepierna del francés, que sin más dilación lanzó el móvil a un lado, se puso en pie y atrapó mi boca para saquearla.

Mmmmm, besaba muy bien y tenía unos dedos muy ágiles, que no tardaron nada en desprenderse de mi ropa interior. Una vez me tuvo desnuda, se apartó para contemplarme.

—Mi padre me dijo que eras perfecta, pero jamás pensé que tanto —comentó. Yo tomé la copa y bebí, arqueé las cejas y le respondí.

—¿Te contó que follamos? ¿Qué fue mi primer amante? —movió la cabeza afirmativamente. ¡Vaya con el señor Montoya! No me sentía ofendida, porque le hubiera revelado esa parte de mi intimidad a su hijo, pero sí que me sorprendió.

—Me dijo que te enseñó a quererte, a disfrutar del sexo como sabía que eras capaz de hacer, con fuego en el corazón —sonreí, sí aquello era cierto.

—¿No te importa que me haya acostado con él?

—El sexo está hecho para disfrutar hermosa Sarah, mi padre y yo hemos compartido amantes en distintas ocasiones, inclusive los dos a la vez. Espero que eso responda a tu pregunta.

—¿Y tu madre? —se encogió de hombros.

—Siempre supo que era un espíritu libre —dijo a modo de explicación y sin más, cogió mis pechos y chupó mis pezones—. Mmmmm, sabes muy dulce hermosa Sarah —dijo, mientras mi cuello estaba curvado hacia atrás, deleitándose por el placer que Pierre me proporcionaba—. Mañana me marchó, estaré un tiempo fuera —declaró y yo le miré a los ojos, sabía que era su manera de decirme que lo nuestro solo era sexo. Le sonreí.

—Pues entonces habrá que aprovechar, ¿no crees? Desnúdate Pierre y disfrutemos de esta noche —contesté yo. Hablábamos el mismo lenguaje, así que no esperábamos más que una noche de sexo salvaje y eso era lo que íbamos a tener. Pierre, iba a pasar a engrosar mi lista de amantes de una noche, ya sabéis lo que dicen... “Nunca es tarde si la picha es buena” y la de Pierre parecía ser justo como a mí me gustaban. ¡Vive la France!

No nos fuimos a mi habitación, a Pierre le daba morbo pensar que los vecinos del bloque de al lado podían vernos, hizo que me sentara en la balaustrada abierta de piernas, mientras sumergía su cabeza entre mis pliegues. Saber que estaba completamente desnuda, en un quinto piso, con la ciudad de Barcelona a mis espaldas y el sexy fotógrafo entre mis piernas, me puso a mil. No podía dejar de gemir ante la maestría de su lengua que me invadía una y otra vez sin resuello. Parecía no tener freno, era la segunda vez que me corría en su boca y seguía sorbiéndome más y más. Estaba convencida, de que era uno de los mejores cunnilingus que me habían practicado en la vida. Usaba todas las partes de su boca para darme placer. Dientes, lengua y labios, todo funcionaba como una perfecta orquesta, donde mis gemidos eran la melodía.

—Eso es belle, otra vez, córrete otra vez, necesito saborearte de nuevo. Quiero que te corras en mi boca, tu sabor me enloquece —exclamó a la vez que encajó dos dedos, buscando la rugosa almohadilla de mi interior, hurgando

sin cesar hasta que alcancé el tercer clímax, mientras succionaba mi clítoris. Estaba convencida que mis gritos despertarían al vecindario, había visto un par de cabezas asomarse por el edificio de al lado, pero me era absolutamente igual. En aquel momento solo existía la boca de Pierre y mi placer. Cuando terminé de correrme, apartó los dedos y me limpió con la lengua con deleite, despacio como si fuera algo muy preciado para él y tuviera miedo de que se terminara.

—¿Te ha gustado? —dijo incorporándose.

—¿Tú que crees? —respondí pues me sentía muy saciada tras los tres gloriosos orgasmos sin embargo, seguía sintiendo la necesidad de tenerlo dentro. Su sonrisa de niño travieso me dijo que se sentía orgulloso de sus habilidades amorosas.

—Creo que aún deseas más.

—Y no te equivocas —dije tomándole por los hombros—. Fóllame Pierre, fóllame duro como a mí me gusta. —Vi que se agachaba hasta su pantalón, de donde sacaba un condón y se lo colocaba.

—Tus deseos son órdenes ma chérie.

Me penetró con firmeza, sin titubeos, su carne abrió la mía empalándome en él una y otra vez. Le pedí que fuera duro, en el sexo me gustaban los hombres exigentes y a Pierre, tal vez le faltaba un punto para ser perfecto, pero aun así lo estaba pasando muy bien.

—Muérdeme los pezones Pierre, fuerte por favor, me gusta sentir la mordida —le pedí y él colocó su boca e intentó hacer lo que le pedía, pero con temor. Estaba claro que Pierre no era mi pareja sexual ideal y no podía forzarle a que lo fuera. Dejé de darle indicaciones y le dejé hacer, por suerte sus dedos obraban maravillas y sus investidas, más su masaje de clítoris, me hicieron alcanzar el cuarto orgasmo.

Tras una ducha y un nuevo polvo me despedí de Pierre, no me gustaba que los hombres se quedaran a dormir y parecía que él tampoco tenía intención. Su vuelo salía pronto y tenía que hacer la maleta.

—Ha sido un placer Chérie.

—Igualmente, gracias por esta noche —me despedí de él que me dio un suave beso en los labios y se marchó. No le pedí su teléfono ni él me pidió el

mío, estaba claro lo que había sido y lo que no iba a ser. Así daba gusto.

Me metí en la cama pensando en dormir como un tronco, hasta que aquel maldito laird escocés se metió en mis sueños y me folló como un animal el resto de la noche. Esos polvos sí que eran de los que a mí me gustaban.

Me levanté tan molida como la noche anterior, ¿era posible sentir en mi propia carne la fuerza de aquel bruto, cuando Pierre había sido un corderito? Tal vez mis sueños eróticos, ejercían efecto placebo sobre mí. Había tirado un día entero, así que hoy tocaba remontar.

Miré por la ventana. ¡Genial, estaba lloviendo! Día perfecto de lectura, amaba leer con lluvia, aunque fuera junio. No sabía por qué, pero al revés que el resto del mundo, odiaba el verano y me encantaban las tardes con olor a lluvia. Mi madre siempre me decía que fue por un viaje que hicieron a Escocia, mientras estaba embarazada de mí. Nunca había estado, pero era un lugar que siempre me había llamado la atención, tal vez este año me organizara una escapada en agosto por vacaciones.

Cogí el mamotreto, llevaba leído hasta la mitad así que podía lograrlo. Busqué el punto donde me había quedado y seguí leyendo.

Al parecer aquellos hombres a los que preguntó Ciara, no eran otros que parte de la guardia del castillo que estaban patrullando los bosques. Acompañaron a Ciara hasta Eilean Donan, ella pareció muy sorprendida al divisar aquel impresionante castillo bordeado de agua. Solo se podía acceder mediante un puente de piedra, lo que lo convertía en una fortaleza.

Los guerreros le preguntaron a Ciara quién era y ella ni corta ni perezosa, les respondió que la mujer de Kenan MacKenzie. Los hombres no sabían cómo actuar, pues estaba claro que aquella no era su señora, pero Ciara portaba el plaid de su señor, así que tampoco podían abandonarla. Kenan no estaba en el castillo y ellos le debían lealtad a su señora, así que hicieron lo que creyeron más conveniente, la llevaron ante ella sin saber muy bien qué hacer. Cuando Ciara llegó al castillo, lady Brígida había salido a visitar a su prima con sus hijos, por lo que tampoco se encontraba allí. Los hombres dejaron a Ciara en una habitación, a expensas de que alguien hiciera algo con ella.

El rumor de que la amante del señor estaba en el castillo con su hija bastarda y embarazada, no tardó en correr como la pólvora. La pequeña tenía el mismo pelo rojo que su madre, pero estaba claro que se parecía al padre.

En cuanto lady Brígida regresó y se enteró, que la amante de su esposo y su hija estaban en el castillo, la que se lió fue monumental. No tuvo ningún escrúpulo en echarla tanto a ella como a la pequeña. Ciara se sintió morir, pues mientras estuvo en el castillo, nadie le dijo que el amor de su vida tenía otra familia.

Despechada y rota por dentro, se dispuso a abandonar el castillo sin saber qué hacer o dónde ir, con su pequeña hija cogida de la mano. Por suerte, tal había sido su bondad con algunas personas, que no dudaron en ayudarla, facilitándole una pequeña vivienda abandonada a cierta distancia del pueblo apartada de las demás, para que lady Brígida no sospechara que seguía en sus tierras. Le hicieron prometer a Ciara que ni ella ni su pequeña se dejarían ver, ellos las ayudarían a que no les faltara para comer, pero a cambio debían permanecer ocultas.

Mientras tanto lady Brígida siguió con su vida, gozando con algunos de los guerreros del castillo, ajena a que Ciara, seguía en los alrededores.

¡Por Dios, qué desesperación! Si es que esa muchacha es tonta de remate, estoy en uno de esos puntos en los que a ella la sacudiría, a él le clavaría su espada y a la mala pécora de Brígida, le rebanaba el pescuezo. Miré el reloj, era la hora de comer, pero necesitaba seguir con el libro. Me prepare un sándwich vegetal, que me comí sin demasiados miramientos. La historia me tenía abducida de tal modo, que estaba desesperada por seguir leyendo. Una vez finiquitada mi comida volví al ataque.

Kenan regresó al castillo y su mujer al ver peligrar su relación, intentó retomar con él el lecho conyugal, aunque él se resistía. Urdió un plan con una de las criadas, para que cada noche le diera unas hierbas alucinógenas que le permitieran al señor cumplir, sin que supiera lo que estaba ocurriendo.

Kenan fue a buscar a Ciara a su casita en cuanto pudo y al no encontrarla se desesperó, no podía dar la voz de alarma, así que pidió a sus hombres de máxima confianza que peinaran el lugar en su busca.

Por las noches, Brígida tomaba el cuerpo de su marido, hasta que logró embarazarse por sexta vez. A su vez, él amanecía por las mañanas desnudo al lado de Brígida, sin saber muy bien qué ocurría por las noches.

A cada día que transcurría Kenan estaba más desesperado, apenas podía vivir pensando que había perdido a su amor, a su hijita y al bebé que todavía

no había nacido.

Ciara aprendió a sobrellevar el dolor, su barriga crecía con el paso de los meses y su pequeña no dejaba de preguntar por su padre. Ella tuvo que aprender a mentir, cosa que odiaba, pero no podía explicarle la dolorosa realidad a su pequeña. Le explicó que su padre era un valiente guerrero, que estaba luchando por Escocia junto al que iba a ser el rey y que por eso no venía a verlas. En una ocasión, le preguntó por la señora mala del castillo que las echó, lo único que se le ocurrió en aquel momento fue que era una bruja y que aquel castillo estaba encantado, así que bajo ningún concepto jamás debía ir allí.

La barriga de Brígida también fue creciendo junto a la angustia de Kenan. Con rapidez la noticia sobre que la señora del castillo volvía a estar embarazada, llegó hasta la humilde casita de Ciara, gracias a un descuido de quienes la visitaban. Ella lloró angustiada, pensando que Kenan la había olvidado y se juró, que nunca más caería en las redes de aquel mentiroso.

Cada vez más gente conocía el paradero de Ciara. Se hizo famosa entre los lugareños por su bondad y sus manos para curar. Aunque a todo aquel que ayudaba sabía que debía guardar el secreto, fue imposible. Uno de los hombres de Kenan lo escuchó, al igual que la criada de confianza de Brígida. Ambos fueron a sus respectivos señores a contarles la noticia.

Kenan fue en busca de su amada, intentó convencerla de que se trataba de un error, no desfalleció explicándole los motivos que lo unían a Brígida e intentando que entendiera, que ella era su único y verdadero amor.

Una noche Ciara cayó en la tentación y volvió a yacer en los brazos de Kenan, dejando fluir todo aquello que llevaba meses conteniendo. Su amado le juró que iba a dejar a su mujer. Había cumplido con su amigo, procuraría que no le faltara de nada, le cedería un lugar donde vivir, se ocuparía de sus necesidades y de criar a sus hijos, pero necesitaba que Ciara estuviera con él.

Aquella fue la última vez que Ciara le vio. A la mañana siguiente le llegó una misiva, a través de uno de sus hombres. Se requería a Kenan en la batalla y había tenido que marchar con inmediatez, pero en la carta prometía a Ciara que regresaría por ella y sus hijos, para darles el lugar que les correspondía.

Brígida no iba a quedarse quieta, su marido le comunicó sus intenciones antes de partir. Ella había perdido al bebé de forma natural, pero no había

dicho nada a nadie, pues era el único modo de dar pena a Kenan y mantenerlo a su lado. Así que esperó, había urdido un plan e iba a llevarlo a cabo. Mandó a su amante a espiar a Ciara y en cuanto esta se puso de parto, secuestró a los pequeños y dejó a Ciara desangrándose. Había sido un parto complicado y ella estaba sola.

A la hija de Ciara, la metió en un bote y la abandonó en el mar que separaba Eilean Donan de la isla de Skye. Sabía perfectamente que una niña tan pequeña no sobreviviría, las órdenes habían sido acabar con la pequeña, pero cuando estaba a punto de hacerlo esta le sorprendió y no pudo ponerle fin a su vida. Así que prefirió abandonarla y que muriera de hambre y sed, en mitad de la tormenta que arreciaba aquella noche.

Llevó el bebé a Brígida quien fingió otro viaje y un parto prematuro, su sexto hijo varón había nacido. Tenía el cabello negro de su padre y unos claros ojos azules.

Kenan volvió de la batalla y se encontró con noticias más desoladoras. Habían encontrado el cuerpo de Ciara sin vida en su cabaña y no había rastro de sus hijos. Con seguridad algún animal salvaje había acabado con ellos. Preso del dolor, no le importó que Brígida hubiera dado a luz su sexto hijo, lo ignoró y lo culpó de todos sus males, pues aquel niño solo les había causado más dolor a ambos. Ignorando que en realidad, aquel pequeño era el fruto de su amor con Ciara.

El tiempo pasó y el alma de Kenan se volvió fría y oscura. Jamás se pudo perdonar lo ocurrido con Ciara, así que hizo lo que nadie esperaba. En una de las últimas batallas, frente a los ingleses, el Highlander más valeroso de toda Escocia se dejó matar, para poder reunirse de nuevo con el amor de su vida.

Estaba desgarrada y lloraba a moco tendido, incluso una de mis lágrimas había emborronado la palabra fin. Yo que me jactaba de no emocionarme jamás, me encontraba llorando intensamente con aquella impresionante novela.

Si bien era cierto que no solía publicar novelas con finales tristes, era impensable que no lo hiciera con aquella historia, que había sido capaz de remover tantas emociones en mí.

Mis chicas tenían razón, ya teníamos novela ganadora. Flores en las Highlands, se merecía aquel premio.

No podía sacarme de la cabeza la terrible historia de amor fallido y como

la hdp de Brígida, se había salido con la suya. Tenía los ojos hinchados, la nariz enrojecida y llevaba una hora llorando sin parar. Desde luego que aquel libro había sido demoledor, pero no entendía a mi cuerpo que parecía desatado negándose a detenerse. Seguramente estaba ovulando, no podía explicarme aquella quemazón que se había instalado en mi pecho y que no me dejaba ni respirar.

Necesitaba una copa, así que llamé a mi aquelarre de brujas para que vinieran a casa después de trabajar. A las ocho en punto las tenía llamando a mi puerta, habían traído sushi, vino y unas enormes tarrinas de helado de chocolate.

Cuando vieron mi cara con claros signos de enrojecimientos e hinchazones, se miraron entre ellas y se pusieron a dar saltitos antes de que yo dijera nada.

—¡Lo hemos logrado chicas! —dijo Marge sin que yo abriera el pico.

—¡Os lo dije, aunque sea una bruja tiene su corazoncito!—exclamó Mar.

—Y seguro que el Highlander empotrador, la ha acosado por las noches —comentó Jud. Puse los ojos en blanco y ella soltó una carcajada.

—Tenemos novela ganadora —aseveró Marge.

—¿Y qué te hace pensar eso? —pregunté algo molesta por resultar tan obvia y fácil de leer.

—Me estás diciendo que una novela que te hace que luzcas esa cara de “mi novio de toda la vida me ha dejado”, que no te hayas cambiado ni de ropa por el ansia de leerla —me miré, era cierto, ni siquiera me había arreglado, cuando yo siempre iba de punta en blanco— y que sigas manteniendo los pezones de punta como flechas, ¿no merece ganar? —cuestionó acusadora. Miré a las tres cruzándome de brazos, para sentir que incluso en la última afirmación, tenían razón.

—Está bien, está bien, vosotras ganáis —resoplé y bufé un rizo que había escapado de mi improvisado moño y caía sobre mi ojo—. Tenemos novela ganadora.

Las tres se abalanzaron sobre mí y nos abrazamos con alegría, estaba convencida que esa novela iba a ser un éxito de ventas.

—¿Por qué no te cambias, mientras nosotras emplatamos y servimos la cena? Seguro que estás hambrienta —comentó Jud, mi estómago rugió corroborando sus palabras.

—Está bien, dejad que me adecente y estoy en un momento con vosotras —respondí y me marché a la habitación, para arreglar el desastre en el que me había convertido, mientras tanto mis amigas seguían charlando sin que las oyera.

—¿Y ahora qué vamos a hacer? —decía Mar atemorizada.

—No te pongas a temblar como una hoja o lo echarás todo a perder, sabes que Sarah huele el miedo —le recriminó Marge—. Debemos seguir con el plan. La novela es buena ¿no? —todas asintieron—. Entonces no la hemos engañado, lo otro es una nimiedad.

—¿Una nimiedad? —preguntó histérica Mar— ¿Cómo vamos a ocultarle algo así?

—No vamos a ocultarle nada, simplemente vamos a omitir cierta información hasta el momento justo, solo hay que aguantar un día, el sábado todo saldrá a la luz.

—¿Sabéis que nos va a matar verdad? —dijo Jud cruzándose de brazos.

—Creí que estábamos todas de acuerdo, ¿acaso habéis cambiado de opinión? ¿Creéis que Flores en las Highlands no merece el premio?

—Yo no he dicho eso —la recriminó Jud—. Solo que nos van a faltar piernas cuando todo esto se destape.

—Se le pasará —sentenció Marge—, cuando uno tiene en su poder una historia tan grande como esa, que te hace vibrar de esa manera, no puede dejarla escapar. Será un éxito de ventas y la cantidad de ceros que le va a hacer ganar, le harán olvidarse.

—¿Incluso de lo que las tres sabemos? —preguntó Mar poco convencida.

—Hasta de eso, esta novela va a ser un éxito y la va a publicar nuestra editorial. Ahora al lío, vamos a cenar y a brindar por Flores en las Highlands.

5 CAPÍTULO (SARAH)



Chicas estoy muy nerviosa —les dije. Las cuatro, estábamos en el hall de The Imperial, en Barcelona.

Habíamos elegido aquel majestuoso lugar, durante los tres años que llevábamos celebrando nuestro premio anual de W Romantic Ediciones. Llevaba siete años en el mundo editorial y seis al frente de mi propia empresa. A mis treinta y dos años, era una mujer poderosa en el sector de la romántica. Había entrado pisando fuerte y con muchos aciertos literarios. Eso me había ayudado a forjarme un nombre.

Escogimos aquel lugar, porque nos enamoró en cuanto lo vimos por primera vez. Fue un flechazo en toda regla. Por dentro recreaba el sueño de cualquier lectora de romántica. Desde 1919, The Imperial había acogido innumerables eventos de moda, de empresas o del mismísimo sector literario. Era como viajar a un antiguo palacio, repleto de detalles que te teletransportaban en el tiempo a lo que debía ser un salón del siglo XVIII o XIX.

Disponía de tres salones muy distintos entre sí, el real, el club y el que habíamos escogido nosotras, el Imperial.

Estaba decorado en colores crema, dorados y azules. En sus paredes había palcos que simulaban los de una ópera. Una escalinata de mármol, daba paso al gran salón e invitaba a bajar por ella hasta llegar al suelo de madera natural. Una vez allí, una marea de mesas con capacidad para ocho personas, aguardaban perfectamente colocadas para que los comensales se sentaran en ellas. Teníamos quinientos invitados por atender más la prensa. Los medios de comunicación, estaban enloquecidos por asistir a nuestro evento. Pues sabían que además de comer muy bien y escuchar a algunas de las autoras más prestigiosas del género, la fiesta estaba garantizada. Cuando acababa la entrega de premios, la diversión estaba servida y la barra libre también.

—Relájate Sarah, cada año te pasa igual, con lo segura que tú eres —trató de calmarme Marge, que era como una mami en esos momentos y yo como el pollo recién salido del huevo.

— ¿Te traigo una tila? —preguntó Mar, que estaba muy guapa con un vestido largo en color rosa y perlas incrustadas en el escote.

—Mejor un whisky doble.

—¿Un whisky? ¿Estás segura? —inquirió confundida. Asentí, era la única bebida que me templaba cuando estaba de los nervios.

—Vamos bruja, que ya sabes que lo vas a bordar, tienes a los medios comiendo en la palma de tu mano, no hay nada que pueda salir mal. —Sabía que Jud lo decía para infundirme ánimos, pero hoy estaba realmente nerviosa. En mis manos estaba el primer ejemplar de Flores en las Highlands, con una cubierta preciosa diseñada por Jud. Yo todavía no había visto la maquetación final.

Mi aquelarre, a mis espaldas, estaban tan seguras de que iba a apoyar su decisión, que habían encargado una copia para dársela a cada asistente, una vez terminara el evento y el lunes saldrían los ejemplares para distribuirse en las principales papelerías y centros comerciales del país.

—¿Te he dicho ya, lo mucho que te favorece ese vestido verde y el recogido que te han hecho? —Le sonreí, ciertamente me lo había dicho. Escogí un modelo en color verde esmeralda de escote profundo y drapeado, que favorecía mis encantos naturales. Además a las pelirrojas nos favorecía mucho ese color, no sabía por qué Jud se empeñaba en ir siempre de negro. Aquel modelo se adaptaba muy bien a mis generosas curvas y llevaba un corte

profundo delante hasta el muslo. No me gustaba ir recargada en exceso, así que no llevaba joyas, simplemente unos pendientes de oro y pequeños diamantes, que caían en una fila única y un brazalete a juego. El recogido era tipo griego, rematado con una diadema dorada que embellecía mis facciones. Para culminar el look, lo complementé con unas sandalias joya de tacón alto. El resultado me complacía, me hacía sentir sexy y muy sensual.

Había gente que me criticaba, porque me gustaba lucir escotes generosos, parece que si eres dueña de una editorial no puedes salir de la camisa y el típico traje. A mí me gustaban los escotes y mi pecho, y no por ello, dejaba de sentirme menos profesional o menos feminista, que la que optaba por no afeitarse el bigote y lucir un espeso mostacho, para reivindicar los derechos de la mujer. Cada una llevaba la lucha como quería y a mí me molestaba el pelo en los sobacos.

Jud me trajo un lingotazo de whisky que me tomé sin titubear.

—Eso es beber con brío y lo demás son tonterías —susurró una voz masculina a mis espaldas. Reconocería aquella voz en cualquier lugar.

—¿Qué tal Sind? —pregunté al tiempo que me daba la vuelta, impostando una sonrisa que no sentía. Sind MS era un importante bloguero del sector literario. Crítica a crítica, había ido cosechando un ejército de seguidores tan hambrientos y sanguinarios como él. Era capaz de encumbrar una obra hacia el éxito más absoluto o hundirla en la más triste de las miserias y condenarla al ostracismo. Era tan guapo como endemoniadamente cínico. Debía medir cerca del metro ochenta, cabello castaño, ojos azules y sonrisa de anuncio de pasta dental. Le tendí la mano y él me la besó deteniéndose más de lo necesario.

—Respondiendo a tu pregunta, diré que sediento —dijo recorriendo mi cuerpo a voluntad— ¿Qué día aceptarás ir a cenar conmigo?

—Sabes que nunca repito —respondí.

Lo reconozco, tuve un resbalón con Sind o más bien un “aquí te pillo aquí te la endiño”, en los premios del año anterior. Estaba tan eufórica porque todo hubiera salido tan bien y él estaba tan guapo, que no pude resistirme. Llevaba toda la noche persiguiéndome e invitándome a copas, así que piqué. Y no ha habido un polvo del que más me arrepienta que aquel. Todo lo guapo que era Sind, lo tenía de mediocre en la cama, aunque precisamente no usáramos ese método para darnos placer. Estaba claro que él no era mi estilo, así que

después de un polvo decepcionante no pensaba en pasar por otro

—Seguro que entre todas las mujeres de la fiesta, encontrarás a una con quien pasar un buen rato —añadí y él torció la sonrisa.

—Pero seguro que no es tan lista, ni tan guapa, ni tan fogosa como tú pelirroja. Creo que aún me queda rastro de la marca de tus dientes.

—¿Y no te vacunaste? Dicen las malas lenguas que tengo la rabia —comenté y entonces pasó su dedo índice por mi brazo desnudo.

—Lo que tienes es un veneno embriagador, que haces que una vez un hombre te prueba, no desee estar con otra mujer —replicó. Me dio un repelús muy desagradable por todo el cuerpo. Jud carraspeó.

—Disculpa Sarah, creo que los invitados están empezando a llegar, deberíamos ir a saludar —intervino.

—Gracias Jud tienes razón, pásalo bien Sind —dije inclinando la cabeza.

—Lo intentaré.

Mis chicas y yo fuimos a recibir a los invitados, algunos ya habían entrado, así que les saludaría más tarde.

—¿Qué mierda de nombre es Sind MS? ¿Por qué la gente usa cosas tan ridículas? ¿Piensan que Sind es más cool o algo así? —inquirió Jud. Reí ante su observación.

Iba ataviada con un vestido negro a juego con su barra de labios y laca de uñas, fiel a su estilo como siempre y eso, me encantaba.

—En su caso creo que es justificable —dije aclarándome la garganta y en un susurro le conté— se llama Sindulfo. —A Jud se le desencajó la cara.

—¿En serio? —cuestionó. Asentí sin poder contener apenas la risa.

—Me da miedo preguntar, pero ¿y a qué pertenece la M y la S?

—¡Macho Seco! —exclamé sin poder aguantar la risa. No estaba segura si el whisky había hecho su efecto, pero lo que sí tenía claro es que las cuatro teníamos un ataque de risa monumental que no podíamos refrenar. No estaba bien reírse del nombre de los demás, pero es que uno no se podía llamar Sindulfo Macho Seco y esperar que los demás se quedaran igual.

—Creo que se me ha corrido el rímel —aseguró Marge, que apenas se

mantenía en pie.

—Pues yo creo que de la carcajada se me ha desencajado la copa menstrual —afirmó la podre Mar, la cual no dejaba de llorar de la risa.

—Será mejor que vayamos al baño, el look gótico es mío Mar y ahora mismo pareces a una seguidora de Marilyn Manson —dijo Jud, siendo la que más se reía de todas.

—Los invitados deberán esperar un poco, está claro que así no podemos recibir a nadie, pero por favor no se lo contéis a ninguna persona, yo lo descubrí por casualidad —comenté mientras llegábamos al baño, que por suerte estaba desierto.

—¿Y cómo fue esa casualidad? —preguntó curiosa Marge. Le señalé uno de los palcos.

—El año pasado, digamos que tuvimos un encuentro tras la cortina de aquel palco y se le cayó la cartera al suelo abriéndose sin querer, lo vi cuando se la recogí.

—Dirás cuando se la chupaste —repuso Jud, ganándose un manotazo por mi parte.

—¡No se la chupé!, apenas había dónde buscar —aclaré y volvimos a reírnos las cuatro, a ese ritmo no salíamos del baño.

—Pobrecillo, con ese nombre y un cacahuete de machete, qué difícil lo tendrá para echar un casquete —apostilló Jud, que si no decía algo reventaba.

—Igual por eso hace esas críticas tan mordaces, si no saca la mala leche por el pito debe sacarla con el dedito —corroboró Marge, haciendo como si tecleara y miró a Jud de reojo que rio con sorna.

—Vamos chicas dejemos el temita ya o va a terminar la gala y seguiremos aquí metidas.

—Eso es cierto, fijaos estamos fantásticas—comentó Mar y nos miramos a través del espejo—. Esto hay que inmortalizarlo —dijo sacando su móvil— ¡Selfie! —gritó Mar y todas comenzamos a posar como locas, mientras ella iba disparando el teléfono. Dos minutos después fuimos capaces de salir del baño.

La sala ya estaba medio llena, así que recibimos al otro cincuenta por

ciento que todavía no había entrado. «¡Menuda anfitriona estaba hecha!». Por suerte contábamos con unas azafatas muy dulces, que recibían a los invitados con una bolsa llena de obsequios de la editorial.

Lujo, glamour, gente muy importante del mundo del arte y la cultura, estaban reunidos esta noche. Me complacía gratamente que ni una de las invitaciones que habíamos mandado se habían declinado.

—Mira Sarah, allí están tus padres —observó Mar.

—Disculpad voy a saludarles —anuncié y me acerqué a ellos, a sabiendas de lo que iba a ocurrir. Mi madre como siempre, vestía muy sobria y elegante con un traje chaqueta de Chanel. Mi padre estaba a su lado con un traje negro de Fursac, clásico e impecable. Rápidamente vi la mirada reprobatoria de mamá. Sabía que no le gustaba mi figura y que le escandalizaba el tipo de ropa que llevaba, pero ya era mayorcita para elegir mi atuendo y se tenía que aguantar.

—Sarah estás guapísima —me saludó mi padre, besándome con cariño. Siempre había sido el más amoroso y más ausente de los dos.

—Pues yo creo que te equivocaste de talla, te falta ropa por arriba y la falda se te ha roto por la mitad —replicó punzante mi madre. Elevé las comisuras sin mostrar los dientes o era capaz de darle un bocado.

—Tú también estás muy guapa mamá.

—Pero hija ¿quién va a tomarte en serio con ese aspecto si pareces una... una...

—Será mejor que no lo digas, si quieres que tengamos la fiesta en paz. Soy mayor de edad y visto como quiero.

—Está claro, yo jamás habría elegido para ti ese vestido de furcia barata. A veces dudo de que te haya educado con valores. ¿Qué pretendes demostrar con ese vestido? ¿Sabes lo que la gente pensará? —dijo mordaz.

Aquel tipo de observaciones, eran las que más me enfurecían. ¿Por qué las mujeres nos empeñábamos en pasar a las otras por un escáner, como si fuéramos productos del supermercado? ¿Es que acaso llevábamos bajo la piel, algún tipo de código de barras acorde al criterio de quienes nos criticaban? Mucho escote: puta, poco escote: mojigata, traje de marca: pija, ropa del mercadillo: choni. Estaba harta de convencionalismos y etiquetas. ¡Parecíamos

bricks de leche joder!

—Seguramente pensarán lo mismo de mí que de ti —le respondí alzando la barbilla, por no soltarle lo que en realidad pasaba por mi cabeza. Era mi noche y ni ella ni nadie la iba a pisotear. Me miró escandalizada como siempre hacía, estaba que ardía.

—¿Qué tal te fue con Pierre?

—Muy bien, me lo tiré después de cenar, como se espera de una buena furcia como yo y ahora disculpadme, tengo que atender al resto de invitados, espero que lo paséis bien —respondí con una sonrisa falsa.

Estaba convencida que a mi madre casi le da una apoplejía, pero hacía tiempo que me había dejado de importar si le molestaban mis comentarios o no. Manteníamos un trato cortés y poco más. Nuestra relación siempre había sido tirante, ella hubiera deseado una princesita y yo había resultado una rebelde, un espíritu libre, como me catalogaba mi padre. Mamá aspiraba a que siguiera sus pasos o los de mi padre y se encontró con una enamorada de los libros y la empresa. Estaba claro que jamás fui lo que deseó, pero al fin y al cabo era su hija, tuvo que conformarse. Con mi padre la relación era algo mejor, no era tan clasista y snob como ella. Aunque su distanciamiento por las innumerables conferencias que daba y sus extenuantes jornadas en el hospital, hicieron que fuera un padre ausente el ochenta por ciento de nuestra relación. Por suerte siempre tuve a María. Extrañaba no haber tenido hermanos o hermanas. Mis padres no pudieron tener más hijos tras mi nacimiento, así que debieron conformarse conmigo. Qué se le iba a hacer.

Cuarenta y cinco minutos después, todo el mundo estaba ocupando sus mesas, salí al escenario con mis chicas, para agradecer la asistencia a todo el mundo. Pasamos un precioso vídeo montaje que elaboró Jud de los años que llevaba abierta la editorial, así como de nuestros libros, autores y premios otorgados hasta el momento. Fue muy bonito y emotivo.

Presentamos las cuatro obras que habían quedado finalistas y deseamos suerte a sus autores.

No había tenido tiempo de saludarles, ni sabía en qué mesa les habían ubicado entre aquella marabunta de cabezas. Pero seguro que estaban tan emocionados o tal vez más incluso que yo.

Antes de librar los premios tocaba cenar, en nuestra mesa se encontraba un

periodista, Megan Maxwell que ejercía de madrina de los premios y que estaría a mi lado a la hora de otorgarlos, Esther Escoriza, editora de Planeta, Anabel García, Lena Valenti y nuestra ganadora del año anterior Tania Lighling-Tucker.

Fue una cena amena y con unos platos exquisitos que alabaron nuestros compañeros de mesa. Escogimos un menú degustación diseñado y elaborado por los cocineros del restaurante ABaC que constaba de doce platos excepcionales. Paladeamos una exquisita cocina bañado de unos vinos de la tierra y cava. Todo en perfecta armonía, perfectos para la noche perfecta. Era una apasionada del buen comer y el buen beber así que no concebía una buena fiesta sin ambas cosas.

—Estoy que voy a explotar —comentó Marge.

—Ni se te ocurra —la amenacé bajo las atentas miradas de todos—, a trescientos euros el cubierto no puedes darte ese lujo.

—¡Santo Dios! A ese precio recompongo los pedacitos y me vuelvo a comer a mí misma si hace falta.

—Estaba todo delicioso —comentó Esther limpiándose los labios, pendiente de no desmaquillarlos—. ¿Puede saberse con qué vas a sorprendernos este año? ¿Qué escritora va a ganar tu premio? —preguntó con curiosidad. Mis amigas se miraron las unas a las otras con complicidad.

—No vas a sonsacarme nada, además ya falta muy poquito para que anuncie el nombre de la ganadora.

—¿Estás lista Megan?

—¡Claro! ¿Hay algo que deba saber? —inquirió.

—No te preocupes será muy sencillo, tenemos unos sobres donde aparecerán los premios que otorgamos. Ninguna de las novelas finalistas queda sin premio. Si han llegado hasta aquí, es porque todas merecen un reconocimiento u otro.

—Me parece una idea genial.

—No tenemos tanto dinero como Planeta, pero la obra ganadora y la primera finalista verán sus libros publicados en papel.

—Ya sabes que para un escritor, ver a sus hijos en las estanterías de las

principales librerías es como si le hubiera tocado la lotería.

—Lo sé. Al cuarto premio le regalamos un fin de semana para dos y la publicación de su novela en digital. Al tercer premio, una semana de vacaciones para dos en un resort de lujo, dos mil euros y su publicación en digital. El finalista tres mil euros, una semana de vacaciones para dos en el caribe y la publicación en papel. Y al ganador doce mil euros, una gira por el lugar que le inspiró o donde está basado su libro junto conmigo y alguien de la editorial, además de una semana de vacaciones para dos.

—Son unos premios maravillosos, sin lugar a dudas—aseveró Megan.

—Pues entonces vamos allá Megan —giré la vista hacia mi autora ganadora del año pasado— Tania, ¿puedes subir con nosotras? Tú darás el cuarto premio y harás entrega de la estatuilla W Romantic Ediciones.

—Será un placer Sarah, si es que no te merezco, haré un póster contigo — le sonreí abiertamente, era tan espontánea y divertida.

—Vamos chicas.

Di un trago a mi copa de cava y tomé aire, cuando me levanté Marge me cogió de la mano.

—Estate tranquila y segura, todas sabemos lo que tenemos entre manos y es una bomba, no podría haber habido otra novela más merecedora del premio que la que escogimos —me susurró.

—Lo sé —dije devolviéndole el apretón. Después subí al escenario.

Los asistentes aplaudieron a Megan en una ovación ensordecedora, se pusieron en pie algunos con gritos de “jefa eres la mejor”, ella sonreía y saludaba con la naturalidad que la caracteriza. Tomé el micro, mientras les daba tiempo a serenarse. Las luces se apagaron y un cañón de luz, como en las obras de teatro, me iluminó privándome de ver quien había en las mesas. Tal vez fuera mucho mejor así, mejor ver bultos que no caras y cuchicheos.

—Bienvenidos a la noche de los premios W Romantic Ediciones, sé que todos sabéis quien soy, pero por si cabe alguna duda o alguien no me conoce, soy Sarah Alcántara, propietaria de la editorial y esta noche tengo el honor de presentar estos premios, junto con nuestra querida madrina Megan Maxwell — más aplausos—. Gracias, y por supuesto no podía faltar nuestra ganadora del año anterior, Tania Lighling-Tucker —aplaudieron a Tania con mucha

efusividad y se escuchó algún reclamo de: “¿Para cuándo más devoradores? ¡Queremos que nos devoren!”, ella sonrió comedida y me miró. Íbamos a anunciar esta misma noche que habíamos cerrado el contrato con la productora para llevar a los devoradores a televisión. Así que le pasé el micro y asentí, dándole pie a que lo contara.

—Bueno pues con el permiso de Sarah, tengo una noticia que daros, pronto saldrá mi último libro que concluirá con la saga —se oyó un «Ooooh», generalizado—. Sí, a mí también me da pena, pero vendrán nuevos proyectos y estoy muy ilusionada —aclaró—. Entre ellos, está la firma de un acuerdo con la productora Romantic Dreams, para llevar a nuestros chicos a la pantalla de vuestros hogares. Comenzamos a rodar el mes que viene y en Enero se lanzará en Netflix los primeros episodios de la serie —espontáneamente comenzaron a aplaudir—. Sarah y yo estamos muy emocionadas con este proyecto y esperamos que sea todo tan bonito, como nos ha prometido la gente de Romantic Dreams. Por cierto les tenéis por aquí. —El cañón de luz se desvió enfocando a los integrantes de la productora, que saludaron en medio de los aplausos y las ovaciones pertinentes. Tania me devolvió el micro.

—Me complace que os guste la idea tanto como a nosotras, esperamos que la serie haga que mucha más gente se interese por la literatura de nuestro género, pues está claro que si algo mueve el mundo es el amor —los asistentes volvieron a aplaudir mis palabras—. Y ahora sí, sin más preámbulos vamos a anunciar a los finalistas de este año. Los sobres por favor. —Una de las azafatas trajo 4 sobres morados, que era el color de nuestro logotipo, detrás especificaba el premio. Otra azafata salió a escena con los talones gigantes para la foto. Se los debía ir tendiendo a Megan y posar conmigo, Tania y la ganadora para las fotos de rigor que saldrían en los medios—. El cuarto premio va para: “No me mires a la cara” de Ana Martínez —el cañón iluminó a la señorita Martínez que era una chica de unos veintipocos años, morena con un vestido azul eléctrico. Dio un beso a la que debía ser su madre y subió emocionada al escenario. Todas la felicitamos y posamos para la foto—. El tercer premio es para: “Balada del corazón” de R. Argüelles —esta vez la mujer debía rondar los cincuenta. Podría parecer la típica ama de casa o la vecina de cualquiera, también estaba muy turbada. Abrazó a su marido y subió a recoger su premio, no sin antes abalanzarse sobre Megan y decirle que era una gran admiradora suya, invitarla a la comunión de su nieta y decirle que le iba a hacer unos pestiños de su tierra. La pobre Megan aguantó el tirón como pudo—. El finalista de esta edición es “El pasado siempre vuelve” de Emma

Swan —A Emma, le costó enterarse pues estaba entregada a su móvil, por suerte su compañera de mesa le dio un codazo y la rubia se enteró. Era una mujer de unos treinta y tantos con melena cuidada y rasgos nórdicos. La novela estaba ambientada en la Holanda de los años treinta así que seguramente, sería autóctona de allí. Fue la menos efusiva de todas. Llegaba la hora de la verdad. La prensa estaba a punto, los periodistas cámara en mano esperaban immortalizar a la ganadora de este año. Abrí el sobre orgullosa de la elección que habíamos hecho. Dirigí la mirada hacia mis amigas, que apenas veía, tomé aire y miré de nuevo al público— Y ahora ha llegado el momento que todos estábamos esperando, la novela ganadora de este año. Me complace anunciar que el Premio W Romantic Ediciones es para: —hice una pausa dramática, para después sonreír ampliamente — “Flores en las Highlands” de K. Mackenzie —el haz de luz iluminó una mesa, se escuchó un grito femenino y seguidamente una espectacular morena se levantó arrollando a un hombre que estaba sentado a su lado.

Me chocó que estuviera tan alejada, sentada en una de las últimas mesas. A lo lejos, me dio la impresión de ser la típica modelo de curvas sensuales, que podría aparecer en la portada de cualquier revista. Le comió la boca al tipo de la silla de al lado con total descaro y efusividad, frente a las risas, silbidos y aplausos de los asistentes, después se separaron. Él parecía algo incómodo, no era de extrañar con el meneo que le había dado la morena, ahora entendía esas escenas tan ardientes. Y entonces pasó algo que jamás creí posible. El hombre se levantó saliendo de detrás de la mesa y como si el premio fuera para él, se puso a caminar hacia el escenario. ¿Por qué venía a recoger el premio? ¿Sería uno de esos tíos machistas? No entendía nada. No podía apartar los ojos de su figura era alto, ancho, corpulento, llevaba el pelo negro engominado hacia atrás y recogido en una coleta que le llegaba por la nuca. Se movía con seguridad, solo veía la mitad superior de su cuerpo, parecía llevar una camisa y una chaqueta de traje oscura, que le sentaba como un guante. A escasos metros del escenario levantó la cabeza, hasta ahora había estado mirando hacia el suelo intentando no tropezar, clavó su mirada en mí, el oxígeno decidió abandonar mis pulmones. Todo comenzó a dar vueltas. Aquellos ojos negros, aquellas facciones duras, esos labios sensuales que mostraban una sonrisa a medias y que ahora lucían con restos de rojo carmín. Me miró sin pudor, como si me reconociera, fue una sensación muy extraña que se tensaba en mis entrañas. Era él: Kenan, el hombre del libro o por lo menos tenía el rostro que yo le había puesto, sus rasgos, su pelo, su cuerpo, su todo. ¿Cómo

era posible? ¿Era un sueño?

6 CAPÍTULO (KENAN)



Cuatro semanas antes...

Te digo que no, no insistas.

—Pero Keni, sería fantástico para ti, seguro que con lo bien que escribes ganarías el concurso y te forrarías. Podrías dejar de trabajar de profesorucho de literatura en la universidad y nos podríamos casar de una vez, así me darías la vida que realmente merezco, quiero decir, la que merecemos. —La cabeza me daba vueltas de escuchar a Brigitte. Llevábamos un año juntos y me daba la sensación que llevábamos toda la vida. —Ya sabes que tengo muchas ganas de que nos comprometamos en serio, creo que ya ha pasado suficiente tiempo — me dijo con un mohín.

Era amiga y compañera de piso de una estudiante que asistía a uno de mis cursos de literatura escocesa. Una noche que salí con los alumnos para celebrar que habían aprobado, me la presentó. Al parecer compartían piso desde que ella había llegado de Escocia y mi alumna, creía que Brigitte necesitaba conocer gente en Barcelona para no sentirse tan sola. Pensó que podíamos congeniar, pues ella era de Edimburgo y apenas hablaba español. Nos unía la patria y el idioma, dos puntos a tener en cuenta, según Clara. Era

difícil no fijarse en Brigitte, de hecho está claro que me fijé. Era muy guapa, sexy y tenía ese aura magnética que desprenden las mujeres que se sienten seguras de sí misma. Trabajaba de modelo y llevaba unos meses abriéndose camino en Barcelona.

Clara me pidió por favor que la ayudara con el idioma. Mi alumna estudiaba y trabajaba, así que no tenía mucho tiempo. Me dio lástima, porque su situación económica era bastante precaria y era muy buena alumna, así que acepté. Me ofrecí para dar clases de español a Brigitte y ayudarla a integrarse.

Ella era la seducción hecha mujer, una muy insistente que no se daba por vencida ante nada. Tal fue así, que tras un par de meses de clases intentando evitar lo inevitable y manteniendo una tensión sexual difícil de obviar, terminamos en la cama. Yo era reacio, no quería atarme a nadie, además le sacaba diez años a Brigitte, sin embargo a ella parecía no importarle, había abierto la veda, Brigitte jugó al acoso y derribo hasta que me dio caza. Tras múltiples encuentros sexuales, me encontré manteniendo una relación con ella.

Yo ya no era un crío, a mis treinta y cinco seguía soltero y sin una mujer que me llenara al cien por cien. Había llegado a Barcelona tres años atrás, gracias a una vacante que había quedado libre en la universidad de Barcelona, buscaban un especialista en literatura escocesa y a ser posible que fuera nativo. Ahí estaba yo, deseoso de ver mundo y sin que nada ni nadie me atara. Dejé atrás mi amada Escocia, me armé de valor para probar suerte en España, decidido a vivir una aventura. Y ahora mi aventura tenía forma de mujer, una morena muy caprichosa que estaba desnuda en mi cama.

Sentía la cabeza a punto de estallar, Brigitte estaba con la sábana bajada hasta la cintura. Mostrando sus pequeños y turgentes pechos que se alzaban con desafío. Como cada noche, Brigitte disfrutaba del sexo, le encantaba que durmiéramos desnudos, por si la desvelaban sus apetitos montarme, mientras aún dormía. Era muy insistente, tanto que sufría de jaquecas matutinas debido a todos sus requerimientos. Si uníamos eso a que yo tenía muy mal despertar, el conflicto estaba servido.

Recuerdo que para mi madre siempre había sido un infierno que me levantara de la cama, ella también era una mujer insistente. Tal vez fuera una cualidad que se heredaba entre el género femenino, pero el resultado era que me levantaba siempre gruñendo y con el ceño fruncido. Cuando me ponía así me llamaba Balar. Según la mitología celta, Balar era el rey de los demonios,

se decía que tenía un único ojo en el centro de su frente. El óculo permanecía siempre cerrado ya que su apertura significaba la muerte y la destrucción. Pues eso era exactamente lo que me ocurría a mí, que si me hacían abrir los ojos, ajeno a mi voluntad, me cabreaba absolutamente todo. Así ha sido desde que recuerdo, con el paso de los años no he mejorado mucho. Hasta que no tomo un café, me doy una ducha y transcurre media hora, no soy persona.

—Vamos Keni, sería un desperdicio que ni siquiera lo intentes —volvió a insistir gateando por la cama hasta llegar a mí, que estaba vistiéndome para ir al trabajo.

—Escribí esa novela para mí Brigitte, para nadie más. No quiero publicarla, ni enviarla a un concurso ridículo, de una editorial ridícula donde solo ganan mujeres. —Había leído una entrevista en la contra de La Vanguardia, de la escritora Tania Lighling-Tucker. En ella se jactaba de haber ganado el premio de dicha editorial y de sentirse orgullosa al formar parte de una editorial donde solo publicaban a mujeres y estaba dirigida por ellas. Nunca me había considerado un tipo machista, pero tampoco me gustaba el otro extremo de la balanza. Estaba convencido que tras esa editorial se escondía una amargada que vivía sola rodeada de gatos o tal vez una lesbiana, que odiaba a los hombres. Pero una amargada seguro, era imposible que alguien decidiera suprimir a los hombres de su entorno, porque sí. Vete a saber lo que le habría ocurrido, fuera lo que fuera, a mí no me interesaba averiguarlo.

—Tal vez solo ganen mujeres, porque no han visto un hombre que escriba romántica como tú lo haces. —Aplastó sus pechos contra mi espalda acariciando mi torso desnudo.

—No sé si lo han visto o no, pero lo que sí sé es que esa editorial es feminista, dicen que la dueña es insoportable, que solo contrata mujeres y que los premios solo los ganan mujeres. Además que te he dicho que no y ya está, no hay más que hablar. Esa novela la escribí, porque sentí la necesidad de hacerlo, pero en ningún caso para que alguien la leyera —le expliqué. Me sentía muy celoso de aquel manuscrito. Brigitte lo descubrió una noche dentro del cajón de mi mesilla y no dejó de dar por culo hasta que no le conté lo que era. Nunca había querido ser escritor, me gustaba ser profesor en la universidad. La escribí, porque durante un mes no dejaba de soñar aquella historia, me tenía abducido, aquel sueño se repetía noche tras noche. Era todo

tan vívido e intenso, que sentí la necesidad de sacar todo lo que me hacía sentir. Me levantaba agotado, pues era como si lo viviera en mi propia carne. Era yo, pasando por una historia tan intensa como dura. Necesitaba plasmarlo para ver si de aquel modo dejaba de soñar. Los sueños remitieron, aunque de tanto en tanto me despertaba con el corazón disparado y la imagen de Ciara grabada a fuego.

Recuerdo que cuando vi a Brigitte por primera vez me dio la sensación, que si la mujer del Kenan MacKenzie de mis sueños hubiera tenido rostro hubiera sido el de ella.

Las manos de Brigitte bajaron a mi entrepierna que se endureció al instante bajo su toque. Era muy hábil, tenía un don para volver locos a los hombres. Mis alumnos no dejaban de repetirme la suerte que tenía, era imposible que no despertara a un muerto con sus manos.

—Vamos tesoro sé bueno, hazlo por mí y yo haré muchas cosas buenas por ti —dijo melosa y bajó de la cama, para dar un tirón a mis pantalones y meterse mi erección en la boca.

—Voy a llegar tarde...—manifesté débilmente, juro que intenté detenerla, pero fue sentir la succión de sus labios y todo dejó de importar. Otro día que iba a saltarme el desayuno.

Brigitte me hizo una gran mamada, hasta que no le dije que pensaría lo del concurso no dejó que me corriera. La muy zorra sabía cómo conseguir lo que deseaba, aunque yo no tenía claro que esta vez lo lograra. Cuando culminé, me besó en los labios y me deseó que tuviera un gran día.

Lo cierto es que no le di muchas vueltas a su petición. Al llegar al piso, después de mi jornada, le dije que lo había pensado y que no quería hacer nada con él. Ella no insistió más, así que di por hecho que había descartado la idea. Pero al parecer no había sido así. El viernes recibí un mail, informándome que mi novela era finalista en el concurso y que debía ir a la cena de gala en The Imperial, en Barcelona.

Cuando fui a pedirle explicaciones a Brigitte ella sonrió complacida, había hecho caso omiso a mis palabras, había hecho una copia y la había mandado igualmente. Mientras yo le echaba la bronca ella sonreía triunfal.

—Lo sabía, tu novela es muy buena Keni. —Brigitte no la había leído, decía que algo que no llevara fotos impresas de moda y demasiado texto, no

estaba hecho para ella. Lo único que estaba dispuesta a leer era el Cosmopolitan o el Woman. —Si la envié fue, porque creo en ti y en tus posibilidades. Piénsalo bien, estaba fuera de plazo y aun así la han aceptado. Es más, eso solo puede querer decir una cosa, ¡eres el ganador Kenan!

—¡No digas tonterías! —dije restándole importancia—. Además no pienso presentarme, ni publicar nada con ellos —gruñí. Ahí sí que me miró un poco temerosa.

—Lo siento cielo, no puedes decir que no. En una de las cláusulas decía que si no te presentas a la gala y decidías no publicar siendo el ganador, deberías abonar una multa de trescientos mil euros.

—¡¿Trescientos mil euros?! ¡Me cago en todo lo que se menea! ¿Estás loca mujer? —exclamé horrorizado. Mientras ella seguía mirándome con una sonrisa.

—Anda no te enfades conmigo, solo falsifiqué tu firma por una buena causa —comentó poniendo cara de niña buena y yo puse los ojos en blanco—. ¿Sabes cuántos ejemplares vendió el último año la anterior ganadora del premio?

—¡No y no me importa! —grité furioso.

—¡Un millón de ejemplares! ¿Sabes cuánto dinero representa eso en euros? ¡Keni vamos a forrarnos! Y ahora mismo vamos a celebrarlo... —La ropa de Brigitte se esfumó, pero no mi enfado. Estaba claro que no tenía el dinero para hacer frente a la multa, así que no podía plantearme retirar mi obra de aquel entuerto. Solo me quedaba rezar para que esa arpía de W Romantic Ediciones, decidiera que mi libro no era lo suficientemente bueno por el simple hecho de estar escrito por un hombre.

La noche [\[A2\]](#) de los premios...

No podía creer que fuera a ir así vestido a una cena de gala, debería haberme negado en rotundo a que Brigitte me llevara a ver a su amigo diseñador. Era cierto que yo no tenía ni un solo traje, me gustaba vestir de sport, además para ir a la universidad no lo necesitaba. Brigitte me dijo que se ocuparía de todo y me llevó a una boutique de Barcelona.

El chico parecía entusiasmado, Brigitte le contó que era el futuro ganador

de los premios W Romantic Ediciones, él se mostró gratamente sorprendido. Al parecer era un ferviente admirador de la editorial, pues publicaban una línea de romántica gay. Me preguntó sobre mi libro, sobretodo en qué época y lugar estaba ambientado. En cuanto le dije que en la Escocia del siglo catorce, se echó las manos a la cabeza.

—Ay me encantan las historias de Highlanders y tú tienes pinta de ser uno, con esas espaldas, ese pelo, esa barba de tres días, esas facciones... —parloteaba mientras no dejaba de sobarme, frente a la orgullosa mirada de Brigitte.

—Además el protagonista se llama como él, Kenan Mackenzie —añadió Brigitte que por lo menos se había leído la sinopsis.

—No me extraña que se haya puesto de protagonista, si yo estuviera tan bueno no habría escogido a otro —afirmó y se relamió haciendo que me sintiera un tanto incómodo—. Estamos a lunes, así que tengo tiempo de pensar algo impactante para él. Ahora le tomo medidas y en cuanto lo tenga listo te llamo, para que pases a recoger mi creación.

—Ay muchas gracias Ángel, eres un cielo

—¿Y tú, Divine querida? ¿Ya tienes vestido? —inquirió mirando a Brigitte, ella negó haciendo un puchero.

—Mi cuenta está en números rojos, desde el último desfile que no he hecho nada.

—Ay no te preocupes, que al tuyo invito yo, eso sí, posa mucho y cuando estés recogiendo el premio con tu Highlander di que ambas creaciones son mías —respondió él y ella dio un gritito y se abrazó al diseñador dándole un pico.

—¡Ay Honey eres de lo mejorcito! ¿Qué haría yo sin ti? —exclamó. Él parecía complacido y yo un poquito harto, de aquel embrollo en el que estaba envuelto. Finalmente decidí marcharme, Brigitte me dijo que tenían para rato y yo no estaba para milongas.

Era cierto que Brigitte estaba pasando por un bache económico, tras su último desfile el teléfono dejó de sonar. Ella decía que no ocurría nada, que eran baches típicos de las modelos, pero el suyo se estaba alargando

demasiado. Incluso había tenido que dejarle dinero prestado para pagar el alquiler. Últimamente dormía, se duchaba, desayunaba, comía y cenaba en mi casa. No estaba seguro si por falta de dinero o porque estaba intentando que la invitara a vivir conmigo.

Tal vez tuviera razón y el premio nos ayudara a mejorar su situación económica, si es que me daban alguno.

—No vamos a llegar le dije nervioso —insistí. La cena empezaba a las nueve y eran las nueve y cinco. Obviamente íbamos a llegar tarde.

—Ay Keni, ¿es que no sabes que las estrellas siempre han de llegar tarde para hacerse valer? Es lo primero que nos enseñan en la academia de moda, además ya termino.

—No sé cómo fui capaz de hacerte caso con ese tipo... Brigitte no estamos en Escocia, ¡la gente va a reírse de mí! —exclamé y ella refunfuñó, saliendo del baño con un espectacular vestido negro que hizo que se me secara la boca.

—La gente no entiende de moda como Ángel, además yo te veo muy sexy con falda seguro que serás la atracción de la noche —sentenció.

Eso seguro. El iluminado del diseñador buscó el estampado del clan de los MacKenzie y elaboró una feileadh beg, es decir, una falda escocesa. La evolución natural del clásico kilt, que cubría tronco y piernas. Allí estaba yo, con camisa blanca, chaqueta negra de traje y una falda escocesa que me llegaba ligeramente por encima de las rodillas. Incluso el largo estaba mal, Ángel se había empeñado que con los muslos tan fuertes que tenía debía lucirlos. Encima me había puesto unos calcetines negros que llegaban debajo de la rodilla con dos borlas laterales en los colores de la falda, una azul y otra verde. Sobre la feileadh beg, llevaba un sporran de cuero, vamos el típico complemento tradicional del traje típico de las Tierras Altas de Escocia, lo que vendría a ser una especie de bolso-riñonera. Brigitte pasó sus manos acariciando mis muslos.

—Me pone muchísimo las piernas que tienes. ¿Qué te parece si te quitas la ropa interior y en algún momento de la cena jugamos un rato?

—¿Estás loca? —bufé, solo me faltaba que me pillaran con falda y la polla asomando en unos premios de romántica, me echaban de la universidad

seguro.

—Anda Keni sé bueno y hazlo por mí, me pongo muy cachonda al pensarlo —volvió a insistir. Estaba enfadado con el mundo, así que mi humor era bastante negro. Me irritaba tener que ir a esos absurdos premios, la ropa, llegar tarde a la cena y ahora solo me faltaban, los instintos sexuales de Brigitte desatados. Su mano subió a mi entrepierna quien obviamente iba por libre—. Parece que a la espada de mi guerrero, le gusta la idea —dio un tirón y me bajó los calzoncillos hasta los tobillos.

—¡Brigitte estate quieta de una vez! —grité, pero ella rio juguetona, me levantó la falda y acarició mis pelotas con la lengua. Automáticamente mi espada desenvainó.

—Lo ves —dijo saliendo de debajo—, vamos Keni, no seas gallina, tus antepasados llevaban así el kilt.

—¿Gallina? ¡No es cuestión de arrojo, sino de higiene! —clamé. Me negaba a admitirlo, pero lo cierto es que a mí también me daba morbo ir con el culo al aire, sin embargo si pensaba en una ventolera se llevaba el morbo de golpe.

—Hagamos una cosa —dijo ella subiéndose el vestido—, igualdad de condiciones—. Se bajó el tanga y lo lanzó sobre la cama. —¡Vamos Keni échale pelotas!

—¿Pelotas? —cuestioné. Cerré un instante los ojos y cuando los abrí tenía muy claro lo que iba a hacer. Di una patada a los calzoncillos y le tendí el brazo. Sería una noche de mierda, pero por lo menos en algún momento, lo pasaría bien. Solo esperaba que no me pillaran.

Llegamos cuarenta y cinco minutos tarde, los comensales ya estaban en el primer plato. Por suerte nuestra mesa era una de las últimas, así que no tuvimos que atravesar toda la sala. Cuando Brigitte y yo llegamos, nuestros compañeros de mesa no nos quitaron la vista de encima. La mayoría de ellos eran blogueros, dos modelos como Brigitte con sus respectivas parejas y una escritora de romántica que no conocía. Al lado de Brigitte estaba Sind MC, a él sí le conocía, aunque debo reconocer que no me caía nada bien. En la universidad hicimos un trimestre sobre cómo las redes estaban influyendo a la literatura. Sobre todo nos centramos en los blogueros literarios. En el influjo que ejercían sobre los nuevos escritores, la validez de sus opiniones, sus

criterios a la hora de evaluar y el poder que ejercían en su universo virtual. Sind resultó el peor valorado por los alumnos. Al parecer era un guaperas sin oficio ni beneficio, que intentó escribir unos libros de erótica y fracasó estrepitosamente. A partir de ahí se dedicó a rajar sobre todo lo que caía en sus manos, acumulando un alud de seguidores tan sangrientos como él.

Nos sentamos disculpándonos frente a nuestros compañeros de mesa.

—¡Que atuendo más original! —exclamó una de las chicas mirando mi falda. Aquel fue el único acicate que necesitó Brigitte para contestar.

—¿Verdad que sí? Ambos vamos vestidos por Ángel de Vicci —comentó y estaba claro que la chica conocía el diseñador, porque sonrió.

—Se nota su estilo arriesgado en él, tu vestido es quizá más conservador, ¿no crees? —preguntó. Menuda pelea de gatas, estaba claro que el tema de la ropa era muy importante para ellas. Brigitte forzó una sonrisa.

—Eso es, porque esta noche no estoy en la pasarela y quien debe brillar es él —respondió con falsa modestia, mientras pasaba su mano por mi brazo y el pecho.

—¿Cómo es eso? —preguntó Sind picado por la curiosidad. Brigitte le miró con demasiado interés, para mi gusto. Le sonrió mostrando su perfecta dentadura.

—Porque Kenan es uno de los cuatro finalistas de los premios de este año y estoy convencida que va a ganar —le explicó y Sind abrió mucho los ojos.

—Vaya, no sabía que este año participaban hombres, eso sí que es una novedad. Sarah no me comentó nada cuando hablamos antes —dijo y una sonrisa tirante curvó mis labios, no me gustaba nada aquel tipo y el halo que lo cubría—. ¿Cómo se llama tu libro? —me miró directamente arqueando una ceja. Antes de que pudiera decir nada Brigitte respondió por mí.

—Flores en las Highlands, de K. Mackenzie.

—Qué interesante, un hombre que escribe romántica y que es heterosexual —afirmó mi compañera de silla, la modelo que antes se había retado con Brigitte. Era rubia y con rasgos suaves, aunque estaba claro que de suave no tenía nada—, seguro que eres muy romántico, cariñoso y atento ¿verdad? —Miré a su pareja, el tipo estaba hablando con el otro de deportes y el último partido que había disputado el Barça.

—Supongo que eso te lo responderá mejor Brigitte que yo —dije, que la miraba con cara de pocos amigos a la rubia.

—Es el sueño de cualquier mujer, guapa. Kenan es listo, sexy, creativo, romántico y muy cariñoso. Además en breve vamos a casarnos —soltó de golpe. Acababa de llenarme la copa de agua para dar un trago y casi me atraganto. «¿Cuándo me había comprometido?». No quería llevarle la contraria y dejarla mal delante de la otra mujer, así que decidí callar. La rubia la observó y fijó la vista sobre su mano.

—No veo ningún anillo en tu dedo —comentó. ¡Menuda arpía estaba hecha! Casi podía sentir cómo le rechinaban los dientes a Brigitte. Seguro que se estaba conteniendo para no darle un buen mordisco.

—No lo ves, porque lo estamos eligiendo, queremos que sea muy original, ¿verdad cariño? —me tomó del rostro para besarme y dejarle claro a la rubia a quién pertenecía. Una vez terminado el beso Sid nos miraba atento.

—Pues enhorabuena y suerte en los premios.

—Gracias.

La cena fue extraña, un tanto tensa, pues los compañeros de mesa no ayudaron demasiado, a excepción de Aurora que era la escritora. Las modelos se dedicaron a lanzarse puyitas con Brigitte, sus acompañantes directamente nos ignoraron y Sid parecía más pendiente de mí de lo que hubiera deseado. Las otras dos blogueras lanzaron alguna pregunta, pero no parecían realmente emocionadas con nosotros, sino más bien tenían la atención puesta en las otras mesas donde habían autores reconocidos. Cada dos por tres se levantaban e iban a la caza de firmas y fotos, interrumpiendo la cena de los demás comensales. Sid torcía el gesto cada vez que las veía dejar la mesa de nuevo. Hizo algún que otro comentario al respecto, alegando que eran principiantes e inmaduras. Brigitte le rio la gracia y yo pasé de inmiscuirme. Una vez terminé el postre, necesitaba ir al baño con urgencia. Los vinos eran excelentes, no pude evitar beber un poco más de la cuenta. Estaba claro que quien hubiera elegido el menú entendía de maridajes.

Aprovechando mi estado de relajación, Brigitte había decidido comenzar su juego bajo el mantel, así que mi espada de la lujuria volvía a estar en pie de guerra. Tardé más de lo necesario, pues necesité refrescarme y hasta que no me bajaron los ánimos, no pude volver a la mesa. Cuando lo hice ya estaban

anunciando el finalista. Había tres mujeres en el escenario, no me dio tiempo a mirarlas bien pues rápidamente el cañón de luz iluminó la mesa de la ganadora de ese premio. Me senté en mi silla justo para que Brigitte, comenzara a pegarme la bronca por haber tardado tanto. Nuestra discusión llevó a que no me enterara de mucho de lo que ocurría a nuestro alrededor, hasta que ambos oímos.

—Flores en las Highlands de K. Mackenzie —los aplausos llegaron y la rubia de mi lado gritó.

—¡Has ganado Kenan! —Brigitte dio un grito, se puso en pie para después abalanzarse sobre mí y devorarme la boca. Estaba en shock. ¡Aquello era imposible! ¡Completamente inaudito! ¡Nunca habían premiado a un hombre! ¡¿Por qué a mí sí?!

—¡Vamos levántate Kenan y ve a recoger nuestro premio! —dijo Brigitte limpiándome los labios de carmín— ¡Espabila! ¡Te esperan! —Me levanté como un robot, todavía sin creer que todo aquello estuviera ocurriendo. Caminé cabizbajo entre las mesas intentando asumir lo que acababa de pasar. «¡Joder iba a publicar mi novela!». ¿Cuántos escritores había deseosos de que les llegara su momento? Y tenía que sucederme a mí, yo que no quería publicarla, ni ser conocido, ni nada por el estilo. Pensé en las palabras que alguna vez me había dicho mi madre. «No puedes oponerte al destino Kenan, porque tarde o temprano te acabará encontrando». Estaba claro que el mío me había hallado y solo podía hacer una cosa, apechugar asumiendo las consecuencias. Levanté los ojos y creí morir. Aquello era imposible, en el escenario había tres mujeres. Megan Maxwell, Tania Lighling-Tucker y... ¿Ciara? ¡Era imposible!

¿Los de la editorial habían buscado una mujer para dar el premio que era exacta a mi protagonista? ¿Se trataba de eso? Si era un golpe de efecto lo habían logrado. El corazón comenzó a golpear mi pecho a un ritmo ensordecedor. La pelirroja de curvas generosas y hermosa como el pecado, parecía igual de sorprendida que yo. Subí los escalones que me llevaban justo delante de ella y entonces se desmayó. Suerte que tengo buenos reflejos y la pude atrapar, antes de que se golpeará en el suelo.

No pude evitar que mi cuerpo reaccionara ante la suavidad de aquel voluptuoso cuerpo, junto con el aroma a brezo y lavanda que desprendía. «¡Jesús! ¡Era imposible!». Mi cuerpo palpitaba como un loco, solo podía

pensar en abrazarla, besarla, sacarla de allí y hacerle el amor. ¿Qué narices me ocurría? Estaba duro como una roca y la falta de ropa interior no me ayudaba.

Con rapidez trajeron una silla para que la sentara, Megan le daba aire con un sobre y yo la senté a regañadientes. Tres mujeres más me rodearon, una sostenía un vaso de agua. Otra pelirroja comenzó a darle golpecitos suaves en el rostro, hasta que mi Ciara abrió los ojos. La más mayor le tendió el vaso, obligándola a dar un trago. Le costó unos segundos reaccionar. Miró a aquellas mujeres y después clavó aquellos pozos azules en mí, como si todavía no fuera capaz de creer lo que veía. Parecía tan sobrecogida como yo.

La otra pelirroja tomó el micro y se giró hacia el público con determinación. En primer lugar se disculpó alegando que su compañera apenas había comido durante la cena y que había tenido mucho estrés los últimos días. Después se aclaró la garganta y con voz ronca de emoción dijo:

—Demos un fuerte aplauso al primer hombre que gana el concurso de W Romantic Ediciones, Kenan Mackenzie por su obra Flores en las Highlands. Todos los asistentes recibiréis un ejemplar por cortesía de la editorial — comunicó. Me erguí a desgana, frente a los aplausos, tenía que saludar y era consciente que el espectáculo debía continuar.

La pelirroja pareció reavivarse a marchas forzadas, se levantó posando junto a mí y el resto de mujeres que había sobre el escenario. La prensa tenía hambre y nosotros éramos su cena.

Con solo sentir su brazo desnudo apoyado en la manga de mi chaqueta, me sentí arder en una hoguera. «¿Qué narices me pasaba? ¿Quién era aquella mujer?»

7 CAPÍTULO (SARAH)



• Aquello era imposible, acababa de hacer el ridículo más absoluto! ¡Un hombre! ¡Un maldito hombre, había ganado el primer premio, con todo lo que conllevaba! Y eso solo podía querer decir una cosa, mi maldito aquelarre me había traicionado. No sabía cómo sentirme ni cómo reaccionar. Fue tal la impresión al enterarme que mi ganador tenía pelotas en lugar de vagina, que me desmayé. Eso y que se trataba del mismo rostro, que me había estado follando las últimas noches. ¿Cómo era posible? Era la primera vez en mis treinta y dos años de vida que no sabía cómo reaccionar. Encima tenía que posar ante los flashes y seguramente, aguantar los memes que saldrían a partir de mañana, en las redes sociales y en la prensa, a causa de mi desmayo. Podía imaginar algo así como mi foto cayendo, mientras apostillaban...

“ La Alcántara se cae de espaldas, al imaginar el premio que se esconde bajo las faldas”

O tal vez: “La Bruja cae de culo, pues su ganador tiene pirulo”

¡Malditas sean todas! Estaba hirviendo de la furia y lo único que podía

hacer por el momento era sonreír.

—¡Por favor señorita Alcántara! —gritó alguien de la prensa— ¿Puede posar sola junto al señor Mackenzie con su libro? —Lo que me faltaba. Todas las serpientes, que creía mis amigas, se apartaron. Al igual que Megan y Tania. Estábamos él y yo, tiesos como dos palos y sin mirarnos a la cara —. Relájense por favor, ¿puede coger a la señorita Alcántara por la cintura para que en la foto se les vea más próximos? —Estaba claro que todos querían immortalizar el momento. Algo que jamás creí que pudiera ocurrir, había pasado sin que pudiera hacer nada al respecto. Un hombre había ganado el premio.

Apreté los dientes cuando sentí su mano tomarme con delicadeza, pero de un modo firme. Su cuerpo era cálido, fuerte y olía condenadamente bien. ¡Joder! ¿Qué había sido eso? ¿Un chispazo? ¡El muy jodido me acababa de electrocutar con la mano, en la parte baja de la espalda! ¿Qué pretendía aquel tipo, fundirme las neuronas? ¿Freírme el cerebro? Estaba claro que la situación estaba haciendo que acumulara mucha energía estática, ¡menudo calambrazo! Tras aquella sensación electrizante, un hormigueo tomó posesión de cada poro de mi piel, el vello se me puso de punta, ahora solo hacía falta que se me encrespara el pelo, me saltaran las horquillas y pareciera la Bruja Avería. Apenas podía moverme y él parecía dominar la situación a la perfección. ¡Menuda mierda! No podía parar de pensar en un montón de palabrotas, que quería soltar como un camionero. Estaba completamente indignada con mis amigas, por habérmela jugado de aquella manera y yo, sin poder expresarme y mandarlas a todas al carajo. Estaba emponzoñándome, cuando Sind hizo su magistral aparición.

—¡Vaya señorita Alcántara, esto sí que ha sido toda una sorpresa! — comentó. Odiaba su postura soberbia y aquel modo de llamarme por mi apellido elevando el mentón, como si todo lo que quedara por debajo fuera porquería. A su lado había una morena espectacular, su rostro me sonaba de algo, pero no lograba ubicarla. Tal vez de alguna revista de moda, pues estaba claro que era modelo. Una sonrisa forzada tensó la comisura de mis labios. Kenan seguía sin soltarme y cuando apareció el bloguero, me agarró con más fuerza. ¿Qué eran esas confianzas? ¡A ver si resultaba que encima tenía complejo de pulpo! Aunque uno muy sexy «¡Para de pensar eso joder!». Estuve a punto de darle un manotazo al tentáculo y arrearle un empujón, con un golpe de mi cadera le dejaba fuera de combate seguro. «Contingencia Sarah,

respira», me dije.

—Lo ha sido. Una gran sorpresa —sentencié mordiéndome la lengua. Sind desvió la mirada hacia mí acompañante.

—¿Qué se siente señor Mackenzie al ser el primer y único hombre en ganar este premio y fichar con W Romantic Ediciones? —preguntó, en ese momento odiaba la sonrisa de hiena de Sind. La mano de Kenan se movió en una ligera caricia, como si intentara infundirme calma.

—Pues mucho orgullo de que una mujer como la señorita Alcántara, con sus claras convicciones y su trayectoria profesional, haya decidido que prime la calidad sobre el sexo del autor. Creo que ha sido un hito muy importante en la historia de la romántica, que haya decidido confiar en mí para romper las barreras sociales que envuelven este mundillo y haya aceptado de un modo tan natural, que un hombre forme parte de su editorial. Ya se sabe, que este es un género literario complejo para los hombres que intentan hacerse hueco en él. Hay editoriales que por el hecho de tener un pene entre las piernas, descatalogan tu obra sin tan siquiera darle una oportunidad.

—¿Pene? ¿Había dicho pene? —Ay Dios! Más carnaza para mañana. No pude evitar desviar los ojos hacia aquella parte de su anatomía que parecía altamente provista. «¡No le mires la polla!» Solo me hacía falta una foto, con mis ojos enfocando debajo de su sporrán. Kenan seguía con su discurso como un auténtico profesional, por lo menos no era un memo ni sufría de pánico escénico. Parecía un líder nato, alguien muy habituado a hablar en público ¿A qué se dedicaría? Seguí escuchándole con perturbación, estar relajada era imposible.

—Aquí se demuestra la grandeza de la señorita Alcántara y todo su equipo, que han hecho un ejercicio muy complicado de confianza y valentía. Pocas editoriales, habrían aceptado el riesgo que supone tener un autor masculino en sus filas, y ser el ganador del premio más importante al que se puede aspirar dentro de la editorial —afirmó.

¡Muerta! Me había quedado muerta. Tenía una voz grave y envolvente que en cuanto había oído, me había acariciado de cabeza a pies. Y sus palabras... ¡Joder! Si había pensado en recular en algún momento con lo que había dicho era imposible. No tenía más narices que aceptarle o aparecería en todos los medios como una homófoba. Aquel tipo se había metido a todo el mundo en el

bolsillo, las periodistas, booktubers, blogueras, editoras y demás mujeres que le estaban escuchando, lo miraban con adoración. Y los hombres no eran menos, estaba claro que le admiraban por haberse colado en mi editorial. Estaba atada de pies y manos, no tenía más remedio que aceptarle entre mis senos. «¡En mi seno!», me corregí mentalmente. Menos mal que no lo había dicho en voz alta, pero es que aquel movimiento de su dedo gordo sobre mi cintura, me estaba poniendo mala. Apreté los muslos instintivamente. ¿Podía ponerme cachonda delante de quinientas personas por un tipo que no debería ni existir? Estaba claro que sí, el aleteo de mi entrepierna así lo decía. ¡Menuda mierda!

—Y usted señorita Alcántara, ¿sabía que la novela estaba escrita por un hombre? —Ahí estaba la pregunta del millón. «Piensa con la cabeza Sarah y muérdete la lengua sin envenenarte».

—Pues lo cierto es que este año he seguido un nuevo criterio. No quise saber el género de los autores y simplemente me dejé llevar por las obras. El excelente trabajo del señor Mackenzie, es lo que le ha convertido en justo ganador de este premio.

—¿Eso quiere decir que W Romantic Ediciones abre las puertas a los autores de género masculino? —me preguntó de nuevo, sentía cómo me crispaba por momentos, Sínd lo hacía aposta.

—Eso quiere decir que W Romantic Ediciones busca obras excelentes, independientemente de quien las escriba —respondí. Inclino la cabeza, me tenía donde quería.

—Tal vez le haga llegar unos manuscritos entonces. Por cierto ¿conoce a la prometida del señor Mackenzie? Creo que pronto se van a casar, estaría bien una foto de los tres juntos ¿no le parece? —comentó y la morena subió entusiasmada, apenas me miró y se lanzó al cuello de Kenan, que no tuvo más remedio que soltarme y agarrarla para que no cayeran al suelo. La tiparraca le comió toda la boca, estaba claro que era la misma que del carmín rojo, él aún tenía restos en sus gruesos labios cuando subió al escenario.

Volvía a hervir de la rabia, aproveché para girar la vista y fijarla en mis queridísimas compañeras que cuchicheaban a mis espaldas. En cuanto Mar vio que las miraba les dio un codazo a las otras dos, se callaron al instante, podía oler el miedo que las hacía encogerse. «¡Ah, no eso sí que no!», aquello no iba

a quedar así, iba a caerles la del pulpo, por mentirosas y traidoras.

Hechas las fotos de rigor con el ganador, comenzó la parte que más odiaba. Fotografías con los premiados, con las autoras del momento, con los responsables de las editoriales... Acabé hasta el moño de tanta pose. Para rematar, la morena no se había despegado de Kenan y ahora no dejaba de parlotear a los medios sobre la ropa que llevaban, sus planes de futuro y no sé que más boberías, pues había dejado de escucharla. Era como un loro de circo, de esos que se aprenden la lección, odiaba a las mujeres como esa. Estaba claro que su mejor orgasmo lo provocaba una cartera repleta de billetes y una visa oro sin límite de gasto. Decidí interrumpir su momento de gloria, aquella mujer me caía como el culo, nada tenía que ver que fuera guapa, escultural, la prometida de mi autor y la que se lo follaba cada noche, mientras yo lo hacía en sueños... «Otra vez ese pensamiento, desde luego que se me había licuado el cerebro».

—¿Y tenéis fecha para la boda? —preguntaba una periodista que parecía encantada con la historia.

—Todavía no, pero será pronto, ahora estamos escogiendo el anillo de compromiso, ¿verdad Keni? —«¿Keni? ¿Y ella quién era Barbie?». Decidí interrumpir, estaba atacada con tanta ñoñería.

—Creo que ahora no es momento de hablar del futuro enlace del señor Mackenzie, estamos en los premios y ese tipo de información compete a su vida personal y no a la profesional, que es lo que nos concierne a todos. — Ella arrugó la nariz, estaba claro que no le interesaba que la relegaran a un segundo plano—. Si no les importa les agradecería que mantuvieran estos temas al margen. Ahora habilitaremos una zona para que el señor Mackenzie pueda firmar los libros que se les van a entregar, así que le esperan unas largas horas por delante —expliqué y mi autor le susurró algo al oído a la garrapata morena, que me miraba con cara de disgusto. Después bajó del escenario con la ayuda del carroñero de Sind. Estaba claro que el bloguero estaba dispuesto a echarle una mano o tal vez las dos. Kenan me tendió el brazo y a mí se me erizó todo el cuerpo, al pensar en agarrarme a él.

—Usted dirá donde debo ponerme —dijo y aquellos ojos negros me recorrieron, para bañarme en algo caliente y muy oscuro. «¿Por qué me tenía que sentir así?». No podía dejar de pensar en todo lo que había hecho con ese hombre las últimas tres noches, era una tortura. Era pensar en aquella barba de

una semana enterrándose en mi zona íntima y...«¡Joder, joder, joder! ¿Estaba sonriendo como una boba?»—. Por cierto soy Kenan Mackenzie, tengo la sensación de que no nos hemos presentado —me comentó.

¿Era posible que se me hubiera desencajado la mandíbula y yo no me hubiera dado cuenta? Así era como me sentía, aunque estaba claro que para mi suerte no había abierto la boca como una lela, solo me hacía falta que me entrara una mosca y me la tragara. Me aclaré la voz como pude.

—Soy Sarah Alcántara, para usted señor Mackenzie soy la señorita Alcántara —afirmé. Necesitaba remontar, marcar distancias para que no viera los estragos que causaba en mí. Era lo más seguro para ambos.

—Por supuesto señorita Alcántara, a mí puede llamarme simplemente Kenan, no soy amante de los formalismos.

—¿Y de qué es amante señor Mackenzie? —pregunté tomándole del brazo. «¿Había dicho yo eso?», él parecía divertido ante mi osadía y yo no podía dejar de juntar el ceño, sin creer que algo así hubiera salido de mi boca. A este paso me iba a salir una arruga enorme, que mis caras cremas no iban a poder mitigar.

—¿Está segura que quiere que le responda a esa pregunta? —respondió burlón y me encogí de hombros.

—Solo trataba de ser amable, no se preocupe, será mejor que vayamos dónde le esperan —contesté dando un paso, pero él me detuvo apretando la mano que estaba apoyada en su musculoso bíceps. El pulso se me disparó y no pude evitar mirar de nuevo, aquellos estanques negros donde me reflejaba. «¿Tenía yo esa cara de idiota?» Me sentía abochornada, ese hombre era terriblemente peligroso para mi raciocinio.

—Soy amante de todo aquello que despierte mi placer señorita Alcántara, ¿y usted? —«¡Qué calor por Dios! ¡Necesitaba beber algo con urgencia!». No podía quedarme atrás, era la bruja Alcántara y parecía más bien una *apollardá*, como decía Jud.

—A mí también me gusta mucho el placer señor Mackenzie —alegué pues si pensaba que me iba a amedrentar, lo llevaba claro—, pero aquí estamos por negocios así que, deje de sonreírme y mueva su bonito trasero hasta la mesa de firmas que está justo allí delante —dije seca y él desvió la vista para ver dónde le señalaba—, creo que es capaz de ir solo hasta allí, no tiene pérdida.

Dentro de un momento irá una de las chicas para sentarse con usted —terminé de decir. Parecía la mar de divertido y yo estaba demasiado acalorada.

—¿Cree que tengo un bonito trasero? —«¿De toda la conversación se había quedado solo con eso?»—. Eso podría considerarse acoso laboral “jefa” —alegó y yo enrojecí de pura ira, aquel insolente estaba tonteando descaradamente conmigo ¿qué diría su prometida?

—Era una forma de hablar por no decirle que mueva su culo de una puta vez y que se siente en esa jodida silla. Si le gusta más el vocabulario soez, le garantizo que tengo un amplio repertorio. No me caliente, no me gusta que me impacienten, si va a trabajar para mí deberá acostumbrarse a mi carácter y a que le dé órdenes. Tengo muy poca paciencia señor Mackenzie —repliqué mordaz. Kenan se apartó tomando mi mano, para presionar sus labios allí donde latía mi desorbitado pulso.

—Será un placer complacerla y estar a sus órdenes “jefa” —dijo remarcando aquella última palabra. ¡Era un seductor! ¡Un puñetero seductor! ¡Y tenía pareja! Odiaba los tipos que traicionaban a su pareja por muy odiosa que esta fuera, así que conmigo lo llevaba claro. Además ya se sabe que no es menester, mezclar el trabajo con el placer. Kenan Mackenzie para mí estaba vetado. Le tendí un bolígrafo para que pudiera firmar, la gente había bajado y solo estábamos él y yo.

—Lo necesitaré para las firmas, sea escueto, si no quiere terminar con dolor de muñeca. —Los dedos me temblaban cuando le entregué el bolígrafo. Era tal mi desconcierto, que se me cayó cuando los suyos acariciaron los míos, otro foganazo como si me hubiera abrasado. Con una tranquilidad pasmosa me miró, se dio la vuelta se agachó poniendo su trasero en pompa y «¡Dioooooooooos!» di un grito sin poder evitarlo. Un montón de ojos se clavaron en mí desconcertados, intenté disimular como pude. «¡El muy jodido no llevaba calzoncillos! ¡Acababa de ver una esplendorosa luna llena con un cohete a punto de despegar y dos satélites muy cercanos a la nave!»». Miré a un lado y a otro, para comprobar que nadie había visto el espacio sideral como yo. Al parecer había sido la única en contemplar aquellas vistas tan privilegiadas. Mi blanca piel, había adquirido el color de las cerezas maduras. Kenan se levantó volteándose hacia mí, como si nada hubiera ocurrido.

—¿Se encuentra bien señorita Alcántara? La veo un poco acalorada

—«¿Acalorada? ¿Acalorada yo?» ¡Estaba en el maldito infierno por culpa de esas tres brujas y me las iban a pagar! Intenté recomponerme de nuevo, iba a borrar aquella imagen, no podía pensar en el viaje astral que acababa de hacer, hacia las partes nobles de mi nuevo fichaje. Entorné los ojos y casi escupí las palabras.

—Espero que ir con falda y el culo desnudo no sea su *modus operandi* señor Mackenzie, Dios nos proteja de que haya una inusual ventolera y les enseñe a los invitados la polla entera —gruñí. Él soltó una carcajada ante mi comentario poco convencional. Pero es que estaba completamente fuera de mí —. Por cierto, recuerde que cuando se lleva falda hay que cruzar las piernas, no vayamos a tener un disgusto.

—Lo tendré en cuenta —dijo divertido. Debía hacerle una gracia terrible, pues aquel fastidioso hombre no dejaba de mostrar su perfecta sonrisa—. Si me disculpa voy a ir a firmar, tengo una jefa un poco tirana, si me ve hablando demasiado tiempo con una pelirroja tan guapa y sexy como usted se puede enfadar. Por cierto gracias por el consejo, intentaré salvaguardar mi intimidad. —Aquel descarado me guiñó un ojo y bajó del escenario bamboleando el trasero.

En cuanto bajó, encendí mi radar para encontrar aquellas tres malditas arpías que me habían metido en aquel embrollo, pero parecía que se las hubiera tragado la tierra. Fue poner un pie en el suelo y un alud de gente interesada en saber más del nuevo escritor, vino a por mí. El escenario, fue tomado por la orquesta que habíamos contratado dando paso al baile.

Algunos invitados como Sind y la prometida de Kenan salieron a la pista, parecía que aquel par habían congeniado más que bien. «Dios los cría y ellos se juntan», está claro. En mi círculo estaba Lena Valenti, Tania Lighling-Tucker, Anabel García, Megan Maxwell y Esther Escoriza.

—Serás bribona —me soltó Anabel— ¿De dónde has sacado esa joya?

—Eso, eso, cuenta —me azuzó Lena— ¿Os habéis fijado en su sporrán?

—Creo que en su sporrán es en lo que menos se ha fijado Sarah, creo que ese Highlander tuyo o bien es músico o bien es guerrero —comentó Esther dando un trago a su copa de cava.

—¿Cómo dices? —no sabía a qué venía aquello. Megan sonrió ante su observación.

—A que lo que asomaba bajo su falda o era una buena gaita o una gran espada. —Todas se echaron a reír, mientras yo enrojecía sin saber muy bien porqué, bueno sí que lo sabía. Si alguien le había visto la espada esa había sido yo—. Cuando ha subido al escenario juraría que le he visto el culo, ¡ese escritor tuyo no lleva calzoncillos! —exclamó Megan. Menuda vista de águila tenía.

—¿Estás segura? —inquirió Tania ajustándose las gafas.

—¡Os garantizo que le he visto una nalga y menuda nalga! Mackenzie está macizo —se abanicó con la mano—. Ese hombre podría haber sido cualquiera de mis laird —dijo Megan. «¡Pero era el mío!»), iba a acabar loca, mi mente estaba claro que se cortocircuitaba con ese hombre—. Y cuando tomó a Sarah por la cintura, os aseguro que alzó el estandarte de su clan, casi pude leer “Luceo non uro”

—Me he perdido... —Anabel la miraba atentamente bajo sus gafas de pasta azul a juego con su increíble vestido de Valentino.

—Pues que se ha puesto todo palote cuando se ha arrimado a Sarah —explicó. Estaba claro que no me iba a quitar el sonrojo en toda la noche. Todas me miraban complacidas.

—¿Y qué significa lo que has dicho de Luce el culo? —inquirió la pelirroja.

—¡Luce el culo, no! —exclamó divertida— Luce non uro, era el lema de los Mackenzie, significa yo brillo, no me quemo y su símbolo es una montaña en llamas.

—No me extraña que el chiquillo esté en llamas y no creo que ninguna ponga en duda que es una montaña, el tío está como quiere. Creo que está claro que brilla y que a Sarah no le importaría que su montaña la hiciera arder. —Más carcajadas. Las ocurrencias de Anabel no tenían límites.

—Ojú chiquilla, parad ya que la pobre Sarah se está encendiendo como las hogueras de San Juan y no precisamente por el color del pelo —dijo Tania que tenía buena intención, pero estaba claro que no podía calmarme de modo alguno. Todas me miraban divertidas, menos mal que había confianza.

—No digáis más tonterías, estoy roja porque aquí hace mucho calor, además el señor montaña en llamas tiene pareja y yo no tengo ningún interés en

arder en ella.

—Pues serás la única, dudo que haya una sola mujer en esta sala que no quisiera arder con él —aseguró Lena clavando sus ojos verdes en mí, como si pudiera sonsacar lo que realmente me apetecía hacer con el señor Mackenzie.

—Pues yo no y si me disculpáis, voy a buscarme un whisky con hielo y echar mano a mis chicas, se están escondiendo, pero os juro que las voy a pillar y cuando lo haga, desearán no habérmela jugado así.

—¿Entonces es cierto? ¿No sabías que tu ganador era un hombre? —Esther parecía sorprendida, negué y todas se asombraron—. Pues entonces no me extraña que se escondan, con la mala leche que calzas cuando algo se sale de tus parámetros.

—¿Crees que tener un hombre en mis filas es un simple parámetro Esther? —pregunté incisiva, ella elevó los hombros.

—No seas exagerada —dijo Lena—. Yo escribo con Valen y si la obra es buena, a mí no me importa que haya un hombre tras ella, eso es una tontería. Porque... ¿La obra es buena?

—Excelente —respondí tajante.

—Entonces no te la han jugado, te han hecho un favor, conociéndote jamás la hubieras leído y tu editorial se habría perdido un gran libro. ¿No es así? —Asentí a regañadientes.

—Pero no está bien lo que han hecho, han traicionado mi confianza.

—Hombre, yo creo que más bien, lo que han hecho contigo es un ejercicio de confianza, como cuando te vendan los ojos y te empujan, para que tus amigos que están detrás te recojan antes de que te des la hostia de tu vida —Anabel se tiró hacia atrás representando el ejercicio, mientras las otras tres la cogían antes de que se diera un guarrazo contra el suelo. Solo me faltaba que una de las autoras más importantes del país se descalabrara en mi fiesta—. Ellas solo te han vendado los ojos, confiaban en el proyecto y sabían que solo te faltaba un empujón. Tú diste el visto bueno final, así que no te traicionaron, simplemente te dejaron elegir eliminando los prejuicios de tu mente —argumentó. Visto de aquella manera, tal vez Anabel tuviera razón. ¡Qué lista era aquella pelirroja! Si es que estaba claro que el pelo era un nexo de unión incombustible.

—Pero eso no quita que esté enfadada como una mona y que vayan a recibir la bronca de su vida —dije. Aunque estaba algo más relajada tras su discurso, el disgusto no me lo quitaba nadie.

—Anda ve a por tu trago y echa un ojo a la fila de personas que rodean a tu nueva estrella. El tipo brilla y además te defendió ante todos en ese escenario, si encima escribe como los ángeles ¿de qué te quejas jodía? —comentó Lena. Eché un vistazo a Kenan y mi sexo se contrajo mil veces en un segundo. De eso me quejaba, más que de todo. Nunca un hombre me había atraído tanto como ese y el lunes, iba a largarme un maldito mes a promocionar la novela con él por toda Escocia. ¿Cómo iba a aguantar sin tirármelo? Estaba segura que moriría por combustión instantánea. Ya podía llevarme a Fredo o no iba a sobrevivir.

—Disculpadme, creo que acabo de ver a mi aquelarre oculto en aquel rincón —les señalé una esquina de la barra, donde mis chicas trataban de ver sin ser vistas. «¡Demasiado tarde, os cacé!»». Me lancé de cabeza a por ellas, abriéndome paso entre la marea de gente. Cuando estuve justo detrás exclamé: —¡Vosotras, malditas zorras, seguidme! —Echaba chispas por los ojos, Mar estaba a punto de echarse a llorar—. ¡Y tú! —el camarero me miraba con los ojos fuera de las cuencas—, ¡ponme un whisky doble con hielo ya! —al pobre chico le faltaron piernas para servirme. Cogí el vaso y me llevé a las chicas a un lugar más privado, al almacén donde teníamos guardados los libros y el material que íbamos a usar en la fiesta para los invitados.

Entraron en fila india antes que yo. Marge se puso la primera, frente a mí, intentando parar el golpe. Me miraba firmemente esperando que le cayera todo el chaparrón a ella y dejara en paz al resto. Me bebí del tirón la copa y la solté sobre una caja.

—En su defensa alegaré que yo fui la artífice de todo, ellas no querían y yo las convencí, así que si hay que despedir a alguien, esa soy yo —alegó Marge, que parecía Ana Bolena a punto de que le cortaran la cabeza.

—Como no, mamá gallina sale en defensa de los pollitos que no han hecho nada, ¿verdad chicas? —Mar temblaba como una hoja y los ojos eran dos estanques.

—No la mires así Sarah, la vas a hacer llorar y lo sabes —saltó Jud en su defensa.

—¡Tú cállate hija de Satán! ¡Un tío, un maldito tío! ¡Me habéis metido al enemigo en casa!

—Pues al enemigo bien que le dejas entrar entre tus piernas cuando te pica —contraatacó Jud.

—¡Claro, a ti como te gusta el marisco no te importa que ahora entre una cigala! ¡Eres una hipócrita Jud!

—¿Yo soy una hipócrita? Creo que la una impostora eres tú —estaba casi tan encendida como yo, mientras las demás callaban y observaban—. Te las das de feminista, de que los tíos son de usar y tirar y en lo que te has convertido, es en una hembrista. ¡Te estás volviendo loca Sarah!, estás anteponiendo algo ridículo como es el sexo del autor, a la calidad de la obra. ¿Cuál es el motivo de tu desprecio hacia los hombres? ¡Nunca nos lo has contado! Te los follas y los deshechas como si no sirvieran para nada más, sin embargo no importa ser hombre o mujer, lo que prima es ser persona y en nuestro caso, contratar escritores con talento. Kenan Mackenzie tiene un gran talento y una gran polla entre sus piernas, ¿y qué? ¡Tú tienes las tetas enormes y nadie te dice nada!

—¡Qué mis tetas son enormes ya lo sabéis todas! ¡Al igual que mi culo y mi carácter del demonio! ¡¿Pero cómo narices sabes que Kenan tiene la polla grande?! —exclamé. Las tres me miraron como si me hubiera salido un enano gigante en la cabeza, se miraron y estallamos en una enorme carcajada. Mar se deshacía en lágrimas, entre la risa y la congoja.

—No quiero que me despidas Sarah —decía hipando—, a ninguna de nosotras, te queremos, de verdad que no lo hemos hecho con maldad, la obra era buena y la necesitábamos. —Lo cierto es que tenían razón. Yo tampoco tenía muy clara, a qué se debía mi animadversión hacia el sexo opuesto, nunca me había pasado nada extraño, tampoco me había planteado nunca el porqué. Lo había asumido y formaba parte de mí, sin más. «Hay gente que tiene fobia a las arañas y yo a trabajar con hombres o a mantener relaciones sentimentales con ellos», no había más. Tal vez me hubieran hecho un favor al fin y al cabo, a ver cómo lo gestionaba ahora. Abrí los brazos y suspiré, lo cierto era que jamás iba a encontrar un equipo de mujeres tan válido como aquel, ni con tanta visión, ni con tanta franqueza. Estaba claro que lo habían hecho por el bien de la editorial y, aunque me reventara tener a un hombre en el equipo, ya estaba hecho—. Venid aquí brujas mías —las cuatro nos abrazamos.

—No quiero que esto sienta un precedente, pero tenéis razón y lo siento.

—¡Alabado sea el señor! —exclamó Mar.

—Este asunto se me ha ido de las manos y como dice Jud, mi feminismo extremo se ha transformado en hembrismo, cuando no debería ser así. Lo siento chicas, tenéis razón. Kenan tiene una gran polla y merecía ganar. — Todas reímos de nuevo.

—¿Viste como se le izaba el paquete cuando te agarró de la cintura? Está claro que a ese tipo le gustas —aclaró Marge.

—¿Es que todas os fijasteis en lo mismo? —rezongué.

—Como para no verlo, si parecía un truco de magia... Nada por aquí, nada por allá, una tienda de campaña aparecerá. Y plof la faldita comenzó a levantarse, frente a un público completamente maravillado.

—¡Cómo salga eso en la prensa lo mato! —aseguré. Volvía a estar roja.

—No creo. El resto del mundo estaba pendiente de tu cara y de si te desmayabas de nuevo, creo que hasta hicieron una porra. En su truco de magia nos fijamos las que ya te conocemos, que desviamos la atención hacia lugares más entretenidos... —comentó Marge, sus gafas habían resbalado por el puente de su nariz, haciendo que me miraba por encima de ellas.

—¿Y ahora qué haremos? ¿Todo sigue igual? —Eso sí que no, ellas merecían un escarmiento igual de grande que mi sorpresa, así que ahí iba la bomba.

—De eso nada, para que conservéis el puesto de trabajo va a haber una cláusula —aclaré y todas abrieron mucho los ojos.

—¿Qué cláusula? ¿Vas a bajarnos el sueldo? —preguntaron, moví la cabeza negando.

—Os venís todas a Escocia conmigo y sino, estaréis todas despedidas.

—¿Cómoooooo?

—Si os creéis que me vais a dejar sola con míster mástil desenfrenado, lo lleváis claro. Ya podéis ir despidiándoos de vuestros, novios, novias y maridos o id presentando vuestra carta de renuncia. O venís a Escocia conmigo o ciao ciao pescado —sentencié. Sabía que más que un castigo era un

premio. Todas estaban locas por venir de viaje, así que se pusieron a gritar como crías celebrándolo. ¡Tiembra Escocia!, el país celta no lo iba a tener nada fácil con nosotras en sus tierras.

8 CAPÍTULO (KENAN)



No estaba muy seguro de cómo actuar ni de qué pensar. Sarah Alcántara era la viva imagen de mí Ciara, la mujer de mis apariciones, el amor de mi vida en aquel libro y con la que me estaba acostando en mis sueños más tórridos desde que comenzaron. ¿Era eso posible? Tal vez hubiera visto su hermoso rostro y su espectacular cuerpo en alguna entrevista o publicación. Quizás inconscientemente, mi cabeza había guardado su imagen en el subconsciente, para después grabarla a fuego en mi cerebro.

Cuando estaba llegando al escenario, alcé la vista y la vi, no pude contener el tumulto de emociones que me arrollaron como un tren de alta velocidad. A mí y a mí mini yo, que no había podido resistirse ante la visión de la pelirroja. No haberme puesto ropa interior había sido un total desacierto, pues no podía disimular la excitación que me causaba estar a su lado y tocar su cuerpo. Había sido un suplicio, desde el momento que capté aquel sutil aroma a brezo y lavanda, mientras tenía su suave figura pegada a mí. Solo podía pensar en tumbarla en el suelo como un animal y enterrarme en su sedosa intimidad.

¡Iba a ser mi jefa por Dios! Pero eso no parecía importarle a mi otro yo,

que se alzaba insolente buscando sus atenciones. Esa mujer era la tentación hecha mujer. Unos suaves rizos pelirrojos estaban recogidos en lo alto de su cabeza, dispuestos para tentarme, solo podía pensar en meter mis dedos en aquella hoguera, deshacerle el peinado y masajearle el cuero cabelludo, para que gimiera con deleite.

Después estaba aquel rostro, gruñí ante tanta perfección. Tenía unos enormes ojos azules que invitaban a adentrarte en ellos, una nariz respingona e insolente que elevaba, cuando algo no le gustaba y una boca mullida, hecha para ser besada. Estuve tentado a acariciarle el rostro, bucear en la dulzura de su boca, mientras aquel cuerpo de afrodita se pegaba al mío. Era escultural, había muchos hombres a quien las mujeres con curvas no les atraían. A mí me fascinaban, si bien era cierto que Brigitte no tenía un cuerpo generoso, las mujeres como Sarah son las que siempre me habían llamado la atención.

Tenía un pecho que era difícil no ver, encima lo potenciaba con un escote profundo que lo ensalzaba impudicamente. Un sudor frío recorría mi espalda, pues no podía evitar que mis ojos se desviaran hacia allí una y otra vez, imaginando mi cara enterrada en ellos, devorándolos, mordiéndolos, succionándolos mientras sus erectos pezones se rozaban con mi lengua. Otro brinco de mi entrepierna, me avisó que debía cambiar el rumbo de mis pensamientos, pero bajar hacia abajo no fue de gran ayuda. Su cintura era minúscula y se ampliaba con gusto en unas nalgas imponentemente redondas. Quería tenerla desnuda, a cuatro patas, separar aquellos globos gemelos, mientras me hundía en su cueva húmeda, lista para mí. ¡Joder a ese paso me corría en el escenario! Solo me faltaba eso, regar a los de las primeras filas con mi simiente. ¡Menudo espectáculo!

Intenté que la sangre, hasta ahora concentrada en la mitad sur de mi anatomía, volviera a mi maltrecho cerebro. Intenté por todos los medios pensar en otra cosa, en lo que había leído sobre la editorial, en que la señorita Alcántara odiaba a los hombres o por lo menos eso decían. Pero no pude obviar el calambrazo que me sacudió en cuanto la toqué, ni tampoco en como ella se tensaba y su respiración se agitaba. Estaba claro que yo tampoco le era indiferente.

En cuanto nuestros ojos se encontraron por primera vez, sus pupilas se dilataron y se desmayó. Aunque estaba convencido, que eso había ocurrido porque no sabía que su ganador tenía pene. Aun así, vi el interés en su mirada,

la sorpresa y el deseo dominando aquellos ojos azules, que casi se habían vuelto negros de deseo contenido.

La prensa no dejó de hacer fotos hasta que apareció aquel imbécil de Sind, no podía con ese tío. Me puso enfermo cómo miraba a Sarah y el veneno que destilaban sus preguntas, así que en contra de lo que yo imaginaba que iba a ocurrir aquella noche, solo pude hacer una cosa, defender lo que era mío. «¡Mía!», así era justamente como la sentía y, aunque sabía que era una locura, no podía dejar de repetirlo en mi cabeza.

Cuando Sind anunció que estaba prometido, casi me lanzo a partirle la boca. ¿Quién coño era él para inmiscuirse en mis asuntos? Brigitte apareció en escena subiendo donde yo estaba agarrado a Sarah. Mi prometida saltó como un jaguar, marcando territorio comiéndome la boca. Tuve que soltar a Sarah y recibir las atenciones de Brigitte, aunque fuera lo que menos me apetecía en aquel momento. Con las ansias de protagonismo de mi novia, era impensable que actuara de un modo discreto, cuando estuvo satisfecha se dio la vuelta para dar una rueda de prensa o eso parecía. Tuvimos que aguantar su diatriba sobre el compromiso, la ropa que llevábamos, nuestros planes de futuro, etcétera. Miré de reojo a Sarah, que parecía indignada ante la estrella invitada. ¿Podían ser celos lo que se había instalado en sus ojos? Sabía que era imposible, Sarah no podía sentir nada por mí, pero la idea me calentó. Estaba claro que lo que no le gustaba, era el comportamiento fuera de lugar de Brigitte y se lo hizo saber. No tuvo demasiado problema en ponerla en su sitio e invitarla a bajar. Mi prometida se disgustó, pero no le quedó más remedio que retirarse dejándome a solas con la culpable de mi desasosiego.

Nuestro intercambio de palabras fue breve, pero intenso. Estaba claro que estaba disgustada y desconcertada, que era una mujer dura que no se amedrentaba ante nada ni ante nadie. Sentirla tan intensa me ponía más cachondo, que verla desnuda. Tenía una lengua mordaz que estaba deseando saborear, aunque no en la dialéctica, sino en mi boca y deslizándose en una parte muy sensible de mi anatomía.

Jugué con ella, la tanteé, la puse tan nerviosa que cuando me tendió el bolígrafo supe qué tenía que hacer, lo dejé caer intencionadamente, parecía que se le hubiera caído a ella, pero no fue así. Después me agaché con descaro mostrándole las joyas de la corona y desde luego que no se quedó indiferente. Volvía a estar agitada y a mirarme con anhelo, el mismo que sentía yo por

someterla bajo mi cuerpo. Esa mujer era puro fuego y yo quería arder con ella en el mismísimo infierno.

«Kenan ella es tu jefa, estás prometido con otra o más bien te acaban de echar una soga. No puedes pensar en tirarte a tu jefa. No está bien». Ahí estaba mi conciencia, intentando evitar males mayores.

Acababa de ganar uno de los premios más prestigiosos de romántica del país y solo podía imaginarme, con la cabeza entre sus muslos. Estaba claro que necesitaba tomar distancia. Después de jugar un buen rato al gato y al ratón, decidí hacerle caso e ir a mi rincón de firmar, al fin y al cabo era lo que debía hacer allí. Durante las tres interminables horas que duró aquel calvario de las firmas, no pude evitar que mis ojos la buscaran y la encontraran una y otra vez. Era magnética, la vi reír, enfadarse, dialogar y lo peor de todo, tontear bailando con otros hombres. Tenía un mosqueo terrible. Sabía que Sarah no me pertenecía, pero ver a otro tocándola y apretándose a su voluptuoso cuerpo, me cegaba de ira.

Me levanté dando por concluida la firma. Como un autómata fui hacia la pista, ella y el capullo de Sind estaban en un rincón alejados de la vista de la mayoría. El bloguero estaba completamente pegado a ella, sus manos bajaban peligrosamente por su espalda, mientras que su boca salía al encuentro de su oreja para apresarla en sus labios. Sarah se apartó bruscamente de él. La canción estaba a punto de terminar y yo lo veía todo rojo.

—Te he dicho que me sueltes —le increpó Sarah—, has cruzado el límite Sind.

—Pues bien que te gustó cruzarlo conmigo el año pasado pelirroja. —¿El año pasado? ¿Qué había pasado el año anterior?

—Tú lo has dicho, el año pasado y fue una sola vez. Creo que te dejé bien claro que nunca más iba a ocurrir nada entre nosotros —replicó Sarah muy indignada, el bloguero intentó agarrarla de nuevo y ella soltarse. Le tomé del hombro.

—Disculpa, creo que la señorita Alcántara te ha pedido que la sueltes —dije, él volteó la cara hacia mí, mirándome de arriba abajo con desprecio.

—Tú no te metas falditas, es un asunto entre Sarah y yo.

—¡No hay ningún asunto entre tú y yo! —exclamó Sarah temblando de

cólera, estaba claro que aquel tipo había bebido.

—No me decías lo mismo cuando follamos en aquel palco, ¿se lo has contado a tu fichaje estrella? Tu jefa folla de vicio, tal vez te deje que la pruebes o tal vez, tengas el privilegio de que se meta bajo tu falda y te la chupe —arguyó. No lo pude evitar, mi puño impactó directamente contra su perfecto ojo. Por suerte en aquel rincón estábamos alejados de la multitud. — ¡Pero qué coño haces imbécil?! ¡Tú no sabes quién soy!

—Sí un completo capullo, que ahora mismo se va a disculpar si no quiere acabar como un oso panda —le escupí. Sind hervía de indignación. Estaba claro que no quería disculparse, pero no le quedaba otra si no quería salir con los pies por delante de aquel lugar, estaba claro que tonto no era y estaba evaluando sus posibilidades. Finalmente dio su brazo a torcer y se giró hacia Sarah.

—Lo lamento Sarah si he sido grosero, se me ha ido de las manos — claudicó. Ella apenas le miraba.

—Ahora será mejor que te largues de la fiesta, no quiero volver a verte por aquí —contestó Sarah. Sind me miró con odio. Primer día y ya me había canjeado un enemigo con mucho poder en las redes. ¡Genial! Intenté acompañar la respiración. Sacudí el puño abriéndolo y cerrándolo. Le había dado un buen golpe. Hacía mucho que no me metía en una pelea fuera del ring. En el gimnasio, era el único lugar donde permitía dar rienda suelta a mis puños.

—¿Estás bien? —me preguntó Sarah bastante turbada. ¡Me había tuteado! Si aquello servía para que me hablara de tú a tú, merecía la pena. ¡Dios, me ponía como una moto!

—Nada que algo de hielo no solucione, ese tipo tenía la cara muy dura — repliqué y ella sonrió.

—Y el ojo muy negro —aseguró y me tomó de la mano rozando mis nudillos, mandando una nueva descarga a mi entrepierna.

—Gracias —susurró. Torcí la sonrisa restándole importancia.

—No puedo con los imbéciles.

—Yo tampoco —dijo. La canción había terminado y comenzó a sonar *Me gustas tanto* de Maluma.

Bailar era algo que siempre se me había dado bien, así que no podía desaprovechar la ocasión, mientras Sarah había bajado la guardia. La tomé por la cintura y comencé a moverme agarrado a ella. Parecía sorprendida, pero no se negó. Nos dejamos llevar por los ritmos latinos de aquella sensual canción.

*Día y noche ando pensando en ti.
algo en la vida me señala que eres para mí.
Es imposible poder describir,
de igual manera estoy seguro que te pasa a ti.*

Sus ojos me buscaron y yo caí rendido ante su mirada azul. La orquesta había versionado la canción a una mucho más salsera, que me permitía bailar agarrándola y moviéndola a mi antojo.

*Y tú me gustas tanto,
de una manera poquito anormal.
Y aunque no me creas,
con hechos te voy a demostrar.
Tú me gustas tanto....
Y aunque no me creas,
esta noche te voy a enamorar.*

Acerqué mi boca a su oído y comencé a tararear la letra, mientras mis piernas se abrían paso entre la abertura delantera de su vestido. Sentir su sexo frotándose contra mi muslo desnudo, me hizo gruñir y ella no parecía mucho mejor que yo. La tomé de las caderas para incrementar el ritmo de su pelvis sobre mi pierna. Sus labios se habían abierto incitando a los míos, a calmar la sed que los asolaba.

*Yo sé bebé,
que te emocionas cuando ves esa llamada en tu cel,
y sé también... lo nerviosa que tú te ves
cuando te paso a recoger.*

Era demasiado tentadora, no podía frenar el impulso de comerle la boca, así que le di la vuelta pasando sus manos por mi nuca, encajando mi erección en su trasero. Estaba completamente abandonada. Ese ángulo, me permitía ver su generoso escote a punto de desbordar. Tomé el aire de su cuello, rememorando aquel aroma a flores que me enloquecía. Sus dedos me acariciaban el pelo, enroscándose y tironeando de él. Subí las manos de su cadera hacia la parte baja de su busto. Me ardían los dedos por la necesidad de sacarlos de su confinamiento, exponerlos y pellizcar aquellos hermosos pezones que se dibujaban erectos bajo el vestido.

*Dime niña, que si conmigo,
estás tranquila y si te atreves,
yo te complazco en lo que quieras,
pues tú bien sabes,
que aquí me tienes.*

Ardía de necesidad, quería sentir su carne contra la mía. La volví a girar y a encajar en mi muslo. Estaba abandonada, ahora no hacía falta que yo la moviera, ella misma ejercía la presión que necesitaba encima de mí. Estaba húmeda, caliente y a punto de estallar. Se frotaba arriba y abajo, haciendo unas ondas y unos ruiditos muy calientes con su boca. Era mi Eva y yo su Adán, la serpiente estaba entre mis piernas empujando como una loca, para mordisquear el jugo de aquella manzana. «Mmmmm, ¡joder que buena estaba!».

Puse las manos en sus nalgas presionando hacia abajo para intensificar el placer que cubría su mirada. Estaba tan cerca del paraíso. Podía sentirla, su sexo reclamaba el mío, su cuerpo me llevaba al límite de la cordura. Tenía la pared tan cerca, que di un paso llevándola conmigo para encastarla y que siguiera frotándose a su antojo.

*Tú me gustas tanto,
de una manera un poquito anormal.
Y aunque no me creas,
con hechos te voy a demostrar.
Tú me gustas tanto...*

*Y aunque no me creas,
esta noche te voy a enamorar....*

La tenía justo donde quería, mi entrepierna estaba desnuda y ella muy mojada. Podía apartar su ropa interior y hundirme en ella simulando que seguíamos bailando, mientras la follaba en una sala repleta de personas. Pensarlo me ponía a mil. No había nada que me gustara más en ese momento. No hablábamos, solo nos sentíamos el uno al otro. Sabía que aquello no estaba bien, pero no podía comportarme de otra manera. Clavé con fuerza la rodilla y entonces sucedió... Sarah gimió con fuerza, su frente se enterró en mi cuello, mientras se sacudía y se corría encima de mí. ¡Joder iba a follarla, a hacerla mía. No podía más! Metí la mano entre nuestros cuerpos para apartar su ropa interior, sus jugos resbalaban por mis dedos, los interné en su vagina sintiendo aquellos espasmos de placer que los envolvían. A ella había dejado de importarle quién era yo y dónde estábamos, estaba claro que no podía pensar, solo actuar. Sonaban los últimos compases de la canción. Yo estaba más que listo para la acción.

—¡Keni! —La voz estridente de Brigitte sonó demasiado cerca, saqué la mano como pude e intenté recomponerme como si siguiéramos bailando —¡Ay estás aquí! —dijo dando un gritito—. Me pareció que eras tú, pero no estaba segura. —Sus dedos golpearon mi hombro, mientras yo miraba a la bella mujer que se estaba recuperando tras el apoteósico orgasmo. Me aclaré la voz e intenté darle la intimidad necesaria, para reestablecerse de aquella intensa experiencia. Me di la vuelta para protegerla, cubriéndola con mi cuerpo le confería una mayor protección. Tenía una erección de caballo difícil de disimular, así que solo pude colocar mis manos delante para disimular.

—Hola Brigitte —saludé torciendo el gesto, no me había gustado nada la interrupción. Ella tomó mi rostro y me besó. ¡Qué situación más incómoda! Intenté que fuera breve, sin embargo un ligero carraspeo a mis espaldas, me indicó que mi nueva jefa no estaba muy conforme con aquello. Le separé las manos de mi cara dando por finalizado el beso.

—Disculpad, si necesitáis seguir con vuestros arrumacos aquí cerca hay un hotel. Antes dejadme salir, no me gusta el porno en vivo —soltó con veneno. Cualquiera lo diría, si la hubiera visto unos instantes antes. Brigitte sonrió ante

la voz que salía a mis espaldas.

—Ay lo siento, no me había fijado que estaba ahí señorita Alcántara, pensaba que mi Keni bailaba solo. ¿Se mueve muy bien verdad? Es tan sensual, las mujeres caen rendidas a sus pies con ese movimiento sexy de cadera, es orgásmico —le explicó. Me sentía muy incómodo, pero al parecer mi jefa lo estaba más. Nos apartamos y ella salió con cara de pocos amigos.

—Si usted lo dice. —Brigitte se le acercó como si jamás hubiera roto un plato.

—Oh sí, se lo garantizo, en una fiesta de la universidad, en un local bastante oscuro lo pasamos en grande en un rincón como ese ¿verdad cariño? —comentó y me tomó las manos llevándolas a sus labios para besarlas. Pero entonces arrugó la nariz— ¡Ay Keni, deberías haberte lavado las manos, tus dedos huelen a las gambas de la comida! —Sarah enrojeció y yo quise torturarla. Me llevé los dedos que habían viajado a su interior a mis labios y los saboreé. Ante una estupefacta Sarah.

—Tienes razón Brigitte y saben extraordinariamente bien, aún tienen ese regusto a mar que me vuelve loco —aclaré sin apartar los ojos de ella hasta que sacudió la cabeza y dándonos un empujón lateral se apartó.

—Si le gusta tanto el mar señor Mackenzie, delante suyo tiene una buena ostra. Disfruten del fin de semana, el lunes le quiero a las ocho en punto en la editorial con la maleta hecha para un mes, firmaremos el contrato y nos marcharemos.

—¿Y yo puedo ir? —preguntó Brigitte. Ambos respondimos al unísono.

—¡No! —y ella puso morritos.

—Pero si no molestaría, os podría ayudar en la promoción.

—Disculpe señorita, pero es un viaje de trabajo, no permitimos que vengan las parejas, así que ya le verá a su regreso. Tienen hasta el lunes para despedirse —afirmó. Brigitte la miró desafiante y acarició mi entrepierna.

—No se preocupe, va a ser una despedida memorable señorita Alcántara —sugirió y mi pelirroja se marchó indignada. En cuanto lo hizo, le arranqué la mano de mi entrepierna a Brigitte.

—¿Pero qué demonios te ocurre mujer? ¡Me has tocado la polla delante de

mi jefa! —dije exasperado, ella enarcó sus perfectas cejas.

—¡No me hagas reír Kenan! ¿Crees que soy idiota? Te acabas de prometer conmigo y estabas con esa puta en la esquina, frotándote como un perro en celo —me soltó. Nos había visto, joder ¿en serio me había comprometido? De cara a los medios había sido así, Brigitte llevaba tiempo diciéndomelo, al fin y al cabo ¿no es lo que se espera de una pareja cuando lleva cierto tiempo? Pero ahora había aparecido Sarah y lo del compromiso me parecía una idea horrible. Mi novia seguía hablando— ¡No soy imbécil Kenan! ¿Sabes que tu jefa se ha follado a media Barcelona? Aquí todo el mundo lo sabe, al parecer le gustan mucho los hombres, sale de caza y le duran una noche. Al día siguiente, si te he visto no me acuerdo. Algunas coleccionamos zapatos y otras coleccionan pollas. Parece que tu señorita Alcántara es de las segundas. No me gusta que me traicionen y tú parecías tentado a hacerlo —observó irritándome.

—No sabes de lo que hablas —repliqué disgustado.

—Créeme que sí lo sé y sino pregunta, seguro que más de uno está dispuesto a contarte cómo se las gasta tu “jefa”. Se ha tirado a muchos de los invitados, pero solo una vez —dijo con retintín.

¿Así que Sarah era así? ¿Una devorahombres? ¿Yo era una simple víctima para saciar sus más bajos instintos? ¿Por eso Sind se había puesto así? Me sentí utilizado, había pensado que ella había sentido la misma química que yo, quizás había sido para ella un puto trofeo. Brigitte se pegó a mi cuello pasó su lengua y mordió el lóbulo de mi oreja.

—Quiero que me folles Kenan, quiero que mi prometido me lo haga aquí, duro, contra esta misma pared. Yo sí que te deseo a ti, no por un instante, sino para siempre. —Tal vez el parecido entre Sarah y la mujer de mis sueños me hubiera descolocado. Estaba claro que Brigitte era mi pareja y ahora mi prometida.

No me hice de rogar ante sus anhelos, estaba cachondo por esa maldita pelirroja y muy molesto por sentirme utilizado. Coloqué a Brigitte en punto muerto, en aquella esquina nadie la vería. Le subí el vestido lo justo para poder meterme en ella y la empalé. Fue rápido, duro, salvaje, exigente. Necesitaba liberar toda la frustración que sentía por lo que acababa de ocurrir. Me corrí en su interior, gritando decepcionado porque fuera Brigitte y no

Sarah, quien me envolviera con su sexo. Cuando terminé ella se relamió, ajustó su vestido y me besó.

—Gracias cielo, ahora ya podemos marcharnos y seguir la fiesta en otro lugar, se me ocurren un par de sitios donde disfrutar de lo lindo —Brigitte acarició mi sexo de nuevo. Lo que mi prometida me proponía sería lo mejor, sexo, sexo y más sexo para olvidar a la pelirroja. Si algo tenía claro es que la señorita Alcántara no iba a volver a reírse de mí. Tomé a Brigitte por la cintura y nos largamos.

Tenía poco tiempo para dejarlo todo listo antes de mi marcha. Por lo menos no debía avisar a la universidad, las clases habían finalizado y yo estaba libre como un pájaro hasta septiembre. Debía arreglar unos cuantos papeles y listo, ya podía largarme a mi mes de promoción. ¡Un mes, debía pasar treinta días, con aquella mujer que me desbarataba el cerebro! Solo necesitaba hacer una cosa para poder resistir, construir un muro y no dejar que aquella devorahombres entrara para convertirme en otra pieza más de su colección.

Fue un fin de semana intenso así que el lunes, llegó antes de lo previsto. Brigitte apenas me había dejado salir de casa durante el fin de semana, me vi envuelto en una maratón de sexo y lujuria. En ese aspecto Brigitte era bastante liberal y a mí, la verdad, es que de tanto en tanto no me importaba compartirla. Solíamos ir a clubs de intercambio o invitábamos a alguien a casa. El sexo era sexo y no me gustaba mezclarlo con las emociones. En ese aspecto nos complementábamos, así que nos desquitamos. Esperaba que de ese modo el mes en Escocia, se me hiciera más llevadero.

Había amanecido con Brigitte y una rubia en mi cama, ya tenía la maleta hecha, así que solo me faltaba una ducha, cambiarme y largarme. Intenté no hacer ruido, pero fue imposible. Brigitte se desperezó.

—Buenos días guapo.

—Buenos días preciosa —saludé y me acerqué a ella para que me diera un beso de buenos días.

—¿Anoche lo pasamos bien verdad? —preguntó y yo asentí mirando de reojo a la curvilínea rubia que estaba de costado— ¿Estás seguro que no os puedo acompañar?

—Será mejor que no, no sería bueno hacer enfadar a la arpía de mi jefa — respondí y Brigitte sonrió a desgana.

—Te voy a echar mucho de menos. Se incorporó pegando su cuerpo felino al mío.

—Yo también, pero sabes que en un mes estaré de regreso.

—Un mes sin disfrutar de ti, es mucho tiempo —comentó mientras su mano descendía por mi cuerpo. Le mordí el labio —. Vamos a la ducha y te dejo un buen recuerdo.

—¿Ducha? ¿Alguien ha dicho ducha? —Nuestra compañera de juegos acababa de despertarse y se relamía expectante.

—Ven aquí Ekaterina, Kenan tiene jabón en barra para ambas.

Los tres desnudos entramos en el baño y dimos rienda suelta a la pasión. Aquello debería bastar para que cuando viera a Sarah ni me inmutara. Una vez saciados y limpios, les dije a las chicas que podían quedarse el tiempo que desearan. Brigitte vino a la puerta a despedirme.

—¿Y nuestro compromiso? No me has comprado el anillo Kenan —me dijo y la palabra compromiso me daba cierto desasosiego, pero al fin y al cabo nos habíamos comprometido ¿verdad?

—Cuando vuelva ¿de acuerdo? De momento he pedido que te ingresen el premio en tu cuenta. De no haber sido por ti mi novela no se habría publicado, además necesitas el dinero. —Ella dio un chillido de felicidad, un salto y se enroscó desnuda a mis caderas.

—Ay Keni, eres tan bueno conmigo —comentó y me dio un beso de tornillo, en agradecimiento por mi generosidad. Sabía que Brigitte era ambiciosa, en eso no nos parecíamos, a mí nunca me había importado el dinero. Los doce mil euros le darían para tirar una buena temporada. Por lo menos hasta mi regreso—. Por cierto, me han llamado de la agencia, mientras acababas de ducharte con Ekaterina. Tengo un desfile y una campaña de bikinis, gracias a mi aparición estelar en la gala de los premios.

—Eso es fantástico, me alegro ¿estás contenta?

—Mucho, si el trabajo me lo permite creo que iré a visitar a mis padres en un par de semanas o así. Tal vez para entonces nos podamos ver, aunque sea un

día. Estaré en Escocia y sería un desperdicio no encontrarnos. Además podría presentarte oficialmente a mis padres y yo conocer a los tuyos —me explicó y la cabeza volvía a darme vueltas.

—Brigitte, voy por trabajo, dudo que me dejen respirar, dejemos todo el tema del compromiso para mi regreso ¿Sí? Ahora debo irme, no puedo perder el vuelo —traté de zafarme. Me dio un último beso.

—Pórtate bien y aléjate de la pelirroja Keni, ya sabes lo que quiere de ti —aseguró. Resoplé, le besé por última vez y me marché con sus últimas palabras rondando en mi cabeza. Un trofeo, eso era para Sarah, debería repetírmelo más de una vez si no quería caer.

9 CAPÍTULO (SARAH)



Indignada era poco, estaba que echaba fuego por la boca. Aquel majadero había hecho que me corriera como una posesa sobre su pierna, me había acariciado íntimamente. Para después darme de bruces con la realidad y con la siesa de su prometida. Pero visto fríamente, ella no tenía la culpa, por muy tonta que fuera y muy gorda que me cayera. Si Brigitte no nos hubiera interrumpido, le habría dejado que me follara y aquello hubiera sido mucho peor.

Me largué dejándolos allí pues estaba muy enfadada, pero sin querer me había dejado unos documentos en la mesa que había cerca de ellos y los necesitaba. Así que no me quedó más remedio que regresar al lugar del crimen. Desde luego mejor que no lo hubiera hecho, pues me encontré que Kenan estaba aprovechando de lo lindo la esquina, donde minutos antes yo me estaba corriendo. Estaba claro dónde estaba enterrando su gaita. Me entró tal ira, que estuve a punto de estamparle una silla contra la cabeza.

«¿Con qué derecho me irritaba?», me cuestioné. Estaba claro que con ninguno. Kenan no era nada mío, simplemente me había dejado llevar por el momento y por esos sueños calenturientos que no dejaban de acosarme. Tenía

claro que no podía tener nada con mi escritor, pero al parecer mi subconsciente y mi vagina no. Ese par se habían aliado en mi contra, no dejaban de enviarme sueños de lo más calientes, donde Kenan y yo ardíamos en la lujuria más absoluta.

Fredo se había quedado sin pilas en pleno domingo, así que no me quedó otra opción que llamar al salón de David y aceptar el tratamiento especial de Luca. Eso sí, le dejé muy clarito que era solo sexo, necesitaba desquitarme de lo lindo y aquel muchacho era incombustible.

Para mi horror, con todo lo cansada y saciada que estaba, el mismo domingo Kenan se volvió a adueñar de mí en cuanto cerré los ojos. No había manera de sacarle de mi mundo onírico y eso me tenía en un grado de mala leche suprema, si fuera un brick de leche seguro que estaba cortada. No podía dejar de gruñir a todo el mundo, incluso a mis padres, que me habían llamado media hora antes para despedirse de mí y desearme que tuviera bien el viaje. Aunque, si tu madre te llama y se despide diciendo, que no comas demasiado o al final van a cobrarte más por exceso de equipaje o por tener que usar dos butacas en vez de una debido al descomunal tamaño de tu pandero, pues no te hace ni puta gracia...

Para rematar, mi brillante idea de que todo el equipo viniera conmigo había sido un despropósito. Los malditos alojamientos estaban llenos, los billetes se habían agotado, así que por narices Kenan y yo debíamos salir hoy y ellas pasado mañana. Para más inri, solo quedaba la última habitación en aquel hotel que habíamos reservado en el último momento, en teoría yo iba a compartirla con la escritora que ganara y no con el escritor. Me emperre en cogerla y en decirle a Mar, que en la cama cabríamos las tres. Así que a dormir en la misma habitación. Por lo menos eran camas separadas. Estaba que trinaba.

—¡Esto es un maldito desastre Mar! Y todo por vuestra culpa ¡Ahora tengo que compartir habitación con un tío! —le grité. Ella estaba atemorizada intentando buscar otro alojamiento como fuera.

—¿Y desde cuando compartir habitación con un tío ha resultado un problema para ti? —inquirió Jud desde su mesa de dibujo.

—Desde que el tío trabaja para mí. A este no me lo voy a tirar, simplemente voy a trabajar con él —afirmé y Jud resopló.

—Perdona que coja esa afirmación tuya con pinzas querida, cualquiera que se fijara en la gala, sabría que tú querías hacer con Kenan algo más que trabajar, yo diría que tus deseos era darle ñaca ñaca a la cigala o sacarle brillo a su manubrio.

—¡Déjate de hostias Hija de Satán! En todo caso lo que querría hacerle a su cigala, sería arrancársela de cuajo.

—¡Qué violencia! —aseveró Marge—. Tal vez sí que se la quisieras arrancar, pero estoy convencida que solo para chuparle la cabeza. —Todas se echaron a reír mientras yo di un golpe contra la pared.

—¡Basta ya! ¡Entre el señor Mackenzie y yo, no va a haber nada más allá de lo estrictamente profesional!

—Está bien, está bien, si tú lo crees así, nosotras no diremos nada.

—Lo que no puedo entender es, que si íbamos a viajar tres ¿por qué solo volamos dos? —pregunté a una Mar temblorosa.

—Fue un error, yo busqué las tarifas más baratas y no me di cuenta que mi pasaje lo cogía dos días después. Lo lamento mucho —respondió pues era quien me debía acompañar en primera instancia. Se puso a llorar como una magdalena.

—Está bien, está bien, no ocurre nada Mar, haz lo que puedas con las habitaciones y las reservas. Disculpa, hoy estoy un pelín alterada.

—¿Solo un pelín? Está claro que no todas las brujas llevan escoba, ni todas las zorras viven en el bosque. Hoy te estás fusionando entre las dos especies, comportándote como una HDP de la peor calaña —me replicó Jud y tenía razón, pero es que no podía controlarme. Estaba volcando toda mi ira contra ellas.

—Lo lamento de verdad chicas, pero es que no he tenido un buen fin de semana.

—¿No has echado un polvo? ¿Es eso? Porque yo he puesto fino a Manuel, este finde le he puesto la cara de Kenan Mackenzie —saltó Marge y casi le pego un manotazo. Ante mi mirada de horror y la pérdida de color, se puso a reír como las locas —. Intenta negarlo pelirroja, pero a ti el señor Mackenzie te pone perraca. No sufras, este finde no le cambié la cara a mi gordi-calvi, simplemente hice una regresión y me imaginé que habíamos vuelto a los

veinticinco, su bonita albondigal se había convertido en seis albondigales pequeñas ... Mmmmm que ricas, aún puedo paladearlas.

—¡Serás burra! —exclamé riendo.

—Yo seré burra, pero aquí Jud se ha dado un buen atracón de almeja al vapor con Queeny y Mar ha hecho lo propio con Carlos.

—¿Qué has hecho tú para mitigar tus ardores? —Estaba en la puerta a punto de cerrarla. Había creído que el muy idiota de Mackenzie sería puntual y todavía seguía allí veinte minutos después de haberla abierto. Suspiré resignada.

—¿Pues qué crees que hice? Después de quedarme sin pilas para Fredo quedé con Luca, sus veinticinco años y su grueso mástil del amor me dejaron temblando toda la tarde. —Marge carraspeó, pero yo proseguí, seguro que iba a reprenderme por haberme saltado una de mis reglas, pero es que lo necesitaba con urgencia...—. Ni aun habiéndomelo follado en todos los rincones del salón durante horas, fui capaz de quitarme la mala leche que tengo y la comezón que me abrasa entre las piernas.

—¡Por Dios! —exclamó sofocada Mar.

—¿Y tú por qué te sonrojas? Será que no me conoces ya lo suficiente para saber que soy insaciable —comenté y el segundo carraspeo de Marge me indicó que algo ocurría, hizo un ligero cabeceo que me puso en alerta. «¿No era posible verdad?». Me di la vuelta temiendo lo que iba a encontrarme o mejor dicho, a quién iba a encontrarme. No era muy creyente, pero le rogué al señor que, tras de mí, no estuvieran un par de ojos negros clavados en mi nuca. Pero claro, ¿quién iba a escucharme? Estaba claro, Murphy quién siempre decía que la tostada solo podía caer por el lado de la mantequilla. En cuanto me encontré con aquella mirada oscura enganchada en la mía, supe que había hablado más de la cuenta.

—Buenos días señorita Alcántara, lamento que su fin de semana no haya sido agotador y no le haya dado el resultado deseado —su mirada era glacial—. Si se me permite la observación en la tele recomiendan un producto para casos como el suyo... —¿Casos como el mío? ¿A ver con qué me iba a salir ese? —Dermovagisil, creo que se llama, de camino al aeropuerto podemos parar en alguna farmacia para comprarlo e intentar aliviar ese comezón tan molesto. —«¡Le mato, por Dios que le mato!»—. Aunque tal vez su problema

se deba a que ese tal Luca le ha pegado algo ahí abajo, yo de usted me lo haría mirar. ¿Quiere que la acerque al médico? Las enfermedades de transmisión sexual son muy peligrosas. —¿Dermovagisil? ¿Enfermedades de transmisión sexual? ¡Ese hombre quería morir en mis manos?!

—¡Fuera! —le grité—. ¡Lárguese por donde ha venido, porque le aseguro señor Mackenzie, que estoy a un segundo de cometer un asesinato múltiple y por el primero que voy a comenzar es por usted! ¡Y después por esas traidoras que le han metido en mi editorial!

—Pero creía que debíamos firmar unos documentos, por eso he venido antes, sino me hubiera quedado más rato en la cama con Brigitte, la pobre estaba realmente acongojada por mi marcha, me costó mucho consolarla, aunque nosotros sí que aprovechamos bien el fin de semana. —Imaginarle con la insufrible de su prometida en la cama, despertaban una ira sin límites que amenazaba con cargarme todo y a todos.

—¡Le he dicho que se largue! ¡Y no le envío a tomar por donde amargan los pepinos, porque soy una señorita! ¡Usted, saca lo peor de mí Mackenzie! Será mejor que aprenda a no incordiarne con sus comentarios o le garantizo que puede empezar a temer por su vida —aseguré pues lucía una sonrisita de pagado en sí mismo que no estaba dispuesta a tolerar.

—¿Entonces no firmamos nada? —«¡Mierda, mierda, mierda!», necesitaba que firmara ese contrato así que, no había más narices a que me desdijera. Odiaba recular, pero no tenía más remedio.

—Mar, dale el puto contrato al señor Mackenzie y asegúrate que firma donde debe, que a su edad y con tanto trajín, las neuronas se le pueden haber salido por el pito. —Me miró con sorpresa, cómo si no esperara mi comentario que era lo más suave que habría podido decir. —Yo le espero en el coche, cuando esté listo baje, no estoy para aguantar sus tonterías ni un minuto más. —En cuanto pasé por su lado con toda la dignidad que pude, tiré de la maleta con fuerza, la muy indeseable se había atascado. El segundo tirón lo di con tanta rabia, que se me enredó en los pies lanzándome contra el firme pecho de aquel hombre, que me atrapó al instante. Mis pechos que campaban libres en un vestidito de verano, se vieron aplastados contra aquel muro de músculos.

La curva de mi barriguita se topó con algo duro y rígido parecido al mando

de la tele, pero que estaba claro que no servía para cambiar de canal. Mi entrepierna volvió a arder en cuanto su boca se inclinó hacia mi oído para susurrarme.

—A su edad tanto sexo del malo no es bueno, debería cambiar de compañero de juegos, quizás pueda sugerirle alguno. Es lógico que cuando percibe un hombre de verdad, uno de esos que es capaz de proporcionarle un orgasmo con el simple roce de su rodilla, las piernas se le conviertan en gelatina, al intuir lo que podría hacerle en su cama —«¡Grandísimo hijo de la Gran Escocia!» Me incorporé como pude, estaba tan fuera de mí que hice lo único que se me ocurrió. Darle un rodillazo en todas las “escocias”.

—¡Aparte sus sucias manos de mí Mackenzie, no voy a tolerar otro comentario impropio, a la próxima le poco una denuncia que no levanta cabeza en su puta vida! No me mire, no me toque, no me huela, no me hable de nada que no sea estrictamente profesional. Usted no tiene porqué aguantar una anciana con piernas de gelatina, pero yo no tengo porqué aguantar un capullo, ególatra, rompebragas y con incontinencia pollil por muy buen escritor que sea —le espeté. Kenan me miraba doblado por la mitad con ganas de asesinarme —¿Lo ha entendido?

—No se preocupe señorita Alcántara, no deberá aguantarme ni a mí, ni a mi incontinencia pollil como usted dice, si no quiere que firme no lo haré. Ahora mismo cojo mi maleta, me largo y rompemos el contrato que todavía no he firmado. —Aquello era imposible, a esas alturas no podía desdecirme.

—Tranquilícese señor Mackenzie, nuestra jefa es muy visceral, pero no ha querido decir eso en ningún momento, ¿verdad Sarah? —intervino Marge, que me miraba bajo sus gafas de pasta intentando alertarme, de que lo que estaba haciendo no era lo correcto. Pero estaba en un punto que a mí me daba igual.

—Mientras el señor Mackenzie sea capaz de controlarse y mantenerse lejos, podremos coexistir —dije y él inclinó la cabeza.

— No se preocupe jefa —dijo remarcando la última palabra— Brigitte está más que satisfecha con la cantidad y la calidad de mi sexo. Además nunca me han ido las pelirrojas deslenguadas y con mala leche. El pobre Luca ya se gana bien su sueldo, teniendo que follársela a usted —soltó y pegué un grito.

—¡Yo le mato! —chillé abalanzándome sobre él y pegándole un sonoro bofetón que le giró la cara y nos lanzó a los dos al suelo. —Oía los gritos de

Mar pidiendo que alguien nos separara, a Marge diciendo que ella no pensaba inmiscuirse que seguro que salía con un ojo morado. Y por último Jud alegando, que los que se pelean se desean. Esa frase pareció hacerle gracia a Kenan quien respondió:

—Y los que no, se morrean —su boca capturó la mía y el jodido mundo dejó de existir.

Estaba en el suelo tumbada bajo aquel hombre que me sujetaba las manos con una de las suyas, mientras me metía la lengua hasta el esófago. ¡OMG! ¿Cómo podía estar al borde del asesinato en un instante y mojándome del gusto al otro? Me daba igual que mis brujas nos miraran ojipláticas, que estuviera en mitad del pasillo del edificio de oficinas, tumbada en el suelo como una retozona y dejándome besar como una posesa. Solo importaban esos labios que me reclamaban como suya, que me hacían arder en el infierno más absoluto, repleto de promesas infinitas. Con un último mordisco en el labio inferior que me hizo gemir, Kenan se separó de mí casi tan alterado como yo. ¿Qué había sido eso? Después se levantó y me tendió la mano para ayudarme. No quería imaginar el espectáculo que estaba dando, toda despeinada y espatarrada en el suelo. Me recompuse como pude e intenté levantarme por mi propio pie. Él parecía divertido de nuevo.

—Si llego a saber que besándola se iba a callar, lo hubiera hecho mucho antes —comentó sonriendo. Tenía ganas de borrarle aquella sonrisa de un plumazo.

—¿Le hago gracia señor Mackenzie? —le pregunté y él se encogió de hombros.

—Me produce muchas cosas señorita Alcántara y creo que gracia podría ser una de ellas —respondió. ¿Es que tenía respuesta para todo? ¡Aquel hombre era insufrible!

—Pues le garantizo que le voy a amargar tanto el viaje, que no le van a quedar ganas de que le produzca nada de nada. Le voy a borrar esa molesta sonrisilla de la boca, aunque sea lo último que haga. Va a ganarse el pan segundo a segundo, le aseguro que voy a ser peor que un grano en el culo...

—Tranquila Almorran Salvaje, si necesitas besarme de nuevo para calmarte solo has de pedirlo...

—¡¿Almorran Salvaje!? ¡¿Qué yo le he besado?! Ni harta de vino, ni

aunque usted fuera el único hombre en la Tierra le besaría, fue usted quien me besó ¡Todas lo vieron! Y para su información una almorrana no es un grano, aunque le garantizo que puedo ser peor. —Miré a mis chicas que habían desviado la vista con disimulo. Jud fue la única que enfrentó la situación.

—Será mejor que lo dejéis por hoy, ya habéis tensado suficiente la cuerda. Tú picha brava —dijo dirigiéndose a Kenan— mueve tu culo moreno hasta aquí y deja de incordiar a Sarah. Y tú bruja, ve a tomarte una copa y un Trankimazin. Que con los nervios que llevas, vas a crear turbulencias en el vuelo. Está claro que entre vosotros hay mucha tensión —la miré con advertencia—, sea del tipo que sea, eso a mí no me incumbe. Pero tenemos un trabajo que realizar así que, deberíais aprender a toleraros, a trabajar juntos y a mantener las manos lejos el uno del otro, si no queréis que os acaben deteniendo por escándalo público. Tú —señaló a Kenan— ya eres mayorcito para saber dónde metes el pito. Y tú, —dijo dirigiéndose a mí—, con ese genio que gastas, no sé cómo no echan al genio de la lámpara y te encierran a ti. Haced el favor de comportaros y reflexionar. Os doy treinta minutos para calmaros o para daros a ambos una patada en el culo, que os llevará hasta el coche. Ninguna de nosotras, tiene porqué aguantar la rabieta de un par de desequilibrados como vosotros. No sabéis las ganas que tengo de que os larguéis de una vez a Escocia, con un poco de suerte en un par de días os habréis matado y cuando lleguemos, podremos regresar a nuestras apacibles vidas. Eso o habéis aprendido a toleraros y nos dejaréis hacer nuestro trabajo en Paz.

Jud estaba dando el discurso que debería dar yo, estaba claro que necesitaba serenarme, tomar distancia y aprender a lidiar con aquella situación.

—Tienes razón Jud, creo que todo esto se nos ha ido de las manos —afirmé mirando a Kenan a los ojos, ella parecía complacida ante mi reflexión—. Señor Mackenzie, me llamo Sarah Alcántara, para usted señorita Alcántara y soy su puta jefa —todas cerraron los ojos resignadas—. A partir de ahora yo mandaré y usted obedecerá. Es simple y efectivo. Yo ordeno, usted ejecuta. Ahora firme los putos papeles que le de Jud, mientras yo le espero abajo. No tarde, odio la impuntualidad y hoy ya he perdido demasiado tiempo con usted. —Kenan no dijo nada más y eso me alegró. Tal vez estaba comenzando a entender quien mandaba.

El trayecto al aeropuerto fue tranquilo, subimos al avión en el más absoluto de los silencios, parecía que no nos conocíamos de nada. Mejor así, él en su espacio y yo en el mío, nada de Patrick Swayze en Dirty Dancing, que ya sabemos cómo terminaron los protagonistas. En el coche cada uno había ido mirando por una ventana y en el avión nada más sentarme, me coloqué el antifaz para poder dormir y no aguantar su cara de perro. Estaba agotada, esos sueños me tenían destrozada. Le había hecho caso a Jud y, aunque sé que alcohol y medicación no son buenos compañeros... El chute de Trankimazin con whisky, me dejó seca al momento.

En cuanto cerré los ojos me puse a soñar. Estaba en mi casita cerca del lago, revisando las últimas hierbas que había recolectado en el bosque. Estaba gratamente sorprendida por la variedad que había encontrado, nunca imaginé que hubiera más diversidad allí que en la isla de Skye. Con todas ellas podría elaborar distintos remedios que me había enseñado mi abuela y me vendrían muy bien, sobretodo el del resfriado, con el tiempo que hacía en Escocia eran muy fáciles de coger. Me agaché para guardar las hojas que necesitaban oscuridad, el fondo de la alacena era un lugar seco y oscuro, justo lo que necesitaban. Las estaba colocando, cuando unas fuertes manos apresaron mis caderas. Algo grueso y caliente se frotaba contra mi trasero. Sonreí llena de deseo, al capturar el aroma de mi amor, solo conocía a alguien que oliera de ese modo, mi guerrero, mi hombre, Kenan Mackenzie.

—Buenos días mi señor —le saludé divertida mientras notaba como su mano me subía la falda.

—Buenos días mi hermosa Ciara —al comprobar que no llevaba nada bajo las faldas gruñó—. Me encanta que ya estéis dispuesta para mí. —La palma de su callosa mano recorrió la piel de mi trasero, que se calentaba bajo su palma.

—Vos me pedisteis que siempre lo estuviera, que jamás llevara nada que me apartara de vuestro placer.

—Así es mi hermosa pelirroja, no quiero una sola barrera entre nosotros —coló sus dedos en mi intimidad, que había despertado en el mismo instante que le percibí —. Os mojáis tan rápido —metía y sacaba los dedos retorciéndolos en mi vagina. Tuve que agarrarme a la alacena para no caer del placer que me prodigaba—. Eso es preciosa, sentid mis dedos, disfrutad con ellos —jadeé con fuerza—. Mmmm estáis tan húmeda. Quiero saborearos, no

podía pensar en otra cosa desde que entré por la puerta —volví a gemir ante su afirmación. Yo también quería que me saboreara, me encantaba la sensación de su boca en mi sexo—. Pero quiero que me lo pidáis, pedídmelo Ciara, decidme qué queréis que os devore.

—Por favor mi señor —supliqué, mientras terminaba de subirme la falda.

—¿Por favor qué?

—Por favor comedme, devoradme, os lo ruego.

—¿Y cómo queréis que os coma pequeña mía? —sopló con suavidad entre mis pliegues hinchados—. Decidme cómo lo deseáis y lo cumpliré. —Estaba ardiendo de anhelo.

—Quiero que uséis los labios y la lengua mi señor, quiero que me saboreéis y que me penetréis con ella —supliqué y un gruñido de aprobación y sus fuertes manos separando mis nalgas, me dijeron que mi respuesta le había complacido. Su boca apesó mis labios exteriores que ya se habían hinchado. Los besó con deleite como si se tratara de mi boca en lugar de mi zona íntima. Los recorrió por entero con labios y lengua haciéndome bullir de placer.

—Sois deliciosa pequeña, me encanta el sabor de vuestra intimidad, podría quedarme toda la vida bebiendo vuestra dulce miel —aseguró y su lengua se abrió paso en mi vagina escarbando, rebañándola con deleite. Entraba y salía a voluntad para después tomar mis labios menores y tironear de ellos—. Me enloquece vuestro sexo generoso, es tan hermoso como una flor abierta en primavera —chupó la carne de mis labios y resollé—. Eso es, sois tan tierna y sabrosa que me encantaría morderos sin piedad. —Sus dientes me apretaron con suavidad, arrancándome un alarido de gozo.

—No os detengáis os lo ruego, morderme, soy vuestra para que hagáis conmigo lo que deseéis. —Su barba activaba todas las terminaciones nerviosas de mi vagina, era un placer indescriptible, un hormigueo que se extendía por aquella zona tan erógena y sensible. Su boca tomó mi clítoris para succionarlo y tragar de él. Me encantaba como lo capturaba y la presión que ejercía para luego soltarlo. Mi vagina se contraía involuntariamente, buscaba su miembro, lo necesitaba para no sentirse vacía. —Os-os-os lo ruego mi señor, os necesito dentro.

—¿Qué necesitáis dentro hermosa mía? ¿Tal vez esto? —Metió un dedo, pero era insuficiente, sacudí los rizos de mi cabellera, para indicarle que no

era eso lo que me colmaba—. ¿Puede que esto? —preguntó y metió dos, pero yo necesitaba más, mi cuerpo exigía más.

—Necesito más mi señor.

—Entonces probemos así —afirmó, y encajó cuatro de sus dedos, mi sexo seguía hambriento de algo más largo, más grueso y más fuerte.

—No-no es suficiente —dije alterada, pues su lengua había vuelto a mi clítoris, que se moría por estallar.

—¿Qué deseáis entonces princesa mía?

—Quiero vuestra verga mi señor, me muero por sentir cómo me colmáis por dentro —supliqué y dio un último lengüetazo a mi henchido sexo y se incorporó. Yo estaba temblorosa, cualquier roce era sumamente placentero, pero le necesitaba dentro. La madre Tierra me llamaba y sabía por qué, quería su simiente, quería su hijo creciendo en mi vientre, quería todo lo que él me pudiera dar.

Él era mi otra mitad, me complementaba, era el guerrero de mis días y el príncipe de mis noches. Siempre sabía cómo colmarme, cómo complacerme y llevarme hasta el límite del placer. Era un amante generoso y entregado y era solo mío. Vi cómo caían sus calzones al suelo, separó mis muslos con determinación y de una limpia estocada entró en mí, arrancándome un grito de puro gozo.

—¡Oooooohhhhh Kenan! ¡Kenan! —grité. Su miembro entraba y salía, me había tomado por los hombros y sentía como si me estuviera sacudiendo—. Sí, sí, no te detengas —era el único momento en que me permitía no llamarle de vos, cuando estaba a las puertas del orgasmo. Entraba y salía con dureza, estaba entrando en la explosión de la culminación—. ¡Siiii Kenan! —Esta vez me sacudió mucho más fuerte, casi rebotaba ¿Qué le ocurría? Había salido de mi interior dejándome sola y vacía. En su lugar había un Kenan muy distinto, uno con menos barba, menos arrugas en los ojos que me miraba con el ceño fruncido y un tanto iracundo. ¿Por qué llevaba una camiseta azul?

Abrí los ojos para encontrarme al señor Mackenzie sacudiéndome de malas maneras, miré a un lado y al otro desorientada, la gente me estaba mirando, se reían y cuchicheaban. Tenía la boca pastosa, estaba sudando y mis pezones se erguían contra la fina gasa del vestido.

—¿Qué-qué-qué ocurre? —pregunté conmovida, mi escritor estaba rojo como la grana y me miraba con cara de malas pulgas. Apretó los labios para decirme casi ladrando.

—¡Dime que no me estabas follando en sueños! —gruñó. Esta vez la que se puso roja fui yo—. Escúchame bien pelirroja, te prohíbo que abuses de mí en tus sueños —me espetó y abrí los ojos desmesuradamente. ¿En serio me había dicho eso? Volvía a tener despierto el instinto guerrero, que hacía que quisiera arrancarle los ojos por mucho Trankimazin que me hubiera tomado.

—¿Pero de qué vas? Jamás tendría relaciones sexuales contigo de ningún tipo y menos en mis sueños, si acaso serían pesadillas —solté apartándole de un manotazo y me crucé de brazos, para cubrir una de las pruebas del delito.

—Entonces explícame por qué gritabas mi nombre, seguido de un montón de Ooohhhh, ahhhh Kenan y me pedías que no me detuviera —me exigió. Oí el comentario de la chica de detrás «yo con un tío así me dejaría de sueños, me lo llevaría al baño del avión para tirármelo durante todo el vuelo» A lo que la compañera le contestaba, «¿quién va a culparla por soñar con que se lo tira? Cualquiera haría lo mismo». Necesitaba salir de ese embrollo como fuera.

—Tienes razón soñaba contigo —contesté. Un brillo malicioso, se había instalado en aquella mirada oscura.

—¡Lo sabía!

—Pero no soñaba lo que tú crees... —Parecía sorprendido.

—¿Ah no? —Negué.

—En mi sueño es cierto que mantenía relaciones sexuales pero no contigo, estaba follando con Luca y su mástil del amor, mientras tú estabas limpiando la casa con un bonito vestido de criada francesa, tu visión así y lo limpio que estaba mi piso, sí que era orgásmico. Por eso yo gritaba tu nombre, para que siguieras agitando el plumero, mientras Luca me daba placer. Jamás soñaría contigo para esos menesteres, aunque tengo que decirte que el vestuario te quedaba divino —terminé de decirle y sus pupilas se clavaron en las mías, no parecía divertido.

—¿Sabes qué pienso yo jefa?

—No me interesa.

—Pues igualmente te lo voy a decir. Pienso que desde que leíste mi libro, no has dejado de soñar conmigo, pienso que cada noche sueñas que te poseo y te hago alcanzar un orgasmo brutal, una y otra vez. Que te levantas magullada, de tan solo pensar que has sentido mi inmenso miembro en tu interior, colmándote como ninguno otro lo ha hecho hasta la fecha. —¿Cómo podía saber todo eso? Intenté no mostrar expresión alguna, pero el corazón me iba a mil. —Pienso que me deseas más que a cualquier hombre, que no entiendes el motivo, pero que tu cuerpo me reclama como si no hubiera nadie más que yo, en este maldito mundo para ti —siguió y pasó su dedo gordo por mi labio inferior—. Y pienso que te vas a quedar con las ganas porque eso jamás va a ocurrir, aunque me lo supliques, nunca me follaría a una pelirroja que colecciona hombres, para después desecharlos como si no sirvieran más que para eso. Nunca me tendrás jefa. —¡Sería prepotente el tío! Cogí el dedo gordo que estaba en mi labio y lo mordí con todas las ganas. Kenan aulló de dolor.

—Ni en un millón de años me acostaría con un bárbaro, presuntuoso y prepotente como tú. Yo no uso a nadie, me oyes. Los hombres que se acuestan conmigo, lo hacen libremente y sabiendo desde un principio lo que hay. No quiero un maldito hombre a mi lado y mucho menos a ti. No necesito a nadie, soy feliz sola y así voy a seguir. ¡Hace tiempo que la mujer descubrió que la tierra no gira entorno a una polla! Tal vez tu novia siga tragándose y sea de las que corretean por tu piso con una camiseta tuya, porque a ti te parece sexy —alegué y él seguía con la vista clavada en mí—. ¿He acertado verdad? ¿Pero tú te has planteado alguna vez que eso es de trogloditas? ¿O acaso tú correteas por el suyo en pelotas con un top de tirantes de ella? —finalicé. La simple imagen de Kenan con esa prenda, corriendo en bolas y con las campanas repiqueteando me hacía reír. Él me miraba como las vacas al tren.

—Desde luego, no sé qué tipo de cerebro ocupa esa cabeza tuya —aseguró e incluso vi un amago de sonrisa ante la imagen que había descrito, pero rápidamente contraatacó—. Ningún tío estaría dispuesto a dejarte su camiseta, porque ninguno aguantaría el carácter del demonio que tienes —sentenció. Le sonreí.

—¡Ja! —me jacté— Mejor estar sola que con una chupóptera al lado, que lo único que le interesa es tu dinero y que la folles de tanto en cuanto.

—¿Lo dices por Brigitte? —replicó y parecía enfadado.

—Si te das por aludido por algo será y ahora, déjame en paz de una vez. Creo que todo está más que claro entre nosotros. Ni tú me gustas a mí, ni yo a ti, así que limitémonos a lo que mejor se nos da, que es trabajar. Ah y haga el favor de no tutearme señor Mackenzie. Será mejor que mantengamos las distancias —sentencié y di por concluida la conversación.

La azafata anunció que estábamos a punto de aterrizar. Nos abrochamos los cinturones y pasamos al modo ignorancia absoluta. Estaba claro que este viaje iba a ser un infierno.

10 CAPÍTULO (KENAN)



Una mala bruja, eso es lo que era aquella mujer. Estaba que no podía más, de lo dura que la tenía. Desde que puse los pies en su oficina, no había podido bajar la erección que me causaba. Y lo peor de todo, es que la culpa no era de ella, sino mía. Yo la buscaba, la provocaba, la llevaba hasta el límite, ¿pero con qué intención?

Cuando caímos al suelo y vi esa boca tan cerca, no pude evitar besarla. Llevaba pensando en ello desde que puse mis ojos sobre ella. Sus labios llenos se abrían reclamándome, sus ojos brillaban de deseo contenido. Sabía lo que yo era para ella, pero aun así fui débil y sucumbí.

Su carácter del demonio me divertía, me parecía fresco y motivante. Los duelos dialécticos que manteníamos, me ponían duro como el cemento. Estaba claro que tenía un gran problema entre las piernas.

Pero la armonía no duraba demasiado entre nosotros. Tuvo que ser Jud, quien pusiera fin a la situación de nuestros rifirrafes. Finalmente, decidí que lo mejor para mi salud mental era hacerle caso y mantener las distancias, pero el

esfuerzo fue en vano. En el avión se puso ese ridículo antifaz con el que me parecía adorable. Por muy ridículo que fuera, además me permitió saciar mi curiosidad visual.

Sarah llevaba un vestidito de tirantes veraniego, de gasa muy suave en color blanco, salpicado de florecitas violetas. La muy hija de su madre no se había puesto sujetador, así que a cada movimiento aquellos enormes pechos, se bamboleaban frente a mis ojos. Era como agitar una bolsa repleta de caramelos en la puerta de un colegio y esperar que los niños no se lanzaran a por ella. Obviamente mi boca y mi polla se morían por degustarlos. Me imaginaba enterrándola en medio de esas protuberancias, mientras ella jadeaba de deseo y se relamía pensando en que culminara en sus labios.

¡Mierda! Ya estaba palote otra vez. Me removí incómodo en el asiento, los tejanos me apretaban, la erección no dejaba de pujar contra la cremallera. A ese ritmo, el dolor de huevos me iba a cortar la circulación, iba a morir empalmado mirando aquella bruja pelirroja.

Un delicado hilillo de saliva goteaba por la comisura de su boca, pero incluso eso me parecía sexi. Llevaba la falda arremolinada en los muslos, mostrando aquella jugosa carne que moría por morder. Estaba claro que Sarah estaba profundamente dormida. Estaba soñando y parecía agitada. Había comenzado a emitir unos ruiditos muy eróticos, mientras yo seguía embobado, mirándola lleno de deseo. En uno de los movimientos un tirante se desplazó hacia abajo mostrando el inicio de una aureola rosada. La boca se me secó, ¿la cosa podía ir a peor? Estaba claro que sí, cuando comenzó a frotar sus muslos como si buscara alivio, sus jadeos se convirtieron en gemidos y el aumento de volumen, los hizo tan audibles para mí como para el resto del avión. Se convirtió en un problema, sobre todo cuando comenzó a gritar mi nombre... La cosa se complicó.

Los pasajeros comenzaron a mirarnos con fijación, supongo que, porque pensaban que me la estaba tirando en pleno vuelo. «Qué más hubiese querido yo», pero no era así. Comenzaban a cuchichear y Sarah a gemir más fuerte. Tenía dos opciones o la cargaba como un saco de patatas y me la tiraba en el baño o, me serenaba e intentaba despertarla para que detuviera el espectáculo. Finalmente me decidí por la segunda opción, la zarandeeé hasta que se despertó completamente desorientada y le dije, lo primero que me pasó por la cabeza.

Le prohibí tener sueños eróticos conmigo. Obviamente sabía que no podía

controlarlo, además yo no quería que soñara, lo que quería, aunque intentara refrenarme, era hacerlos realidad. Por suerte, aquella orden la azuzó y volvimos a discutir, elevando un muro entre nosotros. Al final iba a hacerme albañil de tanto levantar muros.

Por su parte, al verse descubierta, se inventó un ridículo sueño que no me tragué ni por un instante, ¿cómo iba a gritar mi nombre y estar follándose a otro, mientras yo limpiaba su casa vestido de doncella francesa? Eso era una soberana tontería, yo era incapaz de estar en sus sueños y dejar a otro que se la tirara, pudiendo hacerlo yo.

Le dije lo que pensaba, que me mentía e intenté destapar lo que realmente le pasaba, que no era otra cosa que lo que me ocurría a mí. Parecía sorprendida, aunque intentó disimular. ¿Era posible que ambos tuviéramos los mismos sueños? Si no lo era, a mí me había parecido ver reconocimiento en lo que le contaba, tal vez hubiera sido un espejismo, pero no me había dado esa impresión.

Lo único que me sacó de aquel bucle de deseo contenido, fue el rechazo que me propinó nombrándome a Brigitte, si no lo hubiera hecho, tal vez hubiera vuelto a besarla para demostrarle que todo lo que le decía era cierto.

El avión aterrizó sin problemas en el aeropuerto de Edimburgo. Allí íbamos a hacer la primera parada.

Sarah estaba en el lado del pasillo, se levantó y alzó los brazos para coger la maleta de mano que llevaba en la cabina. Estaba claro que no podía sacarla por algún motivo, me incorporé con intención de ayudar.

—¿Te puedo echar una mano?

—Hábleme de usted señor Mackenzie y no, no puede echármela. —«Al cuello debería querer echársela en vez de otro lugar que queda más abajo». ¡Era una arpía! ¿Por qué me negaba a verlo?

Me senté en el asiento de Sarah, mientras esperaba que terminara. Contemplar sus pechos balanceándose desde abajo era todo un espectáculo. Sarah dio otro tirón con ahínco, parecía que ya había logrado desencajar la maleta. Justo cuando la estaba bajando un tipo pasó por detrás dándole un empujón sin querer. Ella se desestabilizó y cómo iba cargada, cayó sin remedio hacia delante. Intenté frenar el golpe e imagino que ella también, pero al tener las manos ocupadas no pudo agarrarse a ningún sitio... Subí las mías

hacia arriba, para cogerla sin ver exactamente de dónde las ponía. Así fue, como aquellos dos globos perfectos se encontraron encajados en mis manos y mi cara enterrada entre ellos. ¡Jesús! Si había una manera de morir por asfixia más apetecible que esa, que alguien me lo dijera.

Notar como aquellas suaves montañas desbordaban entre mis dedos, mientras mi nariz se enterraba captando el sutil aroma a flores del canalillo, no tenía precio. Bueno lo de canalillo era un decir, porque esa espléndida mujer tenía un canalón en toda regla... Con lo que a mí me gustaban los canelones, hubiera untado aquellos pechos en bechamel y... Sarah soltó la maleta como si ardiera gritándome.

—¡Quíteme sus sucias manos de encima! —Yo que soy muy obediente lo hice, pero como ella no se lo esperaba, acabó con las manos en mis hombros y frotando aquella delicia en mi cara. Mi polla no podía estar más contenta. Pero yo volvía a tener aquella necesidad insana de incordiarla.

—Por favor señorita Alcántara, haga usted el favor de quitarme sus ubres de encima, hace tiempo que dejé de tomar leche de vaca, además esto podría considerarse acoso. —Ella dio bramó enfurecida.

—¡¿Vaca?! ¡Si yo soy una vaca, tú eres un maldito cerdo mentecato! — explotó y un grupo de señoras que pasaban por detrás la jalearon.

—Eso es muchacha, si ahora te dice vaca no quieras saber lo próximo que te dirá. No te dejes, estos empiezan así y acaban regalándote una plancha para tu cumpleaños, no te amedranes y ponle en su sitio. Si mi Manolo, que en paz descansa, me hubiera llamado vaca, no hubiera dudado en arrancarle todo el cencerro. ¡Vergüenza le tendría que dar llamar así a su prometida!

—¡No es mi prometida! —le respondí incómodo, mientras Sarah ya se había incorporado privándome de sus perfectos pechos.

—Pues peor me lo pone, chica ahora que estás a tiempo déjale y búscate otro, que valore tus encantos que tienes muchos, a más de uno le gustan las pechugonas como nosotras. —La señora era bien oronda y lucía orgullosa una gran pechera. Mi jefa le sonrió complacida.

—Tiene razón, además es mucho hombre para la poca mecha que trae entre las piernas, me buscaré uno como su Manolo que tenga un buen cencerro y no una campanilla. —¿Campanilla? le iba a enseñar yo campanilla. Las señoras pasaron de largo y Sarah fijó sus ojos azules en mí— Páseme la maleta

Mackenzie —gruñó entre dientes.

—Se le ha olvidado el por favor jefa, además al tener un par de campanillas estoy carente de fuerza —comenté sarcástico.

Elevó las comisuras de los labios como si no le preocupara mi respuesta. Se puso de lado para recorrer la distancia que la separaba de la maleta, poniendo su trasero divino en mis morros. Entonces se detuvo y a sabiendas, se sentó encima de mí para tomar la maleta. En ese punto comenzó a frotar su trasero contra mí más que tremenda erección. Ya no podía más del dolor, imaginaba ese trasero albergándome... Y por Dios, que si no se apartaba iba a bajarme la cremallera y darle con todas mis ganas. Sarah se levantó como si tal cosa susurrándome.

—Creo que a sus campanitas le van las ubres señor Mackenzie, pero no sufra, que las mías no las va a volver a catar, mejor quédese con las mandarinas de Brigitte, que deben ser mucho más jugosas que las mías. — Después se levantó con el porte de una reina abandonándome bien dolorido en el asiento.

Nos encontramos después en la cinta transportadora de equipajes y ya más tarde no, pues ella había subido en el primer bus lanzadera y yo en el segundo.

Hoy tocaba ir al hotel, dejar las maletas y hacer turismo. Hasta dentro de un par de días, no íbamos a las tierras altas, así que solo me quedaba aguantar como fuera aquella bruja de ojos azules.

En Edimburgo la literatura era algo que se podía palpar en el ambiente. Había sido fuente de inspiración de muchos libros, arrojando innumerables personajes de ficción. En el pasado, la imprenta era uno de los sectores más importantes de la capital, en esta mágica ciudad fue donde nació la primera edición de la Enciclopedia Británica. Además en 2004, la Unesco declaró Edimburgo primera Ciudad de la Literatura del mundo. Para mí era un orgullo estar en mi país y en aquel increíble lugar donde estudié.

Tomamos un taxi que nos llevó a nuestro hotel. Se encontraba a unos quince minutos del aeropuerto en coche. El Radisson Blue Hotel, era un establecimiento de arquitectura clásica con una impresionante fachada de piedra. Estaba situado en la histórica Royal Mile, en el corazón del centro histórico de Edimburgo, a solo unos pasos de las principales atracciones: el impresionante Castillo de Edimburgo, el Museo Nacional de Escocia y el

Parlamento Escocés. También tenía muy cerca una calle que enloquecía a las mujeres, la famosa calle comercial Princes Street. Seguro que la bruja pelirroja estaba deseando ir de tiendas.

He de decir que el hotel me sorprendió cuando entramos. Viéndolo por fuera, daba la impresión de ser un hotel antiguo, que te ibas a encontrar un interior algo sombrío con maderas oscuras. Pues nada más lejos de la realidad. Había sido renovado en el 2005 con un gusto exquisitamente moderno.

La recepción era pequeña, en ella destacaba un mostrador en tono fucsia con flores blancas, tras el cual había una pared oscura, con la misma tipografía de flores en relieve. Había flores frescas en el mostrador, dándole un toque de frescura y romanticismo. La recepcionista era muy simpática, no dejaba de sonreírme y hacerme ojitos, cosa que incomodaba visiblemente a Sarah que no dejaba de resoplar.

Mi jefa, intentó que nos dieran dos habitaciones, pero la chica dijo que era imposible, que Edimburgo estaba al cien por cien de ocupación, pues por lo visto albergaba en esos días una importante feria tecnológica. Deberíamos conformarnos con la única habitación que les quedaba disponible.

Sarah estaba claramente disgustada y yo, no tenía muy claro cómo me sentía. Por un lado sabía que lo mejor era alejarme de ella, pero era pensar en que íbamos a compartir habitación y una extraña e incomprensible alegría me atravesaba el corazón. ¿Cómo podía despertarme sentimientos tan encontrados?

Subimos en el ascensor hasta la última planta del hotel, la recepcionista nos aseguró que era una habitación bonita con fantásticas vistas a la colina.

Cuando mi pelirroja abrió la puerta y entramos, se quedó congelada en el sitio. Era una habitación bonita, pequeña, pero bonita. Con una cama de matrimonio, una butaca más decorativa que otra cosa, un armario y un mueble negro con una silla que se podía usar como despacho. Un televisor plano colgado en la pared, bajo el cual había un mueblecito blanco y el baño. No había terraza o balcón, una simple ventana con cortinas grises, te dejaba entrever el paisaje.

—¡No me lo puedo creer!

—¿Qué ocurre? —dije en tono despreocupado, mientras entraba mi

equipaje.

—¡Sólo hay una cama! —exclamó con horror.

—¿Y? ¿No va a poder dormir conmigo sin echarse encima de mí o qué? —respondí. Parecía que fuera a echar espuma por la boca, era pensar en dormir toda la noche aspirando su olor y me empalmaba de nuevo.

—¡Esto es inaudito! ¡Por nada del mundo me echaría sobre usted, de hecho no le tocaría ni con un palo, pero me parece el colmo que nos hayan puesto una cama de matrimonio, cuando pedí dos camas individuales!

—¿Hizo usted la reserva? —ella dijo que no—. Entonces no puede saber si pidió dos camas o una.

—¡Se lo dije a Mar!

—Sea como sea, creo que nos deberemos conformar, ya oyó a la recepcionista, no queda ni una sola habitación en Edimburgo, yo no pienso dormir en el suelo ni en ese sillón que tiene pinta de incómodo, si quiere se lo dejo para usted —comenté. Ya había abierto el equipaje de mano, para colocar mis cosas.

—¿Qué hace? —gritó.

—Pues deshacer la maleta, necesito darme una ducha y cambiarme de ropa, supongo que querrá ir a ver la ciudad ¿o vamos a quedarnos todo el día encerrados en estas cuatro paredes juntos? —le expliqué. La verdad es que tampoco me parecía un mal plan, podíamos hacer muchas cosas interesantes. Ella parecía aterrada de nuevo.

—¡No!

—Estupendo entonces —afirmé al tiempo que me sacaba el polo por la cabeza y desabrochaba mis pantalones.

—¡¿Qué hace?! —gritó y su alarido retumbó como el de una manada de elefantes.

—¿A usted qué le parece? —repliqué y me bajé los pantalones, para que no le quedara ninguna duda sobre lo que estaba haciendo. Dio un chillido saltando hacia atrás, como si estuviera viendo la reencarnación del anticristo, solo le faltaba santiguarse. Se fue hacia la ventana para mirar a través de ella, intentando ignorarme de nuevo. Pues no iba a ponérselo fácil.

—¿No me dirá que a estas alturas, se escandaliza por ver a un hombre desnudo? —la piqué. Los calzoncillos siguieron el camino de los pantalones. Me importaba más bien poco estar en pelotas delante de ella, me gustaba la sensación de alteración que sufría cada vez que la provocaba

—Haga el favor de cubrirse Mackenzie, los únicos hombres desnudos que me gusta ver son los que yo elijo. Es obvio que a usted no le he seleccionado. Además puede quitarse la ropa en el baño.

—Podría, pero no me da la gana —repliqué, ella se volteó enfurecida para encontrarse con mi masculinidad en pleno apogeo. Era imposible mirarla y que no se me pusiera dura.

—¡Oh Dios mío! —exclamó, clavando sus dilatadas pupilas en mi entrepierna para después girarse de nuevo—. ¡¿Es que no puede respetar ni siquiera eso?! Haga el favor de taparse o meterse en la ducha, pero no quiero que esté izando la bandera delante de mí —resopló, yo solté una carcajada.

—¡Señora, sí señora! —emulé un saludo militar, al fin y al cabo ya estaba en firmes—. Por cierto si necesita asearse soy un hombre con alta conciencia ecológica, podría entrar conmigo en la ducha para ahorrar agua, incluso podría dejarle que me frotara la espalda —comenté y Sarah abrió y cerraba los puños intentando controlarse—. De verdad que no me importaría compartir la ducha con usted —terminé de decir, ella emitió un gruñido bajo. Me encantaba fustigar a esa mujer.

—Pues yo soy una despilfarradora nata, así que métase su conciencia ecológica por donde le quepa. Prefiero que el planeta se quede sin agua, antes de frotarle la espalda. ¡Y ahora haga el favor de meterse de una vez en el baño, o llamo a los de Greenpeace para que se lo lleven a liberar a Willy de entre sus piernas! —bufó y casi no pude aguantarme la risa ante su ingeniosa observación. Decidí ceder, además que a uno le comparen el miembro con una ballena asesina no le ocurre todos los días.

—Como deseéis milady —dije burlón y entré en el baño comprobando por el reflejo de la ventana, que ella no había dejado de mirar mi cuerpo ni por un segundo. Se estaba mordiendo el labio inferior y tenía los pezones de punta. Al parecer no le era tan indiferente como pretendía y eso me gustaba mucho. Ahora necesitaría un buen descargue bajo el agua, para no ir todo el día como un animal en celo. Un cinco contra uno y una buena ducha de agua fría, me

ayudarían a estar como nuevo.

Salí divertido con la toalla envuelta en la cintura, iba a encantarme ver cómo reaccionaba mi nueva jefa con mi cuerpo mojado y goteando. No me había secado bien aposta, Brigitte se ponía muy cachonda cuando me veía así. ¿Le ocurriría lo mismo a Sarah? Entré en la habitación para darme de bruces con la realidad. Mi gozo en un pozo, fuera no había nadie, ni rastro de mi pelirroja. Me había dejado solo. ¿Dónde estaría?

Sabía que no debía jugar con fuego, pero es que había descubierto que hostigarla, me gustaba más de lo que debería.

Me puse unos tejanos de color negro con rotos en las rodillas y una camiseta blanca, que resaltaba el moreno de mi piel.

Tal vez debería llamar a mis padres e informarles de que estaba allí y que había ganado un premio, aunque dudaba que mi padre se sintiera orgulloso de ello. Mi madre era otro cantar al igual que mi hermana, ellas sí que se sentirían bien ante la noticia.

El orgullo de mi familia era Suzane, mi hermana había decidido seguir los pasos de mi padre y ser policía. Supongo que para mi padre nos habíamos intercambiado los papeles, no le hubiera importado que Suzane hubiera estudiado filología e historia, como hice yo. Para él un hombre no se debía a las letras, esas eran carreras de mujeres. Mi padre tenía una mentalidad bastante anclada en el pasado, también le costó admitir que Suzane fuera policía, pero después se sintió muy orgulloso de sus logros. En cambio conmigo no le sucedió así. A mí me interesaban más las letras y a mi hermana atrapar a los malos. Intenté explicarle a mi padre que en la docencia, en la educación, estaba el poder de cambiar las mentes, pero en eso él no estaba de acuerdo, o tal vez sí, pero en ningún caso aquella era una profesión para mí. Mi padre se jactaba que éramos Mackenzie, descendientes de los Highlanders, debíamos proteger y no leer, educar o escribir. Era imposible sacarle de ahí, le había decepcionado y lo sabía.

Hacía tiempo que mis padres se habían afincado en Stirling, mi madre cuidaba de la casa, mientras mi padre y mi hermana eran los que traían el dinero. Siempre había tenido una relación muy estrecha con mi madre, era su niño bonito. Supongo que así estábamos más repartidos, mi hermana el ojito derecho de papá y yo el de mamá. Decidido, iba a llamarla. Marqué el número

y esperé a que contestara.

—¿Diga? —contestó, oír su dulce voz siempre me había gustado.

—Hola mamá.

—¿Kenan? —preguntó confusa.

—Creo que sí, a no ser que tenga un hermano secreto del cual no sepa nada, no creo que al laird le hiciera mucha gracia —respondí guasón. Así era como llamábamos a mi padre en casa, pues todo lo que decía, debía cumplirse igual que en un clan.

—¡Ay Kenan, no seas burro! Hace tanto que no me llamas, que casi ni reconozco tu voz —me reprochó. Eso era cierto, siempre me había costado coger el teléfono y llamar—. Creo que la última vez fue para mi cumpleaños y de eso ya hace tres meses.

—Ya sabes que soy un desastre para estas cosas mamá.

—¿Eres un desastre para acordarte de la mujer que te dio la vida?— resoplé —. Está bien, está bien, no voy a lanzarte reproches. ¿Cómo estás Kenan?

—Bien mamá, he ganado un concurso de literatura.

—¡Vaya eso es genial, mi hijo se va a hacer famoso!

—Y uno de los premios era venir a Escocia de promoción.

—¿Cómo? ¿Qué estás en Escocia? —inquirió con voz estridente.

—Eso es mamá.

—¿Y cuándo piensas venir a vernos?

—Pues no lo sé, dependerá de la ruta y del trabajo, eso no depende de mí. —La puerta de la habitación se abrió y Sarah apareció de nuevo en mi campo de visión, estaba tan guapa. Se había recogido el pelo en una cola alta que favorecía sus facciones. Le hice señal de silencio. Y ella me miró extrañada sin decir nada.

—Kenan sabes que te quiero verdad.

—Claro que lo sé.

—¿Qué sabes?

—Que me quieres, sé que me quieres —insistí— pero no sé si nos podremos ver, aunque estés cerca —repetí con vehemencia. Sarah al escucharme se quedó parada. ¿Qué pensamiento le estaría cruzando por la mente para mirarme de aquel modo? Su expresión había demudado a una incendiaria. ¿Y ahora qué le pasaba? Esa mujer debía tener algún trastorno de la bipolaridad. Sin venir a cuento saltó sobre mí y me arrancó el teléfono de la oreja. Estaba perplejo.

—Mira bonita de cara, te lo advertí, déjale en paz me oyes. Está aquí trabajando conmigo, así que por muy buena que estés y muchas ganas que tenga de follar contigo, no va a hacerlo. Me da igual que hayas venido a Escocia desde el mismísimo infierno. ¿No te quedó claro que no podías venir? Ahora está conmigo por mucho que te reviente y así va a ser durante un mes y si no te gusta, te aguantas —soltó casi sin aire, yo estaba alucinando, ¿con quién pensaba que hablaba?— No hace ni dos horas que estamos aquí y ya estás incordiando ¿Qué has hecho? ¿Coger el siguiente vuelo al nuestro para acosarle? —Esta vez fui yo quien le arrancó el teléfono de la oreja, no podía creer que le hubiera soltado aquella sarta de barbaridades a mi madre.

—¡Suelta el móvil loca del demonio! ¡¿Pero qué te has pensado?!

—¡No vas a irte a follar con esa zorra me oyes! —me gritó fuera de sí. Abrí la boca con la intención de decirle de todo menos bonita, pero después pensé que la venganza se servía en bandeja de plata.

—Ponte otra vez al teléfono y pregúntale, a quién tú crees que está al otro lado su nombre, pregúntale quién es —le dije y se lo tendí, mientras me miraba sin entender. Intenté sonar calmado para convencerla.

—¿Para qué tengo que preguntarle a ese zorrón quién es? ¡Ya sé su nombre! —dijo gritando de nuevo. Mi madre debía estar alucinada con tanto grito.

—Si tienes tantos ovarios como para hacer lo que has hecho, ponte al teléfono y pregunta —le ordené tendiéndole el aparato. Lo tomó de mala gana, mientras yo oía a mi madre gritar.

—«¡Kenan, Kenan! ¿qué ocurre? ¿Quién es esa tarada?» —Sarah se lo acercó al oído.

—Kenan me dice que te pregunte quién eres, aunque es obvio que ambas lo sabemos, no sé qué pretende, pero ya te lo he preguntado.

—Ay Dios no entiendo nada, ¿quién eres tú? ¿Qué haces con mi hijo? Yo soy la madre de Kenan, Aileen —respondió mi madre, Sarah se puso blanca, era tal su silencio y el griterío de mi madre que hasta yo podía oírla.

—¿Su madre?

—¡Exacto! ¿Quién eres tú? ¿Por qué me has dicho todas esas cosas? —preguntó mi madre nerviosa. Vi cómo su expresión demudaba a una de incredulidad y arrepentimiento. La había cazado, la miré expresando con los ojos un :«te lo mereces por meterte donde no te llaman». El azul cielo se volvió azul cobalto, al instante. Volvía a estar enfadada otra vez, comprendiendo mi jugada, sus ojos gritaban guerra.

—¡Ay disculpa Aileen! Es que ya no sé qué hacer con tu hijo. —«¿Cómo que no sabía qué hacer conmigo?». La muy hija de perra había cambiado el tono, a uno de total arrepentimiento— Soy Sarah la prometida de Kenan. —«¿Cómo? Pero ¿de qué iba?». Esta vez el que se puso blanco fui yo, mientras ella me miraba con ponzoña—. Kenan me engañó en Barcelona, me puso los cuernos con una zorra y desde entonces lo estoy pasando muy mal. —Aquello era increíble, ahora iba a quedar como el culo delante de mi madre. Ella proseguía con total desparpajo—. Lo intentamos arreglar, porque yo le quiero mucho, además me prometió que nunca más iba a ocurrir. Me costó, pero es tal el amor que siento por él, que decidí perdonarle. —Se había alejado unos pasos de mí la mar de sonriente y seguía con su tono de alma cándida, cuando era puro veneno. —Ella se ha obsesionado con Kenan, así que sigue molestándolo, incluso la muy malnacida, llenó con carteles los alrededores de la oficina donde trabajo, con la foto del miembro de tu hijo poniendo: “Se busca”, y ofreciendo una recompensa. Debajo de la imagen había puesto: “*Última vez visto entre las piernas de Brigitte, con anterioridad entre los muslos de Sarah Alcántara*”. ¡Fue bochornoso! —¿Cómo podía tener esa mente tan retorcida? Al fin y al cabo el escritor era yo, ¿no?—. Kenan y yo ahora trabajamos juntos, soy su jefa ¿sabes? La hija de su madre de la acosadora, no ha dejado de incordiar y pensaba que acababa de pillar a tu hijo declarándole su amor. ¡Si es que no levanto cabeza! —hipó como si estuviera a punto de romper a llorar. —No tenía ni idea de que existías Aileen, en ningún momento Kenan me había dicho que tenía familia, el muy canalla. Seguro que es, porque no quería que os conociera. —Iba a matarla ¿cómo podía estarle soltando aquella sarta de mentiras a mi madre?— Sé que llevamos poco tiempo y que todavía no nos conocemos muy bien, pero

que no me dijera que tenía familia me ha dolido mucho. —No podía dejarla seguir con aquello ¿En qué clase de persona iba a pensar mi madre que me había convertido? Jamás renegaría de mi familia ante nadie, estaba muy molesto y cabreado.

—¡Trae el puto teléfono! —le exigí.

—¿Cómo? ¿En Stirling? Para mí sería un honor, estamos en Edimburgo, pero no creo que su hijo quiera que nos conozcamos, tal vez tenga razón y es muy pronto —comentó mientras agitaba sus sus largas pestañas.

—Te vas a enterar —le dije. Ella sonrió abiertamente, estaba claro que había alcanzado su objetivo.

—Espera Aileen, que creo que Kenan dice algo, ¿qué dices amor? —silenció el altavoz del teléfono poniendo su mano sobre él para que no la escuchara mi madre. —Jaque mate Mackenzie.

—¡La partida no ha terminado jefa! ¡Me las va a pagar, prepárese para agarrar su escoba, porque está claro que mañana la va a necesitar! —la amenacé y fui con decisión hacia ella y le tomé el teléfono.

—Mamá prepara la habitación de invitados, mañana mi prometida y yo iremos a Stirling. —La miré con odio. ¿Quería jugar fuerte? Muy bien en la guerra y en el amor todo vale, estaba claro que me había ganado una batalla, pero ya se podía ir preparando, porque la final era mía.

11 CAPÍTULO (SARAH)



« ¿ Y ahora qué? ¿Cómo se me había podido ir la cabeza de aquella manera?». Estaba claro que Kenan movía demasiados sentimientos encontrados en mí. Estar con él era como estar al lado de una supernova a punto de estallar, o por lo menos yo me sentía así, a punto de estallar en cualquier momento.

Desde que le había visto desnudo, no había podido pensar en otra cosa. Salí de la habitación para tomar aire y decidir qué hacer, porque estaba claro que algo debía hacer. Tal vez fuera mejor sacarme a Kenan de la cabeza, aceptando su invitación a una ducha. Si me lo tiraba ocurriría como con los demás, un polvo y ya. Me costó admitir que le deseaba hasta ese límite, aunque me hiciera rabiarse, aunque supiera que tenía pareja y trabajara para mí. Era capaz de saltármelo todo por un polvo con él. Tanta tensión me nublaba el cerebro y eso no podía ser bueno, debía zanjar el asunto.

Entré en la habitación convencida de dar rienda suelta a nuestra pasión, porque si algo tenía claro, es que yo le ponía tanto como él a mí, aunque se molestara en interpretar lo contrario. Su bragueta hablaba por sí sola, no había un solo momento, en que no estuviera a mi lado, sin tenerla hinchada como si

fuera a estallar. Estaba claro que no podía llamar a las fuerzas especiales para que desactivaran esa bomba de relojería. Debía hacerlo yo sola, ¿podría hacerlo con mis labios? ¿A quién pretendía engañar? Moría por hacerlo.

Entré con la palabra determinación escrita en la frente, pero, para mi desgracia, ya no estaba en la ducha. Estaba vestido, descalzo, con el pelo húmedo y hablando por teléfono. A punto estuve de abalanzarme sobre él como si fuera mi presa y devorarlo sobre la cama cual tigresa hambrienta. Pero algo me detuvo, levantó su hermoso rostro fijando el negro de sus ojos sobre el azul de los míos. Me detuve, ¡aquel hombre era puro pecado y yo quería pecar! ¡Mucho! ¡En todas partes! ¡Muchas veces! ¡Hasta que lo tuviera en carne viva! Le necesitaba hasta tal extremo que me dolía. Levantó su mano extendiendo el dedo índice. «Ahora viene cuando lo flexiona y me dice sin hablar que vaya hacia él», pensé ilusionada. Error, puso el dedo índice sobre sus carnosos labios y me miró. «¿Me mandaba callar?! ¡Pero si no había dicho nada! ¿Habría oído mis pensamientos?» . Me centré en lo que estaba diciendo que hasta ese momento, me había pasado totalmente inadvertido. «Está claro que si piensas con la almeja, no pones la oreja».

—Que me quieres —afirmaba con rotundidad—, sé que me quieres. — ¿Cómo? ¿A quién quería? ¿Quién le quería?—. Pero no sé si nos podremos ver, aunque estés cerca. —¿Verse?!

Todo comenzó a nublarse, el color rojo invadió mi visión y no porque alguien me hubiera cubierto los ojos con una prenda de ese color. «¡Había dicho que la quería! ¡Qué estaba allí!» Solo podía decirle aquello a una persona. Estaba claro que la zorra de Brigitte, nos había seguido desoyendo mis órdenes. Una furia oscura comenzó a arremolinarse en mi vientre, jamás había tenido una sensación tan virulenta como aquella. «¿Celos? ¿Aquella sensación angustiante eran celos?» ¿Por qué debía estar celosa de ella? «¿Por qué ella se lo tira y tú no? ¿Por qué habías entrado pensando en darte un Kenazgo y tirarte a Kenan hasta el hartazgo? Está claro que la que se lo va a tirar es Brigitte, como no espabiles», sentenció la HDP de mi conciencia.

Entonces hice algo de lo que me arrepentiría más tarde. Le quité el teléfono a Kenan y le solté a la zorra de su novia todo lo que se me pasó por la cabeza. La cara de horror de mi escritor no tenía precio. Justo cuando terminé, Kenan me quitó el móvil de malas maneras, instigándome a que le preguntara a la majadera de su prometida quién era. ¿Ese hombre había perdido el juicio?

¿Para qué iba a preguntarle a Brigitte quién era? Estaba tan enfadado e insistía tanto, que para que me dejara en paz lo hice. Maldita la hora en que le cogí el teléfono y solté sapos y culebras por mi boca. «¿Por qué narices era tan impulsiva?». La Tierra se abrió bajo mis pies, un volcán entró en erupción, un meteorito cayó sobre mi cabeza y el fin del mundo llegó en forma de tres palabras: «Soy su madre».

«¿Su madre?! ¡La madre qué lo parió!, con perdón de la señora que estaba al otro lado de la línea. ¿Se podía tener más mala suerte?». Estaba segura, que me había quedado blanca de la impresión, mientras Kenan me miraba con esa cara de capullo arrogante, que le hubiese arrancado de un bofetón. La cosa no podía quedar así, acababa de quedar como el culo por su culpa. «¿Por qué no me detuvo y dejó que le soltara todo lo que me salió del higo?». Estaba claro que quería dejarme en ridículo, quería que quedara mal, pues muy bien, no lo iba a conseguir. Iba a remontar el partido como fuera y el muy memo iba a meterse un gol en plena portería, de eso me encargaba yo, como que me llamaba Sarah Alcántara. Mi cabeza maquiavélica comenzó a elucubrar una historia creíble, que me iba a encumbrar hacia la victoria. Al fin y al cabo tenía una editorial y había leído cientos de miles de libros, de imaginación y buenas tramas no iba escasa.

Comencé a escenificar una bola que a cada palabra se hacía más y más grande, como uno de esos aludes en plena montaña. A cada frase, me sentía cada vez más satisfecha al comprobar, cómo se iba transformando el rostro del capullo que tenía enfrente. Ahora ya no sonreía, ver todas aquellas emociones agolpándose en el rostro de Kenan me alentaba a no detenerme, estaba desbocada. «Lo reconozco soy una mala perdedora, me cuesta que me dejen con la palabra en la boca o con la sensación de que no he luchado hasta el final». Así que, me encontré contándole a esa pobre mujer una historia increíble, que dejaba a Kenan a la altura del betún. No sé qué esperaba lograr exactamente, pero desde luego, lo que no imaginaba es que Kenan recogiera el guante que le acababa de lanzar. Recuperó el móvil y con ello las riendas de la situación. No me contradijo, así que oficialmente mañana iríamos a casa de sus padres y yo sería su prometida. «¿Su prometida! ¡¿Cómo iba a ser su prometida si no dejábamos de discutir ni por un instante?!».

Lo peor de todo, es que cada vez que pensaba en ello, mi vagina se tensaba del regocijo. «¿Deberíamos besarnos delante de sus padres verdad?».

Kenan me miró con fijación.

—Te juro que no sé qué pretendes —me crucé de brazos— pero sea lo que sea, no vas a conseguirlo. —me dijo enfadado. Tenía dos opciones, me enzarzaba en otra discusión o destensaba un poco la cuerda. La verdad, es que estaba un poco harta de discutir y no me estaba llevando a ninguna parte. ¿Sería capaz de recular?. «Vamos Sarah, que en peores plazas has toreado», me dije intentando ser consecuente.

—Lo siento, me nublé, pensé que esa psicótica de tu prometida nos había perseguido, después no me sacaste de mi error y me hiciste quedar mal con tu madre, así que quería borrarte esa sonrisa de prepotente que tenías en la cara —él también se había cruzado de brazos—. No imaginé, que con mi historia tuviéramos que ir a casa de tus padres, ni que me siguieras la trola de la prometida —levanté los brazos en alto, mientras caminaba arriba y abajo, haciendo aspavientos—. Simplemente quería darte un escarmiento y todo se complicó. —Tenía una manera de mirarme tan intensa que no podía evitar sentir un enorme cosquilleo en todo el cuerpo, debería estar prohibido ser tan guapo y mirar así. Resoplé—. Tal vez me haya equivocado, si quieres llamo a tu madre y le explico que se trataba de una broma, no tenemos que pasar por esa situación si tú no quieres —terminé con el tono de voz moderado.

—Quiero.

—¿Cómo? —eso sí que no lo esperaba—. Tierra llamando a Kenan ¿es que te has dado un golpe en la cabeza?

—Si todo esto ha servido para que me tutees, te intentes disculpar a tu manera y te hayas sacado el palo, que parece que llevas metido todo el día por el culo... Quiero —sentenció. Guau, eso sí que no lo esperaba.

—¿Estás seguro? —insistí. Su presencia era imponente. Estaba de pie, incluso descalzo, le llegaba por debajo del mentón y eso que yo llevaba puestos unos buenos tacones.

—Muy seguro, hace años que no veo a mis padres. —Aquello me sorprendió y me di cuenta que no sabía nada de Kenan. Me había dedicado a hostigarle en vez de conocerle y eso debía cambiar.

—¿Te parece si te invito a comer y me lo cuentas? —Una bonita sonrisa me mostró aquella dentadura. Fue verla y pensar en ella tomando pequeños bocaditos de la piel de mi cuello. «Mmmm, ¿cómo se sentirán? ¿Podía una

enamorar de unos dientes? Eran tan bonitos, tan blancos, tan parejos, tan sexis...»

—Me parece genial —respondió y me aclaré la garganta, debía pensar que era imbécil tanto mirarle la boca, algo debía decir, puesto que su sonrisa se había ampliado casi al doble de su tamaño, al ver mi embobamiento.

—Me hubiera gustado ser dentista —le solté a voz de pronto.

—¿Cómo? —«¿Se podía ser más imbécil que yo?», me miraba sorprendido.

—Que si te miro tanto la boca es por tus dientes —aquello era cierto—. Emmm, los tienes muy bonitos y me fijo siempre mucho en la dentadura, como si fueras un caballo vaya —le expliqué. Soltó una gran carcajada.

—¿Me acabas de llamar caballo, señorita Alcántara?

—Bueno quería decir que, cuando un caballo tiene una buena dentadura, es mucho más valioso que uno que no la tiene. Tú tienes unos dientes fuertes, y blancos, y...—su sonrisa se ampliaba cada vez más— Detenme o te juro que no sé qué narices, voy a ser capaz de decir. —Se acercó a mí con sigilo, pasó su nariz por mi cuello hasta llegar al lóbulo de la oreja. ¡Joder! Me iba a desmayar, olía tan bien, le tenía tan cerca. Cerró sus dientes en el lóbulo de mi oreja, capturándolo. ¡Me iba a correr! ¡Mi vagina estaba haciendo chup, chup! Solo faltaba que Kenarguiñano me pusiera su perezjil y yo gritara: ¡rico, rico! Me estaba deshaciendo por dentro, mi cerebro estaba hecho papilla cuando mi oído captó el siguiente mensaje:

—Mis dientes sirven para hacer muchas cosas pelirroja, si te portas bien tal vez te lo demuestre —me susurró. «¡Por los clavos de Cristo! ¡Qué lo demuestre!»). Gritaba mi sexo embravecido. Mi tanga estaba haciendo aguas, hundiéndose en una marea de deseo incontenible, a ese ritmo mi vagina lo iba a engullir como si fuera un agujero negro. Se separó dejándome muda y temblando. Aguantando mi mirada, que estaba tan cargada de lujuria como la suya.

Era ahora o nunca, la cama estaba muy cerca así que, no me costaría nada tirarme sobre él y lanzarlo para caer sobre el colchón. Di un salto, cual ninja experimentada, esperando engancharme a él como un koala en celo, sin imaginar que al mismo tiempo, él iba a hacer un requiebro para subirse a la cama y coger sus zapatillas, que estaban al otro lado.

Mi imagen era una fusión entre superwoman, spiderman y el capitán calzoncillos cayendo en picado, e irremediablemente contra la mesita de noche. El impacto no se hizo esperar, iba de cabeza contra la mesilla. Por suerte pude poner las manos, antes de abrirme la cabeza con mi salto de apareamiento de koala salida, aunque la hostia me la llevé.

Kenan se giró de inmediato al oír el estruendo y yo disimulé como pude, con la mesilla agarrada entre mis manos y con un dolor horrible en las palmas. Suerte que el suelo estaba cubierto de moqueta y eso había amortiguado mi dolor de rodillas. Había arrancado la mesilla de cuajo. ¿Quién les mandaba a los del hotel, colocar una de esas mesillas pijoterías, que estaban suspendidas y sujetas a la pared?

—¿Pero qué ha pasado? —Me miraba preocupado, sin saber muy bien qué había ocurrido.

—Estos hoteles de pacotilla no saben nada de Feng Shui, esta mesita no puede estar aquí da mala suerte —dije soltándola sobre la cama poniendo cara de indignación, cuando querría estar aullando de dolor y no conteniendo las lágrimas, que amenazaban con churretear el rímel de mis ojos.

—¡Joder! ¿En serio? —Seguro que pensaba que era una puta loca.

—Soy muy maniática con estas cosas, las corrientes de energía son muy importantes para un buen descanso y ya que este va a ser mi lado de la cama, esa mesita no puede estar aquí.

—¡Que susto! Pensaba que te habías caído —«Si tú supieras, has estado a punto de ser sexualmente arrollado y ni te has enterado»—. ¿Estás segura de que era necesario? Solo va a ser una noche — preguntó mientras yo pensaba, en qué ocurriría si fuera al revés y lo viera a él de esa guisa y con aquella explicación tan absurda. Pero ya era tarde, además no podía contarle la verdad. Ese hombre me estaba convirtiendo en una mentirosa compulsiva.

—Completamente. —Alzó las manos en señal de rendición.

—Tú sabrás lo que haces, pero seguro que te cobran el destrozo, la has arrancado de cuajo. ¡Eres una salvaje! —No podía contener la risa, volvió a girarse para terminar de ponerse las zapatillas. ¿Salvaje? Le iba a dar yo salvaje, Kenan no me había hecho la cobra, ¡me había hecho la anaconda! Intenté recuperar mi dignidad, levantarme como pude e ir al baño a refrescarme, calmando la quemazón de las manos. ¿Era posible que Kenan

sacara la patosa de mi interior? En un solo día tres tropezones, esperaba que el cuarto nos lanzara contra la cama por lo menos.

—¿Estás lista? —dijo acercándose a la puerta.

—Claro —«Virgen de Guadalupe, ¡dame fuerzas para que no se la chupe!». Apoyado en el marco de la puerta, solo podía pensar en bajarle los pantalones y hacerle la mejor felación de toda su vida. «Resiste Sarah, que vais a comer, pero él no es el plato principal, por muchas ganas que tengas».

Salimos del hotel y todavía no sé cómo me sostuvieron las rodillas con semejante hombre al lado. Dimos un largo paseo por Edimburgo. Primero tomamos la Royale Mille, una de las calles principales que estaba repleta de tiendas. Los ojos se me salían, ante tantas cosas bonitas para comprar, aunque lo que verdaderamente más llamó mi atención, fue el Scottish Storytelling Centre. Este curioso lugar, estaba situado en una de las casas más antiguas de Edimburgo, la de John Knox. Era un lugar mágico, donde albergaban un montón de actividades relacionadas con la literatura. Además había un bonito café, donde tomar algo, incluso para comer o cenar algo ligero. Esa misma noche había una competición de cuentacuentos escoceses a la que decidimos asistir, sería divertido.

Pasear por aquellas calles plagadas de historia acompañada de Kenan fue un lujo. No era la primera vez que él estaba en Edimburgo, así que podía pasear relajada pensando en que él sabía dónde estábamos en cada momento. Llegamos a un gran parque.

—¿Dónde estamos? —le pregunté encantada con tanto verde.

—Es el Holyrood Park, también llamado parque de la reina o del rey. Es el parque más grande de todo Edimburgo, tiene unas doscientas sesenta millas.

—¡Guau! ¡Es enorme!

—Gracias —contestó risueño—. Todas me decís lo mismo cuando me la veis. —Yo también sonreí ante la broma, me gustaba aquella complicidad.

—Anda tonto, cuéntame algo más de esta maravilla, mientras andamos.

—Pues bien, estamos aproximadamente a un kilómetro y medio al este del Castillo de Edimburgo. Este parque tiene un montón de colinas, lochs o cómo los españoles les llamáis, lagos, cañadas, riscos y matas de tojo.

—¿Qué te mato de antojo? —bromeé.

—¿Mi pelirroja tiene ganas de guasa hoy eh? Pues yo no me reiría demasiado del tojo.

—¿Qué es? —disfruté de aquellos instantes de complicidad. Él buscó con la mirada hasta dar con ello.

—Mira es eso de allí —me señaló una especie de arbusto espinoso, con un montón de florecitas amarillas—. Mejor no te acerques demasiado, si te caes te podrías pinchar tu bonito trasero —.«Vaya, creía que tenía un bonito trasero...mmm eso me gustaba».

—Está bien no me acercaré, no he estado nunca en las Highlands, pero me imagino un paisaje más o menos así.

—Pues no vas muy desencaminada, este parque se creó recreando el paisaje natural de las Tierras Altas escocesas. Además antes fue una finca de caza real, desde el siglo XII. —Podía imaginarme a los aguerridos escoceses cazando por aquellos parajes. Mis tacones de doce centímetros no iban muy acordes al lugar, así que me paré en seco y me descalcé.

—¿Qué haces? —me preguntó extrañado.

—¿Te importa? Es que creo que no llevo el calzado adecuado para pasear por aquí —él asintió—. Mientras no te claves ninguna piedra y deba cargarte en brazos todo el camino... —respondió y abrió los ojos desmesuradamente.

—¿Me estás llamando gorda? —volvió a soltar una carcajada.

—Para nada, es más, creo que si te cojo en brazos no llegamos ni a la esquina, soy capaz de cometer cualquier locura contigo por mucho tojo que haya —replicó y me encendí como una bombilla, sin poder evitar mordirme el labio—. No me tientes bruja, deja de morderte el labio y vamos, a ver si logro distraerte con las vistas. —«¿Las vistas? ¿A quién le importaban las vistas teniendo aquel monumento escocés?». Me tomó de la mano y paseamos como si fuéramos una pareja normal. Qué bien se sentían sus dedos cruzándose con los míos. Tenía unas manos grandes, fuertes, que me tomaban con decisión. Sus dedos eran largos y cuidados, como si las manos fueran algo importante para él.

—¿A qué te dedicas? —Sabía que debería haberme preocupado por saber por lo menos eso, pero no fue así. Estaba tan enfadada que no pregunté nada de

él. Me miró frunciendo el ceño.

—¿Estás de broma? ¿No lo sabes?

—Lo cierto es que ni lo pregunté a mis chicas, estaba tan molesta con la jugarreta, que poco quería saber de ti.

—Vaya, gracias por ser sincera —no parecía molesto.

—Es la verdad —para una verdad que decía. Tenía las palmas calientes, me sentía tan bien cogida a él.

—Soy profesor en la Universidad de Barcelona de Literatura Escocesa.

—Con tu físico cualquiera lo diría.

—¿Qué le ocurre a mi físico? —volvía a sonreír. Era extremadamente risueño cuando no estaba enfadado.

—Pues que pareces más un entrenador de gimnasio, un militar o tal vez un bombero, que un profesor.

—¿Lo de bombero lo dices por el tamaño de mi manguera? —preguntó moviendo su cintura, mientras yo reía abiertamente.

—No seas obsceno, lo digo porque estás muy fibrado, eres grande y tienes un físico extremadamente atlético.

—Genética, supongo y un par de horas diarias de gimnasio.

—¡Yo también hago deporte y no estoy así! —le señalé de arriba abajo.

—Si estuvieras como yo, sería preocupante ¿no crees? En una mujer lo más hermoso son las curvas, no los bíceps —su respuesta me gustó. Si quería curvas yo tenía un circuito entero para que pudiera recorrerlo con un fórmula uno—. ¿Sabes que el punto más alto de Edimburgo está en este parque? Tiene unas vistas fantásticas ¿te apetece? —No podía decirle que no, pues lo que verdaderamente me apeteecía, era que buceara en mis curvas. Me encontré diciéndole que me lo mostrara. Paseamos hasta llegar al lugar llamado Arthur's Seat y desde donde había unas fantásticas vistas de la ciudad—. ¿Te gusta?

—Es precioso, pero tanto andar me ha abierto un apetito voraz, creo que soy capaz de engullir a toda Escocia.

—Así que mi jefa tiene hambre, pues vayamos a calmar ese apetito, no me

gusta que las mujeres pasen hambre.

Preguntamos a una pareja, que tenían pinta de locales, dónde podíamos comer algo apetitoso y que no estuviera muy alejado. Nos mandaron al Aizle, a cuatrocientos metros de dónde estábamos. Estaba en la calle St. Leonards Street. En una fachada de piedra oscura, se encontraba este pequeño restaurante, cuyo exterior estaba recubierto de madera azul pastel, otorgando cierta dulzura al lugar. El interior era muy rústico, con suelos de madera a juego con las mesas. Las sillas y los sofás, en cambio, eran en tonos azules como la fachada. Me gustó el detalle del tejido de tartán escocés, que cubría los sofás.

Nos acomodaron en una mesita para dos que dada a la ventana. Mi estómago rugió como un león hambriento, no podía evitarlo, igual que no pude evitar el sonrojo. Kenan se colocó la servilleta sobre las piernas diciendo:

—Siempre me han gustado las mujeres con fuertes apetitos. —No sé si aquella frase me tranquilizaba o me ponía más nerviosa. Gracias a aquella caliente mirada que me lanzó desde el otro lado de la mesa, despertó otra hambre muy distinta entre mis piernas.

El camarero se acercó, era un hombre muy receptivo, se dio cuenta al instante que era nuestra primera vez y amablemente nos explicó, el funcionamiento del local. No tenían el típico menú, sino una lista de ingredientes que tú podías combinar a voluntad, de ahí podía salir cualquier cosa.

Nos pareció una idea original y arriesgada, teniendo en cuenta que había ingredientes que ambos desconocíamos. Pero la gracia del local era esa, supongo. El precio era cerrado, treinta y cinco libras, si querías bebida debías sumarle veinte más.

—Hoy invito yo y no acepto un no, esperemos acertar con la combinación de sabores. Pierre Corneille decía: “Conquistar sin riesgo, es triunfar sin gloria” —Me miró sorprendido cuando me anticipé a él, recitando aquella frase que tan bien conocía.

—¿La conocías?

—Digamos que la aplico continuamente —respondí y mi estómago volvió a gruñir.

—Pues hagamos nuestra arriesgada elección, antes de que me convierta en tu comida de hoy.

No podía llegar a imaginar las ganas que tenía de que fuera mi comida... Decidimos elegir tres platos para compartir entre los dos, así acertaríamos alguno seguro. Me sorprendió la facilidad de mi acompañante para sugerir ingredientes, ¿cocinaría bien? No pude evitar pensar en él desnudo, con solo un delantal y preparándome el desayuno. Mi mente no paraba, estaba claro que mi ansia por él era descomunal. Kenan rezumaba sexo por los cuatro costados y yo estaba deseando, descubrirlos todos. El camarero vino a tomar nota, le recitamos nuestra elección y este se retiró para pedirlo a cocina, dejándonos solos de nuevo. Antes de que se marchara, Kenan le pidió que nos trajera algo para ir picando y bebiendo. Estaba claro que tenía verdadero pánico a que lo engullera. En un momento, nos encontramos con una botella de vino blanco muy fría, una cesta de pan recién horneado con queso Labneh hecho de yogur, como nos informó el camarero. Realmente no lo había probado nunca y no sé si era por el hambre, pero me resultó exquisito.

—Mmmmm, me encanta —estaba saboreándolo a conciencia.

—Me alegro que te guste y me encanta esa cara de placer, como si te acabaran de servir langosta, en vez de pan con queso.

—No voy a engañarte, me gusta la langosta, pero si está bueno, como es el caso, me lo como todo —«¿Es que no podía dejar de soltar frases con doble sentido?». Él sonrió mirando fijamente mis labios.

—Me alegra saberlo, tomaré nota de ello. —Busqué otro tema, con intención de sacarme aquella oscura mirada de encima.

—Creo que ibas a hablarme de tu familia ¿no es cierto? —Sirvió el vino y tras alzar la copa en un brindis, me asombró recitando.

—Por el destino, que pone en tu camino personas que te sorprenden minuto a minuto —soltó. Acerqué mi copa a la suya y dimos un trago. Necesitaba con urgencia el frío de la bebida, pues me sentía arder por dentro. ¿Lograría que el vino apagara mi fuego?—. Ahora sí, ¿qué quieres que te cuente? —me preguntó. Le notaba tenso, se notaba que el tema de su familia no era algo que le hiciera sentir cómodo y no tenía intención de hacerle pasar un mal rato.

—Lo que tú quieras y estés dispuesto a contar —respondí, no quería hurgar demasiado. Apoyó la espalda en la silla acomodándose.

—Mi familia vive en Stirling, cosa que ya sabes gracias a tu conversación con mi madre —asentí—. Aunque no siempre fue así. Somos descendientes de los Mackenzie originales. Mi padre tiene un árbol genealógico enorme presidiendo el salón de casa, donde está reflejado todo nuestro honorable pasado. Ser los descendientes directos de los laird que habitaron las tierras altas y lucharon con Bruce para lograr la independencia de Escocia, es un orgullo para mi padre.

—¿Para ti no? —pregunté, no estaba segura de si era una sensación, pero parecía que no compartía aquel sentimiento con su progenitor.

—Supongo que sí, aunque lo tengo tan interiorizado y mi padre me machacó tanto con el tema, que en algún punto dejó de importarme. Él es policía ¿sabes? Un orgullo para los Mackenzie, no como yo, que me he dedicado a algo tan deshonroso como la enseñanza —replicó con amargura.

—¿A tu padre no le gusta tu profesión? —me extrañó que a un padre, no le gustara tener un hijo que fuera profesor en la universidad. Dio otro trago a su copa.

—No, cree que mi doble licenciatura en historia y filología es una pérdida de tiempo para un hombre. Estamos hechos para proteger, pero no para educar.

—¡Pero eso no es así! ¡Válgame Dios menudo cavernícola! —protesté indignada—. En la guerra no está la solución a los problemas, sino en el diálogo y en la educación.

—Eso cuéntaselo a mi padre pelirrojo, yo opino como tú.

—No dudes que lo haré —me molestaban mucho los hombres que pensaban de aquel modo. Estaba claro que el padre de Kenan era un machista.

—Mi hermana siguió sus pasos —aquello sí que me descolocó.

—¿Y tu padre aceptó que una mujer fuera policía? —«¿Qué tipo de machista era ese?».

—Supongo que no le quedó más remedio, Suzane siempre tuvo unos ovarios gigantescos. Fue la primera de su promoción, así que no tuvo otra que aceptar que los huevos que me faltaban a mí, los tenía mi hermana menor —lancé la servilleta sobre la mesa.

—Esto es indignante, ¿cómo que los huevos que te faltan a ti? —dije

furiosa, aquel fue el momento escogido por el camarero para traer los platos. Recogí la servilleta malhumorada por pensar, que su propio padre, le hubiera hecho creer aquello a Kenan. Ningún padre debería comparar a sus hijos y menos aún con comentarios despectivos.

—Señores unos entrantes para que abran apetito mientras esperan, cortesía de nuestro chef —el camarero presentó unos aperitivos con una pinta riquísima, a la vez que nos explicaba el contenido de cada uno.

Nos sirvió unos bocaditos de cerdo con cebolla caramelizada, en dos preciosas cucharitas de porcelana. El segundo aperitivo era más bonito, y consistía en un rico queso de cabra, con puré de zanahorias y papel de la misma hortaliza. Para culminar, nos sirvió una pequeña olla con puré de apio y cilantro, recubierto con astillas de manzana fresca.

—Mmmmm, ¡madre mía está todo riquísimo!

—Sí, al parecer hemos acertado. —Kenan parecía tan complacido como yo.

—Bueno así que tenemos a tu padre, el súper policía, tu hermana la admirable y ¿tu madre? —Los ojos le brillaron con cariño.

—Mi madre, a quien ya conociste telefónicamente —aclaró guiñándome un ojo—, es el amor de mi vida. —Aquella afirmación me puso un tanto nerviosa, estaba claro que cualquier mujer que quisiera el corazón de Kenan, iba a ser comparada con ella—. Ella siempre me apoyó en todo y solo tengo palabras de agradecimiento, siempre ha sido una madre ejemplar, me ha dado todo su apoyo y su cariño.

—Entiendo —menos mal que alguien le había respaldado en esa familia.

—No tuve una mala infancia Sarah, fui un hijo muy querido. Era el capitán de fútbol en el instituto y los deportes siempre se me dieron bien. Mi padre estaba convencido que un as de los deportes como yo, solo podía seguir un camino...

—Y obviamente no era el de la literatura o la educación —interrumpí.

—Exacto. Le decepcioné y no supo gestionarlo, por ello, decidí renunciar a mi plaza en la universidad de Stirling y aceptar la vacante en la de Barcelona, estaba cansado de reproches. —Podía entenderle a la perfección. El camarero, volvió a la mesa para retirar nuestros platos y servir nuestras

arriesgadas opciones para compartir.

Nos anunció el resultado de los platos que habíamos creado: Agnoletti relleno de cuajada de cabra, guisantes frescos y brotes de arvejas. Merluza que estaba hermosamente preparada y servida con patatas de abeto rosa, verdolaga con salsa de mantequilla de sidra. Y para terminar, solomillo de cerdo con guarnición de patatas pilaf, kimchee encurtido y salsa dulce.

Lo cierto es, que todo olía de maravilla así que, por un rato nos dedicamos simplemente a degustar la comida y a hablar sobre nuestras asombrosas creaciones. Aquellos sabores conjuntaban realmente bien, buscamos un tema de conversación alternativo, que nos ayudó a conocernos un poco mejor. El juego de a qué nos recordaban los sabores de cada plato, resultó ser un acierto. Fue un rato muy agradable. La comida terminó en un postre muy dulce, una increíble mousse de chocolate con cacahuets confitados y galletas de praliné. Soy una golosa incurable, así que estaba salivando por hincar la cuchara.

Para mi asombro solo nos pusieron una, que Kenan se afanó en coger, ninguno de los dos pidió otra, así que me encontré con una cucharada repleta de aquella delicia marrón frente a mis labios. Abrí la boca y saqué la lengua para degustar aquel manjar de dioses. Acto seguido con la cuchara a medias, Kenan la introdujo entre sus labios y la vació completamente. No apartó la vista ni un instante de la mía.

«¡Jesús! ¿Podía haber algo más erótico y caliente que te dieran de comer de aquel modo?». No dije nada, tampoco él, quien en vistas del éxito se dedicó a alimentarnos a ambos. Cuando íbamos por la mitad me soltó.

—Espero que no seas escrupulosa —. «¡A buenas horas mangas verdes!»

—Creo que ha quedado claro que no lo soy —dije capturando la siguiente cucharita repleta de dulce.

—Me alegro —la sacó de mis labios, puso una pequeña cantidad y la saboreó como si la cucharilla estuviera completamente llena. Mi sexo no dejaba de palpar pensando, que aparte de la mousse, estaba degustando mi propio sabor.

Durante la comida cayeron dos botellas de un riquísimo Sauvignon blanc,

que nos dejaron bastante tocados. Me fascinó como un simple paseo y una comida, podían estrechar tanto los lazos entre dos personas y limar las asperezas que habían surgido entre nosotros.

Kenan estaba siendo todo un descubrimiento y no sabía, si estaba preparada para encontrarme con un hombre, que me gustara más que para un simple momento de desenfreno.

12 CAPÍTULO (KENAN)



Aquella mujer me tenía literalmente hechizado. Era lista, sexy, divertida, con un carácter de arpía que me volvía loco y un físico, que me la ponía dura a cada momento.

Me encantó el paseo a su lado, que se descalzara con total naturalidad en el parque, que fuera capaz de hacer un recorrido de dos horas sin zapatos y lo que era más importante, sin quejarse. Si hubiera llevado a Brigitte conmigo, no hubiera dado un solo paso. Me encantó cuando se soltó la coleta en la cima y los rizos rojos se agitaron al viento. Parte de su cabello estaba pegado por el sudor, no podía dejar de imaginar mis manos subiéndole el vestido. Me hubiera encantado, sujetarle el pelo con una mano y con la otra, acariciar su cadera desnuda, mientras la poseía en la cima, con la ciudad a nuestros pies.

Me gustó aquella tregua que habíamos interpuesto, no pelear con ella, me dejaba vislumbrar a la auténtica Sarah.

La experiencia gastronómica me dejó con un terrible dolor, concentrado en un punto muy concreto de mi anatomía. Ver el placer bañando su rostro a cada bocado, cómo degustaba la comida poniendo los ojos en blanco, y cómo lamía

la cuchara que compartía conmigo en el postre. Fue un reto. Mi mente, no dejaba de imaginarla desnuda sobre la mesa, con la comida dispuesta sobre el cuerpo, para que yo la degustara, mientras la penetraba lentamente, torturándola y arrancándole gemidos de placer a cada envite.

Sabía que no podía pensar en ella de ese modo. Que estaba prometido con Brigitte, pero era incapaz de alejar aquellos tórridos pensamientos de mi cabeza. Le prometí a Brigitte que no me acercaría a ella y estaba haciendo justo lo contrario.

De regreso al hotel Sarah quiso ducharse, la dejé sola en la habitación con la excusa de que debía hacer unas llamadas. Cosa que no era del todo incierta, pero lo que verdaderamente me impulsó a dejarla sola, fue no romper la promesa que le había hecho a mi prometida. Si estaba en la habitación a sabiendas que Sarah estaba metida en la ducha, desnuda y yo a escasos metros, no iba a poder evitar caer en la tentación de abrir la puerta y tomarla como deseaba o por lo menos intentarlo.

Creí ver un deje de desilusión en su mirada cuando le dije que le dejaba la habitación para ella sola, pero rápidamente se recompuso, ofreciéndome la mejor de sus sonrisas. Bajé al hall y marqué el número de Brigitte quien no tardó en contestar.

—¿Hola Keni cómo estás? Creía que te habías olvidado de mí —su voz me recordó a la de una niña pequeña, nada que ver con la envolvente voz de Sarah.

—Imposible —le garanticé—, no podría olvidarme de ti, aunque quisiera.

—Oh, qué bonito Honey. ¿Te lo está poniendo difícil esa bruja?

—No sabes cuánto... —mientras hablaba, pensaba en el apetecible cuerpo de mi jefa bajo el agua y temblaba de anhelo.

—¿Sabes que me hubiera gustado estar ahí contigo verdad? —me preguntó y suspiré, pensando en que ella no tenía culpa de mi encaprichamiento.

—Lo sé, pero debe ser así, al fin y al cabo solo será un mes.

—Te extraño Keni, ahora mismo me encantaría estar disfrutando de tu cuerpo, Ekaterina sigue aquí conmigo —aquello me hizo pensar en la noche anterior, en el sexo salvaje que compartí con ambas mujeres—. ¿Te importa?

—No. —Era cierto, pensar en que Brigitte estaba disfrutando con aquella mujer, no me importaba lo más mínimo.

—Bien, no me gustaría hacer algo que te incomodara.

—Ya sabes el tipo de relación que mantenemos Brigitte, no hace falta que me pidas permiso. Es sexo sin amor, no como lo que nosotros compartimos, ¿recuerdas? —Hacía mucho que habíamos pactado aquello, cuando comenzamos a acostarnos, Brigitte me contó que ella necesitaba hacerlo con diferentes personas, que no le gustaba la monotonía y yo lo acepté. Nunca había compartido pareja sexual, pero con Brigitte me parecía de lo más natural. Aunque hasta el momento, siempre habíamos participado ambos en los juegos, nunca por separado.

—Lo recuerdo, ¿así que no te importa que juegue, mientras tú no estás? —¿Me importaba? Imaginé a mi prometida manteniendo relaciones sin mí, con otras personas y la respuesta fue rápida.

—No, puedes hacer lo que desees, con quien desees. —Egoístamente pensaba en que si ella podía hacerlo, yo también, así que si llegábamos a ese acuerdo, ahora mismo podía subir a la habitación y poseer a Sarah, sin ningún tipo de remordimiento.

—Gracias Honey, tú también puedes jugar si te apetece —aquello me tranquilizaba, ahora sí podría ir a jugar con mi jefa—. Con cualquiera menos con la pelirroja. —No me esperaba aquello.

—¿Cómo?

—Que puedes acostarte con cualquiera menos con ella, no la soporto, no me gustó cómo me trató y creo que le gustas más que para un polvo.

—¡Eso es Absurdo! ¡Si no me soporta! —¡No podía hacerme prometer eso! ¡Era a la única que deseaba!

—Es un papelón Keni, a tu jefa le pones mucho, estoy convencida. Júramelo Keni, prométeme que no la tocarás. —¿Qué hacía? ¿Se lo prometía? ¿Y si no podía cumplir con mi promesa? No podía traicionarla...Me quedé en silencio.

—¿Keni? ¿Keni? ¿Estás ahí? ¡Oh mierda creo que se ha cortado! —oí una voz, que me pareció demasiado ronca para ser de Ekaterina.

—¿Le has contado a tu prometido, que llevamos desde que se largó follando como locos? —¿Quién narices era? La voz no me sonaba nada, aunque casi era como un murmullo, tal vez sí era Ekaterina, que se había quedado ronca de tanto gritar. Aquella mujer era muy ruidosa.

—No te preocupes, me ha dado carta blanca, solo espero que no se tire a esa majadera de jefa que tiene, ¿cómo se apaga este maldito trasto? ¡Para! ¡Espera! ¡No, no esperes, sigue comiéndomelo así de bien! —Después la comunicación se cortó. Era cierto que le había dado carta blanca, pero estaba realmente cabreado, no porque mi prometida estuviera manteniendo relaciones con otra persona, sino por no haber obtenido la libertad que necesitaba. Si yo no le había puesto condiciones de con quién debía acostarse o no, ¿por qué debía ponérmelas ella?

Apagué el teléfono de mal humor y subí a la habitación. Sarah acababa de salir de la ducha con un toalla envuelta en su cuerpo y el pelo húmedo mojándole la espalda.

—¿Has terminado de hablar? —verla así me nublabla la capacidad de pensar.

—Sí, necesitaba hablar con Brigitte y aclarar ciertas cosas.

—Oh —dijo con la boca pequeña—, comprendo.

—No, no comprendes —ella me miró entrecerrando aquellos ojos azules que me enloquecían.

—Sí, sí comprendo. ¿Podrías salir de la habitación para que pueda vestirme tranquila? —¿Ahora quería que me largara? ¿Qué había sido de esa mirada de antes, cuando parecía suplicarme que me quedara?

—Y si te digo que no —sonrió ladina.

—Si me dices que no me va a dar absolutamente lo mismo, pienso cambiarme de todas formas, no me avergüenzo de mi cuerpo. —Tiró de la toalla y la dejó caer, hasta que fue un amasijo blanco en sus pies. ¡Joder! Aquello sí que no lo esperaba, si vestida era una delicia, desnuda era un pecado. Mis ojos se deleitaron en aquellas generosas curvas, en esos pechos voluminosos con dos aureolas tamaño galleta, que me invitaban a devorarlas. Su abdomen suave y ligeramente curvado se hundía, mostrándome un diminuto triángulo de rizos rojos recortados sobre un sexo de labios generosos, tal y

como lo había imaginado en mis sueños. Quería arrodillarme ante ella, separar aquellos muslos poderosos y hacerle el amor con la boca—. Ahora que ya estamos en paz, puedes largarte por dónde has venido, ni yo voy a tocarte a ti, ni tú vas a tocarme a mí. Esto te lo debía por lo de esta mañana —dijo recogiendo la toalla del suelo—. Ahora ambos estamos empatados —caminó desnuda hasta el armario mostrándome aquellas nalgas redondas y blancas. Mi entrepierna no podía estar más dura.

—Sarah —la llamé con la voz ronca de deseo.

—No estoy de humor para tus juegucitos Kenan, si tienes ganas de desahogarte métete en el baño y llama a tu novia, seguro que está encantada de echarte una mano. Yo no —Se puso unas bragas de encaje burdeos y un sujetador a juego. Estaba tan hermosa con aquel conjunto.

—Brigitte y yo...

—¡Que no quiero que me hables de ella! ¿Qué es lo que no entiendes de todo esto? Tú y yo solo tenemos una relación laboral y es lo único que vamos a tener, nada más. Me da igual tu “Brigitte y yo”, me la trae floja. No quiero saber nada de vuestra relación, ni ahora, ni nunca ¿entendido? —Asentí, sus ojos me miraban con enfado. Estaba claro que o me había confundido de señales, o le pesaba más nuestra relación profesional, que la química que podía existir entre nosotros.

—Muy claro, si no te importa voy a dar un paseo solo, después vendré a ducharme y salimos a cenar donde teníamos previsto. ¿Te parece? —me hubiera gustado pasarme la tarde haciéndole el amor, pero estaba claro que ella no deseaba lo mismo, y que no iba a ser así.

—Perfecto, a mí también me apetece estar sola, no estoy acostumbrada a estar con un tío las veinticuatro horas del día, estoy empalagada de ti —me molestó que se refiriera a mí como un tío empalagoso. La complicidad de la mañana se alejaba a marchas forzadas.

—Jefa —le dije a modo de despedida inclinando la cabeza. Después me largué, dispuesto a descargar mi mala leche como fuera.

Mi elección fue andar como alma que lleva el diablo. Me adentré en la Royal Mile. Edimburgo estaba repleta de esas callejuelas estrechas que te hablaban de otra época, a través de la arquitectura y la piedra de sus edificios. Fui a parar al patio interior de Lady Stair’s Close.

Al levantar la vista, me encontré con una figura dorada inclinada sobre un pupitre, pluma en mano. No era la primera vez que estaba allí, estaba claro que mi subconsciente me había llevado al Museo de los escritores. Tal vez fuera una buena opción para evadirme. Era un museo pequeñito, la entrada era gratuita y puesto que no tenía nada mejor que hacer, podía entretenerme con alguna curiosidad.

Había estado hacía años en aquel lugar, en mi época de estudiante, aunque lo único que venía a mi memoria de su interior, era su escalinata de caracol, con las paredes pintadas a media altura en color rojo intenso. Tenía las letras R y S grabadas en dorado y un pasamanos en madera oscura, siguiendo toda la trayectoria de la escalera.

Había una exposición de un gran autor escocés, de hecho el museo albergaba exposiciones de autores muy concretos, que iba cambiando para no ser monótono. En aquella ocasión el gran referente de la novela negra escocesa, Ian Rankin, había tomado el control del museo. Este autor se había dado a conocer por un personaje muy concreto, el inspector Rebus. Todavía podía recordar cuando el primer libro cayó en mis manos y me sedujo, manteniéndome en vilo toda la noche.

Gracias a aquel inspector Rankin, creó una de las sagas de novela negra más famosas de Escocia. La conformaban la friolera de veinte libros, los cuales había leído y releído como un poseso. Lo más mágico de sus libros es, cómo logra adentrarte en la magia de Edimburgo sin que te des cuenta, te lleva de viaje a través de la ciudad, relatándote la situación económica y política sin que apenas te des cuenta. En sus entramados, vives Edimburgo a través de las luces y las sombras. Lo que más me había llamado la atención del inspector Rebus, es que se trataba de un hombre de cuarenta años, anárquico y decaído. Era un alcohólico consumado, rebelde, melancólico, cínico, fracasado en la mayor parte de relaciones personales y con una amplia trayectoria en las tabernas de Edimburgo. A parte de sus más que plausibles defectos, John Rebus era un tipo tenaz, agudo, regido por algo parecido a una moral propia, llena de humanidad. Además, casi siempre conseguía encerrar a los malos, aquella perfecta imperfección marcó mis días grises, cuando había terminado mi carrera y la relación con mi padre dejaba mucho que desear.

Tras bucear y destripar la exposición por entero, decidí pasarme por la Armchair Books, la librería más pintoresca de todo Edimburgo, dedicada a la

venta de libros de segunda mano. Allí había encontrado más de un tesoro oculto explorando entre sus desvencijadas estanterías. Los libros se desparraman por todas partes, desde el suelo hasta el techo, dándole al local un aspecto algo destartado, pero también mágico.

Descubrí un poemario de Robert Burns, un gran poeta escocés del romanticismo. Era una edición muy antigua, así que no me lo pensé dos veces y lo compré. Pedí que me lo envolvieran en papel de regalo, sin estar muy seguro de qué iba a hacer con él, pero a sabiendas, de a quién quería entregárselo.

Me tomé una cerveza en una taberna cercana, para apagar la sed y puse rumbo al hotel, era casi la hora de cenar y a mi pelirroja no le gustaban los impuntuales.

Cuando llegué a la habitación, faltaba una media hora para la cena. Me duché rápidamente y me vestí. No tenía nada formal en mi vestuario, así que me puse otros tejanos y un polo negro. Justo cuando me estaba calzando, la puerta se abrió, casi me caigo desmayado por la impresión.

Sarah estaba preciosa, con un vestido cruzado negro de manga corta anudado en la cintura. Lucía un escote de pico que mostraba su generoso escote. Estaba seguro que había pasado por la peluquería, su cabello estaba suave y perfecto, listo para que metiera mis dedos en él y la acercara a mis labios.

—Estás preciosa —reconocí.

—Gracias, tu tampoco estás mal —respondió, parecía más sosegada que cuando la dejé.

—Te he traído un regalo —me levanté y le tendí el libro. Parecía gratamente sorprendida.

—¿Para mí? —«¿Le había temblado la voz?»

—Sí.

—Yo no tengo nada para darte —parecía apesadumbrada.

—Tampoco lo esperaba. ¿Es que no lo vas a abrir?

—Por supuesto —dijo y abrió con delicadeza el envoltorio, como si tuviera miedo de romper lo que había en el interior. Cuando el libro apareció

ante sus ojos, lo contempló maravillada. Deslizó sus dedos por la cubierta y por el interior de las hojas, como si estuviera memorizando su tacto. «¿Me acariciaría a mí igual? ¿Con esa veneración?»—. Es maravilloso Kenan, es una de las primeras ediciones, debe haberte costado una fortuna —comentó y le resté importancia al precio. No había sido barato, pero para lo que era, caro tampoco.

—Lo importante es que te guste ¿he acertado? —me daba miedo no haberlo hecho.

—¿Cómo no vas a haber acertado? ¡Es un gran regalo! —Si le hubiera llevado eso a Brigitte seguro que me lo hubiera lanzado a la cabeza.

—Me alegro, ¿vas a darme las gracias o tampoco te enseñaron eso tus padres? —le pregunté divertido arqueando las cejas. Ella se acercó a mí, solo nos separaba un paso. Tomó mi cara entre sus manos, mi barba cosquilleaba en ellas, mientras acercaba su rostro al mío susurrando.

—Muchas gracias señor Mackenzie —me dio dos húmedos besos, muy cerca de la comisura. Mi pulso se había desatado, al captar su aroma y su cercanía. Después se separó de mí sin distanciarse demasiado.

—¿Eso es todo? ¿Le regalo una de las primeras ediciones de Burns y me premia con dos simples besos en la mejilla? —pregunté, sus pupilas se habían dilatado y su rosada lengua, trazaba el contorno del grueso labio inferior, inflamando mi deseo.

—¿Hay algo más que pueda hacer para agradecérselo señor Mackenzie? No me gustaría que pensara que soy una desagradecida o que mis padres no me hayan educado bien. —No estaba seguro de si aquello era una invitación o no, pero no iba a tardar en saberlo.

Esta vez fui yo quien la tomó del rostro y con posesión, capturé sus labios entre los míos, colando mis dedos como deseaba en su cabellera. Sarah gimió en mi boca y yo di gracias al cielo, por no haberme equivocado. Sus manos buscaron mi nuca para acercarme más a ella, con decisión, mientras su lengua no se hacía esperar y se enredaba con la mía.

¡Dios esa mujer besaba con arrojo! Sabía a gloria en estado puro. Una de mis manos bajó hasta su trasero tomándolo y empujándolo contra mi creciente erección. No pareció importarle. Sarah seguía degustando mi boca con una pasión arrolladora, que me hacía desear más y más, con cada pasada de su

lengua. Me froté contra su vientre y volvió a implorar en mis labios.

No podía pensar en soltarla, solo en fundirme con ella y hacerla mía de una vez. Aproveché que me sujetaba con fuerza, para bajar la otra mano hasta su pecho y acariciar, el pezón que sobresalía con firmeza. Esta vez el que gruñí fui yo, al comprobar lo listo que estaba para mí, me aparté de sus labios, fui bajando por su cuello lamiendo aquella blanca piel, hasta llegar a su escote. Sin pedir permiso mordisqueé el pezón por encima de la tela, escuchando su primer grito de placer. ¡Santo Dios, iba a reventar si no la poseía! Sarah estaba abandonada, estaba convencido que podía hacerla mía, en aquel preciso instante. Alguien tocó a la puerta, tan decidido estaba no lo escuché, o tal vez mi cerebro decidió omitirlo. Seguí torturando aquel adorable botón. Se oyó golpear con más fuerza, insistiendo. Sarah protestó sin demasiada convicción.

—Kenan por favor detente, esto se nos está yendo de las manos. —«¿De las manos?». «A mí no se me estaba yendo nada de las manos, sabía muy bien dónde tenía puesta cada una». A la tercera llamada, me gritó separándome de ella de un empujón.

—¡Kenan joder! ¡Te he dicho que pares! ¡No ves que están llamando! — Me costó recuperar la cordura y más todavía pensar en separarme de ella, con la erección de caballo que tenía entre las piernas—. ¡Adelante! —exclamó Sarah dándole paso a quien fuera.

Uno de los chicos del hotel entró disculpándose, cargando con un montón de bolsas. Informó a Sarah que aún quedaba algo por subir. ¿Aquella mujer estaba loca? Había comprado medio Edimburgo.

Sarah recuperó la compostura y le dio una propina al chico, que se despidió diciendo que ahora subía el resto. Así que ya me podía despedir de mi polvo.

—¿Se puede saber qué narices has comprado mujer? —Todavía estaba alterado, porque nos hubieran interrumpido.

—Creo que tu pregunta está fuera de lugar, a ti no te importa qué compré o qué deje de comprar. Es mi dinero y hago con él lo que deseo. —Sabía que tenía razón y que no podía ni debía meterme, pero estaba irritado.

—Todas sois iguales, siempre pensando en compraros trapitos nuevos, malgastando el dinero. —Su mirada acerada se clavó en la mía, estaba claro

que estaba disgustada.

—Será mejor que no globalices, que tu prometida sea una derrochadora, no quiere decir que las demás lo seamos. —Alcé una ceja mirando todo aquel despliegue de bolsitas de colores.

—A la vista está —dije señalando todo aquel despliegue multicolor.

—Son regalos para mis chicas, por lo menos la mayoría. Ellas no van a disfrutar de Edimburgo, así que era lo mínimo que podía hacer, además de comprar algo para tus padres y tu hermana. —Acababa de meter la pata hasta el fondo.

—Lo siento yo pensé...

—Sí ya vi que pensaste mucho, cuando me metiste la lengua hasta la campanilla, seguro que Brigitte fue lo primero que te vino a la cabeza. — Estaba provocándome aposta y lo sabía.

—No veo que a ti te importara demasiado en quién pensara, mientras gemías frotándote como una loca.

—¿Qué yo me frotaba como una loca? Pero si eras tú, el que estaba empujando con el monstruo del lago Ness en mi estómago, igual pensabas que podías perforarlo y hacerte una residencia de verano en mis carnes —estaba enfadado, irritado, pero aun así aquella afirmación me hizo reír— ¿Y ahora te ríes?

—Es que te pones muy graciosa cuando te enfadas, pelirroja.

—¡Ah! ¿Ahora soy graciosa? —No podía dejar de sonreír, por lo absurdo de la situación y creo que se lo acabé contagiando. Así fue, como nos encontró el pobre chico del hotel, cargado de bolsas hasta las cejas. Desternillándonos de la risa.

—Creo que será mejor que dejemos todo esto aquí y vayamos a cenar, el espectáculo debe estar a punto de comenzar, no me gustaría que nos perdiéramos la batalla de cuentacuentos.

—A mí tampoco, ¿vamos entonces?

—Vamos jefa —la tomé de la mano y ambos salimos riendo de la habitación. Estaba claro, que el buen rollo había vuelto a instaurarse entre nosotros.

13 CAPÍTULO (SARAH)



Estábamos regresando al hotel después de una velada fantástica, yo no podía dejar de reír a costa de Kenan, que seguía con el ceño fruncido.

—Te juro que no lo hice a posta —decía con lágrimas en los ojos.

—Claro, seguro que no, aquel tipo llevaba toda la puta noche lanzándote miraditas desde el escenario —era cierto y me encantaba ver a mi escritor tan molesto por aquello—. ¡Si incluso te dedicó el cuento! —hizo una mueca para imitar a mi admirador de la noche— Para la mujer de cabellos de fuego y mirada celestial, que me ha robado el corazón, con su mirada angelical. Será memo el tío ¿se puede ser más cursi y empalagoso? —Me encantaba pensar que estaba celoso por mí.

—Bueno tal vez, no fuera un pareado muy currado, pero el cuento tenía su

gracia y él era muy guapo —dije entornando los ojos al recordarle.

—¿Guapo? ¿Aquel tipo? Bueno, si te gustan con la frente huidiza...

—¿Frente huidiza? —pregunté divertida.

—No me digas que no te fijaste, tenía más entradas que en una reventa Barça-Madrid, ¡si parecía que el pelo hubiera salido corriendo asustado, de esa frente tan despejada! —No pude contenerme y estallé a carcajadas.

—Mira que llegas a ser exagerado, era muy guapo, con el pelo rubio, los ojos azules y ese cuerpo atlético...—suspiré rememorándolo, aunque era fingido, simplemente me gustaba ver a Kenan celoso, porque estaba claro, que estaba celoso. Resopló indignado.

—Menudo gusto tienes, además el imbécil no dejaba de arrimarse a ti en el pub.

Después de la batalla cuentacuentos, decidimos ir a tomar algo a un local cercano. Cédric, que así se llamaba el rubio, decidió unirse a nosotros después de haberse presentado en nuestra mesa, justo cuando íbamos a irnos. Ciertamente no dejó de entrarme durante toda la noche. Me adulaba, me insistía sobre lo guapa que era, lo bien que bailaba, etcétera. A mí lo único que me importaba, era ver la cara de Kenan en la barra, estaba claro que se lo estaban llevando los demonios, cada dos por tres. Incluso le dejé dar algún que otro avance al escocés, para ver qué hacía mi escritor. Cuando besó mi cuello mientras bailábamos una lenta, sentí un fuerte tirón que casi me arranca el brazo de cuajo.

Un furioso Kenan, me apartó del rubio, alegando que a la mañana siguiente debíamos madrugar para ir a Stirling. No es que hubiera mucha distancia, tan solo estábamos a una hora y pocos minutos en coche, pero no quise llevarle la contraria. Estaba claro que el cometido no era ese, sino despegarme de mi admirador.

—Tal vez a mí me apetecía que se arrimara —le provoqué mientras entrábamos en la habitación.

—Ese tío no te hubiera durado ni un asalto leona —me estaba devorando con la mirada y yo tenía tantas ganas de ser devorada.

—Pues a veces las apariencias engañan y los más fieros, resultan ser un total desengaño entre las sábanas.

—¿No lo dirá por mí señorita Alcántara? Que yo sepa todavía no ha estado entre mis sábanas.

—Ni lo voy a estar. Será mejor que lo recuerde señor Mackenzie. —Desaté el cinturón de mi vestido, dejando que se abriera y mostrara el conjunto de ropa interior burdeos. Él no me quitaba la vista de encima abrasándome con los ojos—. ¿Te importa que duerma así? Hace mucho calor. Además, tú y yo, ya nos hemos visto sin nada de ropa —terminé de despojarme del vestido y lo guardé en el armario. —Se aclaró la voz.

—No me importa. —Kenan ya se estaba sacando el polo por la cabeza—. A mí no me gusta dormir con ropa, pero para no ofenderte me dejaré los calzoncillos.

Pasé por su lado moviendo las caderas, sabía que aquel conjunto de La Perla, de un encaje sutil y completamente transparente, era pura lujuria. No me quité los zapatos, aquellos tacones negros, me hacían unas piernas de escándalo. Kenan contuvo el aliento cuando le rocé el brazo al pasar.

—Voy a lavarme los dientes —anuncié, su nuez subió y bajó con dificultad. No cerré la puerta, quería que pudiera contemplarme de espaldas y seguir avivando su deseo. Cuando salí, seguía de pie con una creciente animosidad entre las piernas.

—¿Mi turno? —preguntó.

—Adelante —nos cruzamos en el marco de la puerta, mis pezones rozaron su abdomen encrespándose al sentirle. Casi gemí al tenerlo tan cerca. Notaba cómo su erección, llamaba a mi vagina con una química ancestral y ella desatada, humedecía el encaje. Un trueno me sacó del ensimismamiento—. Vaya parece que va a llover —comenté, no me gustaba usar el cliché del tiempo, pero necesité recurrir a él, para no pasar mis manos por su nuca y besarle como había anhelado toda la noche. Me acerqué a las ventanas y las primeras gotas comenzaron a caer con fuerza.

—Lo extraño es que no llueva en Edimburgo —comentó y su voz retumbaba en las paredes del baño. Me quedé unos instantes pensativa, contemplando los rayos resplandecer en la negrura de la noche. Era hermoso. La tormenta iba ganando fuerza a cada instante—. Parece que va a ser una noche de tormenta —susurró demasiado cerca de mi oído, erizándome el vello de la nuca.

—Eso parece. Me gustan las tormentas, el olor a hierba mojada, el sonido de los truenos restallando como si se desatara el fin del mundo. Me encanta contemplarlo.

—A mí también me gustan —dijo, estaba a tan escasa distancia que podía sentir su calor emanando del cuerpo semidesnudo. Estaba tan excitada que o me metía ya en la cama e intentaba dormir, o no podría evitar abalanzarme sobre él.

—Estoy cansada Kenan, será mejor que durmamos... —me di la vuelta intentando que me dejara pasar, pero parecía querer impedirlo. Admiré aquel pectoral amplio salpicado de un fino vello negro, que descendía por los abdominales hasta perderse bajo el calzoncillo.

—Sarah yo...—levanté la vista para encontrarle dubitativo. Estaba convencida que me deseaba tanto como yo a él, pero que su compromiso con Brigitte no le dejaba avanzar. En el fondo me gustaba que fuera un hombre con principios y a mí nunca, me había gustado inmiscuirme en una pareja, por muy mal que me cayera ella. Puse mis dedos sobre sus labios.

—No digas ni hagas nada, de lo que nos podamos arrepentir. —Me estudió por unos instantes y asintiendo se apartó.

Me metí en la cama tensa, sabiendo que el objeto de mis deseos, estaba a escasos centímetros de mí. Nuestras respiraciones estaban completamente desacompañadas, se podía palpar la tensión que había entre nosotros. Si me girara hacia él y él hacia mí...

—Buenas noches jefa —se dio la vuelta para darme la espalda. «¡Maldita sea!» ¡Esa noche iba a ser un infierno! Mientras yo me debatía sobre qué a hacer o dejar de hacer, la respiración de Kenan se ralentizó.

—¿Kenan? —pregunté con suavidad. Nada, no hubo respuesta, se había dormido. «¿Y qué esperabas? ¿Qué estuviera toda la noche despierto, esperando si te decidías a follar o no?». La voz de mi conciencia siempre tenía razón. Solo podía hacer una cosa, intentar dormir.

Tras una hora dando vueltas, lo logré. Cuando me desperté por la mañana, estaba más caliente que la maquilladora de Trescientos. Tanto sueño erótico, con Kenan vestido de Highlander, no podía ser bueno. El lado de la cama del culpable de mis delirios estaba vacío, en su lugar había una nota.

“He salido a correr, por cierto estás preciosa cuando duermes.”

K.

Una sonrisa de imbécil se instaló en mi boca, era pensar en lo bueno que estaba la noche anterior, y volvía a entrar en ebullición. Miré el reloj, era pronto así que seguro que hacía poco que se había marchado. Estaba desesperada y debía darle algún tipo de solución. Me desnudé y eché mano al compartimento secreto de la maleta, para sacar a Fredo.

—Hola bonito —le saludé— necesito un apañito rapidito —besé su cabeza de goma que tantas satisfacciones me había dado— ¿Te apetece que nos duchemos juntos?— Le di al botón de encendido y su dulce vibración me dio la bienvenida, como el ronroneo de un suave gatito. La puerta del baño estaba abierta podía ver mi reflejo en el espejo.

Me sentía sexy y poderosa, el pelo estaba hecho un amasijo desordenado, mis ojos estaban aún soñolientos, pero mi cuerpo estaba más vivo que nunca. Pasé a Fredo por los pezones, que no tardaron en darle la bienvenida. Me encantaba sentirlo ahí. Mis pechos estaban pesados, presos de la excitación. Y aquellos botoncitos, se levantaban inquietos a cada pasada del vibrador. ¡Qué gusto! Lamí mis labios, contemplando el deseo que despertaba en mí misma. Si bien era cierto, que un tío era lo que más podía ponerme en el mundo, también lo era, mirarme en un espejo viendo como mi cuerpo crepitaba despertando a la lujuria. Me gustaba contemplar cómo mi mirada se enturbiaba, emborronándose para dejar de percibir lo físico y recibir el placer más sensitivo.

Bajé la otra mano a mi sexo, separé los labios inferiores, para poder contemplar el brillo de mi apetito. Era hermoso o por lo menos a mí me lo parecía. Los hombres siempre habían venerado mi sabor, la suavidad de mi sonrosada intimidad y el envolvente grosor de sus labios. Les encantaba devorarlo y a mí que lo hicieran. El sexo oral, era una de las cosas que más me gustaba practicar, era un momento de intimidad absoluta, donde compartías tu sabor más secreto con el otro. Pasé los dedos sobre mi vagina, esparciendo los efluvios que emanaba, sintiendo como se hinchaba la tersa carne pidiéndome más. Deslicé el vibrador con suavidad hasta apoyarlo en el clítoris.

Una fuerte corriente me hizo jadear con fuerza e impulsar a Fredo, para

colonizar mi interior. «Mmmmm», se sentía tan bien. Dentro, fuera, dentro, fuera. Me encantaba verle desaparecer entre mis pliegues, para emerger de nuevo con delicadeza. Fui subiendo la intensidad de la vibración. Mis jadeos cada vez eran más intensos.

Otra de las cosas que más cachonda me ponía, era oírme jadear y escuchar a mi pareja sexual entregándose sin reparos, los gruñidos, los gritos, los jadeos, despertaban el instinto más animal que guardaba en mi interior.

Supongo que cada uno tiene sus preferencias, a mí me gustaba desatarme por completo, ser ruidosa y sumamente entregada, no podía evitarlo, como si el espíritu de la naturaleza me poseyera, entregándome en cuerpo y alma al gozo eterno.

Las chicas sabían lo que se hacían cuando me regalaron a Fredo, tenía una opción llamada huracán turbo. Cuando pulsaba ese botón, mi listísimo vibrador, comenzaba a rotar como un loco, a la par que no dejaba de vibrar. Era tan extremadamente potente que quién lo diseñó, le instaló una ventosa en la base. Aquello era de gran utilidad, lo podías fijar en cualquier superficie lisa y húmeda, la pared de la ducha, el suelo... Tenía un gran poder de adherencia que lo hacía único. Me encantaba dejarme complacer por él, además si lo ponías a máxima vibración, estimulaba el punto G, de tal modo que no alcanzar el orgasmo era misión imposible.

Necesitaba un desahogo ultra rápido, la decisión estaba tomada. Pulsé ambas funciones a máxima intensidad, mientras caminaba cómo podía hacia la ducha, menos mal que estaba a tres pasos. Apenas podía contenerlo en mi interior, la fuerza centrífuga era tan alta, que me costaba retenerlo sin que saliera disparado, los músculos de mi vagina estaban sobre esforzándose al límite. No podía dejar de gemir intensamente, casi gritaba, no creía que pudiera llegar a la ducha.

Cerré la puerta del baño con urgencia, me giré hacia la bañera y allí tumbado haciéndose una paja estaba Kenan, que no apartaba los ojos de mí.

Pegué un grito del susto, destensé involuntariamente mi vagina provocando que Fredo se me escapara, saliendo despedido. Cual experto clavadista realizó un doble tirabuzón carpado, para terminar clavando su potente ventosa, en la frente lisa y despejada de Kenan.

¡Oh Dios mío! ¡Aquello era imposible! ¡Nunca había visto a un tío, con un

consolador clavado en la frente y bailando el hula hula!

No sabía qué hacer o qué decir, me sentía un tanto avergonzada, de que me hubiera pillado masturbándome, pero lo peor era verle recostado en el agua, con un pollón dándole vueltas en la frente, cual ventilador de las tiendas de los chinos.

—¿Pero qué narices...—Antes de que pudiera preguntar nada, le arranqué a Fredo de cuajo. Me miraba como si la situación le pareciera tan surrealista como a mí, pero bien que se estaba pajeando a mi costa.

—¿Pero tú que te has creído mirón del demonio! ¡¿Cómo has sido capaz de violar de ese modo tan ruin mi intimidad?! —Estaba claro que me había estado mirando a través del espejo y en ningún momento, me había avisado de que estaba allí, observando al acecho, como un voyeur degenerado ¡Si incluso le estaba dando al manubrio a mi costa! Tenía los ojos entrecerrados como si me estuviera evaluando, los abrió de golpe enfadado, dejando a un lado su poderosa erección.

—¿Oh disculpe señorita gemidos! Será la última vez que disfrute de un baño, me quedé traspuesto, desperté por los gritos y gemidos de mi ruidosa jefa, para encontrarme que se había despelotado y me estaba ofreciendo un interesante espectáculo de porno en vivo, con su polla licuadora. —Abrí la boca como una merluza.

—¿Porno en vivo? ¿Polla licuadora? ¿Polla licuadora? —repetí, como si no me salieran las palabras, apuntando a su rostro con el incombustible Fredo dando vueltas.

—Aparta ese falo percutor de mi cara mujer, no vaya a ser que todavía me saques un ojo —Kenan se puso en pie como Dios le trajo al mundo, con el agua resbalando por su glorioso cuerpo. La boca se me hacía agua al ver tanta perfección—. Si querías un buen servicio, solo tenías que pedirlo jefa —se acarició su hinchado miembro al decirlo.

—¿Yo no quería ningún servicio tuyo, cerdo arrogante! ¡Vi tu nota! ¡Ponías que habías salido a correr! —torció la sonrisa, mientras salía del agua tomando una toalla.

—Escribí esa nota hace una hora y media ¿Qué creías que iba a hacer una maratón? Corrí una hora y después decidí tomar un baño caliente, para relajar la musculatura. Si no durmieras como un hipopótamo feliz, habrías oído como

me iba y volvía, pero está claro que eres dura de oído o estás más sorda que una tapia. Además ¿cómo iba a imaginarme, que ibas a ser la estrella invitada, de la nueva edición del festival del porno de Edimburgo? Seguro que con ese cacharro serías la sensación —le miré indignada, aquel hombre no tenía filtro. Menos mal que yo no era una mojigata vergonzosa, sino ya me habría hundido en la miseria. Contraataqué.

—¡Este cacharro es mucho más hombre que tú o que cualquiera, además pensaba que estaba sola! —Estaba tan ofuscada, que ni recordaba que estaba desnuda, mientras discutía con aquel cromañón. Kenan acortó el poco espacio que había entre nuestros cuerpos.

—¿Quieres que te demuestre que te equivocas pelirroja? —puso el pulgar sobre mi labio inferior—. Pídeme que te lo demuestre y quizás lo haga — ¡Sería prepotente el tío!

—¡No te pediría nada, aunque fueras el último hombre en la tierra y Fredo se hubiera quedado sin pilas! —él sonrió.

—Tú misma jefa, pero dicen que no es bueno quedarse a medias —levanté la barbilla.

—Y no pienso hacerlo, en cuanto salgas por esa puerta, voy a terminar lo que he empezado y ni tú ni nadie, va a detenerme. ¿Sabes por qué le puse Fredo? —elevó las cejas esperando mi respuesta—. Porque da unos orgasmos de miedo y ahora si me disculpas —con la mano extendida, le invité a irse y eso fue justamente lo que hizo.

¡Mierda, mierda, mierda! ¿Cómo podían salirme las cosas tan mal? Apagué a mi amigo de silicona, no estaba de humor para continuar donde lo había dejado. ¿Se podía tener más mala suerte que yo? Vacíé la bañera y encendí la ducha, esperando que mi mala leche se largara por el desagüe.

Rememoré la escena una y otra vez. Supongo que con el tiempo, incluso podía tener su gracia, pero ahora no me hacía ninguna.

Terminé de ducharme, cerré el agua y oí como llamaban a la puerta ¿Quién sería? Me envolví en una toalla y entreabrí la puerta, lo justo para ver cómo entraba el chico del servicio de habitaciones. Kenan llevaba puestos los pantalones y nada más, se despidió del chico dándole una propina.

En cuanto la puerta se cerró, Kenan cambió de dirección y fue directo

hacia,... «¡No, no, no!» ¡Había cogido mis bragas y las estaba oliendo! ¡Era un degenerado! Cuando se cansó de olisquearlas como un chuchito sarnoso, se las guardó en el bolsillo. «¡Ah no, eso sí que no!» no iba a apropiarse de mis bragas de La Perla, como si de un trofeo se tratara. Salí del baño con la furia como bandera, tenía un poderoso as en la manga e iba a atacar.

—¿Ya te has quedado a gusto jefa? —dijo nada más verme aparecer—. No pareces muy relajada, ¿estás segura que tu batidora vaginal, ha hecho un buen trabajo?

—Al parecer mejor que el tuyo, olfateador de bragas usadas, ¡haz el favor de devolvérmelas pervertido! —Fuera comenzaba a llover con fuerza de nuevo.

—Ven a buscarlas si las quieres —dijo divertido sentándose en la cama. Las sacó de su bolsillo y las agitó pendiendo de un dedo— ¿Sabes que estaban húmedas y tenían tu esencia? Me gustaría saber con quién has soñado esta noche, para tener las bragas tan empapadas —gruñí, pensando en que él era el causante de todos mis desvelos. No podía pensar en otra cosa, que no fuera en investirle y cargar contra él todas mis frustraciones, Y eso fue exactamente lo que hice. Le investí sobre la cama como un miura, tirándome encima para recuperar lo que era mío.

En el fragor de la batalla perdí la toalla, pero nada importaba más, que recuperar esa parte de intimidad robada. Mi cuerpo desnudo se retorció sobre el de él, luchando por alcanzar lo que era mío

—Vamos gata salvaje —me azuzó—, ven a por ellas.

Sus ojos refulgían, intenté trepar a sus hombros clavándole las uñas, mientras él levantaba el brazo. Casi las tenía, estaba a horcajadas encima suyo, con mis pechos ondeando cual bandera pirata frente a sus ojos. Pero no importaba, nada importaba, mi objetivo era claro, recuperar mis puñeteras bragas, para recuperar la dignidad que había en ellas. Cuando las alcancé el sabor de la victoria restalló en mi paladar, a la par que un jadeo, escapó de mis labios, pues la boca de Kenan había capturado su botín. Todo había sido una técnica de distracción, para alcanzar su verdadero objetivo, uno de mis pezones que estaba cautivo entre sus labios, recibiendo la más deliciosa de las torturas.

La boca de Kenan succionaba con fuerza, como si pudiera alimentarse de

mi esencia vital, a través de sus intensas sorbidas. Ya no podía detener más, lo inevitable. Su boca era tan exquisita como imaginaba en mis sueños, ruda, inflexible, vigorosa. Tironeaba de mí con un ansia absoluta, mientras su barba hormigueaba en mi sensibilizado pecho, clavando mil alfileres de placer en mi carne palpitante.

Jadeé con fuera, ya no tenía por qué controlarme, le agarré del pelo acercándolo más a mí y él gruñó en respuesta. Su lengua feroz arrasaba el tierno brote, estirándolo una y otra vez. Me sentía ávida de sus atenciones, necesitada de su enérgica intensidad, como jamás había necesitado de un hombre.

La dureza de su erección, camuflada bajo el áspero tejano, se clavaba en mi cálida entrepierna. Necesitaba moverme, frotarme contra él, sentirle dentro, tener su carne recia bajo mi merced. Aunque por el momento, me conformaría con mover las caderas para calmar mi creciente agonía.

Sus poderosas manos sujetaban mis nalgas, amasándolas con codicia. Kenan trazó un sendero de hambrientos mordiscos entre mis pezones, para tomar el siguiente con avidez. Mi dulce congoja pulsaba entre mis muslos, empujando mis caderas en el camino de la liberación. Era esclava de la pasión infinita, que ese hombre despertaba en mí. La tensión se acrecentaba, de un modo doloroso, en el tenso nudo que habitaba entre mis piernas. No podía ni quería ser suave, mis muslos se movían frenéticos en busca de la salvación, aquella que solo se daría cuando estallara junto a mí. Sabía que estaba empapándole el pantalón, notaba como mis jugos rebosaban y el tejido los apresaba sediento.

—¡Joder Sarah, sabes mucho mejor de lo que imaginaba! ¡Tus pechos me vuelven loco! Ven túmbate, quiero que mi desayuno seas tú. —¿En serio me había dicho eso? Casi salto como un resorte, creo que ni el correccaminos, había sido más rápido que yo. Me tumbé abriéndome de piernas, ofreciéndome completamente a él, separando mis rodillas con las manos, para ofrecerle mi hinchado sexo.

—¿Esto es lo que deseas? —dije entrecerrando los ojos. Mientras lo miraba voraz.

—No sabes cuánto —su respuesta me complació, había soñado tantas noches con él tomándome en su boca.

—Pues es todo tuyo —me encantó ver cómo se lanzaba ansioso a por mi vagina, como si fuera un jaguar y yo su presa. Estaba hambriento, famélico, su boca se desplazaba insaciable, mientras aquella poderosa lengua me recorría de arriba abajo. Nunca había sentido algo tan intenso como aquello. Kenan era codicioso, apasionado, ardiente y yo estaba tan caliente.

Su boca bebía de mí, yo no podía dejar de mojarme continuamente para calmar su sed. Él tragaba con orgullo el dulce néctar de mi pasión, mientras mis manos se enredaban en su pelo negro y mis caderas chocaban contra su rostro. Era éxtasis en estado puro, aquel hombre ambicionaba mi sexo como ningún otro, haciendo que me retorciera de placer.

Mi necesidad era tal, que no podía dejar de agitarme, de temblar, de gritar como un animal y empujar contra él.

—Eso es preciosa siénteme —me penetró con la lengua y yo me deshice en ella, goteaba deseo por todas partes, mientras él se desvivía por complacerme.

—¡Oh Kenan estoy muy cerca! —logré decir. Mordió mi muslo clavando sus dientes y marcándome para él.

—Lo sé pequeña y lo quiero todo, todo para mí.

—¿Q-quieres que me corra en tu boca? —le pregunté palpitante, mientras pasaba la barba por la marca que me había hecho.

—Más que nada en esta vida —su afirmación, contrajo todos los músculos de mi insaciable vagina. Pero sabía que en ese momento no era eso lo que deseaba, había algo que me llamaba sin remedio y que necesitaba para poder continuar.

—¿Puedo pedirte algo? —su lengua regresó a mi sexo succionándome el clítoris—. ¡Aaaaaahhhh!

—Pide pelirroja —logró decir entre succión y succión. Le necesitaba tanto.

—Te quiero dentro Kenan, necesito, necesito... —no podía pensar con claridad mientras me hacía eso con la lengua— ¡Para joder! —se detuvo a regañadientes con un suave lametón.

—Habla —me ordenó.

—Necesito que me folles, te quiero dentro. ¡Ahora! ¡Te necesito! —el

abrió los ojos satisfecho.

—Creí que con Fredo, la batidora salvaje tenías suficiente —resoplé. ¡No podía ponerme a discutir ahora!

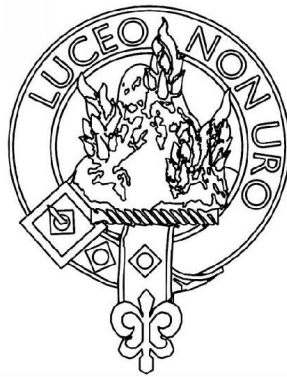
—¿En serio que hasta echando nuestro primer polvo tenemos que pelear? —el río.

—No, solo quiero que me lo supliques, quiero que me digas cuanto deseas a mi polla, por encima de ese cacharro tuyo —sus dedos comenzaron a acariciarme, entrando y saliendo de mi oscura gruta.—Dímelo —exigió, estaba retorciéndome bajo sus dedos, la tormenta había aumentado a proporciones descomunales, los truenos y relámpagos se sucedían sin tregua, como si el tiempo captara como me sentía por dentro. Su dedo pulgar trazaba círculos lentos sobre mi hinchado clítoris, que no podía estar más erecto. Paró de repente y yo grité de frustración, mientras la lluvia golpeaba enfurecida la ventana—. Hazlo pelirroja y te daré lo que tanto anhelas.

—Por favor Kenan, fóllame —le rogué con fuego en la mirada—. Hazme tuya, te deseo más que a nada, ni nadie en este mundo ¿te parece bien así? —Una sonrisa de satisfacción se curvó en sus labios.

—Me parece perfecto — se bajó los pantalones mostrando aquella gruesa y venosa erección, que me hacía salivar. Sacó un preservativo de su cartera, rajando el envoltorio con los dientes y se lo puso con premura—. No sabes cuánto he deseado esto —dijo tirando de mis piernas para situarme al borde de la cama. Flexionó mis rodillas e hizo que me las agarrara, para colocar su rotundo glante en la entrada de mi sexo—. Voy a follarte preciosa, nada ni nadie lo va a impedir.

14 CAPÍTULO (KENAN)



a tenía justo donde deseaba, no podía creer que al fin mi sueño fuera a hacerse realidad. Sarah era mucho mejor al natural que mientras dormía, desinhibida, sensual, con una energía sexual que desbordaba por los cuatro costados.

Sus pechos eran una locura y su sabor altamente adictivo, jamás me cansaría de saborearla. Era tan receptiva, tan jugosa, que me hubiera encantado hacerla estallar con mi lengua, sentir los últimos espasmos de su orgasmo apresándola y arrastrándola hacia dentro. Pero ella deseaba ser poseída, quería que la tomara y que la hiciera mía al completo y yo no me podía negar. ¿Cómo iba a negarme?

Estaba estirada con las rodillas encogidas, mostrándome aquella brillante gruta donde, hacía unos instantes, había estado mi boca. Estaba inflamada, sonrosada y tenía los labios vaginales erectos, no podía pensar en algo más hermoso que Sarah entregada a la pasión.

Me coloqué rápidamente el condón, aunque moría por sentir su carne contra la mía, sin nada que se interpusiera entre ambos. Yo no tenía ningún tipo de enfermedad, estaba limpio e imaginaba que Sarah también. Ella era una mujer que gozaba con el sexo, estaba claro que había estado con distintas parejas sexuales, así que lo mejor era prevenir, no iba a ponerme a preguntar por su salud sexual o por si tomaba la píldora en aquel momento. Imaginaba que una criatura como aquella, tan sensual y llena de apetito, tomaría precauciones, pero ahora en lo único que podía pensar, era en tomar lo que me estaba ofreciendo.

Presenté mi glande en la entrada de su vagina, estaba chorreante de anhelo y yo duro como una roca. ¿Cómo sería sentir mi polla apretándose en su sexo? Ahora mismo iba a averiguarlo. Me miraba con codicia, con los labios abiertos y la respiración agitada. Quería besarla hasta arrancarle el aliento. Sus pezones estaban erguidos, incitantes y yo ya quería tenerlos de nuevo en la boca.

—Voy a follarte preciosa y nada ni nadie lo va a impedir.

—Sí por favor Kenan, hazlo. Te necesito. —Un trueno retumbó con fuerza en el exterior, instigándome a que la hiciera mía, así me sentía yo, rugiendo por dentro.

Me coloqué en su abertura dispuesto a empalarla en un solo envite.

—¿Cómo lo quieres preciosa? —le pregunté, ella paseó la lengua por sus labios reseco, mientras yo jugueteaba frotando mi miembro arriba y abajo, ungiéndola con sus jugos.

—Fuerte y directo, te quiero dentro ya, por favor. —La última palabra fue apenas un suspiro, un ruego imperceptible.

—Está bien, agárrate bien a las rodillas. Uno —conté deslizándome de nuevo para estimular su sexo alcanzando el clítoris—, dos —lo hacía lentamente para provocarla, me gustaba sentirla tan empapada por mí. En el tercero iba a pararme en la entrada y colarme en su interior, con esa estocada que ambos queríamos por igual— y tre...

—Aaaaaaaaahhhhhhhhhhhhhhhhhhh —Un grito ensordecedor escapó de los labios de Sarah, no porque la hubiera penetrado, sino porque el techo había cedido y unos miles de litros de agua helada nos caían encima. Como pude la cogí en brazos alertado, justo en el momento en que las placas caían sobre la cama.

—¡Joder! —grité preso del pánico— ¿Estás bien? —ella asintió temblorosa. El agua caía a raudales, ambos estábamos empapados. Me saqué el condón, guardé mi polla en los pantalones y fui a por una toalla para cubrir a Sarah que estaba tiritando, eso sí que era una ducha de agua fría. ¡Mierda! Estaba francamente cabreado por lo que acababa de ocurrir, pero sobre todo frustrado por no haber podido culminar como deseaba. Cubrí a Sarah con la toalla frotando enérgicamente, no podíamos quedarnos en la habitación—. Voy a bajar a la recepción quédate aquí, ahora subo. ¿Estás bien? —Sarah estaba temblando, le castañeteaban los dientes.

—No-no-no quiero quedarme sola.

—Está bien preciosa, bajemos juntos, átate bien la toalla —le dije y ella se la colocó alrededor del pecho, ambos bajamos en el ascensor. La pegué mucho a mi cuerpo cuando un grupo de hombres entraron dentro y la miraron con lascivia—. Ya está cielo —dije besándole el pelo—, ahora lo solucionaremos todo.

La chica de recepción no dejaba de mirarnos incrédula, estábamos descalzos, chorreantes y con un cabreo de narices. Yo solo llevaba los pantalones puestos y Sarah una minúscula toalla envolviendo su curvilínea silueta.

La pobre chica no podía creer lo que nos había ocurrido, no había habitaciones disponibles, así que, se ofreció a ir a buscar todas nuestras cosas, para que ambos pudiéramos ducharnos y cambiarnos en los vestuarios de personal.

El botones, junto con el personal de mantenimiento, subieron a rescatar nuestras pertenencias, mientras a mí me mandaban al vestuario masculino y a Sarah al femenino.

¡Menuda mala suerte! ¿A cuántas personas se les abre el techo y les cae la catarata de Iguazú mientras están echando su primer polvo?

Me sentía un desgraciado, no había culminado con Sarah y encima había estado a punto de faltar a mi palabra. Brigitte me había pedido solo una cosa, que no fuera con Sarah. Pero en cuanto la vi masturbarse desde la bañera con tal entrega, no pude dejar de pensar en tomarla. Después con el jueguito de las bragas, se había restregado desnuda encima de mí. Era un hombre de palabra, pero ante aquella gigantesca tentación no había podido resistirme.

El personal del hotel fue muy amable. Por suerte, a los cinco minutos la tormenta había remitido y todo lo teníamos guardado en el armario, así que el único percance había sido nuestro coitus interruptus. Nos bajaron las maletas hechas, disculpándose por el incidente, regalándonos un fin de semana a ambos, en una de las suites a modo de disculpa.

Una vez listos, desayunamos en el restaurante, no sabía exactamente cómo comportarme con ella, aunque sabía que lo mejor era que habláramos. Sentados en la mesa fui yo quien rompió el hielo, estaba incómodo y supongo que se me notaba.

—Em, esto Sarah, yo... —ella me detuvo con un gesto de su mano.

—No hace falta que digas nada, lo entiendo, se nos fue de las manos, ambos somos muy sexuales y nos dejamos llevar. El aguacero que nos cayó encima solo tiene una interpretación. —Me molestó que lo tuviera tan claro.

—¿Ah sí? ¿Y cuál es?

—Si una tormenta cae encima de ti, seguro que estás haciendo el capullo. Íbamos a equivocarnos ¿o conoces a mucha gente qué le haya caído el diluvio universal y casi les caiga el techo encima cuando están a punto de follar? — me preguntó. Defendía sus palabras con convicción. Yo moví la cabeza

negativamente —¿Crees en el Karma?— inquirió de nuevo, me encogí de hombros mientras me llevaba una tostada a la boca— Pues yo sí. El Karma es una «ley» cósmica de retribución o de causa y efecto y eso, es lo que nos ocurre a nosotros. Lo nuestro no puede ser y la manera que tiene el Karma de demostrarlo, es impidiendo que cometamos una tontería. Yo no quiero una relación y tú estás comprometido. Que nos acostemos por mucho que lo deseemos, solo complicaría las cosas. ¿No crees? —cuestionó. Tenía razón y lo sabía, pero es que la deseaba tanto... No me quedó otro remedio que enfriar la mente, tanto como lo había hecho ella.

—Tienes razón, ha sido un completo error, nos hemos dejado llevar y no debería ser así. Por mi parte no volverá a ocurrir. —Por unos instantes creí ver decepción en su mirada, pero fue tan breve que no estaba seguro de siquiera haberla visto.

—Será mejor que desayunemos y que hablemos un poco de nuestras vidas, sino tus padres no creerán que somos pareja, si ni siquiera sabemos cómo nos gusta el café.

—A ti muy caliente, solo y con azúcar —dije señalando su tacita. Me miró con sorpresa.

—Y a ti templado, con una gota de leche y sin azúcar —replicó ella, esta vez el sorprendido fui yo.

—Eres muy observadora. —Brigitte jamás recordaba cómo me gustaba y siempre me preparaba un capuchino, que era lo que bebía ella.

—Me gusta fijarme en los detalles, sino no habría llegado dónde estoy. Ahora será mejor que acabemos de desayunar y pongamos rumbo a Stirling. Tengo que confesarte que estoy un poco nerviosa, igual no se lo creen... —comentó, parecía que se estaba relajando.

—Créeme preciosa, se lo creerán —afirmé. Iba a poner todo de mi parte porque así fuera. No podría acostarme con ella, pero podría disfrutar imaginando que en vez de estar prometido con Brigitte, lo estaba con Sarah. Quería disfrutar de ese día e iba a hacerlo.

Una vez terminamos, nos pusimos rumbo a mi ciudad. Teníamos preparado un coche de alquiler en la recepción del hotel. Pasaríamos el día en casa de mis padres y a la mañana siguiente comenzaríamos el viaje hacia las tierras altas. Allí nos encontraríamos con las chicas de Sarah.

Tras una rápida llamada a la oficina, para decirles que seguíamos vivos y que no nos habíamos matado, por el momento, partimos. Nunca había tenido una compañera de viaje tan interesante, el viaje se me hizo excesivamente corto, aquella mujer me sorprendía cada vez que abría la boca.

Hablamos sobre su infancia, cómo las ausencias de su padre la habían llevado a intentar refugiarse en una madre que jamás la comprendió del todo, ni en su forma de pensar ni en su físico. Me extrañó cómo una profesional de la medicina, podía animar a una cría a someterse a dietas inhumanas, porque según ella le sobraba peso. Gracias al cielo que Sarah era una mujer fuerte, porque de no ser así, podría haber terminado con un trastorno alimenticio severo. Parecía que a mi jefa le hubieran dado cuerda, me hacía gracia el desparpajo que tenía para contar cosas tan personales y restar importancia, a las cosas malas que le habían sucedido.

Por suerte sus años de universidad, alejada del núcleo familiar, fueron buenos, aunque bastante promiscuos. Sarah decidió instalarse en una residencia de estudiantes, aunque sus padres vivían cerca. El estudiar una doble licenciatura, hacía que el poco tiempo libre del que disponía, no quisiera malgastarlo en desplazarse. Así logró convencer a sus padres, de que la dejaran vivir en la residencia, según ella aprovecharía mejor el tiempo. Y al parecer lo aprovechó más que bien.

Disfrutó del sexo sin ataduras y decidió, que eso era lo que deseaba en su vida, no complicarse la vida con los hombres. Como todas, pecó de inocente y se colgó por un tipo que no estaba muy bien de la azotea, terminó obsesionándose con ella y ese nivel de dependencia, terminó quemando los rescoldos de una Sarah, que de por sí, ya era excesivamente independiente. Nunca más, se dijo. A partir de entonces sus líos duraban una sola noche.

—Así que no quieres saber nada de una relación —comenté. Ella rio agitando el pelo.

—Ni loca, eso mejor te lo dejo a ti y a tu prometida perfecta. Además me gusta la variedad —sentenció desafiante—. No tengo porque comer cada día filete, voy picoteando de aquí y de allí.

—¿Y eso qué tiene que ver, para mantener una relación? Tal vez yo coma filete con guarnición —solté y me miró extrañada, intentando analizar mis palabras.

—¿Me estás diciendo que tú eres de poner los cuernos? —preguntó ligeramente alterada, supongo que no entendía que estuviera prometido y hubiera llegado hasta ese punto con ella.

—Digamos que creo en las relaciones abiertas —respondí. Abrió los ojos con sorpresa.

—Vaya, no hubiera pensado nunca que eres de los que comparten.

—¿Y eso por qué? —dije con los ojos clavados en la carretera.

—No sé, tal vez por como marcaste territorio anoche con el del pub, solo te hizo falta bajarte la bragueta y mearme encima —comentó. Aquella imagen me hizo sonreír. Era cierto, con Brigitte no me pasaba, pero pensar en Sarah acostándose con otro hombre, me enfermaba.

—Supongo que todo depende del tipo de relación y de la mujer con quien la tengas. Con Brigitte lo establecimos así, somos una pareja sexualmente abierta, no nos importa acostarnos con otros.

—Supongo que si vosotros lo lleváis bien, estará bien —susurró—. Entonces a Brigitte no le importa que tú y yo...—inquirió. Se estaba mordiendo el dedo gordo, me resultó un gesto adorable. En aquel momento habría podido mentirle, pero no deseaba hacerlo.

—Brigitte solo me puso una condición, con cualquiera menos contigo —ella resopló—. Supongo que no le gustó cómo la trataste en la fiesta.

—¿Cómo la traté? —levantó la nariz indignada— Fue ella la que intentó meterse donde no debía.

—Todo en esta vida depende del prisma con el cual se mire.

—Ahora resulta que también eres filósofo —estaba claro que se había molestado—. ¿Te prohibió expresamente que no tuvieras sexo conmigo?

—Sí

—Zorra —dijo por lo bajo, aunque yo la escuché y me hizo gracia

—¿Decías?

—Andorra, he dicho Andorra. Pensaba en voz alta, este paisaje me recuerda al país de los pirineos —respondió, casi suelto una carcajada ante su ocurrencia, pero pude contenerme. Sabía que me había soltado una trola, pero

no quería contradecirla.

—Estamos llegando, ¿te parece si antes de ir a casa de mis padres damos una vuelta por los lugares más importantes de Stirling? Después nos será casi imposible, mi madre nos va a secuestrar sometiéndonos a un tercer grado, sobre todo a mí. Querrá saber cómo teniendo una novia tan preciosa e inteligente, fui tan imbécil de engañarla —comenté jocosamente, ella se sonrojó y sonrió.

—Sinceramente yo tampoco entiendo cómo pudiste engañarme con esa petarda —alegó fingiendo indignación, para después premiarme con una sonrisa que me cortó el aliento—. De acuerdo, muéstrame tu ciudad, cuéntame cosas de ella. —Se había descalzado, apoyando los pies en el salpicadero. Eso hacía que el vestido que llevaba, mostrara una buena porción de su muslo. Me hubiera encantado acariciarla y tocarla íntimamente mientras conducía, viendo los colores y el paisaje de mi amada ciudad. Aunque sabía que no debía hacerlo. Miré al frente para concentrarme en el lugar que me había visto nacer y no en la incitante mujer, que estaba sentada a mi lado. —Stirling no es una ciudad excesivamente grande, aunque es un lugar importante para las industrias del gobierno, el comercio y la electricidad —le expliqué. Hablar sobre mi ciudad alejaría los pensamientos calenturientos que no dejaban de acosarme—. Hubo una época que incluso fue la antigua capital del reino escocés, aunque en dos mil dos dejó de serlo. La última vez que estuve aquí éramos unos treinta y tres mil habitantes. Ahora no tengo ni idea. —Sarah miraba extasiada las calles y los edificios de piedra.

—Cuéntame más, me encanta saber cosas de los lugares que visito —me pidió. Parecía una niñita curiosa, con los ojos abiertos como faros, intentando captar la esencia del lugar.

—La ciudad fue nombrada como Burgo Real en el siglo XII por el Rey David I de Escocia, en aquel entonces se llamaba Strivelyn y fue lugar de grandes batallas, debido al sangriento conflicto entre Escocia e Inglaterra. Fíjate, allí a la derecha —apunté con mi dedo índice—. Esa es la Iglesia de la Holy Rude, no verás otra iglesia en toda Escocia, excepto la Abadía de Westminster.

—¿En serio? —preguntó y yo asentí. —Pues podéis pedirle alguna que otra a Roma, que está plagada de ellas. Acabé harta de visitar iglesias cuando publicamos “Desde Roma con amor”. La ciudad me gustó mucho, aunque sentí

vergüenza ajena cuando vi el patrimonio de la Iglesia Católica, sobretodo el del Vaticano. Pero bueno, ahora no voy a hablar de religión, sigue contándome.

Eso fue justo lo que hice, fui relatándole todo lo que se abría a nuestro paso, hasta que llegué al castillo de Stirling, no quería salir de la ciudad así que, el monumento de William Wallace ya lo veríamos en otro momento, había una zona desde el castillo que se podía vislumbrar, pero lo bonito era visitarlo. Tal vez en otra ocasión, él y el puente de Stirling, que tan solo tenía acceso peatonal, deberían esperar.

Salimos un momento para que Sarah pudiera contemplar las vistas, estábamos en el punto más alto de la ciudad, me encantaba buscar los enclaves más altos de los lugares que visitaba y contemplar, lo que se desplegaba ante mis pies. El castillo se erigía sobre la colina, dominándola con aspecto de fortaleza, en un pasado aquel castillo hubiera parecido inexpugnable.

—Todo esto es muy hermoso, casi puedo sentir cómo me transporto hacia otra época —comentó mi pelirroja, acariciando la fría piedra de una pared.

—Sí, este lugar es muy pintoresco. Mira, ese es el río Forth, en la antigüedad tuvo un puerto fluvial muy importante, recibíamos barcos comerciales incluso de la India —me miró sonriente— ¿Qué ocurre?

—Se nota que te gusta este lugar y que sabes mucho, exudas historia por los cuatro costados, decir que te apasiona es quedarse corto.

—Disculpa, a veces puedo parecer pedante.

—A mí me pareces muy interesante —lo soltó como un ligero ronroneó, que me erizó el vello de la nuca. Tenía la espalda apoyada en la piedra y yo solo podía pensar en decirle, que lo que realmente me apasionaba, en aquel momento, era ella. ¿Por qué me pasaban esas cosas por la cabeza? Mirar sus labios fue un error, ahora solo podía pensar en besarlos. Apreté los puños para contenerme y no abalanzarme—. Debes ser un profesor maravilloso, te explicas tan bien que seguro haces soñar a tus alumnas, en cuanto abres la boca. —«¡Joder! ¿Por qué tenía que decirme esas cosas con esos ojos soñadores?». No podía pensar en otra cosa, que no fuera terminar con lo que había empezado esa mañana. «Serénate Kenan», me ordené.

—Será mejor que nos marchemos, no quiero que mi madre se impaciente —dije tratando de mantener la calma. No era la verdad, pero debía poner algo de cordura.

—Por supuesto. —Se separó de la pared del castillo caminando junto a mí, para llegar al coche—. Vamos a conocer a mi suegra, ¿hay algo que deba saber? —preguntó y por un momento me quedé en blanco. Aquella escena desataba en mí algo extraño. «Su suegra, mi madre. Iba a presentar a Sarah como mi prometida». Me repetí mentalmente, mientras algo parecido a unos nervios ilusionantes retorcían mis entrañas.

—En un momento te pongo al día, soy bastante facilito.

—Mucho mejor entonces —aseguró con una mirada pícaro. En otro momento le hubiera mostrado lo sencillo que era.

En el coche retomamos una conversación rápida, para contarle cuatro detalles. Sarah le había dicho a mi madre, durante la conversación telefónica, que llevábamos poco tiempo así que, tampoco teníamos por qué saber absolutamente todo el uno del otro, nada podía salir mal. Aparqué en frente de la casa dónde me crie, era una hermosa villa victoriana de piedra marrón. Una semi adosada, ubicada en el corazón de Kings Park, uno de los lugares más buscados en Stirling, por su tranquilidad y proximidad al centro. Era un barrio familiar donde todos nos conocíamos.

Mi casa tenía un bonito jardín, donde a mi madre le encantaba pasar largas horas cuidando las flores. La casa tenía dos plantas, buhardilla y sótano, que era zona acotada para el uso exclusivo de mi padre. En la planta baja, había un vestíbulo, un gran comedor con salida al jardín trasero, una cocina de buen tamaño con área de desayuno y un aseo. En el primer piso estaban las habitaciones, la de mis padres que era la más grande, con chimenea incorporada y baño en la suite. La mía estaba pegada a la de mis padres y separada por un baño, de la de mi hermana. Ambos compartíamos el baño del pasillo. Había una última habitación de invitados al otro lado del pasillo y un despacho.

Salimos del coche, nada más cerrar la puerta se oyó un grito de alegría. Mi madre ataviada con un delantal, corrió hacia nosotros para darnos la bienvenida.

—¡Ay hijo, por Dios, qué alegría verte! —exclamó y sus achuchones eran indescriptibles. Se apartó de mí para mirar a Sarah. —Madre mía y esta belleza debe ser Sarah, ¿verdad? —ella le sonrió con dulzura y rápidamente, mi madre la abrazó, dándole la bienvenida a la familia —. Eres preciosa, una

mujer de la cabeza a los pies, justo lo que necesita mi Kenan, estoy encantada de conocerte y de que estéis aquí. —Puse los ojos en blanco mientras Sarah reía suavemente.

—Muchas gracias señora.

—Por favor llámame Aileen, ¿sí? —Sarah amplió más esa sonrisa hechicera.

—Estaré encantada de llamarte Aileen.

—Vamos, no os quedéis aquí, pasad, todo el mundo os está esperando, no sabíamos a qué hora llegaríais, así que organicé una fiesta matinal —comentó y me colapsé por un momento.

—¿Fiesta matinal? —¿Qué estaba diciendo?

—Pues claro, ¿o no pensabas celebrar tu compromiso en familia y presentar a Sarah a todo el mundo? Con lo poco que vienes, tuve que organizarlo todo corriendo, pero por suerte la mayoría ha podido venir. Tienen muchas ganas de saber, qué mujer ha sido capaz de cazarte, creo que hasta han hecho una porra —me explicó y cerré los ojos, esto se me estaba yendo de las manos.

—Mamá ¿no crees que te has precipitado? Sarah y yo hace poco que nos conocemos, es cierto que estamos muy enamorados y que nos queremos casar pero esto...—Mi madre se puso en jarras.

—Esto Kenan Mackenzie, es lo mínimo que puedes hacer, después de haber engañado a esta preciosidad. Has de devolverle la confianza que le arrebataste, ofrecerle la seguridad de que vas a comprometerte de corazón, delante de toda tu familia y amigos. Lo que le hiciste fue muy grave, no conozco las circunstancias, pero me dan igual —tomó a Sarah por el hombro—. Has de resarcirte con Sarah y demostrarle que lo vuestro es de verdad, que le fallaste una vez, pero que no va a volver a ocurrir. Además ya tienes treinta y cinco, no esperarás casarte con sesenta, ¡qué quiero ser abuela! —A Sarah, le entró un repentino ataque de tos—. Ay bonita ¿estás bien? El clima escocés es muy traicionero, tal vez te estés acatarrando.

—Esta mañana nos cayó un aguacero encima, puede que sea eso Aileen.

—¿Y cómo fue? —Sarah no perdió la calma y le susurró algo al oído de mi madre. Esta se puso roja como un tomate y se puso a reír como una

colegiala, mientras ambas mujeres me miraban. Mi madre parecía más que satisfecha con la respuesta que “mi prometida” le había dado —. Esta chica me gusta Kenan, no hagas tonterías, no puedes perderla —aseguró y mi bruja levantó sus arqueadas cejas.

—Ya has oído Kenan, sé bueno...—comentó con una pícaro sonrisa. ¿Bueno? La tomé de la mano, tiré de ella hacia mí e hice, lo que había tenido ganas de hacer toda la mañana frente a los complacidos ojos de mi madre.

La besé, no me contuve, no fue un beso casto sino uno apasionado, que le demostró todo lo bueno que podía ser. Los gritos desde el jardín y los aplausos, hicieron que me girara, despegándome a regañadientes de los exquisitos labios de Sarah. No sabía cómo mis manos habían ido a parar a su trasero, pero allí estaban apretándola contra mi acuciante erección, a la par que ella me agarraba extasiada de la nuca.

Fuera estaba mi familia más cercana y amigos, silbando y aplaudiendo el espectáculo que acabábamos de brindarles. Nadie iba a dudar que Sarah era mi prometida y que la deseaba, iba a encargarme de ello personalmente.

15 CAPÍTULO (SARAH)



Allí estaba, en medio de una fiesta de compromiso, con unas treinta personas que no conocía de nada, que no paraban de decirme, lo buena pareja que hacíamos.

Kenan me presentó a la gran mayoría, pero con los nervios había sido incapaz de retener la mayor parte de los nombres. Solo me había quedado claro, que la guapa morena de pelo corto, tan parecida a Kenan, era Suzane. Tenía unos rasgos duros y un cuerpo atlético, exudaba fuerza y determinación por los cuatro costados. Se veía que era una mujer, a quien le había costado

llegar donde estaba y que mantenía su postura de tía dura, las veinticuatro horas del día, más o menos como yo. Sabía que iba a congeniar con ella, podría haber formado parte de mi aquelarre a la perfección. Con la única que no podía, era con una rubia que no dejaba de frotarse contra el brazo de “mi prometido”.

Era una Brigitte recatada y en rubia. Lucía una melena perfecta, un cuerpo de supermodelo enfundado en un vestido algo puritano y unos bonitos ojos marrones, que miraban a Kenan con devoción absoluta. Sus pestañas no dejaban de agitarse. Estuve a punto de ir hasta allí y darle un buen soplido en los ojos, a ver si de ese modo, le sacaba el pedrusco que le debía haber caído centro.

—A esa le debe haber entrado algo en el ojo —comenté en voz baja, pero lo suficientemente alto para que Suzane, que estaba a mi lado me oyera.

—Yo de ti iría a marcar territorio con mi hermanito, Britney siempre ha ido detrás de él, desde que la dejó en el instituto. —Así que había salido con esa zorrita con piel de cordera, solían ser las peores.

—¿Estuvieron mucho tiempo juntos? —pregunté curiosa, mientras se me llevaban los demonios porque la muy HDP, le pasaba las manos por el pecho fingiendo que le quitaba el polvo. Cualquiera que tuviera dos ojos en la cara, vería que miss perfecta lo que pretendía era echárselo. Suzane me miró con sus ojos, tan oscuros como los de Kenan, nunca había visto unos tan negros, que la pupila se fundía con el iris.

—Estuvieron juntos prácticamente todo el instituto. En cuanto a mi hermano le hicieron capitán del equipo de fútbol, Britney, la jefa de animadoras y presidenta del club de debates, clavó sus garras en él. Estaba cantado, todo el mundo sabía que terminarían juntos, eran de manual.

—¿Y por qué lo dejaron si tan perfectos eran? —La verdad es que hacían una pareja muy bonita, ella tan rubia y el tan moreno.

—Kenan se marchó a Edimburgo a estudiar y Britney a Boston. Incompatibilidad geográfica supongo. Además era una pavisosa, mi hermano necesita una mujer con carácter, con fuego en las venas, alguien como tú y esa rubita, lo único que tiene es leche.

—Carecerá de carácter, pero la mano la tiene muy suelta —comenté. Estaba molesta porque Kenan no la apartaba y ella se estaba poniendo fina,

sobeteándolo a placer.

—Anda vamos cuñadita, deja que te presente a mis hombres y verás, cómo Kenan acude al rescate. Vamos a darle un poco de su propia medicina.

Dicho y hecho, seguí a Suzane junto a un grupo de apuestos policías. Eran cuatro, a cual más guapo, pero en concreto había un mulato de ojos verdes que estaba tremendo, me recordaba a Jesse Williams, de Anatomía de Grey. Me pegué a su brazo mirando de reojo a Kenan. Estaba claro que al mulato no le era indiferente y me miraba el escote con apetito. Apreté mi delantera y a él se le descolgó la boca entera. Me hacía gracia, causar ese efecto en los hombres. Le toqué el brazo mientras él contraía el bíceps mostrándome lo fuerte que era, que predecibles eran los hombres...

—Vaya agente Sawyers, es usted un hombre muy fuerte, cualquier mujer a su lado debe sentirse muy protegida —le dije, pues sabía perfectamente qué era lo que el moreno quería oír. No había terminado la frase cuando ya tenía a Kenan al lado, con la pectorra de la rubia colgando del brazo.

—¿Haciendo nuevos amigos cariño? —me preguntó. Le miré de soslayo, sin soltar el brazo del mulato.

—Sí Keni pu —dije agitando las pestañas con dramatismo, estaba convencida que a ese ritmo engendraba un huracán, que arrancaría a la rubia de su lado y la escupiría en el Polo Norte—, tu preciosa hermana, ha sido muy amable de presentarme a estos impresionantes héroes escoceses. Tú ya sabes, cuánto admiro el cuerpo de seguridad nacional sobre todo, si está tan bien trabajado como el del agente Sawyers —expresé y volví a acariciar el bíceps contraído bajo mis dedos. Mi acompañante no se inmutó y miró desafiante a Kenan. Pelea de machos Alfa, solo les faltaba atacar con la cornamenta, a ver quién la tenía más grande.

—Ya veo, ten cuidado, Sawyers no tiene muy buena fama con las mujeres... —apostilló torciendo la sonrisa, mientras apretaba la mandíbula.

—¡Anda, como tú entonces! —repliqué—. Hasta que Kenan me conoció, no paraba de estar con una distinta cada noche, pero fue verme y caer rendido a mis pies —le dije desafiante mientras la rubia arrugaba la nariz—. Me dijo, que al verme entendió que jamás había amado realmente a una mujer, estuvo acosándome dos semanas enteras hasta que acepté quedar con él. El mundo dejó de existir para Keni pu, solo existía yo, era como si las demás hubieran

caído al retrete, de ahí al mar, las hubiera engullido un tiburón y posteriormente, todas evacuadas al fondo marino, tras haber pasado por su tracto intestinal. ¿Verdad amorcito? —les conté. La rubia estaba cada vez más indignada y yo, esperaba su confirmación pública de lo que estaba diciendo, la acababa de convertir en caca de pez.

—Verdad, eres la única que existe para mí —afirmó. Sonreí satisfecha, mientras la rubia le soltaba poco a poco. Intenté carbonizarla con los ojos a ver si se desintegraba de una puñetera vez.

—Creo que no nos han presentado, ¿tú eres? —le pregunté directa.

—Britney —me contestó.

—Anda como la Spears, espero que la vida te vaya mucho mejor que a ella, esa mujer ha ido de desastre en desastre, drogas, hijos de diferentes padres, relaciones fallidas, una carrera hundida —agité la cabeza con pesar—. Se quedó anclada en el pasado y ahora, debe conformarse con los restos de una vida que jamás pudo recuperar, que pena me dan esas personas que viven atrapadas en lo que una vez fue, cuando está claro que nunca volverá a ser —comenté mientras la miraba desafiante, esperando que leyera entre líneas. Terminó soltando el brazo de Kenan, solo me quedaba rematarla—. Por cierto, ¿quién eres? Kenan nunca te nombró cuando hablaba de sus amigas. —La rubia se estaba poniendo roja.

—Es una conocida de Kenan del instituto —Suzane salió en mi ayuda, para pincharla relegándola al escalafón más bajo, el de los conocidos—. Creo querida, que la relegaste al fondo marino —dijo y formé una oh con mis labios, como si me arrepintiera de lo que había dicho—, ahora es maestra en el jardín de infancia de la señora Jones.

—Ay, disculpa Britney, no sabía que habías sido un novieta del instituto. De verdad que jamás te nombró sino, nunca habría dicho eso, lo lamento, seguro que fuiste importante para Kenan. Mira qué no hablarme de esta chica tan mona y que parece tan buena persona —le regañé suave, girándome hacia él, para volver a dirigirme a ella—. Por cierto, qué profesión más dulce —me acerqué a Kenan apoyando la cabeza en su pecho—. A nosotros nos encantan los niños, de hecho tenemos muchas ganas de quedarnos embarazados. ¿Verdad que sí Keni pu? —me encantaba llamarlo por ese ridículo nombre y ver, cómo entornaba los ojos. Me agarró con fuerza de la cintura sin dejar de

mirar a Sawyers.

—Más bien lo que nos gusta es intentar concebirlos, una y otra vez, sin descanso. Aunque está claro que hasta que no nos casemos, vamos a conformarnos con practicar a diario —comentó. La que estaba enrojeciendo ahora era yo, pues Kenan miraba abiertamente al agente, mostrándole a quien pertenecía. Su mano calentaba mi cintura y el pulgar bajaba y subía, hasta llegar justo debajo de mi pecho, poniéndome nerviosa y cachonda al mismo tiempo. Suzane se rio, sobre todo al ver la cara de pocos amigos de Britney.

—Ya sabes Brit, has de ponerte las pilas, mi hermanito ya está cazado y a ti se te pasa el arroz...

—Oh con lo bonita que eres Britney, seguro que encuentras un hombre que quiera sentar la cabeza y llenarte de bebés, aunque con treinta y nueve, ya te puedes ir espabilando, nuestro reloj biológico no se detiene.

—¡Tengo treinta y cinco! —aseveró con un graznido.

—Ay disculpa, pensé que eras mayor, pareces tan madura. Además esa ropa que llevas tan conservadora te suma años, tal vez con otro estilo no te costaría pescar alguno. —No lo pensaba realmente, pero quería hostigarla hasta el infinito y más allá. Otra risita escapó bajo la nariz de mi cuñada.

—Está claro, que la ropa que yo llevo de más, a algunas se le ha olvidado —contraatacó la rubia que estaba llegando al límite.

—¿Tú crees? A Kenan le vuelve loco que lleve escotes y falda corta, le encanta mirarme, dice que soy como una obra de arte y que el arte, está hecho para ser disfrutado, a él no le importa que enseñe piel mientras sea el único que la toque. —La miré fijamente hasta que perdió la batalla y retiró la mirada.

—Si me disculpáis, no quiero acapararos, he visto unas amigas por allí que quiero saludar. Espero que seáis muy felices juntos.

—Igualmente Britney, espero que encuentres marido pronto. —Suzane me miró sonriente y en cuanto la rubia se largó, murmuró en mi oído:

—Bien hecho cuñadita. —Kenan acercó el rostro a nosotras.

—Menudo par que estáis hechas vosotras dos, habéis espantado a la pobre Britney.

—Se lo merece por sobona —sentenció Suzane—. No entiendo cómo teniendo aquí a tu prometida, te dejas magrear por esa mojigata, que siempre ha buscado ser la futura señora Mackenzie, si yo hubiera sido Sarah, ya le hubiera retorcido el pescuezo.

—¡Yo no me he dejado sobetear por nadie! —gruñó.

—Pues yo creo que sí —apoyé a Suzane en su afirmación, Kenan me miró con sorpresa.

—¿Y lo dices tú que no dejabas de toquetear a Sawyer? —preguntó desafiante.

—Algo tenía que hacer, si tú preferías a la rubia antes que a mí, además era un asunto de seguridad nacional, debía comprobar que Escocia estaba en buenos brazos. —Estábamos en un rincón del salón, al lado de la chimenea de piedra que presidía la estancia. Kenan me cogió por la cintura, me apoyó en el lateral pegando su cuerpo al mío y su erección en mi sexo.

—¿Quieres que te demuestre que ya estás en buenos brazos? —me dijo. Sus ojos brillaban con malicia y mis feromonas, danzaban para atraerlo hacia mí. «En buenos brazos y deseosa de recibir unos buenos estocazos». «¡Madre del amor hermoso, cómo me ponía ese hombre!» Con los ojos buscó mis labios y yo los humedecí, preparándolos para recibir el beso que tanto ansiaba. Se acercó con suavidad, estaba a un suspiro de distancia cuando Suzane nos interrumpió.

—Será mejor que dejéis eso para más tarde, el laird se acerca por la retaguardia. —Kenan se puso rígido al instante, si le hubieran metido un palo no estaría tan recto. Estaba claro que la presencia de su padre le incomodaba y, se estaba preparando para el ataque frontal.

Desde mi posición pude ver al padre de Kenan, era tan alto, ancho y fornido como su hijo. Estaba claro que la genética de ese hombre era tan fuerte, que sus dos retoños eran calcados a él. No como Aileen, que era rubia, menuda, algo rellenita y dulce. La madre de Kenan nos dijo que no estaba en la fiesta porque estaba trabajando, estaba claro que así era, pues entró con el uniforme. A su edad podría haberse retirado, pero al parecer aquel trabajo era su vida, así que ni se le pasaba por la cabeza jubilarse, ese hombre pertenecería al cuerpo de policía hasta el último aliento. Suzane me explicó que era superintendente jefe de la policía, adoraba su profesión, luciendo los

galones con orgullo, lo cierto es que ese hombre imponía.

Al verle aparecer, el equipo de policías que estaban allí, se cuadraron y le saludaron formalmente, su hija hizo lo mismo, me resultó curioso que en un ámbito familiar mantuvieran las formalidades.

Suzane era inspectora, así que su cargo era inferior al de su progenitor y bajo su mando, tenía aquel equipo de aguerridos policías buenorros. Menos mal que no estaban mis chicas o estarían babeando. Jud con Suzane y el resto con los polis macizos.

Observé como Kenan y él cruzaban miradas sin apenas dirigirse la palabra, ambos hombres hicieron un gesto hosco con la cabeza a modo de saludo. La situación era complicada, hasta que apareció Aileen para intentar suavizar la tensión que inundaba el ambiente.

—Cariño, ¿conoces ya a la prometida de Kenan? Se llama Sarah —Aileen nos miró a ambos—. Sarah este es mi marido John Mackenzie —me lo presentó. Aunque intentaba disimularlo, Aileen también estaba nerviosa por el reencuentro padre e hijo.

—Hola, señor Mackenzie, estoy encantada de conocerle —tendí la mano y él la estrechó con fuerza, evaluándome de cabeza a pies.

—No tienes acento escocés —refunfuñó.

—Tal vez es porque soy española —repliqué y una mueca irónica transformó su rostro.

—¿Con ese pelo? Lo dudo, tu familia debe ser irlandesa o escocesa, los españoles son morenos —le sonreí con amabilidad e intenté bromear.

—Eso es como decir, que los alemanes son rubios y los africanos negros y creo, que puedo demostrarle que Hitler era moreno y Charlize Theron que es de Sud África, blanca como la leche. Aunque tal vez, en mi caso, es porque soy hija del butanero —comenté. Me miró con disgusto, seguro que no estaba acostumbrado a que le llevaran la contraria. Pero yo tampoco estaba acostumbrada a tanta soberbia. Después caí, que tal vez me miraba raro porque no había pillado lo del butanero. Era un dicho español, así que seguramente no me habría entendido. Tampoco le iba a aclarar, que en España, antiguamente el gas venía en bombonas de color naranja y el hombre que las subía a las casas, vestía un mono de ese color. Probablemente en Edimburgo,

las bombonas eran de otro color y el butanero no entraba a las casas. Además seguro que me tachaba de sabelotodo, si le soltaba aquella perorata.

—¡Verdad que es guapa! —Insistió Aileen, él volvió a mirarme.

—Por lo menos tiene de dónde agarrar, no sé qué manía les ha entrado a todas, con parecer palos de escoba en vez de mujeres, tiene buenas caderas para engendrar —soltó y un grito de horror constreñido, salió de la garganta de Suzane. Porque no quería echar más leña al fuego, sino le iba a enseñar a ese hombre, que el tamaño de mis caderas iba en consonancia con el de mi mala leche—. Aunque claro, por muy bien que esté, no es escocesa y dudo que Kenan, sea lo suficientemente hombre para que ella se sienta protegida a su lado. —«Dios mío, dame fuerzas para que no me saque un zapato y se lo clave en un ojo. No quedaría bien dejar al padre tuerto en una fiesta de compromiso, ¿verdad?». Sería desagradable el tío, por muy padre de Kenan que fuera, no iba a tolerar ese comportamiento. Mi falso prometido, dio un paso al frente, para responderle pero ese hombre era mío.

—Su hijo es mucho más hombre que otros que se las dan de macho, es inteligente, amable y ambos nos cuidamos mutuamente, no necesito un hombre de las cavernas a mi lado, que se pase el día gruñendo, agitando su garrote y tirándome del pelo. Las cosas han cambiado señor, yo busco uno que comparta conmigo mi día a día.

—Pffff —resopló—, eso lo dices ahora —clavó sus ojos en mí intentando empequeñecerme—. Una mujer necesita un hombre fuerte a su lado y dudo que mi hijo, con esa palabrería barata de profesorucho universitario, pueda defenderte frente a una agresión. —Kenan apretó los puños y yo que cada vez estaba más enfadada, no pude contenerme. A ese hombre le hacía falta una buena cura de humildad.

—Escúcheme bien, señor Mackenzie, porque no pienso malgastar mi tiempo repitiéndoselo más de una vez —levanté el tono y poco a poco el salón se fue silenciando—. Yo no necesito un tío que me domine, me mangonee o piense que los pantalones los lleva él en todo momento. Tal vez crea que por ser mujer, soy la débil, soy idiota o no puedo cuidar de mí misma, pero se equivoca. Creo que en su mujer y su hija tiene un claro ejemplo. No necesito un protector a mi lado, para eso ya está usted, Suzane y el cuerpo de policía, para proteger a los ciudadanos. Lo que yo necesito es un compañero de vida, una persona que me haga reír, que me haga soñar, que haga que mi corazón se

desboque cada vez que lo miro. Que me escuche cuando hablo, que me respete y que no esté ausente. Que me coja en sus brazos cuando necesite consuelo, que me ame con toda su alma y su corazón, para poder hacer frente a todas las vicisitudes a las que deberemos enfrentarnos. Un hombre que elija el bienestar de los demás por encima del suyo propio, uno que ha escogido formar a las personas para hacerlas mejores, en vez de pelear y encerrarlas en la cárcel. A mi lado quiero un hombre que me complemente, que me complete y que me haga sentir su igual. Y ese hombre es su hijo, señor Mackenzie —Aileen tenía lágrimas en los ojos y estaba muda de la emoción—. Puede que usted no le vea del mismo modo que yo y créame que lo lamento si es así, pero usted no va a casarse con él, así que ese, no es mi problema. Pero espero que cambie la manera en la que se dirige a su hijo, por su bien, pues se merece todo su respeto, al igual que lo merece el resto de su familia. Es un brillante escritor, un magnífico profesor y el hombre con quien voy a compartir mi vida. Si usted le ofende, me ofende a mí y tenga por seguro, que a mí no me ofende nadie, así que ni él ni yo, nos quedaremos en un lugar donde no seamos bien recibidos o respetados. No me importa que sea su padre, policía o el mismísimo rey de Escocia, porque para mí lo más importante es Kenan —continué y él no apartaba la mirada de la mía por muy duras o malsonantes, que fueran mis palabras—. Y para terminar, le diré que un padre que no es capaz de anteponer la felicidad de su hijo a la propia, deja mucho que desear, por su bien y por el nuestro, espero que ese no sea su caso—. Me faltó poner la palabra fin. Me había quedado más a gusto que un arbusto tanto, que no me había dado cuenta, que todo el mundo estaba en silencio y nos miraban estupefactos. Tras una larga respiración, su cara de algún modo se destensó.

—¡Por San Ninian! ¿Estás segura de que no eres escocesa muchacha? ¡Menudo carácter, me recuerdas a mi madre que en paz descansa! ¡Será un honor para mí, que formes parte de nuestra familia! ¡Contigo al lado, el que corre peligro es el que se acerque a mi hijo, seguro que le infundes algo de tu valor, a mis brazos muchacha! —Sin comerlo ni beberlo, me vi envuelta en un abrazo del oso gruñón, que era tan ancho como el tronco de un árbol. Todos aplaudieron y jalearon. No me pasó desapercibido que la madre de Kenan le tendió algo a su hijo y le azuzó, su cara era de mapa. ¿Qué ocurría? Cuando mi falso futuro suegro decidió que el abrazo había llegado a su fin, miró a su hijo. —Sé que esta muchacha que has traído a casa, ha soltado verdades como puños, tu hermana me ha demostrado con creces, que no hace falta tener un par de pelotas para defender a Escocia, que ella siendo mujer era tan capaz como

cualquier hombre. Al parecer, la mujer que has escogido también es de fuertes convicciones, te admira y te respeta como hombre y para mí, eso es suficiente. Puede que no escogieras el camino que yo había querido para ti y que no me sienta del todo complacido, pero sé que eres un buen hombre y que la vas a hacer feliz. Bienvenido a casa hijo —«Bueno, algo es algo», pensé. Mejor eso, que no todas las sandeces que había soltado antes, si mi discurso había servido para entreabrir una puerta, mejor que mejor. Por lo menos que toda aquella pantomima sirviera para algo.

—Os pido un minuto de silencio, mi hijo tiene algo que decirle a su futura esposa —gritó Aileen orgullosa. ¿Cómo? John me dio la vuelta para ponerme frente a Kenan. Vi cómo su nuez subía y bajaba agitada—. Adelante hijo —Aileen parecía muy emocionada, en menudo lío nos había metido, ¿porqué había tenido que decir todas aquellas cosas por teléfono? Si no hubiera sido tan impulsiva, ahora no me estaría comprometiendo, aunque todo fuera falso.

Kenan sacó una cajita y la puso sobre la palma de mi mano.

—Sarah, sé que no hace mucho que comenzó todo —si todos supieran—, pero mis sentimientos hacia ti, han ido creciendo a cada instante que pasaba a tu lado —oí suspiros femeninos a mis espaldas—. Como todos han podido comprobar, eres una mujer fuerte, con profundas convicciones y un gran corazón. También eres muy bella, a la vista está, pero tu belleza más importante es la que nace de tu alma para reflejarse en tu exterior —«Joder, si incluso me lo estaba creyendo». ¿Cómo era capaz de mirarme así y decirme aquellas cosas tan bonitas? Parecía que realmente fuera la mujer de su vida—. Sé que he tardado treinta y cinco años en encontrarte, pero por fin lo he hecho, sé que eres tú y que jamás, podrá haber otra en tu lugar. Por ello te hago entrega del luckenbooth familiar junto con el anillo de los Mackenzie —abrí la cajita emocionada descubriendo un hermoso broche de plata, con dos corazones enlazados bajo una corona. En la misma, había un bonito anillo con una piedra aguamarina engarzada, del color de mis ojos—. El luckenbooth, ha sido entregado de generación en generación, a cada una de las mujeres a quien los hombres Mackenzie entregaron su corazón —«Wow, debía ser un broche muy antiguo»—. Espero que los aceptes y con ello quede sellado el compromiso, aquel que te convertirá algún día en mi futura mujer. —Las manos me temblaban mientras Kenan seguía mirándome con determinación. No podía apartar los ojos de los suyos. Él fue quien me colocó el broche en el escote, rozando mis pechos con sus dedos, casi se me escapa un incontrolable

gemido al sentirle de nuevo—. ¿Aceptas convertirte en mi esposa? —me preguntó tomando el anillo, notaba la lengua pastosa y lo único que deseaba gritar era un sí, que retumbara en toda Escocia. ¿Qué me ocurría? Kenan se estaba impacientando ante mi silencio y me miró implorante, esa mirada me hizo recordar que todo era un subterfugio, que nada de aquello era cierto. «Céntrate Sarah».

—Por supuesto que quiero Keni pu —me obligué a decir aquel horrendo diminutivo, para cerciorarme de que todo aquello no era más que una actuación, un engaño. Yo no era la prometida de Kenan, ni la mujer de su vida, ni él me amaba, ni nos íbamos a casar. Deslizó el anillo en mi dedo encajándolo a la perfección y como colofón final, me besó. En ese instante sí que morí, sus labios eran justamente lo que había estado necesitando durante todo el día. Me fundí en aquel beso olvidándome de dónde estábamos y con quien. Solo podía pensar en aquella boca que me doblegaba a voluntad, en esas manos que me tomaban de las caderas para presionarme contra un cuerpo férreo y una erección palpitante. Su boca me devoraba y la mía no podía dejar de hacer lo mismo, le buscaba con lengua dientes y labios, para intentar grabar a fuego las sensación de su boca sobre la mía.

La gente comenzó a reír y jalear, incluso algunos sugerían que nos fuéramos a una habitación. Todo aquello fue suficiente, como para poner fin al beso, mientras nuestras respiraciones agitadas recobraban la normalidad. En cuanto me separé de Kenan, algo avergonzada por el instante que acabábamos de compartir, sentí como las mujeres de la familia me envolvían en un abrazo dándome la bienvenida. Una sensación de ahogo, hizo que casi me fallara la respiración, nunca me había sentido tan valorada y querida en tan poco tiempo.

La celebración se alargó durante todo el día, comimos, bailamos, reímos y lo pasamos en grande. Kenan y yo nos besamos unas cuantas veces a petición de los congregados, entre tanto beso, caricia, baile y alcohol, al final de la noche estaba que me subía por las paredes. Mi escritor no parecía estar mucho mejor que yo, su entrepierna parecía en estado constante de enrocamiento, al igual que la mía que no dejaba de hormiguesear. Era muy tarde y los invitados ya se habían marchado, yo estaba bastante mareada, sentada en el jardín delantero con Suzane y una cerveza fría, ¡cuánto bebían los escoceses!

—Madre mía, estoy que casi no me tengo en pie. —Las palabras no me salían con claridad.

—Pues cualquiera lo diría, con la de refregones que te has pegado con mi hermano, lleva con la polla dura todo el día —dijo sonriente.

—No me digas que lo has notado —respondí abochornada.

—Soy muy observadora, además nos llevamos muy poco, le he visto muchas veces en bolas y sé cuándo está “entusiasmado”. Y tú lo tienes en ese estado todo el día, en cuanto te pille en el dormitorio, no sales viva de allí.

—Dios te oiga —comenté en un ruego sin pensar.

—Oh sí, Dios me oirá y tu mañana estarás tan abierta, que entre tus piernas podrá pasar un tren de mercancías —ambas nos reímos cómplices. Me gustaba mucho Suzane —. Hablando del tren de mercancías, creo que el tuyo acaba de llegar —comentó arreándome un codazo, que casi me saca el brazo.

—Hola chicas —nos saludó Kenan saliendo por la puerta principal.

—¿Qué tal hermanito? Menos mal que por una vez en tu vida has elegido una que merece la pena —Suzane se levantó—. Me marchó a dormir, que mañana trabajo —me besó en la mejilla—. Espero que nos podamos despedir mañana, antes de que os marchéis y si no es así, espero que tengáis un buen viaje. Pasad por aquí antes de volver a España, ¿vale?

—¡Claro *piuthar*^[4]! —Suzane me había dicho que le hacía ilusión que la llamara así, nunca había tenido una hermana y decía que de haberla tenido, le hubiera gustado que fuera como yo. A mí me pasaba algo similar, tenía la extraña sensación de que me faltaba una mitad, supongo que no había nacido para ser hija única. Le devolví el beso y ella se abrazó a su hermano.

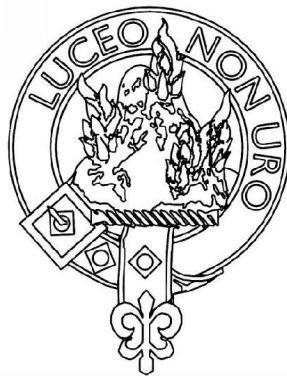
—Cuidala *brathair*^[5] es una mujer asombrosa.

—Lo sé —dijo lo suficientemente alto, para que a mí se me acelerara el corazón y dejara satisfecha a su hermana. Suzane desapareció por donde él había entrado.

No se veía ni una estrella, el cielo estaba completamente tapado.

Kenan se sentó a mi lado apretando su pierna contra la mía, me sentía incómoda, pues no dejaba de excitarme cada vez que estaba a mi lado, justo como en aquel momento. Di un largo trago a mi cerveza para apagar mi ardor, con tanto alcohol debería estar más relajada, no como la cuerda de una guitarra.

16 CAPÍTULO (KENAN)



Estaba tan hermosa que me cortaba el aliento. Llevaba todo el día sin comprender muy bien, por qué me sentía así con ella, cuando dijo todo aquello sobre mí, enfrentándose a mi padre, algo cambió, como un pequeño interruptor de encendido que prende los engranajes de algo mucho más grande. Fue como si una coraza se resquebrajara y viera otra nueva Sarah que me dejaba sin

aliento, aquella que se empeñaba en ocultar, una a quien no le importaba mostrar sus sentimientos en público, una mujer fuerte, con una gran capacidad para amar y proteger. Aunque sabía que todo lo que había dicho no era para mí, me hubiera encantado que lo sintiera de verdad. Por unos instantes me dejé seducir por la situación y creí en aquel compromiso. Le dije lo que realmente pensaba y sentía. Estaba completamente hechizado por aquella mujer y el poder que irradiaba, tal vez no la amara, pero nunca había sentido una emoción tan intensa por ninguna otra.

—¿Lo has pasado bien? —le pregunté y sonrió soñadora

—Mucho, tienes una familia y unos amigos geniales.

—¿También Britney? —cuestioné divertido, ella frunció los labios y respondió.

—Britney me cae igual de bien, que a ti Sawyer —replicó. Me gustaba que fuera rápida y mordaz.

—Oh sí, el bueno de Sawyer, creo que te hubieras llevado una decepción con él —comenté. Ladeó la cabeza y preguntó.

—¿Y eso por qué?

—Bueno, las malas lenguas dicen que no es muy bueno en la cama —le expliqué, ella soltó una carcajada y me miró entrecerrando los ojos.

—¿Y eso lo sabes por propia experiencia? —inquirió. Acaricié su mejilla arrancándole un suspiro. Me estaba costando un mundo contenerme.

—Con Sawyer nunca he estado, así que no te lo puedo afirmar, sin embargo era lo que se decía en el instituto —le dije. Sus labios se entreabrieron como una flor, cuando le pasé el pulgar por el grueso labio inferior. Me encantaba hacer eso y observar, cómo abría automáticamente la boca como si me invitara a entrar.

—¿Y has estado con otros hombres? —preguntó curiosa.

—Digamos que he compartido mujer, en alguna ocasión que otra —parecía sorprendida—¿Tú nunca has estado con dos a la vez? —pregunté, aunque la idea de compartirla no me gustó en absoluto, la quería solo para mí.

—No.

—¿Y te gustaría? —seguí interrogándola, no sé por qué, cuando tenía miedo a lo que pudiera responder.

—No lo sé, nunca me lo he planteado, supongo que todo depende de la circunstancia y con quién estés. Ahora por ahora no entra en mis planes. —«Mejor», pensé para mí.

—Es tarde, creo que deberíamos ir a la cama —afirmé. Aquella palabra mágica había sacudido mi entrepierna—, mi madre nos ha preparado la habitación.

—¿La habitación o las habitaciones? —Inquirió. Lo hacía inconscientemente, pero cuando deslizaba la lengua de ese modo por sus labios, mi erección rabiaba.

—La habitación —reiteré—, no esperarás que crea que a nuestra edad y estando prometidos, no tengamos sexo.

—Es que no lo tenemos —agitó las pestañas.

—Pero eso ella no lo sabe, preciosa —me levanté y tiré de su mano para ponerla en pie, apenas se sostenía del mareo que llevaba—. Creo que mi prometida ha bebido demasiado esta noche.

—Puede —sus manos me acariciaron el pecho.

Necesitaba ir con urgencia a esa habitación. No esperé a que me diera permiso, no iba a arriesgarme a que tropezara y se abriera la crisma o que pasara cualquier otra calamidad, que impidiera hacerla mía aunque fuera por una vez, solo por esa noche. Sarah estaba receptiva y yo iba a aprovecharlo. Tal vez fuera un cabrón por ello, pero prefería no planteármelo. La cogí en brazos y cargué con ella escaleras arriba, como si fuera una novia y nos acabáramos de desposar. Ella suspiraba divertida contra mi cuello.

—Casi haces que me sienta como un peso pluma —dijo y me encantó, cómo se acurrucaba en mi pecho.

—Eres una hermosa pluma.

—Dirás un plumón, aunque si te soy sincera, me importa bien poco. Anda Kenan se bueno y apiádate de esta pobre huerfanita, soltó una de las manos de mi cuello para llevarla a su sexo y colarla bajo su falda. Casi tropiezo en el siguiente escalón.

—¿C-cómo dices? —Chupó mi oreja, me tenía completamente desconcertado, estaba claro que se estaba acariciando mientras yo cargaba con ella, esa mujer era una suicida y estaba claro, que yo era un inconsciente.

—Pues que te apiades de esta huerfanita, que necesita una buena comidita —dijo frotándose la entrepierna para dejarme bien claro, cuál iba a ser el plato estrella. Solo de pensarlo estuve tentado a soltarla ahí mismo y devorarla en las escaleras.

—No te preocupes pelirroja, que a esta huerfanita me la voy a cenar enterita —le solté y sonrió divertida, sacó los dedos y los puso frente a mi boca susurrando desafiante.

—Un tentempié —separé los labios deseoso de volver a probar su dulce sabor. Cuando chupé sus dedos ella gimió. «¡Joder, me la tenía que follar ya!».

Casi arranco la puerta de cuajo con las prisas. Entré en tromba para lanzarla contra la cama. Ella reía divertida al caer sobre el colchón.

—¿Dónde está mi Devorador? —preguntó poniéndose de espaldas a mí, a cuatro patas y meneando su trasero.

—¿Devorador? Te voy a dar yo devorador —le subí el vestido y literalmente le arranqué las bragas para sumergirme entre sus pliegues.

—¡Mmmmmm, oooooohhhh, sí, Kenan por favor sigue! —Sarah estaba desatada y yo también, me importaba una mierda, que gritara como una loca y que mis padres se enteraran, de lo que estaba haciéndole. No pensaba parar, ni decirle que dormían en la habitación de al lado. Conociéndola seguro que me detenía y hoy nadie iba a detenerme— ¡Sí, sí, sí eso es, métemela enteraaaaa! —le estaba penetrando con la lengua y ella empujaba enfebrecida sus caderas contra mi cara— ¡Ohhh por favor! ¡Joder! ¡Eres un Dios del sexo oral y quiero que me vacíes el panal! —casi me echo a reír con su rima.

—¿Panal? ¡Te voy a dar yo con todo el aguijón abejita mía! —ella se carcajeaba a la vez que gemía, mis padres iban a alucinar—. ¿Puedes ser un poco más silenciosa? —le sugerí.

—¿Te da vergüenza que nos oigan Kenan? —me preguntó parando en seco el movimiento de vaivén de sus caderas. No podía decirle que el cabecero de mis padres daba al nuestro, una cosa era que pensara que nos podían oír y otra muy distinta que lo supiera.

—No preciosa, no me avergüenza que mis padres me oigan complaciendo a una diosa —respondí y pareció que le gustaba mi respuesta, reactivó el movimiento y yo volví al ataque, esta vez fui a por el clítoris mientras la penetraba con dos dedos.

—¡Ohhhh síiii, eso es, más duro, más fuerte! Espera deja que me agarre —reptó por la cama hasta cogerse a los barrotes—. ¡Vamos vaquero cómemelo todo entero! —Sacudió ambos glúteos y se dio un azote. La palabra lujuria estaba escrita en cada poro de su piel. Fui tras ella y comencé a morderle los blancos muslos—. Mmmmm, sube más pequeño y engulle mi rico jalapeño —había llevado la mano hasta su clítoris, para retirar el capuchón y mostrarme aquella roja guindilla —nunca había echado un polvo tan divertido, aquellas rimas me ponían extrañamente cachondo.

—No sabes lo que estás diciendo mujer —me lancé a por aquel clítoris jugueteón tirando con saña de él.

—¡Sí, sí , sí, justo así, ohhh Kenan sigue haciendo eso, voy a correrme! —Sarah parecía un potro salvaje. Ahora agarrada a los barrotes era mucho peor, no dejaba de agitarse y golpear contra la pared. Yo tenía una erección de caballo, pero prefería satisfacerla a ella y luego ya me ocuparía de mí. Rebañé su sexo, lo lamí con glotonería haciéndolo mío con lengua y dedos. Cuando su vagina anunció que el orgasmo era inminente, sustituí los dedos por mi boca, para capturar todo lo que ella deseara darme. Sarah estalló, gritó, se sacudió y casi tira el cuadro de la pared, con el golpe de cabecero tan bestia que dio. Saboreé su dulce miel hasta beberla por entero —Mmmmm, Keni pu, ha sido increíble, te voy a nombrar Cunnilingus Cum Laude por la universidad del sexo oral femenino.

—Me alegro preciosa y ahora, si te parece vamos a saciarme a mí, ¿quieres pequeña? —una risa tonta escapó entre sus labios.

—Soy todo menos pequeña o es que no me ves —dijo haciendo una tentativa de desnudarse, mientras se atascaba quitándose el vestido.

—Claro que te veo, eres la mujer más hermosa del mundo. Espera que te ayudo. —La desnudé por completo, primero el vestido y después el sujetador, me encantaba verla solo con su piel. Mi polla volvió a quejarse al contemplar tanta belleza. Eché mano a la cartera con prisas para sacar un condón. Para mi consternación no tenía ni uno. Solté un improprio.

—¿Qué te ocurre? —preguntó curvando su espalda y proyectando los pechos hacia arriba.

—No te muevas me oyes, voy al coche, no tengo condones, no subí la bolsa de mano que es donde los guardé. Tardo dos segundos —ella curvó los labios en una sonrisa retadora.

—No pienso moverme de aquí Keni pu, si piensas que voy a conformarme solo con un orgasmo, es que no me conoces, ven rápido, necesito más —se acarició los pezones y yo di un brinco de la cama que casi me caigo de boca.

—Ahora vengo —Salí corriendo tras echarle un último vistazo a mi Diosa. Joder si Afrodita hubiera existido, seguro que era como Sarah. Esa mujer era sensualmente desbordante y me tenía loco.

Corrí como alma que lleva el diablo, hasta encontrar la puñetera bolsa de mano, la vacié dentro del coche, esperando encontrar por lo menos cinco preservativos. No podía conformarme con menos. Para mi desgracia había solo dos. Bueno deberían bastar, tal vez aceptara que me corriera en su cuerpo o en su boca. Al pensarlo casi reviento el botón del tejano. Subí los escalones de dos en dos y cuando entré a la habitación, Sarah estaba felizmente dormida y saciada. Me senté a su lado e intenté despertarla con besos y arrumacos. Imposible, al segundo beso, me arreó un codazo en el plexo solar que me dejó nuevo.

«¡Mierda, mierda, mierda! ¡Soy un desgraciado! ¿Y ahora qué?». «Pues ahora a cascártela de nuevo», aclaró mi consciencia. Por lo menos podía hacerme una paja contemplándola. Eso fue exactamente lo que hice, me acerqué a ella como un perverso y mientras acariciaba su piel me corrí sobre su espalda. El primer chorro salió propulsado hacia su pelo, Sarah movió la cabeza dejándome sin posibilidad de limpiarlo. El resto lo aseé con una toalla húmeda. Ni se inmutó.

Me tumbé desnudo a su lado y ella ni corta ni perezosa, puso la cabeza sobre mi pecho y la pierna sobre las mías, bloqueando cualquier tipo de movimiento. Volví a endurecerme al instante, pues su sexo estaba completamente abierto y pegado a mi cadera, seguía húmeda y podía captar su olor. Menuda nohecita me esperaba...

Me desperté con un quejido lastimero a mi lado, seguido de un improperio.

—¡Joder que alguien apague la maldita luz! —las cortinas estaban

descorridas y hacía un día inusualmente soleado. Mi compañera de cama, seguía en la misma posición que la noche anterior, a diferencia que se cubría el rostro con las manos, y gritaba como un taxista en pleno atasco.

—¿No has pasado una buena noche bella durmiente? —dijo un respingo al oír mi voz.

—¿Qué- qué haces tú aquí? —parpadeó como si no creyera que ambos estábamos en la misma cama. Se separó de golpe, como si la hubiera quemado —¡Pero si estás desnudo y yo también! —se tocó el pelo por detrás mientras yo contemplaba su azoramiento, que se me antojó más que divertido— Tengo algo seco, como un pegote apelmazando mi pelo. ¿Qué diantres? —sus ojos se abrieron como paltos y me miró espantada—. ¿Tú y yo hemos, hemos...? —llamaron a la puerta y Sarah corrió a taparse hasta la barbilla, mientras yo seguía desnudo.

—¿Se puede? —era la voz de mi madre.

—Quieres hacer el favor de taparte, tu madre creará que tú y yo hemos, hemos...¿Lo hicimos? —me preguntó consternada, pasándome la sábana sobre las piernas, tapándome justo por encima de mis partes nobles. Quise dejarla con la intriga, si no recordaba el orgasmo que le había dado, lo justo era que pensara lo peor.

—¿Tú que crees? —susurré mordiéndole el cuello para su ofuscación—. Adelante mamá —mi madre entró radiante con una bandeja repleta de comida para un regimiento.

—Buenos días hijos míos —estaba alegre y su voz sonaba cantarina—, he pensado, que después de la noche tan movidita que tuvisteis, tendríais mucha hambre.

—¡Oh por favor! —Sarah estaba completamente abochornada, cubriéndose el rostro con la sábana.

—No sufras hija, me alegro que mi hijo te satisfaga tanto, estas paredes retumban y no ayuda mucho, que el cabecero diera al nuestro. Además, después de oír una felicidad como la vuestra, a una no le queda más que intentar alcanzarla —esta vez la que se sonrojó fue mi madre.

—¡Mamá! —la reocriminé por insinuar lo que sugería...

—¿Qué? ¡A ver si piensas que el sexo termina después de tener hijos! Por

suerte tu padre y yo gozamos de una intensa felicidad conyugal, igual que la tuya con Sarah. Además al oír los gritos, no pudo sentirse más orgulloso de ti. Para algo que dice que en eso has salido a él... —Tener aquella conversación con mi madre y con mi jefa desnuda al lado, era lo más descabellado que me había ocurrido nunca.

—Será mejor que dejemos el tema, creo que Sarah ya está lo suficientemente sofocada, gracias por el desayuno mamá.

—Sarah hija, no te avergüences, me encanta saber que mi hijo cumple tus expectativas, igual que hace mi John conmigo, es lo mejor que le puede ocurrir a un matrimonio y la única manera, de que me deis nietos pronto—. Un “Oh”, ahogado salió bajo las sábanas—. Ahora os dejo que desayunéis, son las diez de la mañana, no sé cuál es vuestro horario, pero...

—¿¡Las diez?! —preguntó con horror mi jefa— ¡Madre mía, ya tendríamos que haber salido! —miró a un lado y a otro hasta encontrar una manta en el suelo, se cubrió como pudo levantándose de la cama— ¿Dónde está la ducha? —estaba desencajada.

—La segunda puerta a la izquierda —le indicó mi madre. Sarah cogió la pequeña maleta, donde teníamos la ropa que íbamos a necesitar para hoy y el neceser con el jabón, y demás.

—Disculpadme pero al parecer la necesito con urgencia —con la elegancia de una reina desapareció por la puerta cerrando tras de sí. Mi madre sonrió y me miró con orgullo.

—Ay Kenan, esta chica me gusta mucho y al parecer a ti también —alzó y bajó las cejas unas cuantas veces—. A tu hermana le encanta y tu padre parece que se ha transformado con la llegada de tu prometida. Has hecho una gran elección —me sabía mal que mi madre estuviera tan ilusionada, tarde o temprano debería decirle que lo había dejado con Sarah y presentarle a Brigitte.

—Sí bueno mamá, tampoco os emocionéis mucho, no hace demasiado que nos conocemos y uno nunca sabe... —Ella me lanzó una mirada reprobatoria poniendo los brazos en jarras.

—Kenan Mackenzie, ni se te ocurra decirme, que esa no es la mujer de tu vida, una chica capaz de perdonarte como ella lo hizo, tras tu aventura de una noche, con quién fuera y que encima, te defiende de ese modo frente a tu padre,

merece todo tu respeto y amor. Tienes treinta y cinco años, debes sentar la cabeza de una vez, Sarah es lista, guapa, una mujer de éxito, te quiere y encima os entendéis en la cama. ¿Qué más puedes pedir? —Si ella supiera, lo curioso es que tenía razón...No me gustaba dejarla intranquila, que más daba si lo alargaba un poco más.

—Disculpa mamá tienes razón, es solo que a veces dudo —se acercó y se sentó para abrazarme.

—Ay cielo, estoy muy orgullosa de tener un hijo como tú y aunque a veces lo dudes, tu padre también lo está. Quiero que seas feliz, al fin y al cabo, lo único que vas a llevarte a la tumba, van a ser los recuerdos, las experiencias vividas y con ellos, la sensación de haber vivido una vida plena. Nunca renuncies a tu felicidad Kenan, es lo único que merece la pena —me dijo y después me dio un beso y se levantó—. Ahora desayuna, tu prometida parece tener prisa, come tu parte y después aséate, debéis seguir con el viaje.

Decidí que lo mejor era hacerle caso, no iba a plantearme ahora mi relación con Sarah, ni la que tenía con Brigitte, pero estaba claro que la pelirroja me gustaba más de lo que estaba dispuesto a admitir.

Cansado de esperar que apareciera, opté por usar la ducha de la habitación de mis padres, cuando regresé a la mía, la bandeja había desaparecido al igual que las maletas y se oían unas risas procedentes de la planta de abajo. Sarah estaba en el salón con mis progenitores, mi padre le estaba enseñando el árbol genealógico de los Mackenzie, el orgullo familiar. Ella parecía sumamente interesada, y preciosa con unos pantalones, que enmarcaban su curvilíneo trasero y una blusa color malva.

—¿Entonces dice que Kenan lleva el nombre de uno de sus tátara abuelos?

—Eso es muchacha, Kenan lleva el nombre de uno de los laird más fieros de toda Escocia, Kenan Mackenzie quien se casó con Alana MacRae y juntos tuvieron varios hijos. Kenan murió en el fragor de la batalla, ayudando a Bruce para que se coronara rey de Escocia —pisé la madera del salón y esta crujió bajo mi peso, todos se giraron hacia mí. La mirada de Sarah era intranquila ¿qué le ocurría?

—Buenos días hijo, le estaba enseñando a tu prometida nuestras raíces, se ha interesado mucho por tus antepasados.

—¿Te inspiraste en la historia de tu tátara abuelo para escribir el libro? —

me preguntó. No sabría decir qué le ocurría, pero estaba claro que algo le pasaba. Tal vez seguía molesta por lo de anoche.

—Lo cierto es que no lo sé, tal vez mi padre me contara tanto las historias de mi familia, que algo de ellas se impregnó en mi cerebro. Lo cierto es que escribí ese libro, porque no dejaba de soñar la historia de Kenan. Pensé que si la plasmaba en papel me dejaría en paz.

—¿Has escrito sobre tu tátara abuelo? —inquirió mi padre, que parecía interesado. Acarició su espesa barba y me miró con fijeza.

—Supongo que sí —Sarah le tendió un ejemplar.

—Aquí tienen, espero que lo disfruten, Kenan se lo dedicará antes de marcharnos, ya vamos con bastante retraso, pero por dos minutos no pasará nada ¿verdad? —Su mirada azul se desvió hacia la mía.

—Claro —me acerqué para tomar el libro y dedicárselo a mis padres.

—Hijo, me siento muy orgulloso que hayas ganado un premio, plasmando el pasado de un hombre tan grande como lo fue él. Para mí, es muy importante que nadie olvide el papel que nuestra familia jugó, para hacer de Escocia lo que hoy es. Gracias hijo —me dijo mi padre. Era la primera vez que me daba las gracias por algo. Asentí y me senté en el sofá para hacer una rápida dedicatoria.

—Debemos irnos, ha sido muy agradable conocerles —Sarah se estaba despidiendo mientras yo terminaba con mi rúbrica.

—El placer ha sido nuestro hija, gracias por traerle de nuevo a casa —ella asintió y terminó enterrada, en un abrazo de oso de mi padre. Mi madre no pudo contenerse y se unió al abrazo múltiple. «¿Cómo era posible que se hubieran encariñado tanto con ella en un solo día? ¿Les hubiera ocurrido lo mismo con Brigitte?» «¿Estás loco?», me preguntó mi conciencia. Estaba claro, que mi auténtica prometida no hubiera encajado tan bien en mi familia y aquello me preocupaba. «¿Qué ocurriría cuando les anunciara que había roto con Sarah y me prometía con Brigitte?». Sería mejor no pensar en eso, teníamos un largo camino por delante e íbamos mal de tiempo.

—Lamento interrumpir tan tierna escena, pero tenemos que irnos — comenté y mis padres asintieron, se separaron de una atribulada Sarah, que apenas podía contener la emoción. «Un momento, ¿aquello que brillaba en sus

ojos eran lágrimas? ¡Imposible! Debía ser un efecto óptico. Con una última mirada hacia mis padres, salió del salón indicando que me esperaba en el coche.

La seguimos y justo cuando estábamos en la entrada, mi padre me detuvo.

—Hijo, ¿tienes un minuto antes de irte? —me preguntó y me quedé a su lado.

—Claro, dime.

— Sé que soy un hombre parco y que en el pasado me he equivocado muchas veces, pero también sé cuándo debo pedir perdón y rectificar, creo que ha llegado el momento —. No podía creer que aquello estuviera ocurriendo. Mi padre cuadró los hombros y apoyó su gran mano en uno de los míos—. Lo siento hijo, lamento no haberte comprendido, lamento no haberte apoyado lo suficiente, cuándo lo necesitabas. Lamento no haber estado allí para ti, pero créeme si te digo que me siento muy orgulloso de aquel muchacho, que una vez decidió luchar por sus sueños, desobedeciendo mis órdenes y hoy ha vuelto a casa, convertido en un hombre, del que me siento profundamente orgulloso. Gracias por ser, quien diera el paso de venir a casa y gracias por traer a Sarah a nuestras vidas, esa pelirroja es increíble y una fiera —dijo con complicidad. Ambos miramos hacia el coche para ver a la genuina mujer que había dentro. Palmeó con fuerza mi hombro susurrándome al oído—. Anoche dejaste el pabellón de los Mackenzie muy alto, nunca la desatiendas hijo y recuerda, lo que voy a decirte: “Mujer satisfecha nunca te apaga la mecha” —si él supiera...—. Una mujer que te defiende con tanto arrojo, es que te ama de verdad, no le falles hijo, pues las fieras tienen un gran y tierno corazón. Si le fallas se lo romperás y el corazón roto de una guerrera, es muy difícil de recomponer.

—No lo olvidaré padre —le respondí para tranquilizarle. Mi madre vino hacia nosotros.

—Sarah nos prometió que pasaríais por aquí antes de marcharos de Escocia, también se lo dijo a Suzane, así que hacedlo, por favor —me pidió y su caricia era lo que más echaba de menos.

—Vendremos y despedidme de Suzane. No me gusta tener que irme, sin haberle dicho adiós.

—Claro hijo, no te preocupes. Ahora marchad, tenéis un largo trayecto por

delante.

Tras un último abrazo a mis padres, me monté en el coche y arranqué. No estaba muy seguro de qué tipo de conversación debía mantener con Sarah, estaba nervioso por todos los sentimientos que aquella mujer despertaba en mí. Opté por no hablar y darle a ella la oportunidad de hacerlo. Pero al parecer ella optó también por el silencio. Durante una hora no apartó los ojos de la carretera, después se quedó dormida.

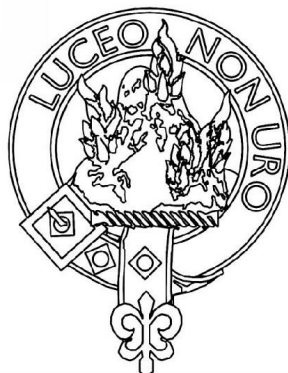
Yo fui rememorando durante el viaje los paisajes de mi amada Escocia, los pastos verdes, las montañas escarpadas, los lagos profundos. Era curioso el extraño poder que ejercían sobre mí las Highlands.

Tenía claro nuestro destino, íbamos a encontrarnos con las chicas de Sarah en Kyle of Lochalsh, situado a unos ciento veinticinco kilómetros de la capital regional de Inverness. Era un pueblo pequeño, de unos ochocientos habitantes y contaba con bastantes servicios, incluidos varios hoteles. Por supuesto que no encontraríamos el Palace, sin embargo seguro que eran confortables.

Tenía el nombre del alojamiento donde nos hospedaríamos, así que no me costaría encontrarlo en un lugar tan pequeño.

Durante el trayecto se puso a llover, abrí ligeramente la ventanilla para que el aroma a tierra y hierba mojada, impregnara mis fosas nasales. Aquel aroma, junto con el de los campos de lavanda y brezo, siempre inspiraban en mi cerebro la misma palabra: Hogar.

17 CAPÍTULO (SARAH)



Me había acostado con Kenan y no lo recordaba, ¿podía haber algo más bochornoso en el mundo? Si bien es cierto que alguna que otra vez me había ocurrido, nunca podía haber estado más arrepentida de ello.

Estaba claro que no iba a volver a repetir, eran mis principios y ya me los había saltado bastante.

¡Menuda mierda! El primer tío que deseo de aquel modo tan irracional, me acuesto con él y lo hago borracha. Hay que ser mema. Encima él parecía la mar de complacido y su madre, feliz de la vida, porque habíamos interpretado la Gimiata. Me conocía perfectamente, me encantaba gritar cuando follaba, así que no quería ni pensar, la ópera prima con la que les había deleitado anoche.

Mi embrollo era tal, que cuando Kenan entró en el coche no supe qué decir. Al parecer él tampoco, porque no me dirigió la palabra. Estaba claro que la situación se nos había ido de las manos, ¿y eso dónde nos dejaba?

Aquella familia se había portado tan bien conmigo, que me dieron ganas de que todo aquello fuera real. Mis padres no habían sido unos malos padres, pero desde luego, jamás habíamos tenido esa unión que percibía en la familia de Kenan.

Cuando vi a través del cristal que padre e hijo se reconciliaban y que había tanto amor en los ojos de ambos, un par de lágrimas escaparon de los míos.

En la ducha había intentado quitarme el anillo de Kenan, pero parecía que mis dedos se habían hinchado y fui incapaz de sacármelo. Cada vez que lo

miraba me dolía el estómago, por un lado por la flagrante mentira que habíamos soltado y por otro, por sentirme tan bien con él puesto.

¿Por qué tenía que gustarme tanto aquel maldito escritor?

Desperté una hora y media después de haberme quedado dormida, pero decidí seguir fingiendo media hora más. Kenan había puesto la radio y sonaba una canción de Carlos Rivera. Kenan la tarareaba con su voz grave, yo caía y caía sin remedio.

*Todo lo intenté, hasta el alma me jugué
y casi perdía, casi perdía...
y me acostumbré, a esa forma de querer
pero no sentía..., no sentía.
Pero un día pasó, por enfrente tu amor
y te conocí y tu mundo me cambió,
me devolviste la ilusión, la emoción de vivir,
de volver a soñar despierto
y sentir que puedo tocar el cielo si estás aquí.
Tú me has dado el valor
de creer en algo sin siquiera verlo,
gracias a ti por existir,
gracias a ti pude seguir
y valió la pena hacerlo.
No me cansaré, de decir que te daré
toda mi vida, toda la vida.
Siempre tuve fe, aunque a veces lo dudé
yo lo sabía, sí sabía*

*pero un día pasó, por enfrente tu amor
y te conocí y tu mundo me cambió.*

¿Era posible que él me estuviera cambiando a mí? ¿Qué me devolviera una ilusión y una emoción que hasta ahora jamás había sentido?

—Cantas muy bien —le susurré.

—Gracias, siempre me ha relajado cantar —respondió y su mirada, seguía fija en la carretera.

—¿Te gusta Carlos Rivera?

—Me gustan muchos cantantes, pero debo confesar que me inclino hacia los baladistas latinos. ¿Sorprendida? —inquirió. Lo cierto, es que habiendo leído su libro no lo estaba, sin embargo por su aspecto, Kenan parecía más de escuchar rock.

—Un poco, te hacía un poco más rockero, tal vez. Aunque con esa voz podrías cantar lo que quisieras —contesté y curvó los labios.

—Falta poco para llegar y ya empieza a chispear, el tiempo en Escocia es muy inestable —comentó. Ante nosotros se abría un paisaje maravilloso e infranqueable. Parecía que entrabas en otro mundo, ajeno a cualquier realidad conocida hasta el momento. Un manto verde, salpicado de flores silvestres, bordeaba la carretera. Las abruptas montañas se ensalzaban poderosas protegiendo aquella maravilla natural.

—Es muy bello, ¿te importa si abro la ventana? Me encanta el olor a hierba y tierra mojada.

—Qué curioso —dijo y nuestros ojos se encontraron a través del retrovisor.

—¿El qué? —pregunté extrañada mientras inspiraba con fuerza.

—También es mi olor favorito —afirmó. Otro punto en común, si es que no ganaba para disgustos—. Ese y el tuyo —puntualizó. A mí casi se me corta la respiración. Busqué sus ojos que volvían a adentrarse en los míos, acelerando el ritmo de mi corazón.

—¿E-el mío? —cuestioné, me estaba volviendo tartamuda e imbécil por

segundos. ¿Qué narices me pasaba? Intenté recomponerme, estaba hasta los ovarios de sentirme tan idiota cuando él me hablaba. ¿Por qué me ocurría aquello si yo siempre dominaba las situaciones?

—Hueles a lavanda y brezo. —«Mi colonia, sería imbécil, lo que le gustaba era mi colonia. ¡Espabila Sarah!

—Lo sé, es una colonia especial de la boutique Jo Malone en Barcelona. Ellos tienen perfumistas, una vez hablas con sus cazadores de aromas, te orientan para crear el tuyo propio, así que si pensabas ir para regalárselo a Brigitte, no te lo venderán, ese es mío —le expliqué y me miró extrañado.

—¿Por qué crees que querría que Brigitte oliera como tú? —«¿Por qué narices sacaba yo el tema de Brigitte? ¿Y por qué le soltaba eso?». Una extraña ira comenzaba a envolverse, igual que la creciente tormenta. Los nubarrones cada vez estaban más densos y llovía con más fuerza.

—No sé por qué he dicho eso, cuando está claro que jamás querrías que oliera como yo —dije. Kenan dio un volantazo, encendió las luces de emergencia del coche y paró—. ¿Qué narices haces, estás loco?

—Empiezo a creer que sí —replicó con la cara desencajada—. ¿Me puedes explicar qué te ocurre? —Me estaba ahogando, la intensidad de su mirada, su cuerpo tan cercano, el calor que irradiaba, necesitaba, necesitaba... Agarré la maneta, tiré de ella y sin dar explicaciones salí del coche, tiré los zapatos y arranqué a correr. No estaba segura hacia dónde iba o por qué corría, solo necesitaba hacerlo. La lluvia me estaba calando hasta los huesos y las lágrimas me impedían ver, sentía la hierba y las piedras bajo mis pies desnudos, hasta que el olor a lavanda me capturó. Me detuve en seco y gracias a ello, una mole de casi cien kilos, me envistió por detrás, haciendo que cayéramos ambos al suelo. Por suerte, lo hicimos sobre un campo de lavanda. Kenan me protegió con su cuerpo, haciéndome rodar hasta caer encima suyo.

La lluvia nos azotaba y yo no podía dejar de pensar en lo perfecto que era, en lo guapo que estaba con el agua chorreando por su pelo y salpicando aquella barba perfectamente recortada. Su mirada me traspasaba, como si pudiera escanear mi alma y mirar en aquellos rincones, que nadie alcanzaba ver. Estábamos en silencio acunados por la lluvia, nuestras agitadas respiraciones y el latir de nuestros corazones.

Sabía que no debía, lo sabía, pero no podía luchar más contra aquello que

me hacía vibrar, que me hacía pensar en poder acariciar las estrellas con la yema de mis dedos. Me abalancé sobre su boca hambrienta, necesitada. Mi cuerpo le reclamaba y no podía, ni quería evitarlo. Kenan no se resistió, gruñó en mi boca y la saqueó, como si nunca fuera suficiente. Nuestros labios se convirtieron en fieros guerreros sedientos de lucha, usando las lenguas como espadas, iniciamos un combate a muerte, donde solo uno saldría indemne o nos infringiríamos heridas tan profundas, que jamás podríamos sanar. Le mordí el labio inferior con fuerza hasta que pude paladear el sabor de su sangre, aquel gesto primitivo nos alzó en un vuelo sin retorno.

Kenan me dio la vuelta, inmovilizó con una mano las mías sobre mi cabeza, mientras que con la otra me subía el vestido, para arrancar mis bragas de un fuerte tirón. Se desabrochó los pantalones para liberar lo que yo más ansiaba.

Quería recordarlo, sentirlo de verdad, sin que una gota de alcohol nublara mi mente. Atesorar el momento en que su cuerpo entrara en el mío y nos fundiera, en el calor de un único fuego.

Sus ojos no se desviaron de los míos en ningún momento, si esperaba que lo detuviera, estaba muy equivocado, no había nada en el mundo que yo deseara más que aquel momento.

La cabeza de su miembro presionó mi entrada, le quería ahí, justo ahí, bien dentro, encajado entre mis muslos. Para que no dudara de mis intenciones, abrí más las piernas ofreciéndome a él por entero. Kenan empujó a la par que un trueno rugió con fuerza, mi carne se abrió a su paso apresándole con codicia, capturando sus envites una y otra vez. Era grande, perfecto y solo mío.

Le envolví con las piernas buscando más profundidad en cada penetración. Kenan follaba duro, justo como a mí me gustaba. Su carne entrechocaba sin piedad contra la mía, mientras yo me deshacía en gemidos desgarradores que retumbaban fundiéndose en la tormenta. Poco a poco me soltó las manos y yo pude agarrarme a sus anchos hombros como deseaba.

Su boca volvió a la mía, no había una sola parte de nuestros cuerpos que no se frotara de algún modo. Él gruñía y yo gritaba, como dos animales abandonados a su naturaleza. Era un acto carnal, primitivo, una extraña comunión con todo lo que nos rodeaba. Mi carne abierta, buscaba ser colmada. Era como si le hubiera estado esperando toda la vida, como si lo que

hubiera sucedido hasta el momento hubiera dejado de importar, éramos él y yo, el resto había dejado de existir. Por fin le había encontrado.

El orgasmo me alcanzó junto a él, gritamos enfebrecidos uno en la boca del otro, mientras un rayo cruzaba el cielo iluminándolo y nuestros cuerpos se agitaban temblorosos. Jamás había tenido una experiencia tan fuerte como aquella, mi vagina no dejaba de contraerse en un clímax infinito, que se alargó hasta que perdí la conciencia. Lo siguiente que recuerdo, fue abrir los ojos y verle conduciendo. ¿Cuándo me había llevado Kenan al coche?

Me miré la ropa, estaba seca, debía haber pasado mucho tiempo. Le miré sin poder evitar preguntarle.

—¿Cuándo me has metido en el coche? —Él parecía sorprendido por mi pregunta.

—¿Cómo dices? —¿Me follaba y se hacía el loco? Eso sí que no iba a tolerarlo, había sido algo muy importante para mí y él me miraba, como si estuviera trastornada... Me subí el vestido y para mi horror, llevaba otra vez las bragas. ¡Pero si las había roto!

—¡Llevo bragas! —exclamé. Kenan no salía de su asombro.

—Ya lo veo y son muy bonitas, ¿acaso no deberías llevarlas? —inquirió. Aquello ya era el colmo.

—¡Si me las arrancaste hace un rato bajo la tormenta! —exclamé y una lenta sonrisa, se curvó en sus labios.

—¿Ah sí? Qué interesante y ¿qué más te hice bajo la tormenta? —comentó mirándome entrecerrando los ojos.

—¡No vayas de listo conmigo, Kenan Mackenzie! ¡Acabamos de echar el mejor polvo de toda mi vida, así que ahora no me vengas con gilipolleces! —le dije. Detuvo el coche y me miró muy serio.

—Créeme Sarah, si lo hubiéramos hecho lo recordaría, no como tú que no recuerdas lo que pasó anoche —me replicó con intensidad—. Aunque me complace follarte tan bien en sueños, si quieres esta noche te puedo demostrar que en carne y hueso, lo puedo hacer todavía mejor. ¿Quieres eso Sarah? ¿Quieres que te folle? —El negro iris brillaba con fuerza, podría haber dicho que sí, al fin y al cabo estaba claro que mi cuerpo lo estaba pidiendo a gritos pero, ¿un sueño? ¿En serio que había sido otro maldito sueño? ¿Había sido tan

real y esta vez Kenan no estaba vestido de escocés! ¿Qué me estaba pasando? ¿Me estaba volviendo definitivamente loca? Solté un grito de frustración, eché mano a la maneta y cuando abrí la puerta estábamos frente al hotel. A ver ahora quien le quitaba la expresión de capullo engraido del rostro, después de haberle dicho que un polvo con él en sueños, había sido el mejor de mi existencia, iba a estar inaguantable. En cuanto puse un pie en el asfalto, tres gritos ensordecedores seguidos de pasos acelerados, llegaron a mis oídos anunciando que mi aquelarre había llegado antes que nosotros.

—¡Ay Sarah, pero qué bonito es todo esto! —gritaba Mar entusiasmada, mientras se abrazaba a mí como un mono.

—Buenas tardes bruja, ¿se puede saber por qué habéis llegado tan tarde? —Jud estaba de brazos cruzados.

—No quieras saberlo —refunfuñé y ella me miró interrogante.

—Pues creo que esa conversación, sí que me interesa —respondió. Su mirada viajaba de mí hasta Kenan, que descendía del coche.

—Buenas tardes Kenan —le saludó Marge— ¿Qué tal el viaje[A3]?

—Interesante —respondió críptico—. Sarah ha resultado ser fascinante.— Marge sonrió complacida, mientras yo solo tenía ganas de retorcerle el pescuezo a ese hombre, a la vez que le hacía infinitas guarrerías.

—Después nos cuentas cómo te ha fascinado la jefa —Jud parecía la mar de entretenida, mientras yo resoplaba bajo la atenta mirada de mi escritor—. Por ahora vamos a comer, tengo un hambre que me comería un jabalí, la cocina ya está cerrada, pero nos guardaron comida para nosotros. ¡Esta gente no come a las tres y media de la tarde! ¡Parece mentira que seas escocés Mackenzie!

—¡Está bien Hija de Satán, no protestes más! Yo también tengo mucha hambre. Vayamos dentro, luego ya bajaremos las maletas, haré lo que sea con tal de que te calles.

Entramos al comedor, donde nos sirvieron una cantidad ingente de comida. Nos pusieron scotch broth, un succulento guisado de carne de cordero con cebada, col y puerros. De segundo, unos humeantes huggies hicieron que Jud arrugara la nariz, los habían preparado con vísceras de cordero, harina de avena y distintas hierbas aromáticas, acompañados con puré de patata. Para finalizar, nos pusieron cranachan, unos vasitos de cristal repletos de whisky,

copos de avena, frutos rojos, miel y queso Crowdie. Lo cierto es que no nos cabía nada más, pero no pudimos evitar brindar con un chupito de whisky.

—Pensaba que íbamos a alojarnos en Kyle of Lochalsh —observó Kenan, limpiándose los restos de dulce de la comisura de los labios. Me hubiera encantado recorrerlos con mi lengua y...«¡Basta!», tenía la mente a punto de ebullición, necesitaba follar, simplemente era eso. Esa noche saldría de cacería y arreglaría el problema de mis bajos fondos. Mar le respondió.

—Esa era la idea, pero no había alojamiento para todos, por eso reservé este hotel que está a cinco minutos en coche, además tiene un pub muy chulo donde tomar una copa si queremos. ¿Tuviste problemas para encontrarlo con la ubicación que te mandé?

—No, la verdad es que ni me planteé que no estuviera en el pueblo, me limité a poner la ubicación y conducir.

—En un rato visitaremos el pueblo, a las cinco has de presentar tu libro en la biblioteca —apuntilló Marge mirando la agenda.

—¿Qué os parece si vamos a nuestras habitaciones, deshacemos las maletas y nos damos una ducha?

—¡Me parece genial! —exclamé efusiva, necesitaba desconectar de Kenan aunque fuera por un rato.

Estábamos alojados en el Balmacara Hotel, situado a orillas del lago Alsh, el castillo de Eilean Donan estaba a diez minutos en coche, así que el lugar era perfecto. Aun siendo un alojamiento de tres estrellas, estaba mucho mejor que otros de categoría superior, en cuanto a limpieza y cuidado. Las vistas al lago desde el restaurante eran espectaculares.

No había habitaciones individuales así que Mar cogió tres dobles, una para Jud que dormiría conmigo, otra para ella y Marge y la última para Kenan, con cama de matrimonio. Iba a dormir la mar de ancho. Mi mente viajó hasta su cama, con él desnudo en ella, la sábana estaría enrollada en su cintura, elevada por la torre del castillo que yo quería colonizar... «Definitivamente tenía un problema grave, ¿estaría desarrollando un trastorno obsesivo compulsivo?».

Volví a observar la habitación que nos habían asignado. Estaba decorada en estilo clásico, con muebles de madera oscura que contrastaban a la

perfección con la suavidad del crema, usado en paredes y suelo. Era acogedor y sobretodo limpio. Suficiente para lo que necesitábamos.

Habíamos quedado a las cuatro y media con Kenan en el vestíbulo, así que teníamos una hora para arreglarnos.

—Desembucha bruja, ¿qué ha pasado entre vosotros? —Jud se había plantado en medio de la habitación y me miraba con fijeza.

—Nada —respondí. Habíamos deshecho la maleta y ahora me estaba desnudando para meterme bajo el agua.

—Eso no te lo crees ni tú. ¿Qué es ese anillo que llevas en el dedo y el broche del vestido? —«¡Mierda! Si pensaba que no se iba a fijar en esos detalles, iba lista», no caí en quitarme nada, el broche me lo puse antes de salir en Stirling, para que los padres de Kenan vieran que íbamos en serio y el anillo, simplemente no había querido salir de mi dedo.

—Es una historia muy larga y ahora no tenemos tiempo —comenté y entré en el baño en pelotas, pensando en librarme de la incómoda conversación. En cuanto estuve bajo el chorro de agua, la cortina de la bañera se descorrió y una Jud, tan desnuda como yo, entró junto a mí en la bañera —¿Pero qué haces?

—Has dicho que era larga, así que nos ahorro tiempo —replicó y tomó el jabón, sin esperar a que le dijera que le daba permiso—. No me vengas con remilgos, que te he visto desnuda más de una vez en el gimnasio, ahora haz el favor de contarme lo que quiero saber —me exigió. Al fin y al cabo necesitaba hablar con alguien de todo lo que me había ocurrido, quién mejor que Jud para escuchar—. Date la vuelta y déjame que te enjabone el pelo, así te será más fácil soltarte y de paso te relajará —me pidió. Le hice caso, la mirada de Jud no era nada tranquilizadora, podía poner nerviosa a cualquiera.

En cuanto los mágicos dedos de mi compañera, masajearon el tenso cuero cabelludo, le confesé todo lo que Kenan despertaba en mí y cómo se habían ido complicando las cosas sin querer. Fue liberador contarle, cómo me había visto envuelta en un compromiso, un polvo fallido, otro que no recordaba, uno soñado que parecía tan real, que me había llevado a comprobar si llevaba bragas y un terrible ardor entre las piernas, que no se sofocaba con nada. Jud soltó una carcajada.

—¿En serio que miraste si llevabas bragas en el coche delante suyo,

porque no creíste que fuera un sueño? Eres única —inquirió. Me estaba aclarando el pelo cuando me giré.

—¿Y qué querías que hiciera? Fue tan real... De hecho no he dejado de soñar que me lo follaba desde que leí el libro, cuando le vi aparecer y vi que tenía la misma cara, casi muero de un infarto y lo peor de todo, es que a cada momento me gusta más. ¡No puedo pensar en otra cosa que no sea en tirármelo!

—Chica lo tuyo es de libro. ¿Y por qué no te lo tiras de una vez? Así te quitas la espinita o mejor dicho, te la metes.

—Te garantizo que no tiene una espinita... Además sabes que no me gusta mezclar, aunque en teoría ya lo he hecho, es solo que no lo recuerdo —respondí. Ahora quien enjabonaba el pelo a Jud era yo—. ¡Maldita mala suerte!

—Bueno míralo de este modo, si no lo recuerdas es como si en el fondo no te lo hubieras follado o tal vez, es que es muy malo follando y tu cerebro ha decidido suprimir esa información.

—Dudo mucho que Kenan sea malo follando.

—¿Entonces cuál es el problema? ¿Acaso él no quiere repetir? —cuestionó. Movía los dedos en círculo, presionando el cráneo con algo más de fuerza de lo habitual—. Mmmm que manos tienes, que pena que yo tenga mujer y que a ti no te vayan las mujeres.

—Pues no sé qué decirte, tal vez sería lo más fácil, que me gustaran, pero no, tiene que gustarme el maldito escritor...

—Una no elige de quién se enamora —suspiró.

—¡Ah no, eso sí que no! —me paré en seco— No me he enamorado, me he encoñado.

—Pon el prefijo que prefieras o crea la palabra perfecta, tal vez estás enamoracoñada, pero el resumen es que no te lo puedes sacar ni de la cabeza, ni de la vagina y eso no se cura con una aspirina —contestó, provocando que volviera a estar enfadada de nuevo. Lo peor de todo, es que tenía razón aunque me negara en reconocerlo.

Salí de la bañera y me envolví en la toalla, dejando a Jud que acabara de

enjuagarse. Miré entre la ropa, ¿qué me ponía? Era una presentación, así que no podía ir muy sexy. Opté por un pantalón negro ajustado, una camiseta escotada color azul bebé y una americana. Me calcé unos tacones negros y me recogí el pelo en un moño alto.

—Qué rápida eres —Jud paseaba como Dios la trajo al mundo, mostrando sus tatuajes y piercings, aquellos que quedaban ocultos bajo la ropa.

—¿No te dolieron? —señalé sus pezones y la joya que llevaba en el clítoris.

—Nada comparado con el placer que me dan, deberías hacerte alguno. —Sonreía mientras tiraba de los aros que anillaban sus pechos.

—Bufff, quita, quita, que con solo ver el de tu nariz, ya me duele, imagínate el resto —repliqué. El aro que pasaba de fosa a fosa nasal, era el que más grima me causaba. Yo no podría llevarlo aunque a ella le quedaba bien.

—A Queen Mary le encanta devorarlos —ella seguía jugueteando, ajena a mis pensamientos—, tiene unas manos muy suaves, apenas te dolería. —La pareja de Jud tenía un estudio de tatuajes y piercings. Era muy buena, había alcanzado mucha fama en Barcelona, incluso iba a Los Ángeles a tatuar.

—Mejor dejo esas cosas para vosotras. Anda, vístete y arréglate. Que no nos queda demasiado tiempo.

—¡A sus órdenes jefa!

La presentación del libro fue un éxito, teniendo en cuenta que era una población tan pequeña, que vinieran cincuenta personas fue todo un logro. Aunque tras poner una foto de Kenan como reclamo, no era difícil entender por qué se habían movilizado las mujeres.

Las proposiciones y las caídas de ojos me estaban poniendo enferma. Más de una parecía que fuera de fiesta, en vez de a la presentación de un libro. Y las preguntas se las traían... ¿A tu novia no le importa que escribas escenas eróticas? ¿Te sientes identificado con el protagonista en cuanto a tu relación con las mujeres? ¿Te basas en tu propia experiencia para relatar las escenas hot? Solo hacía falta que le preguntaran: ¿La tienes igual de grande y follas igual de bien que en el libro?

La ronda de firmas fue extenuante, había que sacarlas con pala de allí, una

incluso le pidió que le firmara en la camiseta, que obviamente llevaba puesta y era minúscula. Lo que más me reventó, fue que él solícito aceptó, mientras a mí se me llevaban los demonios.

—Relájate un poco quieres —me dijo Marge que estaba pegada a mi costado.

—¿Pero tú has visto eso? ¡Si le va a sacar un ojo con la punta del pezón, la muy fresca no lleva ni sujetador! —exclamé. La chica número cuarenta y nueve, estaba apoyada sobre la mesa acercando la camiseta de tal modo, que los pezones apuntaban a los ojos de Kenan y el muy imbécil, no dejaba de sonreírle.

—¿Y desde cuando te preocupa a ti eso? —preguntó Marge que parecía divertida, mientras me observaba bajo sus gafas de pasta.

—¡Desde que es mi escritor, si se queda sin un ojo a ver qué hacemos! Tuerto no escribirá tan rápido.

—Pues yo creo que con un parche rolo pirata, estaría muy sexy —respondió. Estaba claro que Kenan estaría sexy con lo que fuera.

—Pues yo creo que no tiene porqué tontear con todas sus seguidoras, ¡está comprometido! Además, ni siquiera saben si les gusta el libro ¡No lo ha leído nadie! —protesté. Marge reía abiertamente.

—Porque te conozco y sé que no puede ser, pero juraría que estás celosa Sarah —dijo acercando la boca a mi oído, para que nadie la escuchara—. Además deberías estar contenta, todos los ejemplares que enviamos aquí se han agotado jefa —me aseguró. Abrí los ojos desmesuradamente.

—¡Mandamos doscientos cincuenta ejemplares para cubrir la presentación de hoy y la de mañana en Skye!

—Lo sé, han comprado para amigas y familiares, acabo de pedir a imprenta que mande un pedido urgente directamente al castillo para la fiesta de mañana. Además de pedir, que hagan una segunda edición para abastecer las presentaciones. En España salió a la venta el lunes y hoy, ya estaban agotados en todas las librerías. —Aquello no nos había pasado jamás—. Hemos encontrado una mina Sarah, Kenan va a hacernos ganar mucho dinero, así que déjale que tontee, total, va a ser el nuevo Alejandro Sanz de la literatura, esa prometida suya le va a durar el canto de un duro

—comentó. Debería alegrarme de que fuera así, pero en ese momento solo podía pensar en aquellas malditas mujeres pavoneándose y él, haciéndose fotos y besándolas a todas. Me estaba poniendo enferma, necesitaba un whisky ya.

18 CAPÍTULO (SARAH)



VAMOS Sarah, diviértete, no puedes estar de morros toda la noche —me suplicó Mar.

Tras la presentación, los cinco fuimos a cenar. Yo me mantuve al margen, mientras ellas no dejaban de agasajar a la nueva estrella de W Romantic Ediciones. Mi escritor estaba encantado entre tanto cumplido, no paraba de

sonreír y echarme miradas, mientras yo estaba harta de tanto lisonjeo. Terminamos de cenar y las chicas decidieron ir a un pub, a celebrar el flagrante éxito de Kenan. Estaban encantadas con él, con su chispa, su saber estar y por supuesto, con su atractivo. Yo seguía en mis trece, como si me hubiera picado una avispa en el culo.

No era para menos, fue poner un pie en el pub y una corte de admiradoras encabezadas por la abeja reina “miss Pezones de acero”, no dejaban de pulular incesantemente alrededor de él. Aunque la rubia era la que más aspavientos hacía. ¿Se había recortado más la camiseta? Hubiera jurado, que por el borde le había visto toda la teta cuando levantó los brazos.

—¡No puedo! —rezongué— Me enferma verle así—. Mar sonrió.

—Así que las chicas tienen razón, te has colgado de Kenan —afirmó. La miré con los ojos abiertos como platos.

—¿Habláis sobre mí cuándo no estoy? —pregunté y me miró con culpabilidad— ¡Claro que lo hacéis! ¿Y qué decís? Mira la pobre Sarah, colgada del fichaje estrella y él ignorándola...

—No te juzgo, de verdad —trató de explicarse. Por la manera de agitar el hielo en su copa, estaba claro que estaba nerviosa—, pienso que hacéis muy buena pareja, pero yo creía que no iba a ver al hombre, que hiciera que te pusieras en ese estado de alerta constante. Pensaba que querías ser libre como el viento y disfrutar de uno distinto cada noche.

—Si te soy sincera, yo tampoco creía que algo así pudiera ocurrirme —me sinceré, ¿para qué iba a ocultarlo? Esas tres mujeres me conocían mejor que mi propia familia—. Aunque si lo analizo con la cabeza fría, sé que no tenemos nada que hacer, así que cuanto antes me lo quite de la cabeza mejor. Está claro que él no me tiene en la suya —dije señalando la corte de abejas zumbonas— Ese zángano no es el mío, así que voy a hacer lo que mejor se me da, disfrutar.

—Miedo me das...—Apuré mi whisky doble malta, me saqué la chaqueta, hice un nudo estratégico a mi camiseta, para que cuando levantara los brazos se me viera el ombligo y tiré de Mar para salir a la pista.

A partir de ahí deje de ver a Kenan y me centré, en los buenorros escoceses que me envolvían entre sus cuerpos. Había alguno que no estaba nada mal. Desde el centro de la pista no veía a Kenan, mejor así, que se

divirtiera con aquellas pedorras que yo haría lo mismo. Sarah había vuelto, ahora solo faltaba escoger a mi premio de esa noche. Por el momento, me dejé seducir por unas cuantas manos y caderas, hasta que unos dedos fuertes apresaron mi cintura, tirando de mí hacia una férrea pelvis.

—Me encanta cómo te mueves —susurró una voz a mi oído, en un primer momento pensé que era Kenan, pero aquel acento escocés fuerte y hosco no era el de él. Seguí con mi contoneo, unas manos y una voz como aquellas, debían pertenecer a un hombre sexy. El baile fue subiendo de temperatura, sus manos ya no estaban en mi cadera, sino que iban subiendo y bajando por los laterales de mi cuerpo, volvió a acercarse a mi oreja—. Cada segundo que pasa estás más guapa, no te recojas el pelo, me encanta tu melena pelirroja, suéltala para mí.

Todavía no sé por qué le hice caso a aquella voz grave, pero al instante subí las manos y me desaté el moño, liberando el pelo.

—Eso es preciosa, muévete conmigo, no sabes lo caliente que me pones —dijo bajando su rostro a mi cuello y besándome, en el lugar donde latía mi desbocado pulso. Besaba muy bien, debía tener unos labios llenos, justo los que necesitaba para olvidar. Me di la vuelta y no lo pensé. Le miré lo justo, para saber que era lo que necesitaba, Dios había escuchado mis ruegos. Era un ejemplar más que excelente. No me iban demasiado los rubios, pero aquel tenía un color cobrizo que le sentaba muy bien. Lo llevaba largo, dándole un aspecto de Highlander-surfero que lo hacía más que atractivo, aquellos bonitos ojos azules me miraban con deseo. Genial, le gustaba lo que veía, pues no iba a perder el tiempo. Le agarré del cuello y fui directa a por su boca, esperaba que Kenan me estuviera viendo y que ardiera en el infierno, justo como yo había hecho toda la noche.

No pareció molestarle mi efusividad y respondió con creces, obviamente no me hacía sentir lo mismo que Mackenzie, pero debería bastar, además besaba muy bien, más que bien. En otro momento aquel beso me hubiera calentado al límite, en cambio ahora simplemente me parecía un buen beso. Estaba jugueteando con su lengua, cuando sentí que alguien me arrancaba de aquel cuerpo cálido y duro. Después, unos ensordecedores gritos de mujer, me sacaron del ensimismamiento. Me quedé helada viéndome a mí misma, pegándole una bronca monumental al rubio. ¡Joder con el whisky escocés! Además de ver doble hacía que te desdoblaras. Un momento, aquello era

imposible, no podía ser yo, yo era yo, ¿entonces? ¿Quién narices era ella?

Fijé la vista y el oído, con la música tan alta era difícil escuchar.

—Te lo advertí MacLeod, yo no soy como las demás con las que acostumbrabas a acostarte, si querías montarte una fiestecita me lo tendrías que haber dicho. Si es que yo no sé cómo creí, que lo nuestro podía funcionar —decía mi otro yo, golpeándole y empujándole, mientras él nos miraba a ambas absorto. Le costó reaccionar tanto como a mí.

—¡Diablos muchacha, escúchame! ¡Creí que eras tú!

—¡Claro porque todas las pelirrojas somos iguales! ¿No? Pues perdona que te diga, pero el pandero que tiene esa zorra no lo tengo yo —¿Me acababa de llamar zorra? Aunque bien visto, no estaba falta de razón, si el chico estaba con ella no debería haberme besado y estaba claro, que aquella chica era menos voluptuosa que yo— ¿Qué pensaste que me había crecido mientras iba al baño? ¡Entérate, lo único que crece sin que te des cuenta son los pelos de las orejas y los de la nariz! Y creo que no es el caso ¡Además yo nunca vestiría así! —seguía sin mirarme pero estaba claro que le había dado tiempo a darme un buen repaso antes—. ¡Los culos no crecen en cinco minutos! Se necesita tiempo para tener uno como el suyo —¡Un momento! ¿Me estaba llamando gorda? —¡No me llames, no me busques, no te acerques porque si lo haces acabaré contigo! —Se dio la vuelta y se largó empujando a la gente, el tal MacLeod me miró por unos instantes intentando disculparse.

—Lo siento, te juro que te confundí, creí que eras Didi.

—¿Didi? —pregunté todavía en estado de shock.

—Sí, Deirdre, para una vez que accede a salir conmigo... ¿Sabes cuánto me ha costado? —sacudí la cabeza—. No importa, debí darme cuenta que tú no eras ella. ¡Joder! ¿cómo he podido equivocarme de mujer? —el hombre parecía verdaderamente arrepentido— Disculpa, pero debo ir tras ella.

Así fue como mi doble y el rubio, desaparecieron igual que llegaron. «¿Quiénes eran? ¿Por qué aquella chica se parecía tanto a mí?». Está claro que siempre se ha dicho, que en algún lugar uno tiene su doble, pero es que aquella mujer era exacta a mí, tal vez fuera menos curvilínea, tuviera el pelo más largo y careciera de mi estilo, pero podríamos haber sido gemelas. O más bien mi versión hippie, en conjunto era casi igual a mí, no me extrañaba que el rubio hubiera creído que era ella, incluso yo dudé. Desvié la vista para buscar a las

chicas y me topé con la peor imagen que podría haberme encontrado: Kenan liándose con la abeja reina, sus manos estaban por debajo de aquella ridícula camiseta, abarcando ambos pechos y estrujándolos con las manos. Al igual se pensaba que era una cabra y pretendía sacarle la leche. Cuando su lengua alcanzó la tráquea de la chica, me quedó claro que no era porque le estuviera realizando una traqueotomía. Ella no dejaba de restregarse contra su más que dispuesta masculinidad. «¡Perfecto! Eso era lo que me faltaba, maldita «abeja zumbona», estaba tan mosqueada que había perdido el norte. El tío con el que quería liarme estaba ejerciendo de apicultor y con el que pretendía liarme se había largado, así que solo me quedaba una vía de escape. Me fui a la barra y pedí un whisky triple, la bebida nunca había sido una buena opción, pero en aquel momento me parecía la mejor. Tras cuatro copas seguidas, la vida ya no me parecía una mierda tan grande, había hecho unos simpáticos amigos que no dejaban de piropearme, invitarme a copas e intentar magrearme. La noche era joven y yo iba a disfrutarla.

Comenzó a sonar Lady Marmalade y con ella decidí, ponerme el mundo por montera. Me subí a la barra cual gata salvaje, dispuesta a ofrecerles a aquellos escoceses el espectáculo de su vida.

Los chicos no tardaron en arremolinarse a mis pies gritando enfebrecidos, mientras yo agitaba las caderas de un modo muy sexy. Mis chicas, desaparecidas hasta que cogí la botella a modo de micro, no tardaron en aparecer implorándome que bajara, pero yo estaba demasiado metida en mi papel, sobre todo cuando percibí que Kenan había sacado la lengua del parásito escocés y me miraba cabreado. Iba a enterarse de lo que se estaba perdiendo.

Me puse a cuatro patas gateando sobre la madera pulida, llegué al grifo de la cerveza, me tumbé boca arriba y le pedí al camarero que abriera el grifo en mi boca, mientras subía y bajaba las caderas obscenamente.

Los hombres gritaban, mis amigas me miraban espantadas. Me importaba una mierda todo, si Kenan podía follarse a esa idiota, yo podía emborracharme y bailar sobre la barra.

La cerveza fría cayó en mi garganta, yo tragaba con desenfreno, sin dejar de empujar los muslos. El exceso de bebida caía por mi boca empapando mi pelo, cuando tuve suficiente yo misma cerré el grifo, me incorporé de rodillas y gritando les dije a los hombres.

—¿Queréis concurso de camisetas mojadas? —todos gritaron y yo miré a la rubia de Kenan con disgusto —¡Tú sube aquí! —le ordené. Kenan la cogió para impedirselo —¿Qué ocurre, tienes miedo? ¿No quieres perder? ¿O es que siempre haces lo que te dice un hombre? ¿No quieres medirme conmigo? ¿Eres una gallina escocesa? —Me puse a imitar a una gallina cacareando, pegando las manos a mis axilas y agitando los codos cual animal de corral. La gente comenzó reír y a abuchearla. Ella ni corta ni perezosa se soltó del agarre de Kenan, trepó a un taburete y en menos que canta un gallo, se colocó a mi lado con cara de «te voy a machacar». Lo llevaba claro esa “pollita” que acababa de salir del huevo, todo el mundo sabe que gallina vieja hace buen caldo y el mío, contaba con un par de pechugas que la iban a derrotar.

—No seas absurda vaca burra —soltó por esa boquita que parecía que no hubiera roto un plato—. Está claro que los hombres siempre escogerán a una mujer como yo, antes que a una vaca lechera como tú. Eres la típica que debe conformarse con los restos, los despojos que las que son como yo, no queremos. Tú nunca podrías estar con un hombre como él —señalaba a Kenan mientras le lanzaba un beso. Si ella supiera lo que había estado a punto de hacer con él...—. Confórmate con mirar, que es lo único que vas a obtener.

Estaba a punto de estrangular a Barbie idiota profunda.

¡Claro que la chica era muy guapa y sabía sacarse partido! Pero yo iba a demostrarle que una curvy como yo, no tenía nada que envidiarla. La rubia puso el culo en pompa y empezó a hacer ese bailecito nuevo, que intentaba que se te desenajara el culo de la cadera, twerking creo que se llama. ¡Santo Dios, si yo hacía eso con mi culazo, del temblor me cargaba toda la cristalería del bar! ¿Cómo podía mover los cachetes de esa manera? ¡Parecía que la hubiera electrocutado una anguila! Cuando tuvo suficiente y yo creí que ya estaba, fue a por el todo. Se puso cabeza abajo, a hacer el pino y los glúteos comenzaron a entrechocar entre sí como si tuvieran vida propia, casi me caigo de espaldas de la impresión, por Dios solo le faltaba gritar ¡Cómeme el donut! Kenan y el resto miraban ese culo movedizo extasiados...

¡Vamos a ver, había dicho concurso de camisetas mojadas, no de culos desatados! En cuanto se puso de pie y los tíos a aplaudirla, ni corta ni perezosa, me desabroché el sujetador bajo la camiseta y lo lancé al público, como hacían antaño en las corridas de toros de Jesulín de Ubrique. No es que me gustaran los toros, pero reconozco que ver volar sujetadores al ruedo

impacta a cualquiera y más, si en vez de ser de encaje, son de los de color visón donde cabe un campo de fútbol al completo. Uno lo cogió al vuelo, lo mostró como trofeo y se lo puso a modo de casco, con una de las copas cubriéndole la cabeza. Ahí sí, que se pusieron a rugir expectantes. Agarré la manguera de soda de la barra y le disparé a pezones de acero.

Tras el primer “chorrizo” y su posterior grito de sorpresa, se puso a bailar bajo la soda frotándose las tetas con descaro. Las tenía bonitas, debía usar una noventa, sin embargo no eran nada comparadas con las mías, si tenía algo claro, es que Dios conmigo había sido extra generoso. Ella era de muslo y yo de pechuga, así que ahora me tocaba lucir mis atributos. Le pasé la pistola al chico del sujetador en la cabeza, quien sin ningún reparo disparó a mi escote entusiasmado. Sabía perfectamente lo que iba a ocurrir. La camiseta, ceñida de por sí, se pegó a mi generoso busto transparentando toda la mercancía. Me sentía mala, perversa y por qué no decirlo, muy deseada. Sabía que al día siguiente me arrepentiría, que todo aquello era una tontería, una chiquillada hecha por despecho, que una mujer no debía regirse por aquellas cosas tan absurdas y banales. Pero en ese momento yo necesitaba comportarme como una descerebrada, necesitaba sentirme la más sexy del lugar, demostrarme que lo que la rubia había dicho no era cierto, que las curvas eran hermosas y más que deseables. Me había dado en todo el amor propio y quería recuperarlo, aunque no fuera del mejor modo.

Mar se tapaba el rostro con las manos, Marge vocalizaba que me detuviera, que bajara de la barra. Y Jud se reía mientras gritaba: “¡Enseñales las tetas!”. Miré a la multitud, Kenan no podía estar más enfadado, así que, ¿qué podía perder? Solo deseaba castigarle, por haberse liado con aquella boba en mis narices... Los hombres comenzaron a aporrear la barra rugiendo: “ense-ña-las, ense-ña-las...” «¿Qué hacía? ¿Me lanzaba y las enseñaba? ¿Me bajaba y dejaba a la abeja reina como ganadora?» Escogí la opción que mejor me pareció en aquel momento, agarré el borde de la camiseta y les hice un guaraná en toda regla, mientras la soda bañaba mis pechos desnudos. La cara de mi escritor no tenía desperdicio. A los cinco segundos devolví la camiseta a su sitio. Para aquel entonces, Kenan ni me miraba. Alguien estaba nombrándome como vencedora, no obstante yo solo tenía ojos para él, que se dirigía enfadado hacia “culo agitado”.

¿Por qué las cosas nunca salían como a una le gustaría?

Tras la absurda victoria no me sentí mejor, así que decidí bajar, ya había hecho bastante el ridículo. En lo que no pensé fue que tacones, madera y soda, no eran una buena combinación. La barra estaba muy resbaladiza, así que, cuando fui a bajar, patiné y salí despedida por los aires como una estrella en un concierto de rock. Pero, a diferencia de un concierto, debajo de mí no había cientos de personas esperándome para pasearme por el público. Estaba predestinada al hostión de la vida. Fue tan rápido que apenas vi sobre quién caía, aunque estaba claro que alguien había amortiguado el golpe. Miré hacia arriba, para dar gracias a mi amortiguador que había evitado que hiciera el ridículo más espantoso, dándome un sonoro culetazo. Abrí los ojos para mirar a mi salvador, que no era otro que Kenan, quien se había acercado para ayudar a mi contrincante a y se había visto arrollado por el camino.

Le empapé entero, ahora ambos apestábamos, estábamos mojados, pegajosos y muy cabreados. Me miraba con disgusto.

—¡Joder Sarah! ¿No crees que ya está bien de montar el numerito? No sé qué pretendes pero te has lucido, ahora ya te han visto las tetas en toda Escocia, seguro que tu vídeo corre como la pólvora en YouTube —me gritó. La furia se desató en mí.

—¿Yo, el numerito? Perdona, aquí el único que estaba haciendo el numerito eres tú. Por haber firmado cuatro libros ya te crees que eres el cantante de The Rolling Stones, tú eres el que te has pasado tonteando toda la noche con esas..., esas seguidoras de pacotilla. Y no te has conformado con eso no, has tenido que meterle la lengua a esa abeja zumbona, hasta alcanzarle la campanilla. ¿Qué pretendías robarle la miel? —Kenan fruncía el ceño lanzándome una mirada aterradora—. Y respecto a mis tetas, no tengo ningún problema, son mías y las enseño donde quiero, solo faltaría que tú me dijeras qué debo hacer con ellas. Si me ponen en YouTube, pues que disfruten —le espeté y se apartó de mí como si le repulsara.

—¡Oh, claro, genial! Te encantará saber, que millones de tíos se la cascan pensando en frotarse contra ellas, cual estrella porno —bueno, visto así, aquella imagen no me gustaba demasiado—. Al fin y al cabo a ti te va la variedad, ¿no es cierto? —¿A qué venía eso ahora? —No tenía suficiente con un moreno —dijo señalándose— que tenías que ir a por el rubio, ¿te crees que no te vi metiéndole mano en la pista y operándole de amígdalas con tu lengua? ¿Si yo me creo una estrella, tú que te crees otorrinolaringóloga? No eres

mucho mejor que yo señorita Alcántara, así que no te las des de algo, que ni tú misma eres. Está claro que la pantomima del compromiso ya ha terminado, tú y yo no tenemos nada, lo has demostrado hace un rato al enrollarte con el primer tío que se te ha cruzado por delante —escupía las palabras con verdadero odio. ¡Joder qué había hecho! Era verdad que quién había comenzado todo aquello era yo, hasta que Kenan no me vio liándome con el rubio, no estaba haciendo nada—. ¡No eres nada mío! ¿Entiendes? Así que no te debo ninguna explicación, si le debo una a alguien está claro que no es a ti precisamente, así que déjame en paz, folla con quien quieras que yo haré lo mismo —se dio la vuelta cogió a la groupie y se largó por la puerta del pub.

Las chicas vinieron a mi encuentro, mientras yo lloraba como una magdalena ¿estaría pre menstruando? ¿Por qué me comportaba de ese modo? Kenan tenía razón en todo lo que me había dicho, él no me debía ninguna explicación, no era nada mío. Entonces, ¿por qué me sentía así de mal? «Tal vez porque te has comportado como una idiota», me dijo mi conciencia.

El idiota del sujetador, vino hasta mí con su premio todavía en la cabeza cual cazador de mapaches.

—Oye pelirroja, si el moreno no te quiere, déjame que de tus tetas me apodere... —Estaba claro que algunos tíos eran rematadamente imbéciles. Pero qué podías esperarte, de uno que llevaba media hora con la cazoleta de un sostén en la cabeza. Jud le miró con disgusto.

—Nos ha salido poeta el del sujetatetas... Mira pedazo de alcornoque... lee su estado civil —Jud señaló mi frente—. Hasta el coño de gilipollas como tú, lárgate por dónde has venido y trae eso —dijo arrancándole el sujetador de la cabeza y dejando al chico con cara de Gollum, a quién habían robado su tesoro—. Y pensar que tú fuiste el espermatozoide más rápido de tu padre, ¡vergüenza te tendría que dar! ¡Lárgate de aquí! —después me tomó del brazo y todas salimos a la calle.

En cuanto puse un pie fuera, una arcada me sobrevino, Jud me llevó a la pared donde vacié todo el alcohol que llevaba en el cuerpo. Me sentía fatal, estaba agotada, había hecho el ridículo, pero es que no dominaba aquella situación, me estaba descontrolando y no sabía cómo recuperar mi vida.

Cuando acabé de vaciar mi estómago, las chicas me metieron en el coche y fuimos al hotel. Tras una ducha que tuvieron que darme ente todas, terminé en

bragas, camiseta de tirantes y durmiendo la mona hasta el día siguiente. Al despertar, el dolor de cabeza era terrible, Jud me insistió en que me tomara su remedio anti resaca, no era otra cosa que un refresco que había inventado un coreano y que estaba pegando fuerte, el Morning Recovery. Siempre llevaba un par de latas en todos los viajes, pues a Jud le gustaba empinar el codo de tanto en tanto.

—Deberías ir a hablar con Kenan —me dijo una vez estaba medio recuperada—, no puedes dejar las cosas así, está claro que te importa y debe saberlo. Sino, no dejaréis de hacer el idiota y os haréis daño —terminó y me eché las manos a la cara.

—Creo que la culpa de lo de ayer fue mía, me cegaron los celos, le vi con aquellas chicas, quise quitármelo de la cabeza con el rubio que estaba con mi doble y luego, lo vi a él liarse con pezones de acero y....

—Frena que no me estoy enterando de nada. ¿Quién es el rubio y tu doble?
—me miraba extrañada

—¿Y eso qué importa? La lie, la cagué y ahora estoy envuelta en una gran mierda.

—Bueno, no te preocupes que todo tiene solución. Vístete y ve a hablar con Kenan, necesitáis hablar, si decides que no le quieres en tu vida como pareja, por lo menos deberás aprender a llevarte bien con él como autor. Respetarle y sobretodo respetarte a ti —sentenció. Me tumbé en la cama llevándome las manos a la cara.

—Te odio —le decía eso cuando sabía que tenía razón y aquel, era un claro ejemplo.

—Yo también a ti. Y ahora espabila, en una hora tenemos que desayunar y poner rumbo a la isla de Skye. Esta noche es la cena de gala en honor a Kenan, con la presentación de su libro en el castillo de Dunvegan.

—Está bien, lo haré —afirmé y me vestí a desgana, sabiendo que aquello era lo que debía hacer y que no podía postergarlo.

Salí al pasillo y cuando iba a golpear la puerta de Kenan, esta se abrió. Miss pezones de acero apareció ante mis ojos dándole un beso de tornillo a Kenan, que solo llevaba una toalla en la cintura. Estaba claro que no se podía ser más idiota que yo. Yo preocupada por él y él tirándose a la rubia. Se

separaron y la muy necia, me miró saboreando su victoria.

—Espero que me llames cuando vuelvas Kenan, te prometo otra noche inolvidable —dijo dándole un último beso y se largó sonriendo. La palabra furia había adquirido otro significado en mi escala de mosqueo.

—¿Querías algo? —preguntó él que estaba apoyado en el marco, con las gotas de agua deslizándose sobre sus abdominales.

—Salimos en una hora, vístete y desayuna, la editorial no paga las habitaciones para que los autores follen con cualquiera, así que su estancia se te descontará de tus primeras ventas. Quedas advertido, es la primera y última vez que usas tu trabajo para follar con cualquiera, si te pica te rascas en otro sitio que no pague la editorial —le escupí. Sus ojos negros me quemaban de nuevo.

—¿Alguna otra cosa más, jefa?

—No —le respondí tajante.

—Perfecto —después me cerró la puerta en las narices. ¡Maldito fuera! Estuve a punto de llamar y soltarle todo lo que pensaba, pero de qué me iba a servir. Estaba claro que todo había sido una ilusión. Debía entender que lo nuestro era una quimera y que él iba a hacer lo que quisiera.

19 CAPÍTULO (KENAN)



Ver a Sarah en la puerta, con aquella expresión de decepción, después de que la rubia me besara me rompió el alma. Sabía que no tenía por qué sentirme así, ella había sido la primera que anoche se había liado con otro en plena pista. Intenté ser agradable en la cena con todas, incluso incluirla en la conversación. Pero parecía completamente abstraída, no me hacía ni caso. Simplemente me miraba con el ceño fruncido como si mi presencia la incomodara. Estaba harto de su actitud, primero me calentaba, después se largaba con otro y encima me reprochaba que hubiera hecho lo mismo que ella.

En el bar, casi me muerdo cuando le dio por mostrar sus encantos a todo el pub, estuve a punto de bajarla de la barra, cargarla sobre el hombro y darle unos azotes para después follarla como deseaba. ¿Pero qué narices hacía? ¿Por qué se comportaba de ese modo que me sacaba de quicio? Era como una niña malcriada con cuerpo de mujer y lo peor de todo, era que no podía dejar de pensar en ella.

Es cierto que me largué con la rubia y que pasamos la noche juntos, necesitaba aliviar el calentón que llevaba, después de pasar tantos días a su lado y sin poder meterla en caliente. Pero el polvo con aquella muchacha no me supuso ningún alivio. De hecho fue algo rápido y sin emoción. Me corrí, pero porque la chica se explayó con su boca hasta que lo logró, porque me concentré pensando que era la de Sarah la que me tomaba y aun así, necesité bastante tiempo.

Me sentía frustrado y nervioso. No sabía cómo actuar con ella y encima largaba a la rubia, porque no tenía intención de restregársela por la cara y la

encontraba en mi puerta con cara de perrito apaleado, para que pensara lo que no era. O lo que sí era, al fin y al cabo sí que habíamos intimado, pero me sentía como una mierda por haberlo hecho.

Le di la oportunidad de que me explicara por qué había venido a buscarme, le pregunté qué quería, si ella se excusaba yo también lo haría. Estaba tan bonita con aquel vestido rojo, que la hubiera hecho pasar a mi habitación para aliviarnos a ambos.

Pero me equivoqué de nuevo, la bruja de mi jefa había vuelto, lo único que quería era recordarme que nos teníamos que marchar y que no podía traer a desconocidas al hotel. Estuve a punto de decirle que si quería ser la siguiente solo debía pedirlo, así a ambos nos salía gratis. Pero decidí tomar otro camino, si ella quería regañarme, yo no se lo iba a poner fácil. Estaba cansado de insinuarme y que me diera con la puerta en las narices, iba a cambiar de táctica, así que quién le cerró la puerta fui yo. Iba a darle de su propia medicina, si quería algo conmigo que se lo currara.

Después de desayunar nos pusimos en marcha, teníamos un viaje de dos horas y tres cuartos en coche hasta el castillo de Dunvegan. En aquella zona era donde Kenan y Ciara se conocían en mi libro, cuando el laird estaba en el castillo de los MacLeod.

Mar había mandado un ejemplar al castillo, pues los descendientes del laird MacLeod seguían en posesión de aquel lugar. Era una especie de castillo-museo para eventos, excursiones y a veces alojamiento. En esta ocasión, la familia había decidido que nos hospedáramos allí. Incluso las chicas habían llevado ropa, para hacerme una sesión de fotos.

Les pareció una idea fantástica hacer una fiesta de presentación, era una manera de dar notoriedad al castillo y que la gente se interesara por su historia. Pasaríamos la noche allí y haríamos una ruta guiada, por el entorno hasta el lago donde Ciara y Mackenzie tuvieron su encuentro, conmigo y una modelo emulando la historia.

Las chicas montaron juntas en el coche, así que me tocó ir solo hasta el ferry que nos llevaría hasta la isla. Una vez allí, volví a coger el coche sin compañía alguna. Tampoco extrañé llevar alguien al lado. Sarah me había evitado en el barco y pasé el trayecto charlando con Marge, aquella mujer lo tenía todo planificado al dedillo.

La sesión de fotos iba a ser fundamental y según Marge, sería un éxito tanto para la promoción del libro en redes, como para la nueva campaña de publicidad que estaba preparando el patronato de turismo escocés. Todavía no creía que la idea de Brigitte me estuviera reportando toda aquella aventura. No estaba convencido si había sido una buena o no, todavía tenía que digerirlo, pero estaba claro que sería una gran historia que contar a mis nietos.

Una vez en tierra, me deleité con el paisaje que se abría ante nosotros, no recordaba haber estado en Skye, pero obviamente había visto fotos. Supongo que por ello me sentía, como si hubiera estado allí antes. La ruta era muy pintoresca y estaba disfrutando de lo lindo, del maravilloso panorama que se abría ante mis ojos, era como si me sintiera realmente en la piel de mi tatarabuelo.

Llegamos al castillo de Dunvegan a la hora de comer. Este se alzaba a dos kilómetros del pueblo, se accedía a él tras un camino de piedra completamente asfaltado. La primera impresión que me dio, fue que era una gran construcción hecha para defenderse. Constaba de seis edificios de apariencia fuerte e inquebrantable, supongo que esa era la intención de los MacLeod, que su castillo pareciera infranqueable.

Aparcamos los coches y observé todo lo que envolvía aquella fortaleza. Las rocas, las montañas, el cielo, una pequeña isla hundida en el mar y la extensa vegetación que lo rodeaba. Las chicas admiraban el espectáculo que nos ofrecía la naturaleza, parloteaban sin cesar de la hermosura del entorno, todas excepto Sarah, que tenía la vista clavada hacia los jardines, como si estuviera a kilómetros de distancia.

Mar fue hacia la puerta y llamó, no tardaron en abrir, una mujer entradita en carnes nos dio la bienvenida. Nos explicó que ella era la ama de llaves, la señora Craig. El actual jefe MacLeod estaba de viaje y que en su lugar nos recibiría su hijo, pero que en aquel momento no se encontraba en el castillo y se disculpaba por no poder recibirnos. Ella nos haría de guía, nos mostraría nuestras habitaciones y tras dejar las maletas, nos serviría la comida.

Teníamos la tarde libre, así que podíamos visitar el castillo y los alrededores a voluntad, nada estaba vetado excepto una de las seis torres. La sexta, era la actual residencia de la familia y era el único lugar al que no podríamos acceder. Hasta las ocho podríamos disfrutar a nuestro antojo. Aquella hora, era la escogida para la recepción que había preparado nuestro

anfitrión. Me gustaba tener tiempo libre para recrearme, podía parecer curioso que un escocés con la carrera de historia, no hubiera visitado Skye, pero esa era mi realidad, así que ahora iba a disfrutar del viaje.

Sarah no me había mirado ni un instante, pues perfecto, si ella había decidido ignorarme, yo también lo haría. Así sería mucho más fácil.

Caminamos siguiendo a la señora Craig. Estaba claro que el castillo había sido reformado por dentro, tenía un cierto aire romántico, con unas amplias escaleras de madera que subían al piso superior. Los techos tenían molduras y de ellos pendían hermosas lámparas en cristal y oro. En las paredes había innumerables cuadros, que nos fueron sorprendiendo de camino a las habitaciones. En esta ocasión cada uno tenía la suya, la señora Craig, me informó que mi habitación era la misma que había ocupado mi tatará abuelo, aunque lo único que conservaban era la cama, de madera oscura, tallada con cuatro postes que llegaban hasta el techo. Tras ella había un inmenso tapiz antiguo con el escudo de los MacLeod.

Me tumbé por unos instantes en aquella gigantesca cama, dejándome absorber por el colchón, una imagen me atravesó con fuerza. Estaba desnudo, tumbado en aquel mismo lugar, no hacía frío pues todavía quedaban ascuas en la chimenea que calentaban el cuarto. A mi lado, imaginaba una espalda de mujer, tan desnuda como yo. La miraba con pena, con tristeza, tenía sentimientos encontrados al contemplarla. No me sentía bien por mentirle y no darle lo que creía que merecía. Me sentía condenado a vivir una vida que no deseaba, que no debía haber sido la mía, mientras tras los muros del castillo me esperaba mi verdadera felicidad, acaricié el lado de la cama y la imagen de la morena se evaporó, dando paso a una imagen completamente distinta. Esta vez se trataba de una sensual pelirroja que se encontraba flotando sobre el lecho. El corazón comenzó a despertar, agitándose con una alegría inusual, lleno de deseo y amor. Ella tampoco llevaba ropa, flotaba insinuante acariciando sus curvas para tentarme y yo respondía, poniéndome duro sin poder evitarlo. Ciara, repetía mi mente una y otra vez, ven a mí Ciara.

Unos golpes en la puerta me sacaron de aquel extraño trance, parecía que me hubiera quedado dormido con los ojos abiertos y volviera a sentir como míos, los personajes de mi libro. Hacía meses que no habían vuelto con esa intensidad, una que me hacía plantearme que pudiera habitar en dos realidades distintas al mismo tiempo, tanta que parecía que los pudiera palpar. Me

incorporé un poco mareado, ya no recordaba el estado de aturdimiento, al que me veía sometido tras los sueños. Antes de que golpearan por segunda vez, abrí la puerta. Era Marge.

—¿Vamos a comer, bajas con nosotras? —me preguntó. Miré al pasillo, estaban Jud y Mar, pero ni rastro de Sarah.

—¿Y la jefa?

—Ha dicho que no se encontraba bien, que comiéramos nosotros. ¿Te importa comer con tres mujeres Mackenzie? —inquirió y sonreí a aquella mujer, que podría ser mi hermana mayor, si la tuviera.

—Para nada, cómo iba a negarme a comer con tanta belleza junta —respondí. Jud resopló, Mar enrojeció y Marge, que tenía demasiados tiros pegados como para impresionarse sacudió la cabeza.

—Anda guaperas, que esos subterfugios no te sirven con nosotras, estamos inmunizadas contra tipos como tú, Mar y yo ya tenemos un hombre en nuestras vidas y si no tienes tetas olvídate de Jud, así que será mejor que dejes tus encantos, para las que van a lanzarte sus bragas esta noche —contestó ufana. Me caía bien Marge, de hecho me caían bien todas, eran mujeres inteligentes y muy divertidas.

—¿No le ocurrió eso mismo a Maluma en un concierto? —Jud puso los ojos en blanco.

—Pues las de esta noche te las lanzaran a ti, la cenicienta perdió un zapato de cristal y tus grupies un tanga vaginal, aunque si quieres conservar el trabajo, no agitaría demasiado el colgajo —señaló mi entrepierna a modo de advertencia.

—Me encantan tus rimas —dije sonriente, esa chica era muy creativa.

—Eso es porque no has visto mis bragas.

—¿Cómo dices? —«¿Había dicho algo de sus bragas?»

—Nada, será mejor que lo dejemos, pero aplícate el cuento, mantén tu pluma en el calzoncillo y todo saldrá al dedillo.

—Si bueno, tu jefa ya me previno—ella levantó las cejas.

—¿Sarah te ha dicho que no folles? —Marge carraspeó.

—No exactamente, solo que me limite a no hacerlo en establecimientos que pague la editorial, así que supongo que si lo hago en un descampado no se opondrá.

—Habrà que ver si no se opone —siseó entre dientes.

—Bueno dejémonos de estos temas, vayamos a comer que estoy hambrienta y en un castillo seguro que se come bien —advirtió Mar, Marge y ella fueron las primeras en descender por las escaleras, Jud se quedó a mi lado.

—Mackenzie —me llamó Jud con suavidad, pero con un deje que denotaba precaución.

—¿Sí?

—No la fastidies —me quedé mirando el rostro duro de aquella mujer.

—No te entiendo.

—Es la primera vez que veo a Sarah así por un tío y no voy a consentir, que la hagas sufrir. Estás resquebrajando su coraza de un modo que ningún otro había hecho, así que si es para joderla, será mejor que la dejes en paz —me dijo. Sus ojos me taladraban.

—Pero si ella... —levantó el dedo para interrumpirme.

—Cuando te digo que jamás la había visto así, quiero decir jamás. Así que ándate con ojo con lo que haces. Si jodes a Sarah, me jodes a mí y no te gustará tenerme como enemiga —su mirada se oscureció—. Si le haces daño, retorceré tus pelotas hasta convertirte en un eunuco, así que piensa bien lo que haces —su mirada de advertencia cambio a otra más relajada—. Y ahora guarda esta conversación en algún cajón de tu mente, porque negaré haberla tenido contigo, ¿lo entiendes? —preguntó retomando el paso.

—Perfectamente. —Estaba claro que Sarah y Jud habían hablado sobre mí y la indiferencia de Sarah era un escudo.

—Chico listo —susurró—, ahora solo hace falta saber, si serás el hombre que la conquiste. —Mi yo interior no tardó demasiado en responder un: «Por supuesto, ¿acaso lo dudas?», pero mi yo exterior no lo expresó. Tenía demasiados sentimientos encontrados al respecto.

Pasé la tarde recorriendo el castillo con las chicas, la jefa estaba

desaparecida, así que buscamos los lugares ideales para la sesión de fotos del día siguiente. Al terminar, cada cual se marchó a su habitación para prepararse para la cena. Estaba claro que necesitaba limar asperezas con Sarah, así que intentaría arreglar la tensión que había crecido entre nosotros.

Cuando estuve vestido con el único traje negro que me había llevado, me dispuse a ir a buscarla, anduve por el pasillo hasta detenerme frente a su puerta. Tomé aire y llamé sin embargo, nadie respondió, o bien no quería abrirme o bien ya había bajado. Debería buscar otro momento para hablar con ella, estaba a punto de descender cuando la vi parada frente a un arreglo floral, no se había vestido de gala, más bien parecía que estuviera de vacaciones en Ibiza... Llevaba una falda amplia de color blanco y un top mostrando su espalda desnuda, ¿pensaba ir así a una cena de gala? Tal vez aún no se había vestido. Solo pensar en cómo quedarían sus pechos en aquella minúscula prenda ya me hizo salivar, mi estado de cazador se activó al instante y el deseo fluyó por mis venas como lava caliente.

Me acerqué con sigilo por detrás, con un único pensamiento en la mente, iba a jugármelo todo a una carta y que fuera, lo que tuviera que ser. El mundo no estaba hecho para los cobardes. Sin decir nada pegué mi cuerpo al suyo y alce las manos para abarcar aquellos gloriosos pechos, que parecían haber menguado. En cuanto sintió mi contacto, Sarah se giró y me soltó un sonoro bofetón que me dejó marcados los cinco dedos. ¡Joder menuda hostia!

—¿Pero que hace so guarro?! ¿Se piensa que por ser un señorito y estar invitado a la fiesta puede tocar todo lo que ve? Yo no formo parte del castillo y mis tetas aún menos. ¡A mí no puede tocarme y le juro que como vuelva a hacerlo, le arrancaré las pelotas y se las daré de comer a los kelpies! — ¡Joder! En el mismo día, dos mujeres distintas habían amenazado con arrancarme mis zonas nobles, debía ir con más cuidado. Pero es que esa mujer era exacta a Sarah, aunque estaba claro que no tenía sus generosas curvas.

—Discúlpeme señorita, la confundí. Está claro que usted no es quién pensaba que era. La mujer con quién la he confundido tiene un cuerpo más generoso —traté de explicarme, mientras con mis manos hice un gesto, mostrando que la delantera de Sarah era más protuberante. Ella abrió los ojos.

—¡Claro, ahora me dirá que creía que yo era más pechugona no!

—¡Exacto! —iba a explicarle que era idéntica a Sarah, excepto por las

curvas, pero no me dio tiempo. La mujer sacó las flores del jarrón y comenzó a gritarme y atizarme con ellas.

—¡Es un cerdo! ¡Las que no tenemos pechos enormes somos igual de deseables que las que los tienen! ¡No hace falta que me restriegue mi falta de delantera, porque entonces yo le restregaré su falta de cerebro! —voceaba. Oí pasos tras de mí y una voz de hombre que preguntaba.

—¿Qué ocurre aquí? —No me dio tiempo a girarme, la loca de las flores me arreó otro ramazo.

—Que sea la última vez MacLeod, que uno de los imbéciles a los que invitas a tus fiestas me mete mano —¡Mierda! Estaba claro que tras de mí tenía al anfitrión, cuando me di la vuelta, me quedé helado. No solo le tenía a él, sino al tipo rubio de la discoteca que se había liado con Sarah y a mi jefa, con un impresionante vestido de pedrería colgada de su brazo. Una furia irracional volvía a constreñir mis entrañas. ¡No estaba en su habitación porque estaba con ese tío de nuevo!

Sarah me miraba con disgusto y la loca de las flores estaba a mis espaldas oculta tras mi cuerpo.

—Disculpe señorita —dijo Sarah sin verla— está claro que mi escritor, no es bueno en sus modales y últimamente busca la inspiración en cualquier parte —le dijo. La mujer que tenía a mis espaldas me empujó, apareciendo en escena.

—Pues átele en corto, me ha tocado todas las te... —empezó a contestar, después hubo un silencio. Sarah tenía los ojos abiertos como platos y al mirar al costado, que es donde estaba ahora la otra pelirroja, ella se encontraba en el mismo estado. Era increíble, ambas mujeres eran casi exactas. Sarah, más voluptuosa y refinada y la otra mujer más hippie y de curvas más suaves, pero los rasgos eran exactos, incluso compartían ese hoyito en la barbilla que me parecía tan deseable.

—Lo ves Didi —dijo MacLeod—, ella es Sarah Alcántara, la mujer con la que te confundí la otra noche en la discoteca. Sabía que estabas aquí y subíamos para aclarar la situación de ayer. Supongo que a él le ha ocurrido lo mismo que a mí, ¿no es cierto señor...?

—Mackenzie, Kenan Mackenzie.

—Cierto, disculpe me quedé en blanco —me tendió la mano—. Soy Cédric MacLeod y ella es Deidre O’Shea. La otra noche hubo una confusión, el pub estaba muy oscuro y confundí a la señorita Alcántara con Didi —¿Así que todo había sido una confusión? ¿Sarah no se había querido liar con el rubio? No quise contradecirle, pero no vi que Sarah pusiera demasiados reparos cuando se besaban. Volví a mirar a aquellas dos mujeres, que no dejaban de evaluarse la una a la otra—. Señorita Alcántara déjeme que le presente a Deidre, ella es la encargada de los arreglos florales de la fiesta que tanto estaba ensalzando, tiene una floristería en el pueblo. —Sarah parecía desubicada y no era de extrañar, era casi como verse en un espejo. Le costó reaccionar y recobrar la compostura, pero finalmente lo hizo dirigiéndose a la otra mujer.

—Disculpe a Kenan y a Cédric señorita O’Shea, como le ha dicho el señor MacLeod fue todo una confusión. La otra noche creyó que yo era usted y a la vista está el porqué. ¡Madre mía si podría ser mi gemela! —exclamó. La florista no abría boca, seguía mirándola desencajada—. Dicen que las personas tienen un doble en algún lugar, pero no me negará que nuestro parecido es asombroso —Sarah parecía encantada, mientras la otra seguía sin decir esta boca es mía. Hasta que lo hizo.

—Disculpe mi impertinencia señorita Alcántara pero, ¿cuántos años tiene?
—Sarah le sonrió.

—Treinta y dos, el once de noviembre cumpliré los treinta y tres —respondió. La chica se tragó un grito, que se quedó en un pequeño quejido. ¿Qué le ocurría? Las manos le temblaban al igual que la voz al realizar la siguiente pregunta.

—¿Dónde? —inquirió, temerosa de la respuesta y MacLeod la miraba extrañada.

—¿Dónde qué? —Sarah parecía tan desubicada como nosotros.

—¿Dónde nació?

—En Barcelona —contestó Sarah. La pelirroja soltó el ramo y se llevó las manos al cuello, negando con la cabeza.

—Es imposible, es imposible —repetía como un mantra.

—¿Qué es imposible Didi? —Cédric la miraba con preocupación.

—¡Te-te-tengo que irme, lo siento! —dijo rápidamente, recogió su falda y salió como alma que lleva el diablo escaleras abajo. Los tres nos quedamos en blanco por unos instantes. ¿Qué había ocurrido ahí?

—Discúlpenme, debo hablar con ella un momento —Sarah y yo asentimos y MacLeod corrió tras ella.

—Creo que esa chica no está muy bien de la azotea —explicó Sarah—, en el pub hizo lo mismo, creo que le falta un hervor, ¿no has visto que preguntas más raras me ha hecho? —Lo cierto era que las preguntas eran de lo más extrañas.

—Tal vez tengas razón, está claro que muy cuerda no parecía —afirmé y ambos asentimos y nos contemplamos en silencio, estaba tan guapa, me aclaré la garganta para proseguir—. Sarah yo, lo lamento, creo que lo saqué todo de contexto, me comporté como un capullo ayer y no debía haber hecho lo que hice. Creí que te habías liado con MacLeod porque no querías saber nada de mí, después me cegué con lo del bailecito en la barra. —Qué difícil me estaba resultando todo aquello con Sarah mirándome a los ojos como si me estuviera escaneando. Deslicé la mano por la nuca. Ella se acercó a mí, levantó su mano para acariciar mi pelo y mi corazón comenzó a aletear desbocado. «¿Aquello estaba ocurriendo? ¿Así de fácil?». Me acerqué a ella para besarla y me encontré con una señora cobra en toda la cara. Sarah se apartó con elegancia, antes de darme tiempo a capturar sus labios. Sonrió mostrándome una flor que debía haberse quedado enredada en mi pelo. Que ridículo más absoluto. Yo pensando que quería besarme y ella sólo quería quitarme algo de la cabeza.

—Tenías un capullo —dijo mostrándome divertida un minúsculo brote de flor.

—Más bien es un indicativo de que soy doblemente capullo —aseveré.

—Eso también. —Sarah volvía a sonreír y eso era buena señal— ¿Por dónde ibas Mackenzie? —Me acerqué a ella despacio, como si pudiera espantarla con cualquier movimiento.

—Pues iba, por el momento dónde reconozco que me comporté como un memo y me largué de allí con la persona equivocada, dónde te digo que fui un cerdo y que estoy de barro hasta las orejas. Solo espero que puedas disculpar mi conducta de anoche —le pedí. Ella se puso rígida y la sonrisa se le borró del rostro.

—Harás bien en plantearte las cosas dos veces la próxima vez antes de largarte con cualquiera —me soltó y se dio la vuelta, para bajar por las escaleras pero la agarré del brazo y la detuve.

—Lo siento Sarah —le dije implorante mientras el fuego azul atravesaba mi mirada.

—Puede que lo sientas ahora, pero anoche mientras la metías en caliente, no lo sentiste demasiado —me replicó, dando un tirón para soltarse y bajó con el porte de una reina escaleras abajo. Estaba claro que la había cagado pero bien y ahora, me tocaría lidiar con las consecuencias.

La presentación volvió a ser un éxito y los ejemplares, volvieron a agotarse. Sufrí toda la noche al observar una hermosa Sarah coqueteando con MacLeod, mientras yo debía conformarme con firmar libros y hablar con los presentes. Fue agotador.

No volví a ver a la florista, por lo que entendí que Cédric no había tenido suerte con ella, esperaba que el tonto que se había instalado entre ellos, no significara que cambiaba a la tarada por Sarah, cosa que no me extrañaría, si yo tuviera que elegir entre la loca de las flores o la musa de las curvas, está claro a cual elegiría. Eso me hizo estar más huraño de lo debido y Marge, tuvo que llamarme la atención en distintas ocasiones, mientras Jud parecía disfrutar de lo lindo.

En la mesa de la cena Sarah y MacLeod también se sentaron juntos. Estaban con gente del patronato de turismo y responsables de otras editoriales. Yo quedé relegado a un segundo plano, pensaba que cenaría con ellos pero no. Tuve que aguantarme en otra mesa con las chicas y unas cuantas fans, que me volvieron loco con sus preguntas.

No podía dejar de mirar a Sarah que parecía encantada con el coqueteo del rubio.

—Disimula Mackenzie —Jud me dio una patada—. Creo que te está saliendo espuma por la boca.

—Deben ser las burbujas del champagne —dije y la pelirroja rio

—Pues yo más bien creo que son celos, hay que reconocer que el MacLeod está muy bueno —me respondió, sabía que intentaba picarme, pero no pensaba entrar en su juego.

—Supongo que si te gustan rubios, debe estarlo.

—Sarah no ha hecho ascos nunca a un buen rubio, así que ahora no debería ser distinto —aseguró. La miré de frente.

—Sé lo que intentas —afirmé y ella torció el rostro.

—¿Y funciona? —preguntó. Tenía ganas de sacar a Sarah cargando sobre mi hombro de allí y alejarla de Cédric.

—Demasiado bien.

—Eso suponía, me gustas Mackenzie, no me digas porqué, pero creo que eres la horma de su zapato —aseveró e hizo un gesto señalando a nuestra jefa.

—Lástima que ella parezca no darse cuenta —comenté dando otro trago a mi copa.

—¿Y tú te has dado cuenta? Creo que cuando partiste de Barcelona tenías prometida... —Jud era muy perspicaz.

—Aquello fue algo que se me fue de las manos y pretendo arreglarlo —«¿Había dicho eso en voz alta? ¿Realmente me planteaba romper mi compromiso con Brigitte?»

—Pues si quieres que Sarah te tome en serio, deberás solucionarlo, nunca le ha gustado ser el segundo plato de nadie —me explicó. Por suerte nadie estaba pendiente de nuestra conversación.

—Lo imagino —Sarah era una ganadora nata, estaba claro que lo que decía Jud era cierto—. Pero a mí tampoco me gusta ser segundo plato de nadie —le dije y ella sonrió, comprendiendo que me refería a las atenciones que le prodigaba al MacLeod.

—No lo vas a tener fácil, pero sí más que él. No te rindas, Sarah merece la pena. —Sabía que era cierto, no podía apartar la mirada de aquella mujer que me tenía embrujado. Me había equivocado y debía demostrarle que no iba a fallarle de nuevo.

Haría lo que fuera por volver al punto en el que despertó en el coche. Si hubiera sabido lo que estaba soñando, no hubiera dudado de hacer un alto en el camino y hacerla mía de una vez.

Había retrocedido unas cuantas casillas, pero la partida no estaba perdida.

Iba a conquistar a Sarah, me costara lo que me costara.

20 CAPÍTULO (SARAH)



Sabía que había estado mirándome toda la noche, sentí sus ojos sobre Cédric y sobre mí, calentando mi piel a marchas forzadas.

Había pasado un mal día, por ello creí que lo mejor era alejarme y tomar distancia. Por la ventana de mi habitación, le había visto pasear con las chicas y había anhelado ser yo quien estuviera con él, navegando en barca por el lago, o tal vez paseando descalza por la hierba.

¿Cómo decirle a mi corazón que no se agitara cuando lo viera, a mi estómago que no se encogiera cuando escuchara su voz o a mi sexo que no hiciera aguas, al captar su aroma? Nunca le había conferido un poder tan

abrumador a un hombre y lo peor del caso, es que con Kenan era algo innato, natural e incontrolable, algo que fluía libremente por mis venas mientras yo me empeñaba en intentar refrenarlo.

Por mucho que lo había intentado había sido imposible sacármelo de la cabeza. Estaba prácticamente desesperada, cuando alguien llamó a mi puerta. Así fue como me reencontré con el escocés guapo del pub, el que había salido corriendo tras mi doble. Resultó que aquel ejemplar magnífico, era nuestro anfitrión, Cédric era el hijo del actual “laird” MacLeod y quien estaba encargado de velar por nosotros durante nuestra estancia.

La sorpresa fue mutua, aunque rápidamente nos recompusimos.

El rubio era guapísimo, con unos ojos ambarinos similares a los de un león. Su cuerpo era fibroso, trabajado, con un porte elegante que le daba un sex-appeal innegable. Solo había un problema, no era Kenan. Estaba perdida, irremediamente perdida, echada completamente a perder por un hombre. ¿Cómo me había ocurrido eso?

MacLeod volvió a excusarse conmigo por la confusión de la noche anterior, al parecer la chica con la que iba le gustaba. Hacía tiempo que andaba detrás de ella, mientras ella se dedicaba a ignorarle, aunque por el modo en cómo actuó, yo no diría que lo ignorara completamente. Según él, que nos viera de aquel modo en la pista, no ayudó. Eso sí que lo creía, pero estaba claro que él no le era indiferente o no hubiera reaccionado de aquel modo. No se lo dije, no quería echar más leña al fuego, pero estaba claro que entre ellos dos había algo muy intenso.

Tras la sorpresa, me ofreció una visita guiada al castillo, en otro momento estoy segura que me habría rendido a sus encantos y con total seguridad, habríamos terminado en una de las muchas habitaciones que me mostró y no admirando los cuadros precisamente. Pero estaba claro que ninguno de los dos estaba por la labor. Teníamos un sano coqueteo que ambos sabíamos que no iba a ir a más. Me di cuenta de ello, cuando oímos voces discutiendo en las escaleras.

Minutos antes, la señora Craig, había venido a informarnos que la señorita O’Shea, se encontraba colocando los arreglos florales en la planta superior. Cédric me pidió el favor de que le acompañara. Al parecer, aquella era la mujer con la que Cédric quería iniciar algo y estaba encargada de la

decoración floral de la fiesta. Me miró suplicante y me pidió que le acompañara para intentar salir del entuerto en el que nos metimos. No me negué, por lo menos le debía aquello después de besarle y aguarle la fiesta.

Cuando al subir por las escaleras, llamados por aquellos gritos agudos encontramos a Kenan recibiendo golpes por un ramo mágico que le golpeaba una y otra vez, no nos lo creíamos. Estaba claro que tras él se encontraba la impetuosa señorita O'Shea, parecía que esta vez quien se había confundido era Kenan, quién había creído que era yo, a saber lo que había dicho o hecho para que la chica le tratara de aquel modo. Le estaba bien empleado.

Yo ya sabía que ambas nos parecíamos mucho, pero verla a plena luz, fue toda una revelación. Tanto para mí, como para ella. Esperaba que al verme pudiera entender la confusión del pobre Cédric, la de Kenan me daba igual, me estaba divirtiendo de lo lindo viendo a mi imponente escritor, con un montón de florecillas salpicándole la cabeza.

Lo cierto es que si con ropa casual estaba bueno, en traje era demoledor. Casi no podía contener las ganas de arrancarle los botones de la camisa y recorrer su torso desnudo con la lengua.

Tuve que apartar aquellos pensamientos pecaminosos de mi mente, cuando la chica se quedó al borde del colapso. Intenté echar una mano a Cédric como me pidió, pero ella no parecía reaccionar muy bien. Me preguntó por la fecha de mi nacimiento y después por el lugar donde nací, igual pensaba que su padre había tenido un desliz o algo así. Si yo no supiera que mi madre tenía pánico a volar y que jamás había visitado escocia, también lo hubiera pensado.

Después salió corriendo y mi acompañante tras ella. Volvía a estar sola ante el peligro y menudo peligro. Kenan comenzó a disculparse y yo solo podía pensar en lo guapo que estaba y lo ridículo que quedaba aquel capullo, perdido en su negro cabello. Me acerqué como una polilla a la luz, apenas le escuchaba, solo tenía ganas de sentirle bajo mis dedos, su pelo aún estaba húmedo y parecía tan suave.

Se lo acaricié, poniéndome de puntillas, estaba tan cerca de su boca..., su aliento acariciaba el mío, el momento era tan íntimo que cuando advertí las intenciones de Kenan, capturé la flor y me aparté a la velocidad del rayo. Iba a besarle, de hecho me hubiera encantado que lo hiciera, pero un flash lo

impidió. Hacía apenas unas horas que se había estado besando con otra y eso no había sido lo peor que había hecho con ella.

Volví a tomar distancias, aunque medio acepté sus excusas, ambos habíamos tenido parte de culpa en lo ocurrido. Si Deidre no hubiera aparecido, seguramente yo también hubiera cometido una locura por despecho o por vete a saber qué. Necesitaba algo de tiempo para olvidar el incidente con la abeja zumbona.

Pasé la noche divirtiéndome con el anfitrión, mientras Kenan nos fulminaba con la mirada. Por suerte nos habían sentado en distintas mesas y eso me ayudó sobremanera, para tomar la distancia que necesitaba para mi cordura. Tras la cena comenzó el baile. Kenan seguía en su mesa firmando ejemplares y yo fui a la pista con el anfitrión. Mientras bailábamos una lenta, Cédric me susurró al oído.

—Tu escritor está que muerde, creo que quiere lanzarme una daga desde la otra punta de la sala. —Yo le sonreí como si me estuviera diciendo la cosa más maravillosa del mundo.

—Déjale, se lo merece por capullo, un poco de sufrimiento no le vendrá mal —le respondí y giramos alrededor de la pista.

—Como desees —me dijo mientras me agarraba con firmeza, eso me gustaba en un hombre.

—¿Lograste convencer a Deidre? —pregunté y me miró con pesar.

—Esa mujer es muy escurridiza, no sé cómo lo hace, pero siempre se me escapa. No pude atraparla, mañana intentaré acercarme a su tienda para hablar.

—¿Hace mucho que la conoces? —inquirí y él asintió.

—Desde el instituto, su familia es un tanto peculiar. Su abuela y ella se mudaron aquí tras la muerte del padre de Didi, su madre falleció en el parto.

—¡Qué horror! —exclamé. Me imaginé una infancia así y me dio una pena terrible. Mis padres no eran de lo mejor, pero crecer sin ellos hubiera sido peor. Pensé que después les llamaría para decirles que estaba bien. Cédric prosiguió con la historia de Didi.

—Vive con su abuela en el pueblo, tienen una tienda multifuncional —me

explicó y aquello me sonó extraño.

—¿Multifuncional? ¿A qué te refieres?

—Bueno, pues que ellas son diferentes al resto —dijo. La música terminó, pero él no me había soltado. Me sentía muy a gusto con Cédric así que cuando me invitó a pasear por el jardín, acepté encantada. Sentía curiosidad por la historia de mi doble.

—¿En qué sentido? —seguí cuestionando. Le tomé del brazo y paseamos por el jardín.

—La abuela de Didi montó una tienda de terapias alternativas cuando llegó aquí, es una mujer muy peculiar y puede quitarte cualquier dolencia —me pareció curioso—. Didi, fue creciendo instruida por su abuela, así que siempre fue un espíritu libre. A mí siempre me fascinó, pero ya sabes cómo son los adolescentes. En esa época yo era un poco idiota y me regía por las apariencias.

—¿Y ahora no? —le pregunté divertida.

—Pues lo cierto es que tengo la esperanza de haber cambiado, ahora sé lo que quiero y Didi es lo que ahora ocupa mi mente las veinticuatro horas. —Parecía sincero.

—Así que su abuela es curandera —comenté mientras nos sentábamos en un banco de piedra.

—Más o menos, las malas lenguas dicen que es Druidesa —aseguró. Abrí mucho los ojos.

—¿Druidesa? —él asintió—. Dicen que descende de una familia de poderosas mujeres Druidesas irlandesas. En la antigüedad una tática abuela de Didi, se instaló en esta isla con su nieta y aquí estuvieron un tiempo. Después se marcharon y Morgana, que así se llama la abuela de Didi, volvió para encontrarse con sus raíces.

—Menuda historia —dije. Tenía una sonrisa blanca muy bonita y unos labios extremadamente sensuales, me hacía pensar en el beso tan agradable del pub. Él seguía enfrascado en la historia de aquellas mujeres.

—Dicen, que en la familia de las O'Shea, el poder se transmite solo a las mujeres, de abuelas a nietas, siempre se salta una generación.

—¿Así que Deidre ha heredado los poderes de su abuela? —pregunté y él se encogió de hombros.

—No sabría decirte, no son demasiado dadas a hablar de estas cosas. Cuando Deidre terminó el instituto no quiso estudiar una carrera, hizo un curso de jardinería y arreglos florales. Ambas mujeres ampliaron el negocio y ahora se dedican a eso y al fascinante mundo del tuppersex —me contó bajando su voz un grado.

—¿Tuppersex? ¿Didi vende consoladores? —cuestioné. Me parecía algo fantástico, tal vez la visitara para ver qué juguetitos tenía, seguro que a las chicas les encantaba que nos hiciera una sesión. Pero entonces Cédric movió la cabeza negativamente.

—Didi no, Morag es quién vende juguetes eróticos —solté una carcajada, aquello me pareció más divertido todavía.

—¿En serio? ¿La abuela? —Él asintió con los ojos tan brillantes como los míos.

—Pues tal vez mañana te acompañe, me encantan los juguetitos —afirmé coqueta.

—¿Qué tipo de juguetitos? —preguntó una voz a nuestras espaldas. Sabía perfectamente a quien pertenecía, así que volteé coqueta la cabeza. Kenan tenía una mano en un bolsillo y sujetaba una copa de licor con la otra. Cédric se levantó.

—¿Te interesa el sector de la juguetería, Mackenzie? —inquirió inteligentemente mi acompañante.

—Depende —respondió sin apartar la mirada de la mía— Sarah tiene una pasión inusitada por los juguetes, sobre todo por los articulados que parece que tengan vida propia —comentó. Suerte que estaba oscuro, porque sentía la cara ardiendo recordando el episodio de Fredo y la bañera.

—Interesante —Cédric me tomó la mano y la besó—. Discúlpame Sarah, tengo invitados que atender, ha sido un placer hablar contigo y será un placer que me acompañes mañana —me dijo y después se separó, caminó hasta Kenan e inclinó la cabeza a modo de despedida —Mackenzie.

—MacLeod —se despidió mi escritor y el corazón se me disparó, cuando Kenan caminó acercándose a mí y ocupó el lugar de Cédric en el banco.

—Veo que parece haber conectado muy bien con nuestro anfitrión —manifestó. ¿Aquello eran celos? En mi interior no podía dejar de dar palmas.

—Sí, es un hombre encantador —observé y le miré entre mis pestañas, evaluando lo guapo que estaba, mi vagina suspiraba tan fuerte, que estaba segura que podría oírla. Apreté los muslos con fuerza.

—Estás muy guapa esta noche jefa —«Otro espasmo vaginal, a este paso explotaría sin remedio, pero ¿quién podía resistirse a esa voz tan ronca y esa pose tan sexy?». «Esa manera de llamarme jefa, arrastrando las letras me ponía a mil» —, con ese vestido parece una princesa.

—Tú tampoco estás mal —respondí serena—. Te he visto muy bien acompañado toda la noche —declaré y era cierto, las mujeres se habían pegado a Kenan como si fuera la prenda más deseada de las rebajas.

—Ah, ¿pero me has visto? —su mirada escéptica me divirtió— te vi tan atenta con nuestro anfitrión, que dudé de si estábamos presentando mi libro o acudiendo a tu fiesta de compromiso —«mmmm, esto se pone interesante»

—Yo ya me comprometí ¿recuerdas? —le mostré el dedo donde refulgía su anillo, el mismo que se había negado a salir, después de haber sido colocado en él. Kenan se acercó un poco más, su pierna se apretó contra la mía, me tomó la mano y lo admiró.

—Te sienta muy bien —pasó el pulgar sobre mis nudillos y no pude evitar temblar, se dio cuenta y me preguntó si tenía frío.

—Tal vez un poco, aquí refresca por la noche —alegué. Al momento se quitó la chaqueta y la puso sobre mis hombros acercándose todavía más a mí, envolviéndome en su calor y su aroma. Estaba claramente perdida. Cuando vi la palpitante vena de su cuello, no pude evitar imaginar mi lengua recorriéndola, sintiendo su pulso y su sangre correr bajo ella. Me hubiera encantado ser una vampira para clavar los dientes y beber de él. Kenan despertaba en mí algo primario, oscuro y animal, difícil de controlar.

Mi respiración se había agitado, incluso tanteé mis colmillos con la lengua pensando que se habían alargado. Antes de que se retirara, aspiré profundamente el olor de su cuello, no me había dado cuenta de que había cerrado los ojos, hasta que los abrí y le encontré contemplándome. Con el pecado reflejado en su mirada.

—No me hagas esto Sarah, no podría aguantar un segundo asalto creyendo que voy a poseerte, sin que te entregues a mí —declaró y me sentí desubicada. ¿De qué me estaba hablando?

—¿Cómo dices? —pregunté. Sus pupilas estaban tan dilatadas como las mías y no dejaba de mirarme los labios.

—Quiero comenzar de nuevo contigo, Sarah, sin mentiras, sin medias verdades, sin subterfugios. Quiero una nueva oportunidad y esta vez pienso hacerlo bien —¿Oportunidad? ¿De qué me estaba hablando?

—¿A qué mentira te refieres?

—Prométeme que no te enfadarás —me pidió cogiéndome de ambas manos. Cuando un tío comenzaba así la frase, mal asunto, era como cuando rompes el jarrón favorito de tu madre, sabes que te va a castigar, así que decides allanar el terreno para lo que va a venir.

—No puedo prometerte algo que no sé, arriésgate y veremos qué pasa, no creo que empeores las cosas demasiado —respondí. Resignación, esa era la palabra que había escrita en su mirada.

—Está bien, allá va —suspiró. Me esperaba lo peor, aunque no sabía muy bien qué era, «¿sería eyaculador precoz? ¿Gay? No, gay imposible, ¿le iría el sado?»

—Nunca hemos mantenido una relación sexual completa —afirmó y le miré como si en su frente le hubiera salido un cuerno y me confesara que era un unicornio, que vivía en un arcoíris.

—¿Pero qué? ¿Cómo? ¿Cuándo? —Tenía la cabeza hecha un lío.

—La noche que te emborrachaste...

—¿Sí...? —le animé a continuar.

—No concluimos

—¿No concluimos? ¿Qué quiere decir que no concluimos? —le miré horrorizada— ¿Me quedé dormida? ¿Te vomité encima? —cuestioné y él sacudía la cabeza, así que me esperaba lo peor— ¿Te tronché la polla?

—¿Cómo? —inquirió y sus ojos mostraban horror.

—Una vez escuché, que una mujer tenía tantas ganas, que montó

salvajemente a su pareja y se la tronchó, tuvieron que ir a urgencias...Y yo tenía tantas ganas, que... ¿Fue eso verdad? ¿Por eso tus padres oyeron gritos? —le interrogué. Él comenzó a reírse compulsivamente, hasta que incluso comenzó a lagrimear.

—¡Basta mujer! No me tronchaste nada, porque no montaste nada. ¿En serio que eso se puede tronchar? —me preguntó sorprendido. Moví la cabeza afirmativamente mientras él seguía sonriendo. Yo no entendía nada, sus padres estaban convencidos de que habíamos mantenido relaciones sexuales, necesitaba aclarar mis dudas.

—¿Entonces qué ocurrió? —parecía que estuviera evaluando su respuesta —. Porque gritar, grité, eso está claro —Kenan ya se había calmado y sus ojos comenzaban a brillar, con algo que no era diversión.

—¿Qué te parece si te demuestro qué ocurrió, para que esta vez lo grabes en tu cerebro y no vuelvas a olvidarte de ello nunca más? —me quedé pensativa, no estaba muy segura de querer averiguar aquello, pero me miraba tan intensamente con tantas promesas ocultas tras sus ojos, que no pude más que ceder.

—Está bien, pero ¿si no fue sexo, entonces qué fue?

—Acepta primero y te lo demostraré —me retó. Había dicho que no habíamos tenido relaciones completas, quizás me dio un masaje y yo jadeaba del gusto, o me trajo algo de comer y tuve un orgasmo culinario. Necesitaba saber la verdad, mi curiosa interior no paraba de azuzarme para que aceptara.

—Vale demuéstramelo —cedí y una sonrisa demoníaca curvó sus labios, ya no estaba tan segura de haber hecho bien en aceptar.

—No hay vuelta atrás señorita Alcántara, ahora por favor súbase el vestido —Abrí los ojos como platos.

—¿C-Cómo? —dudé, aquello sí que no lo esperaba, Kenan se arrodilló, tomó el bajo de mi voluminosa falda y sin apartar los ojos de los míos, la levantó hasta mi cintura.

—Por lo visto, hoy también llevas bragas —susurró ronco al ver mi diminuto tanga de encaje— si es que este minúsculo tirachinas se puede llamar así.

Recorrió el interior de mi muslo con la yema de los dedos, a la par que

separaba mis rodillas y se acuclillaba entre ellas. Jadeé con fuerza, cuando su barba raspó la sensible piel que quedaba a un palmo de mi entrepierna. Deslizó la lengua y fue dando pequeñas succiones, hasta llegar al vórtice entre mis muslos. Una vez allí, aspiró mi deseo pasando su nariz con suavidad. Sabía que podía notar perfectamente mi humedad y el olor a codicia que desprendía, porque si una cosa estaba clara, es que le anhelaba por entero. No podía ni quería decir nada, solo le deseaba ahí, justo ahí, en ese momento. Hizo a un lado la delicada pieza y sumergió su lengua en mi sexo.

—Aaaaahhhh —gemí con fuerza.

—Eres tan hermosa aquí abajo, tu sexo me vuelve loco jefa —declaró y me agarré al banco con fuerza, mientras su boca me hacía suya. No opuse resistencia alguna, abrí más mis piernas para darle plena libertad. El contraste de su pelo moreno con mi nívea piel, me hacía arder. Era excelente, me encantaba como me besaba una y otra vez, apresando mis labios inferiores y tirando de ellos para después succionarlos con glotonería. Oí unos pasos, Kenan se detuvo por un instante, pero después prosiguió.

—Para, para, se acerca alguien —dije empujándole, pero el no se detenía, estaba muy concentrado avasallando mi clítoris, que no entendía que alguien se estuviera acercando y se erguía retador entre sus labios—. Mmmmmm —me estaba deshaciendo, los pasos sonaban cada vez más fuerte. —Kenan por Dios.

—Cúbreme con la falda —sugirió mientras tiraba de mí al extremo del banco y encajaba su lengua en mi interior. Ahogué un gemido mucho más intenso. Me estaba follando con la lengua y era increíble, yo tampoco quería que parara. Me sentí mala, perversa, por desear aquello que me estaba ocurriendo. Mi demonio interior dijo «¿y por qué no?», al fin y al cabo aquel vestido permitía esconder a Kenan entre mis piernas, quien estuviera paseando lo haría por un instante o tal vez incluso pasara de largo. Bajé la falda y cubrí a mi amante justo a tiempo.

Los pasos se detuvieron a mis espaldas, mientras Kenan me penetraba con dos dedos. Tuve que contenerme de nuevo, pero no pude evitar que un sordo plañido se atorara en mi garganta.

—¿Sarah? —preguntó una voz a mi espalda. No podía moverme así que giré el cuello ligeramente.

—¿Sí? —más pasos, dos figuras emergieron ante mis ojos y casi se me corta la respiración. Eran Sind y Brigitte.

—¿Estás sola? —me interrogaron. No podía creerlo ¿qué hacían ellos aquí?

—¿N-no lo veis? —cuestioné. La voz se me entrecortaba, pero es que Kenan no me daba tregua bajo la falda. Su lengua estaba rotando con maestría en el nudo de terminaciones nerviosas, enviando mil descargas de placer que me contraían por dentro.

—Nos habían dicho que estabas con Kenan.

—Pu-pues ya veis que no, necesitaba tomar el aire.

—Se te ve muy acalorada ¿eso que llevas sobre los hombros es una chaqueta de hombre? —Sind me miraba suspicaz, mientras Brigitte lo hacía con disgusto.

—Es la última moda según mi estilista, además ¿a ti que más te da que lleve puesto? No te debo ninguna explicación —respondí tajante. Necesitaba que se largaran, la boca de Kenan era una deliciosa tortura, sus dedos habían encontrado mi punto G y lo estaban activando. «Por todos los demonios, necesitaba gritar» —¿Qué narices hacéis aquí?! —exclamé y mi voz sonó demasiado brusca y estridente, pero es que apenas podía controlarme. Sind sonrió con maldad.

—Pues me enteré del evento por las redes y no paré hasta conseguir un par de invitaciones, lamentablemente el vuelo se retrasó y no hemos podido llegar hasta ahora. Como no sabía con quién venir, imaginé que a Kenan le gustaría ver a su prometida, además Brigitte necesitaba hablar con él de unos temas.

La lengua de Kenan se detuvo y los dedos también. Genial, ahora que sabía que la imbécil de su novia estaba allí, todo iba a cambiar de nuevo.

—Parece que os habéis hecho muy amigos en tan poco tiempo ¿no? —Sind se encogió de hombros.

—Ya sabes que las mujeres hermosas sois mi debilidad, además, Bri, es un encanto, congeniamos muy bien en la fiesta, las redes la adoran y está haciendo un gran trabajo publicitando el libro de Kenan en mi blog —repuso. No sabía por qué me extrañaba, ese par eran tal para cual, un par de sanguijuelas destinadas a chuparle la sangre a cualquiera.

—Me parece genial, pero ella sabía perfectamente que no podía venir, tiene prohibido interrumpir el trabajo de mi escritor —afirmé sin mirarla, estaba ignorándola como si se tratara de alguien insignificante, sabía que alguien con el ego del tamaño de la estatua de la Libertad, no llevaría bien que la desdeñara. Sus reproches no tardaron ni dos segundos.

—¡Tú, no eres nadie para prohibirme que acompañe a un amigo a una fiesta o que vaya de viaje con él! Que Kenan trabaje para tu editorial, no te da derecho sobre mí, ni sobre lo que hago o dejo de hacer. Tengo cosas que hablar con mi prometido y estoy segura, que Kenan se muere de ganas de verme. —Muerto por verla no sé, pero seguro que se estaba asfixiando bajo mi falda. ¿Habría muerto allí abajo? Esperaba que no, a ver cómo explicaba yo, que mi autor había fallecido ahogado mientras me practicaba sexo oral bajo la falda, mientras yo peleaba con su prometida. La víbora de Brigitte se lanzó al ataque de nuevo—. Aguantarte todos estos días debe haber sido un suplicio para él, con lo poco que te soporta —la miré de frente alzando las cejas deliberadamente. Si supiera que tenía a su prometido entre las piernas, no me miraría del mismo modo. Kenan resucitó de entre los muertos, reanudando el ataque con mayor fiereza, casi me caigo del banco cuando su ancha lengua me recorrió de abajo hasta arriba. ¿A ese hombre no le importaba que Brigitte estuviera allí? Resoplé removiéndome inquieta. Aunque lo que me estaba haciendo me mataba del placer, no podía dejar que esa estúpida se quedara con la última palabra.

—O tal vez haya sido un desahogo para él, no haber tenido que aguantar un parásito como tú —ataqué. Me estaba viniendo arriba con las cosas que me estaba haciendo Kenan. «¡Jesús Bendito! ¡Hacer esas maravillas con la lengua debía estar prohibido!» Tenía los nudillos blancos de tanto agarrarme al banco.

—¿Me acabas de llamar parásito? —preguntó la morena que me miraba con odio, escupiendo fuego y veneno al mismo tiempo.

—Una mujer que vive a costa de un hombre y que no tarda ni tres días en aparecer, cuando se le ha dicho expresamente que no puede venir... ya me dirás tú qué es... Por cierto esta mañana pisé una mierda y me recordó a ti, siempre pegada a la suela de Kenan —declaré. Su mirada no tenía desperdicio, creo que nadie la había llamado mierda todavía— ¿Por qué has venido Brigitte? ¿Te has quedado sin dinero? —Ella gruñó exasperada

mirando a Sind.

—¡Es que no la trago!

—Pues si no me tragas, atragántate y por cierto, ponte bien la compresa, creo que esta noche te la has pegado del revés. —Casi podía oír cómo rechinaban sus dientes. No podía andar muy equivocada, Mar era una monstra de la informática y me había dicho que la súper modelo, no tenía donde caerse muerta. Los incisivos de mi amante comenzaban a mordisquear los labios externos de mi vagina, ¿cómo podía saber que aquello me daba tanto placer? Cerré los ojos por un instante, presa de la satisfacción más absoluta.

—¿Te has fumado algo? Estás muy rara Sarah —observó Sind. Volví a abrir los ojos, espabilándome del trance al que Kenan me sometía con su boca.

—Es que hay ciertas situaciones y personas que no tolero bien. Además, cuando alguien suelta tantas gilipolces juntas, no me da tiempo a procesarlas e ignorarlas todas, eso me da dolor de cabeza —afirmé, podía ver una chispa de diversión en los ojos de Sind, los dos me producían una extraña sensación de repulsa, quería que se largaran y me dejaran disfrutar de una vez de mi orgasmo—. Ya habéis visto que Kenan no está aquí, ahora si me disculpáis querría estar a solas un rato, para eso salí fuera, para que nadie me molestara.

—¡Qué grosera! —exclamó la modelo. Sind tiró de Brigitte.

—Vamos Bri, que la señorita Alcántara no está de muy buen humor esta noche, tal vez luego me pase por su habitación y la ayude a calmar ese fuego tan incontrolable —comentó irónico.

«No hay manguera para tanto fuego», pensé. Si él supiera lo que me estaba haciendo arder. Pero no podía hablar, estaba mordiéndome el labio para aguantar cómo podía. Kenan había vuelto a accionar mi dulce almohadilla interior y yo, ya no podía más. Ambos se alejaron unos pasos y sin remedio estallé dejándome ir

—¡Oh Dios sí! ¡Por fin! —grité a los cuatro vientos, estaba convulsionando, mientras Kenan seguía lamiendo, absorbiendo y capturando mi orgasmo en su boca. A mis espaldas Brigitte rezongó de modo audible.

—¡Será descarada! ¡Está celebrando que nos largamos, esa mujer es una auténtica bruja! —Sind le respondió.

—Sarah nunca ha sido muy buena manteniendo los protocolos, anda vamos

a buscar a tu prometido —la animó. En ese momento me importaban una mierda los protocolos, lo único que me importaba era el grandioso orgasmo, que acababa de regalarme aquel magnífico hombre que tenía entre mis piernas. Cuando ya no oí pasos, giré la cabeza para asegurarme de que ya no había nadie. Levanté la falda, Kenan emergió con cara de satisfacción y unas gotas de sudor perlado su frente.

—Ahora, ya sabes por qué gritaste en casa de mis padres —anunció. Estaba desecha, mimosa y con ganas de abrazarme a ese amplio pecho, enfundado en aquella bonita camisa blanca. No me había nombrado a Brigitte, resguardando ese momento entre nosotros. Me gustó que tuviera ese detalle, así que le seguí el juego.

—Lo que no sé, es por qué no gritaste tú. —Kenan se incorporó lo justo para recolocarme la falda y unir su nariz a la mía.

—Pues porque fui un imbécil poco precavido, no llevaba preservativos encima y cuando bajé al coche y volví a subir, mi adorable pelirroja dormía como una gatita satisfecha —me aclaró. Aquel modo dulce de llamarme me gustó y me hizo sonreír, frotando mi nariz contra la suya. Sabía que era un momento íntimo y que con mi pregunta iba a romperlo pero necesitaba saber...

—¿Por qué has seguido si Brigitte estaba aquí? —le pregunté. La intensidad de su mirada, me hacía anhelar promesas imposibles.

—Creo que ya sabes la respuesta, dulce Sarah, pero por si no te ha quedado claro te lo voy a decir —comenzó, sus ojos eran dos carbones encendidos y yo deseaba calentar mi alma con ellos, aunque me abrasara en el intento—. Todo lo que deseo está aquí, justo delante de mí —afirmó y tras sus palabras me quedé sin aire, mis pulmones se vaciaron y él se encargó de arrancarme hasta el último aliento con sus besos.

21 CAPÍTULO (KENAN)



Sabía que no debía hacer lo que estaba haciendo y menos con Brigitte allí, pero es que era incapaz de detenerme. Cuando sentí que Sarah se corría en mis labios, fue mi mayor recompensa. Sabía que nunca iba a olvidar aquel momento compartido, pasara lo que pasara.

En un primer momento me quedé en shock al oír a Brigitte, al fin y al cabo, estaba oficialmente prometido con ella. «No, un momento, con quién verdaderamente estaba prometido oficialmente ante mi familia y amigos, era con Sarah», ella era quien llevaba el anillo de mi familia y era con la mujer, que quería estar el resto de mis días. Amor, cuanto hay escrito sobre esa palabra, unos dicen que se cuece a fuego lento y otros que te alcanza como un rayo, pero cuando lo sientes, cuando sabes que es amor, entiendes que es como la muerte, algo inevitable, algo inexorable que va más allá de lo que conocías hasta ese momento. Tal vez llevara pocos días conociendo a Sarah, pero en mi interior es como si llevara amándola durante toda la eternidad. La verdad me alcanzó como un flechazo, estaba claro que Cupido había acertado de lleno, por lo menos conmigo. Las fosas de mi nariz se dilataron, captando el embriagador aroma que destilaba Sarah. Ella seguía discutiendo con fiereza, mientras yo no podía pensar en otra cosa que devorar su sexo lleno de lujuria.

En ningún momento desfallecí, necesitaba hacerla estallar en mi boca, calmar mi sed con su delicado néctar. Nunca había probado nada tan delicioso como su sabor, definitivamente era adicto a ella.

Tras su orgasmo no pude dejar de besarla, deslizar mi lengua por sus pliegues hasta tenerla completamente limpia. Una vez satisfecho le re Coloqué el tanga, me incorporé y terminé con ella sentada en mi regazo, para deleitarnos a ambos, con los resquicios de su esencia. Sarah me tenía sujeto por la nuca, mi erección se clavaba en su trasero, dispuesta a tomarla, mi mano se había colado por el generoso escote para acariciarle un pezón y mi lengua saqueaba la suya con pleitesía.

—Disculpad la interrupción —una voz de hombre resonó a nuestras espaldas. Sarah dio un respingo que casi la lanza al suelo, por suerte la tenía bien sujeta. La calmé con mi caricia y saqué con suavidad la mano del cálido seno. Con tranquilidad ambos nos pusimos en pie. Cédric estaba de espaldas a nosotros, dándonos cierta intimidad.

—¿Qué ocurre MacLeod? Ya puedes girarte, no pasa nada —le dije y crucé las manos, por delante de mi abultada hombría. Se dio la vuelta despacio.

—Hay un par de personas en la fiesta que no paran de incordiar buscándote, una es una mujer y dice ser tu prometida —nos comentó. La mirada del rubio era ciertamente inquisidora, pero no dijo nada más.

—Ya —respondí sin decir más.

—Tal vez sea mejor que regreses sin Sarah y te ocupes de calmar los ánimos, está bastante nerviosa y el ambiente comienza a ser algo tenso —siguió diciendo. Miré a mi pelirroja de reojo, no quería que pensara que la dejaba por Brigitte. Ella me devolvió una mirada serena.

—Ve, Kenan, tenéis que hablar —asentí.

—No quiero que dudes ni por un instante, que lo que te dije antes no iba en serio —intenté transmitirle todo lo que sentía con la mirada.

—Tranquilo, haz lo que debas —me respondió. Le cogí el rostro y le di un suave beso en los labios, tratando de sellar una promesa invisible, una que solo puede entender un corazón que late en la misma frecuencia. Miré a Cédric.

—Cuídamela —le pedí y él inclinó la cabeza.

—Será un placer —Sarah, me tendió la chaqueta y yo la puse en mis brazos para disimular lo que se negaba a bajar entre mis piernas—. Esperaremos unos minutos antes de entrar, así nadie sospechará nada.

—Gracias, te debo una. —Nuestro anfitrión no era un mal tipo. Tal vez tuvimos un mal inicio, pero me daba a mí que era una persona en quien podía confiar.

Entré en la fiesta buscando a Brigitte, no me costó encontrarla discutiendo con Jud. Por el lenguaje no verbal de la pelirroja, estaba más que harta de escucharla.

—Te he dicho que no sé dónde narices está tu prometido, pero seguramente se esté escondiendo de alguien tan cansino como tú. —Brigitte estaba rabiando.

—¿Pretendes decirme que se ha evaporado?

—No, lo que estoy diciendo es que seguramente ha encontrado unas gafas que le han arreglado la miopía y ahora que ve bien, prefiere huir de ti, que volver a tu lado. —Jud tenía los brazos en jarras y actitud defensiva.

—¿Y me lo dices tú? Vaca de tiro, con esa argolla en la nariz, es justo lo que pareces. —Jud parecía a punto de atacar.

—Yo os juro que a esta tía me la cargo —les decía a Marge y Mar que se habían lanzado a sujetarla.

—Buenas noches —las interrumpí antes de que la sangre llegara al río. Brigitte se giró rápidamente al oír mi voz y se lanzó a mis brazos para besarme. Intenté ser lo más breve posible.

—¡Ay Keni, cuanto te he echado de menos!

—Ay Keni cuanto te he echado de menos —la imitó Jud por lo bajito, poniendo voz de repelente, mientras Mar le pedía que se callara.

—A mí también me alegra verte Bri —le dije. No podía decirle que la había extrañado, porque le hubiera mentado, tampoco la odiaba, habíamos pasado mucho tiempo juntos, así que la apreciaba. Era solo que lo nuestro había terminado, sin que ella lo supiera, claro— ¿Qué haces aquí Brigitte?

—¿Tú también? —hizo un puchero con el rostro, supongo que mi falta de entusiasmo la molestó.

—Bueno, ya conocías las condiciones cuando vine a hacer la promoción —declaré y ella puso cara de fastidio.

—Sí, la desagradable de tu jefa ya me informó, pero es que necesitaba verte y contarte algo muy importante.

—Igual la han contratado para hacer un anuncio en Australia y con un poquito de suerte, ha decidido quedarse allí a vivir entre sus hermanos, los demonios de Tasmania. —Jud lo dijo lo suficientemente fuerte como para que la escucháramos. Tenía mala leche y sin filtro. Justo lo necesario para irritar a Brigitte, que no tardó en quejarse, haciéndose la débil. Aquella faceta suya de actriz no era nueva para mí.

—Ay Keni, estas mujeres son horribles, me odian, sobre todo la que parece un buey. Creo que odio a las pelirrojas, tanto tu jefa como ella tienen un carácter horrible y no dejan de meterse conmigo, jamás me había pasado algo así —se quejó agarrándose a mi brazo y colocó la cabeza sobre mi pecho —. Menos mal que cuando estás cerca, todo se me olvida.

—Por cierto, ¿dónde estabas? —Sind se personó delante mío cual ave carroñera. Estaba claro que ese hombre no era tonto, algo sospechaba, lo veía en su mirada de reptil.

—Buenas noches Sind —le saludé, él me tendió la mano y yo se la estreché con desgana.

—No te encontrábamos, era como si se te hubiera tragado la tierra o como si no quisieras que te encontráramos —me tentó. Más bien me habían tragado unas faldas, pensé divertido.

—Pues como comprenderás mucha gente ha querido hablar conmigo, así que subí a la parte alta del castillo para desconectar un rato.

—Ya —murmuró el rubio—, pues si no te importa, me gustaría hacerte una entrevista para mi blog, os haré unas cuantas fotos a Bri y a ti, después os dejaré para que charléis. Te irá bien tener publicidad en redes —me anunció. Viniendo de él era un lujo, me gustara o no, era una gran influencia, si me recomendaba iban a venderse muchos libros.

—Está bien —acepté por el bien de todos. Por el rabillo del ojo, vi cómo

Sarah entraba acompañada por Cédric y se ponían a bailar de nuevo. Me enfermaba verla en brazos de otro hombre. Brigitte siguió el rumbo de mi mirada.

—Mira, allá va la bruja de tu jefa, muy bien acompañada. Tal vez el rubio le eche un polvo y le quite la mala leche que calza —pensar en ella con Cédric y en la cama me puso de mal humor— Vamos Keni, bailemos un poco, ya sabes que se nos da muy bien y Sind puede sacar unas fotos bonitas, no quiere algo formal, sino plasmar tu lado más social. —Iba a hacer lo necesario para separarla de las chicas, aguantaría la entrevista y después en cuanto tuviera un momento cortaría con ella y volvería con la mujer que realmente deseaba.

Aunque quería, no podía dejar de mirar a Sarah, Bri parloteaba sin cesar haciendo que yo desconectara desde el primer minuto. Solo podía pensar en los días vividos con mi pelirroja, nuestras broncas, nuestras risas, nuestros intentos de dar rienda suelta a la pasión...aquellas relaciones fallidas me habían condenado a una erección perpetua, eso no podía ser bueno.

—Mmmmm —ronroneó Brigitte a mi oído—, creo que nuestro amiguito se alegra de verme —frotó su bajo vientre contra lo que seguía pulsando entre mis piernas, no era por ella, sino porque seguía viendo a la dueña de mis desvelos.

—Bri, para, aquí hay mucha gente. —Paseó la lengua por sus labios.

—Desde cuando nos ha importado que haya mucha gente para buscar un rincón oscuro y follar, además duermes aquí ¿verdad? —me comentó y pegó sus pechos como hacía siempre, era algo que antes me excitaba en sobremanera y ahora solo podía pensar que le hacía falta carne por todos lados. ¿Qué le había visto? No estaba seguro, pero lo que tenía por seguro, es que ahora solo tenía ojos para una sola mujer.

—Estoy trabajando, así que relájate. No vamos a hacer nada estando aquí.

—Eres un aguafiestas, pero después me darás lo que necesito, estoy convencida —afirmó y su mano se deslizó y acarició mi sexo—. No sabes cuánto te he extrañado —apretó mi polla entre sus dedos, para mostrarme a quién se refería.

—Saca la mano de ahí —le advertí—, alguien podría vernos—. Volvió a irritarse y la sacó a desgana.

—Desde luego, quién te ha visto y quién te ve, creo que se te está pegando el carácter de la bruja de tu jefa y sus amiguitas.

—Vamos a por esas bonitas fotos, posa para Sind, no querrás que te saque con arrugas en el ceño —dije cambiando de tema, la ventaja de llevar tiempo juntos era que sabía qué decirle para que cambiara el chip. Su cara se relajó y comenzó a sonreír, para que la cámara captara la falsa felicidad del momento.

Bailamos un buen rato, después tomamos algo y posamos de nuevo para Sind. Tras la entrevista, Bri tiró de mí para que nos marcháramos.

—Necesito un lugar más íntimo para hablar contigo —me insinuó. El momento debía llegar antes o después, cuanto antes me lo quitara de encima, mejor.

—Está bien, vamos. —La tomé de la mano llevándola a uno de los saloncitos del castillo, que había visto durante la mañana.

Nada más cerrar la puerta, Brigitte se abalanzó, besándome con ímpetu, como siempre lo hacía. Por unos instantes perdí la noción de donde me encontraba y con quien. Imagino que mi cuerpo todavía reaccionaba por impulso, era mucho tiempo el que llevábamos juntos. Apartó su lengua de mi boca para decirme:

—Oh Keni, hazme tuya, te necesito tanto —exclamó y sus manos bajaron rápidas para desabrochar con agilidad mi pantalón. Aquello se me estaba yendo de las manos, el calentón provocado por Sarah, se lo estaba llevando Bri y no era justo para nadie.

—Basta Brigitte, detente, ya te dije que no podía ser —le dije, frunció los labios y resopló.

—Estás muy raro, nunca me has dicho que no a un polvo, además yo te necesito tanto... —ronroneó e intentó colar la mano por mi bragueta, pero la detuve de nuevo.

—Joder Bri, te estoy diciendo que no puede ser. ¿Qué te pasa? —pregunté, estaba demasiado insistente. Se cruzó de brazos disgustada, mientras yo me abrochaba de nuevo los pantalones.

—Pues que hace días que no te veo, parece que me rehúyas en vez de desearme —estaba claro que la evitaba, había llegado el momento de hablar—. Tengo algo que contarte Kenan y estoy un poco asustada, por cómo te lo

puedas tomar —¿se habría enamorado de otro como yo? ¿Tal vez de Sind? Al fin y al cabo se les veía muy bien juntos, igual era eso lo que me quería decir...—Sé que habíamos dicho de esperar, pero a veces las cosas ocurren cuando menos se esperan, además estamos prometidos. —¿de qué narices me estaba hablando? No parecía que quisiera dejarme. Inspiró profundamente, una amplia sonrisa se dibujó en su rostro, saltó sobre mí y yo no pude más que asirla por debajo del trasero para que no cayéramos. —¡Estoy embarazada! ¿No es maravilloso? ¡Vamos a ser padres! —En aquel momento, el que casi se desmaya de la impresión, fui yo, las piernas no me sostenían, tuve que apoyarme contra la pared.

—¿C-cómo? —pregunté. Ella había comenzado a besuquear mi rostro y a lamer mi cuello.

—Pues que tú y yo vamos a tener un bebé, vamos a ser papás, es lo que tiene follar tanto.

—¡Pero si siempre usamos condón! —me miró fijamente.

—Habría alguno pinchado, o en mal estado, vete a saber. El caso es que estoy embarazada y me siento muy feliz. Sé que no entraba en nuestros planes, pero ha ocurrido así. En unos meses pasaremos a ser tres, así que tenemos que empezar a mirar una casa donde criar a nuestro bebé —me estaba agobiando, un sudor frío recorría mi espalda—. Me niego a que nuestro hijo crezca en un piso, los niños necesitan espacio y con lo que vas a ganar ahora, nos lo podremos permitir —¿Una casa? ¿Un bebé? Bri seguía parloteando—. Deberías escaparte, aunque fuera un día, para formalizar el compromiso, mis padres son muy tradicionales. No esperaban que llegara virgen al matrimonio, pero casi. Además, no quiero casarme con una barriga enorme. Estoy de pocas semanas, así que estaría bien una boda de aquí a un par de meses, todavía no se me notará. Podríamos organizar algo las dos familias, una comida o una cena, de los preparativos para la boda ya me encargo yo. ¡Ay Keni estoy tan contenta! —Me besó de nuevo sin que supiera cómo comportarme. Estaba completamente fuera de juego, la cabeza me daba vueltas. Embarazada, iba a ser padre ¡No podíamos tener ese bebé! ¡Yo quería a Sarah!

—Creo que deberíamos hablarlo, Brigitte, no nos podemos precipitar, tu carrera no ha terminado de arrancar, eres muy joven y yo, no estoy preparado para ser padre —le dije y me miró horrorizada.

—¿No irás a sugerirme que aborte, verdad? Kenan Mackenzie tienes treinta y cinco años, ¿esperas ser abuelo para estar preparado? —bajó las piernas de mi cintura—. No pienso matar a nuestro hijo Kenan, porque tú creas que no es el momento ideal. Los bebés vienen cuando vienen y el nuestro va a nacer, tenlo bien claro, no voy a renunciar a él. —Estaba hiperventilando cuando su teléfono sonó, ¿cómo iba a salir de esta? Brigitte abrió el bolso, contestó y al momento se puso blanca como el papel, el teléfono se le cayó de las manos impactando contra el suelo. Las rodillas se le doblaron y con suerte pude cogerla.

—Bri ¿qué ocurre? —pregunté, estaba claro que algo le habían dicho que la había dejado en ese estado.

—Es mi padre, ha tenido un infarto, debo ir a Edimburgo ahora mismo — se echó a llorar como una niña pequeña y yo no pude hacer más que abrazarla. «¡Joder! ¿Cómo podían complicarse tanto las cosas en tan poco tiempo?». Tenía la camisa empapada por sus lágrimas, llena de manchas negras por el rímel. Ahora no era el momento de romper con ella, embarazada y con su padre en el hospital. Intenté consolarla como pude—. Kenan, necesito que me lleves a Edimburgo, te necesito. —Estaba desconsolada ¿cómo iba a decirle que no?

—Está bien, déjame que hable con Sarah, mañana tengo un compromiso laboral por la tarde, una sesión de fotos, así que supongo que no habrá problema mientras cumpla y esté aquí para la sesión.

—¿Y qué importa tu estúpida sesión de fotos? ¡Mi padre puede morir! ¡Te necesito Kenan, tengo a tu hijo en mi vientre, voy a ser tu mujer y ahora es cuando debes demostrarme que estás a mi lado! —exclamó, estaba fuera de sí, no podía discutir con ella.

—Tranquila, voy a solucionarlo todo —o por lo menos iba a intentarlo—. Coge tus cosas, avisa a Sind y espérame en la salida, ahora vengo.

Salí en busca de Sarah, estaba todavía en la pista con Cédric. Me disculpé por interrumpirles y la llevé a un rincón del salón. Le expliqué que había surgido una emergencia, que al padre de Bri le había dado un infarto y que necesitaba que la llevara a Edimburgo. Sarah me observaba evaluando si creerme o no, estaba convencido que tenía una ligera duda de si lo que le estaba contando era verdad. No podía decirle que Bri estaba embarazada, así

que me limité a exponerle que no podía dejarla sola ahora, que no era el momento, que aunque fuera a romper con ella, necesitaba mi apoyo en eso. Intenté tranquilizarla diciéndole que llegaría a tiempo para la sesión de fotos.

Era fácil interpretar su rostro, no estaba conforme, no se fiaba de mí, y no la podía culpar, a mí me hubiera ocurrido lo mismo.

—No soy tu madre Kenan, haz lo que creas que debes hacer, pero a las cuatro debes estar aquí, el fotógrafo está pagado y la modelo también —me dijo. Le tomé las manos y asentí.

—Te juro que ya no hay nada entre nosotros, se lo voy a dejar claro, mañana seré un hombre libre para ti —no podía decirle que lo único que me ataba a ella era un bebé creciendo en su vientre, a eso ya llegaríamos en otro momento—, pero no puedo dejarla en la estacada en un momento como este —afirmé y suspiró resignada.

—Por muy mal que me caiga y por mucho que me fastidie, lo entiendo, eres un buen hombre, Kenan, ve con ella.

—Gracias preciosa, te juro que mañana te lo compensaré, voy a hacerte mía me cueste lo que me cueste, voy a pasarme la noche resarciéndote —sentencié. Con aquella afirmación logré arrancarle una sonrisa.

—Anda ve y ten cuidado.

—Lo tendré. —La besé en la mejilla, expresando a través de ese simple beso todas las emociones que me colapsaban. Sarah era como un huracán que me había capturado con sus giros inesperados. Me hacía girar a su alrededor y me arrollaba con su poderosa atracción. Me separé de ella con reticencia, perdiéndome en aquellos maravillosos ojos antes de partir, haciéndoles una promesa que iba más allá de toda palabra, que pudiera ser expresada.

—Ve —y eso fue justamente lo que hice, me fui.

22 CAPÍTULO (SARAH)



asé una noche de perros, por una vez no soñé con mi Kenan Highlander, sino con el Kenan escritor y la HDP de su lo que sea.

P No tenía muy claro en qué punto estábamos y supongo que eso me ponía nerviosa, eso e imaginar a Kenan consolándola, mientras la otra se aprovechaba de la situación.

En mi sueño, la muy hija de su madre me robaba el anillo, no me preguntéis cómo lo hacía, porque el muy bribón estaba atascado en mi dedo y ni untándome en mantequilla, había logrado desatascarlo. En el sueño, o más bien en la pesadilla, ella lo lograba, se lo ponía y se casaba con Kenan, delante de mis narices, diciéndome que él siempre había sido suyo y que yo jamás le tendría. Me desperté sudando y con muy mal cuerpo. Miré el móvil, nada de nada, ni un triste mensaje. Sería mejor no pensar, además tenía la mañana ocupada, sería mejor mantener la mente lejos de él y la arpía.

Había quedado con Cédric para visitar el pueblo con las chicas, íbamos a ir a la tienda de Deidre y Morgana. Sentía mucha curiosidad por aquellas mujeres.

Tras desayunar, nos pusimos ropa cómoda y nos acercamos a Dunvegan, que resultó ser minúsculo, no sé qué esperaba, pero desde luego que aquello no y más, con la cantidad de gente que había acudido a la fiesta la noche anterior. Si esperábamos hacer turismo, lo llevábamos claro.

Dunvegan estaba situado a orillas del lago y curiosamente no era un pueblo sino una ciudad, la ciudad más minúscula del mundo mundial, pues solo estaba formada por cuatro hoteles B&B, una panadería, un restaurante, un zapatero, dos tiendas dónde vendían de todo un poco, una estación de servicio, un garaje, información turística, una tienda de armas, una de pesca y una de frutas y verduras. También tenía un punto de reciclaje y otras instalaciones pequeñas, además de la inusual tienda de las O'Shea.

Eso me hizo pensar, cómo podían subsistir en aquel entorno tan poco fructífero. ¿Para qué iban a comprar flores los turistas? ¿Quién iba a ir a sus reuniones de tuppersex tuppersex? Y lo más importante de todo ¿Cómo subsistían aquellas mujeres, con unos negocios tan peculiares, en un lugar tan pequeño?

Como el resto de edificaciones, la tienda de las O'Sheas, era una casita baja pintada en color blanco. La parte de fuera estaba repleta de flores que

olían de maravilla, enmarcando un cartel en madera natural, con un extraño símbolo celta donde rezaba: *O'Sheas Talamh*

Abrimos la puerta y sonó una campanilla, dentro era una especie de mundo mágico, arrollador. Olía a flores frescas y especias. Lejos de estar destartado, todo estaba en su lugar, en un curioso orden. Como si cada cosa tuviera un sitio exacto y coexistiera con todo lo demás estando en armonía. Me llamó la atención un tapiz que había tras el mostrador, era una especie de Druidesa pelirroja que transmitía mucha calma.

—Ahora salgo —una voz salía tras la cortina, que había puesta a modo de puerta, al lado del tapiz. Al momento Deidre apareció y se quedó quieta, contemplándome de nuevo. Las chicas aguantaron la respiración y nos contemplaban a ambas, como si se tratara de un partido de tenis. Mi doble solo atinó a decir —*Se-Seanmhair* —parecía muy nerviosa.

—Acaba de llamar a Morgana —explicó Cédric a mi oído— *Seanmhair* es abuela en gaélico. Lo que no entiendo es porqué está tan rara, parece muy nerviosa. —La cortina se descorrió y al lado de Didi apareció una mujer menuda de cabellos largos y grises, esta vez la que se congeló fui yo. Conocía ese rostro, lo había visto en mi mente, mientras leía el libro.

—Morag —dije. Aquel nombre me salió del alma, todavía no sé por qué lo dije en voz alta, solo sé, que ella sonrió como si se reconociera en él. Abrió los brazos e inexplicablemente, sentí el impulso de refugiarme en ellos. ¡Era una locura!

—Ven aquí *caileagh*^[6]. —Aquellas palabras retumbaron en mi cabeza, impulsándome hacia delante.

Caminé sin saber muy bien, qué me movía a hacerlo. Mis pies caminaban solos, dando un paso tras otro, hasta colocarme justo en frente.

Tenía un rostro sabio, marcado por las arrugas del tiempo y una mirada dulce, que hablaba de una mujer fuerte, que había tenido que pasar por millones de vicisitudes. Me llegaba justo por debajo del mentón, así que cuando estuve a su altura me agaché, para recibir ese abrazo que tanto ansiaba. En cuanto sus brazos me envolvieron sentí una extraña corriente magnética, una paz interior que me rodeaba en un arrullo mágico.

—Bienvenida a casa Sarah, te estábamos esperando —me dijo. El corazón

me retumbaba en el pecho y los ojos comenzaban a arderme. Me sentía perdida y descontrolada, ¿qué me ocurría? ¡Estaba llorando! Las lágrimas brotaban sin contención, otros brazos me agarraron por detrás y una congoja tan parecida a la mía, se sacudía a mis espaldas. Era Didi, quién me estaba abrazando y lloraba conmigo. Morgana comenzó a decir palabras en gaélico que yo no entendía, pero que se extendían como un bálsamo apaciguador. El único sonido que había en la tienda, era el canto de nuestras lágrimas que estaban siendo calmadas con la voz de la anciana.

Me sentía completamente sincronizada a la mujer que se agarraba a mi espalda, juntas nos sosegamos y cuando lo necesitamos nos separamos buscándonos, la una en los ojos de la otra. Deidre fue la primera en hablar.

—Creímos que habías muerto *piuthar*^[7] —mi aquelarre y Cédric estaban tan alucinados como yo.

—¿Cómo? —pregunté pues no entendía nada.

—En el parto, los médicos nos dijeron que habías muerto con mamá — trató de aclararme pero, ¿de qué me hablaba aquella chiflada?

—Creo que te confundes, yo tengo padres, están vivos y son de Barcelona —le dije y ella me miraba como si nada de lo que dijera le importara.

—Yo también nací en Barcelona, el once de noviembre de hace treinta y dos años. Nuestros padres estaban de viaje, nos adelantamos un mes, por eso nacimos allí. Mamá empezó a encontrarse mal y a sangrar, se le desprendió la placenta, o por lo menos eso fue lo que le dijeron los médicos a nuestro padre. —Tuvieron que provocar el parto, como todo se complicó, le hicieron una cesárea de urgencia. Mamá falleció por una fuerte hemorragia, no pudieron hacer nada por salvarle la vida y nos dijeron, que tú te habías ahogado con el cordón umbilical —me explicó.

Aquello parecía una película de ciencia ficción.

—Pe-pero, es imposible —traté de rebatir. Didi negaba con la cabeza.

—¿No lo ves? ¿No lo sientes? En cuanto te toqué lo supe, nuestra conexión sigue ahí, eres mi gemela —aseguró y casi pude escuchar, cómo todos contenían la respiración, incluida yo. «¿Gemela? ¿De qué demonios hablaba?»

—Em chicas, qué os parece si las dejamos y os invito a tomar un café, mientras aclaran las cosas —intervino Cédric para darnos intimidad, preguntando a mis amigas que estaban tan desencajadas como yo. Marge fue la primera en responder.

—Me parece una idea genial. Sarah, te esperaremos en el bar, no creo que te pierdas, este lugar no es muy grande —comentó y me costó apartar la mirada de Deidre, para fijarme en la de Marge.

—Está bien, creo que necesito aclarar las cosas con ellas —confirmé. Mis chicas asintieron y se marcharon con Cédric, dejándonos a solas.

No sabía cómo debía sentirme o actuar, aquella situación me sobrepasaba.

—Ven con nosotras Sarah, en la trastienda estaremos más cómodas y tranquilas, prepararé unas infusiones para que nos serenemos —me animó Morgana, al tiempo que retiró la cortina y nos invitó a pasar.

Si la tienda tenía ese aire mágico, la trastienda parecía un remix entre Hadalandia y el Señor de los Anillos. Había una mesa con sillas de hierro forjado, estanterías de cristal repletas de runas, piedras, incluso una bola de cristal. También tenía una especie de saloncito con sillones y una mesita de té antigua.

—Poneos cómodas chicas, enseguida regreso. —Morgana desapareció y me quedé con mi doble, sentada al lado.

—Sarah, sé que esto te puede parecer extraño, incluso violento, pero creo que tus padres te compraron —me soltó. ¿Era posible que mis padres hubieran hecho eso? —¿Te pareces a ellos? —negué sin poder decir nada— ¿Tienes hermanos o hermanas? —volví a mover la cabeza negando— ¿Te pareces a alguien de la familia de tus padres? —«No, no, no y no. ¡La maldita respuesta siempre era no!». Por fin pude articular palabra.

—Es que todo esto me parece inverosímil. —Deidre alargó la mano y tomó la mía entre las suyas.

—Lo sé, ¿pero no me digas que no lo notas? ¿Lo sientes Sarah? —Yo era una mujer bastante escéptica, o por lo menos hasta el momento me consideraba así. Pero era cierto, lo sentía. Una extraña electricidad que se desataba por mi cuerpo, cada vez que entrábamos en contacto. No me quedó más que admitir, que algo fuera de lo que conocía hasta ahora ocurría, una extraña carga de

energía que se activaba haciendo que mi cuerpo hormigueara.

—Yo también lo siento —tuve que admitir finalmente. Había oído muchas historias de niños robados, de hecho en Barcelona, se destapó un escándalo justo por ese motivo. ¿Podía ser yo uno de esos niños? Lo cierto es que esa chica era exacta a mí, sin embargo aceptar que Deidre era mi hermana, sería admitir que mi vida había sido una burda mentira durante treinta y dos años. Y si eso era así, ¿en qué lugar dejaba eso a mis padres? ¿Era por eso que no tenía nada en común con ellos? ¿Por eso les sentía tan alejados de mí? ¿Estarían al corriente de que yo era una niña robada o pensarían que se trataba de una adopción legal? «Un momento Sarah, serénate, ¿de verdad te estás planteando que esas mujeres pueden ser tu verdadera familia?». Sí, me lo estaba planteando, aunque en el fondo esperaba que se tratara de un error. Dios se apiadara de mis padres, si me habían arrancado de mi familia.

Morgana apareció con un bonito juego de té y nos ofreció una taza. Tanto Deidre como yo la tomamos a la vez, levantamos el dedo meñique de la mano derecha, soplamos tres veces y bebimos un pequeño sorbo que duró dos segundos, para después dejarla al mismo tiempo. La abuela nos miraba entusiasmada.

—Es asombroso veros interactuar juntas. Mis nietas, por fin —repitió como si no lo creyera todavía— ¿Ves cómo las runas no se equivocaban, Didi? Sarah iba a regresar de entre los muertos, para dar luz a nuestras vidas —Didi la miró alterada.

—¿Cómo quieres que creyera eso, *seanmhair*? Pensaba que estabas perdiendo el juicio con tus predicciones.

—Pues ya ves que no, ella ha regresado a nosotras y lo ha hecho para cumplir con el Karma de Ciara —aseguró. «¿Ciara? ¿Había dicho Ciara?» Porque estaba sentada, que sino, me hubiera caído de culo.

—¿El Karma de Ciara? ¿Qué tipo de broma es esta? ¿A caso han leído el libro de Kenan? Casi me creo toda esta pantomima de la niña robada y las gemelas —exclamé. Morgana entrecerró los ojos.

—¿Libro? ¿Qué libro? —cuestionó. Era imposible que esa mujer, supiera nada de Ciara sin haber leído el libro.

—El que mi editorial vino a presentar, el de mi autor Kenan Mackenzie —le expliqué. Los increíbles ojos azules de aquella mujer se abrieron como

platos.

—¿Estás con Kenan Mackenzie? —preguntó. Me sonrojé involuntariamente como un fresón.

—¿Le conoce? —inquirí. ¿Cómo no iba a conocerle, con el revuelo en las redes que se había generado con mi escritor? Parecía tonta.

—Creo que no del modo que tú crees —me respondió críptica— ¿Qué relación mantienes con Mackenzie? —Aquella era una buena pregunta, no lo sabía ni yo.

—¿Entonces no sabe nada del libro? —la interrogué de nuevo. Ella negó, todo era muy extraño.

—Yo no sé nada del libro, pero tú si sabes de quién te hablo. ¿Verdad?

—Sé que Ciara, es la protagonista de la novela de mi escritor —respondí cauta. Me observó y volví a tener aquella sensación de que me tocaba el alma con sus ojos.

—En el fondo, sabes que no es así, puedo verlo y puedo sentirlo. Es posible que estés perdida, pero ya la sientes en ti desde hace un tiempo. Ya se ha apoderado de tus noches, ¿no es cierto?

—¿Cómo sabe con qué sueño? —demandé y una sonrisa amable curvó sus labios.

—Sé muchas cosas, cosas que a veces parecen incomprensibles. ¿Por qué no te abres a mí Sarah? Yo puedo aclarar tus dudas, ¿qué pierdes? —me dijo. Visto así no perdía nada, estuviera chiflada o no, no importaba, por lo menos podría contar mi historia a alguien, que no me mirara como si estuviera loca de atar. Tal vez hablar con ella fuera lo mejor.

—¿Qué le parece si se lo explico todo desde el principio? —respondí tocándome el anillo, gesto que no le pasó inadvertido a la anciana.

—Creo que es una gran idea —afirmó.

Era extraño, pero me abrí como jamás lo había hecho con nadie, era como si aquella extraña mujer, tuviera el poder de relajarme y que me expresara igual que un libro abierto.

Le relaté cómo había llegado a mí el manuscrito, la historia que contenía,

cómo los sueños se adueñaron de mis noches, lo que sentí cuando vi a Kenan por primera vez y cómo me afectaba, que estuviera prometido con Brigitte. Debo reconocer, que cuando llegué a esa parte, la cara de repulsa de Morgana no tenía desperdicio, supongo que su grado de empatía hacia mí, estaba elevado al mil por mil. Tras hablar de Brigitte, comencé por cómo el viaje había cambiado mi relación con él. Los entuertos en que le había metido, hasta verme comprometida oficialmente con mi escritor. Cuando le expliqué lo de la fiesta de compromiso y como puse al padre de Kenan en su sitio, sonrió sin poder evitarlo. ¿Era orgullo lo que veía en el fondo de sus ojos? Terminé mi historia contándole, muy por encima, nuestros infructuosos encuentros sexuales.

—No vas a poder tener sexo con Kenan, por lo menos plenamente, hasta que no sanéis vuestro Karma —me soltó. Había cogido la tacita y dado un sorbo, para calmar la sed y casi me atraganto, cuando la oí decir eso. Eso era imposible, ¿verdad?

—¿Quiere decir que no voy a poder tener sexo, hasta el fondo con él? —pregunté.

—Justamente, eso es lo que quiero decir. Sarah, eres la reencarnación de tu tátara abuela Ciara y Kenan la de su tátara abuelo. Está claro que la vida os ha reencarnado en este mundo, para que podáis estar de nuevo juntos, para daros una segunda oportunidad. Pero no podréis tenerla, hasta que la Ciara del pasado y el Kenan del pasado arreglen su historia. Hubo mucho amor y mucho dolor entre ellos, pasaron cosas que deben ser solventadas en el pasado, para que haya un futuro —empezó a explicarme. Me encontraba completamente perdida, estaba claro que aquella mujer se había fumado algo o le metía setas alucinógenas al té. ¿Cómo iba a arreglar el pasado?—. No me mires así Sarah, recuerdas cómo me llamaste cuando me viste.

—Morag —repetí.

—Exacto, yo también me reencarné, incluso tu hermana no nata —dijo abriendo la palma de la mano, mostrando a Didi—. En el pasado, Didi falleció en el parto de vuestra madre y en esta vida, el Karma cambió, no se llevó a Didi, sino que se te llevó a ti, le debía una segunda oportunidad a tu hermana y ella debe aprender a perdonar a la vida, por no haberle dado la oportunidad de existir. —Estaba claro que me sentía superada.

—Todo esto es una locura —declaré.

—Sé que puede parecerlo, pero no lo es. Soy capaz de demostrarte, que eres una O'Shea. Nosotras somos descendientes directas de la diosa celta Dea Dana, la más fuerte del panteón Celta, sobre todo por una cosa. Dea Dana representaba una triada o lo que es igual, una triple diosa —Morgana se levantó y me acercó una carta, con una imagen donde aparecían tres mujeres.

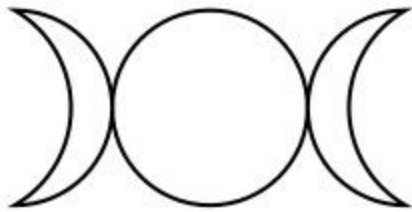


—Esta es la representación de la Tríada: una diosa mujer, que es Dana, como madre y símbolo de fertilidad. Otra diosa muchacha, Brigida que es el símbolo del amor y la juventud. Y por último una diosa anciana, Anu que representa el misterio de la muerte y la trascendencia. Las tres tienen en común su carácter benevolente y dadivoso —explicó y me quedé mirando fijamente la carta, aquella mujer era muy parecida a Deidre y a mí. Morgana prosiguió —Dea Dana, en el grupo de dioses celtas, era considerada la diosa de la fertilidad, incluso fue madre de muchos dioses. En nuestro caso, una de sus hijas fue la primera Druidesa de Irlanda. Era una mujer muy poderosa, fue traspasando su legado saltándose siempre una generación. El poder pasaba de abuelas a nietas, así que vosotras dos, deberéis seguir con el legado —afirmó. Definitivamente esa mujer se había fumado algo. Supongo que intuyó mi incredulidad, cuando le pidió a Deidre que se pusiera en pie y me mostrara su marca de nacimiento, la marca de las O’Shea. Ahí las había pillado, yo no tenía ninguna marca, conocía mi cuerpo a la perfección.

Didi, ni corta ni perezosa, se alzó, se levantó la falda, se bajó las bragas y me puso el ojeté en plena cara para que se lo viera bien... ¿En serio? ¿Qué

persona sin conocerte te muestra el ojete del culo? Vaya, no conociéndote, a parte de los hombres con los que me he acostado, creo que solo me lo han visto para depilármelo, en el salón de David. Casi salgo huyendo al ver el sonrosado agujero frente a mí. Pero entonces Morgana me pidió que me fijara bien, a los dos lados del ano había dos pequeñas rojeces simétricas, en forma de media luna. La verdad, es que nunca me había mirado tan fijamente para ver si la luna salía por allí.

Según ella todas las O'Shea teníamos esas medias lunas rojizas en aquel lugar tan oculto, esas dos marcas juntamente con la sonrosada abertura formaban el símbolo de la tríada.



—¿Quieres vértelo y asegurarte? ¿Te traigo un espejo? ¿O quieres que te muestre el mío también? —me preguntó. Lo que menos me apetecía en ese momento, era ver el culo de la anciana o mostrar el mío propio.

—¡NO! —grité. Había tenido suficiente, miré mi reloj, habían pasado más de dos horas desde que mis amigas y Cédric habían salido por la puerta—. Creo que han sido demasiadas cosas en un día —comenté. Por suerte, Didi se subió las bragas y se incorporó con presteza.

—Sarah tiene razón abuela, la hemos avasallado demasiado, necesita tiempo para aceptar quién es, asumir todo lo que le hemos contado y cerciorarse de que es verdad. Necesita su espacio —declaró Didi. Morgana no las tenía todas consigo, pero aceptó.

—Está bien, si lo necesitas márchate ahora, pero vuelve Sarah, tendremos las respuestas que buscas. Somos tu familia, nuestro poder va más allá de lo que puedas imaginar y necesitas adaptarte a ello, a tu nuevo yo —me comentó. Me levanté del sofá precipitadamente. Morgana me tomó de la mano—. Si te suceden cosas extrañas no te asustes, el poder está en tu interior, igual que está en nosotras, aunque pasen siglos somos capaces de reconocernos, estemos donde estemos, en el lugar y época en el que viajemos. Si alguna vez, alguna O’Shea duda, siempre podemos mostrar nuestra marca —expresó. «¡Claro, como que iba a ir enseñando mi ojete a todo el mundo!» «Aunque después de haber enseñado las tetas en el pub, era lo único que les faltaba ver de mí, la cara oculta de la luna».

—Muchas gracias por todo, de verdad —les dije a modo de despedida—, pero ahora me tengo que marchar, mis amigas deben estar preocupadas.

—Por supuesto —Didi y Morgana me acompañaron hasta la salida— te esperaremos aquí Sarah, tómate tu tiempo. —Ambas me besaron y yo salí sin saber dónde tenía los pies, la cabeza o el ojete.

23 CAPÍTULO (SARAH)



Llegué a la cafetería sin apenas sostenerme en pie. Ocho pares de ojos se clavaron en mí y con presteza, sentí los brazos de Cédric sostenerme. No me había dado cuenta que estaba al borde del desmayo, hasta que noté como me rodeaban sus brazos. ¿Cuándo se había levantado?

—Sarah, ¿estás bien? —me preguntó Mar preocupada.

—Creo que después de esto, necesito ir al castillo, ha sido demasiado intenso —respondí. Cédric me ayudó a que me sentara en una silla.

—Voy a pagar y nos marchamos, no te preocupes de nada, yo me encargo de todo —aseguró. Lo cierto era que, por una vez, necesitaba que cuidaran de mí.

En el viaje de regreso apenas hablé, no estaba preparada para decir nada. ¿Qué les contaba? ¿Qué era una niña robada? ¿Qué aquellas mujeres decían ser mi abuela y mi hermana? ¿Qué era la reencarnación de mi tátara abuela? ¿Qué según ellas tenía una marca en el ojete que me convertía en una O'Shea?

En cuanto llegamos me fui a la habitación, les pedí espacio pues no sabía cómo gestionar todo aquello, mi cabeza no dejaba de martillar imaginando que lo que me habían dicho podía llegar a ser real. ¿Qué hacía? ¿Llamaba a mis padres? ¿Les pedía mi partida de nacimiento? Estaba echa un lío.

Cogí el teléfono y fijé la vista en la pantalla. Nunca había sentido aquella desprotección, la sensación de no saber quién era o si mi vida, estaba formada por un frágil castillo de naipes, al cual alguien había quitado una carta y comenzaba a desmoronarse. Solo quería que Kenan estuviera conmigo, que me abrazara, me consolara y me dijera que todo iba a salir bien. No tenía mensajes o llamadas en el móvil, pero era tal mi necesidad, que no me importó ser yo la que diera el primer paso.

En cuanto puse el aparato en mi oído, escuché el mensaje que más odiaba. El teléfono estaba apagado o fuera de cobertura en aquel momento y eso, solo hizo que me planteara, qué estaría haciendo con Brigitte.

Sabía que no tenía por qué dudar, que eran aquellos celos irracionales los que nublaban mi mente, pero es que nunca había sentido algo tan fuerte por alguien. ¿Tendrían razón aquel par de chaladas y me sentía así con Kenan, porque era el amor de mi vida? ¿Kenan y yo, siempre nos habíamos pertenecido? De ser así, era lógico que sintiera aquella extraña conexión desde el momento en que le vi. «Tonterías», me reprendí.

«¿Desde cuándo creía en la reencarnación?», jamás había creído en aquel tipo de subterfugios y no iba a empezar ahora, ¿o tal vez sí? Solo podía hacer una cosa al respecto para aclarar mis dudas, por absurda que pudiera parecer..

Me levanté, fui al tocador, me bajé las bragas y los pantalones, rezando para no ver la marca en mi trasero. Con la iluminación de la habitación, no veía bien, así que solo se me ocurrió una cosa, cogí el teléfono en modo selfie y le hice una foto a la cara oculta de la luna. Nunca había sentido tantos nervios, supongo que eran parecidos a los que siente una mujer, que cree estar embarazada, al comprobar el test de embarazo.

Me vestí de nuevo y me senté en la cama, temerosa de lo que pudiera encontrar, dispuesta a ver “la prueba de la verdad”, tomé el teléfono y alguien llamó inoportunamente a la puerta. Aunque solté un suspiro de alivio, era tal la tensión, que prefería ser interrumpida antes de ver lo que la imagen me desvelaría. Dejé el móvil sobre la cama y fui a abrir. Al otro lado estaba Jud,

con mirada de preocupación.

—¿Me dejas entrar? —preguntó. Estaba claro que le inquietaba lo que había sucedido, lo sabía por esa arruguita que se curvaba en su ceño, era la misma que le aparecía cuando se atascaba en una portada o en algún proyecto que la llevaba de cabeza.

—¿Puedo evitar que entres? —contesté. Sabía la respuesta, era tremendamente persistente, así que si le decía que se largara, me tocaría hablar con ella tarde o temprano. Me dedicó una sonrisa de las suyas y entró.

—No voy a preguntarte cómo estás, porque por tu cara lo intuyo, pero si quieres contarme cualquier cosa, sabes que no voy a juzgarte y que no voy a soltar prenda de lo que quieras revelarme. —Caminó hasta la cama y se sentó, justo encima de mi móvil— ¡Mierda! —exclamó sacándolo de debajo de su cachete y mirando la pantalla— Acabo de clavarme tu... ¿Qué es eso? —inquirió con los ojos que se le salían de las cuencas, al contemplar la foto de mi culo. Creo que era la única parte que no había visto de mi anatomía.

—¿Qué crees que es? —pregunté. «¿Las cosas podían ir a peor?»

—Parece un ojete —respondió tajante mientras me sentaba a su lado.

—Pues eso es exactamente lo que es, un ojete —afirmé y me miró sorprendida.

—No conocía esa faceta tuya de hacerle selfies a tu culo, ¿es algún tipo de fetichismo?

—Obviamente, no —le quité el teléfono, aunque al principio se resistió— ¡Quieres dejar de mirarme el ojete! —exclamé y ella soltó una carcajada.

—¿Qué te ha llevado a fotografiarte ahí? ¿Es porque crees que las cosas te van como el culo o algo así? ¿O eres como ese pitoniso... cómo se llama...? ¡Ah sí! El maestro Joao, el que dice poder predecir el futuro leyéndote el culo —comentó y resoplé. ¿De verdad Jud creía que yo podía pensar que alguien adivinaría mi futuro mirándome ahí?—. Créeme, por muy bonito que sea tu trasero no va a aclararte nada —sentenció. Esta vez la que reí fui yo, si ella supiera...

—Pues creo que te equivocas —dije. Estaba lista, clavé los ojos en la pantalla, dispuesta a encontrar cualquier indicio que me llevara a la verdad. La miré con fijeza, no estaba sorprendida por lo que revelaba la fotografía,

ellas ya me lo habían advertido.

—¿A qué te refieres? —preguntó Jud, que me miraba sin saber por qué le decía que se equivocaba.

—Fíjate en esto —declaré y le enseñé la marca de las O’Shea. Le expliqué todo lo que me habían revelado aquellas mujeres, una vez terminé su cara de asombro, había mutado a otra de estupor.

—¿Me estás diciendo, que según ellas, eres tu tática abuela reencarnada? ¿Kenan, también es su tática abuelo, estáis predestinados y encima eres una niña robada con poderes mágicos? —cuestionó y a cada pregunta por absurda que pareciera, no podía dejar de asentir. Jud se agitaba cada vez más—. No puedo creerlo, ¿en serio crees tener una marca planetaria en el culo, que te hace ser descendiente de una diosa? ¿Crees que si fuera así, ella hubiera decidido que el mejor sitio para ocultar su marca, sería tu esfínter? —Asentí de nuevo— ¡Vamos, no me jodas Sarah! ¿Te creíste todo eso? ¿Tú que eres miss racional?

—¡Pero es que ellas también tienen la marca! —exclamé. Jud parecía escandalizada

—¿Te enseñaron el culo? —inquirió y me encogí de hombros— ¡Joder Sarah! ¿En serio que no se les ocurrió otra cosa que enseñarte el culo para demostrar que eras de su familia? ¿Qué tipo de personas encuentran a su familiar que creen robado y le enseñan el ojete, para demostrarle que es pariente suyo?

—Sé que parece una locura, de hecho lo es sin embargo, no sé cómo darle explicación a todo esto —proferí, estirándome hacia atrás contemplando el techo. Jud me imitó dejándose caer sobre la cama.

—Creo que deberías hablar con tus padres para salir de dudas —dijo y giré la cabeza hacia ella.

—Si mis padres me robaron, dudo que me cuenten la verdad.

—¿Y si no te robaron? ¿Por qué les das credibilidad, a dos mujeres que acabas de conocer y que te llenan la cabeza de historias para no dormir? Si te hubieran dicho que eres mitad mujer, mitad unicornio y que ese grano que tienes en la frente es tu cuerno mágico, ¿también las hubieras creído? —me interrogó.

—¿Qué grano? —dije y me llevé la mano a la frente, palpando por si me había salido algún bulto que no hubiera visto.

—¿Lo ves? ¡No tienes nada! Pero ya te estabas tocando... —exclamó un tanto exasperada, yo ya no sabía dónde tenía los pies o la cabeza. Intenté racionalizar las cosas y darle respuestas a Jud, que no pasaran por ser una mujer reencarnada o descendiente de una diosa.

—No es por el motivo que crees, es que todo esto me sobrepasa y no sé, cómo comprobar las cosas sin pasar por ellos.

—Está bien, si no quieres hablar con tus padres, habrá que buscar otra solución. Pensemos —nos quedamos unos instantes calladas hasta que chasquéó los dedos—. ¿Tienes algún amigo en la policía? Tal vez puedan investigar sobre tu nacimiento, ellos tienen contactos y pueden saber todo lo que quieran, moviendo hilos. —La única persona que me vino a la mente fue Suzane, la hermana de Kenan.

—Puede que conozca a alguien —observé.

—Pues llama a ese alguien, no le expliques lo de ese par de taradas, solo que tienes la sospecha de ser una niña robada y que tu verdadera familia es escocesa y no española. Ellos pueden averiguar cosas que nos acerquen a la verdad, otra manera sería que te hicieras un test genético, pero dudo que en este pueblecito, mini ciudad o lo que sea, te lo puedan realizar —comentó. Era cierto, allí era imposible hacerse ese tipo de pruebas, aunque no lo descartaba—. Por mi parte, si me das permiso, hablaré con mi amiga Ana, tiene unas amistades muy influyentes, tal vez puedan averiguar algo de un modo discreto —me aseguró. ¿Qué podía perder? Necesitaba aclarar mis dudas como fuera.

—Está bien, llámala, yo también llamaré a Suzane —contesté y al escuchar el nombre, me miró con desconcierto.

—¿Quién es Suzane? No la habías nombrado nunca. —Sonreí imaginando a Jud viendo a Suzane, seguro que le fascinaba.

—Es la hermana de Kenan, es policía —le aclaré y por el brillo de su mirada, supe que le interesaba.

—¿Lleva porra y esposas? —inquirió. Su mente de ama de BDSM ya estaba haciendo de las suyas, sabía qué le estaba rondando en aquel preciso instante.

—A la pregunta que te está pasando por la mente, la respuesta es sí, te gustaría —le manifesté y me miró con sorpresa.

—Al final, sí que voy a creer que eres pitonisa.

—Pero tú ya tienes pareja, así que olvídate de Suzane, además, no sé si le gustan las mujeres y a Queen Mary, no le haría gracia que te acostaras con otra sin estar ella presente —le aclaré y tomé el teléfono dispuesta a llamarla.

—Eso es cierto —reconoció—. Tal vez pueda llamarla, que pida unos días de permiso y se una a la fiesta.

—Ni se te ocurra —la regañé—. No olvides que estamos aquí por trabajo.

—Sí jefa —asintió, como si la estuviera regañando. Miró el reloj de su muñeca— Es tarde Sarah, deben estar esperándonos para comer, haz tu llamada que yo haré la mía y nos vemos abajo. ¿Te parece bien?

—Me parece perfecto —la atraje hacia mí y la abracé—. Gracias Jud, por estar siempre ahí.

—Mmmmm, —dijo ella regodeándose en el abrazo— En este momento soy más feliz, que la caca del WhatsApp. Nena qué buena estás —exclamó apretándose contra mí.

—¡Para, cochina! —le pedí, pues se estaba restregando como una perrilla en celo. Y yo me moría de la risa.

—¿Crees que puedes abrazarme de esa manera, enseñarme tu bonito trasero y que yo no reaccione?

—No me van las mujeres, ya lo sabes.

—Nunca has estado con una para juzgar —alegó. Entrecerró los ojos y me miró la boca.

—Estar sin sexo, te está afectando al cerebro, además creo que en este viaje he engordado unos kilos —aseguré, ella acercó la boca a mi oído.

—Preciosa, tu no engordas, dilatas y de un modo terriblemente delicioso. Dan ganas de comerte enterita —me susurró y yo la aparté con delicadeza.

—Anda que eres más burra...

—Además, si alguna vez algún tío te dice que tienes kilos de más, siempre puedes decirle que son justo los que le faltan a él, pero de cerebro —me soltó.

Jud tenía la virtud de levantar el ánimo a cualquiera con sus ocurrencias, la acompañé hasta la puerta.

—Eres un amor, Queen Mary no sabe la suerte que tiene de tenerte como pareja.

—Eso díselo en la próxima cena, seguro que te regala la lista de todos mis defectos —aseguró, me dio un suave pico y salió.

—No tardes, yo tampoco lo haré —me despedí.

Era una suerte, contar con aquellas mujeres tan especiales en mi vida. Sabía que eran mucho más que amigas o trabajadoras. Nos unía algo mucho más fuerte e inquebrantable, un lazo que perduraría siempre, por muchas cosas que nos ocurrieran, invariablemente estaríamos ahí, las unas para las otras. Si en algún momento podía creer en la magia, era justo en ese, pero no en una de polvos o hechizos, sino una más real, la magia del amor, ese sentimiento tan poderoso y profundo que me había regalado unas mujeres fascinantes, con las que sabía podía contar, ocurriera lo que me ocurriera.

Hablé con Suzane, en mi estancia en Stirling nos habíamos intercambiado los teléfonos. Le pedí máxima discreción, pues Kenan no estaba al corriente de nada y tampoco quería alertarlo por una tontería, si después de todo, resultaba ser una mentira, no había necesidad de contar nada.

Justo acabábamos de comer, cuando escuchamos un motor. Estaba nerviosa porque faltaba menos de media hora para la sesión de fotos y Kenan no daba señales de vida. Salimos al exterior, yo esperanzada por que se tratara de mi escritor, pero no era él, sino el fotógrafo y su equipo que habían llegado.

Saludé a Denis, era la primera vez que le veía, aunque no su trabajo. Era un prestigioso fotógrafo internacional afincado en Barcelona, había hecho muchas exposiciones que le habían ido encumbrando, ganando cada vez más fama y prestigio. Era tan pelirrojo como yo, con una sonrisa amable y pegadiza. Aunque no me costó detectar que algo le turbaba. En cuanto le saludé, supe que algo iba mal.

—¿Qué ocurre Denis?

—Lo lamento de verdad señorita Alcántara, no sé cómo contárselo, pero mejor hacerlo rápido y sin anestesia, ha sido imposible traer a Heather —me dijo. Heather, era la modelo curvy que habíamos elegido para hacer de Ciara

junto a Kenan.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado? —pregunté. Sin modelo no habían fotos y sin ellas, adiós a la campaña, la mía y la del patronato de turismo.

—Un cólico nefrítico, está ingresada en el hospital, he hecho lo imposible, se lo juro, pero es muy difícil encontrar una mujer pelirroja, de ojos azules, sensual y que sea modelo, de hoy para hoy —aquello era desesperante—. Además, la tenía que conseguir para hoy, mañana vuelo a Hong Kong para la sesión de fotos de la campaña de Ojos de Dragón y no puedo retrasar el vuelo. Lo lamento tanto —me explicó con dramatismo, pero es que no era para menos, la cosa no podía ir peor.

—¿Tenéis el vestuario aquí de la modelo? —preguntó Marge solícita.

—¡Claro! ¡Lo tenemos todo!

—¡Todo menos lo más importante! —rezongué. Denis miró el suelo cabizbajo.

—La modelo la podemos poner nosotras —sentenció Marge, la miré confundida.

—¿Ah sí? Ilumínanos, ¿Y de dónde la sacamos?

—La tengo justo en frente —me miraba abiertamente. «¿No estaría sugiriendo que fuera yo?». Aquella sonrisilla la delataba.

—¡Ah, no, eso sí que no! —exclamé. Los ojos del fotógrafo denotaban fascinación, tenía esa mirada que ponen cuando están estudiando algo, para sacar el mayor partido a la imagen. Jud, Mar y Marge, me rodearon.

—Sarah, eres perfecta para hacer de Ciara —decía Mar. Si ella supiera...

—Además, ya te ha visto las tetas toda Escocia, ¿qué más te da salir en unas fotos artísticas? —reflexionó Jud, cuyas apreciaciones eran de lo peor

—¿Vas a ser capaz de fastidiar la campaña y la del patronato, por no querer salir en unas fotos? ¡Tenemos que salvar el culo a la editorial y a Escocia! ¡Si no lo haces por nosotras, hazlo por los escoceses! —Estaba aturdida por todo el avasallamiento que estaba cayendo sobre mí. Las tres más el fotógrafo, comenzaron a darme mil y un motivos por los cuales, que yo posara, era la mejor solución. Apenas estaba sin fuerzas, la cabeza me iba a estallar.

—¡Está bien! —grité, más por silenciarlos que por otro motivo—. ¡Si os calláis y dejáis de taladrarme el cerebro, me convertiré en Ciara para las dichas fotos! ¡Pero tampoco tenemos modelo masculino, Kenan no está aquí! —clamé. Una voz se abrió paso entre nosotros.

—¿Quién ha dicho que no, jefa? —«¡Era su voz, había venido!». Todos se apartaron mostrando al hombre que me quitaba la respiración, mantenía una postura socarrona. Me hubiera encantado correr, saltar a sus brazos y enterrar mi nariz en su cuello para aspirar con fuerza. Quería que él me rodeara, me cargara en sus fuertes brazos y me hiciera suya de una vez por todas, no quería las malditas fotos, quería alejarme de todo y de todos, y por encima de todo, quería acostarme con él. Morgana podía decir lo que quisiera pero de hoy no pasaba.

—¡OMG! —exclamó Denis al ver a Kenan— ¡Es perfecto! Tan oscuro, tan sexy, tan fuerte... —el fotógrafo daba vueltas alrededor de Kenan y de tanto en cuanto le iba toqueteando—. ¡Va a ser una sesión fabulosa! ¡Rápido! —gritó a su equipo— Necesito que les vistáis, peinéis y maquilléis, vamos tarde y hay que aprovechar la luz.

Estaba terriblemente nerviosa por todo aquello, volvimos al interior del castillo donde me vistieron como una simple aldeana escocesa, no llevaba ropa interior, solo una camisola blanca, una blusa del mismo color y una falda de gruesa lana azul. No me pusieron zapatos y me alborotaron el pelo, querían mostrar la naturalidad salvaje de Ciara. Apenas me maquillaron, lo justo para tapar imperfecciones y listo.

Cuando volví al exterior, Kenan estaba esperándome y casi muero de la impresión. ¡Joder! Si de escritor estaba sexy, con el kilt y sin camisa era un espectáculo. Era el sueño erótico de cualquier mujer, ¡y encima yo sin bragas! Las trabajadoras de Denis, salivaban como ancianas sin dentadura y el fotógrafo, no paraba de magrearlo sin complejos. Sabía que era gay, pero me daba exactamente lo mismo, Kenan era mío, solo podía sobarle yo.

Nuestros ojos se encontraron y sentí como me atravesaba la cálida corriente de su mirada.

—Estás preciosa Ciara —Me quedé sin aire, acababa de llamarme Ciara, ¿sabría algo de lo ocurrido por la mañana?

—¿C-cómo me has llamado? —le pregunté. El labio me temblaba.

—Ciara, acaso no eres ella en esta sesión —contestó y los pulmones me ardían de tanto contener el aire.

—Sí, claro —respondí—. Tú tampoco estás mal, aunque demasiado desnudo para mi gusto.

—Y demasiado vestido para el mío —soltó Denis sin pelos en la lengua —, pero eso no es lo importante ahora, vamos a representar las escenas que más llamaron mi atención del libro, así que espero que no sean pudorosos — comentó y lo miré de reojo.

—¿Qué quieres decir? —Él me sonrió tranquilizador.

—Lo mismo que está imaginando señorita Alcántara, pero no sufra, soy experto en desnudos, hice una exposición en Barcelona que fue todo un éxito. Cuando toque esa parte, me quedaré solo con ambos. ¿Os puedo tutear? Necesito crear cierto clima de seguridad y complicidad —ambos asentimos—. Tranquilos, no os pediré más de lo que estéis dispuestos a dar y las fotografías serán artísticas—. «¿Fotos desnuda? ¿Ese hombre tenía el cerebro licuado?»—. No sufras Sarah, nadie te reconocerá. —¿Qué no sufriera? ¡Ese hombre estaba loco! ¿Fotos eróticas con Kenan? ¿Sabía lo que me estaba pidiendo? ¡Ay virgencita de la Candelaria!

—Vamos jefa, seguro que lo disfrutamos —me dijo Kenan, le miré entre mis pestañas.

—Tú, seguro —escupí. Hacer fotos subidas de tono no era algo que me apeteciera sobremanera, otra cosa era tirármelo, eso lo estaba deseando.

—No lo dudes —replicó. Su mirada ardía y mi cuerpo también.

—¡Bravo! ¡Esa es la actitud! La química entre vosotros es innegable, vamos que se nos hace tarde.

Durante la sesión me sentí más cómoda de lo que pensaba, las más sencillas fueron las del principio, Kenan en diferentes puntos del castillo y yo en los jardines. En el siglo XIII no existían, formaban parte del antiguo bosque que circundaba el castillo. Todavía quedaba una pequeña casa de piedra, por su localización supusimos que era la vivienda de Morag y Ciara. En cuanto toqué la piedra de aquel lugar, mi mente comenzó a recibir flashes. Veía su interior, como debió ser en la antigüedad. Reconocí el lugar donde Morag preparaba sus ungüentos y brebajes, dónde estaban situados los camastros,

todo acudía a mí con la fuerza de un torrente. Me costó sobreponerme.

—¿Estás bien? —me preguntó Denis.

—Em, sí, ha sido un ligero mareo —me excusé. No podía decirle que estaba teniendo un Déjà vu, o algo parecido.

—Ya tengo las fotos necesarias, ahora ha oscurecido y es el momento de vuestra sesión conmigo, despediré al equipo y nos quedaremos solos. ¿De acuerdo?

—Por mí, no hay problema. —¿Qué problema iba a tener Kenan? ¡El problema lo tenía yo!

—¿Sarah? —me preguntó y puse los ojos en blanco.

—Si no hay más remedio...

—¡Genial! Vamos a reproducir la escena del bosque, cuando Ciara está haciendo el ritual de la lluvia y ellos se conocen.

—¿Cómo? —cuestioné, eso sí que no lo esperaba.

—¿Es que no has leído el libro? ¿Necesitas que te refresque la memoria, Sarah? —Kenan iba de gracioso y yo solo quería darle un puñetazo en todo el abdomen, para que dejara de reírse de mí.

—¡Pues claro que recuerdo la escena!

—Entonces, Kenan y yo te esperamos fuera, quítate toda la ropa Sarah.

«¡Madre mía, madre mía, madre mía, en menudo follón me había metido!». «Recordaba toda la maldita escena. La inocente Ciara recogiendo flores en pelotas y dando saltitos, mientras Kenan la miraba agazapado entre las sombras. Solo que yo no era ella, no tenía dieciséis años y la ley de la gravedad, comenzaba a pasar factura en mi anatomía, como para ir dando botes a lo Porno-Caperucita». Ambos salieron de la casita de la abuelita, estaba claro que la historia era muy distinta a la del cuento. El lobo no se comía a la abuelita, directamente se follaba a Caperucita en el estanque. Esa parte quizás si me gustaba de aquella versión, pero que el cazador fuera fotógrafo, no tanto. Además, ¿cómo íbamos a follar con el fotógrafo delante? Sentí el morbo de la situación, era tal mi anhelo por Kenan que me creía capaz de hacerlo.

Fuera como fuese, estaba de barro hasta las orejas, así que solo quedaba hacer de tripas corazón y hacer la idiota un buen rato.

Me desnudé por completo, temerosa y acongojada, por lo que aquellos hombres pudieran pensar. Sabía que mis miedos, los estereotipos de una sociedad que marcaba que las curvas como las mías no eran bonitas y una madre obsesionada por la delgadez, me estaban jugando una mala pasada. «Vamos Sarah, ya superamos todo eso en el pasado con Montoya, recuerda sus sesiones, eres una mujer fuerte, hermosa e independiente. Con un culo grande, unos muslos generosos y un busto XXL, que vuelve loco a muchos hombres. Está claro que no estaba tieso y almidonado como uno de silicona, pero es muy apetecible, ningún amante se ha quejado o mostrado objeciones al respecto». Lo que se veía era lo que había, y si no les gustaba, dos piedras.

—¡Sarah! ¿Estás lista? —gritó la voz de Denis desde el exterior.

—Sí —le respondí sin salir.

—Muy bien, Kenan está oculto en el bosque, así que ahora métete en el papel de Ciara y haz lo que tienes que hacer, sé libre Sarah, disfruta. Ciara era una alma pura, brillante y sin complejos. Piensa en ello y libérate —me animó.

Muy bien, me liberaría. Respiré hondo e intenté sentirme Ciara, la auténtica, la original, no un burdo reflejo del personaje. Pensé cómo sería y se comportaría, al fin y al cabo había leído el personaje, solo debía concentrarme, mimetizarme y recordar las clases de interpretación del instituto. Mi cuerpo hormigueaba, cosquilleaba con una emoción difícil de explicar, era como si la sintiera, por primera vez en mí, como si las dos fuéramos una. Abrí los ojos, sintiéndome una nueva versión de mí misma. Prepárate Kenan, Ciara ha vuelto.

24 CAPÍTULO (SARAH)



Salí de la casa con todo el coraje que logré almacenar en mi interior, intenté ser aquella muchacha inocente y despreocupada, que iba saltando y cantando desnuda, recogiendo flores con el dedo meñique, mientras tarareaba una canción. Pero a diferencia de ella, yo no me sentía así, no podía dejar de pensar en mis pechos rebotando sobre mi abdomen, las loras que se verían en las fotos al agacharme y el ridículo más absoluto que estaría haciendo. Intenté canalizar todos aquellos sentimientos

negativos y que no se notaran. Denis no hablaba, ni siquiera escuchaba el clic del obturador, lo peor de todo era que sentía la caliente mirada de Kenan recorriéndome por entero, sin saber desde dónde me observaba. ¿Eso fue lo que sentiría Ciara? El repertorio de canciones se me terminó y la única que me venía en mente, era la de los San Fermín... Total daba igual, en las fotos no se iba a escuchar lo que cantara...

*Uno de enero, dos de febrero,
tres de marzo, cuatro de abril,
cinco de mayo, seis de junio,
siete de julio, San Fermín.*

Esperaba que el pobre San Fermín no estuviera escuchando o viendo para qué usaba su canción.

*A Pamplona hemos de ir,
con una media, con una media.
A Pamplona hemos de ir,
con una media y un calcetín.*

Madre del amor hermoso, al tararear la última frase me imaginé de esa guisa, si ya era malo ver a alguien desnudo con dos calcetines, imagina a alguien con una cosa de cada, intentando hacer un ridículo ritual. ¿Dónde narices estaba el maldito lago? Todavía no había llegado y estaba atacada, así que eso, se reflejó en mi siguiente canción, que no fue otra que mi primera canción de la guardería.

*Sol solet, vine'm a veure,
vinem a veure.
Sol solet, vine'm a veure
que tinc fred.*

Era la típica canción catalana que enseñan a todos los niños, supongo que me vino a la mente al ver mis pezones de punta, en ella se llamaba al sol para que saliera y te quitara el frío. La canción funcionó, supongo que fue cosa de San Fermín, que agradecido por cambiar de canción, me premió con aquel remanso de agua que se desplegaba ante mis ojos. En cuanto vi la hermosa

cascada, que descendía entre las rocas, para caer al lago, una alegría inusitada me embriagó, por fin podría cubrirme aunque fuera de agua.

Antes de entrar pensé en toda la escena, Ciara entraba desnuda de espaldas, se sumergía bajo el agua y cuando salía, Kenan la miraba fijamente. «Muy bien Sarah, vamos a ello».

Entré despacio, el agua estaba helada, pero con el calor que tenía con tanto brinco, me iba a ir de maravilla. No quería pensar en los peces ni en los bichos que habría bajo mis pies, si pensaba en eso no entraría en la vida. Para esas cosas era muy escrupulosa. Caminé hacia atrás hasta que el agua me llegó al muslo y una vez ahí, me sumergí, esperando ver a mi escritor una vez emergiera. Bajo el agua, visualicé al Highlander que me poseía todas las noches, aquel que había convertido mi cama en puro fuego, deseando estar en el infierno de sus brazos, una y otra vez. Aquel que me hacía temblar de puro éxtasis.

Cuando salí del agua, Kenan estaba allí. ¡Oh Dios mío! Le habían caracterizado de un modo increíble para la escena.

Su barba estaba más espesa, al igual que su ceño, el bello del pecho era algo más denso y una increíble cicatriz lo cruzaba. ¡Parecía tan real! Los maquillajes de caracterización que se usaban hoy en día eran increíbles. Recorrí todo su cuerpo sin dejar un solo retal, para mi sorpresa a él parecía no importarle que nos estuvieran fotografiando. Tenía una erección de caballo que me complació en sobremanera.

Al parecer Porno-Caperucita era del agrado del Lobo Feroz, parecía que me fuera a hincar el diente en cualquier momento y yo tenía tantas ganas de ser devorada, le sonreí incitante.

—Buenas noches, *nymph* —se dirigió a mí. Sonreí al oír aquel sobrenombre, era el mismo que había usado en el libro. Mi memoria era excelente y si el diálogo me gustaba, hacía falta que lo leyera una sola vez para recordarlo por completo. Al parecer Kenan quería jugar recreando la situación, tal vez fuera lo mejor, tomarlo como un juego, si él quería jugar, jugaríamos. Me mordí el labio.

—Buenas noches, señor —contesté. Él seguía engulléndome con los ojos y eso me hacía sentir poderosa. ¿Dónde se habría metido Denis? Con lo mandón que había sido durante la sesión, no entendía cómo podía ser, que ahora no

dijera nada... ¿Nos estaría dando intimidad? Tal vez era así como funcionaba la fotografía erótica.

—Disculpad que interrumpiera vuestro baño, pero no pude evitar contemplaros, mientras danzabais y cantabais. Yo venía al mismo lugar que vos, así que espero que no os importe compartir el baño conmigo. —«Vaya, al parecer no era la única que se sabía el diálogo de memoria». «¿Importarme, cómo iba a importarme estar en el agua desnuda con aquel hombre? Lo que quería era arrojarme de una vez por todas encima de él».

—No me molesta que disfrutéis del agua como yo, la naturaleza está para compartirla, mi señor —coqueteé con él agitando las pestañas.

—¿A quién dedicabais esa hermosa canción, preciosa? ¿A vuestro amor, tal vez? —No pude evitar reír. Madre mía ¿estaba de broma, no? O eso o estaba sordo como una tapia... Tal vez se limitaba a seguir el diálogo para dar veracidad a la escena, así que no quise salirme demasiado del guion.

—Yo no tengo amor señor o por lo menos, no del que parece que os interese —respondí y entrecerré los ojos. ¡Chúpate esa Kenan! Tendrás que currártelo, si quieres tener algo conmigo y más después de haber estado toda la noche con Brigitte...

—¿A quién pertenece vuestro amor entonces, *nymph*? —Si pensaba que iba a declararme antes que él, lo tenía claro. Él era el que se había largado con su... lo que fuera, así que si alguien debía dar un paso, era él. Dio una vuelta lenta a mi alrededor observándome acechante.

—A la naturaleza, a la vida, a mis amigas y a mi familia —satisfice su curiosidad. Sé que Ciara no decía exactamente eso, ella hacía referencia a su abuela, pero no creí que por alterar la frase ocurriera algo.

—Buena respuesta —me alabó. Tomó una de las flores que flotaban en el agua. «Cómo seguía el diálogo en ese punto... ¡Ah sí!»

—Son flores de beleño, se usan para hacer preparados curativos y en el caso de hoy, para hacer rituales. —No era bueno que alterara demasiado el diálogo, después me costaba hilvanar el resto correctamente. Debía ceñirme a lo que había leído si quería seguir con aquello. Cada vez estaba más relajada, apenas tenía ojos para otra cosa que no fuera Kenan, su impresionante musculatura y las gotitas que salpicaban su cuerpo.

—¿Rituales? —me preguntó extrañado, yo asentí.

—Mi abuela me ha enviado para que hiciera un ritual para la lluvia, el laird está preocupado por la sequía y hoy el cielo estaba descubierta, así que era buen momento para realizarlo —«Toma, lo has bordado, nena», me felicitó a mí misma. Sus ojos descendieron hacia mis pezones mirándolos con ansias. «Mmmmm», pensé. «¡Que se deje de diálogos y me chupe ya las tetas!», a ese ritmo se me iba a hacer eterno.

—Entonces, sí que sois una nymph —«¿Una nymph? ¡Una nymphómana es lo que era!». «¡Por Dios que terminara ya el tonto, yo quería la fase del magreo!»

—Simplemente soy como Caperucita, una muchacha que obedece a su abuelita —respondí. Me miró extrañado, claro había vuelto a salirme del guion, debía reconducirlo—. ¿Y vos? ¿Quién sois?

—Un hombre que ha enloquecido por una ninfa de pelo de fuego —me contestó y yo reí audiblemente, me alucinaba que se lo supiera tan bien. Bueno, al fin y al cabo, él lo había escrito, no era de extrañar.

—¿Os vuelvo loco, señor? —pregunté coqueta.

—No sabéis cuánto. —«Tú sí que no sabes cuánto me enloqueces a mí». Sentí la necesidad de que me regalara un poco los oídos, a qué mujer no le gusta, además había pasado la noche entera con otra, que era una arpía, pero una muy hermosa.

—¿Puedo preguntaros qué os gusta de mí? —Sus ojos estaban cada vez más encendidos, mi sexo se contraía bajo la intensidad de su mirada. Dio un paso para acortar nuestra distancia. Mi cabeza le llegaba al pecho, así que me levantó el rostro con un dedo. Ese simple gesto, hizo que ardiera por dentro.

—Tenéis un precioso cabello, del color de las crepitantes hogueras que calientan mis noches de intemperie. —Pasó los pulgares por mis cejas, jamás me las habían acariciado y nunca ese gesto, me había parecido tan caliente. —El arco de vuestras cejas, es perfecto para dar tejado a vuestros enormes ojos, del color del cielo. Vuestras espesas pestañas les dan abrigo, dándole calidez al frío de vuestra mirada. —Porque no llevaba bragas, sino en ese momento, las hubiera mojado por completo arrancándomelas yo misma. —Tenéis una piel blanca y muy suave que invita a acariciarla, unos labios gruesos y golosos que invitan a ser besados —siguió alagándome, sin embargo yo ya no podía

más, si no lo hacía él, lo hacía yo. Ya tenía bastante de tanta verborrea preliminar.

—¿Y a qué esperáis para besarme? —cuestioné. Otra salida de texto, pero es que ya no podía con mi alma.

—¿Os gustaría? —inquirió. Asentí, sabiendo muy bien qué quería en aquel momento. Se acercó a mí, pegando su cuerpo al mío, mis pezones se aplastaron en su torso y su hombría en mi vientre. «¡Jesús! ¡Cómo le necesitaba!». Él lanzó un gruñido.

—¿Estáis bien? —le pregunté a sabiendas, que solo había sido un quejido por la lujuria del momento.

—Creo que me clavé algo en el pie. —«¿En el pie?» Casi suelto una carcajada, «lo que casi me clava, él a mí, era su polla» y lo peor, es que yo estaba deseosa de que lo hiciera.

—Dejadme ver —dije acariciando ese amplio pecho y frotando mi sexo contra el suyo, para sentir su cálida erección. Se alejó como si le hubiera quemado.

—¡Dejadlo! —rugió, como si estuviera molesto por algo, seguro que por su poca contención, aunque a mí me parecía mucha. ¿Qué tipo de hombre se le frotaba una mujer desnuda y la deja pasar?

—No —le susurré con convicción—, puede infectarse, entiendo de plantas, dejadme que os vea.

—De verdad que no es necesario —aseguró él. Me gustaba aquel jueguito del gato y el ratón, estaba claro que ahora el gato era yo y Kenan, un pobre ratoncito asustado. Iba a comerme al ratoncito costara lo que costara.

—Insisto —repetí volviéndome a pegar a él, frotando nuestros sexos de nuevo. Fue tan intenso que sentí una descarga, creo que Kenan notó lo mismo, porque trastabilló. Me tomó de la mano para intentar estabilizarse y lo único que consiguió, fue llevarme en su caída. Estaba tumbado en el agua conmigo encima de él. No pude evitar reír ante su torpeza.

—¿Os estáis riendo de mí, bella *nymph*? —me interrogó y comenzó a hacerme cosquillas, yo me revolví sobre su cuerpo.

—Ciara —dije riendo—. Me llamo Ciara. —Lo dije sin pensar y es que

en aquel momento, me sentí completamente Ciara. Sus ojos se posaron en mis labios.

—Un nombre hermoso para una mujer hermosa. —Su sonrisa se amplió y reptó conmigo encima, hasta un punto donde el agua apenas nos cubría. Le miré la boca deseosa de apresarla con la mía—. Creo que os debo esto. —Me cogió por la cintura para darme la vuelta y colocarse encima. Me sorprendió su ferocidad, pero no pensaba desaprovecharla, abrí las piernas para que se encajara entre ellas cogiéndole y me agarré a sus hombros. Él comenzó a moverse incitante arriba y abajo, acariciando con su grueso miembro la entrada de mi vagina. Estaba terriblemente excitada, solo con imaginar que me penetraba y sentirlo dentro, iba a estallar en cualquier momento. Sobre todo si seguía masturbándome de aquel modo, tan rudo y animal. «¡Oh Dios mío! ¡Porno-Caperucita iba a tirarse al Lobo Feroz!».

Me cogió el rostro entre sus manos y sin dejar de mirarme me besó. Había anhelado sus besos, no sabía cuánto, hasta que volví a sentir su boca en la mía, su lengua acariciándome y sus labios envolviéndome.

Gemí en ella, le necesitaba más que a nada en el mundo, acompasé el vaivén de sus caderas al de las mías, o ese hombre se daba por aludido o le hacía un mapa. Me abrí todavía más, buscando que me tomara de una vez por todas. Me daban igual los condones, tomaba la píldora y estaba limpia, él me había dicho que también, así que no iba a desaprovechar la ocasión. «Chúpate esas Morgana, voy a follar con él y voy a demostrarte, que todo lo que me dijiste era una pantomima». Deslicé una mano entre nuestros cuerpos, para agarrar su polla y colocarla en mi entrada.

—Vais muy deprisa *nymph*. —«¿Deprisa? Llevábamos muchos intentos y ningún acierto, así que esta vez no se me escapaba».

—Os quiero dentro señor, por favor —le dije con urgencia, interpretando el papel de dama desvalida.

—Kenan, me llamo Kenan —¿Cómo iba a olvidarlo?

—Os lo ruego, Kenan, poseedme, hacedme vuestra, os necesito. —Solo hicieron falta aquellas palabras, para que diera un empujón arrancándome un grito de puro... ¡¿Dolor?! ¡Joder! ¡Cómo dolía! Era como si me hubiera vuelto a nacer el himen y fuera virgen de nuevo. Había sentido, cómo me desgarraba por dentro. Mi sexo quemaba, un dolor lacerante se había instalado entre mis

piernas y no dejaba de arder. Por suerte, el bruto de Kenan se detuvo y esperó, hasta que la lacerante intensidad fue bajando. ¿Cómo era posible? Había estado con hombres con pollas similares a las de Kenan y nunca me había vuelto a doler como la primera vez. Además estaba excitadísima y muy dilatada, ¿cómo era posible? Dos gruesas lágrimas se deslizaron por mis mejillas. Kenan me miró extrañado y aterrado a la vez.

—¿Virgen? —preguntó. Estaba tan asustado como yo. ¿Virgen? ¿Qué decía ese loco? ¿Cómo iba a ser virgen? ¡Era imposible! ¡El himen no volvía a crecer y menos en unos días! Además ¿por qué me preguntaba eso? Él sabía que yo no era virgen ¿Qué estaba ocurriendo? Kenan seguía con su diatriba — ¿Por qué no me lo dijisteis? Hubiera sido mucho más delicado ¿Os duele mucho? —me interrogó, yo negué con la cabeza, el dolor ya había remitido y mi cuerpo volvía al ataque pidiendo más. No entendía muy bien qué estaba pasando, pero solo tenía clara una cosa, ahora que le tenía dentro no iba a parar. Las preguntas y respuestas ya vendrían después.

—No os detengáis os lo ruego, yo deseo esto y lo deseo mucho, por favor. —Esta vez la que se movió fui yo, abriéndome con cuidado a su tamaño y deslizándome por su poderosa envergadura.

—Parad *té bheag*, u os haré más daño del necesario. Lamento haberos causado dolor, podría haber sido todo muy distinto, ahora el daño ya está hecho, pero no os preocupéis, voy a resarciros, a premiaros con el placer más absoluto, tras el precioso regalo que me habéis hecho. Ahora dejadme a mí, Ciara, y os complaceré. Nunca he dejado a una mujer insatisfecha y vos no vais a ser la primera —me aseguró y sus palabras eran música para mis oídos, placer absoluto... ¡Iba a complacerme!, dejé de escuchar para moverme en su sintonía, una que estaba escrita solo para nosotros dos.

Kenan se movía con mucha suavidad, coló una mano entre mis muslos, masajeando el oculto botón que yacía enterrado en ellos. Resollé con fuerza y los músculos de mi vagina se contrajeron.

—¡Por San Columbano!, que estrecha y deliciosa sois, podría correrme en un suspiro! —«¡Ni se te ocurra!», exclamó mi asesina en serie interior— Pero no os preocupéis, hasta que vos no hayáis alcanzado el orgasmo, no buscaré mi placer. —Menos mal, eso esperaba, porque si se le ocurría dejarme a medias, lo mataba.

Siguió masajeándome en aquel delicioso punto, a la vez que me investía y con su boca buscaba uno de mis pezones. Lo chupó y succionó con deleite. Grité presa del más puro éxtasis, mis caderas empujaban una y otra vez, ya no dolía, solo había placer, el más puro y el más absoluto. Ya no quería delicadeza, quería al Kenan rudo, al bruto y se lo hice saber, yéndole a buscar en cada envite. Nos follamos mutuamente, fue glorioso, sobrecogedor, algo que jamás había sentido antes, el goce más intenso que había vivido en la vida, hasta que estallé, mi sexo se rompió en mil fragmentos, a la espera de que a los pocos segundos, Kenan hiciera lo mismo. Gruñó con fuerza, llenándome por dentro con su cálida simiente. ¡Por fin había sido mío y esta vez no había sido un sueño!

Kenan se desplomó sobre mí sin dejarse caer por completo, sentir su cuerpo pegado al mío con nuestros sexos unidos, era un deleite. Estaba dulcemente satisfecha, no podía haber ocurrido en un lugar mejor que aquel. Mi escritor se giró llevándome con él, colocándonos de lado, sin salir de mí. Enrosqué las piernas con fuerza para que no escapara, no quería que saliera, le quería justo ahí. Apoyé la cabeza sobre su pecho escuchando los fuertes y acompasados latidos, le besé en aquel lugar y me incorporé sentada sobre él para mirarle con deleite.

—Ha sido increíble, gracias Kenan. —Rápidamente me vino Denis a la mente, esperaba que no hubiera hecho fotos demasiado explícitas. Seguramente en cuanto vio que la cosa se ponía intensa, nos habría dejado a solas. Cosa que era de agradecer, más tarde se lo diría y me disculparía.

—No me agradezcáis nada, yo debería daros las gracias a vos —replicó. Seguía metido en el personaje del Highlander y a mí no me disgustaba. Sus ojos volvían a oscurecerse, al contemplar mis pechos—. Jamás había visto unos tan hermosos como los vuestros, intentó abarcarlos, yo me sentía tan feliz, que apenas le escuchaba. —Sois la fantasía de cualquier hombre hecha realidad. Tironeó de mis sensibles pezones que reaccionaron al instante. Volvía a crecer en mi interior, me encantaba ese poder de recuperación.

—¿Podemos repetir? —pregunté. Estaba un poco preocupada por las chicas y por el tiempo, aunque a Kenan parecía no importarle.

—Por supuesto preciosa, si lo deseáis repetiréis tantas veces como queráis —contestó y yo sonreí ampliamente, ante la perspectiva de pasar toda la noche con él en los jardines. Éramos adultos y mis amigas no eran tontas,

seguro que no nos molestarían.

—Pues voy a darme un atracón de vos, señor. —Él gruñó, dispuesto a comenzar el segundo asalto.

Estaba sobre él cual amazona, dispuesta a montar aquel hermoso semental. Kenan me observaba encantado, como si fuera la primera vez que contemplara mi cuerpo, aunque no sé de qué me extrañaba, yo debía estar mirándole con la misma cara de idiota. Bajé hacia él dispuesta, a recorrer su torso con mi lengua. Recorrí aquella gruesa clavícula con pequeños mordiscos, trazando un sendero que me llevaría a su plana tetilla, la capturé entre mis dientes dando ligeras dentelladas para succionar después.

—¡Por San Ninian, muchacha! ¿Quién te ha enseñado a complacer así a un hombre? —«A él se lo iba a contar», sabía perfectamente que los hombres se tomaban muy mal, que les contaras con cuantos te habías acostado y lo que habías hecho con ellos. No iba a hablarle de Montoya y menos, en aquel momento y lugar. Era solo nuestro y de nadie más. Seguí mi recorrido hacia el otro pezón, sin dejar de frotarme contra él. Hubiera jurado que tenía el vello púbico recortado cuando le vi en el hotel, pero estaba claro que o le habían puesto un matojo implantado como en la barba, o le crecía el pelo cual hombre lobo. En cualquier caso no me importaba, en vez de restar, en aquel momento le sumaba. Un agradable cosquilleo activaba todavía más, las terminaciones nerviosas de mi clítoris, tenía un vello grueso, firme pero no demasiado suave, que convertía la fricción en puro deleite.

Sin darme cuenta pasé la lengua por encima de la cicatriz. «Wow, era sumamente realista y no sabía a goma, silicona, ni nada por el estilo, era como si fuera carne de verdad. Debería felicitar al equipo de maquillaje». Cuando llegué a mi objetivo, Kenan estaba sudando, sus ásperas y firmes manos acompañaban mis caderas.

Me tenía completamente desorientada, sus manos me habían parecido suaves en la otra ocasión, ¿por qué me parecían ahora las de un mecánico? Aparté aquel pensamiento, cuando uno de sus dedos se dirigió a mi entrada trasera y empujó. Gemí con fruición cuando, con una maestría absoluta, encajó el dedo en mi ano, moviéndolo con suavidad.

—¿Os gusta verdad, preciosa? Sois una criatura tremendamente sensual y sexual, tenéis un instinto increíble para las artes amatorias —aseguró. Me

estaba dando tanto placer, que chupé con fuerza su tetilla arrancándole un grito. Él empujó el dedo con precisión y la que resolló fui yo. Sabía que el sexo con Kenan iba a ser fantástico, pero no sabía cuánto.

Me incorporé clavando mis uñas en su pectoral, su gruesa barra me abría por completo, me encantaba la sensación de plenitud que me embargaba. Sacó el dedo de mi trasero y se incorporó sentándose para agarrar uno de mis pechos, elevarlo y llevarlo a su boca. La que chilló en esta ocasión fui yo, me cogí a sus hombros, clavé las rodillas en el suelo y me ensarté una y otra vez, con la misma violencia que él devoraba mis pezones. Dolor, placer, todo se fundía en el gozo más embriagador, me sentía completamente desatada, libre para disfrutar de aquel hombre y de todo lo que despertaba en mí. El orgasmo crecía y crecía deseando estallar entre mis piernas, mientras Kenan enloquecía mordiéndome y absorbiéndome.

Cuando ya no pude más, estallé llevándole conmigo en un mar de lava infinito. Sentí como su esencia me llenaba de nuevo y alcanzaba el fondo de mi útero, contrayéndolo de placer. Gritamos a la luna, llenos de éxtasis, rindiéndole pleitesía en una marea de voluptuosidad absoluta, que nos arrastró por completo. Respirábamos agitadamente, en un abrazo que hablaba mucho más allá del sexo. Me sentía completa, como si todos los hombres que habían pasado por mi cama, hubieran desaparecido y carecido de toda importancia. Solo existía Kenan y su embriagadora manera de amarme.

—¡Por Dios muchacha! ¿Estáis bien? —Su frente estaba sobre mis pechos, cuando la levantó para contemplarme abiertamente.

—Estoy más que bien —le dije besando sus labios—, ha sido increíble. ¡Joder Kenan, ha sido el polvo del siglo! —exclamé soltando una carcajada.

—¿Qué decís? ¿Joder? ¿Polvo? No tengo polvo, me bañé en el castillo antes de salir a pasear. —¿De qué me hablaba? ¿Se había dado un golpe en la cabeza?

—Pero de qué me estás hablando ¿estás bien? Pareces algo aturdido, viniste directo a verme, no te bañaste —le dije y parecía, cómo si lo que le estuviera diciendo no fuera con él, me estaba hartando—. Ya está bien con el jueguito de Kenan y Ciara, vamos vuelve a ser tú —le ordené. Él seguía con aquella mirada de no entender nada de lo que le decía. Ya me estaba cansando de tanta tontería. Fui a incorporarme y él me detuvo.

—Con cuidado muchacha, la primera vez uno debe ser delicado y me habéis montado como una salvaje, estáis muy tierna todavía. —¿Tierna? ¿En serio? Puse los ojos en blanco y me levanté.

—Ya está, basta de hacerte el gracioso, ya sé que ha sido nuestra primera vez, pero tanto como para decir que estoy tierna... —No podía negar que su miembro era más largo y grueso que el de Luca, que me sentía algo irritada, pero nada que un buen baño no calmara.

—Estaos quieta *nymph* —me tomó de las manos y me sentó a su lado—, dejad que os cuide como merecéis, después del maravilloso regalo de vuestra virginidad. —¿Pero de qué virginidad me hablaba? Le miré como si hubiera perdido la cabeza, iba a decirle que ya estaba bien, cuando desvié la mirada hacia mis blancos muslos y los vi salpicados de sangre. Di un grito tan fuerte, que estoy segura que me oyeron hasta en el castillo. —Shhhhh, tranquila muchacha, no os asustéis, es normal sangrar la primera vez y más, si os comportáis como lo habéis hecho vos —aseguró.

No podía apartar la vista del vórtice de mis piernas, no solo había sangre, sino ¡un inmenso matorral pelirrojo, donde debía haber una perfecta depilación brasileña libre de toda greña! ¿Cuándo había pasado aquello? ¡Había pasado de Porno-Caperucita a la mujer del hombre lobo! La mano de Kenan, pasó por mis muslos llena de agua, me lavó con sumo cuidado, tanto fuera como dentro de ese nido de cigüeña que había aparecido por arte de magia. Me fijé en sus manos de gruesos dedos, donde lucía más de una cicatriz. Aquello era imposible Kenan no tenía cicatrices en las manos.

Estaba comenzando a hiperventilar. ¿Qué estaba ocurriendo? ¿Por qué Kenan parecía otro Kenan? ¿Por qué tenía cicatrices? Y lo más importante de todo, ¿por qué anidaban las cigüeñas en nuestras ingles? Me llevé las manos al pecho, el corazón me iba a mil, necesitaba tranquilizarme. Fui a tocar el anillo de compromiso, porque era lo único que tenía para comprobar que todo aquello era producto de mi imaginación. Pero había desaparecido, no llevaba nada en el dedo. ¡Era imposible! ¡No podía haberlo perdido! ¡Estaba completamente atascado en él! Mi escritor había dejado de lavarme y me miraba extrañado, debía parecerle una loca.

—El anillo —logré articular mostrándole el dedo.

—¿Llevabais un anillo? ¿Lo habéis perdido? —miró a ambos lados como

si tratara de encontrarlo—. No veo nada muchacha, ¿era muy valioso para vos? —Debía tratarse de otro sueño, todo aquello no era real, me estaba pasando como en el coche, ahora despertaría y me daría cuenta, que me había desmayado en la casita por el agobio de fotografiarme desnuda o algo por el estilo. Seguro que era eso.

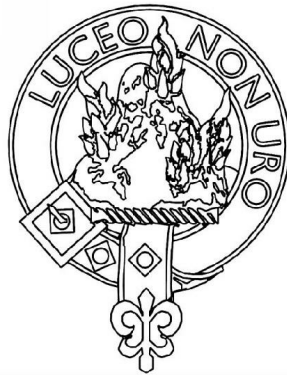
—De-debo irme —le dije deseando salir huyendo de aquella situación. Me miró con sorpresa, pero asintió ayudándome a que me incorporara.

—Entiendo hermosa Ciara, debéis regresar a vuestro hogar, estarán preocupados por vos —asentí—. Os dejaré marchar, pero prometedme que mañana a la misma hora nos volveremos a ver, necesito veros Ciara, sé que vos también lo habéis sentido, sois mía muchacha y mi anhelo por vos crece a cada instante —afirmó. Yo solo quería salir de allí corriendo, poner las cosas en su sitio, era un sueño, así que no importaba mucho lo que dijera.

—Está bien, mañana regresaré, pero ahora tengo que irme.

Tomó mi rostro con sus manos y me besó de nuevo. No entendía muy bien qué ocurría, pero cuando su boca tocaba la mía, cualquier tipo de razonamiento desaparecía, tanto que antes de irme estallé en la boca de Kenan por tercera vez, ese hombre conectaba con mi sexo de un modo brutal. El alba estaba despuntando en mi sueño, cuando logré emprender el camino de vuelta y entrar por la puerta de la casita de piedra.

25 CAPÍTULO (SARAH)



HAS tardado mucho Ciara. —«Ahora sí que estaba claro que estaba soñando». La casita estaba exactamente igual que en mis sueños y encima, dentro estaba Morag moviendo una cuchara de madera, en una gran marmita de hierro. Estaba sobre el fuego del hogar, sus manos expertas la movían con lentitud. Sus ropas se veían desgastadas, aunque no viejas, vestía una túnica larga de color marrón y el pelo gris atado en una trenza—. No te quedes en la puerta, entra y ponte algo, no te vayas a acatarrar —me dijo, sin embargo en ningún momento me miró, siguió a lo suyo moviendo el preparado.

Entré en la casita, era una construcción muy simple, acogedora, estaba caliente y desprendía un intenso aroma a hierbas. Sobre uno de los dos camastros había ropa seca, me acerqué y me puse lo que había. El modelo era muy similar que el que me quité para las fotografías, una camisola, una camisa blanca y una falda. «¡Otra vez sin bragas!» pensé. En mis sueños, la ropa

interior era como ver un pingüino en el Sahara.

—¿No vas a contarme qué has hecho? —inquirió. Estaba claro que tocaba charla con la abuela, justo en lo que estaba pensando. Como estaba claro que era un sueño, no iba a esforzarme demasiado.

—Pues mira, después de pasarme un buen rato cantando y bailando desnuda, me bañé en el estanque, me encontré con el Dios empotrador del sexo y contra todo pronóstico, me lo tiré hasta que salió el sol. He de decir que tal vez contra toda predicción no, pues en mis anteriores sueños ya me lo había beneficiado, pero por una vez creí que era real y que por fin, podía acostarme con él. Empiezo a plantearme si Morgana tenía razón —Morag había dejado de remover la cuchara, se había dado la vuelta y me miraba de frente, mientras yo seguía parloteando a la deriva—. ¡Estoy hasta las narices de estos sueños eróticos! No me malinterpretes, lo paso en grande, aunque hoy no haya sido exactamente así... ¿Tenía que soñar con mi pérdida de la virginidad? —La anciana me miraba solemne.

—¿Entonces ha ocurrido? ¿Ya no eres virgen? ¿Has encontrado tu príncipe cómo vaticinaban mis runas?

—¿Príncipe? No, no es príncipe, en mi vida real es profesor de universidad y aquí en mis sueños, es un Highlander cabezota, algo engreído y que está como un queso. Además la mete de maravilla —dije rememorando la noche que había pasado. No creía que la anciana se sobresaltara por mi lenguaje, total era producto de mi mente—. ¿Sabes? Me parece muy triste que solo logre estar con él cuando duermo, pero en fin, supongo que Morgana ya me lo advirtió. Esa tarada, que es exacta a ti, me dijo que hasta que no arreglara el pasado ni se me ocurriera tirármelo en el futuro, básicamente porque no podría hacerlo. ¿Te lo puedes creer? Arreglar el pasado, como si eso se pudiera hacer —terminé de decirle. «¿Por qué extraño motivo le estaba soltando todo aquello? ¿Esperaba encontrar la respuesta en la vieja de mis sueños? ¿Me estaría volviendo tan loca como esas mujeres?».

—¿Cómo te llamas? —me preguntó como si me viera por primera vez. Resoplé. «¿Es que no iba a despertarme nunca?»

—Sarah Alcántara, aunque esta mañana tu doble se emperraba en que me llamaba Sarah O'Shea, me explicó una extraña historia donde yo era la reencarnación de Ciara, al parecer una antepasada mía. Por si fuera poco,

acusó a mis padres de robarme en el parto, para acabar diciendo que era de su familia porque tenía la marca de la Diosa en el culo. ¿Increíble verdad? —le expliqué. La mujer caminó hacia mí.

—Puede que para algunos lo sea, ven siéntate a la mesa, Sarah, creo que necesitas beber algo —aseguró. Estaba convencida que iba a darme otra infusión y yo necesitaba algo más fuerte.

—¿Tiene whisky? —pregunté y una sonrisa de comprensión curvó sus labios.

—¿Cuántos años tienes? —inquirió mientras se dirigía a la alacena.

—Treinta y dos —respondí y ella asintió.

—Entonces beberemos Uisge Beatha —dijo y sacó un par de vasitos.

—¡No quiero agua, quiero alcohol! —exclamé pues la botella que llevaba entre las manos, tenía un color ambarino que recordaba al whisky.

—Tranquila, el agua de vida no es agua —comentó y entonces, me di cuenta de lo que acababa de decir y cómo lo estaba diciendo.

—¿Estoy hablando escocés? —cuestioné. Los vasitos ya estaban llenos, cogí el mío y lo bebí de golpe. «¿Se podía soñar en una lengua que no se conocía?». Tosí como una loca, aquello era endemoniadamente fuerte.

—Tranquila Sarah, el *Uisge Beatha*, está hecho para degustarse con cuidado, respecto a la pregunta que me has formulado, la respuesta es sí, desde que has entrado por esa puerta has estado hablando escocés.

—¡Pero si yo no sé escocés! Soy de Barcelona, hablo castellano, catalán e inglés, pero no sé nada de escocés —repliqué y ella dio un sorbo, más prudente que el mío.

—Puede que no lo hablaras antes, pero está claro que ahora sí lo haces. ¿Sabes en qué año estamos Sarah? —«¿Pero qué pregunta más ridícula era esa?»

—Pues claro, en el dos mil dieciocho, aunque en mi sueño siempre estamos en el siglo trece —respondí, sus ojos se agrandaron un poco, parecía sorprendida.

—Entiendo, bebe otro vaso creo que lo vas a necesitar —comentó y

rellenó el vasito de aquel infernal licor con el que todavía me ardía la garganta.

—Estamos en el mil doscientos noventa y ocho, has retrocedido en el tiempo setecientos veinte años Sarah —empezó a explicarme. No pude más que soltar una carcajada.

—Claro y Dumbo puede volar y Donald Trump se ha casado con una mejicana. No te esfuerces, sé que estoy soñando —rebatí y ella movió el licor dentro del vasito.

—No, no lo estás haciendo —afirmó y no había un atisbo de sonrisa o complicidad en su rostro.

—¿Pretendes que crea que he viajado a través del tiempo? ¿Pero qué locura es esa? —cuestioné, ella se encogió de hombros.

—Al parecer tienes mucho más poder del que crees, si has sido capaz de viajar hasta aquí y fusionarte con mi nieta. Aunque si eres una O'Shea no es de extrañar, somos muy poderosas.

—¿Fusionarme con su nieta? ¿De qué está hablando?

—¿De verdad no has notado ningún cambio en ti? —preguntó y se levantó, para regresar con un espejo poniéndolo delante de mí. Miré el reflejo que se abría ante mis ojos. «¡Madre mía, si era yo con dieciséis o diecisiete años! ¡No tenía ni una puñetera arruga de expresión! ¡Eso sí que era un milagro y no la crema antiarrugas que usaba todas las mañanas! ¡Chúpate esa Isabel Preysler! Tenía la piel como el culito de un bebé, la piel perfecta y un felpudo enorme entre las piernas.» Me llevé las manos al rostro.

—Esto es demasiado para mí e imposible de asumir, creo que me voy a tumbar, a ver si con suerte, cuando despierte todo ha vuelto a su lugar.

—Como quieras Sarah, pero no creo que sea tan sencillo, aunque puedes intentarlo —comentó y yo bebí, lo que quedaba del licor y me estiré en el camastro. Todo aquello me superaba, era quimérico. Morgana terminó su copa y volvió a sus quehaceres—. No te preocupes por nada, yo seguiré aquí cuando despiertes. — Cerré los ojos, por mi bien esperaba que todo hubiera vuelto a su lugar cuando despertara.

No estaba muy segura del tiempo que había transcurrido, pero un delicioso aroma a comida hizo que me rugieran las tripas despertándome. Mmmm,

estaba claro que la señora Craig estaba cocinando, por fin volvía a estar donde me correspondía. Abrí los ojos, me costó entender dónde estaba. ¡Era absurdo!, seguía en la choza de Morag y ella estaba poniendo un par de platos sobre la mesa. Gruñí de frustración, ¡¿pero cuánto tiempo iba a durar el maldito sueño?!

—Veo que ya te has despertado, ¿qué te parece si comes un poco? Debes de tener hambre después de lo de anoche... —me insinuó. Me levanté a desgana, aunque Morag tenía razón, tenía un hambre espantosa.

—Gracias —le dije una vez incorporada.

—Puedes lavarte allí, es agua limpia, no te preocupes. —Había una especie de barreño o jofaina, obviamente en el siglo trece no había agua corriente, pero era un sueño, «¿no podía fabricar un baño mágico o algo así?». Al pensar en el baño sentí un repentino retortijón, necesidad de ir a evacuar aguas mayores.

—Disculpa, ¿dónde está el baño?.

—¿El baño? —me preguntó extrañada.

—Sí, el aseo, el retrete, el lugar para evacuar —le expliqué. A cada palabra, la mujer juntaba más las cejas, como si le hablara en japonés, estaba desesperada por que me entendiera— ¿Dónde puedo plantar un pino?

—¿Un pino? ¿Quieres plantar un pino antes de comer? Que extrañas costumbres tenéis en el futuro, aquí los pinos nacen y crecen solos, no los plantamos —me respondió. Menuda conversación de besugos.

—¡Cagar! ¡Quiero cagar! —exclamé y la mujer hizo un «Oh» contenido, después rio abiertamente.

—¿Y por qué no lo has dicho así, en vez de usar tantas palabras extrañas? —me preguntó. No iba a entrar en una diatriba, cuando mi intestino pedía una evacuación de urgencia.

—Puedes ir fuera.

—¿Fuera?

—Exacto, elige el matorral que más te guste y ahí mismo, puedes plantar tu pino o puedes hacerlo en el huerto, a las coles les van muy bien los excrementos —aseguró y la miré horrorizada. ¿En las coles? Dios me librara.

Sabía que si lo analizaba fríamente, las verduras se abonaban con caca de vaca, pero abonar yo las coles era muy distinto. Estaba claro que todo volvía a los orígenes, lo cagado por lo servido.

—¿Y con qué me limpio?

—Busca alguna hoja ancha y verde, fíjate que no tenga pinchos o insectos y todo irá bien. No queremos que te salga un sarpullido en el trasero —me dijo. ¡Solo me faltaba eso! ¡Dios bendito! Es verdad, que uno no sabe lo qué tiene hasta que lo pierde.

Yo ya no podía más, así que salí corriendo, busqué un buen matorral y expulsé sobre unas zarzas lo que me pedía el cuerpo. Una vez aliviada, tomé una hoja que me pareció lo suficientemente limpia y la usé en mi puerta trasera. Por suerte había sido un tiro perfecto, de esos que cuando te limpias no dejan rastro. Volví a casa, me lavé de nuevo y me senté en la mesa, tras un plato que olía de maravilla.

—¿Mejor? —me preguntó arqueando las cejas.

—Mucho mejor.

—Bien, pues ahora come un poco de mi guiso de carne, verás que rico y cómo te reconforta —afirmó. Parecía delicioso y sabía mejor todavía. No quise preguntar, pues había hojas verdes y me temía que eran de col. Me limité a comer, saciando mi apetito sin hacer más preguntas, pues seguro que me salía una pupa en la boca. Una vez terminamos, Morag recogió los platos y me trajo una especie de pastelito de crema—. Es el postre favorito de Ciara, Pruébalo —me comentó. Le di un mordisco, sabía a gloria bendita, estaba tan bueno que no pude evitar gemir del placer— ¿Rico verdad?

—Rico es poco, ¡es orgásmico!

—Me alegro que te guste, preparo un par de infusiones y charlamos un rato, a ver cómo hacemos para que puedas regresar. ¿Te parece? —«¿Regresar dónde? ¡Narices, otra chiflada!», aunque si lo miraba bien, llevaba demasiado tiempo en ese sueño. «¿Era posible que hubiera viajado de verdad?» No podía hacer otra cosa que decir que sí. Me gustara o no me gustara, parecía estar atrapada en una realidad que no era la mía. Cuando tuvo las infusiones, salimos fuera.

En la entrada, había un pequeño banco de madera, no me había fijado en

él, tal vez en el futuro ese banco ya no estuviera allí.

—Todo esto me sobrepasa —dije sentándome.

—Lo imagino, no son cosas fáciles de digerir y menos, cuando no te explican quién eres y lo que puedes llegar a hacer. Las druidesas educamos a nuestras hijas desde que nacen para que sepan qué son y lo que se espera de ellas. En tu caso, ¿qué ocurrió? ¿Me dijiste que te robaron? —preguntó. Seguía pensando que todo aquello era una ilusión, pero una parte de mí ya no estaba tan segura, así que le relaté todo, intentando amoldar las cosas al pasado.

Era complejo explicar a qué me dedicaba, pues hasta el mil cuatrocientos cuarenta, no se inventó la imprenta, así que esclarecerle qué era una editorial iba a ser todo un desafío. Hablar con Morag, resultó mucho más sencillo de lo esperado, era una mujer muy avanzada a su tiempo, con una mente ágil y abierta. Hizo las preguntas justas y necesarias para entender las cosas, sobretodo cuando algo la sorprendía sobremanera.

—Entonces según Morgana, has venido a arreglar algo del pasado, te robaron cuando eras un bebé y apareciste aquí, después de que un hombre quisiera capturar tu imagen en una especie de caja mágica, ¿no? —dicho así sonaba mucho peor pero, ¿cómo explicaba a alguien de ese siglo, lo que era internet, Facebook, una campaña para redes sociales o un fotógrafo? Era de locos.

—Exacto, el problema es que no sé qué debo arreglar, ni si la historia del bebé es cierta —comenté, aunque a esas alturas de la película, estaba bastante convencida.

—Pero me dijiste que te habló del signo de la diosa y que lo viste, ¿por qué dudas entonces?

—¡Pues porque todo esto me supera! —le dije exasperada—. ¿Entiendes lo difícil que es para mí creer en todas estas cosas?

—¿Y tú entiendes que yo podría pensar lo mismo? Hace un día eras mi hermosa nieta Ciara y ahora, afirmas ser Sarah, una mujer del futuro que no sabía que era de mi familia—. Suspiré agobiada, tenía razón. —Si yo no dudo, tú tampoco deberías hacerlo, a veces la vida nos sorprende, pero eso no quiere decir que no sea verdad. No ha de ser fácil recibir tantas noticias de golpe, lo entiendo, pero debes ser capaz de ordenar tus pensamientos y sentir

con el corazón, debes abrirte a la vida Sarah, la diosa Dea Dana, te ayudará —trató de infundirme ánimo. Aquello era mucho peor, si ni siquiera creía en Dios habiendo hecho la primera comunión, ¿cómo iba a creer en una diosa celta?—. Ten fe, ella te transmitirá su sabiduría. Vamos a ver Sarah, para que pudieras viajar en el tiempo tuviste que conectar con tu alma de druidesa, sino es imposible dar saltos temporales. Para llevarlo a cabo debiste inducirte, a ti misma, a un estado de consciencia nuevo, uno que nosotros llamamos renacer —me explicó y yo la escuchaba con interés, su voz te envolvía como las de los contadores de cuentos de Edimburgo. Así era como me sentía, como Alicia en el País de las Maravillas, que había caído por el agujero a un mundo locamente desconocido. Morag seguía ajena a mis diatribas mentales—, para alcanzarlo tuviste que pasar por algún tipo de trance que te hiciera ser más flexible, más tolerante y a la vez, que chocara con tu otra parte más dura e intransigente. En esa consciencia es donde se alcanza la sabiduría interior, tu alma se libera en el sentido más amplio de la palabra y dejas fluir a tu druidesa. —Todo aquello me sonaba a chino. Solté un exabrupto.

—¡Pues estamos jodidas!

—¿Cómo dices? —preguntó extrañada. Me costaba filtrar el vocabulario, sobre todo las palabrotas, total en esa época no me servían, nadie las entendía y no me veía exclamando «¡maldición!», que era lo más fuerte que esta gente decía.

—Disculpa Morag, digo que estamos fastidiadas, pues no sé ni cómo lo hice ni en qué punto.

—Está bien, no te preocupes, intentaremos abrir los canales adecuados, mientras es importante que no cambies cosas del pasado, que puedan influir en el futuro. Debes tratar de hacer lo que hizo Ciara sin alterar demasiado las cosas, hasta que no sepamos exactamente qué debemos cambiar —declaró. Aquello tenía sentido. Según el libro de Kenan, Ciara y Mackenzie, se encontraron cada día durante los cinco días que él estuvo allí, cuando tuvo que regresar, se llevó a Ciara consigo, así que por una vez en mi vida debía dejarme guiar por un hombre. Ciara era dulce e inexperta y yo una arpía de cuidado. ¿Cómo iba a controlar mi endemoniado carácter con el Highlander? Seguramente ese hombre debía tener la mentalidad de un zapato, listo para pisotear a las mujeres. ¡No pensaba tolerar ni un solo comportamiento machista por su parte!

—No sufras Morag —le cogí las manos y ella me las apretó— haré todo lo posible por hacerlo bien —expresé, aunque dudaba seriamente que pudiera hacerlo.

Pasamos muchas horas charlando y finalmente, preparando lo necesario para realizar los ritos que me sugería mi supuesta antepasada. Después de cenar, cuando la luna estuviera en el punto más alto, debía ir al estanque y hacer el rito de la sal. Para ello, justo después de bañarme en el lago tomada por su luz, debía repetir un rezo que permitiría abrir el canal de mi sabiduría interior.

Una vez realizado aquel rito pagano, debía abrazarme al roble que yacía al lado del estanque, necesitaba empaparme de su energía. Según me contó Morag para los Druidas, el roble significa “Puerta”, era mucho más que un árbol, es el símbolo del poder y la fuerza. Con los canales energéticos abiertos, podría embeberme de la fuerza divina del árbol, abrirme al conocimiento, a mi fortaleza interior y la valentía. Sinceramente, esperaba que todo aquello sirviera de algo.

Tras la cena me dirigí al lago, con el cuenco de sal listo para ser usado. Morag no me acompañó, me dijo que era un viaje que debía emprender sola, nos despedimos como si aquel instante fuera el último en que nos fuéramos a ver. Tal vez fuera así.

Anduve absorta en mis pensamientos hasta llegar bajo el roble, una vez allí me desprendí de la ropa, dejé el cuenco sobre ella y me introduje en el agua hasta llegar a la cascada. Allí bañé mi cuerpo con una pastilla de jabón artesanal, hecha con tintura de brezo, muérdago y lavanda. Olía de maravilla, me recordaba tanto a mi perfume, que parecía increíble.

Sentir el agua cayendo con fuerza sobre mi cuerpo, fue una delicia. Con tantos nervios estaba completamente contracturada, el agua masajeó mis cervicales, deshaciendo los nudos que se agolpaban en mi espalda, fue todo un alivio. Tras el baño me sentía blanda y maleable, suponía que era justo así como debía estar, relajada y sin tensión, debía conectar con mi druidesa interior y dudaba que estar como un manojo de nervios ayudara.

Salí del agua para ir hacia la sal, la pasé por mi frente como me enseñó Morag. De aquella manera se activaba el camino entre el sexto chakra, ajna, que representa la conciencia y el séptimo chakra, soma, o “néctar de la luna”,

que era la conexión con la conciencia cósmica. Con aquellos chakras abiertos, debía dejarme llevar por el camino de la sabiduría, para mostrarme la manera de regresar. Recé las palabras que había aprendido:

*“Que se abran los caminos
que en mi vida necesito,
lo que quiero voy a lograr
y así mi vida voy a disfrutar”*

Tras repetir la oración tres veces, con toda la pasión que pude, me abracé a aquel majestuoso árbol que parecía darme la bienvenida. Lo abarqué con los brazos y con la pierna izquierda, lo único que me unía a la tierra era el pie derecho, que era la conexión Tierra-árbol. Aquella conexión permitía que el primer chakra situado en mi pelvis, entre el ano y los genitales, llamado muladhara, me llevara hacia el nacimiento de mi parte druida, en una triple comunión: la de mi nacimiento físico, la manifestación de una conciencia única en forma humana que conectaría con la divinidad y la energía asentada en la base de mi columna.

Debía respirar con lentitud, como había ensayado, intentando captar el poder del roble, dejando que penetrara en mí. Me sentía extraña, por mi mente pasaban mil cosas distintas, imágenes sensuales que me hacían muy difícil desconectar, suponía que no era nada raro, Morag me había contado que las druidesas tenían una energía sexual muy fuerte, que las conectaba directamente a la tierra y no debía renegar de ella, sino disfrutarla.

Entonces lo sentí, una especie de caricia que me recorría el cuerpo, como si al árbol le hubieran salido dedos y estos me estuvieran tocando por todas partes, era excitante y terriblemente lujurioso. Un calor más que agradable, palpitaba en mi entrepierna, parecían las caricias de un amante consumado, gimoteé de placer cuando ascendieron por mis muslos, me estaba humedeciendo sin poder evitarlo.

—¡Por san Ninian! Sois tan deseable —escuché. ¿El árbol me había hablado? No podía soltarme, era tan delicioso lo que sentía. Algo me raspaba los muslos, volví a gemir con abandono— Eso es *té bheag*, dejaos llevar. — ¡Era su voz! No era el árbol sino Kenan. No le había oído llegar, pero ahora no me cabía ninguna duda, sus dedos habían sido sustituidos por su boca, que me lamía desde el ano hasta la vagina.

Esa ancha lengua que me hacía enloquecer y que arrasaba todo lo que encontraba a su paso, me agarré con más fuerza al tronco presa del placer más absoluto.

—Kenan —susurré llena de deleite.

—Sí mi adorada *nymph*, soy yo quien va a adoraros esta noche, dejad que lo haga hermosa mía, dejad que disfrute y os haga gozar.

—Sí —fue lo único que pude decir, cuando su lengua volvió a internarse entre mis pliegues. Paladeaba mi vagina como si se tratara de un auténtico manjar, internaba su lengua, penetrándome con ella, para bajar al clítoris y chupar con fuerza. Era una combinación como de dulzura y fuerza bruta, que hacía que no pudiera parar de gritar, deseando más y más.

—Eso es pequeña *nymph*, dejaos ir, quiero que me alimentéis con vuestro orgasmo, lo necesito —me pidió. A sus labios se unieron sus dedos, penetrándome sin descanso y rotando en mi interior. Estaba cerca del desmayo, el placer era tan supremo que no creía poder aguantar mucho más.

—Kenan por Dios, voy a correrme.

—Lo sé, lo siento, vuestra dulce vagina aprieta mis dedos sin descanso, correos para mí Ciara y gritad mi nombre, para que todo el bosque sepa a quien pertenece vuestro placer —me dijo. El muy canalla encontró mi punto G, pasando sus dedos con intensidad por la rugosa protuberancia, a la par que mordía mi clítoris y agitaba su lengua en él. Mi grito fue desgarrador, su nombre resonó, tal y como me había pedido, de un modo animal y completamente visceral. Tal fue mi placer que eyaculé en su boca, Kenan apartó los dedos y me recibió, tomando de mí hasta la última gota de placer.

Me sentía plena, saciada, el cuerpo me dolía por la presión que había ejercido contra la amplia corteza, seguramente estaba llena de rasguños, pero no me importaba. Mi amante me dio la vuelta, pasó mis manos por su cuello, me subió a sus caderas y me ensartó contra el roble, haciendo que gritara de nuevo. Estaba empalándome una y otra vez, con rudeza, con aquella fuerza bruta que lo caracterizaba y que tan cachonda me ponía.

Él no estaba desnudo, al contrario que yo, llevaba su tartán atado a uno de sus hombros. La áspera lana raspaba uno de mis pezones, haciéndolo aflorar por completo. El otro celoso, se frotaba contra su espléndido pecho cubierto de vello oscuro. No se podía estar más excitada que yo en aquel momento.

Su boca buscó la mía, arremetiendo al compás de sus envites, sabía a mí y a lujuria. Mis gritos eran silenciados con sus jadeos, nuestra carne entrechocaba y el árbol se clavaba en mi espalda. Otra vez esa mezcla de placer hiriente, que solo Kenan era capaz de entregarme. Sus bombeos eran feroces, me ensartaban una y otra vez hasta el fondo de su empuñadura. Como Ciara era virgen, a mi nuevo cuerpo le costaba amoldarse por muy dilatada que estuviera, era lacerante y delicioso al mismo tiempo, una tortura que estaba dispuesta a recibir por el resto de mis días.

—Ahora soy yo el que va a correrse *té bheag* y quiero que lo hagas conmigo, ¿estás lista?

—Lo-lo estoy —dije sin apenas poderme contener.

—Muy bien, pues vamos allá Ciara, déjate ir conmigo —me exigió. Los últimos empujones fueron feroces y tras ello, el grito liberador de Kenan se unió al mío. Le estrujaba, le exprimía, le ordeñaba, sacando de él toda su simiente, igual que él había hecho conmigo. Estaba llena, colmada por él y me gustaba, me encantaba sentirme así. Sin soltarme, manteniéndose en mi interior, se tumbó conmigo en el verde pasto que rodeaba el roble. Los ojos me pesaban, estaba tan exhausta que no podía mantenerlos abiertos, tal fue mi agotamiento que no pude evitar quedarme dormida sobre él.

Cuando los abrí, Kenan dormía plácidamente, parecía tan despreocupado... Su corazón acompasado con el mío golpeaba mi oído, miré aquella gruesa cicatriz que le cruzaba el pecho y que tanto me atraía, la recorrí con la yema del dedo. Al momento mi muñeca fue apresada por otra más grande, hosca y morena.

—Tened cuidado *nymph*, no es muy recomendable tocarme cuando duermo, soy un guerrero y los guerreros siempre estamos en guardia —me dijo. Aquella mirada letal, lejos de asustarme, me agitó. Pensé en que su polla seguía dormida en mi interior y aquella imagen me activó de nuevo, aquel hombre despertaba en mí, mis más bajos instintos. Contraje la vagina a su alrededor, como si intentara comunicarle que estaba dispuesta para recibirle de nuevo. Él abrió los ojos ante la instigante invitación. Me mordí los labios al sentir como se engrosaba y henchía dentro de mí.

—Ya veo lo en guardia que estáis mi señor, tenéis una gran espada, lista para combatir en cualquier momento —comenté y él sonrió, mostrando su

blanca dentadura.

—¿Qué me habéis hecho muchacha? Desde anoche que no puedo pensar en otra cosa, que no sea empuñar mi espadón en vuestra sedosa intimidad — replicó. Con rapidez, me dio la vuelta levantándome las manos sobre la cabeza, con una de las suyas abarcaba mis dos muñecas. No sabía en qué momento había sido, seguramente mientras dormía, pero su tartán estaba desabrochado y ahora podía verle hermosamente desnudo, balanceándose entre mis piernas.

—Aaaaahhhh —gimoteé—, es todo tan intenso.

—No hay manera que lo que hay entre nosotros no sea intenso —sentenció—. Quiero tomaros de todas las formas habidas y por haber, no quiero que quede un solo lugar de vuestro hermoso cuerpo que no lleve mi marca, mirad la unión de nuestros muslos, sois tan perfecta para mí, observad como la cremosidad de vuestra piel me recibe, como vuestros rizos rojos brillan anhelantes, como vuestro sexo se abre para darme paso y albergarme por completo, miradlo Ciara, es lo más bello que jamás veréis, el enlace de nuestros cuerpos bajo la luz de la luna —declaró. No hacía falta que me alentara, desde el momento en el que sugirió que mirara nuestra unión, no había podido apartar los ojos de ese punto. Era tan erótico ver esa gruesa barra de carne llena de venas, abriéndose paso hasta alcanzar el final de mi útero. Estaba muy hinchada, ese cuerpo era prácticamente virgen y estaba pagando las consecuencias. Un hombre del tamaño de Mackenzie no era plato de buen gusto para muchas mujeres, era demasiado grande y grueso, estaba segura que más de una no le hubiera dado cabida, aunque a mí me ponía como una moto—. ¿Os gusta lo que veis, dulce Ciara?

—Mu-mu-cho —sollocé.

—A mí también, sois tan inocente y sensual. Sois una mujer hecha para calentar el lecho y dar a luz muchos hijos, tenéis unas preciosas caderas para engendrar —fruncí el ceño... «¿Qué me estaba diciendo ese leño?».

—¡Para, para, para, detente! — intenté desligarme de las manos que me aprisionaban, Kenan me miraba como si no entendiera qué me ocurría y seguía envistiéndome —¡Te he dicho que pares! —le exigí y finalmente lo hizo, pero se quedó dentro.

—¿Qué os ocurre, bella Ciara? ¿Os duele?

—¡No!, no es eso. ¡Acabas de decirme, que para lo único que sirvo es para calentar tu cama y darte hijos! —exclamé Él sonrió y reanudó el movimiento de su pelvis. Un largo gemido volvió a escapar de mis labios.

—¿Y qué más queréis hacer en esta vida, hermosa Ciara, que calentarme el lecho y alumbrar a mis hijos? Nos llevamos muy bien en la alcoba. ¿A caso podéis negarlo? —declaró y llevó la otra mano a mi clítoris, para agitarlo con dos dedos.

—Aaaaaaaahhhhh —grité de nuevo. ¡Joder! El muy cabrón sabía cómo tocarme para hacerme callar, pero no lo lograría—. La-la-las mujeres, se-se-servimos pa-pa-para mu-mu-mucho máaaaaaas que esoooooooo. —¡Por todos los cielos! Volvía a tenerme a punto de caramelo—. Además, que yo sepa no he aceptado yacer con vos y alumbrar vuestros hijos —le indiqué y volvió a sonreír, con su pose de engreído, bajó la cabeza y fue directo a mis pezones. ¡Eso era juego sucio! —¡Sí, sí, sí! ¡Oh por favor, sí! No pares de hacerme eso, estoy tan cerca... —le grité. Con los dientes comenzó su particular chupomuerdo-succiono, esa combinación me enloquecía. La mano que tenía en mi clítoris subió para retorcer el otro pezón y tirar de él—. ¡Aaaaaaaahhhhhh, síiiiiii!, más, Kenan, más, más duro, más fuerte, más todooooooooo —le pedí y ya no pude decir más, me corrí siendo arrasada por un torrente sin límites de placer, llevándome por delante su liberación. Era fascinante la química que había entre los dos.

Una vez terminó de correrse se puso de lado, parte del esperma goteó, saliéndose y esparciéndose en mis muslos. Kenan atrapo una gota, la frotó entre sus dedos y me la mostró.

—Lo veis hermosa mía, mi simiente ya corre en vuestro interior, ambos somos fértiles, así que, mi hijo ya podría estar formándose en vuestro vientre —anunció y acarició la redondez de mi barriguita, intentando mostrarme que ahí podía estar su hijo.

Me quedé descolocada, claro, aquello era cierto, de hecho Ciara se quedó embarazada con mucha rapidez, ¿estaría ya engendrando la hija de Kenan? Sentía un montón de emociones encontradas, él me miró orgulloso y se dedicó a esparcir los restos de su simiente por mis pechos, mi vientre, incluso por mis labios. Cuando la última y tentadora gota los tocó, no quise dejar de degustar su sabor, abrí los labios y capturé el dedo, paladeándolo por completo. Kenan parecía extasiado.

—¿Os gusta saborearme? —me preguntó.

—Tanto como te puede gustar saborearme a mí, tal vez si te portas bien, te dejaré que me tomes la boca y te corras dentro —le respondí. Cerró los ojos e inspiró con fuerza.

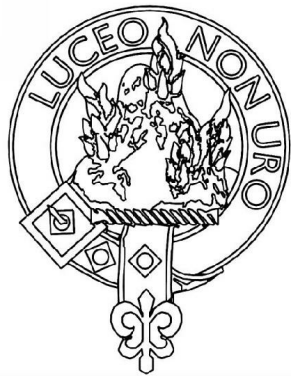
—¡Por San Ninian! ¿Qué he hecho para merecer una mujer como vos? —inquirió y me miró con fiereza, sabía que deseaba aquello tanto como yo. Besé su pecho dispuesta a cumplir mi promesa pero me detuvo—. *Té bheag nymph*, aunque me gustaría mucho lo debemos postergar a mañana, por hoy, ambos hemos tenido suficiente. —La luz comenzaba a despuntar en el horizonte. Fruncí los labios en señal de reproche, ya me había hecho a la idea de tomarle de aquel modo—. Concededme una cosa, baños conmigo, dejad que vuelva a cuidar de vos —me pidió.

Se levantó y cargó conmigo hasta internarnos en el lago. Enjabonó mi pelo y mi piel con suma delicadeza y lo aclaró bajo la cascada, después yo hice lo mismo por él. Una vez limpios, nos secamos al aire besándonos y dándonos arrumacos. Kenan no se dio por satisfecho, hasta besar mi cuerpo por entero y vestirme como una muñeca.

—Prometedme que mañana nos volveremos a encontrar, *nymph*, os necesito —me gustó no ser la única en sentir esa necesidad acuciante—. Permitidme que esta vez quedemos por la tarde, quiero pasear con vos y alimentarnos, después saciaremos otros apetitos más oscuros —me dijo.

Pasé la mano por su espesa barba, en el fondo sabía que estaba saciando la falta que sentía por poseer a mi escritor con él y eso, hacía que me sintiera mal. Era difícil, muy difícil de explicar, porque era como estar con la misma persona sin serlo. Una locura, eso es lo que era, pero ¿no estaba yo en el cuerpo de otra? ¿Cómo dar explicación a todo aquello? Éramos nosotros, sin ser nosotros y lo peor de todo, es que no podía dejar que lo que estaba sucediendo dejara de hacerlo. Debía cambiar algo sin cambiarlo todo ¿y cómo se hacía eso? Era una maldita encrucijada. Necesitaba entender la realidad de Kenan Mackenzie y Ciara O'Shea y eso, solo podía lograrlo de un modo, conociéndonos para algo más que no fuera follar.

26 CAPÍTULO (SARAH)



Llegué a la casa de piedra y Morag estaba en la puerta.
—¿Ciara? —preguntó al verme llegar, como si mi yo hubiera vuelto al futuro.

—Lo siento, no funcionó —dije con pesar. Me agarró de los hombros y me llevó al interior de la casa.

—Tranquila, cuéntame qué hiciste y qué ocurrió —me pidió. Se lo expliqué todo, bueno, algún trozo innecesario me lo salté, pero la parte del ritual se la conté entera y cuando le dije que llegó Kenan, su imaginación hizo el resto.

—Vuestra conexión es muy fuerte Sarah, siento que te culpabilizas por yacer con él, pero no debes hacerlo. Vuestras almas son las mismas, los cuerpos o las edades pueden alterarse en las reencarnaciones pero lo que prima está aquí —puso su mano sobre mi corazón—, y eso es inalterable —me explicó y yo le sonreí.

—Es que no puedo evitar sentir que traiciono a mi escritor Morag, yo quise acostarme con él muchas veces y no pude, ha sido llegar aquí y desde el primer segundo me tiré al laird.

—¿Es un laird?

—Sí y está casado —le comenté. No estaba muy segura, de cómo podía afectar aquella conversación al futuro.

—Entiendo, ¿qué sabes de su relación? —inquirió intrigada.

—Lo que sé es por el libro de Kenan, realmente no he hablado de nada profundo con Mackenzie —me puse roja como un fresón—, bueno de hecho apenas hemos hablado.

—Comprendo, no te sonrojes conmigo, recuerda que las Druidesas estamos hechas para amar y para concebir, poco nos importa el resto. Cuando encontramos a nuestro compañero, el matrimonio es secundario, estamos hechas para dar y recibir placer de nuestro elegido, lo que se llama “amistad de muslos”, yo jamás me casé Sarah, pero sí concebí, estuve con Caoimhghin hasta el fin de sus días.

—¿Por qué no os casasteis? —cuestioné. Habíamos entrado en la casa, yo

estaba sentada en la mesa y Morag buscaba algunas frutas para que desayunara.

—Él tampoco era libre, Sarah, en nuestro siglo es difícil que las personas importantes, no tengan pactos matrimoniales. No tenía nada que ver con el amor, en esta época estar casado no significa amar al cónyuge. De hecho, casi todo el mundo tiene amantes —me contó y suspiré resignada.

—No es que en mi siglo no suceda, pero algo hemos evolucionado en ese aspecto, o eso me gusta creer. En muchos casos, en el primer mundo, que es donde yo vivo, el matrimonio es por amor y cuando se termina, la gente se separa. Claro que en él, la mujer es completamente independiente.

—Respóndeme una cosa, ¿qué es el matrimonio Sarah? ¿Crees que es más válida una unión ante ese que llaman Dios, que una dada con el corazón y con el alma? —las bayas y el queso que me había servido Morag eran deliciosos—. No te confundas querida niña, el verdadero amor es el que se entrega, y si tu amor con Kenan no hubiera sido verdadero, vuestras almas no se habrían encontrado de nuevo y menos todavía, se hubieran buscado a lo largo de los siglos —aseguró. Lo que decía tenía sentido.

—¿Entonces qué debo hacer Morag? —le pregunté, se sentó a mi lado y acarició mi muslo.

—Si lo supiera te lo diría muchacha, pero de momento no lo sé. Deberemos seguir probando cosas. Cuando acabes de desayunar acuéstate, intentaré echar las runas y los cristales a ver si me dicen algo —me dijo. Morag parecía tan desorientada como yo, así que no podía pedirle más, esperaba que sus piedras le revelaran algo, mientras iba a hacerle caso, mi cuerpo necesitaba descansar.

Cuando desperté, lo primero que hice fue, ir a la mesa donde ella estaba echando las runas. Morag me comentó que las piedras estaban silenciadas, algo impedía que viera lo que necesitaba, decidió que debíamos hacerlo de otro modo, las puso todas boca abajo y las mezcló, yo debía escoger una, tal vez mi energía revelara algo distinto. Lo probamos diez veces, diez veces en las que, de las veinticuatro runas me salió esta, una y otra vez:



La Runa Blanca de Odín

Estaba claro que no podía ser casualidad. Morag habló.

—No hay duda Sarah, esa es tu runa y no podemos hacer más.

—¿Pero qué significa Morag? —pregunté. Ella guardó las piedras en una bolsita

—Cuando sale esta runa puede ocurrir cualquier cosa. La runa de Odín nos dice que en tu vida, está actuando una fuerza superior. Estás en contacto con el cumplimiento del Karma. Eres guiada en el camino y puedes tener la confianza absoluta, en que el momento está lleno de posibilidades. Al extraer esta runa, alégrate, pues el cambio está progresando en tu vida, aunque a menudo, se te pide un acto significativo equivalente a saltar al vacío, o una prueba de fe. — ¿Una prueba de fe? ¿Qué prueba de fe?—. Hasta cierto punto, esta runa puede simbolizar una muerte o una forma de muerte es decir, la muerte de algo en nosotros o de algún aspecto de nuestra vida, que llega a su fin. No significa que alguien vaya a morir, no te asustes. Se confirma un cambio, toca aceptarlo, fluir y desapegarse, es el reto más importante para una guerrera espiritual cómo eres tú —me explicó mirándome con fijeza—. Quédate con la siguiente pregunta: ¿cómo se puede controlar aquello que no tiene forma todavía? Y recuerda, el vacío es el final y es el principio, los obstáculos del pasado bien pueden convertirse en las puertas, que nos abren nuevos principios para el futuro —dijo.

Estaba hecha un lío, un auténtico embrollo, todo lo que me había dicho Morag no me aclaraba nada. Parecía uno de esos rompecabezas de cinco mil piezas que a mi padre tanto le relajaban y a mí me desquiciaban. ¿De qué acto de fe me hablaba? ¿Qué salto al vacío debía dar? ¿Qué puerta debía abrir? Necesitaba aire, necesitaba salir fuera.

—Discúlpame Morag —atiné a decir y sin más, me alejé de la casa, estaba cansada de toda aquella situación.

No me gustaba cuando las cosas escapaban a mi poder, por eso era la jefa de mi propia empresa. Me sentía un mero peón en un tablero de ajedrez que no era el mío, ni siquiera era mi partida. Unos hilos invisibles eran movidos por el Karma, los dioses o el destino. Palabras intangibles, inexplicables, que escapaban de toda lógica y control. Alejándome de todo lo que conocía hasta el momento.

Anduve hasta el roble, curiosamente estar sentada bajo su sombra me daba paz. Respiré como me enseñó Morag, intenté relajarme, no pensar en absolutamente nada, dejar la mente en blanco y fluir con su energía. Me sobresalté cuando alguien tiró de mí, ¿sería Kenan que había llegado ya a nuestro encuentro? Abrí los ojos para encontrarme con tres hombres sucios, barbudos y harapientos. Dos me habían cogido de las manos y un tercero me

miraba con lascivia. Me removí inquieta intentando liberarme.

—Mirad, la fierecilla pelirroja ha despertado de su letargo y parece que es una guerrera, mirad como intenta defenderse —rio el hombre que tenía a la derecha y olía a rancio.

—¡Soltadme indeseables o el laird acabará con vosotros! —grité. Los tres rieron al unísono.

—¿Pretendéis decirnos que sois la amante del laird, muchacha? No creo que a MacLeod le importe que nos divirtamos con una de sus amantes, dicen que es un laird muy fogoso y que ha preñado a la mayoría de chicas del pueblo, incluso a su mujer —rezongó el que estaba delante de mí, dando a entender que la mujer del laird, podía estar agradecida de que mantuviera relaciones con ella. Los otros dos reían ante la gracia de aquel estúpido—. Veamos qué maravilloso tesoro ocultáis bajo las faldas, igual encontramos uno —el hombre avanzó hasta mí dispuesto a levantarme la pieza de ropa. Pataleé como una posesa, hasta que le alcancé en su abultado abdomen. Cayó hacia atrás lanzando improperios—. ¡Maldita malnacida! Ya podéis ir despidiéndoos de que seamos amables —me amenazó y sacó un cuchillo afilado. Me detuve en seco cuando se acercó a mi cuello. Muerta no podía hacer nada, debía limitarme a ganar tiempo hasta que Kenan llegara, esperaba que no faltara mucho para ello.

—Disculpadme mi señor, me puse nerviosa, a mi laird no le gusta compartirme —dije mordiéndome la lengua—, además no se trata del laird MacLeod sino del laird Mackenzie, he venido con él a un encuentro que había en el castillo —me inventé. Los tres hombres se miraron y después rieron de nuevo.

—¿Mackenzie, decís? —asentí.

—Muchacha, Mackenzie tiene la bragueta igual de inquieta que MacLeod o incluso más. Tiene una hermosa mujer y aun así, todas se jactan en Eilean Donan de haber yacido con el laird. Si os ha prometido amor eterno, ha sido para colarse bajo vuestras faldas, igual que ha hecho con el resto, ahora estaos quietecita y no rajaré ese bonito cuello que tenéis, solo quiero ver la mercancía que se oculta bajo las ropas. —Pasó la afilada hoja de arriba abajo, rajando mi vestuario por entero. Silbó y separó mis vestiduras—. Mirad qué banquete muchachos, esta muchacha es pura ambrosía, no me

extraña que le guste al laird —comentó y se acercó de nuevo mostrando sus dientes putrefactos, me costaba respirar del olor que desprendían. Arrugué la nariz—. Fijaos, parece que nuestro aroma incomoda a la muchacha, pues si eso os disgusta, ya veréis cuando tengáis mi miembro en vuestra hermosa boca. Llevamos andando más de un mes para llegar hasta aquí, camuflándonos de los malditos *sassenach*^[8] para traerle noticias a Bruce, no hemos podido asearnos como vuestropreciado laird, porque estamos entregando nuestra vida por Escocia —soltó una risotada sin humor—. Si os ofende nuestro olor os aguantáis. Vais a cumplir como una buena escocesa dándonos alivio a los tres, seguro que Bruce os lo agradecerá —aseguró y acercó la mano a mi sexo y tiró con fuerza hacia arriba arrancándome parte del vello. Se me saltaban las lágrimas—. Mirad qué maravilla chicos, tiene una mata de fuego entre las piernas y las tetas más grandes que haya visto jamás. —Amasó mis pechos y tiró con fuerza de los pezones, grité del dolor.

—Es muy gritona jefe, tal vez sería mejor que la silenciáramos —adujo el que tenía agarrada mi mano izquierda, que era tan asqueroso como los otros dos.

—No hará falta, nuestra belleza de fuego no gritará o le arrancaré esta preciosa piel a tiras —sentenció, pasó la mano por mi vientre y con ambas separó mis muslos. Estaba claro que me iban a violar, solo tenía dos alternativas, morir luchando o dejar que sucediera. Cerré los ojos y me despedí mentalmente de mi familia y amigos, prefería morir antes que perder mi honor. El hombre bajó sus mugrientos pantalones para mostrar un miembro corto y grueso, empezó a meneársela ante mí, era repulsivo. Encima no dejaba de sonreír complacido—. ¿Os gusta lo que veis?

—¡Uy sí, creo que la tenéis enorme!, debéis ser la envidia de toda Escocia, seguro que cuando las mujeres os ven salen huyendo, con semejante dragón entre las piernas —solté socarrona y no pasó inadvertida, sus hombres se rieron entre dientes y él me miró enojado.

—¿Osáis reiros de mí muchacha?!

—¡Jamás! La tenéis tan grande y peluda que dudaba si se trataba de la de un hombre o la de un oso, ya sabéis lo que dicen... el hombre es como el oso, cuanto más velludo, más hermoso, seguro que descendéis de uno, tenéis la misma inteligencia —aclaré. Con semejante afirmación los otros dos hombres comenzaron a llorar de la risa.

—¿De qué os reís? ¡No ha tenido gracia! —gruñía. La polla que en un principio estaba morcillona, se había relajado ostensiblemente, si eso funcionaba no pensaba detenerme.

—Por favor mi señor, tomadme, nunca he tenido una como la vuestra entre las piernas —seguí con la chanza. Su sonrisa se amplió—. Tengo ganas de saber si sentiré algo cuando esa bolita peluda entre en mí, la de mi laird es tan grande que quiero saber si voy a notar algo —apostillé y el hombre rugió enfadado.

—¿Bolita peluda? ¡Lo que vais a notar es la fuerza de mi mano, descarada! —bramó. A esas alturas los hombres se desternillaban de su jefe—. Se os van a quitar las ganas de tomarme el pelo. Voy a daros vuestro merecido antes de metéroslo, así se os pasarán los deseos de hablar demasiado y reiros de los demás. ¡Levantadla! —ordenó. Los hombres tiraron de mí hacia arriba—. Desnudadla y colocadla inclinada hacia el árbol, pienso dejar sus nalgas tan rojas que no se va a poder sentar en una semana —afirmó. Yo forcejeé para intentar evitarlo, pero fue inútil, me superaban en número y eran más fuertes que yo. Encorvaron mi cuerpo en la dirección que les dijo, la cabeza pendía entre mis hombros, los pechos colgaban pesados y el trasero quedaba completamente expuesto—. Por detrás mejoráis, cuando os ponga el culo rojo como un fresón os daré por vuestro trasero, ese rosado agujerito vuestro tiene toda la pinta de ser virgen.

—¡Soltadme o el laird acabará con todos vosotros! —chillé furiosa. Rieron ante mi amenaza.

—Creéis que vuestro laird entrará en guerra con nuestro clan por una buscona como vos, no sois especial para él, solo un buen lugar donde descargar y eso es lo que vais a ser ahora —declaró y la primera palmada llegó picando como un demonio. Le había enfadado e iba a ser despiadado, al primer golpe le sucedieron cinco más, a cuál peor. Tenía ganas de llorar, pero por orgullo me contenía—. ¿Os gusta verdad perra? Tenéis un color rojo precioso, parecéis un plato de deliciosas bayas repletas de crema —me golpeó de nuevo—. Me encanta como vuestra carne blanda, se agita bajo la palma de mi mano. —«Y a mí me encantaría arrancarte los pelos de los huevos uno a uno para después cortártelos y hacer que te los tragaras», pensé. Pero dame tiempo esto no va a quedar así—. Atadle los brazos al árbol, quiero que le sujetéis las piernas separadas para poder tomarla a mi antojo —

exigió y los hombres corrieron raudos a obedecer. Estaba atada, expuesta y con tres hombre dispuestos a vejarme. Oí como alguien escupía y después unos dedos me ungían mi entrada trasera, me moví de nuevo intentando sacarme esa mano de encima, que comenzaba a presionar con fuerza en mi ano —. Estaos quieta gata salvaje o esto va a ser mucho peor para vos, ¿acaso necesitáis que os golpee más?

—Haced lo que queráis conmigo, pero voy a resistirme hasta el último aliento —vocee. Él se acercó y se frotó contra mi sexo.

—Que os resistáis me pone más cachondo, me encanta someter a las mujeres —me dijo. Estaba al borde del desmayo pero me obligué a responder.

—Podréis intentar someter mi cuerpo, pero jamás someteréis mi voluntad, mi alma, mi pensamiento o mi corazón. —Su dedo volvió a empujar en mi carne para abrirse paso.

—¡Soltadla! —gritó una cuarta voz. Me quedé muy quieta, era posible que Kenan hubiera llegado.

—Vaya mirad a quien tenemos aquí muchacha, si es el laird Mackenzie. Buenos días señor, estábamos en el bosque y esta muchacha se nos ofreció para aliviarnos un rato. Si lo deseáis la podemos compartir, seguro que no se queja.

—¡Mentira! ¡No les creas! ¡No me he ofrecido! —grité— ¡Están mintiendo!

—Os he dicho que la soltéis —respondió la voz acerada.

—Mi señor —respondió el cabecilla—, no nos apetece soltarla, la chica ya nos la ha chupado a todos, es una tragona de primera y ha prometido aliviarnos entre sus carnes por segunda vez, como comprenderéis no vamos a desaprovechar la ocasión. Llevamos mucho tiempo peleando por Bruce y necesitamos este premio.

—Dudo que Bruce tolerara lo que ibais a hacerle a esta muchacha, Bruce ama a las mujeres, las protege y no las veja de este modo. Desatadla de inmediato porque de no hacerlo por las buenas, lo haremos por las malas — les amenazó. Oí un relincho y un golpe, después ya no supe qué ocurrió, oía el acero entrechocar, eran tres contra uno, por muy fuerte que fuera Kenan tenía las de perder.

Se sucedían los gritos de dolor, hasta que finalmente sobrevino el silencio.

—¿Kenan? ¿Kenan? —chillé desesperada, hasta el momento había preferido estar en silencio para no desconcentrarle—. ¡Por Dios, dime que estás bien! —la cuerda que ataba mis muñecas se soltó, liberándome de las ataduras. Los brazos me dolían por la tensión y aquella posición tan incómoda. Cuando me incorporé, lo primero que vi fueron tres cuerpos ensangrentados en el suelo y lo siguiente, mi guerrero con un par de cortes abiertos y sangrantes. No lo pensé dos veces y me lancé a sus brazos para besarle. —Oh Kenan, menos mal que has llegado a tiempo, creí que no lo harías.

—Siempre llegaré a tiempo —su expresión preocupada cambió a otra llena de reproche—. Por todos los diablos muchacha, casi muerdo al veros ahí, ¿estáis bien? ¿Han hecho algo esos gusanos que no hayan pagado con creces? —me preguntó y me hizo gracia, hablaba como si hubiera algo más que hacer aparte de matarlos.

—No, os mintieron, no me hicieron nada, solo me desnudaron y golpearon el trasero, llegasteis justo a tiempo —le expliqué y sus brazos me apretaron contra él.

—¿Qué voy a hacer con vos *té bheag*? Sois mía, ¿me oís? De nadie más[A4].

—De nadie más —susurré mientras tomaba sus labios y sentía los músculos de su espalda contraerse bajo mis dedos.

Apoyó mi espalda contra el árbol y me tomó. Ambos lo necesitábamos, después de tanta violencia y el susto de muerte, era en lo único que podíamos pensar, en sentirnos, en poseernos y saber que seguíamos vivos. Tras un orgasmo arrollador, Kenan me bañó, después se ocupó de limpiar sus heridas que eran prácticamente rasguños superficiales. Me vestí como pude y con la cuerda, mi guerrero improvisó un cinturón para que no se me viera nada.

—¿Deseáis que os lleve a casa para cambiaros, Ciara? ¿O tal vez ya no queráis pasar el día conmigo? —me preguntó y negué con la cabeza.

—Nada me apetece más que pasar la tarde contigo.

—Me alegro, *nymph*. Vamos, os ayudaré a montar delante de mí. —Kenan me subió a su hermoso caballo negro y se pegó a mi espalda. El culo me escocía, pero no me importaba, jamás me había sentido tan feliz con algo tan

simple. Sentir su calor envolviendo mi cuerpo, sus músculos masajeando mi espalda y su entrepierna rígida mostrándome todo el deseo que le provocaba, fue embriagador.

Llegamos a un lugar que parecía mágico, era completamente verde, con decenas de colinas en miniatura y pequeños círculos de piedra, que conformaban un paisaje peculiar.

—¿Dónde estamos? Es increíble —suspiré.

—No me digáis que vivís aquí cerca y nunca habéis visitado el Faerie Glen —dijo. «El Valle de las Hadas», traduje mentalmente.

—Mi abuela y yo no tenemos un caballo que nos transporte, así que apenas salimos del bosque, ese es nuestro hogar.

—¿Así que vivís sola con vuestra abuela en el bosque, Ciara? —Asentí contra su pecho.

—Eso no es buena idea, dos mujeres solas e indefensas en un bosque... Que no os haya pasado antes lo que ocurrió con aquellos hombres, ha sido un milagro —afirmó. Un repentino escalofrío recorrió mi cuerpo al recordarlo—. No os preocupéis *té bheag*, ahora sois mía y yo siempre protejo lo que es mío.

No dije nada más, me empapé del paisaje que nos rodeaba, subimos y bajamos por las distintas colinas hasta llegar a una roca inmensa que sobresalía entre todas. Kenan me ayudó a bajar y juntos subimos por un estrecho camino de piedra.

—Este es el Castle Ewen, la roca que domina este paraje verde, subiremos a la cima y desde allí podréis contemplar el maravilloso paisaje. —Aquel Kenan me recordó a mi escritor, quien en los días pasados siempre había buscado el lugar más alto para mostrarme la inmensidad del sitio en el que nos encontráramos. «¿Qué estaría haciendo Kenan?», no pude evitar pensar en él, aunque fue breve.

El último tramo para alcanzar la cima fue complejo, mi laird tuvo que ayudarme, jamás había utilizado los brazos y las piernas de aquel modo para trepar a lo más alto. Una vez allí, fue sobrecogedor, la magia del valle se podía palpar. El pequeño lago a un lado de la ladera, las cascadas entre montañas en la distancia, me resultó curioso ver piedras colocadas simétricamente en forma de círculos.

—¿Qué son? —inquirí señalándolas.

—Son los espirales de piedras. Cuentan los bardos, que hay que recorrerlos hasta llegar al centro y una vez allí, pedir un deseo, tal vez las hadas se apiaden y lo cumplan —me explicó con una promesa intrínseca en la mirada— ¿Hay algo que deseéis, *nymph*? —me preguntó y su ardiente mirada me hacía pensar en solo una cosa, pero no debía olvidar mi cometido.

—Deseo conocerte más mi señor —respondí. Me resultaba extraño que yo le tuteara y él me hablara de usted, pero esa caballerosidad me daba un morbo terrible, así que no quise cambiar el modo de dirigirnos el uno al otro. Él tampoco me pidió tal cosa, así que supuse que le parecía bien.

—Me parece perfecto, comamos cerca de la cascada, después podemos bañarnos bajo la luz de la luna —comentó y su voz sugerente, me hizo anhelar lo que insinuaba.

—Lo estoy deseando...

Acampamos en un remanso de hierba, Kenan tendió una manta en el suelo y sacó un cesto repleto de fiambre, asado frío, queso, pan y cerveza. Me instó a que me sentara entre sus muslos, pues según él, quería que estuviera cómoda y deseaba alimentarme.

Me pareció algo realmente íntimo, nunca había dejado que un hombre me alimentara, para eso ya tenía yo dos manos. Pero con él era distinto, me sentía muy confortada, abrigada por su calor. Partía trozos pequeños de comida y me los ofrecía directamente en la boca.

—¿Puedo pedirte un favor, hermosa Ciara? —demandó. Su voz era ronca y yo ya tenía los pezones de punta, al sentir su dureza en mi trasero.

—Pide mi señor —respondí. Aquel hombre me hacía estar dispuesta a todo.

—¿Os podéis desabrochar la cuerda que ata las vestiduras y premiarme con la belleza de vuestro cuerpo? —sugirió. Suspiré ante aquella imagen tan erótica, yo medio desnuda, siendo alimentada por aquel hombre que cortocircuitaba mi cerebro. Mis dedos se movían solos, deshice el nudo con premura, abriendo la ropa para que pudiera contemplarme a voluntad. Contuvo la respiración y puso una de sus manos bajo mi pecho para sopesarlo y acariciar el pezón con el pulgar—. Sois tan bella, que cortáis el aliento.

Cuando os tengo cerca solo puedo pensar en poseeros —me dijo anhelante. Exactamente eso es lo que me pasaba a mí, pero debía centrarme, aunque sus caricias no ayudaban.

—Háblame de ti, cuéntame quién se esconde detrás del temible laird Kenan Mackenzie.

—¿Os parezco temible? —inquirió y yo apoyé la cabeza contra su hombro, torciendo el cuello para mirarle por un instante a los ojos.

—Conmigo no eres temible, pero está claro que eres un guerrero y uno muy fiero, en toda Escocia se habla de ti —le contesté. Dejó de acariciarme el pecho.

—¿Y qué sabéis de mi, *té bheag*?

—Lo cierto es que muy poco, solo he escuchado que eres fiero en el campo de batalla y en la cama, según aquellos hombres... —dije mordéndome el labio—, no te falta calor en el lecho —añadí. Él resopló y su caricia se prolongó a mi vientre.

—A los hombres les gusta hablar demasiado, es cierto que jamás me han faltado amantes —una punzada de celos me recorrió el cuerpo—, pero ninguna mujer me ha calado tan hondo como vos —me dijo y deslizó los dedos por la cara interna de mis muslos. Yo estaba sentada con las piernas abiertas y las rodillas flexionadas hacia arriba. Pensaba en aquellos fieros dedos recorriendo mi vagina y me lubricaba, sin poder hacer nada al respecto. Estaba palpitando de ganas por sentirle en mi interior, era una ansia animal tan poderosa e irrefrenable, que me costaba dominar.

—Hábladme de vuestra familia —le pedí. Quería saber si realmente él jamás le habló a Ciara de su mujer. Se puso tenso, la musculatura que antes me acunaba, ahora estaba rígida.

—Soy el mayor de tres hermanos, siempre supe que iba a ser laird y mi padre me preparó para la batalla. No soy un hombre tierno o hecho para el amor como un bardo, soy un guerrero y como tal, me comporto. La gente de mi clan confía en mí para que les proteja, eso he hecho hasta el momento y lo haré siempre, hasta mi último aliento. Para mí la lealtad con mi clan y con Escocia es fundamental —me contó y sonaba muy solemne, sabía que sentía lo que me decía—. Y ahora mi *té bheag*, vos también tenéis mi lealtad y protección.

27 CAPÍTULO (SARAH)



SUS Sus dedos habían pasado de acariciar el interior de mis muslos, a palpar abiertamente mi vagina, separando mis labios y ungiéndome con la humedad que yacía en ellos. Cuando sintió lo resbaladiza que estaba, me penetró con uno de sus dedos y lo sacó mostrándomelo.

—Lo veis, ¿veis cómo brilla? —me preguntó. Suspiré un sí, después llevó el dedo a su boca y lo degustó—. Sois lo más delicioso que he probado jamás, no me canso de vuestro sabor y sé, que no voy a cansarme nunca —aseguró volviendo a llevar la mano a la entrada de mi sexo, para penetrarme con

lentitud, mientras yo me agitaba bajo su toque—. No esperéis que salga poesía de mis labios, ni dulces palabras de amor, no estoy hecho para ello, pero os prometo mi bella Ciara, que cada día os demostraré lo mucho que me gustáis de otra manera —declaró y gemí con fuerza, cuando otro dedo entró en mi interior—. Eso es pequeña, entregaos —pidió y me agarré a su cuello, mientras me daba placer con los dedos—. Me gusta tanto que seáis tan desinhibida, que disfrutéis tanto con las cosas que os hago. Ver el deleite en vuestro rostro, me llena el corazón de algo que no entiendo, ni conozco —declaró. El vaivén ganaba intensidad, paró de mover los dedos en el interior, para frotar mi hambriento clítoris con la parte baja de la mano, sus dedos acariciaban el terciopelo caliente de mi vagina.

—Oh, Kenan —suspiré. Necesitaba moverme, lo intenté pero me lo impidió. Me acercó una copa de cerveza a los labios.

—Bebed —me ordenó, no sabía lo sedienta que estaba hasta que apuré todo el contenido, el último sorbo cayó de la copa, deslizándose por mi cuerpo hasta unirse con los efluvios de este—. Me encantan vuestros rizos rojos, me encanta hundir la nariz en ellos, aspirar vuestro aroma y que os vaciéis en mi boca —manifestó. Cuando me decía aquellas cosas, no podía evitar las contracciones que lanzaba mi vagina en respuesta—. Eso es *nymph*, estáis tan cerca que puedo sentirlo —observó. «¡Joder! ¡Y yo también lo sentía!»—. ¿Queréis estallar en mis dedos? —inquirió y sin esperar respuesta, coló un tercer dedo y creí desfallecer de placer.

—Sí, por favor —exclamé. Sus labios capturaron el lóbulo de mi oreja para morderla, mientras continuaba penetrándome rítmicamente.

—Pedídmelo Ciara, pedid lo que deseáis y os será concedido —me exigió. Nunca me había costado pedir las cosas, pero era tan alto mi grado de excitación, que apenas podía hablar.

—Por-por favor Kenan, deja que me corra en tu mano, te necesito, te necesito tanto —proferí y sus labios se curvaron en una sonrisa, podía notarlo en mi oreja.

—Vuestros deseos son órdenes —dijo y el ritmo fue in crescendo, cada vez más rápido, más fuerte, estaba desbocada, clavaba mis uñas en su cuello a cada envite, ya no podía contener los gritos, mis gemidos de placer retumbaban en todo el valle, hasta que con la fuerza de un tornado me corrí en

sus dedos, gritando su nombre. Sabía cuánto le gustaba oírme decirlo en la cima de la pasión y a mí me gustaba complacerle. No sacó la mano con inmediatez, esperó que los últimos coletazos del orgasmo abandonaran mi cuerpo, para retirar los dedos de mi interior. Esta vez me marcó con el rocío de mi propio cuerpo, bañando mi vientre y mis pechos. No fue hasta entonces, que me di cuenta de que tenía las uñas clavadas en la piel de su cuello. Acaricié la zona intentando aliviarle.

—Perdona —me excusé.

—No importa, me gusta lucir las marcas de la fiera —afirmó. Aquello me hizo sonreír.

—No has comido nada —observé.

—Con veros a vos, es suficiente para alimentarme. Sois todo lo que necesito.

—No digas tonterías —objeté. La ropa me molestaba, así que me desembaracé de todo quedándome desnuda ante sus ojos, que se agrandaron con deleite. Me arrodillé ante él, quiero que comáis, mientras yo os doy placer y no os detengáis o yo lo haré —manifesté. Sus ojos se agrandaron, pero no me rebatió. Levanté su falda para ver aquel precioso miembro erguido ante mí, humedecí los labios dispuesta a darle cabida.

Deslicé la lengua por todo el tallo sin dejarme una porción de piel, quería degustarlo por entero, necesitaba reconocer cada surco, cada vena. Tenía un glande hermoso, ancho, que me apetecía engullir y así lo hice. Le inserté en mi boca, ahuecando las mejillas para darle cabida. Fui bajando lentamente para amoldarme a su tamaño, mientras él resollaba. No cedí ni un milímetro, hasta que sentí mi nariz enterrada en el vello de su entrepierna, indicándome que había llegado al final del recorrido.

—¡Por San Ninian! ¡Jamás había cabido en la boca de ninguna mujer! —exclamó. «¡Pues prepárate para flipar guapo, te voy a hacer una mamada que no vas a olvidarte en la vida!».

Me preparé para lo que venía, no fue fácil controlar las arcadas, le follé con tal virulencia, que el glande golpeaba una y otra vez el fondo de mi garganta. Me costaba respirar pero me negué a detenerme, Kenan gruñía como un animal y empujaba las caderas hacia mi boca sin descanso. Le recibí y succioné sin descanso, hasta que en un envite demoledor lanzó toda su esencia

a la profundidad de mi garganta. Tragué dispuesta a dejarlo limpio, nada iba a escapar de mi boca, era completamente mío. Una vez saciados me incorporé y Kenan me besó saboreándose en mis labios.

—Ha sido increíble, *nymph* —aseguró.

—Lo sé —me jacté orgullosa— y ahora, responderás a todas mis preguntas mientras termino de darte el resto de la comida —le comenté luciendo una sonrisa, él asintió satisfecho— ¿Te has enamorado alguna vez Kenan? —pregunté directa. «Ahí estaba, sin anestesia y a bocajarro»

—Jamás, ya os he dicho que no estoy hecho para el amor —respondió. Por lo menos su mirada era sincera, o a mí me lo pareció.

—¿Cuándo te marchas? —interrogué.

—Pronto, en unos días —contestó y un vacío se instaló en mi pecho.

—¿Qué ocurre? —inquirió.

—Pensaba en lo mucho que te echaré de menos —repliqué. Su mirada de incomprensión me alertó.

—¿De qué habláis? ¡Vais a venir conmigo! —sentenció. Yo no tenía claro si Ciara debía viajar con él o no, al fin y al cabo, su historia se terminó porque Ciara conoció a Brígida. Si Ciara no viajaba, igual podía cambiar aquel encuentro.

—Yo no puedo irme Kenan, mi abuela está aquí, no puedo dejarla sola.

—Hablaré con ella, deberá dejaros marchar, no me iré de aquí sin vos. — Aquel hombre era muy obtuso, me iba a costar que entendiera que debía quedarme allí.

—Tú tienes tu vida y yo la mía —afirmé y me incorporé caminando hacia el agua, sentí su frescura en mis pies, mientras un cuerpo tan desnudo como el mío me envolvía.

—Sois mía, *té bheag* y yo cuido de lo que es mío, jamás voy a dejaros atrás, ¿me oís? —me dijo rotundo. En el fondo, yo tampoco deseaba que me dejara atrás, todo lo que sentía con él era tan primitivo y primario. Imaginarme sin Kenan me partía el alma, así que supuse que no era la opción que estaba buscando.

Dejé que me metiera en el agua con él y me hiciera el amor bajo la cascada, era todo tan intenso, aquel sentimiento de pertenencia cada vez se aferraba más a mí. Yo la reina devorahombres subyugada por la intensidad de aquel Highlander, que pertenecía a otra. Si se lo decía a alguien, jamás me creerían.

Tras nuestra sesión de sexo, nos secamos y vestimos, para pasear por las espirales de los deseos. En mi fuero más íntimo, pedí poder regresar al futuro y dar solución al enigma del pasado, para que Ciara y el laird pudieran ser felices, al igual que yo pensaba serlo con mi escritor.

Sobra decir que nada ocurrió, paseamos sumergidos en la magia del entorno, sin hablar, limitándonos a refugiarnos en nuestros pensamientos mientras enlazábamos los dedos el uno en el otro, como si de un pacto secreto se tratara. Después emprendimos el camino de regreso a mi hogar y en esta ocasión, me llevó hasta la puerta. Desmontó y me acompañó para despedirse de mí. Decía que no se fiaba de que alguien pudiera hacerme algo en el camino. Nos besamos hasta la saciedad, quedando para el siguiente día.

Así sucedió, volvimos a quedar para conocernos y amarnos hasta que nuestros cuerpos no podían más, aun doliéndonos todo el cuerpo, parecía insuficiente para nosotros.

Descubrí a un Kenan amante de la justicia, un hombre responsable, cuya misión y visión de la vida era cuidar de los demás. Luchaba por la libertad de Escocia, pues sus férreas convicciones le impulsaban a ello, era valiente, tenaz, duro en la batalla y fiel con sus amigos y creencias.

No me gustaba reconocerlo tan abiertamente, pero el laird Kenan Mackenzie había cautivado mi corazón. Cada vez que lo veía mis ojos se iluminaban, el corazón martilleaba con fuerza en mi pecho y no podía pensar en nada que no fuera pasar el resto de mi vida junto a él, aunque sabía que era imposible y que por otro lado, sentía algo muy similar por el Kenan del futuro.

Prácticamente me tiraba de los pelos, mis conversaciones con Morag eran desesperantes, ella intentaba calmarme y hacerme entender que ambos hombres eran uno, que no debía sentirme mal por lo que estaba haciendo o sintiendo, pero en mi fuero íntimo, sabía que engañaba al otro Kenan, aunque me fuera imposible evitar yacer con el laird. Dos caras de una misma moneda, dos mitades de un mismo hombre, dos amores prácticamente imposibles.

Había llegado el día de la verdad, era la noche del quinto día, a la mañana siguiente Kenan debía regresar a Eilean Donan y en principio, Ciara debía ir con él. Para mi sorpresa, una hora antes de mi cita con el laird, alguien golpeó la puerta mientras Morag y yo debatíamos sobre el significado de la runa de Odín. Necesitaba volver al futuro como fuera, no sabía qué estaba ocurriendo allí, y me negaba a pensar, que no iba a ser capaz de regresar jamás.

—Abre tú —me sugirió Morag. Fui hasta la puerta y abrí, para encontrar a Kenan en el exterior.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté nerviosa.

—Vengo a presentarle mis respetos a vuestra abuela y a que conozca al hombre, con quién mañana os vais a marchar.

—Kenan, tal vez sería mejor que habláramos antes tú y yo.

—¿Ciara, quién es? —inquirió Morag en voz alta interrumpiéndonos.

—El laird Mackenzie, *seanmhair* —respondí a regañadientes.

—Muchacha, no le dejes en la puerta, hazle entrar, nuestro hogar es humilde, pero respetable —me instó. Él me devolvió una mirada de “te lo dije” y entró como si fuera el rey de la casa. Se acercó a Morag e inclinándose le besó la mano.

—Señora, ahora entiendo de quién heredó Ciara la belleza —la aduló. No podía creerlo, las mejillas de Morag se abochornaron frente a mis ojos.

—Y yo también entiendo, porque mi nieta lleva cinco noches sin aparecer por casa —aseguró ella. Esta vez, el que se sonrojó fue Kenan—. Aunque con un guerrero como vos, yo hubiera hecho lo mismo —apostilló y él sonrió complacido, solo le faltaba que mi abuela le regalara los oídos, un momento..., había dicho mi abuela... ¡Oh Dios, estaba peor de lo que imaginaba!

—Señora O’Shea, vengo a decirle que quiero llevar a Ciara conmigo, como usted sabrá, mis tierras están al otro lado del mar, Eilean Donan es mi castillo y quiero que esté junto a mí. No pienso partir sin ella.

—Entonces, ¿pretendéis convertir a mi nieta en vuestra esposa, laird? —cuestionó Morag. «Un momento» pensé, «en el libro de Kenan, no aparecía el incidente de los tres maleantes, tampoco Ciara sabía que Kenan era laird y que

yo sepa, la conversación con Morag nunca tuvo lugar». «¿Estábamos cambiando ya el pasado? ¿Cómo afectaría eso al futuro?». Se podía palpar la incomodidad de Kenan. No quería cambiar demasiado las cosas por miedo a lo que pudiera ocurrir en mi época y cómo estuviera afectando todo aquello. Decidí interceder.

—Es muy pronto *seanmhair*, para decidir esas cosas, supongo que lo que le ocurre a Kenan es lo mismo que me ocurre a mí, nos cuesta mucho estar distanciados —intervine y vi como el laird respiraba aliviado.

—Tiene razón su nieta. Es muy pronto, de momento le garantizo que no le faltará nada, la atenderé como se merece —aseveró.

—¿La amáis, laird Mackenzie? Pensad muy bien la respuesta, porque de ella dependerá que deje que mi nieta vaya con vos —le informó Morag. Kenan volvía a estar nervioso, no era de extrañar, era un hombre parco, le costaba mostrar sus sentimientos con palabras, aunque no con sus actos.

—Mi querida señora, el amor es para las mujeres, yo soy un guerrero, no entiendo de sentimientos tiernos —trató de explicarle. Morag dijo de mala gana.

—No es eso lo que os he preguntado —aclaró. Kenan bufó, mientras ella iba a por una copa y le servía agua de vida—. Sentaos mi señor y bebed, después os volveré a formular la pregunta. El laird se sentó resignado y bebió sin estar muy seguro, parecía angustiado—. Ciara, ven conmigo fuera un momento, necesito que me ayudes.

—Sí, abuela —ambas salimos fuera.

—¿Qué ocurre? —musité en el exterior.

—Le he echado algo en la bebida —me indicó y la miré con sorpresa.

—¿Qué le habéis echado?

—Algo que le soltará la lengua y te ayudará a entender la verdad. Creo que uno de los problemas entre él y mi nieta, fue que Ciara nunca supo que el laird la amaba y Kenan es un hombre de principios tan firmes, que fue incapaz de traicionar la promesa a su amigo abandonando a Brígida. Creo que Kenan debe entender que ama a Ciara y hay que hacer que lo reconozca desde un principio. Si va tomando conciencia de ello, más fácil será cambiar las cosas para que en el futuro podáis estar juntos. Debes ir con él y trabajar mucho, la

parte emocional del laird.

—¿Yo? —cuestioné. No podía plantearme seguir enamorándome de Kenan, necesitaba regresar a mi vida—. ¡Debo volver a mi tiempo! ¡Ciara es la que debería estar aquí recibiendo esos consejos!

—Lo sé, pero quién está aquí eres tú, Sarah, así que de momento, te lo digo a ti, por si lo de esta noche no funciona —me explicó y la miré con ojos de sorpresa—. ¿Esta noche? ¿Qué ocurre esta noche? ¿Qué debe funcionar?

—El solsticio, Sarah. He estado meditándolo mucho, las druidesas tenemos un gran poder y trabajamos con las cuatro energías elementales agua, fuego, tierra y aire. Pero cuando tú diste el primer salto, solo contabas con un elemento —fue contándome. La miré fijamente.

—El agua —dije y ella sonrió.

—Exacto, creo que algo ocurrió cuando te metiste en el lago, debiste invocar a tu druidesa interior en ese momento y lugar. ¿Recuerdas qué ocurrió? —me preguntó y meforcé por recordar.

—Recuerdo que quise sentirme libre, que quise ser Ciara, comportarme como ella...

—Te invocaste Sarah, tomaste conciencia de tu yo interior, de tu alma y volviste. Esta noche es mágica y poderosa. Fíjate, el viento agita las copas de los árboles —me mostró y Morag me tendió un saquito con un cordel.

—¿Qué es?

—Átalo a tu cuello, lleva tierra de la misteriosa colina de Tara en Irlanda, de dónde procedemos.

—¿Tara? —interrogué. Era la primera vez que oía aquel nombre.

—Tara es el hogar prehistórico de los mágicos *Tuatha Dé Danann*, que se consideran descendientes directos o reencarnaciones de los bíblicos Resplandecientes, Elohim, los dioses creadores. En la cima de Tara se encuentra un enorme monumento de forma oval, que mide unos ciento setenta metros en su punto más ancho. A su alrededor hay trescientos hoyos de postes de dos metros de ancho, hay muchos historiadores que buscan dar una explicación. Como sabes, el roble es nuestro árbol sagrado —asentí—en la cima de Tara había trescientos hermosos robles, que dotaban de un gran poder

al lugar, ese era el punto de encuentro de Druidas y Druidesas, allí compartíamos hechizos, magia y mucho poder. Pero nos echaron de aquel lugar. A finales del siglo XII se produjo la conocida invasión normanda, una parte importante de la isla cayó bajo el poder de la nobleza cambro-normanda, muchos fueron desterrados. Nuestra familia, mi madre y mi abuela, se instalaron finalmente en el norte, en la zona de Ailech, allí es donde permanecieron los galeses, esperando recuperar el poder perdido, lo cierto es que poco a poco, se fue recuperando terreno, pero nada volvió a ser igual. En este saquito, tienes tierra sagrada de Tara, ella te ayudará a ampliar tu poder —estaba sobrecogida por toda aquella historia—. Ven, déjame que te la ate al cuello —me pidió y me aparté la larga melena de Ciara, que llegaba hasta la cintura para facilitarle la tarea.

—Gracias, *seanmhair* —le dije y cuando la llamé abuela sonrió y asintió.

—Haz que tu guerrero haga una hoguera con ramas secas de roble, con ella tendrás el fuego de tu parte. Cuando lo tengas todo listo, quítate la ropa, entra en el lago y siente a Sarah, es lo único que se me ocurre, *uaisín mo croí* —la abracé con fuerza, esperaba que todo aquello funcionara—. Vamos dentro, ya debe haberle hecho efecto.

Kenan estaba mirando fijamente unas caracolas que Morag tenía sobre la mesa.

—¿Os gustan, laird? —preguntó Morag que le estudiaba con curiosidad.

—Son muy bonitas —afirmó. Era cierto, eran muy brillantes y llamaban la atención.

—Cogedlas con las manos, haced una pregunta con vuestra mente y ellas os responderán.

—No creo en estas cosas —comentó y Morag se encogió.

—¿Qué podéis perder? Hacedlo y escoged creer o no creer —le pidió. Kenan las tomó, las agitó y las lanzó—. Interesante —respondió críptica—. A vuestra pregunta, dicen que vos sabéis exactamente qué debéis hacer, aunque no es una decisión fácil, vuestro camino está lleno de espinas y traiciones, laird Mackenzie. Solo en vuestro corazón se esconde la llave de la verdad, tenéis el poder de cambiar vuestro destino, pero deberéis elegir y una mala elección, puede pesaros el resto de vuestros días —le contó Morag. Su rostro era inquebrantable, tenía los músculos del cuello agarrotados.

—¿Tenéis más de ese licor? —preguntó taciturno.

—No conviene abusar mi señor, creo que mi nieta quiere salir a pasear con vos y no sería conveniente que no lo hicierais en plenas facultades, ¿no creéis?

—Tenéis razón —aseveró.

—Respecto a la pregunta que os formulé antes de salir... ¿Ya tenéis respuesta para mí? —inquirió Morag. Kenan giró el rostro primero hacia Morag y después hacia mí. Su gesto era solemne.

—No sé si lo que siento por vos Ciara, es amor, lo que sé es que la primera vez que vuestros labios tocaron los míos, sentí como si una espada hubiera atravesado mi pecho. El aire abandonó mis pulmones y la vida comenzó a abandonarme, por la mortal estocada de vuestros labios. —El corazón se me había disparado, sus ojos estaban brillantes y la barbilla le temblaba ligeramente. Kenan prosiguió emocionado—. Si el amor es sentir esa placentera muerte, entonces no habría muerte más dulce que perecer bajo vuestro aliento.

Aquello era lo más hermoso que jamás me habían dicho, no pude hacer otra cosa que abalanzarme sobre él, completamente sobrecogida y besarle con todo el amor que me estallaba en el pecho. ¡Oh Dios mío cómo amaba a ese hombre! El ligero carraspeo de mi abuela nos detuvo. Nos separamos arrebolados y deseosos de continuar donde lo habíamos dejado. Morag nos miró complacida.

—Kenan Mackenzie, contáis con mi beneplácito, si Ciara lo desea, mañana partirá con vos a vuestras tierras. Ahora podéis ir a festejar el solsticio —le comunicó y sus sabios ojos se desviaron hacia mí. Sabía qué debía hacer, pero me dolía tanto dejarles.

—Gracias, *seanmhair* —cuando la llamé abuela sonrió y asintió.

—Haz que tu guerrero haga una hoguera con ramas secas de roble, con ella tendrás el fuego de tu parte. Cuando lo tengas todo listo, quítate la ropa, entra en el lago y siente a Sarah, es lo único que se me ocurre, *uaisín mo croi*^[9]—la abracé con fuerza, esperaba que todo aquello funcionara—. Vamos dentro, ya debe haberle hecho efecto.

Kenan estaba mirando fijamente unas caracolas que Morag tenía sobre la mesa.

—¿Os gustan, laird? —Morag le estudiaba con curiosidad.

—Son muy bonitas —era cierto, eran muy brillantes y llamaban la atención.

—Cogedlas con las manos haced una pregunta con vuestra mente y ellas os responderán.

—No creo en estas cosas —Morag se encogió.

—¿Qué podéis perder? Hacedlo y escoged creer, o no creer —Kenan las tomó, las agitó y las lanzó—. Interesante —respondió críptica—. A vuestra pregunta, las caracolas dicen, que vos sabéis exactamente qué debéis hacer, aunque no es una decisión fácil, vuestro camino está lleno de espinas y traiciones, laird Mackenzie. Solo en vuestro corazón se esconde la llave de la verdad, vos tenéis el poder de cambiar vuestro destino, pero deberéis elegir y una mala elección puede pesaros el resto de vuestros días — su rostro era inquebrantable, tenía los músculos del cuello agarrotados.

—¿Tenéis más de ese licor? —preguntó taciturno.

—No conviene abusar mi señor, creo que mi nieta quiere salir a pasear con vos y no sería conveniente que no lo hicierais en plenas facultades ¿no creéis?

—Tenéis razón —aseveró.

—Respecto a la pregunta que os formulé antes de salir... ¿ya tenéis respuesta para mí? —Kenan giró el rostro primero hacia Morag y después hacia mí. Su gesto era solemne.

—No sé si lo que siento por vos, Ciara, es amor, lo que sé es que la primera vez que vuestros labios tocaron los míos, sentí como si una espada hubiera atravesado mi pecho. El aire abandonó mis pulmones y la vida comenzó a abandonarme por la mortal estocada de vuestros labios.

—el corazón se me había disparado, sus ojos estaban brillantes y la barbilla le temblaba ligeramente. Kenan prosiguió emocionado— Si el amor es sentir esa placentera muerte, entonces no habría muerte más dulce que perecer bajo vuestro aliento.

Aquello era lo más hermoso que jamás me habían dicho, no pude hacer otra cosa que abalanzarme sobre él, completamente sobrecogida, y besarle con todo el amor que me estallaba en el pecho. ¡Oh Dios mío cómo amaba a ese hombre!

El ligero carraspeo de mi abuela nos detuvo. Nos separamos arrebolados y deseosos de continuar donde lo habíamos dejado. Morag nos miró complacida.

—Kenan Mackenzie, contáis con mi beneplácito, si Ciara lo desea, mañana partirá con vos a vuestras tierras. Ahora podéis ir a festejar el solsticio —sus sabios ojos se desviaron hacia mí. Sabía qué debía hacer, pero me dolía tanto dejarles.

—Gracias, *seanmhair* —volví a abrazarla, presintiendo que esa vez sí iba a salir bien.

—*Turas maith* —Buen viaje, me susurró al oído. Ella también lo presentía, por una vez, alcancé a sentir la conexión. Kenan besó la mano de Morag prometiéndole de nuevo que cuidaría de mí. Salí de casa con el corazón en un puño.

Insistí a Kenan que quería recrear la noche en que nos conocimos a modo de despedida de mi tierra y de festejo para nosotros. Le pedí que encendiera una hoguera, como me había sugerido Morag, con las ramas caídas del roble.

El viento soplaba con fuerza cuando me desnudé junto al fuego. Mi Highlander también se desvistió y no pude evitar besarle con todo el amor que albergaba en mi corazón. No sabía si mi intervención habría sido suficiente para mi yo futuro, pero no podía esperar más o jamás me podría marchar de allí. Me aparté con desesperación de aquellos labios que me daban la vida y que tenían el poder de arrebatármela por completo.

Kenan me contemplaba con el brillo del amor incondicional en sus pupilas, del deseo más carnal y la promesa más profunda.

Entré en el agua sin él, de espaldas, sabiendo qué iba a ocurrir exactamente, así que no pude evitar que dos lágrimas se deslizaran por mis ojos antes de sumergirme por completo. Su imagen y los días que habíamos compartido me acompañarían para siempre.

Entré en las profundidades del lago visualizando los cuatro elementos, invocando el poder que se encerraba en mí. «Soy Sarah, una mujer, fuerte, valiente, decidida, una arpía de los negocios que está loca por un escritor con el cual todavía no ha podido estar plenamente. Necesito regresar a él, y por ello te dejo Ciara, recupera tu vida al igual que yo iré en busca de la mía. Quiero regresar a él», visualicé a mi Kenan del futuro, al otro hombre que tenía parte de mi corazón. Los pulmones me ardían, me estaba quedando sin oxígeno, me impulsé hacia arriba y emergí.

28 CAPÍTULO (SARAH)



Al momento de sentir que estaba fuera del agua no pude evitar buscar a Kenan y la hoguera con la mirada. Entonces lo vi, nunca creí que pudiera sentirme tan acongojada al comprobar que estaba allí, sola. No había fuego, ni rastro de Kenan, era descorazonador. Me puse a llorar desconsolada, sin poder detener el torrente de lágrimas que caían con la fuerza de la cascada.

Estuve a punto de sumergirme de nuevo para regresar, le necesitaba, no podía soportar la idea de no estar con él, era una especie de duelo interno, como el que sufres cuando sabes que no vas a volver a ver a los que más amas. «¿Pero qué estás diciendo?», dijo mi voz interior, «esto era lo que deseabas, volver a tu tiempo y arreglar las cosas con tu escritor. «No puedes quedarte en el siglo XIII». Hipando, con el moquillo colgando, salí del agua con la pena como compañera de viaje. Miré alrededor, obviamente no había nadie, ni nada de ropa, tal vez eso sí que seguiría en la casita.

Por un momento dudé de dónde me encontraba, no estaba segura de haber regresado al punto exacto en el cual me fui, ¿sería la misma época? ¿Cuánto tiempo habría pasado?

Hice lo que creí más conveniente, el camino de regreso a la casa de Morag. Inevitablemente las lágrimas siguieron cayendo, silenciosas, amargas,

lacerantes, hasta que logré detenerlas. Todo estaba muy oscuro, tuve que forzar la vista para ver en el interior. Entré en el pequeño hogar, con la misma esperanza que cuando salí del agua, aunque era inverosímil que Morag estuviera y Kenan no.

Vacía, completamente desierta y desangelada. De mi ropa ni rastro, allí no quedaba nada, absolutamente nada, igual que mi relación con el Highlander. «¿Y ahora qué?», pensé. Lo más fácil era poner rumbo al castillo, igual encontraba algo que ponerme por el camino, no tenía ganas que me detuvieran por escándalo público.

Anduve un buen trecho, iba tan ensimismada en mis pensamientos, que no me fijé en una raíz que sobresalía del suelo, ni en el desnivel que la precedía. Tropecé, cayendo sin remedio colina abajo, llenándome de hirientes rasguños, hojas y para rematar, cayendo en un maloliente lodazal donde aterricé de bruces. Era el colmo de la mala suerte «¿Qué más me podía ocurrir?». Parpadeé dos veces, había un coche aparcado en el acantilado, eso era buena señal, con un poco de suerte habría alguien dentro y me podría ayudar.

Me acerqué hasta la ventana del copiloto y miré hacia el interior. Dentro había una parejita que se estaba dando el lote, él le estaba metiendo mano dentro del escote, mientras le hacía un barrido con la lengua. Me supo mal interrumpir, pero necesitaba que me socorrieran. Como pude, me cubrí los pechos, no podía hacer nada con mi aspecto, que sería lamentable. Golpeé con suavidad en la ventanilla, pero no me escucharon, lógico pues con el calentón que llevaban, era imposible que me oyeran. Seguro que iba a chafarles el polvo, me daba igual, ya les compensaría con una buena propina. Probé a llamar con mayor intensidad, la chica puso fin al beso, giró la cara hacia mí y dio un grito desgarrador. Intentó zafarse del chico, yo seguía golpeando el cristal y ella a él.

Pude oír cómo le gritaba que se detuviera, que ya sabía ella que no debía haber mentado a sus padres diciendo que iba a la fiesta del solsticio...

—¡Ha venido a por nosotros, es una bruja, fíjate bien, está cubierta de algo asqueroso, va desnuda y tiene el pelo de fuego! ¡Arranca, arranca antes de que nos mate! —le decía. La rubita no paraba de santiguarse, mientras el pobre chico que no tenía más de dieciocho, me miraba aterrado.

No podían marcharse y dejarme allí. Vi que echaba mano al contacto e

hice lo primero que se me ocurrió, para que no se fueran... Trepé al capó, poniéndome delante intentando que él me mirara para calmarle e intentar que parara.

Lo único que logré fue que sus ojos fueran, de mi rostro a mis tetas con auténtico pavor. La chica le golpeaba con más ahínco. El motor rugió, mientras ella cogía el móvil y me daba con la linterna en todos los ojos para deslumbrarme. ¡Sería mala pécora! Entre el fogonazo de luz y el chico que arrancó dando marcha atrás, caí por el lateral sin que hicieran nada al respecto.

El coche salió quemando ruedas, mientras yo quedaba a dos centímetros del precipicio. Derrotada y dolorida puse rumbo al castillo. «¡Menuda mala suerte, solo me podía pasar a mí, dar con un par de merluzos como aquellos!». Anduve un buen trecho cuando escuché el sonido de un coche, estaba claro que se acercaba, me tapé como pude las partes nobles, para buscar la ayuda que necesitaba.

Por suerte era un coche patrulla, nunca había sentido un alivio tan grande. Fui directa hacia él, iba inusualmente despacio, como si estuvieran buscando algo. Cuando los faros me enfocaron de pleno el coche se detuvo, las puertas se abrieron y dos imponentes policías descendieron de él. Caminaron con cautela hasta tenerme a escasos pasos.

—¡Oh menos mal que han venido, agentes! —exclamé aliviada— Yo...

—¡No se mueva! —dijo uno apuntándome con el arma— Levante las manos y no haga ningún movimiento extraño, si tiene un arma será mejor que la arroje —siguió con su retahíla. ¿De verdad insinuaba que iba armada? Me debía haber tocado el policía estúpido. Lo miré desafiante.

—¿Un arma? ¿En serio, lumbreras? ¿Y dónde piensas que la tengo metida, en el culo? —le pregunté. Pareció ofendido ante mis palabras, pero ¿qué esperaba?

—¡Le he dicho que levante las manos! La hija de los Collins nos dio el aviso de que una bruja loca, quiso robarles mientras charlaba tranquila con John Harper —me informó. ¡Esa zorrilla de pacotilla!

—Mire, agente, aquí el único que quería robar algo, era ese tal Harper, buscándolo entre los pechos de la señorita Collins, yo solo...

—Silencio, maldita loca y levante las manos de una vez —me ordenó. «¿Maldita loca? Debía de tratarse de una broma, ¿y esos eran agentes de la ley? ¿Los que debían protegerme?» Estaba tan enfurecida, que sin pensarlo dos veces fui andando directa hacia él, que no paraba de decir sandeces. No me importó que me gritara que me detuviera en nombre de la ley, no me importó hasta que sentí una descarga eléctrica que me dejó fuera de juego, caí al suelo retorciéndome del dolor.

—Huele que apesta —comentó el lumbreras.

—Será mejor llevarla a la comisaría y que pase la noche allí, antes de que vaya asustando a la gente, le he metido una buena descarga, casi la frío.

—Tienes razón, Miles, llevémosla —asintió el lumbreras. Miles me cargó con reticencia, metiéndome en la parte trasera del coche, me habían dejado en tal estado que no podía ni hablar. Los ojos se me cerraron lanzándome a la oscuridad más absoluta.

Cuando desperté estaba en una celda, sola y con una manta encima, por lo menos se habían dignado a cubrirme, tras gritar unas cuantas veces si había alguien, otro agente distinto a los anteriores vino en mi busca. «Sé amable», me dije, descontrolándome solo había logrado una descarga y que me encerraran.

—¿Qué quiere? Estoy viendo el partido y sus gritos no me dejan concentrarme —me gruñó. Necesité varias respiraciones para no decirle a ese hombre que se metiera el partido por donde le cupiera.

—Disculpe, agente, ¿podría decirme qué día es hoy y en qué año estamos? —le interrogué pues necesitaba asegurarme, de estar en la época correcta.

—Realmente está como una regadera, ya me lo advirtieron mis compañeros, por suerte con su huella hemos localizado a su familia y están de camino... Pensaban que había desaparecido —me informó. Abrí los ojos desmesuradamente.

—¿Mi familia? ¿Cómo que mi familia? —dije asustada.

—Sus padres, señorita Alcántara, usted desapareció hace cinco días, bueno seis para ser exactos, ya que en este momento estamos a viernes. Fue vista por última vez en el lago del castillo, sus amigos peinaron la zona. Hace un par de horas que sabemos quién es usted, así que avisamos en primer lugar

a sus padres que están en Edimburgo y a sus amigos que estaban más cerca. Prácticamente todo el mundo la estaba buscando, muchos la dieron por muerta, aunque está claro por su aspecto y las cosas que pregunta, que lo único que le sucede es que ha perdido la cabeza.

—¿Qué yo he perdido la cabeza? ¡¿Qué yo la he perdido?! —bramé poniéndome en pie a lo Escarlata O'Hara con la manta resbalando por mi cuerpo— Mire, mentecato, hasta ahora he sido muy educada, pero le juro que en cuanto ponga un pie fuera de este agujero, les voy a interponer una demanda que preferirán que alguien les hubiera metido una porra por el culo. Mi abogada, va a dejarles temblando, ¡sin ganas de tratar a una mujer como han hecho conmigo, jamás! Esto es denigrante es...

—¿Sarah? —La pregunta llegó como un bálsamo a mis oídos. El policía era alto, así que tuve que ponerme de puntillas para asegurarme que esa voz era de... Kenan. Me llevé las manos al cuello, mi guapo escritor estaba allí de pie, demacrado, con unas ojeras que le llegaban casi a los pómulos, la barba descuidada, a medio camino entre la suya y la del guerrero que había dejado atrás y el pelo alborotado. Di un paso tras otro hasta agarrarme a los barrotes, necesitaba abrazarle, sentirle de nuevo.

—Kenan —susurré.

—Haga el favor de abrir la puerta agente —su entrecejo se había fruncido — ¿Cómo es posible que la hayan dejado así, en ese estado tan lamentable, sucia, desnuda y oliendo a estercolero? ¿Es que acaso no tienen dignidad? Ni a un animal se le trata de este modo —protestó. No me había visto, pero por lo que decía Kenan debía estar fatal, sentí vergüenza del estado tan poco atractivo que debía estar mostrando. Fui hacia la manta y me cubrí.

—¿Y usted quien se cree que es para hablarme así? —inquirió el oficial, que estaba de brazos cruzados mirándole desafiante.

—Soy Kenan Mackenzie, hijo del superintendente jefe Mackenzie —le aclaró y el policía abrió los ojos en reconocimiento—. Y ella, a la que han tratado de este modo, es Sarah Alcántara, mi prometida —continuó. El policía entrecerró los ojos.

—¿Su prometida? Pero si el otro día, salió una foto suya en el periódico con una preciosa morena que decía ser su prometida y aseguraba estar esperando un... —intentó hablar el policía. Kenan le interrumpió.

—Estará confundiéndose —respondió nervioso—. En todo caso Sarah es mi jefa y la dueña de una de las editoriales más importantes de España, así que haga el favor de sacarla de ahí y dejarle que por lo menos tome una ducha —exigió. De fondo se oyó un griterío.

—¡Que nos deje pasar, pedazo de alcornoque! —Aquella era la inconfundible voz de Marge.

—¡No pueden pasar! ¡Deténganse!

—Porque tú lo digas, no nos conoces lo suficiente, nada ni nadie nos detendrá para ver a Sarah por muy policías que seáis, no quieras averiguar porque me llaman hija de Satán. —Oír a mi Jud, me arrancó una sonrisa.

—¡Eso es! Nadie puede con el aquelarre de Sarah, ni usted ni nadie —añadió Mar. Incluso la dulce Mar estaba allí. Entraron en tromba y un grito de horror escapó de sus labios en cuanto me vio, aunque no pudo evitar echarse a llorar—. Ay, Sarah, ¿qué te ha ocurrido? Eres como una fusión entre Bigfood y la Superheroína Hiedra Venenosa, con el pelo tan rojo y tantas hojas en él —comentó. La cosa iba de mal en peor...

—Y no te dejes que huele como una mofeta —apostilló Jud arrugando la nariz.

—Pues, mi humor no está mucho mejor que mi olor —protesté.

—No me extraña, jamás te había visto con esas pintas de indigente —rezongó Jud—, mofeta se queda corto, hueles como un vertedero, aunque nos alegamos de verte igualmente, jefa —apostilló. No podía dejar de pensar en la mala pinta que llevaba y el hedor que desprendía, para que me estuvieran diciendo todo aquello.

—Vamos chicas, su olor y su aspecto son lo de menos, ha aparecido y eso es lo que importaba —me defendió Marge como mamá gallina— ¿Qué te ocurrió? ¿Te secuestraron? ¿Te metieron en algún tipo de zulo y has logrado escapar? —Todas las miradas estaban fijas en mí. ¿Qué les contaba? ¿Qué había viajado al pasado? Obviamente no podía decirles la verdad, así que tuve que seguir la falsa teoría del agente, o por lo menos adaptarla.

—No sé qué me ocurrió exactamente, solo que cuando desperté estaba sola en medio de un bosque, no supe quién era o cómo había llegado hasta allí —me miraban con los ojos muy abiertos—. Estaba desorientada, no sé, tal vez

fue algo de estrés post traumático, me pasé días caminando sin rumbo—. Aquello era fácil, las poblaciones estaban bastante alejadas las unas de las otras, podía no haberme cruzado con nadie. —Finalmente, ayer por la noche recuperé la memoria y como pude, intenté orientarme, lo primero que vi fue un coche, me acerqué a ellos, pero en mi estado se asustaron —el poli resopló y yo seguí con mi diatriba—. Necesitaba decirles que estaba bien, así que cuando la policía me encontró pensaba que estaba a salvo, pero no fue así, me dieron con una Taser, una de esas armas de descargas eléctricas.

—¡Hijos de Puta! —gritó Jud ofendida, vi las intenciones de Kenan cuando fue a tomar al agente por el hombro.

—Pero no fue este agente y en la defensa de los otros, diré que su capacidad intelectual dejaba mucho que desear... Lo importante es que estoy bien y que me habéis encontrado —aseguré. Había alivio en sus rostros, leí la placa del policía intentando empatizar—. ¿Verdad que va a sacarme para que pueda asearme, agente McAllister? —le pregunté. El hombre se sintió tan presionado que finalmente abrió la celda y me vi embutida en un abrazo múltiple, que duró lo que tardó en penetrar mi olor al cerebro de mis amigas. Se separaron de golpe.

—Te hemos traído ropa, será mejor que te duches y después seguiremos achuchándote —aseveró Jud. Las chicas se apartaron y Kenan entró en la celda, no quería estar con él de ese modo, además cuando le miraba no podía evitar sentirme culpable por acostarme con mi laird.

—Será mejor que hablemos después —le dije antes de que avanzara más —, necesito esa ducha con urgencia.

Respetó mi espacio personal y no pude evitar agachar la mirada cuando pasé por su lado, la culpabilidad me corroía el alma.

Seguí al agente McAllister hasta los vestuarios y allí me di una ducha de más de media hora, saqué roña hasta de debajo de las baldosas. Tenía miedo de quedarme a solas con Kenan, ¿qué iba a decirle? ¿Cómo iba a comportarme con él? ¿Y qué había sido eso de la foto con Brigitte? Estaba completamente desconcertada.

Me miré al espejo. Volvía a ser yo en imagen, pero en espíritu sentía que algo había cambiado, no sabía cómo describirlo, pero estaba ahí pulsando, con ganas de brotar hacia fuera. Allí estaba Sarah Alcántara, la mujer

implacable, la víbora de editorial, la que había caído rendida en los brazos de un Highlander. «Vamos Sarah, échale narices, nunca te has acobardado y no vas a empezar ahora». Erguí la espalda, enfundada en un vestido negro de tubo con manga corta y escote asimétrico y unos zapatos negros de tacón. Cuando salí un par de agentes me silbaron.

—Si hubiéramos sabido que en el vestuario había premio, habríamos entrado contigo preciosa —comentaron. No estaba de humor para milongas.

—Y si yo os hubiera visto entrar, os habría dado una patada en el culo, os hubiera quitado la Taser y os hubiera freído bajo la ducha, como un huevo en la calzada de Écija, en pleno agosto —respondí. El compañero le dio un codazo y se echó a reír.

—Menudo genio se gasta la pelirroja, será mejor que la dejes tranquila —observó. No pensaba hacerles caso, solo quería salir de allí y recuperar mi vida.

Todos me esperaban en la sala principal de la comisaría, como no llevaba nada encima cuando entré, salí sin más, después de prestar declaración sobre lo ocurrido.

Cédric apareció en la comisaria y se ofreció a que descansáramos en su castillo, antes de ir a Eilean Donan, que era nuestra siguiente parada oficial, ya nos habíamos retrasado demasiado.

En el camino de regreso, Kenan se marchó con MacLeod y yo con las chicas.

A riesgo de que me tomaran por loca en cuanto puse el culo en el asiento, les dije que les tenía que contar algo. El trayecto de la comisaria al castillo no era muy largo, pero fue lo suficiente como para que les contara, con pelos y señales, lo que me había ocurrido. Ninguna habló, estaba claro que creían que su jefa estaba loca de atar. Cuando terminé con el relato, Jud silbó rompiendo el silencio.

—Para que nos quede claro, así que eres descendiente de una Diosa calientabraguetas, que se dedicaba a follar a diestro y a siniestro, con el hombre que escogía. Te reencarnaste en ti misma, pero con un cuerpo de dieciséis y tras perder la virginidad, llevas cinco días dándole de comer al pavo sin parar. —Menudo resumen... —¡Eres la puta ama! Cuéntame cómo se hace eso que yo también quiero ir de picos pardos, a ser posible en una isla

repleta de amazonas desnudas y tirármelas a todas —sugirió Jud divertida.

—Si no nos quieres contar la verdad no hace falta que lo hagas —respondió Mar—, nos basta con saber que estás bien.

—Pero es que es la verdad —aseguré y las tres se miraron, después a mí y se echaron a reír.

—Vamos, Sarah, no nos tomes el pelo, nosotras no somos Kenan, si te largaste con algún buenorro nos lo puedes contar, tal vez te entró el pánico por lo vuestro y quisiste huir. Además, no es de extrañar con todo lo que ha pasado estos días...

—¿Qué ha ocurrido? —le pregunté a Marge. Pero ya habíamos llegado al castillo.

—Será mejor que lo aclaréis vosotros, mírale ahí le tienes —comentó. Kenan estaba de pie, esperando fuera del coche, en cuanto aparcamos vino hacia el nuestro. Esperó a que yo saliera y en cuanto lo hice, me tomó de la mano fundiéndome en un abrazo que me dejó sin aliento. Había olvidado lo bien que me sentía entre sus brazos.

—Vamos dentro Sarah, necesitamos hablar —me dijo. Su voz caliente como el whisky, me hizo temblar.

Le seguí como una autómatas, hasta llegar a la habitación que él había ocupado durante la estancia en el castillo. En cuanto entramos me arrinconó como un depredador contra la pared y saqueó mi boca desatando el mismísimo infierno entre nosotros. Gemí en ella, busqué su lengua llena de desesperación, él no se amilanó, contraatacó buscando la mía. Sus manos recorrieron mi cuerpo, grabándome a fuego con su tacto. Me tocaba con una angustia desmedida, como si no pudiera creer que estaba allí con él. Le necesitaba tanto que cuando tiró de mi vestido hacia arriba no me negué, me quedé desnuda, sólo con una minúscula braguita.

—Te he echado tanto de menos Sarah, no sabes lo angustiosos que han sido para mí, estos días sin ti —aseguró mientras tomaba mis pechos con ansia, introduciendo uno de los pezones en la boca.

Mi vagina zozobraba, exigía las atenciones del hombre que me devoraba con desasosiego. Acarició el costado de mi cuerpo para romper las bragas de un tirón y que cayeran al suelo despedazadas.

—Mmmmm, Kenan —gimoteé cuando pellizcó mi clítoris e introdujo uno de sus dedos—, te necesito tanto.

—Shhhhh, preciosa, lo sé. Estás empapada y yo no puedo estar por más tiempo alejado de ti —declaró. El momento de la verdad había llegado, Kenan me cogió en brazos para depositarme con dulzura sobre la cama—. Tócate para mí Sarah, piensa que soy yo quien te está dando placer mientras me desvisto.

Lo primero que hice fue separar los muslos y con la mano izquierda exponer mi sexo ante sus ojos, Kenan ardía de deseo y yo quería agitarlo hasta el límite. Separé bien mis pliegues para acariciarme, como me había pedido, mientras tanto, Kenan prácticamente se arrancaba la ropa. Era como estar con la versión dos punto cero de mi Highlander. Su musculatura era algo menos pesada, tenía el vello de todo el cuerpo recortado y ninguna cicatriz cruzaba su pecho. Pero ambos tenían una masculinidad gloriosa, que se alzaba insolente dispuesta a atacar.

Kenan se colocó un condón, ¿cómo sería follar con él con esa barrera entre los dos? No estaba muy segura que me gustara tanto, como sentir su carne sin un precinto de garantía. Pero no podía pedirle que estuviera conmigo sin protección.

—¡Joder Sarah me vuelves loco! Necesito que seas mía, que te entregues a mí, han sido unos días terribles, no quiero sentir nada más que sea nuestra piel.

—Yo también te deseo, Kenan —exclamé y era cierto, aunque también deseaba al otro Kenan. Se tumbó sobre mí frotando su cuerpo contra el mío. Su sexo, contra mi vagina, sus dientes contra mi cuello.

Me subió las piernas a sus hombros, exponiéndome ante él, mientras miraba con fruición mi vulva dispuesto a darme placer. Mi escritor, era tan magistral como el guerrero, en esas lides ambos eran idénticos, sus bocas me amaban de un modo subyugante que mi cuerpo reconocía al instante.

—Hoy voy a tomarte, Sarah —anunció y me lamió, trazando con su lengua un húmedo sendero entre mis pliegues, succionó con deleite mis labios inferiores y saboreó la gruta oscura de mi placer. Cuando me tenía lista, bajó las piernas asentándolas alrededor de su cintura, presentó la punta de su miembro en mi abertura, que estaba más que dispuesta—. Dime que deseas

esto tanto como yo, Sarah —me pidió y le miré atravesando aquellos ojos negros, intentando llegar al fondo de su alma, intentando que nos reconociéramos más allá del momento o el tiempo.

—Yo te deseo, Kenan Mackenzie —declaré y mi voz tembló solemne, antes de que se abriera la puerta de par en par.

—¡Keni! —La estridente voz de Brigitte alcanzó mis oídos. Giré el rostro estupefacta para encontrarme con ella entrando en la habitación. ¿Qué narices hacía ella allí? ¿En serio pensaba entrar para interrumpirnos?—. ¿No estarás follándotela, verdad? —«No, es mi ginecólogo, no te jode!». Kenan se detuvo. Su mirada se transformó a una máscara fría e implacable. Brigitte cerró tras de sí con ella dentro—. Te dije que podías tirarte a cualquiera, menos a ella, ya sabes que no me importa que nos divirtamos con otras personas, pero con esa zorra pelirroja no, ella está vetada, quita tu polla de ahí —le riñó como si fuera un crío. Iba a gritarle que se largara, cuando acarició su vientre y soltó la bomba—. A nuestro bebé tampoco le parece bien que su padre se tire a esa mujer —añadió. Dejé de respirar, era como si me hubieran abierto el pecho en canal, tenía la mandíbula tan desencajada que apenas podía hacerla regresar a su sitio—. No sé qué puedes verle a esa vacaburra pelirroja, cuando me tienes a mí —comentó acariciándose el cuerpo, para fijar la mirada en la mía—. ¿Y tú por qué me miras así? ¿Acaso Keni no te dijo lo del bebé? Si ha salido en todos los periódicos, pronto nos casaremos y tendremos un hermoso niño igual que su padre o una belleza como su madre.

—¡Brigitte, cierra la puta boca, quieres! —rugió Kenan, que seguía agarrándome con fuerza de las caderas.

—¿Acaso miento, Keni? —preguntó mimosa. La muy hija de puta se acercó mirándome con saña y se atrevió a agarrar a Kenan por detrás, mientras me tenía abierta para él—. No sé qué le ves, nunca te han gustado las gordas y esta lo tiene todo gordo, las tetas, el culo, hasta el coño es enorme, seguro que la polla te baila ahí dentro, lo tiene dado de sí —añadió burlona. «¡¿Dado de sí?! ¡¿Dado de sí?! Ella sí que lo tenía dado de sí, pero el cerebro, que era tan minúsculo que le bailaba en la cabeza, no se podía ser más zafia». Empujé a Kenan con las piernas y fui directa a por la arpía, no pensaba tolerar que me denigrara un instante más.

—Que poco ingenio debes tener, cuando lo único que sabes hacer es atacar el físico de una mujer, tu pobreza interior es tan grande que solo te permite

clasificar a las personas por la talla que usan. Pues lamento decirte que mi XXL, no abarca solo mi físico, sino mi inteligencia, mi personalidad y mi corazón. Quédate con tu XXS y su enorme polla, que al parecer, es lo único que tiene si es capaz de estar con una perra como tú. Por eso no estudié veterinaria, porque aborrezco a las perras, las zorras y las lagartas, ojalá todas estuvierais en peligro de extinción —dije escupiendo con odio, después me dirigí a Kenan, que no sabía cómo reaccionar—. En cuanto a ti, un hombre que no tiene agallas para decirme la verdad con tal de follarme, no es un hombre, es un merluzo y yo odio el pescado —le solté. Agarré el dedo donde estaba mi anillo de compromiso y con el corazón roto tiré de él con fuerza, para mi sorpresa salió solo, como si estuviera untado en mantequilla, hasta él quería desembarazarse de Kenan. Lo lancé sobre la cama con rabia—. Ahora ya puedes entregárselo a ella, en el fondo, a mí nunca me perteneció —terminé mi discurso. Kenan me miró con dolor, mientras la serpiente de Brigitte sonreía sibilante a su espalda. Agarré mi ropa para salir por la puerta, no iba a estar un instante más con ellos.

—¡Sarah, espera! —El grito de Kenan llegó demasiado tarde, no quería saber nada más de él.

29 CAPÍTULO (KENAN Y SARAH)

—¡Suéltame joder! —le grité a Bri, mientras ella rodaba sobre la cama y tomaba el anillo.

—¿Qué es esto, Kenan, y qué representa? —había hecho las cosas mal, muy mal y lo sabía. Me quité el condón lanzándolo con rabia.

Cuando Sarah desapareció durante la sesión debajo del agua, estuve horas sumergiéndome para buscarla. Salí de allí con los labios amoratados, con hipotermia y porque me obligaron.

Un equipo de buzos profesional se desplazó hasta el lago para darnos la mejor noticia posible, dadas las circunstancias, Sarah no estaba en el fondo del lago, por lo menos no se había ahogado.

Fueron cinco largos días de búsqueda, la noticia salió por todos los medios, incluso mi familia vino para buscar a Sarah.

Nadie sabía dónde podía estar o qué le había podido ocurrir. Al ver que Sarah no estaba, y en cuanto le dieron el alta a su padre, Brigitte regresó a Dunvegan, con tan mala suerte que coincidió con mis padres, presentándose como mi prometida, y futura madre del bebé que llevaba en el vientre.

Mis padres y mi hermana quedaron en estado de shock, y no me quedó más remedio que contarles la verdad

respecto a Sarah, cuando Brigitte no nos oía. Fue un planchazo para mi familia, Sarah les había encantado, y ahora tenían como futura familiar a Brigitte. Intenté explicarles que no sabía nada del embarazo y que no estaba seguro si seguir con ella, pero mi padre se cuadró se empeñándose en que arreglara el desaguisado.

Mi padre era un hombre de honor, chapado a la antigua, por mucho que le gustara Sarah, no iba a claudicar en eso. La lealtad, los hijos y la familia, eran lo primero, le daba igual que me hubiera enamorado de Sarah, además me dijo que en cuatro días que la conocía era imposible, que tenía a mi “verdadera prometida” embarazada y que no pensara que iba a dejarla sola, con mi hijo, porque me creyera enamorado de otra.

El “nuevo mejor amigo” de Bri, tampoco se marchó, Sind la consolaba, mientras yo me pasaba el día con Suzane buscándola en todas partes, mi hermana fue la única persona que me comprendió.

—No puedes tener un hijo con una persona por compromiso, Kenan, un hijo es algo muy importante, es una personita que vas a tener que cuidar el resto de tus días.

—Crees que no lo sé —le respondí mientras peinábamos

una zona cercana al castillo—, pero Bri no quiere ni oír hablar de la palabra aborto.

—Bueno, es que para ella tampoco debe ser fácil —suspiró Suzane con pesar— tampoco puedes exigirle que no tenga al bebé, es tanto tuyo como suyo y no deja de ser una vida —lo sabía, pero no se me ocurría nada para enmendarlo— ¿Cómo ocurrió? ¿No tomabais precauciones?—me encogí.

—Todavía no me lo explico, la verdad, siempre usamos condón, según ella, debió haber alguno defectuoso...

—¿Y no puede ser de otro? —sugirió Suzane con tiento.

—No, Bri no me mentiría en algo así, una cosa es que sea superficial y otra una mentirosa. Desde el principio, me dijo cómo era, mantenemos una relación sexual abierta, nunca pretendió ser lo que no era, si dice que el bebé es mío, lo es, además a los otros no les permitía correrse dentro, aunque llevaran condón. Ese privilegio estaba reservado para mí. No espero que lo entiendas o lo compartas —Suzane no decía nada, solo escuchaba—Pero al margen de lo que tenga con ella, no significa que no me haya enamorado de otra.

—Así que estás enamorado de Sarah.

—Como no lo he estado nunca de nadie. Siento una conexión extraña, como si nos conociéramos de siempre, como si estuviéramos predestinados, no sé cómo explicarlo.

Con Sarah todo fluye y con Bri tengo que esforzarme para que lo haga —nos sentamos junto a un roble cercano al lago, donde vi por última vez a Sarah, necesitaba descansar, llevaba varios días sin dormir. Me apoyé por un instante y cerré los ojos agotado, abatido, Suzane seguía rebuscando alguna pista.

—Descansa un rato, ahora vuelvo, voy a mirar por allí —estaba extrañamente agotado, tanto que no tardé en quedarme dormido para viajar a otra época.

Estaba en ese mismo árbol donde una hermosa pelirroja con una cabellera que le llegaba a la cintura se hallaba desnuda abrazada a él.

No pude evitar tocarla, acariciar su piel nacarada mientras gemía bajo mi toque, bajé hacia sus muslos, los saboreé necesitando alcanzar aquel sedoso punto que encerraban sus piernas.

Sabía como Sarah, jadeaba como Sarah, olía como Sarah, pero en el fondo sabía que se trataba de Ciara.

En ese árbol la tomé en mi boca, hice que alcanzara un devastador orgasmo entre mis labios, para después hacerla mía contra el roble.

Era mía, lo sabía y lo sentía en cada envite, en cada suspiro, en cada jadeo.

Alguien me despertó del sueño sacudiéndome

suavemente, era mi hermana.

—No he encontrado nada, es tarde, será mejor que vayamos al pueblo a cenar, necesitas comer algo y descansar, apenas lo has hecho estos días —me puse en pie, pudiendo paladear su sabor entre mis labios. «¿Cómo podía tener aquellos sueños hipermegarealistas?»

—Es una ciudad, Suzane, no se te ocurra decirles a los de Dunvegan que es un pueblo o te ahorcarán —la rectificué.

—Una ciudad no puede tener menos de veinte casas, di lo que quieras, pero esa caja de cerillas es un pueblo—para cualquiera que visitara la ciudad pensaría lo mismo.

—No pienso discutir sobre ello, déjame llamar y avisar a Bri que no me espere despierta. —Suzane asintió mientras cogía el volante y conducía hasta el restaurante.

El lugar era pequeño y pintoresco, estaba lleno de aldeanos y la decoración era terriblemente sencilla. En cuanto entramos nos acomodaron en una de las mesas, pedimos un par de platos de guiso de la casa y dos cervezas.

Hacía tiempo que no pasaba ratos tan largos con mi hermana, eso me hizo darme cuenta de cuanto la extrañaba. Suzane también se abrió a mí, explicándome

que su vida tampoco era un jardín de rosas, había descubierto que era bisexual y contarle eso a mis padres era un problema. Creía que la iban a tachar de loca o de viciosa, una cosa era ser lesbiana y otra muy distinta que te fuera todo, aunque con la naturalidad que lo contaba Suzane, parecía ser lo más normal del mundo. Ella no distinguía entre hombres y mujeres, para mi hermana todo eran personas, ¿acaso no amas a un padre y a una madre del mismo modo y a la vez?. ¿Por qué ella no podía amar a un hombre, a una mujer o a ambos al mismo tiempo?

Mientras compartíamos la segunda ronda, me quedé con la copa a medio camino.

¡Estaba allí! ¡Sarah estaba allí!

—¡Sarah!

Me levanté y grité su nombre, quedándome sin oxígeno cuando sus ojos azules colisionaron con los míos. Se hizo el silencio más absoluto, la gente pasaba su mirada de ella hacia mí. Suzane también se levantó y fue rápidamente hacia ella.

En cuanto la alcanzó, se giró hacia mí consternada, negando con la cabeza. ¿Qué ocurría? Era Sarah, mucho más delgada, con menos pecho, pero Sarah, al fin y al cabo. Fijé la vista para darme cuenta de mi error, cuando la tuve lo suficientemente cerca, me di cuenta que no era

Sarah, sino Didi, la doble de Sarah.

Me senté abatido. Suzane hizo un gesto con la cabeza para que nos trajeran dos sillas más, Didi y una señora mayor se sentaron con nosotros, su rostro me sonaba, aunque no estaba seguro de qué.

—Hola Kenan —me saludó Didi con pesar— ¿Cómo estás? —¿qué iba a decirle? ¿Qué estaba destrozado? ¿Qué mi vida era una gran mierda y que no sabía salir de ella?

—Jodido, disculpa por haberte confundido.

—No pasa nada, es lógico. Te presento a mi abuela Morgana, ella también conoce a Sarah —la anciana me miró con profundidad, no sonreía solo me observaba.

—Encantado, señora —cabeceó.

—Igualmente, Mackenzie.

—El parecido es asombroso —observó Suzane—, ahora entiendo muchas cosas.

—La miré extrañado.

—¿Qué cosas?

—No me hagas caso, son cosas mías, eso de que todos tenemos un doble en algún lugar —solté una risa amarga.

—Sarah decía lo mismo —mi hermana me golpeó el brazo.

—No hables de ella en pasado, que yo sepa no ha muerto, está desaparecida y debemos encontrarla.

—Sarah aparecerá cuando lo desee —mis ojos y los de Suzane se desviaron a la anciana.

—¿A caso usted sabe algo? —la policía que llevaba dentro salió con fuerza.

—Mi abuela no sabe nada —protestó Didi—, lo que ocurre es que ha echado las caracolas y las piedras — Suzane parecía consternada, pero entendió lo que le decía, al instante.

—Ya veo, así que sus piedras le han dicho que volverá cuando lo desee ¿no? —Morgana asintió.

—Ella debía emprender un viaje, necesita saber cosas para poder asentar otras, el pasado y el futuro de Sarah penden de un hilo, agente Mackenzie. Su renacer está cerca y debe aprender qué debe hacer para obtener lo que busca.

—Ya—contestó en tono escéptico mi hermana, que había dejado de pensar en la abuela como posible sospechosa. Suzane no creía en lo sobrenatural, así que la abuela de la pitonisa Lola había pasado a un segundo plano.

—¿Y qué busca Sarah según usted? —le pregunté.

—La verdad, eso es lo único que va a darle lo que Sarah más ansia, lo que necesita para ser feliz, aunque ella no lo

sepa —hizo una pausa dramática—. Sarah busca el amor verdadero. Igual que tú —Dijo mirándome fijamente. Suzane se removió incómoda y pidió la cuenta. Después se giró hacia la anciana.

—Gracias por esta charla tan agradable señora...

—O'Shea, Morgana O'Shea. Si lo necesita venga a verme, tal vez pueda ayudarla con eso que tanto la preocupa —Suzane le ofreció su mejor sonrisa, por compromiso, estaba claro. Después se levantó para ir directamente a la barra y pagar. Tras ella me levanté yo.

—Señoras —dije a modo de despedida.

—Kenan —me llamó Morgana antes de que me marchara.

—¿Sí?

—Tal vez en algún momento también me necesites, si es el caso no lo dudes, ven a mí, haré lo posible para ayudarte.

—Gracias, señora, pediré a las de la editorial que le manden uno de mis libros firmados, por su amabilidad —ella dulcificó la expresión.

—Descansa, Kenan, en los sueños, muchas veces se encuentran las respuestas y las cosas más obvias pueden esconder la mayor de las mentiras —era como si hablara continuamente en modo acertijo. Era como el Amo del Calabozo, de Amos y Mazmorras, pero en mujer.

—Gracias por el consejo, buenas noches.

Me largué con Suzane.

—Menudo par —observó mi hermana—, no tienen desperdicio.

—Lo lamento, por un momento me confundí con Sarah.

—No pasa nada, ¿las conocías de antes?

—Solo a Deidre, digamos que tuve otra pequeña confusión hará unos días —omití que fue cuando la agarré de los pechos.

—Anda, vamos al castillo que tu prometida debe estar nerviosa —fue pensar en Bri y quien se puso nervioso fui yo.

Las chicas me miraban mal cada vez que Bri me toqueteaba, yo intentaba por todos los medios no estar muy cerca de ella, pero era prácticamente imposible.

Al cuarto día recibimos una llamada, decían haberla visto en Inverness, así que me marché con ellas y mi hermana hasta allí, Bri se quedó con Sind y Cédric en el castillo.

Resultó ser una noticia falsa, Suzane no podía quedarse más tiempo en Inverness, se despidió de nosotros y partió

hacia Stirling donde debía seguir trabajando.

Nosotros alargamos la estancia un día más, para ver si podríamos hallar algo que nos llevara a ella. Finalmente la noche del quinto día, de madrugada recibimos una llamada de la comisaria de Dunvegan.

Habían encontrado una mujer y su huella correspondía con la de Sarah.

En un santiamén nos plantamos allí para encontrarnos con ella.

Cuando la vi casi me estalla el corazón en el pecho, alivio, felicidad, amor, un crisol de emociones me embargaron, y aunque estaba hecha un desastre, me pareció la mujer más hermosa del mundo.

No creí demasiado la versión de los hechos que relató, no me cuadraba.

¿Sarah desorientada? ¿Estrés postraumático? Lo peinamos absolutamente todo y no había rastro de ella, era todo muy extraño. Por eso necesitaba hablar con ella, primero para aclarar el motivo de su “misteriosa desaparición”, y en segundo lugar para explicarle cómo había cambiado mi situación.

Tenía claro que no iba a casarme con Bri, aunque mi padre me instara a ello, pero sí le daría mi apellido al bebé, participaría en su crianza y le pasaría una manutención a la madre. Si Sarah me amaba, debería aceptar al niño, o a la

niña, o lo que fuera.

En cuanto entramos en la habitación, fue tal la necesidad que sentía por ella que no pude hablar, o pensar, en nada más que no fuera entregarnos el uno al otro. No pensé en Brigitte, ni que pudiera suceder algo como lo que ocurrió. Fue como una tragedia griega, ¿cómo iba a librarme de todo ese lío?

Brigitte me miró sentada desde la cama.

—Estoy esperando una respuesta, Kenan. ¿qué significa este anillo? —resoplé resignado. Tenía que aclarar las cosas con Bri, por dolorosas que fueran.

—Es el anillo de compromiso de mi familia —ella enarcó las cejas.

—¿Y por qué lo tenía Sarah?

—Pues porque hubo una confusión cuando fuimos a casa de mis padres y nos vimos en la “obligación” de comprometernos —me miró escéptica.

—¿La llevaste a casa de tus padres y te comprometiste con ella? ¿Qué tipo de confusión te lleva a comprometerte con tu jefa? —caminé hacia la ventana rehuyendo su mirada acusatoria. La abrí para coger aire y soltarle lo que debía.

—Bri, lo nuestro no funciona, no importa lo que ocurrió o dejó de ocurrir con Sarah —me giré para enfrentarla. Una sonrisa sarcástica se elevó en sus labios.

—¿Que lo nuestro no funciona? ¿Desde cuándo? ¿Desde qué te has follado a la vaca de tu jefa?

—No la llares así, no es ninguna vaca —me dolía que se metiera con su físico, además a mí me gustaba tal cual.

—Que hayas decidido cambiar el jamón ibérico por la panceta no es culpa mía, pero no entiendo qué ha ocurrido, hace dos semanas me prometiste que nos casaríamos y ahora que estoy embarazada de tu hijo, pretendes dejarme por esa —su tono despectivo me aceleró, aunque entendía su enfado—. Cuando vi a tus padres no me cortaste cuando me presente como tu prometida, ¿por qué? —pasé las manos nervioso por mi pelo.

—No pude hacer otra cosa, les dijiste eso y les hablaste del bebé... En aquel momento no podía pensar, después intenté explicárselo y mi padre me exigió que cumpliera mi deber contigo.

—¿Y tú piensas dejarme, no es cierto? Quieres abandonarnos a mí y a tu hijo por una mujer que acabas de conocer...—sus ojos comenzaron a brillar y eso solo podía querer decir una cosa. Se puso a llorar sacudiendo los hombros inconteniblemente—. Mi padre sufre un ataque al corazón, renuncio a mi trabajo por estar embarazada de tu hijo, vengo hasta la otra punta de Europa para verte y lo

único que recibo es que quieras romper conmigo. Yo que te he apoyado en todo y que te he ayudado a ser el autor que eres. Ahora que tienes fama pretendes darme la patada y dejarme olvidada en un rincón como si no sirviera para nada —No soportaba verla llorar, fui hasta ella para consolarla.

—No ha sido así, de verdad, entiendo que estés dolida y lo lamento Brigitte, sé que no me he comportado de la mejor manera, pero seguir contigo sería engañarnos a ambos —me senté en la cama y ella rápidamente se sentó encima de mí para seguir llorando y refugiarse en mi pecho.

—Es que no lo entiendo, Keni, ¿qué he hecho mal? Te di total libertad, lo pasamos bien en la cama, nos complementamos y tu hijo está aquí —me cogió la mano para llevarla a su vientre— No puedes dejarnos, no puedes abandonarnos, si hay algo que te molesta de mí, te juro que lo cambiaré —su congoja y desesperación me dolían—. Por favor, amor mío, dime que todavía hay esperanza para nosotros, cambió de posición sentándose a horcajadas encima de mí, su boca capturó la mía mientras movía las caderas—Por favor, Keni, dímelo, dime que aún me quieres.

Estaba rota, hecha un mar de lágrimas cuando entré en la habitación de Marge. Me había puesto el vestido de camino a su cuarto y llevaba los tacones colgando de la mano. En cuanto entré, los tiré en el suelo, ella me miró y sin decir palabra abrió los brazos para que me sumergiera en ellos.

—E-e-está con Bri, y, y, y ella está embarazada —tenía la cabeza enterrada en su cuello empapando su camisa color crema.

—Lo sé —mi llanto se cortó de golpe.

—¿Lo sabes? — me aparté para ver la culpabilidad que reflejaba su mirada, lo vi claro.—. Lo sabéis todas — susurré entendiendo la verdad— ¿no es cierto?

—Sí —respondió culpable.

—¿Y por qué no me dijisteis nada? ¿por qué no me impedisteis que hiciera el ridículo más absoluto? Brigitte ha entrado en la habitación cuando estábamos a punto de... de... bueno te puedes imaginar lo que estábamos a punto de hacer.

—¿Y qué ocurrió?

—Creo que sobran las palabras, digamos que me dio un baño de realidad.

—Entiendo —respondió con pesar.

—No, no entiendes. ¡Me he enamorado por primera vez de un tío que quiere a otra mujer y que va a tener un hijo con ella! ¡De la escala de víboras y arpías, me he coronado la peor, he estado a punto de convertirme en una destroza familias!

—No digas eso, la cosa no ha ido así exactamente, que yo recuerde...

—¿Entonces cómo ha sido? —estaba buscando un clavo al que agarrarme, aunque estaba claro que no había ni uno solo y yo pendía del precipicio.

—Yo creo que Kenan también se enamoró de ti, pero su situación no era fácil. Tu desaparición, la llegada de sus padres, todo se complicó. Por lo que he creído entender, él no sabía nada del embarazo, se enteró tras tu desaparición. No ha debido ser fácil para él asimilarlo. Aunque no me malinterpretes, no le defiendo —Marge se recolocó las gafas— Debería haber hablado contigo antes de intentar celebrar el final del partido, cuando estaba claro que estabais en la media parte. —Me mordí el labio.

—Bueno, de hecho subimos para hablar, pero no pudimos evitar lo que ocurrió.

—Tal vez se os fue de las manos a ambos, ¿has hablado con él sin que estuviera Brigitte? Tal vez quiere arreglar las cosas con tranquilidad, dejar a la persona con la que llevas

tiempo cuando esperas tu bebé, ha de ser complejo —sorbí por la nariz.

—Supongo —«¿Ese era mi clavo?»— Pero ¿y si no quiere dejarla? ¿Y si solo quería echar un polvo conmigo para quitarse la espina?

—Eso no lo sabrás sino hablas con él, además, Kenan ha estado buscándote hasta la extenuación, sino le importaras, no habría actuado de ese modo. Nosotras nos enfadamos mucho con él cuando vimos la noticia del embarazo y del compromiso en los diarios, pero al ver cómo seguía buscándote nos planteamos distintos escenarios. Ve a verle, Sarah, aclara las cosas, y si después decides que es culpable, le quemaremos en la hoguera entre todas —Marge me acarició el rostro y me instó a volver al cuarto de Kenan.

No las tenía todas conmigo, me sentía como una intrusa regresando allí después de lo que me había dicho Brigitte. ¿Habrían discutido? Pegué el oído a la puerta, no se escuchaba nada, así que me aventuré a entreabrirla un poco, solo un poco. Nunca me había gustado espiar, pero llevaba unos días que no reconocía mi modo de actuar ¿estaría cambiando? ¿Sería que el espíritu de Ciara me estaba haciendo mutar?

Abrí la puerta en silencio rezando para que no crujiera o chirriara, dejé el espacio justo para ver qué ocurría dentro y

la realidad me golpeó de nuevo.

Brigitte estaba encima de Kenan, que seguía completamente desnudo. Tenía el vestido arremangado, se movía delante y detrás mientras le comía la boca. Y eso sólo podía querer decir una cosa.

—Te gusta mirar —una voz masculina retumbó detrás de mí, cerré la puerta con rapidez pero con sigilo. Para enfrenar aquella voz acusadora. En cuanto me di la vuelta, me encontré atrapada contra la puerta por Sind, que había colocado sus manos a cada lado de mi cabeza, invadiendo mi espacio personal.

—No exactamente —le respondí tajante—, más bien no me gusta interrumpir, necesitaba hablar con Kenan, pero está ocupado —él sonrió erizándome el vello de los brazos.

—No hace falta que me mientas, Sarah, sé que tu escritor te pone cachonda, ahora mismo puedo olfatear tu sexo húmedo ante lo que has visto, no te avergüences, no te hace ningún bien —cerré las piernas, pensando en que no me había puesto las bragas. Él se pegó más a mí frotando su minúscula erección.

—Tal vez me has oído porque eres un poco perro —contraataqué— ¿Qué quieres Sind? —tenía la nariz muy cerca de la mía.

—A ti, ya lo sabes, no hace falta que te hagas la dura

conmigo, aunque debo reconocer que esa faceta tuya siempre me ha puesto cachondo.

—Y tú sabes perfectamente que no va a suceder nada más entre nosotros, ya te lo dejé claro la última vez — inclinó ligeramente la cabeza para acercar los labios a mi oído.

—La otra vez creías que ibas a follarte al Mackenzie, y ahora sabes que no va a ser así —pasó la lengua por mi cuello y me aparté—. No me rehúyas, Sarah, eres una criatura muy sexy, una mujer con las ideas claras, que ansía el éxito tanto como yo. No puedes dejarte llevar por un encoñamiento que no va a llevarte a ningún sitio. Brigitte se casará con Kenan y tendrán un montón de bebés, tu escritor se encargará de hincharle la barriga cada dos por tres, porque Bri sabe cómo hacerlo para seducirle una y otra vez, no me mires así, no te estoy descubriendo nada nuevo, acabas de verles por ti misma —odiaba tener que darle la razón—. Y tú, mi hermosa pelirroja, necesitas a un hombre que no intente subyugarte, sino que te deje crecer a su lado —me dirigí a él con ironía.

—Ya... ¿Y ese hombre eres tú? —volvió a acercarse a mis labios.

—Por supuesto, voy a darte todo lo que necesitas — todo ocurrió muy rápido. Sind fue a por mis labios declarándome la guerra, pese a que intenté rehuirle, estaba listo para el combate. Apoyó todo su peso contra mí,

aplastándome, impidiendo que me moviera, mientras que con su lengua buscaba la mía. Le agarré como pude del pelo, para tirar de él y separarle, momento que aprovechó para bajar mi escote y sacar mis pechos fuera. La cosa se estaba yendo de madre, parecía un pulpo, sus manos estaban en todas partes. En el siguiente movimiento logró meter una rodilla entre las mías y levantarme la falda. ¡Eso sí que no! Le mordí el labio con saña, él gritó y en ese instante el mundo se vino literalmente abajo.

La puerta se abrió y me encontré en el suelo con Sind encima de mí, las tetas fuera y la falda echa un embrollo en mi cintura, aquello era el colmo, pues mis bragas rotas seguían en el suelo de la habitación de Kenan.

El oxígeno abandonó mis pulmones del impactó, pero no fue nada comparado con la mirada de reproche del escritor.

—Vaya, parece que a la vaca lechera no pierde el tiempo, si un granjero no puede, busca otro que la ordeñe —ahí estaba la ponzoñosa de Brigitte—. Lo ves, mi amor, se le ha pasado el disgusto en minutos, la verdad es que no sé qué le encontráis, pero está claro que sea lo que tenga, le saca partido —empujé a Sind para sacármelo de encima y recolocarme la ropa.

Con toda la dignidad que pude, me puse en pie.

—Mira, zorra —le dije sin tapujos—. Me importa muy

poco si estás embarazada, si te vas a casar con Kenan — sin poder evitarlo los ojos vagaros hasta el anillo que hasta el momento había llevado yo y ahora lucía en su mano— o si te acuestas con todo el planeta. Pero que sea la última vez que me faltas al respeto.

—¿O qué? ¿Qué piensas hacer? ¿Vas a dispararme leche con tus ubres? —ya no podía más, con toda la mano abierta le marqué los cinco dedos en su perfecto rostro, quedándome más a gusto que un arbusto— ¿Lo habéis visto? ¡Está loca! ¡Le ha pegado a una embarazada! —puso su mano sobre la rojez que le había causado el guantazo y la otra envolviendo su vientre para darle teatralidad. Como sabía la hija de su madre... No sabía cómo Almodóvar no la había llamado para una de sus películas.

—No te confundas —observé con retintín— que lo único que ha hecho esta vaca lechera, es aplastar a una mosca cojonera que no dejaba de darle por culo. No me toques más las ubres o la próxima no la cuentas, estés embarazada o no.

—¿Me estás amenazando? ¡¿Lo estáis oyendo?! —miró desesperada a uno y a otro.

—No te amenazo, te advierto, a ti y a vosotros dos también —miré a ambos hombres que no se movían.

—Tú tienes un contrato conmigo y a partir de ahora es lo único que vas a tener —le dije a Kenan desafiante—. Tú ni siquiera tienes eso conmigo, así que esfúmate antes de

que te pise los huevos y esa micropolla que tienes. Ni se te ocurra intentar lo que has intentado de nuevo o te denunciaré por acoso y te pasaras los días recogiendo el jabón de las duchas en la cárcel —a Sind le miraba con odio, mientras se limpiaba la sangre del labio—. Y tú —me dirigí a Brigitte—, espero que te hayas evaporado cuando vuelva aquí. Quiero que desaparezcas como el grano en el culo que eres, por cierto, uno muy gordo y muy molesto, o te largas o yo misma voy a aplastarte entre mis dedos, y cómo te dije, no es una amenaza, es una realidad. —di un paso atrás para asestar la estocada final—. Y ahora, ya que sois tan abiertos, los tres podéis celebrar el fin de fiestas, entrar en la habitación y daros por el culo, que eso os sale muy bien, pero a mí ya no vais a hacérmelo más.

Me di media vuelta y me largué.

29 CAPÍTULO (KENAN Y SARAH)



● Suéltame joder! —le grité a Bri, mientras ella rodaba sobre la cama y tomaba el anillo.

—¿Qué es esto, Kenan? ¿Qué representa? —me preguntó. Había hecho las cosas mal, muy mal y lo sabía. Me quité el condón lanzándolo con rabia.

Cuando Sarah desapareció durante la sesión debajo del agua, estuve horas sumergiéndome para buscarla. Salí de allí con los labios amoratados, con hipotermia y porque me obligaron. Un equipo de buzos profesional, se desplazó hasta el lago para darnos la mejor noticia posible, dadas las circunstancias, Sarah no estaba en el fondo del lago, por lo menos no se había ahogado.

Fueron cinco largos días de búsqueda, la noticia salió en todos los medios, incluso mi familia vino para buscar a Sarah. Nadie sabía dónde podía estar o

qué le había podido ocurrir. Al ver que Sarah no estaba y en cuanto le dieron el alta a su padre, Brigitte regresó a Dunvegan, con tan mala suerte que coincidió con mis padres, presentándose como mi prometida y futura madre del bebé, que llevaba en el vientre.

Mis padres y mi hermana quedaron en estado de shock y no me quedó más remedio que contarles la verdad respecto a Sarah, cuando Brigitte no nos oía. Fue un planchazo para mi familia, Sarah les había encantado y ahora tenían como futura familiar a Brigitte. Intenté explicarles que no sabía nada del embarazo y que no estaba seguro si seguir con ella, pero mi padre se cuadró se empeñándose en que arreglara el desaguisado.

Mi padre era un hombre de honor, chapado a la antigua, por mucho que le gustara Sarah, no iba a claudicar en eso. La lealtad, los hijos y la familia, eran lo primero, le daba igual que me hubiera enamorado de Sarah, además me dijo, que en cuatro días que la conocía era imposible, que tenía a mi “verdadera prometida” embarazada y que no pensara que iba a dejarla sola, con mi hijo, porque me creyera enamorado de otra.

El “nuevo mejor amigo” de Bri, tampoco se marchó, Sind la consolaba, mientras yo me pasaba el día con Suzane buscándola en todas partes, mi hermana fue la única persona que me comprendió.

—No puedes tener un hijo con una persona por compromiso Kenan, un hijo es algo muy importante, es una personita que vas a tener que cuidar el resto de tus días.

—¿Crees que no lo sé? —le respondí mientras peinábamos una zona cercana al castillo— Bri no quiere ni oír hablar de la palabra aborto.

—Bueno, es que para ella tampoco debe ser fácil —suspiró Suzane con pesar—. No puedes exigirle que no tenga al bebé, es tanto tuyo como suyo y no deja de ser una vida —comentó. Lo sabía, pero no se me ocurría nada para enmendarlo. —¿Cómo ocurrió? ¿No tomabais precauciones? —cuestionó y yo me encogí.

—Todavía no me lo explico, la verdad, siempre usamos condón, según ella, debió haber alguno defectuoso...

—¿Y no puede ser de otro? —sugirió Suzane con tiento.

—No, Bri no me mentiría en algo así, una cosa es que sea superficial y

otra una mentirosa. Desde el principio, me dijo cómo era, mantenemos una relación sexual abierta, nunca pretendió ser lo que no era, si dice que el bebé es mío, lo es, además a los otros no les permitía correrse dentro, aunque llevaran condón. Ese privilegio estaba reservado para mí. No espero que lo entiendas o lo compartas —le expliqué. Suzane no decía nada, solo escuchaba. —Pero al margen de lo que tenga con ella, no significa que no me haya enamorado de otra.

—Así que estás enamorado de Sarah.

—Como no lo he estado nunca de nadie. Siento una conexión extraña, como si nos conociéramos de siempre, como si estuviéramos predestinados, no sé cómo explicarlo. Con Sarah todo fluye y con Bri tengo que esforzarme para que lo haga —comenté. Nos sentamos junto a un roble cercano al lago, donde vi por última vez a Sarah, necesitaba descansar, llevaba varios días sin dormir. Me apoyé por un instante y cerré los ojos agotado, abatido, Suzane seguía rebuscando alguna pista.

—Descansa un rato, ahora vuelvo, voy a mirar por allí —me dijo. Estaba extrañamente agotado, tanto que no tardé en quedarme dormido para viajar a otra época.

Estaba en ese mismo árbol, donde una hermosa pelirroja con una cabellera que le llegaba a la cintura se hallaba desnuda abrazada a él. No pude evitar tocarla, acariciar su piel nacarada mientras gemía bajo mi toque, bajé hacia sus muslos, los saboreé necesitando alcanzar aquel sedoso punto que encerraban sus piernas. Sabía como Sarah, jadeaba como Sarah, olía como Sarah, pero en el fondo sabía que se trataba de Ciara.

En ese árbol la tomé en mi boca, hice que alcanzara un devastador orgasmo entre mis labios, para después hacerla mía contra el roble. Era mía, lo sabía y lo sentía en cada envite, en cada suspiro, en cada jadeo.

Alguien me despertó del sueño sacudiéndome suavemente, era mi hermana.

—No he encontrado nada, es tarde, será mejor que vayamos al pueblo a cenar, necesitas comer algo y descansar, apenas lo has hecho estos días —propuso. Me puse en pie, pudiendo paladear su sabor entre mis labios. «¿Cómo podía tener aquellos sueños hipermegarealistas?»

—Es una ciudad, Suzane, no se te ocurra decirles a los de Dunvegan que es un pueblo o te ahorcarán —la rectifiqué.

—Una ciudad no puede tener menos de veinte casas, di lo que quieras, pero esa caja de cerillas es un pueblo —afirmó. Cualquiera que visitara la ciudad pensaría lo mismo.

—No pienso discutir sobre ello, déjame llamar y avisar a Bri que no me espere despierta. —Suzane asintió mientras cogía el volante y conducía hasta el restaurante.

El lugar era pequeño y pintoresco, estaba lleno de aldeanos y la decoración era terriblemente sencilla. En cuanto entramos nos acomodaron en una de las mesas, pedimos un par de platos de guiso de la casa y dos cervezas.

Hacía tiempo que no pasaba ratos tan largos con mi hermana, eso me hizo darme cuenta de cuanto la extrañaba. Suzane también se abrió a mí, explicándome que su vida tampoco era un jardín de rosas, había descubierto que era bisexual y contarle eso a mis padres era un problema. Creía que la iban a tachar de loca o de viciosa, una cosa era ser lesbiana y otra muy distinta que te fuera todo, aunque con la naturalidad con que lo contaba Suzane, parecía ser lo más normal del mundo. Ella no distinguía entre hombres y mujeres, para mi hermana todo eran personas. ¿Acaso no amas a un padre y a una madre del mismo modo y a la vez?. ¿Por qué ella no podía amar a un hombre, a una mujer o a ambos al mismo tiempo?

Mientras compartíamos la segunda ronda, me quedé con la copa a medio camino.

¡Estaba allí! ¡Sarah estaba allí!

—¡Sarah!

Me levanté y grité su nombre, quedándome sin oxígeno cuando sus ojos azules colisionaron con los míos. Se hizo el silencio más absoluto, la gente pasaba su mirada de ella hacia mí. Suzane también se levantó y fue rápidamente hacia ella.

En cuanto la alcanzó, se giró hacia mí consternada, negando con la cabeza. ¿Qué ocurría? Era Sarah, mucho más delgada, con menos pecho, pero Sarah, al fin y al cabo. Fijé la vista para darme cuenta de mi error, cuando la tuve lo suficientemente cerca, me di cuenta que no era Sarah, sino Didi, la doble de Sarah. Me senté abatido. Suzane hizo un gesto con la cabeza para que nos trajeran dos sillas más, Didi y una señora mayor se sentaron con nosotros, su rostro me sonaba, aunque no estaba seguro de qué.

—Hola Kenan —me saludó Didi con pesar— ¿Cómo estás? —me preguntó. ¿Qué iba a decirle? ¿Qué estaba destrozado? ¿Qué mi vida era una gran mierda y que no sabía salir de ella?

—Jodido, disculpa por haberte confundido.

—No pasa nada, es lógico. Te presento a mi abuela Morgana, ella también conoce a Sarah —nos informó. La anciana me miró con profundidad, no sonreía solo me observaba.

—Encantado, señora —saludé, ella cabeceó.

—Igualmente, Mackenzie.

—El parecido es asombroso —observó Suzane—, ahora entiendo muchas cosas —añadió y la miré extrañado.

—¿Qué cosas?

—No me hagas caso, son cosas mías, eso de que todos tenemos un doble en algún lugar —comentó y solté una risa amarga.

—Sarah decía lo mismo —dije y mi hermana me golpeó el brazo.

—No hables de ella en pasado, que yo sepa no ha muerto, está desaparecida y debemos encontrarla.

—Sarah aparecerá cuando lo desee —dijo Morgana. Mis ojos y los de Suzane se desviaron a la anciana.

—¿Acaso usted sabe algo? —inquirió mi hermana. El policía que llevaba dentro salió con fuerza.

—Mi abuela no sabe nada —protestó Didi—, lo que ocurre es que ha echado las caracolas y las piedras —comentó. Suzane parecía consternada, pero entendió lo que le decía, al instante.

—Ya veo, así que sus piedras le han dicho que volverá cuando lo desee ¿no? —Morgana asintió.

—Ella debía emprender un viaje, necesita saber cosas para poder asentar otras, el pasado y el futuro de Sarah penden de un hilo, agente Mackenzie. Su renacer está cerca y debe aprender, qué debe hacer para obtener lo que busca.

—Ya —contestó en tono escéptico mi hermana, que había dejado de pensar en la abuela como posible sospechosa. Suzane no creía en lo

sobrenatural, así que la abuela de la pitonisa Lola había pasado a un segundo plano.

—¿Y qué busca Sarah según usted? —le pregunté.

—La verdad, eso es lo único que va a darle lo que Sarah más ansia, lo que necesita para ser feliz, aunque ella no lo sepa —hizo una pausa dramática—. Sarah busca el amor verdadero. Igual que tú —dijo mirándome fijamente. Suzane se removió incómoda y pidió la cuenta. Después se giró hacia la anciana.

—Gracias por esta charla tan agradable señora...

—O’Shea, Morgana O’Shea. Si lo necesita venga a verme, tal vez pueda ayudarla con eso que tanto la preocupa —comentó y Suzane le ofreció su mejor sonrisa, por compromiso, estaba claro. Después se levantó para ir directamente a la barra y pagar. Tras ella me levanté yo.

—Señoras —dije a modo de despedida.

—Kenan —me llamó Morgana antes de que me marchara.

—¿Sí?

—Tal vez en algún momento también me necesites, si es el caso no lo dudes, ven a mí, haré lo posible para ayudarte.

—Gracias señora, pediré a las de la editorial que le manden uno de mis libros firmados, por su amabilidad —manifesté y ella dulcificó la expresión.

—Descansa Kenan, en los sueños muchas veces, se encuentran las respuestas y las cosas más obvias pueden esconder la mayor de las mentiras —me indicó. Era como si hablara continuamente en modo acertijo. Era como el Amo del Calabozo, de Amos y Mazmorras, pero en mujer.

—Gracias por el consejo, buenas noches.

Me largué con Suzane.

—Menudo par —observó mi hermana—, no tienen desperdicio.

—Lo lamento, por un momento me confundí con Sarah.

—No pasa nada, ¿las conocías de antes?

—Solo a Deidre, digamos que tuve otra pequeña confusión hará unos días

—le expliqué. Omití que fue cuando la agarré de los pechos.

—Anda, vamos al castillo que tu prometida debe estar nerviosa — comentó. Fue pensar en Bri y quien se puso nervioso fui yo.

Las chicas me miraban mal cada vez que Bri me toqueteaba, yo intentaba por todos los medios no estar muy cerca de ella, pero era prácticamente imposible.

Al cuarto día recibimos una llamada, decían haberla visto en Inverness, así que me marché con ellas y mi hermana hasta allí, Bri se quedó con Sind y Cédric en el castillo. Resultó ser una noticia falsa, Suzane no podía quedarse más tiempo en Inverness, se despidió de nosotros y partió hacia Stirling donde debía seguir trabajando.

Nosotros alargamos la estancia un día más, para ver si lográbamos hallar algo que nos llevara a ella. Finalmente la noche del quinto día, de madrugada recibimos una llamada de la comisaria de Dunvegan. Habían encontrado una mujer y su huella correspondía con la de Sarah. En un santiamén nos plantamos allí para encontrarnos con ella.

Cuando la vi casi me estalla el corazón en el pecho, alivio, felicidad, amor, un crisol de emociones me embargaron y aunque estaba hecha un desastre, me pareció la mujer más hermosa del mundo.

No creí demasiado la versión de los hechos que relató, no me cuadraba. ¿Sarah desorientada? ¿Estrés postraumático? Lo peinamos absolutamente todo y no había rastro de ella, era todo muy extraño. Por eso necesitaba hablar con ella, primero para aclarar el motivo de su “misteriosa desaparición” y en segundo lugar, para explicarle cómo había cambiado mi situación.

Tenía claro que no iba a casarme con Bri, aunque mi padre me instara a ello, pero sí le daría mi apellido al bebé, participaría en su crianza y le pasaría una manutención a la madre. Si Sarah me amaba, debería aceptar al niño o a la niña, o lo que fuera.

En cuanto entramos en la habitación fue tal la necesidad que sentía por ella, que no pude hablar ni pensar en nada más, que no fuera entregarnos el uno al otro. No pensé en Brigitte, ni que pudiera suceder algo como lo que ocurrió. Fue como una tragedia griega, ¿cómo iba a librarme de todo ese lío?

Brigitte me miró sentada desde la cama.

—Estoy esperando una respuesta, Kenan. ¿Qué significa este anillo? — volvió a preguntarme. Resoplé resignado. Tenía que aclarar las cosas con Bri, por dolorosas que fueran.

—Es el anillo de compromiso de mi familia —le dije. Ella enarcó las cejas.

—¿Y por qué lo tenía Sarah?

—Pues porque hubo una confusión cuando fuimos a casa de mis padres y nos vimos en la “obligación” de comprometernos —le expliqué. Me miró escéptica.

—¿La llevaste a casa de tus padres y te comprometiste con ella? ¿Qué tipo de confusión te lleva a comprometerte con tu jefa? —cuestionó. Caminé hacia la ventana rehuendo su mirada acusatoria. La abrí para coger aire y soltarle lo que debía.

—Bri, lo nuestro no funciona, no importa lo que ocurrió o dejó de ocurrir con Sarah —solté y me giré para enfrentarla. Una sonrisa sarcástica se elevó en sus labios.

—¿Que lo nuestro no funciona? ¿Desde cuándo? ¿Desde qué te has follado a la vaca de tu jefa?

—No la llares así, no es ninguna vaca —le exigí. Me dolía que se metiera con su físico, además a mí me gustaba tal cual.

—Que hayas decidido cambiar el jamón ibérico por la panceta no es culpa mía, pero no entiendo qué ha ocurrido, hace dos semanas me prometiste que nos casaríamos y ahora que estoy embarazada de tu hijo, pretendes dejarme por esa —su tono despectivo me aceleró, aunque entendía su enfado—. Cuando vi a tus padres no me cortaste cuando me presente como tu prometida, ¿por qué? —inquirió y pasé las manos nervioso por mi pelo.

—No pude hacer otra cosa, les dijiste eso y les hablaste del bebé... En aquel momento no podía pensar, después intenté explicárselo y mi padre me exigió que cumpliera mi deber contigo.

—Y tú piensas dejarme, ¿no es cierto? Quieres abandonarnos a mí y a tu hijo por una mujer que acabas de conocer... —expuso y sus ojos comenzaron

a brillar y eso solo podía querer decir una cosa. Se puso a llorar sacudiendo los hombros inconteniblemente—. Mi padre sufre un ataque al corazón, renunció a mi trabajo por estar embarazada de tu hijo, vengo hasta la otra punta de Europa para verte y lo único que recibo, es que quieras romper conmigo. Yo que te he apoyado en todo y que te he ayudado a ser el autor que eres. Ahora que tienes fama, pretendes darme la patada y dejarme olvidada en un rincón, como si no sirviera para nada —dijo rabiosa. No soportaba verla llorar, fui hasta ella para consolarla.

—No ha sido así, de verdad, entiendo que estés dolida y lo lamento Brigitte, sé que no me he comportado de la mejor manera, pero seguir contigo sería engañarnos a ambos —traté de hacerle comprender. Me senté en la cama y ella rápidamente se sentó encima de mí, para seguir llorando y refugiarse en mi pecho.

—Es que no lo entiendo, Keni, ¿qué he hecho mal? Te di total libertad, lo pasamos bien en la cama, nos complementamos y tu hijo está aquí —me cogió la mano para llevarla a su vientre—. No puedes dejarnos, no puedes abandonarnos, si hay algo que te molesta de mí, te juro que lo cambiaré —su congoja y desesperación me dolían—. Por favor, amor mío, dime que todavía hay esperanza para nosotros, cambió de posición sentándose a horcajadas encima de mí, su boca capturó la mía mientras movía las caderas—. Por favor, Keni, dímelo, dime que aún me quieres.

Estaba rota, hecha un mar de lágrimas cuando entré en la habitación de Marge. Me había puesto el vestido, de camino a su cuarto y llevaba los tacones colgando de la mano. En cuanto entré, los tiré en el suelo, ella me miró y sin decir palabra, abrió los brazos para que me sumergiera en ellos.

—E-e-está con Bri y ella... está embarazada —sollocé. Tenía la cabeza enterrada en su cuello empapando su camisa color crema.

—Lo sé —afirmó y mi llanto se cortó de golpe.

—¿Lo sabes? —pregunté y me aparté, para ver la culpabilidad que reflejaba su mirada, lo vi claro—. Lo sabéis todas —susurré entendiéndola la verdad— ¿no es cierto?

—Sí —respondió culpable.

—¿Y por qué no me dijisteis nada? ¿Por qué no me impedisteis que hiciera el ridículo más absoluto? Brigitte ha entrado en la habitación, cuando estábamos a punto de...de..., bueno te puedes imaginar lo que estábamos a punto de hacer.

—¿Y qué ocurrió?

—Creo que sobran las palabras, digamos que me dio un baño de realidad.

—Entiendo —dijo con pesar.

—No, no entiendes. ¡Me he enamorado por primera vez, de un tío que quiere a otra mujer y que va a tener un hijo con ella! ¡De la escala de víboras y arpías, me he coronado la peor, he estado a punto de convertirme en una destroza familias!

—No digas eso, la cosa no ha ido así exactamente que yo recuerde...

—¿Entonces cómo ha sido? —la interrogué. Estaba buscando un clavo al que agarrarme, aunque estaba claro que no había ni uno solo y yo pendía del precipicio.

—Yo creo que Kenan también se enamoró de ti, pero su situación no era fácil. Tu desaparición, la llegada de sus padres, todo se complicó. Por lo que he creído entender, él no sabía nada del embarazo, se enteró tras tu desaparición. No ha debido ser fácil para él asimilarlo. Aunque no me malinterpretes, no le defiendo —Marge se recolocó las gafas—. Debería haber hablado contigo antes de intentar celebrar el final del partido, cuando estaba claro que estabais en la media parte. —Me mordí el labio.

—Bueno, de hecho subimos para hablar, pero no pudimos evitar lo que ocurrió.

—Tal vez se os fue de las manos a ambos, ¿has hablado con él sin que estuviera Brigitte? Tal vez quiere arreglar las cosas con tranquilidad, dejar a la persona con la que llevas tiempo cuando esperas tu bebé, ha de ser complejo —me comentó y sorbí por la nariz.

—Supongo —«¿Ese era mi clavo?»—. Pero, ¿y si no quiere dejarla? ¿Y si solo quería echar un polvo conmigo para quitarse la espina?

—Eso no lo sabrás sino hablas con él, además, Kenan ha estado buscándote hasta la extenuación, sino le importaras, no habría actuado de ese

modo. Nosotras nos enfadamos mucho con él, cuando vimos la noticia del embarazo y del compromiso en los diarios, pero al ver cómo seguía buscándote nos planteamos distintos escenarios. Ve a verle Sarah, aclara las cosas y si después decides que es culpable, le quemaremos en la hoguera entre todas —aseguró Marge, acariciándome el rostro e instándome a volver al cuarto de Kenan.

No las tenía todas conmigo, me sentía como una intrusa regresando allí, después de lo que me había dicho Brigitte. ¿Habrían discutido? Pegué el oído a la puerta, no se escuchaba nada, así que me aventuré a entreabrir la un poco, solo un poco. Nunca me había gustado espiar, pero llevaba unos días que no reconocía mi modo de actuar. ¿Estaría cambiando? ¿Sería que el espíritu de Ciara me estaba haciendo mutar? Abrí la puerta en silencio, rezando para que no crujiera o chirriara, dejé el espacio justo para ver qué ocurría dentro y la realidad me golpeó de nuevo.

Brigitte estaba encima de Kenan, que seguía completamente desnudo. Tenía el vestido arremangado, se movía delante y detrás mientras le comía la boca. Y eso sólo podía querer decir una cosa.

—¿Te gusta mirar? —me preguntó una voz masculina que retumbó detrás de mí. Cerré la puerta con rapidez pero con sigilo, para enfrentar aquella voz acusadora. En cuanto me di la vuelta, me encontré atrapada contra ella por Sind, que había colocado sus manos a cada lado de mi cabeza, invadiendo mi espacio personal.

—No exactamente —le respondí tajante—, más bien no me gusta interrumpir, necesitaba hablar con Kenan, pero está ocupado —comenté. Él sonrió, erizándome el vello de los brazos.

—No hace falta que me mientas Sarah, sé que tu escritor te pone cachonda, ahora mismo puedo olfatear tu sexo húmedo ante lo que has visto, no te avergüences, no te hace ningún bien —aseguró y cerré las piernas, pensando en que no me había puesto las bragas. Él se pegó más a mí, frotando su minúscula erección.

—Tal vez me has oído, porque eres un poco perro —contraataqué—. ¿Qué quieres Sind? —demandé, tenía su nariz muy cerca de la mía.

—A ti, ya lo sabes, no hace falta que te hagas la dura conmigo, aunque debo reconocer que esa faceta tuya siempre me ha puesto cachondo.

—Y tú sabes perfectamente, que no va a suceder nada más entre nosotros, ya te lo dejé claro la última vez —aseguré, él inclinó ligeramente la cabeza para acercar los labios a mi oído.

—La otra vez creías que ibas a follarte al Mackenzie y ahora, sabes que no va a ser así —pasó la lengua por mi cuello y me aparté—. No me rehúyas, Sarah, eres una criatura muy sexy, una mujer con las ideas claras, que ansía el éxito tanto como yo. No puedes dejarte llevar por un encoñamiento, que no va a llevarte a ningún sitio. Brigitte se casará con Kenan y tendrán un montón de bebés, tu escritor se encargará de hincharle la barriga cada dos por tres, porque ella sabe cómo hacerlo para seducirle una y otra vez. No me mires así, no te estoy descubriendo nada nuevo, acabas de verles por ti misma —declaró y odiaba tener que darle la razón—. Y tú, mi hermosa pelirroja, necesitas a un hombre que no intente subyugarte, sino que te deje crecer a su lado —terminó su alegato. Me dirigí a él con ironía.

—Ya... ¿Y ese hombre eres tú? —cuestioné y volvió a acercarse a mis labios.

—Por supuesto, voy a darte todo lo que necesitas —sentenció y todo ocurrió muy rápido. Sind fue a por mis labios declarándome la guerra, pese a que intenté rehuirle, estaba listo para el combate. Apoyó todo su peso contra mí aplastándome, impidiendo que me moviera, mientras que con su lengua buscaba la mía. Le agarré como pude del pelo, para tirar de él y separarle, momento que aprovechó para bajar mi escote y sacar mis pechos fuera. La cosa se estaba yendo de madre, parecía un pulpo, sus manos estaban en todas partes. En el siguiente movimiento, logró meter una rodilla entre las mías y levantarme la falda. ¡Eso sí que no! Le mordí el labio con saña, él gritó y en ese instante el mundo se vino literalmente abajo.

La puerta se abrió y me encontré en el suelo con Sind encima de mí, las tetas fuera y la falda echa un embrollo en mi cintura, aquello era el colmo, pues mis bragas rotas seguían en el suelo de la habitación de Kenan.

El oxígeno abandonó mis pulmones del impacto, pero no fue nada comparado con la mirada de reproche del escritor.

—Vaya, parece que a la vaca lechera no pierde el tiempo, si un granjero no puede, busca a otro que la ordeñe —dijo Brigitte sarcástica. Ahí estaba la ponzoñosa para malmeter—. Lo ves mi amor, se le ha pasado el disgusto en

minutos. La verdad es, que no sé qué le encontráis, pero está claro que sea lo que tenga, le saca partido —remató.

Empujé a Sind para sacármelo de encima y recolocarme la ropa. Con toda la dignidad que pude, me puse en pie.

—Mira, zorra —le solté sin tapujos—. Me importa muy poco si estás embarazada, si te vas a casar con Kenan —continué y sin poder evitarlo, mis ojos vagaros hasta el anillo que hasta el momento había llevado yo y ahora lucía en su mano— o si te acuestas con todo el planeta. Pero que sea la última vez que me faltas al respeto.

—¿O qué? ¿Qué piensas hacer? ¿Vas a dispararme leche con tus ubres? —respondió irónica. Ya no podía más, con toda la mano abierta le marqué los cinco dedos en su perfecto rostro, quedándome más a gusto que un arbusto—. ¿Lo habéis visto? ¡Está loca! ¡Le ha pegado a una embarazada! —exclamó y puso su mano sobre la rojez que le había causado el guantazo y la otra envolviendo su vientre para darle teatralidad. Cómo sabía la hija de su madre... No sabía porqué Almodóvar, no la había llamado para una de sus películas.

—No te confundas —observé con retintín—, que lo único que ha hecho esta vaca lechera, es aplastar a una mosca cojonera que no dejaba de darle por culo. No me toques más las ubres o la próxima no la cuentas, estés embarazada o no.

—¿Me estás amenazando? ¡¿Lo estáis oyendo?! —voceó mirando desesperada a uno y a otro.

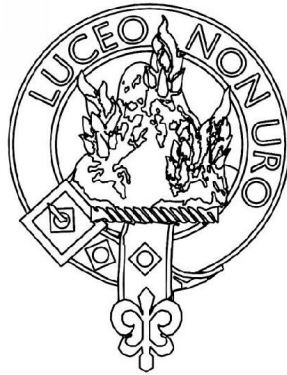
—No te amenazo, te advierto a ti y a vosotros dos también —le expliqué y miré a ambos hombres que no se movían.

—Tú tienes un contrato conmigo y a partir de ahora, es lo único que vas a tener —le dije a Kenan desafiante—. Tú ni siquiera tienes eso conmigo, así que esfúmate antes de que te pise los huevos y esa micropolla que tienes. Ni se te ocurra intentar, lo que has pretendido hacer de nuevo o te denunciaré por acoso y te pasarás, los días recogiendo el jabón de las duchas en la cárcel —le escupí a Sind, mirándolo con odio, mientras se limpiaba la sangre del labio—. Y tú —me dirigí a Brigitte—, espero que te hayas evaporado cuando vuelva aquí. Quiero que desaparezcas como el grano en el culo que eres, por cierto, uno muy gordo y muy molesto. O te largas o yo misma, voy a aplastarte

entre mis dedos y cómo te dije, no es una amenaza, es una realidad —le comunicué. Di un paso atrás para asestar la estocada final—. Y ahora, ya que sois tan abiertos, los tres podéis celebrar el fin de fiesta, entrar en la habitación y daros por culo, que eso os sale muy bien, pero a mí ya no vais a molestarne más.

Me di media vuelta y me largué.

30 CAPÍTULO (SARAH)



Estaba clarísimo o por lo menos yo, lo tenía muy claro, ahí estaba mi salto al vacío, mi muerte para iniciar una nueva vida como indicaba la runa. Como Morag decía, ahora me tocaba aceptarlo, fluir y desapegarme.

El reto de la guerrera espiritual era abandonar a Kenan, tal vez era eso lo que quería el Karma, que me diera cuenta de que Kenan seguiría siendo un auténtico gilipollas, ahora y siempre. Así que si el vacío era el final y el vacío era el principio, una vez superados los obstáculos, en este caso, una vez asumido que Kenan no iba a abandonar a Bri, se abrían ante mí las puertas de los nuevos principios para el futuro. Eso debía ser lo que había querido decir.

Bajé por las escaleras y salí fuera, para encontrarme con un precioso mercedes plateado de alquiler. Las puertas se abrieron y mis padres descendieron, corriendo como jamás les había visto.

—¡Por Dios hija mía menudo susto! —exclamó mi padre, que fue el

primero en alcanzarme y arroparme entre sus brazos.

—¿Se puede saber dónde te habías metido Sarah? —me recriminó mi madre. Ahí estaba con aquella mirada acusatoria—. ¿Te crees que es medio normal, desaparecer, poner patas arriba un país, hacernos abandonar nuestros trabajos, para no estar muerta? —soltó, eso solo podía decirlo ella.

—Vamos Elisa no seas tan dura con la niña, debemos dar gracias que está sana y salva.

—Oh claro, gracias cariño por estar bien y hacer que tuviera que cancelar mi asistencia al premio anual del Hospital, el cual después de más de treinta años decidieron concederme y tuve que renunciar, por venir a Escocia, para ver si te encontrábamos —me gruñó. Estaba claro cuál era la prioridad de mi madre. Aunque en esos momentos me importaba bien poco—. ¿Todo para qué?

—No le hagas caso Sarah, ya sabes cuánto odia tu madre volar, ha sido muy difícil convencerla para que viniera.

—Por mí no hacía falta que dejarais vuestra cómoda existencia y vinierais hasta aquí —resoplé. Estaba muy enfadada, «¿cómo mi madre siendo pediatra podía tener el instinto maternal de una piedra?». «Porque no es tu madre», dijo una voz en mi cabeza. Volví a mirarla y después a mi padre, era posible que no fueran realmente quienes decían que eran, aquello aclararía muchas cosas respecto a mi infancia. «¿Qué más necesitas ver para darte cuenta?», insistió la voz. Tal vez era más cómodo creer que lo seguían siendo, a que todo había sido una mentira desde el principio.

—¡Eres una desagradecida! ¡Después de todo lo que hemos hecho por ti y nos lo pagas de este modo! —me regañó. Mi mirada azul se clavó con firmeza en la suya de color brandy.

—A veces me da la sensación de que no soy tu hija —afirmé y ella contuvo la respiración, un ligero temblor acudió a su mandíbula.

—Vamos, vamos, no digas estas cosas. ¿Cómo no vas a ser nuestra hija? —Mi padre se incluyó—. Siempre serás nuestra pequeña Sarah, por mucho tiempo que pase.

—¿Cómo fue mi nacimiento? ¿Asististe tú a mamá en el parto? —le pregunté inflexible, mi padre me miró extrañado.

—¿A qué viene eso ahora? —preguntó y me encogí de hombros.

—Nunca me hablasteis del embarazo de mamá o del parto, tampoco he visto fotos en casa, sentí curiosidad.

—Pues fue un embarazo como todos, de nueve meses, en los cuales engordé como una vaca y apenas podía moverme, por eso no tengo fotos, no me gusta recordar aquella época tan odiosa —replicó mi madre con desdén. Aquello me sorprendió.

—¿No te gusta recordar mi embarazo? —«¿A qué mujer no le gustaba recordar su primer embarazo?»

—No. Y el parto por supuesto lo realizó tu padre, fue en casa.

—¿En casa? —cuestioné, eso sí que era raro.

—Sí, me puse de parto en plena noche y no había tiempo de ir al hospital, estaba muy dilatada así que fue un parto casero. No sé de qué te extrañas, antes se paría mucho en casa —me dijo molesta.

—Pues me resulta extraño, que trabajando ambos en un hospital, os cogiera durmiendo en casa con lo difícil que es pillaros juntos alguna vez, si no está uno de guardia lo está el otro, así que... —observé, sabía que me estaban mintiendo. Cuando mi madre lo hacía, tenía la manía de mover el pie izquierdo de arriba abajo, de un modo acelerado, como si tuviera ganas de pisotear a alguien.

—Dejemos esta conversación para otro momento Sarah, no es el momento, lo importante es que has aparecido —intervino mi padre, tratando de capear la situación y desviando el tema—. ¿Has ido al médico? ¿Te han hecho una exploración para ver que todo está correcto? —me preguntó. Negué con la cabeza, habíamos venido directamente de la comisaria—. Pues entremos y déjame que te revise, solo para comprobar que todo está correcto y que esa pérdida de memoria, ha sido por estrés como tú dices.

—¿Sabéis lo de la pérdida de memoria? —le interrogué extrañada.

—El policía que te tomó declaración nos hizo saber tus argumentos, así que no está de más que te eche un vistazo.

—Es que iba a salir —protesté, no deseaba volver a entrar en el castillo.

—Pues deberá ser después de que tu padre te haya examinado, no vas a irte de aquí jovencita, hasta que eso no haya ocurrido. Tenlo por seguro.

—«¡Genial, eso era lo que me faltaba!»

Cuando entré de nuevo en el castillo Sind y Brigitte bajaban portando sus maletas, el primero tenía cara de pocos amigos, el labio partido y un ojo morado. En lo alto de la escalera estaba Kenan, que como si fuera un guardián, los contemplaba para asegurar que salieran por la puerta principal.

Sentía curiosidad por lo que habría ocurrido, para que Sind luciera esa cara, pero poco importaba lo ocurrido, no iba a cambiar mi decisión de terminar con Kenan. Le quería lejos de mi vida y punto.

Subí con mis padres ignorándole por completo, hasta que mi madre se detuvo a su lado.

—Señor Mackenzie ¿verdad? —lo saludó mientras le evaluaba, como todas las mujeres que miraban apreciativamente a Kenan, pasando su escáner para detectar al “espalda plateada”, el macho alfa de la manada. Se notaba que le gustaba, pues conmigo lo llevaba claro.

—Sí, señora —le saludó Kenan, tendiendo la mano para coger la de mi madre y besarla.

—Vaya, quedan pocos hombres tan caballerosos como usted señor Mackenzie. Yo soy Elisa, la madre de Sarah.

—Un placer Elisa, pero tutéeme por favor —comentó Kenan y ella le sonrió complacida.

—Tú también puedes tutearme, al fin y al cabo aún soy joven —soltó. «Madre mía, ver para creer», estaba tonteando con Kenan, agitando las pestañas como una colegiala. La puerta de entrada se cerró y no pude evitar mirar hacia allí, para comprobar que ese par de insoportables ya se habían largado. Me sentía extrañamente complacida al no verles—. En la gala de mi hija no tuve tiempo a darte la enhorabuena por el premio, aunque me extrañó que ganara un hombre, debo admitirlo. Pero claro, en cuanto te vi al lado de Sarah, entendí el por qué —sentenció. Aquello no me dejaba en muy buen lugar. «¿Mi madre sugería que le había dado el premio por guapo?» ¡Eso era sexismo inverso, odiaba el sexismo!

—Mamá, los premios eran con pseudónimo, desconocía que el señor Mackenzie era un hombre hasta que le vi —le dije y me miró con incredulidad.

—Vamos Sarah, que todos sabemos que eso es un mero formulismo, tú

misma me dijiste una vez que cuando ya teníais el nombre ganador investigabais a la autora, que no os podíais arriesgar a que fuera un plagio o se tratara de una chalada —comentó con desprecio. Me sonrojé ante la escrutadora mirada de mi escritor.

—En su caso no fue así, fue completamente a ciegas, las chicas sabían que jamás hubiera premiado a un hombre, así que me lo ocultaron todo —la informé y parecía sorprendida.

—Pues mira, me alegro de que por una vez, ese atajo de mantenidas hicieran bien su trabajo.

—¡Mamá! —la reprendí.

—¿Acaso miento? Mi hija tiene pasión por los casos perdidos —se dirigió a Kenan buscando ser respaldada—, en vez de buscar verdaderas profesionales del sector, se dedica a recoger mujeres que no tienen ni oficio ni beneficio.

—¡Eso no es cierto! —exclamé, me estaba ofendiendo y enfadando a pasos agigantados. No compartía su criterio, no tener estudios no te hacía incapaz, había personas maravillosas e increíbles que eran grandes profesionales, sin una carrera a sus espaldas.

—Claro que es cierto, Sarah tiene una especie de fobia hacia los hombres y el compromiso, alguna vez llegué a plantearme si estaba liada con la pelirroja que trabaja para ella —afirmó y puse los ojos en blanco.

—La pelirroja tiene nombre y se llama Jud, señora Gómez —se oyó. Mi madre elevó la mirada para encontrarse con la de mi amiga—. Le aseguro que su hija es tan lesbiana como usted, que la única tortilla que hace es para desayunar. Porque, pese a haberlo intentado, ella nunca ha querido. Tiene muy clara su condición sexual al igual que yo la mía. Lo que le ocurre a Sarah, es que es lista y no se conforma con cualquiera.

—¡Es una fresca!, eso es lo que es.

—¡Elisa! —profirió mi padre reprendiéndola.

—Os ha vendido la moto a todos, pero estoy convencida de que su dramática desaparición, ha tenido que ver con algunos pantalones, no me creo para nada lo que contaste a la policía, ¿me oyes? —me reprochó. Acababa de arrojarme el guante en toda la cara, estaba que explotaba.

—En todo caso de haber sido así, hubiera sido por una falda, no por un pantalón —le respondí sarcástica. Eso era lo que llevaba mi Highlander, cómo le extrañaba...

—¿Cómo dices? —me preguntó extrañada, mientras todos me observaban.

—Digo que si para ti soy lesbiana, debí desaparecer detrás de una falda y no de un pantalón —intenté arreglar mi ida de boca—. Pero es que me da absolutamente lo mismo mamá. Ya te lo dije una vez, hace años que no vivo contigo, no compartimos mentalidad, ni visión, ni nada de nada, así que lo mejor es mantener una relación cordial y punto. Está claro que tu visión de la vida no es la mía, ni quiero, ni pretendo que lo sea. Después de que papá me revise, te agradecería que cogierais el primer vuelo y regresaras a tu idílica existencia donde yo aparezco simplemente en ocasiones especiales o algún día para comer. Sin olvidar, por supuesto, las conversaciones con tus amigas donde te sirvo de entretenimiento, ya sea para meterte con mi físico y mi libertad sexual, o para ensalzar hasta dónde he sido capaz de llegar, según tú, haciendo rodar cabezas. Eso es lo único que soy para ti mamá, un simple tema de conversación —le eché en cara. Estaba dolida, hacía años que había asumido que no pasaríamos de aquello, pero eso no significaba que no me hiriera. Supongo, que por eso defendí a Kenan, en la “falsa fiesta de compromiso” frente a su padre. De algún modo me recordó a mí y a la decepción continua que suponía para mi madre.

No quise seguir escuchándola, ni mirando la cara de lástima de Jud, sabía que a ella también le dolía ver aquello. Subí hasta el final de la escalera.

—Vamos papá, cuanto antes terminemos con todo esto, será mejor para todos.

Mi padre como siempre, tan correcto y tan neutral, se mantuvo al margen. Mi madre siempre había sido su debilidad, así que no esperaba mayor defensa por su parte.

Tras la revisión exhaustiva a la que me sometió, me pidió que no tuviera en cuenta a mi madre, que ya sabía cómo era. No me dejó en paz hasta que le garantice que a mi regreso, en Barcelona visitaría al neurólogo por si acaso. Me pediría hora en su hospital, para que me visitaran, total faltaban menos de veinte días para que regresáramos.

Todos estaban en el salón, Cédric, las chicas, mi madre y Kenan, cuando

entramos se hizo un silencio incómodo. MacLeod fue quien lo rompió.

—¿Qué tal todo doctor?

—Parece que está bien, pero le pediré hora para que la visite el especialista, una vez hayan regresado del viaje, así nos quedaremos más tranquilos —comentó y Cédric asintió.

—Pueden quedarse esta noche si lo desean, tengo una habitación lista para ustedes, su mujer me ha comentado que hasta mañana no sale su vuelo de regreso.

—Será un honor para nosotros —dijo. Lo que me faltaba, mis padres allí. La mirada de mi escritor seguía abrasándome y yo, cada vez, necesitaba salir de allí con más urgencia.

—En vista de que todos estáis bien tan juntitos, voy a salir —anuncié.

—Te acompaño —aseguró Kenan, que se levantó como un resorte. «Eso sí que no».

—Lo siento, quiero estar sola, solo voy a ver a Didi y a su abuela, supongo que estarán preocupadas como todo el mundo —traté de zafarme, no quería ir con él.

—De eso ni hablar —contraatacó mi madre—, solo hace falta que pierdas el conocimiento conduciendo y tengas un accidente, si has de ir al pueblo deberás hacerlo acompañada —sentenció. Al ver mi negativa a ir con él, Kenan puso cara de fastidio, mientras nuestro anfitrión salió al rescate.

—Entonces te acompañaré yo, también tengo que bajar al pueblo, así que podemos aprovechar el viaje si no te parece mal, claro. ¿Te parece bien Sarah? —me preguntó. Para mí, mejor con MacLeod que con Mackenzie.

—Me parece genial Cédric, marchémonos ya, no quiero llegar tarde a comer. Hasta luego —me despedí haciendo un barrido, evitando aquellos ojos negros que me quemaban.

Fuimos hasta el coche y antes de que pudiera entrar, una mano me agarró del antebrazo.

—Sarah tenemos que hablar. —«¡Menuda pesadilla!».

—Tú y yo no tenemos nada más que hablar, antes ya te dejé bien claro lo

que había entre nosotros —afirmé e intenté mostrarme fría.

—Tú lo dejaste claro y todo fue un malentendido, no me dejaste explicar qué es lo que yo quiero o siento.

—¿Crees que va a cambiar algo que te escuche?

—Por lo menos me gustaría intentarlo, no quiero perderte Sarah, Bri forma parte de mi pasado y formará parte de mi futuro, sin embargo no del modo que tú crees. Necesitamos hablar y no me sirve una charla de cinco minutos, en la puerta de un coche. —No quería escucharle, no quería que nada intercediera en la decisión que había tomado referente a nosotros, pero también sabía que si no lo hacía, ni sería justa, ni podría hacer borrón y cuenta nueva, además estaba convencida que no me dejaría en paz, hasta que lo lograra.

—Está bien, después de cenar, cuando todo el mundo se haya ido a dormir, quedamos en la cascada, paso de estar en una habitación contigo.

—Como tú quieras, no voy a ponerte condiciones, solo te voy a pedir que abras tu mente Sarah, a veces las cosas son más complejas de lo que parecen —me dijo. «Si él supiera», ¿por qué tenía que ser tan guapo el muy capullo?

—Hasta luego —me despedí y me metí en el asiento del copiloto, sin añadir nada más. Cédric me llevó a la tienda de Didi y Morgana.

Fue abrir la puerta y las dos mujeres se lanzaron a mi cuello. Era como si me hubieran estado esperando. Mi acompañante estaba tan sorprendido como yo.

—O las noticias vuelan o Morgana ha usado la bola de cristal. —Didi levantó la vista para observarle.

—Eso no es de tu incumbencia MacLeod —soltó y después le ofreció una sonrisa—, gracias por traerla.

—¡Oh Dios mío, debo haber muerto e ir al cielo! ¡Me has sonreído! —exclamó este y la sonrisa de Deidre se hizo más amplia y le respondió con socarronería.

—No te acostumbres, ya sabes que lo mío son los desplantes, aunque esta vez creo que te debo una —le respondió y la cara de Cédric no tenía desperdicio.

—Pienso cobrármela muchacha, no hagas planes para el próximo fin de

semana, porque cenarás conmigo y tendremos esa cita, que tanto me costó conseguir. Esa que cierta pelirroja y mi falta de observación, tiraron por el retrete. —Didi se había sonrojado ligeramente, estaba claro que Cédric le gustaba y a mí también.

—Me lo pensaré y ahora si eres tan amable, deja a Sarah con nosotras, cuando hayamos terminado te hago una llamada.

—La espero con ansia —replicó Cédric y las mejillas de Didi subieron de intensidad, como los ojos de Cédric. Al parecer el rubio no le era tan indiferente como pretendía mostrar.

En cuanto MacLeod se marchó, me hicieron entrar en la trastienda, el torrente de preguntas no se hizo esperar.

—Cuéntanos qué ocurrió, la abuela te vio con su bola entrar en el lago y después te evaporaste, no lográbamos dar contigo, supusimos que habías conseguido saltar en el tiempo. ¿Fue así? —me preguntó. La cara de Didi tan idéntica a la mía estaba exultante. Al parecer Cédric no se había equivocado con lo de la bola.

—Fue así —confirmé, dio un grito y comenzó a dar saltitos.

—Lo sabía, ¿qué ocurrió? Cuéntanoslo todo, con pelos y señales, yo nunca he podido saltar. No te dejes ningún detalle por nimio que te parezca, todo esto es muy importante para nosotras y para seguir evolucionando como druidesas. —Me gustara o no, debía reconocer que ya había entrado en su mundo y me dijera lo que me dijera Suzane, la teoría de que mis padres no eran tales, cobraba una fuerza arrolladora.

Como con las chicas, les conté toda la historia, cuando llegué a la parte de los rituales, las runas y mi salto, los ojos de ambas refulgían como estrellas. Estaba claro que todo aquello era lo que más les gustaba a ambas.

—Y cuándo regresaste con esos pequeños cambios que comentas, ¿pudiste yacer con Kenan? —me interrogaron. Recordar lo que ocurrió a mi regreso, no me apetecía demasiado pero tenía que hablarlo con ellas. Les relaté lo ocurrido, tanto con Kenan, como con Brigitte y con Sind. Cuando nombré a Brigitte, Morgana se tensó.

—Esa mujer no me gusta —aseguró y yo resoplé.

—A mí tampoco.

—Creo que sigues atascada Sarah, no has cambiado lo suficiente en el pasado, dudo mucho que lo que interpretaste de la runa de Odín sea lo correcto —comentó. No sabía por qué, pero no me sorprendía lo que me contaba—. Además si volvisteis a ser interrumpidos, fue porque el Karma no ha sanado y que os mandara a Brigitte fue una señal.

—¿Una señal? —pregunté curiosa

—Hasta ahora, nadie había sido el o la culpable de que no consumarais, el Karma os ha enviado a alguien, una persona muy concreta, con una situación muy concreta y estoy convencida que no ha sido porque sí. Por lo que me has contado también hay un hombre en esta ecuación y Kenan no se ha interpuesto a que se marcharan, si el tipo se largó con un ojo morado, fue porque te creyó y te protegió y si su prometida también abandonó el castillo estando embarazada de él, es porque sigue eligiéndote frente a ella, Sarah —trató de razonar. Yo negaba sin darme cuenta, lo que Morgana me decía—. No reniegues Sarah —la miré a los ojos—, estás diciendo que no con la cabeza, no te estás abriendo, hay una parte de ti que no se desbloquea, has de ver las cosas con tu conciencia interior, no con la de tu cabeza. Debes reunirte con él, escucharle, abrirte hacia el camino de la verdad, dijiste que has quedado en el lago, usa el poder del roble y los cuatro elementos.

—No puedo —me toqué el cuello— perdí el saquito con tierra de Tara. —Morgana se levantó y me lo trajo. Abrí los ojos desmesuradamente, ¿cómo era posible? Sin preguntar nada, me respondió mientras lo ataba a mi cuello.

—En el momento que volviste Didi lo sintió, me despertó y ambas consultamos la bola, vimos tu resurgir del lago, como tropezaste y caíste y el lugar exacto, donde cayó el colgante.

—¡Por suerte no fue en el lodazal! —exclamó Deidre—. ¡Aquel sitio apesta!, aunque por mi hermana habría entrado si hubiera hecho falta —afirmó y le sonreí sin poder evitarlo, era tan espontánea y expresiva.

—Gracias Didi.

—Lo que sea por ti, *piuthar*.

—Mañana nos marchamos a Eilean Donan —les anuncié.

—Lo sabemos y sabemos que vas a saltar de nuevo, aunque no cuando, las runas no son claras al respecto, pero te diré una cosa *uaisín*, cuando sientas la

llamada de Ciara debes acudir, debes regresar y ayudarte a ti misma, a alcanzar la felicidad.

—¿Y cómo sabré cuál es el momento preciso? —pregunté. Estaba algo asustada, todo era tan surrealista y nuevo para mí.

—Lo sabrás, confía en tu conciencia interior, ábrete a ella y escúchala. Nosotras estaremos aquí para lo que necesites —me dijo. Era curioso, el sentimiento que se me había despertado respecto a aquellas mujeres.

—¿Puedo pedirlos un favor? —les solicité

—¿Acaso lo dudas? —respondió resuelta Didi.

—Me podéis dar una muestra de vuestro cabello —les pedí, aunque me resultaba algo violento pedirselo, pero en mi última conversación con Suzane, me dijo que lo mejor era enviar las muestras de cabello a un laboratorio de ADN —. No me malinterpretéis, no dudo de vosotras es solo que...

—Es solo que tu parte racional domina todavía tu conciencia, no te preocupes Sarah, aquí tienes —Morgana me entregó un puñado de cabellos y Didi otro, los metí en un par de bolsitas herméticas que me facilitaron.

—Muchas gracias.

—No debes dárnoslas, eres de nuestra familia, si un puñado de cabellos ayudan a que te termines de convencer, tuyos son.

—Creo que es hora de llamar a Cédric, es tarde —comenté. Deidre tomó el móvil y le llamó.

—Estará aquí en cinco minutos —dijo y su nerviosismo era palpable.

—Ese hombre te gusta mucho Didi —aseguré y ella puso cara de susto.

—¡Ni hablar!

—Oh sí, te gusta un montón, ¿por qué no le das una oportunidad? Cédric es un gran tipo. —Morgana soltó una risilla de complicidad.

—No empieces abuela —replicó Didi y las miré a ambas.

—¿Qué es lo que no debe empezar? —pregunté porque me despertó la curiosidad.

—Cédric es el compañero de vida de Didi, en esta vida y en la que no

pudo tener cuando murió en el parto. Cédric la necesita, en el pasado fue un desgraciado por no conocerla y ahora, no puede evitar ser una polilla frente a la luz de Deidre.

—¡Eso no es cierto! ¡Es un insolente, un cabeza hueca, un mujeriego, un arrogante y lo peor que te puedas imaginar! Será una polilla, pero yo soy la lámpara fríe bichos —exclamó la pelirroja, cruzándose de brazos—. ¡En la vida tendré algo con Cédric MacLeod!

—¿He oído mi nombre? —Las tres nos giramos hacia el rubio, que asomaba la cabeza tras la cortina— Lamento interrumpir tal sarta de alabanzas hacia mi persona, pero la puerta estaba abierta y no pude evitar escuchar.

—Seguro que sí —rezongó Didi— Añado vieja del visillo a la lista de virtudes del laird. —La sonrisa de Cédric se amplió, no parecía incómodo, más bien divertido.

—Que sepas preciosa Deidre, que tus insultos resbalan en mi piel de mujeriego, cabeza hueca y arrogante, además como la tengo tan hueca, este tipo de cosas se me olvidan. Lo que no se me olvida, es que tienes una cita conmigo y que espero que estés lista cuando te pase a recoger —afirmó y le guiñó un ojo, ella se puso del color de la grana—. Ahora señoritas O’Shea, debo regresar al castillo con Sarah, tenemos una comida pendiente. Si nos disculpan.

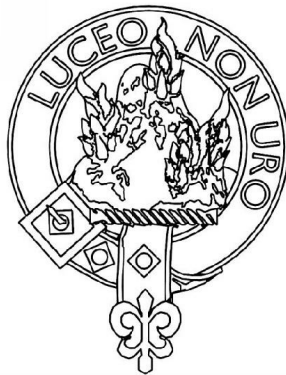
Me despedí de ambas con un gran abrazo, intercambiamos los teléfonos y prometí que volveríamos a vernos. Aunque parecía que ellas estaban convencidas de ello.

Antes de ir al castillo, le pedí a Cédric que me llevara a algún lugar donde poder mandar un sobre. Paramos en la papelería que a la vez hacía de oficina de correos. Puse las muestras de cabello en el sobre y lo mandé al laboratorio del amigo de Suzane, con una nota breve al respecto. Ella me dijo que con eso sería suficiente.

Después pusimos rumbo al castillo de los horrores, con mis “padres”, el escritor y mi aquelarre de Brujas.

Que Dios nos pillara confesados.

31 CAPÍTULO (KENAN)



No estaba muy seguro, de saber gestionar todo lo que estaba ocurriendo. Esperar a que todos durmieran para poder hablar con Sarah, había sido un infierno.

Estaba convencido como todos, de que Sarah ocultaba algo respecto a su desaparición, por otro lado estaba el tema de Brigitte y su embarazo. Me despedí de ella diciéndole, que a mi regreso, hablaríamos, pero que por el momento diera por finalizado nuestro compromiso.

Y después estaba el imbécil de Sind, si ya le tenía ganas, que Sarah le acusara de propasarse con ella fue la guinda del pastel. En cuanto ella desapareció, le quité las ganas de acercársele. Detestaba los tipos que usaban la fuerza para cosas como aquella.

Obviamente no se fue de rositas, me amenazó diciendo que iba a enterarme quién era Sindulfo Macho Seco. Seguramente se referiría, a que iba a lanzar sus dardos envenenados en las redes contra mí, pero me daba igual. Lo único que ahora tenía en mente y me preocupaba, era recuperar a mi pelirroja.

Estaba en el árbol que había cercano al estanque, esperando a que

apareciera, cuando la vi. Todo mi cuerpo se erizó ante su presencia, el corazón se disparó acelerando de cero a cien en dos segundos, estaba tan hermosa.

Llevaba una bata de raso negro abierta, mostrando un camisón a juego. Uno de esos cortitos y con tirantes que cortan la respiración. En cuanto mis ojos acariciaron la cremosa piel de su escote, me puse duro, muy duro, aunque sabía que esa noche no me dejaría tocarla, no podía evitar la bestia que Sarah despertaba en mí.

La luna brillaba en el cielo dándonos la suficiente luz, bañando aquella silueta que parecía flotar hasta mí. Se plantó a unos metros de distancia llevando algo en la mano, se acercó lo suficiente para poder tendérmelo. Abrí la mano y cuando lo depositó en ella la miré a los ojos.

—Ya no voy a necesitarlo —era el broche de compromiso de mi familia —. Disculpa por no habértelo devuelto antes, pero no pensé en ello.

—Sarah yo...

—No quiero alargar esto demasiado Kenan, di lo que quieras decir y vayamos a dormir, mañana hay que estar pronto en Eilean Donan —me dijo. Me mesé el pelo.

—¡Joder Sarah, esto es muy complicado para mí!

—No lo debe ser tanto, cuando después de intentar acostarte conmigo lo hiciste con Bri —me rebatió y sacudí la cabeza sin entender.

—¿Acostarme con Brigitte? ¿De qué hablas?

—Vamos Kenan, no te hagas el despistado, os vi ¿vale? Justo antes de que el imbécil de Sind intentara forzarme, os vi. Tú estabas desnudo, ella estaba encima besándote, no creo que necesites más datos —respondió. La imagen acudió a mí como un fogonazo, pero las cosas no habían ido como ella creía.

—Te estás equivocando —aseguré. Ella resopló.

—Seguro —contestó y cruzó los brazos bajo su pecho empujándolos hacia arriba, una sonrosada aureola se asomó por el escote como si amaneciera para mí. Tenía los pezones rígidos, eso significaba que no le era indiferente como intentaba aparentar. Intenté fijar la vista en sus ojos, aunque sin poder evitarlo descendía una y otra vez al escote — ¡Eh! —exclamó—, los ojos están en el tejado, no en el balcón.

—Disculpa, es que tienes unas flores preciosas.

—Y tú eres un capullo —me rebatió. Solo sonreí.

—Eso no te lo voy a negar.

—Será mejor que me marche, esta conversación no va a llevarnos a ningún lado —dijo Sarah y se dio la vuelta, intentó dar un paso pero yo la cogí del brazo para detenerla. ¡Zas! Un latigazo me recorrió de arriba abajo y tuve una visión de otra época, otro lugar, era una Sarah más joven, más inexperta, que con su cuerpo desnudo me tentaba para que la poseyera una y otra vez. Mi erección apretó una vez más, bajo el pantalón ancho de chándal que llevaba. Menos mal que era suelto, que si no...

—Espera por favor —le pedí. Ella se volteó para mirarme, como si evaluara si se quedaba o se marchaba.

—Está bien.

—Sentémonos bajo el árbol, estaremos más cómodos —sugerí y no se negó, se acomodó a mi lado con la espalda y la cabeza, apoyadas en el ancho tronco.

—Tú dirás —me dio pie para empezar.

—Lo que viste o lo que crees que viste, no ocurrió —traté de explicarme, ella sopló—, bueno sí ocurrió, pero no hubo sexo si es lo que crees. Nos viste en el momento en el que le había dicho a Brigitte, que no quería seguir con ella pero que iba a ejercer de padre de su hijo, ella se echó a llorar yo intenté consolarla...

—Y te la follaste —concluyó precipitándose.

—No, no me la follé, ella aprovechó el instante para sentarse a horcajadas y besarme. Te juro que fue un minuto, en cuanto me di cuenta de lo que sucedía la aparté, no la amo Sarah, no puedo casarme con una mujer que no quiero, como sugirió mi padre —le aseguré. Por unos instantes, me pareció captar su atención—. No me veo criando hijos con Bri o fundando nuestra propia familia.

—Pues para no verte, la has embarazado.

—Y créeme si te digo que no sé cómo ocurrió —afirmé. Estaba desesperado porque me creyera.

—Creo que te puedes hacer una ligera idea, hombre, mujer, sexo, bebés, la ecuación es simple —comentó sarcástica. Esta vez quién resopló fui yo—. Mi profesor de sexualidad del instituto decía: Si deseas practicar el coito vaginal, emplea el preservativo desde el inicio hasta el final. Está claro que a ti no te enseñaron lo mismo.

—Nunca he follado con Brigitte sin preservativo —declaré y la miré con fijeza, quería que me creyera, lo necesitaba.

—Pues dudo que sea la nueva virgen María y tú San José —soltó y puse los ojos en blanco.

—Bri cree que algún condón estaría roto o en mal estado.

—¿Te has planteado que no sea tuyo? —me preguntó. «Claro que lo había hecho, pero Brigitte no me mentiría en algo tan serio».

—La creo —sentencié— y eso debe bastar. Lo tengo decidido, Bri quiere alumbrar a ese bebé, así que la ayudaré, la apoyaré, le pasaré una manutención y compartiré la crianza con ella. No pienso desentenderme de ese crío, pero no pienso casarme con una mujer que no me completa.

—Ya, ¿y eso en qué punto me deja a mí?, porque imagino que toda esta charla es con una finalidad, ¿no? —me preguntó. Era tan lista como bella. Me arrodillé ante ella.

—Sé que apenas hace unos días que nos conocemos, sé que hay cosas que me ocultas, como el verdadero motivo de tu desaparición. Pero aun así, no puedo evitar sentir lo que siento —afirmé. Sarah abrió aquellos pozos azules a los que me tiré de cabeza—. Desde que te vi en mis sueños por primera vez como Ciara, supe que me pertenecías, porque era tu rostro el que veía, era tu cuerpo el que saboreaba, una y otra vez, en otra época y en otro lugar. Pero eras tú Sarah —comencé a declararme. Ella tenía las pupilas dilatadas y los labios se abrían como una flor—. El día del premio lo supe, supe que si existías no era por casualidad, que si el libro había ido a parar a ti, era porque el destino te había preparado para mí. Sé que ha pasado poco tiempo, que me podrías tachar de loco por sentir lo que siento, o pensar lo que pienso, pero solo sé que con Bri he estado mucho más que contigo, al igual que con otras, sin embargo jamás he sentido por ninguna, ni una décima parte de lo que siento por ti. No sé si es amor, lo que sé es que la primera vez que tus labios tocaron los míos, noté como si una espada hubiera atravesado mi pecho. El aire

abandonó mis pulmones y la vida comenzó a abandonarme, por la mortal estocada de tus labios —seguí explicándole. Noté un ligero temblor en la barbilla, mientras le confesaba mis sentimientos—. Si el amor es sentir esa placentera muerte, entonces no habría muerte más dulce que perecer bajo tu aliento —aseguré.

Sarah no decía nada, me miraba atrapada en el fondo de mi mirada pero no hablaba, no se movía, nada. Era como si intentara escarbar en el fondo de mi retina en busca de la verdad, pero no había mayor verdad que lo que le acababa de mostrar. Me había abierto completamente, estaba a pecho descubierto, postrándome ante ella, esperando una respuesta que no llegaba. Tomé el broche que me había devuelto y sin pensarlo lo coloqué sobre su corazón.

—Mi corazón es tuyo *té bheag* —le dije y Sarah abrió mucho los ojos al oír mis dos últimas palabras.

—¿K-Kenan? —preguntó con temor—¿E-eres tú? —«¿Qué le ocurría? ¿Cómo que si era yo?». Le tomé la mano y la llevé a mi pecho desnudo, pues no me había puesto camiseta.

—¿Cómo que si soy yo? Siempre he sido yo, siénteme Sarah, escucha mi corazón, escucha como golpea por ti —le respondí y ella apartó la mano como si abrasara y negando con la cabeza se puso en pie.

—Lo-lo siento, no-no puedo —me declaró con la voz temblando. «¿Eso que brillaba en sus ojos eran lágrimas?».

—¿Qué no puedes? —le pregunté. Parecía muy acongojada, seguía negando con la cabeza, como si algo la perturbara.

—No puedo —repitió e intenté atraparla poniéndome en pie, pero ella se deshizo de mi agarre con facilidad.

—Sarah, habla conmigo por Dios. ¿Qué no puedes? —volví a interrogarla. Parecía a kilómetros de allí, su mirada estaba perdida en el lago, cuando me alcanzó de nuevo sus palabras me dejaron helado.

—Lo siento no eres él, eres tú y soy yo, no-no puedo, no puedo haceros esto a ambos —logró decir. Después de soltarme esa bomba, salió a la carrera sin que la detuviera. Había otro hombre, Sarah acababa de confesarme que había otro hombre, ¿sería con él con quién había pasado los últimos cinco

días? La primera vez que me declaraba y me sentía morir. Me desplomé en el suelo, apoyándome deshecho junto al árbol, Sarah amaba a otro y yo la estaba perdiendo. ¿Cómo había ocurrido? ¿Cuándo? Tenía mil preguntas en la cabeza que era incapaz de responder. Acababa de asestarme un golpe mortal en pleno pecho, sentía como mi corazón se desangraba segundo a segundo.

—¿Qué te ocurre laird? —una voz susurró entre los árboles, era dulce, suave, atemporal. «¿Quién había dicho eso?». Seguro que había sido producto de mi imaginación. Un golpe de viento despeino mi cabello y volví a escucharla con más claridad. —Cuéntamelo, ¿recuerdas? Dije que te ayudaría si lo necesitabas, ven a mí con tu pensamiento Mackenzie y te ayudaré —me explicó. Lo primero que vino a mi mente fue Morgana, la abuela de Deidre. — Eso es, buen chico, lo estás haciendo muy bien.

—¿Morgana? —pregunté en voz alta— ¿Estás aquí? —Una risa melodiosa acarició mi nuca.

—No del modo en que tú crees, puedo oírte y tú a mí, estás conectado a mi nieta y eso hace que indirectamente lo estés a mí también —comentó y aquello me extrañó ¿conectado a Didi? ¿Por qué debía estarlo? Otra vez a risa—. A esa nieta no, Kenan, a la otra, a la dueña de tu corazón—. Aquello era imposible, claramente estaba delirando, ese maldito whisky añejo que me había servido Cédric, me estaba haciendo alucinar. —No es el whisky Kenan, sé que no debe ser fácil para ti, pero si amas a Sarah debes comenzar a creer en la magia, ella no es una mujer normal, ni yo tampoco, eres un hombre listo, has estudiado historia así que la palabra druidesa no te debe ser indiferente.

Me levanté con impetuosidad, me desnudé y me lancé de cabeza al lago para acallar las voces, pero fue mucho peor. A través del agua volvió todo a mí. Mi libro fluyó como si de una película se tratara, como si estuviera viendo el fin de mis días. Pero había algo extraño en todo aquello, pequeñas escenas habían cambiado y Morag, la abuela de Ciara era Morgana... «¿Qué me estaba ocurriendo?». Salí del lago sin entender nada.

—¿Qué está pasando? —grité al viento.

—Calma guerrero, respira y ve hacia el roble —la voz era mucho menos intensa en el lago—, allí mi fuerza es mayor, le necesito para llegar a ti, es mi portal. —«¿Portal? ¿A caso esa mujer vivía en un árbol y era su portera?», me estaba volviendo loco—. Vamos Kenan, ven a mí, déjame que te ayude, me

necesitas recuerdas. —Todavía no sabía qué me impulsaba a hacerle caso a aquella locura, pero me vi irremediadamente empujado hacia el árbol—. Abrázalo Kenan, siente su poder, recuerda aquella noche que viste a Ciara hacerlo. —¿Cómo sabía aquella mujer eso? Me sentía ridículo completamente desnudo y abrazado a un árbol, pero era tal mi desesperación que lo hice, válgame Dios si lo hice—. Eso es Mackenzie, muy bien, ¿lo sientes? ¿Notas la energía? Déjala fluir por tu cuerpo, empápate de ella y mira dentro, ella responderá a tus preguntas. —No entendía nada, ¿era una especie de acertijo? —. No te cierres en banda, ábrete Kenan, déjame brotar en ella y todo te será revelado. —Abrirse y ¿cómo narices se hacía eso? Recordé una clase de yoga a la que asistí cuando hacía esgrima, mi profesor se había emperrado en que iría bien para nuestra concentración. Hablaba de la canalización de energías, de dejar la mente en blanco y fluir—. Eso es, casi lo tienes, déjame entrar, ábrete a la luz, ábrete a la verdad.

Allí estaba ante mí Sarah saliendo de la casita el día de la sesión de fotos, yo la seguía con la mirada, riéndome por lo bajito cuando se le ocurrió cantarle a los San Fermín. Justamente yo me sentía como un toro con ganas de clavarle mi pitón.

Cuando llegó al lago se introdujo y en ese momento era cuando desaparecía, entré corriendo desnudo, me conocía esa parte y cuando me adentré me sorprendió encontrarme con Sarah emergiendo de las aguas, pero no era Sarah, era una versión más joven con el cabello más largo, me costó entenderlo, pero por fin lo vi claro, no era Sarah, era Ciara. ¿Sarah era Ciara?

—Eso es Kenan —me dijo la voz de Morgana o Morag quien fuera que volvió a hablarme—. Sarah no puede amarte solo a ti, porque también le ama a él. —«¿A él? ¿Quién era él?»—. Mira tu reflejo en el agua, fíjate en los detalles, busca tu corazón —siguió hablándome. La luna brillaba con fuerza, dando una extraña claridad al agua, aparté por unos instantes la vista de aquella preciosa ninfa que había surgido de ella, para mirar mi reflejo. Allí estaba, era yo, solo que mucho más barbudo, más velludo y con una cicatriz que cruzaba mi pecho pasando por encima del corazón. Era yo pero no era yo, debía ser mi antepasado el laird Kenan Mackenzie—. Chico listo —susurró la voz— deja a mi nieta en el agua y regresa al árbol, abrazalo y déjame que te muestre qué ocurrió cuando Sarah desapareció, tenemos poco tiempo, ejercer de canal requiere mucha energía y la mía por hoy se está agotando. —Fui al roble como la voz me pedía, me abracé a él y las visiones se sucedieron.

Me desperté desnudo y en el suelo del roble, seguía agarrado a su tronco y tenía el cuerpo destrozado por la posición. El sol estaba saliendo por el horizonte.

Intenté aclarar qué había ocurrido esa noche, pero no tenía claro si había sido un sueño o la realidad, había una línea prácticamente efímera que me costaba mucho de atravesar.

En mi sueño vi a Ciara, pero no era ella exactamente, Sarah había saltado hacia atrás en el tiempo poseyendo el cuerpo de Ciara, escuché sus conversaciones con Morag, sus dudas y lo más importante, la vi acostándose con mi antepasado, pero no solo la vi, la sentí, pude sentirlo todo como si fuera yo y no él. Todo aquello fue muy extraño. Lo que más me preocupó fue su mirada al contemplarle. Estaba claro que le amaba, que estaba enamorada de él y él de ella, al igual que yo, todo aquello me sobrepasaba.

Sacudí la cabeza, me metí en el lago y nadé con fuerza para despejarme. Era imposible, no podía haber ocurrido lo de anoche. ¿Y si mis sueños se habían cruzado con la realidad? Había algo en ellos que me hacía estar intranquilo, no estaba seguro de qué era y mi capacidad de discurrir estaba claramente afectada.

—¿Puedo unirme en tu baño? —me preguntó alguien. Levanté la cabeza y allí estaba Cédric—. Suelo venir a nadar todas las mañanas, hay gente que prefiere las piscinas, yo soy más de lagos —me explicó. Su sonrisa era radiante.

—Adelante, este lugar es tuyo.

—Eso no importa, ¿te incomoda que nade contigo? —inquirió y yo negué. MacLeod se desnudó entrando en el agua. Ambos nadamos un buen rato sin decir nada más. Exhaustos y vigorizados salimos del lago—. No se te da mal —me dijo sonriente—, vamos a secarnos y regresemos al castillo están a punto de servir el desayuno. No hay nada más agradable que nadar desnudo y dejar que los primeros rayos de sol te sequen la piel, ¡comienzas el día con las pilas a tope! —exclamó y puso una toalla bajo el roble y ambos nos sentamos mirando el lago—. Me encanta este lugar es mágico o por lo menos yo lo siento así. Es mi rincón desde que era pequeño y mi madre falleció.

—Lo lamento —le dije y Cédric se encogió.

—No importa, ocurrió hace mucho. Cuéntame, ¿qué tal con Sarah?

—No sé qué decirte...lo nuestro se complica por momentos —le respondí pensativo.

—No ha debido ser fácil para ella asumir, que sus padres no son los que creía —afirmó y le miré extrañado.

—¿Cómo? —cuestioné. Estaba apoyado contra la corteza con los ojos cerrados, su piel dorada resplandecía.

—Ya sabes, encontrar a tu abuela y hermana gemela en Escocia, debe haber sido un palo para ella, cuando desapareció pensé que había ido en busca de respuestas. ¿Tú no? —me comentó y clavó la vista en mí. Recordé el sueño, en él Morgana se refería a Sarah como su nieta.

—¿Qué sabes de ello?

—Poco la verdad. Cuando Didi y su abuela llegaron a Dunvegan no eran demasiado comunicativas, en concreto Deidre. Pero ya sabes, en los lugares pequeños no hay secretos grandes. Aquí todos creíamos que la hermana de Didi había muerto en el parto, junto con su madre, pero a la vista está que no fue así. Supongo que Sarah, necesita tiempo para hacerse a la idea e investigar. Además, por lo poco que he visto, se lleva fatal con esa pareja que la crío y a la que ella llama padres —me explicó. Eso también lo había visto yo. Si recibía algo más de información estallaría, necesitaba distraerme.

—¿Y tú? ¿Qué me cuentas de Didi? —le pregunté cambiando de conversación, él abrió los ojos y me miró fijamente.

—Me vuelve tan loco como a ti su hermana, en el instituto la ignoré y ahora me lo está haciendo pagar. Fui un memo, ahora toca apechugar con las consecuencias, pero no me rindo fácilmente, soy un MacLeod y me encanta el arte de la estrategia y la seducción —declaró. Se puso en pie y me tendió la mano para ayudar a que me levantara—. Será mejor que nos vistamos y regresemos ya, no creo que a tu O'Shea, le haga gracia que la hagas esperar, tienen un carácter endemoniado. —Me caía bien Cédric, era un buen tipo. Caminando no pude evitar preguntarle por Morgana y su tienda—. Estamos en Escocia, así que aquí tener alguien con poderes no es extraño, he visto cosas sorprendentes, por lo que no me planteo qué es o qué hace Morgana, mientras sean cosas positivas para los demás, nunca me meteré —aseguró. Estaba claro que Cédric las apoyaba, no se preocupaba en exceso qué ocurría con aquellas extrañas mujeres, mientras no fuera nada negativo.

Fui a cambiarme y recoger mis cosas. Tras una ducha, me sentía como nuevo. Cuando bajé, todos habían comenzado a desayunar.

—Por fin, su majestad el príncipe Mackenzie nos honra con su presencia. ¿Ha descansado bien? —preguntó Jud, mientras Sarah me ignoraba untando la mantequilla en su tostada.

—Laird Mackenzie, para ti —le aclaré a la pelirroja. Mis palabras hicieron que Sarah se pusiera nerviosa, se le cayera el cuchillo y la tostada, obviamente, por el lado de la mantequilla.

—¡Mierda! —protestó.

—Ahí va otra ley de Murphy que acierta al cien por cien.

—¿Otra? —pregunté divertido, ella asintió.

—Cualquier solución entraña nuevos problemas, en eso Sarah es una experta, ¿verdad jefa? —comentó y esta la miró, como si quisiera fulminarla con la mirada, eso me hizo pensar que habían estado hablando.

—Será mejor que desayunes Mackenzie —aseveró un divertido Cédric—, antes de que alguna de estas hermosas mujeres te claven uno de sus cuchillos, no sé cuáles son peores si los físicos o los verbales.

Desayunamos en silencio, no vi a los padres de Sarah, así que pregunté cuando nos dirigíamos al coche.

—¿Y tus padres? —Ella siguió caminando con la vista clavada al frente.

—Salieron de madrugada, su vuelo salía temprano —dijo. No sabía cómo decírselo, pero quería que confiara en mí.

—Sarah, si necesitas hablar de ello, puedes hacerlo soy bueno escuchando.

—¿Hablar de qué? —inquirió con voz cortante.

—Sobre el tema de tus padres, no debe haber sido agradable para ti enterarte que no eres hija suya —le aclaré. Estábamos en un lateral del castillo cuando se detuvo y me miró con fijeza.

—¿Cómo te has enterado? ¿Ha sido Suzane? ¿Ella te lo ha explicado? —me interrogó. Se llevó las manos a la cabeza—. No sé cómo pude confiar en que guardaría el secreto a sabiendas de que es tu hermana —aseguró y la tomé

de los hombros.

—Basta, no fue ella, no sabía que se lo habías contado a Suzane, me lo dijo Cédric —la informé. Cerró los ojos con pesar.

—Lo siento, todo esto está pudiendo conmigo, creí...—trató de explicarse. Se la veía abatida así que la abracé y no se negó, se dejó mecer entre mis brazos, como si necesitara aquella seguridad que le daban. Acaricié su cabello.

—Siempre voy a estar aquí para ti, me oyes —afirmé, besé su frente e inspiré ese aroma de ella que tanto me gustaba. Sarah tenía las manos sobre mi pecho, primero se puso en guardia, pero poco a poco se relajó.

—Anoche...—comenzó, pero no terminó la frase.

—Anoche todo fue muy complicado. —Le tomé el rostro y se lo levanté—. Esta vez vamos a ir muy despacio, ¿de acuerdo? Creo que ambos necesitamos saber qué está ocurriendo entre nosotros —aseveré y ella asintió y me miró los labios con anhelo. Pero yo sabía que no era el momento. Volví a besar su frente y me separé de ella—. Vamos debemos partir.

Nos despedimos de Cédric y logramos que se comprometiera a venir unos días a Barcelona, después pusimos rumbo hacia Eilean Donan, nuestro siguiente destino.

32 CAPÍTULO (SARAH)



En algún lugar de Escocia...

● Estúpido! Todo ha salido como el culo —exclamó Brigitte. Ella y Sind yacían desnudos en una habitación de hotel.

—Cálmate mi amor, el tiempo lo pondrá todo en su lugar —decía él esparciendo un reguero de besos entre sus muslos.

—Dijiste que lo del bebé funcionaría y no ha sido así, ¡vuelve a estar solo con la pelirroja y ha roto nuestro compromiso! Si hubiéramos hecho las cosas a mi manera, ahora no estaríamos en esta situación.

—Calma belleza —expresó y su lengua comenzó a recorrer los pliegues de la mujer, que suspiró frente a sus atenciones—. La partida no ha terminado, tú tendrás la boda que deseas y a él en tu cama, deja que me encargue.

—Precisamente todo esto ha ocurrido porque he dejado que tú te encargues, no quiero volver a perderle —protestó con un mohín que cubría su hermoso rostro. La puerta del baño se abrió y entraron dos preciosas mujeres completamente desnudas, que se desplazaron una a cada lado de Bri, subieron a la cama para comenzar a besar los pechos de la morena.

—Ahora no pienses, déjanos darte placer diosa mía, más tarde nos pondremos a ello —la calmó Sind. El rubio introdujo la lengua en su palpitante humedad, mientras las chicas adoraban sus pechos.

—Está claro que si uno quiere que algo salga bien, debe hacerlo uno mismo —murmuró ella altanera— ¡Complacédme! —ordenó—, del resto yo me encargo.

Eilean Donan...

Habíamos dejado las maletas en la casita que Mar había alquilado, solo íbamos a pasar una noche en ella, estaba muy cerca del castillo, así que podíamos llegar andando hasta él. Era ideal, tendríamos tiempo de descansar para nuestra presentación del libro, esa misma noche, aunque yo no estaba de humor.

Me sentía muy extraña con aquel cúmulo de sentimientos bullendo en mi interior. El día anterior fui incapaz de hablar con mis padres sobre mi procedencia, quería tener los papeles del laboratorio que corroboraran lo que yo ya sabía. Quería restregárselos por la cara y ver que me decían. Estaba tan decepcionada y enfadada con ellos.

Por otra parte estaba Kenan, eso ya era más complicado y difícil de gestionar, sabía que ambos Mackenzie eran el mismo, pero en mi interior no podía dejar de sentirme culpable por haberme acostado con el antepasado de mi escritor y si a todo eso le uníamos al embarazo de Brigitte, era para volverse loca.

Entramos en la casa, tenía capacidad para cuatro personas y nosotros éramos cinco, así que Kenan se ofreció voluntario para dormir en el sofá. Tenía unas vistas privilegiadas hacia el lago y el castillo, era ideal para dormir cuando termináramos destrozados aquella noche, el alcohol y los tacones no eran buenos aliados para las distancias. Había un par de habitaciones dobles con su propio cuarto de baño, un amplio salón con chimenea y una bonita cocina.

—Esto es precioso, podría quedarme a vivir aquí eternamente —sugirió Mar espanzurrándose en el sofá.

—¿Y qué diría Carlos al respecto? Mira que es pesado el tío llamándote

cada hora —le reprochó Jud. Mar le restó importancia con la mano mientras Marge se sentaba a su lado.

—Deja a Mar, Jud —la riñó mamá gallina— Si a ella le va bien así, nosotras no tenemos nada que decir al respecto. —Jud rebufó.

—Tienen una relación tóxica, Carlos es demasiado controlador.

—Habló la despegada —protestó Mar— ¡Que tú no hayas llamado ni una sola vez a Queen Mary desde que aterrizamos, no quiere decir que tu relación sea mejor que la mía!

—Vamos chicas haya paz —intercedí yo.

—¡Es que estoy harta! —Mar se levantó con ojos llorosos—. Jud siempre tiene para todos, será que ella es la reina de la perfección, pues mira guapa, perdona que te diga, pero si mi pareja llevara diez días en Escocia y no me hubiera llamado ni una sola vez para decirme lo mucho que me extraña, me plantearía si realmente es la persona que quiero en mi vida. —Mar tenía los puños apretados y Jud la miraba con los ojos como platos—. Queeny es guapísima y muy dulce, así que yo me andaría con cuidadito, no sea que con tanta libertad y tanta despreocupación, encuentre otra ama que la cuide más que tú —aseguró, después se levantó y se largó dando un portazo—. Kenan se había mantenido al margen mirando por la ventana.

—¿Será posible que después de tantos años esa mosquita muerta tenga sangre en las venas? —A Jud le daba igual haber ofendido a Mar, ella era así, una “sin filtro”

—¿Eso es lo único que te preocupa de toda la discusión? —la reprendió Marge—. La has herido, Jud, y todavía no entiendo el motivo. Será mejor que te plantees el motivo, las amigas no hacen esas cosas. Mientras reflexionas, voy a buscarla y calmarla, en cuanto regrese espero una disculpa por tu parte. —Marge se marchó en busca de Jud.

—¿Es que se han vuelto todas locas? —preguntó mirándome a mí.

—Bueno, tal vez deberías aprender a medir tus opiniones. ¿No crees? —Jud rebufó—. Que todas tengamos asumido que dices lo que piensas en cada momento, no significa que no hayas de pensar en si va a doler o no antes de soltarlo. Sé que el tacto no es tu fuerte, así que deberías practicar.

—La que fue a hablar —replicó. Tenía razón a mí también me costaba

contenerme, pero intentaba mejorar.

—Sé que tampoco es mi punto fuerte, pero te juro que estoy haciendo un gran trabajo de contención últimamente.

—Pues cualquiera lo diría —dijo cabeceando hacia Kenan. Cogió su maleta—. Me voy a nuestra habitación a “reflexionar” —movió los dedos en forma de comillas— y a llamar a Queeny, no me molestéis, me va a costar lo mío tragarme el orgullo.

Sabía que me había dejado a solas con Kenan a propósito, en el viaje había retomado el tema de Kenan con las chicas y todas opinaban que debía hablar con él, que las cosas no eran tan malas como yo las pintaba y como no me creían, respecto a mi nueva condición de saltadora del tiempo, todo lo solucionaban mandándome a hablar con él.

En cuanto la puerta de la habitación se cerró, comencé a agobiarme.

—El lugar es magnífico —comentó, todavía seguía mirando por la ventana.

—Lo es.

—Y las chicas son geniales —esta vez sí que se giró—. Sois como una pequeña familia donde cada una juega su papel, podéis pelearos, discutir, pero en el fondo sabéis que todo se solucionará, porque lo que os une es mucho más fuerte que un simple enfado y perderíais mucho más, si os cruzarais de brazos ante ello y lo dejarais sin solucionar —adujo. Yo ya no estaba segura, si hablaba de nosotras o de nosotros. Creo que había usado el símil para romper el hielo, con una habilidad pasmosa.

—¿Qué quieres Kenan? —le miré entrecerrando los ojos.

—A ti —dijo sin dudarle un instante—. Creo que a noche fui muy claro con mis intenciones y sigo pensando lo mismo.

—Y yo te dije que...

—Que había otro —intercedió—, lo recuerdo —añadió. Yo me sentía exhausta, obviamente no le podía decir a Kenan lo de los saltos o me tacharía de loca—. ¿Te importa si damos un paseo? —me preguntó, mantenía la distancia, lo que me hacía sentir cómoda dentro de la perturbadora situación.

—Está bien —acepté, tal vez fuera me despejaría un poco y sabría cómo

afrontarlo.

Paseamos sin hablar hasta llegar al puente que llevaba al Castillo.

—¿Conoces la leyenda del castillo de Eilean Donan?

—¿La del niño que hablaba con los pájaros y era hijo del rey? —Kenan asintió.

—Veo que sabes de lo que hablo —dijo. El viento le agitaba el pelo, estaba tan guapo, solo podía pensar en enredar mis dedos en él.

—Escocia está llena de historias.

—Y de magia —sentenció deteniéndonos a la mitad del puente.

—Cuéntamelo Sarah —me pidió y su mirada era tan profunda que me costaba no balbucear. Tenía una aura poderosa que te envolvía sin quererlo y pese a mi tamaño, me hacía sentir pequeña cuando estaba con él.

—¿Qué quieres que te cuente? —le interrogué nerviosa por su cercanía.

—Lo que te preocupa, lo que nos separa, lo que necesites para que lo nuestro tenga una oportunidad —demandó. Me giré resignada, apoyando el cuerpo sobre la baranda de piedra, que daba al lago.

—Es demasiado complejo Kenan, no puedo —expresé, él se colocó igual que yo, a mi lado.

—¿Qué puedes perder si me lo cuentas? —inquirió y me colocó un mechón que se había agitado con el aire. Mi cuerpo tembló ante ese simple contacto.

—Pues básicamente crearás, que debes internarme en un sanatorio mental —aseguré y él sonrió.

—Creo que eso lo pensé desde el primer momento, además puedo pedir una plaza de enfermero y tenerte atada a una cama bajo mi voluntad, a mi cuidado, siempre que desee —comentó socarrón. Aquello me hizo temblar y sonreír—. Vaya, ya dudaba de mi capacidad para arrancarte una sonrisa. No tengas miedo Sarah, no importa lo que yo piense sino que lo que me cuentes, lo digas con el corazón, yo sabré discernir tu verdad —afirmó. «¿Era posible que él me creyera?», sus ojos me decían que sí y yo, no podía más con aquella sensación que me ardía en el estómago.

—Está bien pero luego no me des la brasa —dije más resignada que

esperanzada, él asintió poniéndose serio—. Cuando entré en el agua el día de la sesión de fotos viajé al pasado —comencé a explicarle. Cerré los ojos al decirlo y al no oír nada al respecto los volví a abrir, la mirada de Kenan era completamente neutra, nada, ni había pestañeado. Está bien, seguiría a ver hacia dónde nos llevaba todo aquello—. Una vez que salí del agua yo ya no era yo, bueno, sí lo era en espíritu, pero en cuerpo era Ciara y delante de mí estabas tú o por lo menos eso creí, hasta que me acosté contigo, perdí la virginidad y resultó que eras tu tátara, tátara, tátara y no sé cuántos más, tátara abuelo. Anoche, me dijiste las mismas palabras que usó él en su declaración ante Morag, para que me marchara con él a Eilean Donan. Me descolocaste, creí que eras él —declaré y volví a cerrar los ojos y en esta ocasión solo abrí uno. Nada, la misma expresión de póker—. ¿Es que no piensas decir nada al respecto?

—¿Debería?

—¡Joder Kenan, acabo de decirte que me tiré a tu antepasado y no una sola vez, sino muchas durante los últimos cinco días, sin prevaricación pero con mucha alevosía! —exclamé. Él tomó aire despacio, como si estuviera sopesando qué responderme.

—Pero estás diciendo que no eras tú, técnicamente y si no me equivoco, fue Ciara la que estuvo con él, solo que tu viviste la experiencia como si se tratara de ti, además me estás diciendo que al principio creíste que era yo. —«Un momento, ¿me estaba creyendo y encima me estaba justificando? Aquello era de locos».

—¿Por qué no dudas de lo que te cuento?

—¿Por qué debería de hacerlo? —«Ahí te ha dado», respondió mi conciencia.

—A mí me costó mucho asimilar lo que me había sucedido, hasta que no pasaron los días y me cercioré que Morgana tenía razón, creía que era un sueño del que no lograba despertar —expliqué alterada—. Según la abuela de Didi, pertenezco a su familia y puedo hacer cosas excepcionales. Hablé con ella para arreglar aquello que me impedía estar contigo, yo tenía tantas ganas y cada vez que lo intentábamos resultaba un fiasco, así que...

—Un momento —me detuvo—, rebobina un instante, ¿le preguntaste a Morgana por nosotros? —Parecía...¿complacido?

—Sí bueno, surgió, no quiero que creas que voy hablando de mi vida sexual con cualquiera, es solo que estaba frustrada por no poder culminar, no sabía qué más hacer para que algo no nos interrumpiera —le conté, una sonrisa curvó sus labios y la intensidad de su mirada cambió—. ¿Qué ocurre?

—Me deseas —afirmó y yo resoplé.

—Menudo descubrimiento —apunté y el negó con la cabeza y me colocó de espaldas al lago con él acechándome delante, no tenía escapatoria, si me inclinaba hacia atrás caería al agua. Su pecho presionó mío, me agarró de la cintura y clavó su erección contra la parte baja de mi vientre.

—Ese no es el descubrimiento Sarah, el descubrimiento es que me deseas tanto que has sido capaz de emprender un viaje del cuál no sabías si lograrías regresar, para intentar que lo nuestro funcione, ese es la verdadero revelación. ¿Es que no te has dado cuenta? Creo que debería mejorar su capacidad de leer entre líneas, señorita Alcántara —se burló. Miré aquellos ojos que me dejaban sin respiración, era tan endemoniadamente guapo.

—¿Me crees? —le pregunté y me costó tragar ese nudo que atenazaba mi garganta.

—Te creo y sé que ahora te sientes confundida, porque no sabes con cuál de los dos quedarte.

—¿Cómo es posible que me creas? Y así de fácil, no lo entiendo — cuestioné. Estaba desubicada, él me acarició el rostro.

—Te creo porque anoche lo vi todo Sarah, lo sentí todo. —«Eso sí que no lo esperaba».

—¿Cómo que lo viste todo? —le interrogué temerosa.

—Morgana —dijo a modo de explicación—. No sé cómo lo hizo exactamente, supongo que uso sus poderes. En cuanto te fuiste, se puso en contacto conmigo a través del roble y del viento, dijo algo así como que era su portal, canalizó su energía para que viera todo lo ocurrido.

—Y... ¿lo viste todo? —demandé, pues eso sí que me daba pavor.

—No solo lo vi, lo sentí, fue increíble, compartía el cuerpo de mi antepasado, él hablaba, él decía, él ejecutaba, pero yo sentía —aseguró. Cuando hablaba me miraba con una intensidad perturbadora—. Lo viví todo,

absolutamente todo, era como si hubiera estado contigo en cada instante —me explicó. Mi boca se entreabrió, no sabía qué decir. Su rostro cada vez estaba más cerca del mío y yo no podía dejar de mirar aquella jugosa boca, la deseaba tanto.

Cuando cubrió mis labios supe que no había un lugar en el mundo donde quisiera estar que no fueran sus labios. Involuntariamente gemí cuando su lengua alcanzó la mía. Sabía tan bien, le deseaba tanto. El beso fue ganando intensidad, a cada envite, la necesidad crecía, alcanzando un límite difícil de sostener. Quería una mayor profundidad, quería fundirme por completo, no podía soportar la idea de dejar de estar en contacto con él. Kenan frotó su erección, yo quería sentirle en un lugar que vibraba del ansia por tenerle ahí.

Cual bailarina de tango me puse de puntillas elevé una pierna para colocarla en su cintura y que ese generoso vaivén alcanzara mi doliente entrepierna. Fue tal mi impetuosidad que trastabillé, desestabilizándonos a ambos y lanzándonos de espaldas al vacío.

Mi último pensamiento fue para Ciara y para Kenan, en cuanto impacté con el agua la vi, estaba allí sobre el puente, mirándome con una niña pequeña agarrada de la mano de hermosos ojos negros como los de Kenan. Kenan, ¿dónde estaba Kenan? No podía abandonarle. Braceé intentando encontrarle en la negrura del agua, no le hallaba, estaba desesperada. ¿Dónde se había metido? El oxígeno me estaba fallando, necesitaba emerger, salir de allí o me ahogaría.

Solo un par más de brazadas, me dije, nada más un par más de brazadas.

Fuera seguía viendo la silueta de la niña, pero Ciara ya no estaba. Logré emerger y cuando lo hice el grito desgarrador de una niña me perforó el cerebro.

—Mami, mami, ¿estás bien? —decía la pequeña mirándome con lágrimas en los ojos, me costaba respirar, sentía los pulmones ardiendo y el agua congelada. Fuera hacía frío, necesitaba salir del agua si no quería morir por hipotermia. La ropa me pesaba, me costó un infierno salir de allí. En cuanto alcancé la orilla del castillo la pequeña estaba esperándome, tendiéndome la mano para que me agarrara a esos minúsculos deditos —. Solo un poco más mami, ya casi has salido —«No», me dije, mientras aquella tierna manita intentaba asirme. Era imposible, «otra vez no». Estaba temblando de frío, la

piedra estaba resbaladiza y mi abultado vientre no me dejaba subir en condiciones... «¡Oh Dios mío! ¡Estaba embarazada! ¡Eso no podían ser gases! No recordaba que Ciara cayera al lago cuando estaba en el castillo, pero seguro que habían cambiado cosas. Estaba embarazada, así que la que estaba estirando de mí tan concienzudamente era la hija de Ciara y Kenan. ¿Cómo demonios se llamaba la pequeña?», el nombre me vino solo.

—Kelly cariño, tira un poquito más ya casi estoy fuera.

—Sí, mami —contestó solícita. En cuanto puse un pie en tierra firme ella me abrazó con fuerza, las lágrimas brotaban imparables de sus hermosos ojos negros—. Ay, mami, he pasado mucho miedo, estábamos mirando el lago, buscando kelpies y de repente caíste, me asusté mucho, no sabía qué hacer o a quién llamar —sollozó. Su minúsculo cuerpecito rebotaba preso del incontenible llanto. Me llenó de ternura, era tan minúscula, delgada y flexible, con aquella incendiaria cabellera roja.

—Tranquila *té bheag*, todo pasó —traté de consolarla y su llanto paró.

—Me has llamado igual que papá, no me has llamado *bláth beag*^[10] como siempre, ¿por qué mami? ¿Te has enfadado conmigo? —preguntó. Aquella pequeña carita de hada, salpicada por innumerables pecas como si fuera un cielo estrellado, me conquistó al instante.

—Para nada tesoro, es que con la caída me desorienté —le respondí, ella abrió mucho los ojos como si entendiera.

—¿Igual que cuando yo caí al pozo y no recordaba bien lo ocurrido? —«¿Se cayó a un pozo? ¡Oh Dios mío qué horror!»—. Menos mal que esa noche estaba papá y oyó mis gritos desde la cama—. «Madre mía, menudo susto debió pasar la pobre Ciara con aquella pequeña dentro de un pozo»—. Te juro mami que escuché tu voz llamarme desde dentro, pidiéndome que saltara, sino yo nunca lo habría hecho —me dijo compungida.

—Tranquila, lo importante es que ahora estás bien y yo también —afirmé. Tenía muchísimo frío, me estaba calando hasta los huesos—. Cariño necesito calentarme como sea.

—¡Claro Mami, vamos a casa! Gertrude te preparará un baño caliente y ese caldo tan rico que hace para que entres en calor, aunque seguro que te riñe por bañarte vestida, en el lago en pleno invierno —comentó y yo sonreí de un

modo tranquilizador a aquella pequeña diablilla y juntas subimos hasta el castillo. ¿Era posible que Kenan hubiera hecho las cosas bien y viviéramos los tres allí?

En cuanto aparecí por la puerta como un gato mojado, una mujer bajita y rellenita puso el grito en el cielo.

—¿Por todos los santos es que estáis loca? ¿Cómo se os ocurre empaparos en pleno enero? Rápido, pasad a vuestra habitación y les pediré a los hombres que preparen una tina con agua caliente, ¡y por San Ninian, sacaos toda esa ropa empapada! —La mujer no cesó de gritar a diestro y siniestro, tenía un genio de mil demonios.

Kelly tiró de mí hasta llegar a una preciosa habitación, era amplia, estaba limpia y tenía una chimenea que ahora estaba apagada, antes de que me desnudara, uno de los hombres entró y prendió el fuego. Era tan agradable aquel calor y yo tenía tanto frío.

—Muchas gracias.

—De nada lady Ciara —respondió. «¿Me había llamado lady? ¿Eso quería decir que Kenan había solucionado las cosas?». Una inmensa alegría me embriagó, sentía el corazón tibio ante tal noticia.

Me desprendí de la ropa y me cubrí con un grueso tartán del color de los Mackenzie. Los hombres no tardaron en llegar portando cubos de agua caliente, para depositarlos en el interior de una robusta tina frente al fuego. En cuanto se marcharon me metí dentro acariciando mi abultado vientre. No recordaba de cuantos meses estaba Ciara, pero por el tamaño como poco estaba de cinco o seis, quizás más. Era extraño, verme embarazada.

Entré en la bañera y en cuanto noté el agua caliente cubriendo mi cuerpo el bebé puso a agitarse como un loco, comenzó a estirarse y hacer que la barriga se abultara en sitios muy concretos para volver a su estado normal.

—¿Se está moviendo! —exclamé sorprendida, mientras Kelly me miraba con cara de fastidio.

—Sí, así es, siempre se mueve —replicó y su tono me extrañó.

—¿Qué ocurre *bláth beag*, no te hace ilusión tener un hermanito? —le pregunté. Ella se encogió de hombros.

—Yo ya estaba bien como estábamos, jugando a las guerreras con papá, aprendiendo a montar a caballo, paseando contigo por el bosque... Fue llegar eso y todo se terminó, nada de guerrear por si te caías o hacías daño, nada de montar a caballo por si perdías al bebé, nada de pasear porque los tres primeros meses no dejabas de vomitar. ¡Ese bebé es un fastidio! —se quejó y golpeó el suelo con el pie.

—No digas eso, es tu hermano y te escucha —la reñí y me agarré el vientre como si quisiera protegerle.

—Justamente a eso me refiero Peny dice que los hermanos son un asco y ella sabe lo que dice, que tiene siete.

—¿Años? —Kelly sacudió enérgicamente la cabellera.

—¡Hermanos! Mamá ese golpe te ha afectado una barbaridad —exclamó. Oculté la risa que me entró. Aquella pequeña era igual de despierta que de adorable. Me entraban ganas de comérmela a besos.

La puerta de la entrada se abrió y Gertrude entró.

—¿Cómo estáis señora?

—Mejor Gertrude, muchas gracias.

—Os he traído un tazón de caldo y la pastilla de jabón con tintura de brezo y lavanda que me enseñasteis a hacer.

—Muchas gracias, sois muy amable.

—Tonterías —protestó—, dejad que os ayude a lavaros, después os subiré un tazón de mi maravilloso caldo, seguro que os levantará el alma —comentó solícita. Aquella mujer era pura amabilidad.

—No hace falta que me ayudéis, puedo hacerlo sola, de veras —le dije y ella me sonrió con amabilidad.

—Lo sé, pero recordad cuanto os costó bañaros la última vez, a mí no me importa, así que dejad que os ayude, no aceptaré un no por respuesta, con todo lo que habéis hecho por mí —aseveró. No sabía qué había hecho, pero preferí dejarla que dejarme a mí misma en evidencia.

Me enjabonó el cuerpo con mucho mimo, al igual que el pelo, incluso me dio un masaje en la cabeza, otro en la espalda y uno más en las pantorrillas.

—Mmmmm, que gusto, vuestro marido debe estar encantado con unas manos como las vuestras —soltó y ella sonrió enrojeciendo.

—No lo sabéis bien, además desde que seguí vuestros consejos en el lecho lo pasamos en grande —dijo bajando la voz—. Lo tengo más que complacido.

—Me alegro —le respondí sonriente.

—Lista, ahora levantaos os ayudaré a salir, os secaré y os desenredaré ese hermoso cabello que tenéis —en cuanto estuve fuera instó a Kelly para que se desvistiera y aprovechara el agua caliente. La niña, lejos de negarse, se metió encantada —. Esa pequeña es tan hermosa como usted y esa vitalidad que tiene es contagiosa.

—Kelly es un tesoro.

—Lo es —el cepillo pasaba con suavidad entre las hebras de cabello—. Tengo el caldo en el fuego, cuando haya terminado os subiré un tazón a cada una y una infusión de esas que me dio para prevenir el resfriado. —¿De qué serían? No me hizo falta preguntar, respondió ella sola— Esa de ortiga y tomillo —me explicó y lo de ortiga no me sonaba muy bien, pero recordé que en aquella época embarazada y sin medicamentos, no resfriarse debía ser una odisea, así que iba a tomar lo necesario.

Cuando Gertrude se dio por satisfecha me dejó a solas con Kelly. En esa ocasión fui yo quien atendió a la pequeña en su baño, jugué a hacerle cosquillas y ambas lo pasamos en grande. Tras secarla le cepillé el pelo y le puse una camisola.

—¿Dejarás de quererme cuando nazca el bebé mami? —preguntó Kelly mientras jugueteaba con el bajo.

—Jamás pequeña mía —era tan dulce, que en una hora ya le había tomado cariño—, tú siempre serás mi *bláth beag*, y eso no lo va a cambiar nadie.

—Está bien, pero a ese que tienes ahí dentro le llamaremos cardo —aseguró y sonreí, aquella naricilla respingona se alzaba con desdén al pronunciar el apelativo.

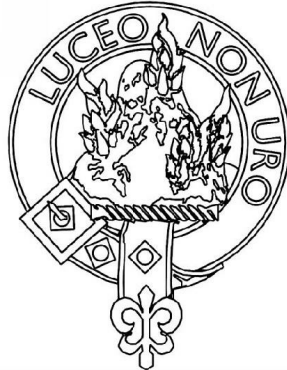
—¿Y eso por qué?

—Porque Peny dice que los hermanos pequeños nacen con una flor en el culo, así que mejor que nazca con un cardo, así cada vez que se porte mal le

castigamos con sentarte y listo —se cruzó de brazos como una mujer mayor y asintió como si fuera todo un acierto tal sobrenombre—. Además es la flor de Escocia, qué3 mayor honor que tener la flor de Escocia en el trasero —comentó.

Yo no podía dejar de reír ante las ocurrencias de mi pequeña. Así nos encontró Gertrude, que se unió a nuestras risas cuando le contamos lo del cardo.

33 CAPÍTULO (SARAH)



Una serie de gritos me despertaron. Estaba acurrucada en la cama con Kelly sobre mí, parecía una gatita ronroneante bajo tanto cobertor.

—¿He dicho que dónde está?! —Más que gritos eran rugidos y parecían ser de mujer.

—Milady, por favor, no se altere, está durmiendo, hoy se ha caído al lago, estaba empapada y está embarazada, necesita descansar...

—¡Por mí, como si hubiera muerto, quiero esa furcia lejos de mi casa! — La puerta de la habitación se abrió de par en par y una silueta se recortó contra la arcada de la puerta. Lo único que podía ver es que era una mujer alta, delgada y morena. Llevaba un vestido que parecía caro— ¡Acerca una vela, Gertrude! —ordenó—¡Quiero verla! —La vela resplandeció frente a mis ojos, revelando la identidad de la mujer. Mi rostro se quedó lívido. «¡No, aquello era imposible!»

—Brigida —susurré. Sus ojos oscuros me miraron con desprecio.

—Así que vos sois la nueva ramera de mi marido y habéis osado a instalaros en nuestro castillo, en nuestras habitaciones, usurpando mi hogar

aprovechando que yo no estaba, ¿cierto? —me escupió y alcé el rostro.

—En primer lugar, no soy ninguna ramera y haced el favor de hablar más bajo. Mi hija está durmiendo y no tiene porqué escuchar vuestros insultos —le dije y Brigida soltó una carcajada.

—Esto es increíble, una furcia dando órdenes a la señora del castillo —clamó. Caminó hacia la cama y dio un tirón al cobertor, se desplazó hasta el lugar donde dormía mi pequeña y en un visto y no visto la agarró del pelo, tirando de él para que se levantara— ¡Largo de aquí, rata inmunda! ¡Levántate, sucia bastarda del demonio! —le gritó a la niña sacándola de la cama frente a mi impotencia. Kelly chilló asustada.

—¡Mami, mami, líbrame de la bruja mala, mami! —Me levanté como pude, mis movimientos eran torpes con aquel abultado vientre.

—¡Soltadla, malnacida! —le increpé. Ella se carcajeó todavía más, frente a una impertérrita Gertrude que miraba al suelo con auténtico pavor.

—¿Malnacida? ¿Malnacida? Vuestra hija sí que es una malnacida, una bastarda hija de una furcia, que no supo cerrar las piernas ante mi marido y como no tenía suficiente con una, fue a por que se la hinchara de nuevo, para alumbrar bastardos inmundos como esta —soltó mordaz. Balanceó el frágil cuerpo de Kelly y la empujó contra el suelo. Oí un golpe seco y corrí a socorrerla, Brigitte sacó el pie haciéndome la zancadilla, provocando que yo también cayera de rodillas.

—¡Señora! —exclamó una voz que era la de Gertrude, sonaba aterrorizada cuando me vio caer.

—¡Tú calla, miserable, has sido su cómplice! Te dejo para que cuides del castillo y a mi regreso, encuentro a esta furcia en mi hogar —apostilló—. Eres una inútil, en cuanto vuelva Kenan, te echaré, me da igual que le criaras al fallecer su madre, mi marido no va a tolerar lo que me has hecho, me has faltado al respeto. A él, a mí y a mi hogar —espetó de muy malas maneras.

—Lo lamento, señora, yo no quería... —trató de excusarse Gertrude, temblaba ante el mal humor de su señora.

—¡Calla! Suerte que Sindulfo me es fiel, si no hubiera sido por él, no me habría enterado que esta ramera pretendía arrebatarme el castillo.

—¡Yo no pretendo arrebatáros nada!

—¿Ah no? —cuestionó entrecerrando los ojos con suspicacia.

—No, no se puede arrebatarse lo que nunca se ha tenido. —La desafié cubriendo con mi cuerpo el de Kelly, había comprobado que la pequeña estaba bien, solo tenía un ligero golpe en el brazo.

—¿Y qué es lo que nunca he tenido, rata?

—A Kenan, él nunca os ha amado, se unió a vos por compromiso, por hacerle un favor a su mejor amigo, pero nunca os amó —le escupí y me miró desafiante.

—Claro y por eso se entierra en mí cada noche que pasa aquí, ¿verdad? Por eso tengo el vientre tan hinchado como vos —la miré fijamente, cerré los ojos intentando recordar, ¿Brígida estaba embarazada? Estaba algo confundida, no estaba segura, pero estaba claro que la que tenía ante mí, tenía el vientre tan hinchado como el mío. ¿Era posible que el Kenan Highlander nos engañara a ambas? Creí recordar, que en el libro Brígida se quedó embarazada mucho después y fue drogando a Kenan para ello. ¿Por qué aquella Brígida estaba embarazada ya? ¿Qué partes de la historia habían cambiado con mis actos?— ¿Ahora no decís nada, pelirroja? Sé que mi marido no es un santo, sé que es un hombre de amplias pasiones y que las sacia conmigo y con otras mujeres, no soy idiota, ni tengo una venda en los ojos como vos. Pero Kenan es mío, lo ha sido siempre y así seguirá siendo, mientras que vos, nunca seréis nada más que su ramera —dijo con desdén. Me dolía que Kelly estuviera escuchando aquellas cosas— ¡Largaos de mi castillo y no regreséis nunca, guardad estos días en vuestro recuerdo, porque son los últimos que vais a pasar con tanta comodidad! ¡Seamus! —gritó. Uno de los hombres de Kenan, que se encargaba de la seguridad del castillo, apareció en la puerta. —Quitadle esa camisola y sacadla fuera, no quiero que se lleve nada de este lugar, las camisas de hilo no están hechas para las zorras — aseveró y abrí los ojos espantada, mientras él parecía asombrado.

—Pero... milady, fuera hace frío y ella está...

—¡Me da igual como esté o el tiempo que haga! —vociferó— Como si está nevando, quitadle la ropa, sin nada vino y sin nada se irá, ¿o vais a desacatar la orden de vuestra señora? —El guerrero parecía que no sabía qué hacer, pero yo tenía muy claro que no podía seguir generando malestar. Me levanté del suelo, ayudando a Kelly a ponerse en pie. Después, con toda la

dignidad del mundo, me despojé de mi ropa.

—No os preocupéis, señora Brigida, no quiero nada que venga de este lugar y menos de vos. —El guerrero miraba hacia el suelo intentando no mirarme, le agradecí ese respeto—. Vamos, tesoro —le dije a mi hija y tomé su pequeña manita entre las mías.

—¡Bruja! ¡Sois, una bruja mala! —exclamó Kelly sacándole la lengua.

—Seamus, lanza esa camisola al fuego, seguro que está infestada de piojos y asegúrate de que se larga de aquí, no la quiero en el castillo, ni a ella ni a la bastarda. Las quiero lejos, para ellas no hay sitio, ni en el bosque, ni en el pueblo, ni en ninguna parte de la tierra de los Mackenzie.

—Pero...señora, hay muchos animales salvajes y es invierno... —Seamus seguía intentando protegerme,

— Por mí como si se la comen los lobos, asegúrate de cumplir con mi voluntad o te cortaré la cabeza.

—Sí, lady Mackenzie. —Gertrude me miró con pesar cuando pasé por su lado, caminé delante de Seamus, con mi larga cabellera hasta las rodillas. Me cubrí como pude, pero mi abultada barriga no ayudaba. Cuando llegué a la escalera y dispuse el pie en el primer escalón, oí una voz entre las sombras.

—Mirad a quien tenemos aquí, si es la preciosa Ciara, desnuda y dispuesta, lástima que alberguéis un bastardo en vuestro vientre, sino podría haberos ofrecido un lugar en mi lecho. —Esa voz... No podía ser, torcí el cuello y allí estaba Sind, vestido con los colores del clan. Abrí los ojos por la sorpresa—. Aun embarazada tenéis un trasero delicioso, tal vez me plantee que me alberguéis en él, tomaros por detrás también me gustaría —aseguró con lujuria y su mano se posó en mi culo. No iba a tolerarlo, cuando levanté la mano para darle un bofetón, él paró el golpe y mi falta de apoyo me empujó escaleras abajo. Caí rodando por todos y cada uno de los peldaños. Por suerte había soltado la manita de Kelly antes de caer, intenté proteger mi vientre, frente al impacto.

—¡Lady Ciara! —Oí el grito de Seamus que bajaba corriendo por las escaleras con la niña cogida en brazos.

—¿Qué ocurre aquí? —Era la indeseable voz de Brígida.

—Nada, querida lady Mackenzie, la torpe de Ciara ha caído por las

escaleras cuando intentaba golpearme —oía la indeseable voz de Sind que no era otro que Sindulfo—. Ya se sabe lo peligrosas que son las escaleras cuando una mujer está embarazada... —comentó jocosamente. Odié a aquel hombre, pero me dolía tanto el cuerpo que apenas podía moverme y menos contestar.

—Sacad la porquería del castillo, Seamus no la quiero ensuciando mi suelo ni un instante más. ¡Fuera! —gritó histérica.

—¿Podéis levantaros, milady? —susurró el Highlander.

—Lo intentaré, a-ayudadme por favor —le pedí y me agarré al fuerte brazo del barbudo, que era como un armario empotrado.

—Mami —suspiró Kelly lagrimeando.

—Tranquila, preciosa, mami estará bien en un momentito. —Para lo grande que era, el guerrero era todo amabilidad con la cría. Me levanté sintiendo un pinchazo en el vientre, ligeras gotas de sangre se deslizaban entre mis muslos. Me miré horrorizada, conteniendo un grito...

—¡Milady, está sangrando! —rugió Seamus.

—Perfecto —observó Brígida—, un bastardo menos para mi marido.— ¡Sería hija de puta! No podía hablar del dolor, era tan grande que me desmayé y el mundo desapareció de mi vista.

Tenía mucha sed y mucho calor, me costaba abrir los ojos, volví a esforzarme y logré entreabrirlos. No conocía aquel lugar, me recordaba a la casita de Morag, pero estaba claro que no estaba allí. Todo era viejo, destartado, pero se veía limpio. Yo estaba en una cama cubierta de pieles y a mi lado, mi pequeña florecilla pelirroja, estaba hecha un ovillo. Le acaricié el pelo y abrió los ojos con pereza.

—¿Mami? —preguntó frotándose los ojos.

—Hola, *bláth beag*.

—¡Te despertaste! —gritó y me apretujó en un abrazo desesperado. Yo lancé un lamento, pues el cuerpo entero me dolía—. Lo-lo siento, mami —se apartó al instante—. ¿Te he hecho daño?

—No te preocupes, estoy bien —le dije y puse la mano sobre mi abdomen, ahí estaba, seguía hinchado, suspiré aliviada.

—El cardo sigue ahí, Gertrude dice que es fuerte y valiente como la flor, que arraiga en los lugares más insospechados —comentó fastidiada. Sonreí ante la sabiduría de aquella pequeña.

—¿Cuánto tiempo llevo durmiendo?

—Casi una semana —me aclaró—. Estábamos muy preocupados.

—¿Quiénes? —«¿Kenan me habría encontrado?»— Seamus, Gertrude y yo. Dicen, que por el momento, lo mejor es no hacer mucho ruido, que pasemos desapercibidas hasta que papá regrese, él sabrá qué hacer con nosotras. —Ese pensamiento me indignó.

—Kelly, bonita, escúchame bien. tú y yo somos O'Shea, mujeres poderosas descendientes de la diosa Dea Dana, nosotras no dependemos de ningún hombre, ni de tu padre, ni de ningún otro, escogemos estar al lado de uno por propia voluntad.

—Todo eso me lo dices porque te enfadaste por todo lo que te dijo la bruja mala, pero está claro que las cosas no funcionan así —dijo con total seguridad—. Peny dice, que la mujer está hecha para servir a su hombre, su cometido en la vida es que esté contento, alumbrar sus hijos, cuidar de su hogar y calentar su lecho. —«¡Madre mía con Peny!, cuando la pillara...». Kelly siguió con sus elucubraciones—. Eso del lecho no lo entendí, ¿se supone que antes de que el hombre se acueste, yo tengo que meterme en la cama para que no se le congele el culo a la hora de dormir? Peny dice, que sus padres duermen desnudos —aseguró. Su forma de interpretar las cosas era pasmosa, apenas podía aguantarme de la risa.

—Tal vez fuera porque se quedaron sin camisas para dormir. Escúchame bien, florecilla, Peny está equivocada —me miró con los ojos muy abiertos—. Puede que la mayoría de mujeres de este tiempo hagan las cosas así, pero eso no significa que estén bien. De hecho, nosotras no las vamos a hacer así. Las O'Shea somos libres, nadie nos ata a nada, no servimos a nadie, excepto a la Diosa y a nosotras mismas. Estamos con un hombre por elección propia y obviamente, cuidamos de nuestra casa y nuestros hijos, pero del mismo modo que hará el compañero de vida que elijamos.

—Pero papá no vive con nosotras y pasa mucho tiempo de guerra en guerra por la libertad de Escocia, él no me cuida del mismo modo que tú —dijo y levantó la naricilla orgullosa, era tan lista.

—Ya, pero su caso es distinto pequeña, él no está porque no puede, está haciendo algo muy difícil, tu papá es un valiente Highlander de Bruce.

—¿Por eso aquella bruja, te llamó cosas feas? ¿Porque tenemos un papá compartido y estaba celosa?

—¿Un papá compartido? —pregunté y la miré con extrañeza.

—Peny me dijo que papá tenía otros hijos, que vivía con la bruja del castillo y que por eso nosotras vivíamos en el bosque, que su madre le dijo que el laird tenía la entrepierna muy suelta. Pero eso es normal ¿no? ¿Cómo no va a tenerla suelta si los hombres no llevan nada bajo la falda? —cuestionó con esa inocencia. Abrí los ojos alucinada con aquella pequeña diablilla.

—¿Y tú cómo sabes eso? —Se encogió de hombros.

—No soy ciega mami, los golpes de aire en Escocia están a la orden del día y cuando los guerreros luchaban en el patio, las faldas se agitaban —me explicó. Me eché a reír sin poder remediarlo y eso hizo que me dolieran las costillas.

—Bueno, papá deberá explicar muchas cosas a su regreso, pero mientras tanto, yo voy a enseñarte a ser una mujercita y a valerte por ti misma —aseguré y Kelly asintió conforme.

—Prométeme que nunca regresaremos al castillo, no quiero volver a ver a la bruja mala, me hizo daño cuando me tiró del pelo.

—Tranquila, pequeña —la abracé y le besé su cabecita—, la bruja mala no tiene poder sobre nosotras y nunca más te va a tocar, te lo garantizo.

Mi recuperación fue más lenta de lo que creía, notaba al bebé y eso era lo que importaba. Gertrude y Seamus, nos instalaron en aquella pequeña casita internada en el bosque, estaba a poca distancia del pueblo, pero lo suficientemente oculta para que nadie nos hallara.

Sentía cómo la mente de Ciara se fundía con la mía propia, infundiéndome conocimientos que no sabía que tenía. Era como si me estuviera cediendo aquella parte de sí misma que no recordaba, o como si yo me estuviera abriendo a una nueva conciencia interior, que había comenzado a despertar. Era algo extraño, difícil de explicar o entender, pero allí estaba, lo sentía palpitando junto a mí, infundiéndome energía y valor.

No había hecho el intento de regresar al futuro, estaba asustada, me daba miedo entrar en el agua y ahogar al bebé además, estaba claro que lo que había cambiado hasta el momento no había sido suficiente, no podía hacer otra cosa que no fuera esperar a que Kenan regresara.

¿Qué estaría ocurriendo en mi época? Por una parte estaba tranquila, a las chicas les había contado lo que me podía pasar y a Kenan también, ¿estarían preocupados? ¿Estarían bien? Llevaba más de un mes viviendo en una época que no era la mía, cuidando de aquella niña que me había robado el corazón y esperando a un hombre que no estaba segura de si iba a volver y si lo hacía, de cómo iba a reaccionar.

Mi barriga crecía a un ritmo sorprendente, al igual que mi fama. Obviamente, algo teníamos que hacer para subsistir, así que tiré de los conocimientos de Ciara para intercambiar curas por comida, ropa, enseres y todo aquello que necesitábamos, para nuestro día a día. Ser la dueña de una editorial en aquella época, no tenía valor alguno, esos conocimientos no los podía aplicar a las necesidades del momento, pero sí la incommensurable sabiduría de Ciara hacia las hierbas.

Pensé en avisar a Morag, uno de los problemas que Ciara tuvo en el pasado, fue que nadie supo atenderla en el parto, tal vez si enviaba alguien a Skye, podría hacerme ese favor. ¿Pero a quién le pedía un favor tan grande? No tenía la confianza suficiente, como para pedir algo así a alguno de los aldeanos.

Intenté otras vías, intenté conectar con los elementos y llamarla a través del roble que daba sombra a mi casita, pero todo fue en vano, era como si esos poderes ya no estuvieran en mí, como si el móvil se me hubiera quedado sin cobertura en ese momento. Tal vez había perdido esa capacidad, o simplemente no sabía cómo hacerlo, lo que estaba claro era que lo que hacía no surtía efecto.

Pasaron dos meses más, cuando llegó a mí la ansiada noticia, el laird había regresado al castillo.

Mi corazón se agitó, hacía días que no veía a Gertrude o a Seamus, así que no podía pedirles que avisaran a Kenan. Necesitaba hablar con él como fuera, aunque suponía que ellos mismos le dirían cómo encontrarme.

Tras dos semanas de angustiosa espera, entendí que Kenan no tenía

intención de regresar a mi lado e hice algo que tampoco estaba escrito. Le pedí a la madre de Peny, que vivía en el pueblo, si Kelly podía quedarse a dormir esa noche, tras aceptar y despedirme de mi pequeña, puse rumbo al castillo.

Esa noche había una celebración, era el cumpleaños de lady Brigida, así que mucha gente del pueblo había sido llamada para trabajar en la fiesta. Cogí una capa, me cubrí la cabellera con una capucha y no me detuve hasta llegar allí.

Apenas levanté la cabeza cuando los hombres de Kenan me preguntaron dónde iba, les respondí que a trabajar en las cocinas y me dejaron pasar sin preguntar nada más. Seguramente les disuadió mi abultada barriga, una mujer embarazada no suponía ningún peligro para el laird.

Una vez dentro, me oculté, Ciara me guio en el interior del castillo, era como trabajar con un equipo invisible, ella conocía aquel lugar y yo me dejé llevar.

Había un gran jolgorio, se oían los gritos de los hombres y las risas de las mujeres, me coloqué en un recoveco que daba al salón y que me permitía ver sin ser vista. Nunca había contemplado una cena del siglo trece y aquella me sorprendió.

Habían limpiado concienzudamente la estancia, había ricos tapices colgando de las paredes, en el centro, uno llamaba la atención frente a los demás, era la imagen de Brigida, su rostro y su cuerpo eran exactos, aunque su pelo era de color rojo.

No entendía el motivo, pero aquella imagen me llamaba mucho la atención, apenas podía apartar la vista de ella, el corazón se me aceleraba incomprensiblemente, apenas podía contener la necesidad de ir y tocar aquella tela. ¿Por qué me sentía así?



Un hombre dio un grito perturbando mis pensamientos. Era uno de los hombres de Kenan, elevó la copa.

—Por Escocia, por nuestro Laird y nuestra señora, Lady Brigida.
¡*Slainte*!!!!

—¡*Slainte!*

Busqué con la mirada entre los asistentes a la celebración, estaban sentados en una larga mesa de madera maciza y en el centro estaba él. Kenan, rodeado de sus guerreros y sus mujeres.

No tenía muy buen aspecto, estaba pálido y ojeroso, mientras Brigitte o Brigida lucía espléndida a su lado. Las copas entrec chocaron y todos bebieron en su honor. Sentado al otro lado de la bruja, estaba Sindulfo, que parecía tan encantado como ella.

La cena prosiguió, no me gustaban nada esos círculos negruzcos que tenía Kenan bajo la mirada, parecía perdido. «¿Qué te ocurre Kenan?», me pregunté. La fiesta siguió hasta bien entrada la noche, decidí que la mejor opción era esconderme en su dormitorio, seguí mi instinto, ocultándome entre las sombras hasta llegar allí.

Era muy curioso, cómo podía moverme sabiendo qué iba a encontrar a mi paso, sin haber estado en aquellos pasadizos. «Gracias, Ciara», dije mentalmente. Un escalofrío sacudió mi cuerpo como si estuviera respondiéndome. Cuando llegué a una gran puerta de roble oscura, mis pies se detuvieron, era ahí.

Entré y no dudé ni un instante de quién era aquella habitación. El fuego del hogar ya estaba encendido, como si estuviera preparando el ambiente para lo que iba a acontecer, había una cama enorme con cuatro postes de madera, se veía muy recia y resistente. Un bonito tocador estaba al lado de la ventana, seguramente era donde Brigida se peinaba, podía imaginarla allí sentada cepillando su lustroso cabello negro.

Al otro lado, había un armario enorme, abrí las puertas para encontrar multitud de vestidos en él, seguro que esa mujer era una derrochadora nata, la riqueza de los tejidos era envidiable. Oí ruidos en el exterior, miré a un lado y al otro, el único lugar dónde se me ocurrió refugiarme fue en el armario. Me metí dentro esperando ver quién entraba, ojalá fuera Kenan. Mi corazón saltaba nervioso.

—Colocad a mi esposo en la cama Sindulfo, vuelve a no sentirse bien esta noche —Brigida entró y tras ella, portando a Kenan, lo hicieron Sind y otro guerrero.

—No lo entiendo milady, está así desde que regresamos —se quejó el hombre pelirrojo—. En la batalla, Kenan luchó como un verdadero demonio, solo quería regresar al castillo, fuera como fuera, incluso acabó él solo con la vida de cinco sassenachs salvando a una mujer que estaba a punto de ser violada. —Me sentí orgullosa, Kenan siempre había sido un justiciero.

—Tal vez contrajo alguna enfermedad de regreso o está agotado de tanto luchar, ya se repondrá, desnudadle y tumbadle en la cama. A mi marido le encanta fundirse con mi piel, no soporta que nada que no sea yo, lo roce mientras duerme. —Aquella afirmación me abrasó por dentro. Sind y el guerrero le desnudaron con presteza, era un hombre poderoso y se veía tan abatido...

Una vez desprovisto de la ropa, le estiraron boca arriba.

—Os podéis marchar, llamad a Mary para que me ayude a desvestirme.

—Como deseáis, mi señora —respondió el hombre de Kenan.

Cuando ambos hombres se marcharon, Brigida se paseó alrededor de la cama, observándole complacida.

—Me encanta verte así, Kenan —pasaba las manos por su cuerpo— rendido a mi merced, dispuesto para mí, para hacer contigo todo lo que desee. —Él no respondía, parecía paralizado, verle así me asustó.

La puerta se abrió y una hermosa criada entró, Brigida siguió acariciando el cuerpo del laird sin pudor.

—Ayúdame a desvestirme, Mary. —Kenan no se movía, parecía que estuviera en una especie de letargo.

—¿Ha bebido mucho esta noche el laird? Os he visto rellenar su copa varias veces, mi señora. —Brigida sonrió.

—Lo suficiente, ¿te gustó disfrutar de su cuerpo la otra noche? —La criada enrojeció.

—Mucho, mi señora —respondió bajo la atenta mirada de su señora.

—Eso suponía, Kenan tiene un tamaño envidiable, es difícil que no complazca a una mujer tan sensual como tú —comentó mientras la criada la desnudaba con agilidad. No podía creer lo que estaba escuchando, «¿Brigida compartía a Kenan con la criada?». Cuando estuvo completamente desnuda, le pidió a Mary que le cepillara el pelo— ¿Te gusta mi cabello, Mary? —preguntó y la muchacha estaba arrebolada.

—Sí, mi señora, es muy suave y brillante —Brígida acarició su mano—. ¿Te gusta mirar mi cuerpo? ¿Te parezco hermosa?

—La más hermosa de todas, mi señora.

—Tú también eres bonita Mary, quítate la ropa mientras me peinas, quiero contemplarte —le ordenó, la criada abrió los ojos pero no se negó. Se desprendió de la camisa, la gruesa falda y la ropa interior con premura. Tenía un cuerpo suave, parecía joven, no debería tener más de veinte años—. Eso es, Mary, eres muy deseable, me gustó saber que Kenan fue el primero, ver como perdías la virginidad ante mis ojos, me excitó mucho. ¿Te gustó que te liberara de tus quehaceres del templo para entregarte a él? ¿Para complacernos a ambos? —«¿Kenan estuvo con aquella chica?» Me estaba acongojando.

—Sí, mi señora, os estoy muy agradecida.

—¿Sabes qué va a ocurrir esta noche? —Mary negó con la cabeza, mientras cogía de nuevo el cepillo para regresar a su quehacer—. Vas a disfrutar conmigo y con Sindulfo, vamos a premiarte por lo bien que estás haciendo las cosas con mi marido, recuerda que nadie debe saberlo, tú y solo tú te ocuparás de servir su copa. Nosotros te premiaremos, gozarás de privilegios y además te divertirás mucho con nosotros. ¿Quieres eso Mary?

—Sí, mi señora.

—Muy bien, ahora quiero que vayas a la cama y me esperes, si pusiste los ingredientes adecuados, no me costará poner a punto a Kenan para esta noche, ayúdame a atarle. —«¿Iban a atarle? ¿Por qué? ¿Qué decía Brigida que le echaban en la bebida?».

Las dos mujeres se acercaron a la cama y ligaron sus extremidades a los postes, Kenan no tenía opción a moverse, aunque dudaba mucho que fuera a hacerlo. Después, Brigida subió a la cama poniendo su trasero de cara hacia el armario. Estaba claro lo que pretendía hacerle, iba a excitarlo con la boca para que Mary lo montara.

—Mary, quiero que me recorras con tu lengua, mientras le doy placer a Kenan, separa mis cachetes y dame placer, no quiero que te dejes un solo lugar por lamer. —No lo pidió, la autoridad era intrínseca en ella, Mary tembló.

—Señora, yo nunca...

—¿No jugabas con tus compañeras?

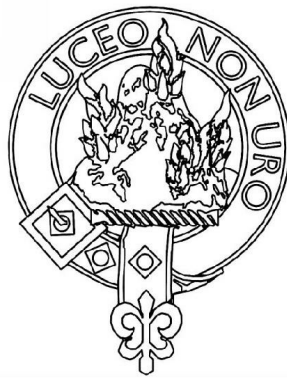
—No, señora.

—Pues mucho mejor, eso lo hace más divertido. Ven aquí pequeña y deléitate con mi sabor —ordenó. La criada suspiró resignada y se acercó despacio a la cama—. Eso es, buena chica, mira como hago crecer a Kenan entre mis labios, si te portas bien, te dejaré saborearle a ti también y que le montes, pero solo si haces bien lo que te he dicho. Ahora ponte a ello —sentía un profundo malestar, pero aun así no podía apartar la vista ante lo que iba a acontecer.

Mary le separó los glúteos y entonces lo vi, por unos instantes ni parpadeé. Aquello era imposible, no podía ser, me acerqué un poco más para ver mejor, necesitaba comprobar que mis ojos no me engañaban, que no era un espejismo.

No calculé la distancia de la puerta frente al volumen de mi vientre. La puerta se abrió de par en par, haciendo que cayera de rodillas al suelo. Ante el estruendo, las dos mujeres se separaron y me miraron.

34 CAPÍTULO (SARAH)



Vaya, vaya, mira que nos ha traído la marea... Coge tu ropa y lárgate Mary, creo que la zorra de Ciara quiere ocupar tu puesto esta noche —comentó jocosa Brigida. La criada no se lo pensó, se marchó sin dudarlo agarrando la ropa contra su pecho, mientras yo me recuperaba y me ponía en pie. La miré fijamente a los ojos y ella rio. —Has tardado mucho en venir, no creí que aguantaras tanto pensando que tu amado Kenan estaba aquí conmigo.

—¿Sa-sabías que vendría?

—Lo sé todo Ciara, no hay nada que escape a mí, ¿o debería llamarte Sarah? —No cabía en mí del estupor.

—¿Cómo es posible? —Brigida bajó de la cama y se acercó a mí observándome como haría un depredador.

—Pensé que eras más lista y que atarías cabos tú sola, pero veo que me equivoqué —me escupió. Cogió una camisa del armario y se la puso por encima— ¿De verdad no sabes quién soy? —preguntó acercándose a mi oído.

—¡Claro que sé quién eres, eres Brigitte, Brigida o cómo demonios te llames! —exclamé. Parecía contrariada por mi respuesta.

—Meeeeccc, error —golpeó su sien con el dedo índice—. Piensa pelirroja, has visto mi marca, por eso has caído de cuatro patas como una perrita buscando un hueso. —Cierto, la había visto, pero prefería no pensar que aquella arpía era de algún modo familiar mía.

—Claro que la he visto, no soy ciega, es como la mía. —Hice tripas corazón para preguntar— ¿Eres mi pariente? ¿La oveja negra de la familia o algo así? —Ella se carcajeo.

—Que ilusa eres, pensé que como Sarah, tendrías más cerebro que como Ciara, con treinta y dos años y una reencarnación a tus espaldas, deberías haber aprendido algo más que a fijarte en lo obvio. En fin, no sé qué voy a hacer contigo... Eres un caso perdido —parecía exasperada—. Ibas por buen camino como Sarah, hasta que te puse a prueba y volviste a fallar como una escopeta de feria.

—¿Qué yo te volví a fallar? ¿Es que acaso estás loca? Si tú y yo no nos

conocemos, ¿cómo voy a fallarte? —le cuestioné y me miró a través de sus negras pestañas.

—¿No me reconoces, Sarah? ¿Estás segura? ¿De verdad que no sientes quién soy? —me interrogó y negué con la cabeza. Adquirió un porte regio, casi solemne, mientras su piel brillaba como si estuviera hecha de fuego—. Soy tu creadora, soy la diosa Dea Dana, tú estás aquí gracias a mí —aquella mujer estaba flipando, yo estaba alucinando. ¡Aquello era imposible! ¡No podía ser Dea Dana!

—¡Mientes!, esa diosa es pelirroja —exclamé. Ella le restó importancia con la mano.

—¿Crees que si puedo brillar como el fuego, no puedo cambiar un simple color de pelo o de ojos? Vamos Sarah, no me seas ilusa, no soy una simple diosa, soy la triple diosa, la diosa mujer Dana, la diosa muchacha Brigid y la diosa anciana Anu. La madre de todos los dioses del panteón Celta, los Tuatha Dé Danann, la creadora —me escupió y yo seguía perpleja ante lo que me estaba diciendo—. Me he reencarnado en todo tipo de mujeres, siempre bellas, eso sí, las feas nunca han sido mis favoritas —rio coqueta.

—Pero... Dea Dana es una diosa buena, es generadora de vida, de fertilidad, en cambio tú eres...

—¿Qué soy, Sarah? Dilo, di lo que piensas —me exigió. «¡Una arpía! Y me quedaba corta», tuve que morderme la lengua para no responder lo que realmente pensaba. Estaba preocupada por lo que pudiera ocurrirle a Kenan—. Da igual, me importa un bledo lo que pienses, estaba harta de hacer de plañidera —su tono se volvió frío y acerado—. Tú no has perdido a un hijo como yo, no sabes qué se siente, yo he perdido a muchos durante el camino, pero la muerte de mi primer hijo, me transformó. —Sus ojos refulgieron y después, una densa neblina los cubrió—. Cuando Ruadan falleció, creí morir con él. Pero era una diosa, una dadora de vida, además estaba casada con Bilé, ¿sabes qué me dijo mi queridísimo marido? —no esperó a que respondiera—. Que no debía ser tan ñoña, que me repusiera, que ya alumbraría muchos más. ¿Crees que una madre puede desear eso para un hijo?

—Supongo que no. —Era el único momento en el que había sentido empatía por ella.

—¿Solo lo supones? Eso es porque no has vivido eso todavía —afirmó.

Pensar en la muerte de Kelly o del bebé de mi vientre me dio pavor. Ella miró mi cara como si pudiera ver lo que pensaba—. Exacto, así fue justamente como me sentí, por ello, como diosa de la artesanía que soy, enseñé a ablandar el hierro para forjar espadas para mis guerreros, junto a ellos di muerte a quienes habían acabado con la vida de mi preciado hijo. Ese fue el día donde decidí cambiar, la dadora de vida también lo era de muerte. Creé a las druidesas, a mi imagen y semejanza, con mis virtudes pero sin mi debilidad. —Hizo una pausa dramática— Gozaríais de sabiduría, de un carácter benevolente, pero no dependeríais jamás de un hombre. Al igual que yo, que jamás volvería a depender de mi marido o de ningún otro, os di el don de disfrutar del sexo sin ataduras y de poder escoger con quien querríais compartirlo, sin que tuvierais que estar casadas. Solo yaceríais con vuestros elegidos el tiempo que desearais. La Diosa buena, había renacido en otra mucho más retorcida y libre. —«¿Aquello era dolor? ¿Dana estaba dolida con Bilé y lo pagaba con los hombres? ¿Yo misma no había sido así antes de conocer a Kenan, expulsándoles de mi vida y usándoles para mi placer?».

—¿A tu marido no le importa lo que haces? —me atreví a preguntar, ella soltó una carcajada amarga.

—A mi marido no le importé nunca, solo me quiso para hincharme el vientre y crear el panteón, esa era la virtud de ambos, la fertilidad, un don fabuloso —dijo con saña acariciándose el redondo vientre. Aquello me hizo recordar que llevaba otro hijo de Kenan en su interior, se me revolvió el estómago. Me sentía traicionada. Ambas mujeres, Brigitte del futuro y Brígida del pasado, estaban embarazadas del que yo creía mi compañero y eso me dolía. La saliva me sabía a hiel.

—¿Y no le importa que tengas hijos de otros? —cuestioné, ella enarcó una ceja.

—Hace tiempo que dejé de preguntar qué le importaba y qué no, a él tampoco le importó mi dolor cuando le pedí que me devolviera a nuestro hijo —estaba claramente enfadada con su marido, y no le quería perdonar, tal vez yo hubiera hecho lo mismo—. Ahora me gusta vivir entre los mortales, lo paso en grande haciéndoles sucumbir a mis encantos —no lo ponía en duda, habiéndola visto actuar—. Cuando lady MacBalén quedó embarazada, decidí poseer a su hija. No quería nacer de nuevo, ser un bebé es un fastidio además, con los poderes que adopté de Bilé, eso pasó rápidamente a la historia. Entré

en su cuerpo cuando ella tenía edad de desposarse y envié su alma a un cuerpo nuevo, el de una de mis vírgenes, las guardianas del fuego eterno en mi santuario de Kildare, allí las alejo de toda maldad y deseo.

—¿Te las quedas? —inquirí, mirándola con cara de pocos amigos, aquello me parecía de lo más egoísta.

—Sí —respondió altiva—, ningún hombre se puede acercar a las vírgenes, ni al templo, ni pueden tener contacto con ellas. Así no conocen el deseo carnal y protegen con su vida la llama sagrada. Es importante que arda, para que yo pueda seguir viviendo en la tierra, la llama debe ser custodiada y no apagarse nunca. —«¿La diosa tenía un punto débil y me lo acababa de revelar?».

—No sonrías como si hubieras encontrado un tesoro, eres tan transparente —suspiró. Me puse rígida cuando paseó la mano por mi espalda—. Que se apague el fuego solo supondría un ligero contratiempo, nada que no pudiera solventar, regresaría tarde o temprano, Sarah —me aseguró e inmediatamente mi sonrisa se extinguió.

—En fin, cómo te contaba, sabía que la hija de MacBalén se uniría a un fiero laird de las Highlands, uno cuya belleza, bravura, honor y sensualidad, no tendrían parangón —me explicó y no pude evitar que mis ojos volaran hacia la cama y los suyos me acompañaron, sobrevolando el cuerpo de Kenan—. Le vi en las conchas, en las runas, en los cristales y le quise para mí. Se parecía tanto al Bilé del que una vez me enamoré... —«¿Por eso quería a Kenan? ¿Por qué le recordaba a su marido? ¿Le seguía amando?»—. Lo que jamás vi en las conchas es que una de mis hijas, una de las más sensuales y poderosas, pretendería quedarse con él para sí e intentaría arrebátarmelo.

—¿Una de tus hijas?! ¿Acaso te drogas? ¡Tú no eres mi madre! —exclamé. Pasaba de pensar en aquella zorra despiadada como mi madre. Solo me faltaba eso, que de una pasara a dos y con esa chalada tres—. Además, tú eres como la Pantoja, polla que ves, polla que se te antoja, ¿qué más te daba si me quedaba con Kenan? —le solté. Su mirada de estupefacción se convirtió en una carcajada.

—Tienes valor, siempre lo tuviste, me gusta tu coraje, en el fondo te pareces tanto a mí —afirmó. «Lo que me faltaba, que se viera reflejada en mí»—. Me sentí tan traicionada Sarah, tenía grandes expectativas contigo,

tanto en el pasado, como en el futuro —suspiró levantando los brazos— pero ya ves, cría hijas y te sacaran los ojos, algo tenías que heredar de tu padre y tenía que ser la traición —añadió y bufé incómoda, no me gustaba que se refiriese a ella y a su marido como mis progenitores—. Sé lo que piensas, no hace falta que me mires así, pero te guste o no, descienes de mí, tienes mi marca y tienes a mi guerrero y eso sí que no lo voy a consentir. Yo le vi primero y me pertenece, tanto en el siglo trece como en el veintiuno.

—¡Él no es tuyo, nunca te eligió, te impusiste en ambas ocasiones, en cambio conmigo fue distinto, de mí se enamoró! —le dije con una seguridad que no sentía— Fíjate —señalé la cama—, necesitas atarle y drogarle para que esté contigo, para que te posea, porque sabes tan bien como yo, que de otro modo sería imposible. Sabes que de no ser así, te hubiera dejado y hubiera vuelto a mí.

—Cierto —respondió molesta—, lo sé, Kenan no deja de equivocarse una y otra vez, con sus absurdas elecciones, me tiene un poco cansada —sus dedos tamborilearon en el antebrazo—. Fue por ello que necesitaba darle un buen escarmiento, demostrarle a quién pertenecía.

—¿Por eso me dejaste morir en el parto? ¿Por eso nadie llegó a socorrerme como Ciara? —Dana me miró concienzudamente.

—¿En serio crees eso? ¿Crees que te dejé morir? ¿Crees que he habría vuelto a dejar morir a una de mis hijas por muy traicionera que fuera? —me preguntó, la cabeza me daba vueltas—. Nunca te abandoné, me oyes, aunque te juro que me lo llegué a plantear. Intenté mirar hacia otro lado para que sufieras en tus carnes la pérdida que pretendías que yo volviera a sentir, al perder a Kenan. ¡Todos os empeñáis en que pierda cosas y estoy cansada!

—¡Pero eso no es justo! ¡El amor de tu vida fue tu marido, al igual que Kenan lo es de la mía! Que se parezca a Bilé no justifica que estés haciendo esto, además él no te va a devolver aquello que tenías con tu esposo —Dana parecía pensativa, abstraída, sus pupilas se fijaron en un punto de la pared.

—Siempre tengo que protegerte Ciara y estoy extenuada de hacerlo, siempre mirando por ti, como cuando esa maldita hija tuya se despertó de noche y se cayó al pozo. —La miré con los ojos muy abiertos.

—¿Tú la llamaste para que cayera? ¿Querías matar a mi hija porque era de Kenan?

—¡No! —exclamó irritada— ¿Por quién me tomas? No mato niños inocentes, además esa niña es muy poderosa, no podía morir, soy creadora de vida, solo maté en una ocasión y porque lo merecían. ¿O tú no terminarías con la vida de los que se la arrebataron a tus hijos? —me dijo, seguramente sí, pero pasaba de darle la razón—. Tu hija se levantó porque tiene premoniciones y no sabe dominarlas, creyó que tú la llamabas, hay muchos que quieren acabar con nuestra especie, no les gustan las mujeres con poder, son capaces de crear ilusiones a través de los sueños, como hicieron con Kelly. —«No, si ahora iba a resultar Santa Teresa de Calcuta»— Por suerte la sentí y usé mi magia para despertar a Kenan, obviamente yo no estaba allí en aquel momento, así que canalicé mi energía para despertarle y que la socorriera.

—Kelly no dijo nada de eso —comenté, la diosa resopló.

—A veces pareces corta de entendederas. ¿Y qué supones que va a crear una niña de cinco años? Eso ocurrió hace dos años, ¡era muy pequeña! —Se cruzó de brazos—. No soy tan mala como crees, al igual que ella, tú no moriste en el parto, pero era necesario que todo el mundo lo creyera, en especial Mackenzie, era su prueba y la falló.

—Eres muy mezquina —le dije con odio— ¡Nos separaste por tu encoñamiento!

—Os separé porque puedo, porque ambos debíais demostrar algo que fuisteis incapaces de hacer. No pienso disculparme por vuestra ineptitud. —«¿A qué se refería? ¿Qué debíamos demostrar?»—. Podía haberte dejado morir desangrada pero me lleve tu alma y la coloqué a buen recaudo. Angus me ayudó, no fue difícil.

—¿Angus? —pregunté y agitó el pie nerviosa.

—¿Dejarás de interrumpirme en algún momento? —me dolía la espalda de tanta tensión—. Angus es el verdadero nombre de Sind o Sindulfo, como tú le conoces. Él es hijo de Dagda y Boann, en resumen, el Dios del amor —me explicó y eso sí que me hizo reír, «¿el señor polla de cacahuete, era el dios del amor? ¡Vamos, hombre! ¿Cómo iba a ser el dios del amor y estar tan poco bien dotado? Aunque pensándolo bien, aquella carencia física, me cuadraba con ese carácter de amargado». Dana había relajado sus facciones—. Eres tan transparente para mí, deberías aprender a camuflar mejor tus emociones,

puedo leerte como un libro abierto y eso no es bueno, pueden usarlo en tu contra.

—¿Y a ti que más te da si eres la primera que trata de joderme la vida?

—Yo no soy quien intenta fastidiártela, para eso ya te tienes a ti misma —replicó—. Si te hubieras enamorado de Angus, como él de ti, hubieras tenido una vida plena y él no llevaría siglos enfadado, esperando que te reencarnaras para tener una segunda oportunidad.

—¿Enamorado de mí? ¿Segunda oportunidad? ¿De qué demonios me hablas? —pregunté perpleja.

—Tuvo la mala suerte de verte el día del lago, cuando conociste a Kenan y cayó rendido a tus atributos. Esperaba tenerte para él, por eso me ayudó, a él también le interesaba que dejaras al guerrero. Pero ya ves, no funcionó. Solo logró poseer tu cuerpo una vez, como ocurrió con Sarah, ninguna de las dos veces caíste a su influjo. —«¿Cuándo estuvo Ciara con Sind? Aquello no aparecía en el libro de Kenan».

—Es imposible que haya nada entre él y yo.

—Puede pareértelo, pero el amor es así, incomprensible. Kenan era solo un hombre, debías olvidarte de él y servirme, para eso os creé a las druidesas, para servirme. Pero no, tú tenías que insistir y ser diferente... Te llevé con tu hermana —aseguró y la miré ojiplática.

—Eso es imposible, Deidre murió en el parto, me lo dijo Mo...

—¡Basta! ¡No me interrumpas más o no voy a aclarar todas tus dudas! ¿Eso es lo que quieres? —contestó exasperada, moví la cabeza negativamente. Ella se sentó a los pies de la cama—. Bien, pues como te decía, coloqué tu alma en el cuerpo de una de las doncellas vírgenes de mi templo. La trastornada de tu hermana tiene el poder de la visión, cuando nació sin vida, yo recogí su alma y la llevé conmigo, antes de que cayera en manos de Bilé. Así crecería como mi guerrera y protectora, pero como tú, me traicionó —miró hacia el techo—. Debéis llevarlo en la sangre. —No quise interrumpirla más, pero comparadas con ella, Didi y yo éramos unas santas—. Ella sabía qué iba a ocurrirle a Kenan, lo vio en el fuego. La muy lista invocó a Angus y como sabía que su mayor deseo eras tú, le propuso tomarte mientras dormías. La condición sine qua non de estar en mi templo era ser virgen, ella lo sabía, así que lo preparó todo para que os acostarais una sola vez, Angus tomó tu

preciada virginidad mientras dormías —me contó. «Madre mía, era como una película de ciencia ficción»—. Pero aquello no sirvió de mucho —la escuchaba atenta, esa parte no la conocía—, fuiste a la batalla donde Kenan estaba luchando, intentaste hablar con él, pero no te reconoció en el cuerpo de mi guerrera. No quiso escucharte, estaba tan cegado con tu muerte, que no abrió la mente, no vio más allá de tu físico, no te dio la ocasión de explicarte, creyó que eras una simple mujer que querías darle consuelo antes de salir a guerrear. Fuiste tan poco importante, que el Kenan futuro, ni te plasmó en el libro —eso escoció—. Salió al campo de batalla con un solo objetivo, morir para reunirse con Ciara, sin saber que tú ya estabas allí —las lágrimas caían por mi rostro—. Por eso no podéis estar juntos, tú no te llegaste a perdonar que se dejara morir, cuando habías ido a buscarle. Y él no pudo perdonarse el no haber llegado a tiempo para salvarte —suspiró resignada—. Te deprimiste, caíste en un profundo agujero del que te costó salir y yo tuve que criar a tu mocoso, no estabas en condiciones de ocuparte de nadie, no querías saber nada de tus hijos. Hubo momentos que pensé, que ibas a cruzar al otro lado para reunirse con él. Pero por suerte no fue así. A Kelly la mandé con Morag y tu hermana recibió el castigo eterno de no conocer al hombre que había predestinado para ella —me explicó. Me sentía extrañamente compungida, nadie había logrado ser feliz con las decisiones que habíamos tomado. ¿Era posible que me volviera a equivocarme ahora? ¿Que no supiera darle la vuelta a la situación? Mi pensamiento viajó hacia mi hermana, ella había intentado ayudarme y no pudo. No entendía lo de su hombre predestinado, había dicho que era una de las guerreras vírgenes que protegían su fuego, ¿no?

—Pero Deidre era una guardiana virgen, ¿cómo es posible que tuviera un hombre predestinado?

—Normalmente son mis guardianas unos años, después las dejo escoger qué vida quieren llevar. A todas, menos a Didi, ella debía recibir su castigo, así que no tuvo posibilidad, jamás estaría con MacLeod, esa sería su penitencia por traidora.

—¿Cédric es el compañero de vida de Didi?

—Así es. A veces me planteo que todo ha sido culpa de mi benevolencia.

—¿Benevolencia? ¿En serio crees que has sido benévola? —le cuestioné, esa mujer me sorprendía a pasos agigantados. Se acercó a mí como si flotara.

—Más de lo que merecías. Cuando estuviste recuperada y Morag falleció, te devolví una nueva vida, la opción de ser feliz de nuevo, con una sola condición, que nunca le revelarás a Kelly que eras su madre, para ella habías muerto en el parto. Aquello fue lo único que hiciste bien y por ello te regalé la oportunidad de reencarnarte, aunque para ser sincera no contaba con que Kenan también lo haría.

—¿No pretenderás que te de las gracias? —repliqué, estaba perpleja.

—Pues deberías —aseguró, aquella mujer era increíble. Resoplé resignada.

—Muy bien y ahora me puedes explicar de qué va todo esto —le dije y señalé al cuerpo de Kenan.

—Ven, siéntate —palmeó la cama para que me colocara a su lado, a regañadientes lo hice, prefería tenerla de buenas para sonsacarla—. He decidido que os voy a dar una única oportunidad. —Abrí los ojos.

—Pues menuda manera de dárnosla, ¿cuándo lo has decidido?

—Esta noche, en esta charla. He decidido que si el Karma os empujaba de nuevo uno en brazos del otro, es porque el idiota del destino quiere que estéis juntos, pero todo tiene un precio.

—¿Un precio? —pregunté y ella asintió.

—¿Recuerdas la runa blanca de Odín? ¿Qué te dijo Morag al respecto?

—Me dijo, que la runa de Odín significaba que en mi vida estaba actuando una fuerza superior.

—Exacto, esa fuerza superior soy yo, sigue —me animó a continuar, menudo ego que tenía...

—Me dijo, que estaba en contacto con el cumplimiento del Karma. Que era guiada en el camino, que debía tener la confianza absoluta en que, el momento estaba lleno de posibilidades. Que al extraer esa runa, el cambio estaba progresando en mi vida, aunque debía hacer un acto significativo, algo equivalente a saltar al vacío o una prueba de fe.

—Tienes una buena memoria, prosigue —dijo y su rostro se había suavizado de nuevo.

—Lo último que recuerdo fue que dijo, que la runa podía simbolizar una muerte o una forma de muerte. La muerte de algo en nosotros o de algún aspecto de nuestra vida que llega a su fin. El vacío es el final, el vacío es el principio y los obstáculos del pasado bien pueden convertirse en las puertas que nos abren nuevos principios para el futuro —citó textualmente

—Exacto y es por ello que regresarás justo a ese momento. Si ambos superáis la prueba, os dejaré en paz —aseguró, pero aquello era imposible ¿iba a dejarnos en paz? —De lo contrario, Kenan será mío para toda la eternidad —sentenció y aquello no me sonaba muy bien.

—No te creo.

—¿Por qué iba a mentirte? —preguntó ofendida—. Necesito poner las cosas en su sitio, si esta vez no falláis, me alejaré tanto de vuestro pasado como de vuestro futuro.

—¿Así de simple?

—Sí.

—¿Y qué debemos hacer? —pregunté, la risa que curvó sus labios no me gustó.

—Está en tu enseñanza, Sarah y no pienso facilitarte las cosas, ya sabes cuánto le deseo —aseveró. Estaba claro que no iba a ser tan simple.

—¿Y qué ocurrirá con el pasado? ¿Y con el futuro? ¿Y con tus bebés si gano la partida? —la interrogué y señalé su barriga. Ella se puso en pie, se quitó la bata, chasqueó los dedos y la hinchazón desapareció—. ¿Cómo has hecho eso? —Estaba anonadada ¿se podía desembarazar?

—Era una ilusión óptica, ni ahora estaba embarazada de Kenan, ni en el futuro lo estoy, soy una Diosa, puedo jugar con el ilusionismo. Si tú ganas, lo arreglaré todo, no dejaré un solo cabo suelto, regresarás a tu tiempo para vivir con tu escritor y Brigitte jamás habrá existido. La borraré de la memoria de todos quienes la conocieron, incluida la familia de Kenan. Para ellos seguirás siendo su prometida y nunca recordaran a Brigitte —me explicó, todo era demasiado fácil y atractivo, seguro que había trampa.

—¿Y si no lo logro? —cuestioné.

—Entonces, renunciaras a él y te convertirás eternamente en una de mis

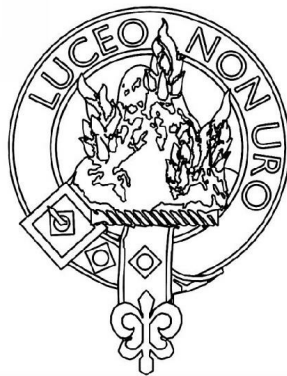
vírgenes, la única que jamás podrá dejar de ser una de ellas. Te anclaré al pasado y nunca habrás existido en el futuro. Y él será mi esclavo sexual para siempre —sentenció. Eché los hombros hacia atrás lista para la batalla—. ¿Aceptas? —me preguntó. «¿A caso me quedaba otra? Necesitaba luchar por nuestra felicidad».

—Acepto —aseguré. Se acercó a mí y cuando me tuvo a un centímetro de sus labios, dijo:

—Pues que así sea. —Posó su boca sobre la mía con mucha suavidad, sellando el compromiso a fuego.

Los labios me ardieron. La habitación comenzó a girar, ¿o tal vez era yo la que daba vueltas? Sentí como si entrara en un remolino de luces y sombras, todo estaba agitándose y yo me elevaba a la vez, desprendiéndome de mi cuerpo. Era algo muy extraño, difícil de explicar, mi alma estalló en quinientos mil puntos de luz y todo desapareció.

35 CAPÍTULO (KENAN Y SARAH)



Bruce me había llamado y yo había acudido, tal y como se esperaba de mí. No era mi mejor momento y lo sabía. O tal vez sí lo era, un hombre a quien arrancan el corazón, a quien no importa perecer en la batalla, incluso entregar su propia vida, era a quien Robert iba a tener al lado.

Quizás había llegado el momento, caminaba por la tierra arrastrando los pies, tras enterarme que la única mujer a la que había amado, había muerto sola, mientras yo luchaba por la libertad de Escocia.

Debería haber sido más valiente, tener el coraje suficiente para dejar a Brigida y haberle dado en mi castillo, el lugar que le correspondía. Pero no pude fallar a la promesa que le hice a mi amigo, cada vez que intentaba hablar con mi mujer, veía su cara moribunda pidiéndome que me encargara de ella y no era capaz de hacerlo. Mi sentido del honor me lo impedía. ¡Maldito sentido del honor!

—¿Estáis preparado, Mackenzie? —me preguntó Bruce, que estaba sentado a mi lado afilando su espadón.

—Nunca he estado más preparado —aclaré mirando al frente.

—Vuestros hombres me han contado lo sucedido con vuestra amante, lo lamento.

—¡No era mi amante! —protesté enfadado, sin importar el rango del hombre que tenía al lado— Era mi vida. —Mis ojos oscuros se fijaron en los suyos y él asintió.

—Comprendo. Cuando pierdes al amor de tu vida no hay peor dolor. Yo perdí a mi primera esposa Isabella de Mar, tras dar a luz a nuestra hija Marjorie, tuve muchísimas amantes, como vos sabéis y cuando el amor atravesó mi corazón al conocer a Isabel de Burgh, entendí que lo que había sentido por las otras mujeres hasta el momento, era una tontería.

—Hoy no soy una gran compañía Robert, disculpad si he sido muy hosco. Hace un año que Ciara murió y mis hijos desaparecieron. En lo único que puedo pensar, es en reunirme con ellos de una vez por todas —afirmé y Bruce palmeó mi espalda.

—No digas eso Mackenzie, tienes otros hijos a los que proteger, dudo que Ciara deseara verte así —trató de animarme. Uno de mis hombres caminó hacia nosotros.

—Disculpad que os interrumpa, mi laird, pero hay una muchacha que insiste en veros —me dijo y Bruce arqueó las cejas.

—¿Una muchacha? ¿Aquí? Si estamos ocultos en el bosque y nadie sabe dónde encontrarnos... —comentó Bruce extrañado.

—Lo sé, pero la muchacha pide ver con urgencia al laird Mackenzie.

—¿Vos le habéis dicho a una muchacha dónde nos encontrábamos? Estamos a punto de entrar en batalla, Mackenzie —me amonestó disgustado.

—Os juro que no sé de quién se trata, Robert.

—Ella dice que es muy urgente, que no puede esperar —el guerrero tenía cara de preocupación—. Nos ha amenazado a todos con cortarnos lo que hay bajo nuestros kilts, si no le dejamos veros —aseguró y Bruce soltó una carcajada.

—Haz pasar a la fierecilla, veremos qué desea, tal vez la haga luchar por Escocia, si tan arrojada es —consintió Bruce, mi hombre asintió y fue en busca de la muchacha.

—Os juro Robert, que no revelé a nadie nuestro paradero —aseveré y mi rey me palmeó el hombro.

—Tranquilo, confío en vos, veamos quién aparece y qué desea comunicaros.

Tras el follaje y agarrada por mi hombre, apareció una muchacha menuda, con una melena rubia como los rayos del sol y ojos azules como el cielo en primavera. Tenía un cuerpo suave y deseable que estaba enfundado en un *cotun*^[12], para intentar parecer un muchacho. Aunque sus redondeadas formas la delataban. Me llamó la atención la espada que portaba en su espalda y la determinación que dibujaba su mirada.

—Aquí la tenéis, mi señor, esta es la muchacha —anunció. La contemplé sin entender nada, jamás había visto aquella joven. Bruce silbó admirando la belleza que teníamos delante, pero a mí me daba igual lo bonita que pudiera ser. En mi mente ya no había espacio para nadie más, que no fuera Ciara.

—Sed breve muchacha, ¿cómo sabíais dónde encontrarnos y qué tenéis que decir? —le exigí. Sus ojos azules me miraban con fijeza, podía ver su respiración acelerada, su pecho subía y bajaba con rapidez.

—¿Podemos hablar en privado Kenan? —me pidió y abrí mucho los ojos, «¿cómo osaba aquella mujer llamarme así?»

—Decid lo que tengáis que decir delante de mi rey muchacha, no tengo nada que ocultarle, además no os conozco de nada, para que me tuteéis.

—Vamos Mackenzie, no seáis tan gruñón con esta belleza, vais a asustarla —se mofó Bruce, ella desvió la vista hacia él.

—Disculpad mi señor, es que necesito hablar con el laird Mackenzie en privado, es muy urgente, no es que desconfíe de vos, pero es algo muy personal. —«¿Muy personal? No tenía nada muy personal con ella». Robert se levantó.

—Tenéis unos minutos muchacha, estamos a punto de salir a una de las batallas más importantes, debemos librar a Escocia de los perros ingleses.

—Lo sé mi señor y os deseo toda la suerte del mudo, solo necesito hablar con Kenan unos minutos y me marcharé. Mi corazón estará con vos y con los vuestros en la batalla. ¡Airson an Leomhann! —exclamó. Aquella era la frase que usábamos los Highlanders antes de salir a batallar, era nuestro grito de guerra: ¡Por el león! Eso arrancó una sonrisa a Robert.

—Si Mackenzie no os desea, venid a hablar conmigo tras nuestra victoria, tal vez tenga un lugar para vos en mi reino —comentó Robert que era todo un seductor, acarició el rostro de la joven y nos dio algo de intimidad. Permanecí impávido, esperando que me diera algún tipo de explicación, al no reaccionar comencé a ponerme nervioso.

—Ya habéis oído a mi rey, no tengo tiempo, decid lo que sea y marchaos —la urgí. La muchacha contra todo pronóstico, caminó hacia mí y se arrodilló entre mis piernas.

—Mira en el fondo de mis ojos Kenan, ¿no me reconoces? —me fijé

hipnotizado por la intensidad de aquel azul. Tal vez se tratara de alguna antigua amante, no lograba recordaba sus facciones.

—Lo lamento, no me suenas, si en algún momento nos acostamos yo... —comencé y ella cerró los ojos, como si le dolieran mis palabras.

—Kenan, esto es muy difícil para mí y no tenemos tiempo, haz un esfuerzo —me pidió y su tono era imperativo y desesperado—. Necesito que abras la mente por favor, no hay tiempo que perder, ambos lo necesitamos o no podremos ser felices nunca —me aseguró y una risa amarga escapó de mi garganta.

—Felicidad... Yo jamás volveré a ser feliz muchacha, nunca más. Mi felicidad se evaporó junto a Ciara —manifesté y mi gesto era solemne.

—Pero ahora estoy aquí Kenan, he vuelto, yo no morí ese día como te contaron y nuestros hijos siguen vivos. Mira mis ojos Kenan, soy yo, Ciara —declaró. Sus manos estaban sobre mis rodillas desnudas. En cuanto oí aquella barbaridad aparté sus manos de mí.

—¿Estáis loca muchacha? ¿Qué tipo de broma macabra es esta? ¡Vos no sois Ciara! ¡Largaos de aquí! ¡Fuera! —rugí.

—¡No, no, no! Tienes que escucharme —me pidió la muchacha que se lanzó hacia mí—. Kenan, a veces la vida nos da segundas oportunidades, a nosotros nos ha dado una, sé que puede parecerte descabellado, pero soy yo, tu *té bheag*, te amo Kenan, siempre te he amado. Debes mirar más allá de mi apariencia, ¡busca en tu corazón! —exclamó. Dio un salto y cogiéndome desprevenido me besó apasionadamente. Me había agarrado de la nuca, sus piernas envolvían mi cintura, su lengua atacaba mi boca con fiereza. Por unos instantes el aroma a brezo y lavanda me envolvió, me recordó a ella, a su exigencia cada vez que nos besábamos, respondí, más por un recuerdo que por la mujer que tenía encima de mí. Un carraspeo nos interrumpió.

—Lamento interrumpiros, mi laird, pero Bruce os llama, debemos prepararnos para la batalla. —Me separé de aquellos labios que por un momento habían nublado mi mente. Y obligué a la muchacha a bajar de encima de mí.

—Será mejor que os marchéis, no sé qué pretendíais, pero sea lo que sea, no ha surtido efecto, lo lamento. Debo ir con mis hombres y mi rey —anuncié. Ella parecía a punto de echarse a llorar.

—Está bien, es imposible que te cuente todo lo que necesito en unos minutos. A mí misma me costó entender quién era. Solo prométeme una cosa Kenan, prométeme que lucharás por vivir, que no te dejarás morir y que después de esta batalla hablaremos, necesito aclarar las cosas, te necesito junto a mí —declaró y las lágrimas resbalaban por sus mejillas. ¿Quién era aquella muchacha que quería hacerse pasar por Ciara? ¿Por qué sus besos y su sabor me recordaban a ella?

—Haré lo que pueda —manifesté y ella suspiró.

—Eso no me sirve Kenan, te necesito vivo, ¿me oyes? Necesito que recuperemos nuestra vida y nuestros hijos —aseguró. Estaba a punto de soltarle una barbaridad cuando ella me dijo—. Nuestra pequeña, *bláth beag*, nos necesita. —Aquel era el modo cariñoso como llamaba a mi hija Kelly, mi pequeña florecilla. ¿Cómo sabía aquello?

—Mi laird... —volvió a interrumpirnos mi guerrero.

—Debo irme, cuando regrese hablaremos, prometeme que os ocultaréis, esta batalla será sangrienta y no tendrán piedad con una mujer, por hermosa que sea —afirmé, la joven asintió.

—Siempre te esperaré, Kenan —afirmó. Su mano trazó el camino de mi cicatriz, la que no se veía, oculta por la camisa. Mi corazón se disparó bajo su toque—. Regresa a mí, Mackenzie—.

Me alejé de ella con una extraña sensación. Tenía muy claro a qué había ido a aquella batalla, a proteger a Robert y a morir. Pero aquella inesperada visita estaba haciendo que me planteara las cosas. ¿Cómo era posible que supiera todo aquello? ¿Por qué sentía cosas extrañas cuando estaba a mi lado? Ahora no era momento de pensar en ello, sino en la batalla que tenía por delante.

No éramos demasiados, en el último enfrentamiento habíamos perdido a muchos de los guerreros más fieros, sin embargo éramos los suficientes para luchar por nuestro cometido. Robert Bruce había sido coronado como Robert I en Scone, por Isabella MacDuff, condesa de Buchan. Pero prácticamente había sido un acto simbólico, las cosas estaban muy mal para los escoceses, Bruce era un rey sin reino.

Caminé hasta ponerme al lado derecho de Robert, al otro lado estaba el hijo mayor de los MacLeod. También estaban conmigo los hombres de mi clan

y mis amigos, Bryan McCoy, el laird Buchanan y Kenneth Gordon. No pude evitar pensar en Mael, mi mejor amigo. En una incursión fue donde le perdí y juré que protegería a Brigida para siempre. Miré al cielo y pensé en él. «Esta batalla va por ti, amigo mío, siempre estarás en mi corazón». Todos estábamos listos, preparados para lo que iba a acontecer.

—Queridos amigos —dijo Bruce con un tono solemne—, antes de salir a la batalla, quiero que un pensamiento esté junto a todos nosotros. Sé que en esta guerra hemos perdido a grandes amigos, familiares, compañeros, mujeres, hijos y demás seres queridos. Todos ellos están presentes en cada una de nuestras plegarias y nuestros corazones. Todos ellos, lucharon por algo mucho más grande que todos nosotros, por la libertad de nuestro pueblo a manos de los perros ingleses. Por eso nos encontramos aquí en Ayrshire, para luchar por su memoria y lograr que sus muertes, no hayan sido en balde —todos estábamos muy emocionados—. Sabéis que los sassenachs, a quienes nos vamos a enfrentar, están capitaneados por Aymer de Valence, uno de los brazos de Eduardo. Quiero amputar ese brazo y quiero ser yo quien lo haga, así que ¡Bas roimh geill! —rugió Bruce. «Antes morir, que rendirse», me repetí mentalmente. Eso era justo lo que iba a hacer.

—¡Airson an Leomhann! —vociferé y todos respondieron al grito de guerra Highlander. Después el infierno se desató.

Saltamos sobre los ingleses como verdaderos leones, rugiendo, golpeando y atacando con uñas y dientes, a todo aquel que osaba levantar la espada contra nosotros. La lucha estaba siendo encarnizada, algunos hombres habían caído, otros luchaban heridos, blandiendo espadas, mazas y hachas. Miembros amputados, carnes sesgadas, el paisaje era desolador.

—¡Muere, miserable gusano! —oí a mis espaldas, mientras luchaba a dos manos con dos ingleses. Había sido MacLeod, que me había salvado de un perro que intentaba atacarme por la espalda. Vi otro sassenach acercarse peligrosamente por su derecha.

—¡A tu derecha, MacLeod! —le grité justo a tiempo, aunque no pude evitar que le hicieran un profundo corte, MacLeod soltó una imprecación y rebanó el pescuezo de su atacante.

—Gracias, Mackenzie, ¿necesitas ayuda? —preguntó.

—Yo puedo, echa una mano al león —hice referencia a Bruce que estaba

rodeado. MacLeod asintió y se fue a ayudar a nuestro rey.

El cansancio estaba haciendo mella en mí. Había perdido la noción del tiempo, estaba claro que nos superaban en número, aunque no en fiereza. Me dolía todo el cuerpo y tenía cortes que dejarían nuevas cicatrices en él. Pero eso no era lo que más me pesaba. Ciara, quería regresar con Ciara, aquel pensamiento hizo que mi guardia bajara y no me diera cuenta, que uno de los dos hombres a quienes me enfrentaba, levantara su espada mortal contra mí. Un grito de guerra me sacó de la ensoñación y antes de que la espada se ensartara en mi carne, una sombra se cruzó por el camino desviando el ataque. Cuando logré fijar la vista, me encontré con la pequeña rubia luchando con fiereza a mi lado. No salía de mi asombro, al contemplar cómo aquella menuda mujer blandía su arma.

—¡No vas a morir! ¿Me oyes? ¡Me niego a que mueras sin aclarar las cosas entre nosotros, Mackenzie! —clamó. Aquella chica estaba decididamente trastornada, pero su empuje, me hizo reaccionar.

Luché junto a la pequeña salvaje hasta el límite de nuestras fuerzas. Ella lo hacía con técnica y arrojo.

—¿Quién te ha enseñado a luchar así? —le pregunté cuando pasó por mi lado defendiéndose del ataque del inglés.

—Tú, pedazo de alcornoque, tú nos enseñaste a Kelly y a mí, decías que debíamos saber defendernos, ¿lo recuerdas? ¿Recuerdas nuestra cabaña y lo felices que fuimos allí? Me enseñaste a montar y a usar la espada, tanto a mí como a nuestra hija. ¡Cree en mí, Kenan por Dios! —«¿Cómo sabía aquellas cosas? Era imposible que alguien supiera eso a menos que fuera... ¡Pero no podía ser!». La miré de reojo, tenía el hermoso pelo pegado al rostro, se la notaba muy fatigada.

—Aguanta muchacha, lo estás haciendo muy bien —intenté infundirle valor. Ella se despistó un instante para sonreírme y se encontró con el acero del inglés atravesando su costado. Los ojos se le llenaron de dolor y yo sentí, que algo se fragmentaba en mi pecho de nuevo.

—¡MacLeod! —rugí al verle pasar por mi lado, con un golpe de cabeza le indiqué donde era necesario. La chica había caído al suelo e iba a ser rematada. Por suerte el guerrero me escuchó y la protegió de una muerte inminente.

Decidí acabar con mis ingleses para socorrerla. En cuanto terminé con el primero, el segundo ya me esperaba asustado. Al primer descuido, clavé mi acero en el pecho del sassench, quien cayó al suelo con la vida escurriéndose entre las manos.

Corrí para socorrer a la muchacha, que estaba blanca como la cera. Miré su herida, brotaba mucha sangre de ella.

—¡Por todos los diablos muchacha! ¿En qué pensabais? —la interrogué y presioné la herida, intentando cortar la hemorragia.

—En ti —respondió—, siempre en ti—. Aquella respuesta me llenó de ternura, pasé mi callosa mano por su suave rostro, apartándole el pelo sudado.

—Os dije que me esperarais.

—Y lo intenté —contestó enfurruñada—, pero parecías dispuesto a dejarte morir y yo necesitaba hablar contigo.

—Está bien, pequeña y ¿qué queríais decirme? —Estaba claro, que el tono de lividez que estaba adquiriendo no era buena señal, no creía que le quedara demasiado tiempo. Ella se aclaró la voz y su rostro tomo un cáliz solemne.

—La primera vez que tus labios tocaron los míos, sentí como si una espada hubiera atravesado mi pecho. El aire abandonó mis pulmones y la vida comenzó a abandonarme, por la mortal estocada de tus labios —empezó a decirme y me quedé sin aliento al recordar aquellas palabras, fueron las mismas que yo le dije a Ciara delante de Morag, cuando esta me preguntó qué sentía por su nieta—. Si el amor es sentir esa placentera muerte, entonces no habría una más dulce que perecer bajo tu aliento —terminó de recitar.

—Ciara —susurré reconociéndola por fin en el interior de aquellos ojos azules—, sois vos, mi pequeña *té bheag* —le dije y mis labios cayeron sobre los suyos, capturando el poco aire que salía de sus pulmones—. Aguantad, amor mío, no soportaría perderos de nuevo, os amo con toda mi vida y todo mi corazón y os juro, que esta vez voy a hacer bien las cosas.

Grité a mis hombres que me ayudaran, me urgía llevarla a un sitio seguro, necesitaba que viviera, no podría aguantar que se fuera otra vez. No entendía muy bien ni el cómo, ni el por qué, la vida me la había devuelto, lo único que entendía es que ella había vuelto a mí, e iba a luchar con todo mi ser para recuperarla.

Me costaba tragar, incluso respirar, abrí los ojos con mucho cuidado.

Estaba en una especie de altar, rodeada de antorchas, miré mi cuerpo, toqué mi cabello, ya no era la muchacha rubia. Por mi pelo y mi cuerpo juraría que volvía a ser Ciara, aunque no podía asegurarlo, el pelo era rojo, pero estaba mucho más corto, como cuando era Sarah. ¡Madre mía, estaba teniendo una crisis de identidad! ¿En cuántas mujeres me podía convertir?

Me palpé el costado donde se suponía que debería haber estado mi herida. Nada, no había absolutamente nada, me dolía pero no había rastro de ella. Llevaba una especie de túnica blanca de gasa suave.

Me incorporé mirando a mi alrededor. Estaba en una sala muy amplia, parecía hecha de mármol, todo resplandecía bajo la luz de las antorchas. ¿Dónde estaba? ¿Qué era aquel lugar? ¿Dónde estaba Kenan? ¿Era posible que hubiera muerto?

—¿Hola? ¿Hay alguien? —pregunté y nadie respondió.

Caminé descalza por el frío suelo, no había nada, ni un solo mueble, era un espacio completamente diáfano. Con columnas de mármol a juego con el suelo. Me aclaré la voz y volví a preguntar, nada, solo el eco de mi propia voz me respondía. En el suelo había una especie de fuente con una piscina, miré el reflejo que se proyectaba, observando cada rasgo, cada facción. Era yo, era Sarah de nuevo, me quedé muy quieta contemplándome cuando el agua se agitó. Me resultó extraño, pues no corría ni una gota de aire, pero tras esa agitación el agua volvió a la calma mostrándome alguien detrás de mí.

¿Se trataba de una ilusión? Me daba miedo moverme por si se desvanecía. La imagen acercó la boca a mi oído.

—Hola, Sarah —me dijo.

Era imposible, no podía ser aquel, era...

—¿Kenan? —le interrogué en un susurro, sin salir de mi asombro. Me giró tomándome por la cintura y cuando me tuvo frente a él, su amplia sonrisa cubrió aquel apuesto rostro. No era mi laird, sino mi escritor, ¿cómo era posible? Llevaba una bonita camisa de seda negra y un pantalón de pinzas oscuro, estaba tan apuesto que creí que desfallecía allí mismo—. ¿Eres tú? —cuestioné, él tomó mi rostro entre sus manos.

—Sí, mi amor, soy yo, siempre fui yo.

—¿Pe-pero cómo es posible? ¿Dónde estamos? ¿Qué hacemos aquí?

Una explosión de luz estalló en la sala, ambos nos cubrimos el rostro, pero al instante Kenan me refugió en su abrazo protector. Tras el brillo cegador volvió la tenue luz del fuego.

—Vaya, vaya, vaya. Así que lo lograste, ¿eh? —escuché una voz. Salí de su abrazo para encontrarme con Brigid. Llevaba una túnica muy sugerente en color rojo y un body de encaje debajo. La miré desafiante.

—¿Qué logré? ¿De qué va todo esto? ¿Hemos muerto? ¿Dónde estamos? —demandé y la diosa se rio.

—Demasiadas preguntas ¿no crees? ¿De verdad quieres que las responda todas o te conformas con que te diga que todo se ha puesto en su lugar y que me has ganado la partida? —comentó irónica. Me aparté ligeramente de Kenan, colocándole tras de mí—. Que tierna, ¿intentas protegerle?

—Con una arpía como tú, nunca se sabe —respondí. Las comisuras de sus labios se elevaron.

—En el fondo me siento muy orgullosa de ti y de tu aprendizaje, aunque no me creas. Como Ciara, necesitabas sacar a tu guerrera interior, me demostraste con creces que eras merecedora de ser mi hija, desenvainaste la espada y la blandiste, para protegerle ante cualquiera que fuera capaz de destruir vuestro amor. Renaciste, Ciara la bondadosa, para emerger como Ciara la guardiana y eso me llena de orgullo. Te diré que todo salió bien, estabas muy mal herida, pero tu laird te cuidó de un modo inagotable, día y noche hasta tu recuperación. Como premio le otorgué su ansiada libertad y te devolví tu hermoso cuerpo.

—¿Ahora ya no soy una vaca lechera? —Brigid soltó una carcajada.

—¿Sabes que mi animal es la vaca? Adoro a esos animales y jamás me has parecido uno de ellos, solo me metía en mi papel. Necesitabas creer en ti, en tu belleza fuera de todo estereotipo. Eres hermosa Sarah, tu talla no te resta belleza, te la suma. Sino pregúntaselo al que tienes a tu espalda, que está deseando que me largue, para terminar lo que tenéis pendiente —afirmó. Las manos de Kenan se deslizaron por mi cintura y me atrajo directamente hacia su erección, quién pujaba en mi trasero. Un ligero calor se asentó en la base de

mi entrepierna. Intenté aclarar las ideas.

—Entonces ¿Ciara y el laird fueron felices? —La voz de Kenan susurró a mi oído.

—Fuimos muy felices, mi amor, igual de felices que vamos a ser en el futuro —aseguró.

Perdí a Brighid de vista cuando Kenan me volteó hacia él, me tomó de la nuca y poseyó mis labios con desesperación.

Olvidé todo aquello que quería preguntar, para perderme en el infinito amor que sentía por él.

36 CAPÍTULO (SARAH)



Cuando Kenan puso fin al beso y abrí los ojos, ya no estaba en aquel lugar, blanco y marmóreo. Estaba en la casita de Eilean Donan, nuestras maletas y las de las chicas seguían estando allí, justo como cuando Kenan y yo salimos a pasear para aclarar las cosas.

Ambos nos miramos a los ojos reconociendo nuestro pasado y ansiando nuestro futuro. Mi apuesto escritor tiró de mi mano para llevarme a la habitación y desnudarme con sumo cuidado. Sacó mi vestido por la cabeza y sonrió cuando llegó a mi ropa interior. Bajé la vista para encontrarme con unas horrosas bragas blancas

—Pero... ¿Qué demonios es eso? —pregunté, jamás había tenido nada así, solo usaba lencería fina, no braga-fajas.

—Juraría que son tus bragas —dijo un divertido Kenan.

—¡Esto no son unas bragas, parecen un pañal! —exclamé. Estaba convencida, que esa era la última gracia de mi maquiavélica antepasada, esas bragas cortaban la libido a cualquiera.

—No sufras cariño, no pensaba en que te las dejaras puestas —me contestó y de un tirón, me quitó esa monstruosidad, dejándome completamente desnuda—. Eres tan perfecta, que te juro que no cambiaría nada de ti, nunca —aseguró. Miré aquellos maravillosos ojos oscuros llenos de deseo.

—¿Y a qué esperas para demostrármelo? Saca tu pluma escritor y graba tus palabras en mi interior.

—No sabes cuánto he anhelado hacer justamente eso.

Su ropa voló, fue un visto y no visto, me recreé en aquel hermoso cuerpo que iba a ser solo para mí. Su amplio pecho, su abdomen repleto de cuadrados de chocolate y aquella gruesa erección, que se alzaba victoriosa entre sus muslos.

Me tumbé en la cama, deseosa de que de una vez por todas entrara en mí. Kenan me siguió, reptando sobre mi cuerpo para venerarlo con su boca y con

su lengua. No dejó un solo rincón por besar o lamer, me hizo un pijama de besos, del cual no me iba a desprender jamás.

Me tomó con su boca para prepararme, aunque yo ya estaba más que lista para él. Mi excitación se multiplicó al saber, que hoy por fin, iba a ser mío.

—Por favor, Kenan, te lo ruego, no quiero más preliminares, tal vez más tarde, pero ahora te quiero dentro, necesito cerrar el círculo —le pedí. Dio un último tirón a mi erecto clítoris, para colocarse en la entrada de mi sexo.

—Más que cerrar el círculo te lo voy a taponar —comentó y le sonreí—. Nena, no sé si tengo condón, estoy desubicado con tanto salto en el tiempo, yo...—empezó a explicarme y le silenció.

—¡Kenan Mackenzie, te juro que si no me la metes en este preciso instante, soy capaz de arrancártela de cuajo para introducírmela yo sola! Tú te convertirás en eunuco y yo en hermafrodita, como los caracoles —le amenacé, él sonrió ante mi advertencia.

—Está bien guerrera, tú lo has querido —anunció. Alguien golpeó la puerta, cuando Kenan me iba a penetrar. Nos miramos

—Ni lo sueñes, otra vez no —jadee.

Me anclé a sus caderas y empujé para notar, cómo su carne abría la mía, grité con toda la necesidad que sentía mi cuerpo por fundirse con el suyo. No me detuve hasta sentir cómo el ancho glande chocaba con las paredes de mi vagina. Le tenía, estaba en mi interior y era mío. Ambos oímos unas voces que decían.

—Ahora creo que no es buen momento, creo que será mejor que los dejemos solos... —Reconocí la voz de Marge

—¿Y si la está matando? —preguntó Mar.

—¡A polvos! Así es como la estará matando, solo espero que le deje el chichi como el bolso de Mary Poppins y que le quepa todo.

—¡Que bruta eres Jud! —le recriminó Mar, las voces se alejaron y se oyó como se cerraba la puerta de entrada. Kenan me sonreía.

—Parece que ya se han arreglado y que tu amiga Jud, quiere que te haga un bolso nuevo —apostilló burlón. Yo también sonreí.

—Pues no te detengas guerrero, ya la has oído, tiene que entrarme todooooooooooooo —afirmé. La siguiente investida no se hizo esperar.

Kenan me poseyó con fiereza y con entrega, la misma que yo le daba. Clavé las uñas en sus glúteos hundiéndolas a cada investida.

Era deliciosamente doloroso. Me encantaba como Kenan me poseía sin guardar un ápice de entrega. Gruñí, gemí, grité, alcanzando el borde del orgasmo una y otra vez, para detenernos y volver a comenzar de nuevo.

Cuando llevábamos más de una hora de coitus interruptus, le di la vuelta sentándome sobre él.

—Te juro Mackenzie, que como me pares, esta vez cumplo mi promesa — le reté. Él apresó mis pezones para retorcerlos, arrancándome otro grito de placer.

—Hazme tuyo nena, lo estoy deseando —aseguró. Esta vez quien le montó salvajemente fui yo, me convertí en una amazona audaz, azuzándole a cada caída. Mi sexo se deslizaba sobre aquella columna de carne infinita, mi clítoris golpeaba sobre su pelvis, elevándome una y otra vez. Estaba muy cerca, más que nunca.

—Estoy llegando, Kenan y no puedo aguantarlo más, dime que tú tampoco, ¡dímelo por favor!

—Adelante *té bheag*, lo estoy deseando —me dijo y me agité al oír aquel apelativo, subí y bajé con mayor intensidad hasta que las paredes de mi vagina se estrecharon apretándole en un orgasmo que nos arrasó a ambos.

Me quedé tumbada sobre su pecho totalmente laxa y saciada, por fin era mío y nunca iba a ser de nadie más.

Templo de Kildare...

—¿Por qué no se lo dijiste? —La voz del dios del amor retumbó en el templo.

—¿Para qué? Está claro que Sarah no me quiere como madre.

—¿Con todo lo que has hecho por ella? —preguntó el dios que parecía

indignado— Te juro que nunca más te hago un favor, mira que disminuir el tamaño de mi sexo para no darme una triste oportunidad con ella.

—Aceptaste la apuesta Angus, la tenías que enamorar sin tu principal atributo y de una sola vez. Te di dos oportunidades, una en el pasado y otra en el futuro y ni aun así, ganaste.

—¡Porque estaban predestinados!

—¿Y? También lo estaba yo con Bilé y ahora me acuesto contigo —rebatió ella. Ambos estaban desnudos en la cama de la diosa.

—Lo nuestro es pura necesidad y diversión. Ambos sabemos que le sigues amando además, es el padre de las gemelas, ¿no crees que debería saberlo y no pensar que son mías?

—¿Y eso que importa?

—A mí me importa, no deja de hacerme la zancadilla en cuanto puede —aseguró él, Brighid le miró enfurruñada.

—Me debes mucho Angus, no lo olvides.

—No lo olvido.

—Pues ahora deja de dar la tabarra y fóllame, para eso te he traído aquí y no para que me des la retahíla. Lo que haga con mis hijas es cosa mía.

—Será como siempre, como deseas. —Brighid abrió las piernas y Angus se hundió en ellas. Mientras él la poseía, no pudo dejar de pensar, por un solo instante, en el amor de su vida.

Barcelona, veinte días después...

— ¡Todavía no puedo creer que salgamos en todos los medios de comunicación! —exclamó Mar.

—Pues ya puedes comenzar a creerlo, Flores en las Highlands, es el libro más vendido en todas las listas y Kenan el hombre del momento —repliqué orgullosa.

—¿Y no te pone nerviosa que tu laird-escritor sea el buenorro del

momento? —preguntó Jud—. Le han calificado como el hombre más deseado en la revista GQ y el otro día, llamaron a la editorial de Men's and Health, para ofrecerle ser la portada de diciembre —comentó y no era de extrañar, mi prometido era el hombre más sexy del planeta.

—No me pone nerviosa, las mujeres le pueden mirar, pero yo soy la que se lo va a follar de aquí a la eternidad —afirmé rotunda. Jud soltó una carcajada.

—Y luego dicen que yo soy la posesiva, eso es porque no te conocen. ¿Puede saberse donde está tu prometido, alias el fabricante de bolsos de Mary Poppins? —inquirió chistosa y volví a sonreír.

—Pues, debe estar al caer —miré el reloj de pulsera que Kenan me había regalado—. El vuelo llegaba hace una hora, así que no pueden tardar. —Hoy llegaba Suzane de visita con Didi y Morgana, eso sí que me ponía nerviosa. No había hablado con mis padres a mi regreso, pues estaba esperando las pruebas de ADN que traía consigo Suzane. Cuando se lo dije a Didi, ella y mi abuela insistieron en venir. Marge me trajo un whisky doble.

—Toma, creo que lo vas a necesitar —declaró, tomé la copa y la alcé.

—Slainte —dije y después la apuré de un trago.

—Hay cosas que no cambian nunca, no entiendo cómo puedes tragar eso y no morir fulminada.

—Pues porqué por mis venas corre sangre irlandesa —aseveré a sabiendas de lo que Suzane iba a corroborar con los análisis.

El ambiente estaba algo tenso, Jud estaba sentada en el sofá mirándome con fijeza. Sabía que intentaba controlarse desde lo ocurrido con Mar, pero notaba que se estaba mordiendo la lengua por no decir lo que pensaba. Por su parte, Mar no dejaba de moverse, la tensión no le gustaba y siempre intentaba buscar algo para relajar el ambiente. De repente su cara se iluminó.

—Por cierto chicas, ¿a que no sabéis qué le dice una almohada a otra? —Mar era un horror contando chistes, aunque la pobre ponía voluntad.

—Anda, sorpréndenos lumbreras —le respondió Jud.

—¡Hoy me voy de siesta! —contestó y ella sola se puso a reír como una loca. ¡Aquel chiste era terrible! —¿Lo habéis pillado? Fiesta-siesta-fiesta-siesta, ¡es buenísimo! —decía sin poder dejar de reír y al final nos contagió a

todas.

Jud terminó lanzándole el cojín del sofá, Mar se abrazó a él y comenzó a hacer una conga ficticia a la que todas terminamos agarradas. Saltando y brincando por la oficina. Así fue como nos encontró Kenan, que no salía de su asombro al contemplarnos. Cuando las chicas le vieron no se cortaron, ya era uno más del equipo, así que animaron a los recién llegados a participar en el jolgorio del cojín.

Suzane, Didi y Morgana no tardaron en agarrarse poniéndose todas delante de mí y cuando pasé por el lado de Kenan, este me arrancó de la conga para darme un beso que me dejó temblando. Nos detuvimos cuando los silbidos y aplausos alcanzaron nuestros oídos.

—¡Largaos a un motel! —exclamó Jud.

—¡De eso ni hablar! Que yo he venido de muy lejos para achucharla, si quieren echar un casquete, primero que nos lleven a comer un buen filete, que estoy desmayada —protestó Suzane. Kenan se separó a regañadientes, para que pudiera saludarlas a todas.

—Antes de que vayamos a comer, tengo un regalito para cada una —anunció Morgana que traía una maletita de mano.

—¿Por qué habéis tardado tanto? —le pregunté a Kenan al oído.

—Ahora mismo lo descubrirás —respondió señalando la maleta.

—Hay que ver lo poco moderna que es la policía en España, chicas —comentó y todas la miramos, mientras ella comenzaba a vaciar el contenido de la maleta.

—¿Qué te ha ocurrido? —Marge parecía intrigada.

—Pues que me detuvieron en el control de aduanas y abrieron la maleta de los regalos y tuve que darles una explicación a esos buenos mozos, de para qué quería unas esposas, un dilatador anal, un látigo de nueve colas con rayos en las puntas, un succionador de clítoris y el Triplenetreitor Ultra —explicó como si nada, todas abrimos los ojos como platos y exclamamos al unísono.

—¿El Triplenetreitor Ultra? —Ella nos miró con una sonrisa pícaro.

—No os preocupéis, de ese he traído uno para cada una —aclaró y entonces, sí que estallamos todas en una sonora carcajada—. A uno de los

policías incluso le di mi tarjeta, parecía muy interesado en el dilatador anal, no dejaba de sopesarlo con la mano —aseguró y Mar la miró con horror—. No te preocupes nena, llevaba guantes, así que no te pegará nada cuando tu novio te lo coloque esta noche —le dijo y mi asistente enrojeció, cuando Morgana le pasó el dilatador y un triplenetreitor.

—Muchas gracias, pero yo no uso nada de esto —se excusó Mar, mi abuela le tomó de la mano.

—Créeme, cariño, a partir de hoy lo usarás, tú y Carlos seréis más felices que con el misionero. —Mar giró rápidamente la cabeza hacia mí.

—Te juro que yo no le he contado nada, recuerda que es druidesa —le respondí a modo de aclaración.

En cuanto los regalos fueron entregados, nos marchamos a comer, Suzane me tendió el sobre durante la comida.

—No voy a abrirlo ahora, quiero hacerlo dentro de un rato en casa de mis padres. Si queréis acompañarme, les he dicho que debo darles una noticia y os agradecería que vinierais todos. Para mí, todos y cada uno de vosotros sois mi familia y os necesito en un momento como este —declaré y siete pares de ojos se clavaron en mí.

—Pues claro que te acompañaremos, *uaisín*. Veremos que tienen que decir en su favor. —Morgana fruncía el ceño.

—Vamos a apoyarte ocurra lo que ocurra, *té bheag* —aseguró Kenan y me apretó la mano sobre la mesa.

—Y si merecen ir a la cárcel, no dudes que los enviaré a ella —sentenció Suzane mientras se limpiaba con la servilleta, para arrojarla después con fuerza sobre la mesa.

—Gracias a todos, de verdad, en cuanto pague, nos marchamos si os parece bien.

—Les daremos su merecido, jefa —dijo Jud y me guiñó el ojo.

Tras pagar, todos salimos de allí. Estaba convencida que mis padres no se esperaban la que les iba a caer encima. Llamamos al timbre y como siempre María nos abrió, parecía sorprendida al ver a tanta gente.

—Buenas tardes Sarah, no sabía que seríais tantos —comentó preocupada.

Conociéndola, seguramente era porque habría preparado algo para picar y estaría sufriendo por si no tenía suficiente.

—No te preocupes María, acabamos de comer —le respondí y ella suspiró aliviada.

—¿Están mis padres? —pregunté aunque me dolía llamarlos así, cuando realmente no lo eran.

—Están en el jardín —me contestó. María pasó la vista sobre mi escote y después por mi dedo—. ¿Y ese broche y ese anillo? —inquirió en cuanto entramos. Le sonreí abiertamente.

—Te presento a Kenan Mackenzie, mi prometido —le dije y ella se santiguó.

—¡Ay mi virgencita de la Guadalupe! ¿Este hombretón es tu prometido? ¡Si pensaba que te ibas a quedar para vestir santos y me sales con un galán de telenovela! Esto debe ser por tantas velas que le encendí a San Antonio.

—Pues le debiste encender un gran cirio —resopló Jud—, con lo que trae este entre las piernas y lo feliz que anda Sarah —apuntilló. Me puse roja como un tomate, cuando la pobre María no pudo evitar que se le desviara la vista hacia el miembro de Kenan, quien como siempre, estaba exultante por estar a mi lado.

—No le hagas caso, María —intenté restarle importancia al ver que la pobre mujer, se encendía como una bombilla—. Kenan te ha traído un ejemplar firmado.

—¿De su miembro? —preguntó sorprendida. Ahí sí que Jud, soltó una carcajada tremenda.

—¿De su libro, María! —la rectificué, la pobrecilla estaba que no podía creer lo que acababa de salir por su boca.

—¡Ay diosito! Señor Kenan, discúlpeme, es que me puse nerviosa con lo del cirio —trató de explicarse, él la miró con ternura para tranquilizarla.

—No se preocupe, María.

—¿María dónde tiene la cocina? —le preguntó Morgana— Si quiere le voy a dar una receta para calmar esos nervios suyos.

—Pues se lo agradecería, doñita —aseguró la buena mujer. Mi abuela se abrió paso y se llevó a María, mientras nosotros salíamos al jardín.

Los que hasta el momento habían sido mis padres, estaban tomando un té la mar de relajados. Cuando vieron llegar a tanta gente, no pudieron disimular su cara de sorpresa y cuando Didi se colocó a mi lado, casi se les cae la mandíbula al suelo del susto. Mi madre intentó recomponerse con agilidad.

—¿Qué es todo esto, Sarah? ¿Por qué no nos habías avisado de que erais tantos? María se va a volver loca con tanta gente sin previo aviso.

—No se preocupe señora —intercedió Deidre—, mi abuela le está echando una mano en la cocina —le aclaró. Mi madre desvió la vista recorriéndola de arriba abajo.

—¿Qué es esto, una especie de broma? —inquirió y sus ojos regresaron a mí— ¿Me has traído a tu doble para que por fin pueda ver, como estarías con veinte kilos menos? —comentó. Siempre con la misma cancioncilla, estaba harta de ella.

— Te he traído a mi hermana, para que me expliques porque tú y papá me robasteis —declaré y en aquel preciso instante, llegó María con Morgana.

Mi madre se echó las manos a la boca y se desmayó. Mi padre la tumbó en el sofá e intentó darle aire para que se recuperara.

—María, trae un vaso de agua para la señora —pidió mi padre.

—Pues yo creo que un whisky sería lo mejor María —le contestó Morag. Esta salió corriendo para buscar lo que se le pedía.

—Sarah hija —me dijo mi padre—, ¿cómo se te ocurre llegar y soltar algo así? Ya sé que a veces te cuesta contener tu temperamento, pero comportándote de ese modo no logras nada —objetó. Mi madre fue volviendo en sí—. Además ¿de dónde sacas esa absurda idea de que te robamos? —Ahí estaba la pregunta que tanto había esperado, pues iba a tirarme a la piscina ejecutando un doble tirabuzón carpado.

—Tengo pruebas. Suzane por favor, el sobre —demandé. Me sentía como la presentadora de un reality show. Ella me lo tendió y yo se lo pasé a mi padre—. Abridlo —les ordené sin contemplaciones—, son las pruebas de ADN, que demuestran que ambas somos hermanas y que Morgana es nuestra abuela y por tanto, vosotros no sabemos quiénes sois. —Mi padre comenzó a

abrir el sobre, pero mi madre le detuvo echándose a llorar como nunca.

—¿Cariño, qué te ocurre?

—Yo..., yo..., no hace falta que lo abras, Antonio. Todo esto se nos fue de las manos, no podemos seguir adelante con esto mucho más y menos con lo que tienes entre las manos —le dijo y él pasó la mano por los hombros de mi madre.

—Está bien Elisa. ¿Quieres que se lo cuente yo? —la interrogó y ella negó con la cabeza.

—Lo haré yo —afirmó y levantó la cabeza. María trajo las dos bebida y mi madre se tomó el whisky para continuar.

—No hace falta que digas nada, lo sé todo. Me robasteis —aseguré y ellos dijeron que no con la cabeza.

—Jamás hubiéramos hecho algo así, ella nos rogó que nos quedáramos contigo.

—¿Ella? ¿Quién es ella? —cuestioné, eso sí que no lo esperaba.

—Tu madre Sarah, después de parir nos dijo que entregáramos a tu hermana a la familia, pues estaba convencida que la cuidaría su abuela y no su padre —comenzó a explicarme. Yo estaba conmocionada, al igual que Didi y Morgana—. Nos pidió que a ti te diéramos a una buena familia que te cuidara y te quisiera. Nosotros estábamos en proceso de adopción de un bebé, yo llevaba una barriga falsa al hospital porque no quería que nadie supiera que era estéril, eran otros tiempos y no estaba muy bien visto. Esa misma mañana, me comunicaron que la madre se había arrepentido y que el bebé no llegaría. Cuando se nos presentó la oportunidad, ni lo pensamos. Le juramos a tu madre que no diríamos nada, que te cuidaríamos como si fueras nuestra y que guardaríamos sus secretos. El de tu origen y el de su falso fallecimiento.

—¿Cómo? —gritaron al unísono Morgana y Didi—. ¡Eso es mentira! Mi hermosa Dana murió ese día.

—No señora, a su hija la cambiamos de planta, ustedes nunca llegaron a ver el cuerpo porque lo incineramos para que se lo pudieran llevar de regreso en el avión. Recuerde que no volvió a ver a su hija tras entrar en el paritorio —reflexionó mi padre con todo el aplomo que pudo.

—¡Eso es mentira! —voceó Morgana a pleno pulmón—. ¡Mi hija jamás haría algo así!

—Sabemos que es algo difícil de creer, espere un momento —le pidió mi padre y se marchó, al regresar traía tres cartas amarillentas—. Su hija nos dio un regalo maravilloso, por el que le estaremos eternamente agradecidos, tal vez no hayamos sido los mejores padres del mundo, pero hicimos lo que creímos mejor para ella. Estas cartas nos las entregó por si algún día necesitábamos aclarar esta historia —repartió una para cada una—. Lo siento —me dijo y me abrazó y me besó en la frente. Después regresó junto a su mujer.

Las tres leímos nuestras cartas y cuando terminamos, nos abrazamos las unas a las otras llorando a moco tendido. Estaba claro que mis padres decían la verdad. Dana, me había entregado voluntariamente, decía en su carta que me quería, pero que era imprescindible que hiciera eso, que algún día lo entendería y que siempre me llevaría en su corazón, que algún día nos volveríamos a ver y que se sentía orgullosa, de la gran mujer en la que me iba a convertir. Imagino que en las cartas de mi abuela y mi hermana dirían algo similar. Era un momento muy íntimo y delicado como para ponerme a comparar cartas.

Una vez más sosegadas, mis padres nos invitaron a sentarnos. Pasamos toda la tarde intentando aclarar las cosas. No sacamos nada en claro, simplemente, que por algún motivo que escapaba a nuestro raciocinio, Dana había decidido que fingir su muerte había sido lo mejor para todos.

Una vez llegada la noche, todos nos marchamos de casa de mis padres, Kenan me apoyó en todo momento, manteniéndose a mi lado y abrazándome cuando lo necesité. Él era el regalo más maravilloso que me había dado la vida y pensaba mantenerlo para siempre.

—¿Estás bien? —me preguntó cuándo estábamos en mi piso.

—No estoy segura —respondí. Habían sido demasiadas emociones concentradas en un corto período de tiempo.

—¿Puedo hacer algo para solucionarlo? —indagó de nuevo y cerró la puerta, quedándose apoyado en ella. Recorrí su cuerpo con mi mirada, necesitando la calma que me daba después de hacer el amor, no tuve que decir o hacer nada más. En un visto y no visto la que estaba contra la puerta era yo.

Kenan desabrochó mi blusa y liberó mis pechos sacándolos por fuera del sujetador. Besó y lamió con deleite sendos pezones, hasta que los tuve duros como guijarros. Su boca se deslizó por mi abdomen recreándose en cada palmo de mi piel. La barba cosquilleaba erizándome por completo, convirtiendo mi cuerpo en un manto de deseo.

Desabrochó mis pantalones y desaparecieron junto con mis bragas. Su boca se paseó por la cara interna de ambos muslos para terminar cubriendo mi sexo. Una de mis piernas estaba sobre su hombro para facilitarle el acceso, mientras mis manos se enredaban en su pelo empujándole hacia mí una y otra vez.

—Oh Kenan, me encanta lo que me haces —exclamé. Su boca era magistral, nunca me cansaría de que me tomara en ella.

—Y tú eres deliciosa, té bheag. Necesito que te corras en mi boca para poder seguir —me pidió y mi vagina se tensó alrededor de su lengua, me penetraba con ella una y otra vez sin descanso. Cuando se sintió satisfecho, me lamió lentamente abarcando todo mi sexo con su ancha lengua, para engullir mis labios y tirar de ellos. Jadeé intensamente. Sus dedos se colocaron en la entrada de mi vagina para investirme con una fuerza arrolladora.

Sus labios viajaron hasta mi clítoris que estaba intranquilo por recibir sus atenciones, cuando comenzó a succionarlo y mover los dedos a la vez, no me pude contener y con un grito salvaje alcancé el orgasmo entre sus labios. Sus negros ojos no dejaron de mirarme ni un instante, capturando aquella imagen llena de decadencia en el fondo de su retina. Como un felino satisfecho, salió de entre mis muslos para desnudarse. Gloriosamente desnudo y empalmado, hizo que me diera la vuelta y apoyara las manos en la puerta.

—Tengo muchas ganas de hacer contigo, algo que no hemos hecho todavía. ¿Me dejas? —demandó. ¿Cómo no iba a dejarle?

—Puedes hacer conmigo lo que desees —le concedí.

—Perfecto, estate quieta entonces —me ordenó. Vi que removía en mi bolso y sacaba el triplenetreitor ultra con el sobre de lubricante que nos había dado Morgana

—¿Qué haces?

—Cambiar a Fredo por Keneitor.

—¿Keneitor? —pregunté divertida.

—Tras la mala experiencia de sentir un consolador clavado en mi frente, creo que es justo que el nombre del nuevo se lo ponga yo y que solo lo uses cuando estés conmigo, porque teniéndome a mí, no te va a hacer falta nunca más —sentenció y aquello arrancó una nueva sonrisa en mis labios.

—¿Y qué piensas hacer con Keneitor?

—Ahora lo verás —dijo socarrón. El frío lubricante efecto calor, se deslizó por mi ano y mi vagina. Kenan me acarició con los dedos esparciendo bien el gel para lo que iba a venir.

El aparato en cuestión lo formaban tres extensiones, una para el ano, otra para la vagina y la última era un succionador de clítoris. Con suavidad, fue colocando cada una de las extremidades en su lugar. Según leí en la caja, cada parte tenía varias funciones que se activaban con un mando.

La de la vagina era un consolador estriado que activaba el punto g y vibraba en el interior. La del clítoris tenía distintas velocidades y potencias de succión y la del ano, tanto vibraba como se hinchaba dilatando el interior. Prometía un orgasmo garantizado, si no lo tenías te devolvían el dinero.

En la caja ponía algo así como: *“Si quieres una buena inversión de futuro, te garantizamos un orgasmo seguro”*.

Kenan terminó de colocarlo y en cuanto lo encendió, aullé como una loba, el muy cabrón lo debía haber puesto al máximo, pues las sensaciones se multiplicaban por mil, apenas podía hablar, las rodillas se me doblaban y me costaba respirar de tantas excitación.

—Eso es nena, me tienes muy cachondo —exclamó. ¿Cachondo? ¿En serio? ¿Iba a correrme en un segundo si Keneitor seguía de aquel modo.

—Oh, oh, ohhhhhh, ¡Ke-ke Kenan, por Dios no puedo! Me corr..., me corr..., ¡Me corroooooooooooooo! —exhalé. Nunca había tenido un orgasmo tan corto, intenso y brutal con un consolador. Mientras me corría, el Keneitor paró en seco. Mis agujeros quedaron desprovistos de él.

—Ahora empieza lo bueno, *té bheag* —me anunció y el miembro de Kenan acaparó el lugar que Keneitor había abandonado, beneficiándose de los estragos que hacía mi vagina, quien lo apretaba arrancándole fuertes gruñidos.

Mi trasero fue colmado por sus dedos, juraría que me había metido tres, pero no estaba segura de nada, solo del inmenso placer que sentía, era como si mi orgasmo se encadenara a otro y a otro y a uno más, estaba poseída, gritando sin parar.

—¡Joder, Sarah, no paras de correrte, eres como una fuente! Es delicioso —declaró Kenan, que sacó los dedos de mi trasero—. Ahora voy a tomarte por los dos sitios, quiero que te acaricies preciosa, tócate para mí, no quiero dejar de oír tu dulce voz —me pidió. «¿Mi dulce voz? ¡Si parecía la niña del exorcista! Pero si a él le parecía dulce, yo no le iba a contradecir». Llevé mis dedos hacia el clítoris cuando el comenzó aquel vaivén demencial.

Una investida en mi sexo, otra en mi trasero, estaba tan dilatada y caliente que la simple imagen que reproducía mi cerebro era suficiente para encenderme más y más. Los dos gruñíamos y gritábamos con total abandono, me encantaba aquella tortura doble, sentirle en ambos lugares, clavándose en mí hasta el fondo una y otra vez.

—¡Me estás matando, Kenan! ¡Voy a morir! —chillé como una loca.

—¡Eso es lo que quiero, matarte! —afirmó. Oí unos golpes fuera, estaba segura de que era los vecinos, con toda la escandalera que estábamos montando seguro que los muy HDP, habían venido a interrumpir. «¡Mira que el mundo está lleno del mal follados, eh!»

—No pares —le susurré—, que les den por el culo a los vecinos, vamos a gritar más fuerte a ver si así se largan —dije y él rio por lo bajito.

—¡Joder, Sarah! —gritó él empotrándome con fuerza.

—Aaaaaaaahhhhhhhh, me muerooooooooooooo, me mataaaaaaas —vocee yo. Kenan salió de mi interior, para cargarme en brazos contra la pared de al lado de la puerta y follarme contra ella hasta que el orgasmo estalló de nuevo.

—¡Me encanta matarteeeeeeeeee! —aseveró.

Nos estábamos corriendo como locos cuando los golpes en la puerta cesaron y esta se vino abajo. Ambos nos quedamos muy quietos, cuando dos policías entraron en mi piso con cara de pocos amigos. Primero miraron desasosegados hacia un lado y hacia otro, para encontrarnos clavados en la pared, desnudos y con cara de susto, después desviaron la vista al suelo para encontrarse con la caja y el triplenetreitor, dando saltitos en el suelo. Ambos

policías se pusieron rojos como la grana.

—Em, disculpen señores. Sus vecinos dieron un aviso de malos tratos, oían muchos gritos procedentes de su piso y con lo que escuchamos tras la puerta, dimos por buena la versión de sus vecinos —nos explicaron los policías que miraban al suelo, con la vista clavada en mi nuevo juguete. Imagino que por vergüenza de no mirarnos a nosotros—. Si están bien nos marchamos, disculpen las molestias e intenten ser algo más silenciosos o insonorizar el piso, según sus necesidades.

—Gracias, agente —respondió Kenan— lo intentaremos y gracias por cumplir con su trabajo —añadió. Yo tenía el rostro enterrado en su cuello, no sabía quién lo estaba pasando peor.

Los policías se retiraron, mientras comentaban:

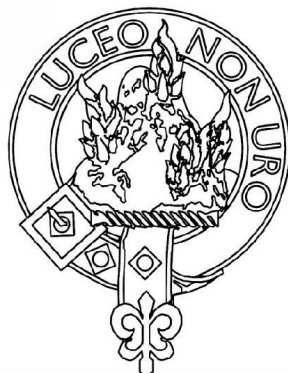
—¿Has oído cómo gritaba? Si la mía disfrutara así, no le dolería tanto la cabeza.

—Y tú te has fijado en que tenía el triplenetreitor del aeropuerto, eso es una señal, te juro que ahora mismo llamo al teléfono de la tarjeta que nos dio la anciana y le compro uno a Virginia.

—Pues pídemelo otro para Andrea, que a juzgar por los gritos, tiene que ser la leche.

Kenan cerró la puerta y ambos nos pusimos a reír como locos, estaba claro que trabajo no iba a faltarle a Morgana.

EPÍLOGO



Casarnos en el Castillo de Dunvegan no fue una elección. En cuanto Cédric se enteró que nos queríamos casar, puso la maquinaria en marcha. Según él, no podíamos hacerlo en ningún otro sitio, además, el alojamiento de toda mi familia y amigos corría por su cuenta. ¿Cómo íbamos a negarnos?

Había pasado justo un año desde que pisamos Escocia y no había un lugar más maravilloso que aquel donde celebrar nuestro enlace. No queríamos algo muy tradicional, pero sí algo significativamente emotivo, así que nos casamos en los jardines, junto a la cascada donde nos conocimos por primera vez y el roble donde mi escritor, me declaró su amor.

Allí dispusieron un hermoso arco cubierto de brezo y lavanda. Mi hermana, como era de esperar, se encargó de los arreglos florales haciendo un trabajo maravilloso. Ella junto a mi aquelarre y Suzane, iban a ser mis damas de honor. Para la ocasión, todas lucían un diseño de gasa muy favorecedor, con escote palabra de honor y caída vaporosa hasta el suelo en color lavanda pastel.

Había sillas blancas distribuidas en dos hileras de cinco sillas cada una. Estaban separadas por una hermosa alfombra, hecha con flores naturales que desprendía un aroma de ensueño.

Yo llevaba un sencillo vestido de corte medieval, que se ajustaba al pecho y caía al suelo con suavidad. Me había decidido por un moño alto, que

favorecía mis facciones enmarcándolas.

—Estás preciosa, Sarah —sentenció mi abuela. Todas las mujeres más importantes en mi vida me rodeaban llenándome de amor y alabanzas.

—Gracias abuela.

—He echado las runas y dicen que vas a ser inmensamente feliz y que en menos de un año, tendremos sangre nueva en la familia —dijo mirando mi vientre.

Kenan y yo ya lo habíamos hablado, no teníamos muchas ganas de esperar, así que había dejado de tomar la píldora, ahora era cuestión de tiempo que la cigüeña visitara Barcelona. No sería por falta de práctica, estaba claro que estábamos recuperando el tiempo perdido a marchas forzadas.

Kenan se había mudado a mi piso y el suyo lo habíamos alquilado a estudiantes de la universidad, nos daba unos buenos ingresos y ayudaba a que el piso no estuviera vacío. Él no había querido dejar su trabajo, era feliz como profesor y yo me alegraba mucho de que así fuera. Lo de escribir era algo secundario, aunque lejos de abandonarlo, ahora estaba trabajando en un libro nuevo sobre mitos, leyendas y dioses Celtas. Obviamente ese libro no iba a publicarse en mi editorial, no era nuestra línea, que seguía viento en popa. Se lo comenté a mi amiga Esther y una de las líneas editoriales de Planeta se mostró interesada.

Podía decirse que la vida nos iba más que bien. La relación con mis padres se había suavizado, intentamos averiguar algo de mi madre, a través de los contactos de Suzane, pero fue imposible, parecía que se la hubiera tragado la tierra. Tampoco volví a saber nada de Brighid, cosa que dotaba a mi vida de cierta normalidad.

Había vuelto a mi vida con un par de ligeras incorporaciones, una familia nueva que adoraba y un prometido que hoy iba a convertirse en mi marido.

—¿Estás lista? —me preguntó Deidre

—Más que nunca —aseguré. Era curioso, cómo alguien como yo, que había huido del compromiso estaba deseando casarse con un hombre para el resto de sus días.

—Muy bien, pues vamos a ocupar nuestros puestos —anunció y todas me besaron y salieron deseándome suerte, la última en salir fue mi madre.

—Sarah, yo solo quiero decirte, que lo lamento si no fui la madre que esperabas —comenzó. Se notaba que estaba claramente afectada con lo que me estaba diciendo—. Sé que puedo ser un poco repelente con lo del peso, pero es que de joven yo fui obesa y tuve muchos problemas con ello —me explicó. Nunca me lo había contado, aquello me sorprendió.

—¿Tú? ¿En serio? —la interrogué. No salía de mi asombro.

—Sí, por eso ahora estoy algo obsesionada. Creo que mi frustración y mis complejos los pagué contigo, cuando está claro que ni a ti te acompleja, ni lo pasas mal. Tu padre me lo ha hecho ver en este último año, si te incomodé, lo lamento hija, realmente me siento muy orgullosa de ti y hoy estás preciosa —afirmó y no pude menos que sonreírle, a la mujer que me había criado y a la única que se había ganado el derecho a que la llamara madre.

—Gracias mamá, yo también te quiero, tal vez a partir de hoy las cosas solo hagan más que mejorar. Gracias por criarme y convertirme en la mujer que soy —declaré y los ojos le brillaron y se limpió una lágrima que nunca llegó a caer. Tras un beso, salimos de la habitación para que mi padre me llevara hacia el altar.

Cuando llegué sonó una de las canciones más maravillosas del mundo. El Aleluya, pero con una versión creada para nosotros.

*“Oí, que había un secreto,
en el libro que él escribió,
pero a ti eso nunca
te importó.
Y fue así como Kenan ganó,
y un gran premio encontró.
Al verla allí gritó Aleluya,
aleluya, aleluya, aleluya, aleluuuya.
Tu fe una prueba necesitó,
la viste dándose un baño de amor*

*y su belleza te sobrecogió.
Aun así ya te ató,
tus esquemas destruyó
y de tus labios gritó ese Aleluya.
Aleluya, aleluya, aleluya, aleluuuya.
Entre tus manos descubrí,
un mundo nuevo en el que aprendí
que quien no arriesga nunca gana.
Y aunque no fue fácil caminar,
nuestro amor pudo mucho más
que todas las barreras que lo oprimían.
Aleluya, aleluya, aleluya, aleluuuya
Hoy doy gracias al Señor,
que mi camino alumbró
para unir por siempre nuestras vidas.
Prometo amarte y serte fiel,
cuidarte por siempre hasta envejecer
y hacerte feliz el resto de mis días.
Aleluya, aleluya, aleluya, aleluuuya.”*

Cuando visualicé a Kenan vestido de Highlander, con los colores de los Mackenzie y tan emocionado como yo, al oír la canción que habían adaptado para nosotros y que Didi cantaba como los ángeles, fui incapaz de aguantar las lágrimas. Por fin era mío, estaba allí, esperándome como había hecho toda la vida.

Mi padre me entregó a Kenan, a quién le brillaban los ojos tanto como a mí.

La ceremonia fue breve y sencilla, pero muy emotiva. Cuando tocaron los

votos, apenas podía contener las lágrimas con las palabras tan hermosas que Kenan me dedicó.

—No quiero hablar de amor Sarah, porque creo que lo que me une a ti va mucho más allá de ello, puede dar vértigo, incluso asustar, pero no se me ocurre la palabra que llegue a definir el ansia que siento por ti. Me siento encadenado a ti, a tus sonrisas, a tus besos, a tus enfados, porque para mí, incluso eso es perfecto. Te sueño, te anhelo, te respiro en cada flor de lavanda y brezo. Muero por ser el dueño de tus miradas, por ser el culpable de tus deseos. Quiero que juntos creemos nuestra historia, que la forjemos a fuego en nuestra memoria, porque no puedo concebir el resto de mi vida sin ti. Deseo pasar el resto de mis días conquistándote, quiero amarte protegerte y salvaguardar por siempre tu impulsivo corazón. Si eso es la palabra Amor, creo que no hay una más perfecta para resumir todo aquello que siento por ti. Te amo y te amaré eternamente y pasen los siglos que pasen, siempre te buscaré y te encontraré, para amarte de nuevo con la misma intensidad que la primera vez. Me entrego a ti para que hagas lo que desees conmigo, *té bheag*.

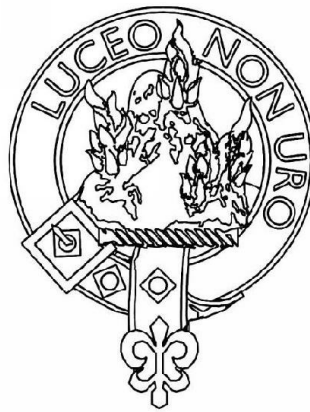
Las lágrimas fluyeron por mi rostro y por el del resto de invitados, que tampoco podían aguantar tanta emoción. Era mi turno y apenas podía hablar. Cogí aire y me dispuse a decir los votos que tanto me había costado memorizar.

—Madre mía, se nota quien de los dos es el escritor —dije para romper el hielo, los invitados se echaron a reír—. Intentaré hacerlo bien aunque no te garantizo nada, ya sabes que no soy muy buena en eso de expresar mis sentimientos —declaré y él me sonrió. Solo necesité eso para que todo lo que había memorizado se me olvidara y no tuviera más remedio que improvisar— Kenan, Kenan, Kenan, tus ojos me envenenan —comencé. Oí una carcajada procedente de Jud y supe que había metido la pata hasta el fondo. Me giré para pedir una disculpa pública— Lo siento, es que soy muy mala en esto y me he olvidado todo el texto... Os juro que esta vez lo haré mejor o por lo menos lo intentaré, pero es que este hombre ha dejado el listón muy alto. —Todos me miraban con comprensión y me giré de nuevo, hacia el que iba a ser mi marido—. Nunca creí en el amor, hasta que el Karma puso en mi camino a Kenan. Con solo una mirada desbarataste mi perfecta y vacía existencia, porque todo cobró sentido cuando te vi. En el momento en que mis ojos se encontraron con los tuyos, supe porque ningún hombre me había llenado, supe porqué me negaba a todos y cada uno de ellos, porqué jamás tuvieron una sola

oportunidad y es que tú eres mi única oportunidad, la única que tengo de ser verdaderamente feliz. No hay otra persona que me complete y complemente como tú, no existe una persona con la que imagine una vida que no seas tú. Porque tú eres mi vida y sin ti yo no existo. Kenan Mackenzie eres y serás siempre el Highlander de mi corazón y el escritor, que junto a mí, dará letra a nuestra maravillosa historia convirtiéndola en el libro de nuestra vida. Te prometo que juntos la llenaremos de capítulos de amor, que se recitarán por toda la eternidad. Nunca he dejado de amarte Kenan y nunca dejaré de hacerlo.

—Ni yo a ti tampoco, *té bheag*, ni yo a ti —me susurró y nos fundimos en un cálido beso que todos aplaudieron y vitorearon.

Así fue como el Karma de mi Highlander, que llevaba falda escocesa, nos cubrió con su tartán, llenándonos de felicidad para siempre.



Tu opinión me importa

Si te ha gustado la novela me gustaría pedirte que escribieras una breve reseña en la librería online donde la hayas adquirido. No te llevará más de dos minutos y así ayudarás a otros lectores potenciales a saber qué pueden esperar de ella.

¡Muchas gracias de todo corazón!

Rose Gate

La Autora



Rose Gate es el pseudónimo tras el cual se encuentra Rosa Gallardo Tenas.

Nacida en Barcelona en Noviembre de 1978, nació bajo el signo de escorpio el más apasionado de todo el horóscopo.

A los catorce años descubrió la novela romántica gracias a una amiga de clase. Ojos verdes, de Karen Robards y Shanna, de KathleenWoodiwiss fueron las dos primeras novelas que leyó, convirtiéndola en una devoradora compulsiva de este género.

Rose Gate decidió estudiar turismo para viajar y un día escribir sobre todo aquello que veía, pero finalmente dejó aparcada su gran vocación.

Ahora a sus 38 años dirige un centro deportivo, casada, con dos hijos y muchos libros devorados, ha decidido poner de nuevo la escritura animada por su familia y amigos.

Su primera obra ha sido una tetralogía:

Trece fantasías vol. 1 (octubre 2017)

Trece fantasías vol. 2 (octubre 2017)

Trece maneras de conquistar (noviembre 2017)

La conquista de Laura (diciembre 2017)

Después esta biología:

Devórame (enero 2018)

Ran (febrero 2018)

Yo soy Libélula Azul (marzo 2018)

Breogán Amando una Libélula (abril 2018)

Ojos de Dragón (mayo 2018)

Si quieres conocer las demás novelas de la autora, así como sus nuevas obras, no dejes de seguirla en las principales redes sociales. Está deseando leer tus comentarios.

<https://www.facebook.com/ROSEGATEBOOKS>

<https://www.instagram.com/rosegatebooks>

¿Dónde puedo comprar los libros?

Todos los libros están a la venta en Amazon, tanto en papel como en digital.

¡Feliz lectura y hasta la próxima!

[1] ma Chérie: querida, francés.

[2] Viens ici Céline: ven aquí Céline, francés

[3] mon père: padre mío, traducción textual del francés.

[4] Piuthar: hermana en gaélico.

[5] Brathair: hermano en gaélico.

[6] Caileagh: muchacha.

[7] Piuthar: hermana en gaélico.

[8] Sassenach: término despectivo para nombrar a los ingleses.

[9] uaisín mo chroí: nieta de mi corazón.

[10] bláth beag: florecilla

[11] Slainte: Salud

[12] Cotun: traje de piel suave que usaban los guerreros.

[A1] ¡Ojo con las horas! Si son las dos de la tarde ya, es imposible que llegue pronto a comer a Castelldefels.

Se tarda una media hora aproximadamente.

[A2] Pones noche de los premios y luego lo vuelves a poner.

[A3] ¡Ojo! Salieron tarde. ¿Buenos días o buenas tardes?

[A4] En la intimidad se tratan siempre de tú. En este caso no pega el vos